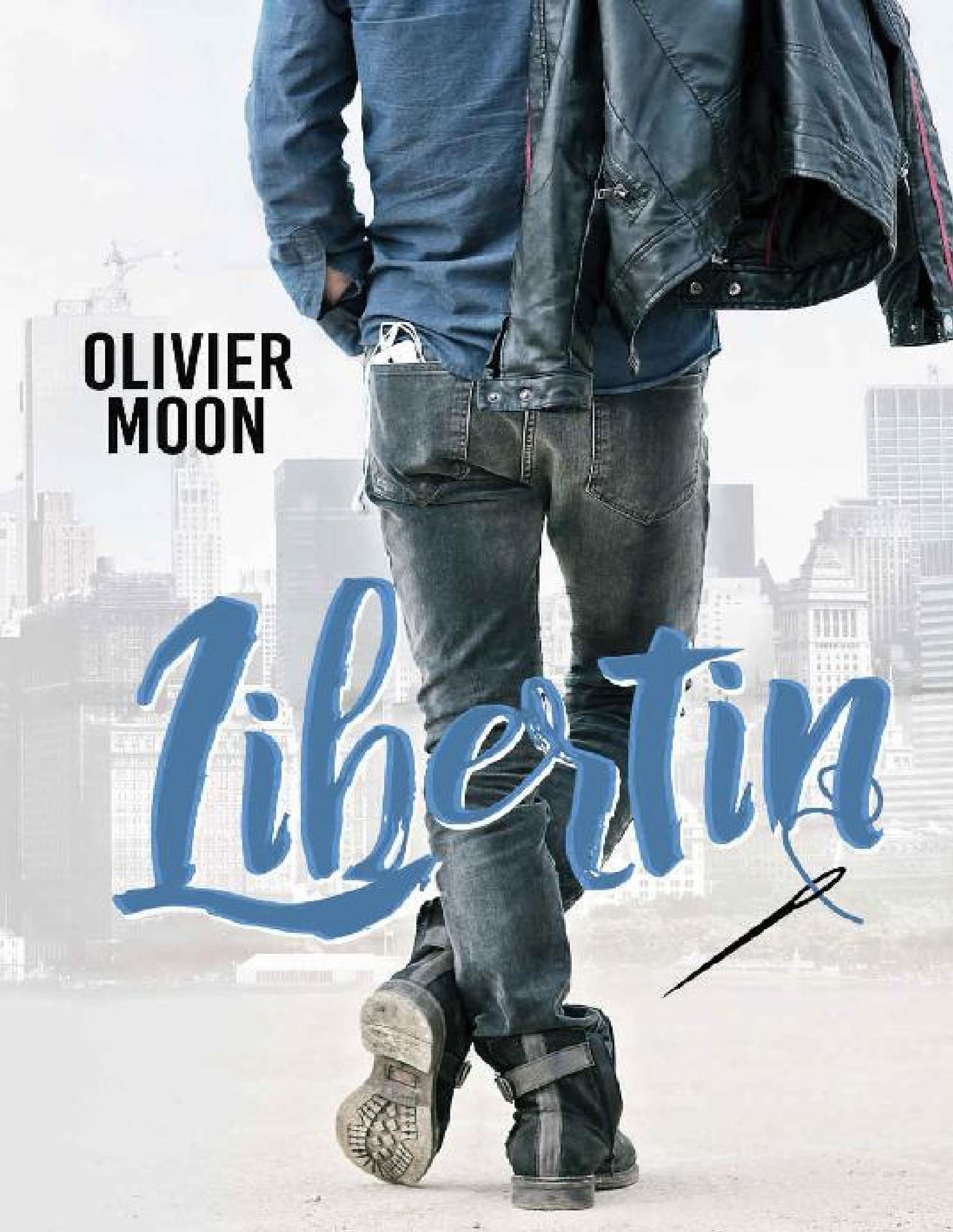


**OLIVIER  
MOON**

*Libertine*



**LIBERTIN**

# Olivier Moon

Título de la obra: Libertin

© Olivier Moon, 2019

© Álvaro Ganuza, 2019

Diseño portada: Alexia Jorques

Primera edición: Julio 2019

Licencia: Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivates 4.0

Código: 1907301587997

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas o acontecimientos es pura

coincidencia.

Las marcas registradas mencionadas en dicha obra pertenecen a su legítimo dueño.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

*¿Por qué es que, como cultura, estamos más cómodos viendo a dos hombres sosteniendo armas que sosteniéndose de las manos? (Ernest Gaines)*

## CAPÍTULO 1

*¡Oh, sí!*

Soy guapo; muy guapo y muy atractivo. Desde siempre he poseído un intenso magnetismo con el que he atraído tanto a mujeres como a hombres.

*¡Oh... oh, Dios!*

Me gusta mi físico, no pienso negarlo. Estoy muy bien dotado y el resto lo trabajo en el gimnasio.

Algunos me tachan de vanidoso y egocéntrico, pero... ¿qué harían ellos de tener un cuerpo como el mío y un *sex-appeal* tan irresistible?

*¡Sí, joder!*

Ella está tirada en mi cama, bocarriba, con las piernas abiertas y gi-miendo extasiada; él se encuentra a cuatro patas, comiéndole su precioso y depilado coño; y yo... Yo dándole a él todo lo que quiere y más.

Soy incansable; insaciable; me encanta el sexo y procuro practicarlo cada vez que puedo, en público o en privado, y soy muy bueno en ello.

Agarro al chico por su pelaje petróleo y tiro de él, como si fueran las riendas de un potro salvaje, mientras sigo penetrándolo sin remordimientos.

–¡Sí! –gruño excitado–. ¡Cómele el coño! ¡Así! ¡Sí!

La chica se retuerce violenta sobre el colchón y termina por correr-se, emitiendo un tremendo gemido de placer. Después, arrastro al muchacho y lo incorporo hasta pegarlo a mí, sin dejar de metérsela.

–Ven aquí –le ordeno a ella.

La joven se levanta y acerca, agitada por el orgasmo. Cierro el puño alrededor de un mechón de su rubia cabellera y la atraigo para devorarle la boca.

Cuando empiezo a follar, resulta muy difícil que me detenga; es como si en vez de agotarse, mi cuerpo se recargara. Los orgasmos son el combustible para mi máquina sexual.

–¡Chúpale la polla! –rujo impaciente.

La rubia cumple con mi cometido y se recuesta en la cama para mamar el rabo del tío que me estoy follando.

–¡Dios mío! –goza él.

Giro el rostro masculino hacia el mío y absorbo sus gemidos y sus carnosos labios.

Me han acusado de ser un adicto al sexo, un promiscuo, un depravado, un libertino... Y yo odio las etiquetas.

El tercer orgasmo de la noche se apodera de mi cuerpo y mi alma indomable, y me corro salvaje e incontrolablemente. Mis alaridos de placer se entremezclan con los de mi acompañante, que también se deja ir derramando su esencia sobre los pechos turgentes de la fémica.

Desentierro el miembro del culo blanquecino que tanto placer me ha dado y dejo que el chico caiga extasiado sobre la cama. Entonces me levanto, me deshago del condón usado y cojo un cuarto de la mesilla. Una vez puesto, me sitúo sobre la joven del cabello dorado y, levan-tándole las piernas, la penetro hasta el fondo de una sola embestida.

*Hung Up*, de Madonna, me despierta repentinamente, y, tras frotarme los ojos, zarando a mis acompañantes nocturnos que se encuentran dormidos a derecha e izquierda.

–Hey, ¿de quién es ese móvil? –murmuro con voz pastosa.

–Umm... Es mío –contesta la chica, retorciéndose bajo la sábana.

Abandona la cama completamente desnuda y busca el teléfono entre los embrollos de nuestra ropa tirada por el suelo.

–¿Qué hora es? –balbucea mi otro invitado.

Estiro el cuello, para ojear el despertador de la mesilla, y le informo de que ya es mediodía.

–¡Oh, mierda! –se lamenta–. Voy a llegar tarde al trabajo.

Este también deja mi cama como su madre lo trajo al mundo y recoge apresurado la ropa esparcida por la habitación. Mi cuarto es grande, aunque muy corriente; solo cuento con una cama gigantesca, apta para más de un acompañante, un gran armario, un anticuado escritorio y una mesa de dibujo. Además de eso, tengo baño privado.

–¿Puedes abrir las cortinas? –le pido al joven apurado.

El chico eleva los estores a rayas blancas y negras, y el radiante sol de un nuevo día en el Bronx atraviesa la ventana. A diferencia de ellos, yo no tengo prisa por levantarme de la cama, por lo que sigo tumbado y medio adormilado, mientras mis invitados de esta noche se visten y asean, antes de marcharse.

–¿Eres diseñador?

Amontono un segundo almohadón debajo de la cabeza y miro a la chica con

los ojos entrecerrados por la luminosidad. Esta se ha acercado a la mesa de dibujo y observa con detenimiento los bocetos que se encuentran en ella.

–Lo intento.

–Son originales.

–Gracias.

El chico surge del baño con aspecto renovado y se sienta a los pies de la cama para calzarse las botas.

–Voy a dejarte mi número de teléfono por si te apetece repetir –comenta la fémica de forma pícara mientras lo escribe en un papel del escritorio.

–Yo también –añade el otro, que me mira sonriente por encima del hombro.

–Estupendo –acepto gustoso–. Lo hemos pasado bien.

Muy, muy bien, para ser tres desconocidos que se cruzan una noche en un bar y en cuestión de horas se lo están montado como locos.

–¿Necesitáis que os acompañe hasta la salida?

Los dos sonríen y rechazan mi ofrecimiento. Ella es la primera en acercarse y plantarme un húmedo beso en los labios como despedida; él parece cohibido sin los litros de alcohol recorriendo sus venas, pero no puede resistirse al magnetismo de mi dedo que le llama y en segundos lo tengo pegado a mi boca. Estoy excitándome otra vez.

Cuando salen de la habitación, me quedo escuchando sus pasos por el pasillo entarimado y cómo se despiden de mi compañera de piso antes de marcharse. Después, me doy la vuelta sobre el colchón e inspiro profundamente para continuar durmiendo un rato más. Al menos, esa es mi intención, que demasiado pronto se ve interrumpida por el sonar de mi teléfono móvil al ritmo de Chris Brown y su *Don't wake me up!* No me despiertes. *Irónico, ¿verdad?*

Me revuelvo veloz dentro de la cama y lo cojo de la mesilla. La foto de Christa, en la que sale con un mechón de su preciosa melena morena puesto bajo la nariz cual bigote poblado, guiña uno de sus preciosos ojos azules, saca la lengua y levanta los dedos con el símbolo de victoria, aparece en pantalla.

–Buenos días, amor –respondo seductor.

–Hola, polla loca. ¿En cuántos agujeros la metiste anoche?

Estallo en carcajadas al escucharla. Es la mejor.

–Ya los viste en el bar.

–¡Oh, claro que los vi! Una rubia de escándalo y un hombretón que lo quería para mí. ¡Da asco salir contigo!

Rompo a reír otra vez con su categórica indignación.

–Lo siento, te prometo que la próxima vez el hombretón lo dejaré para ti.

–¡*Hum!* Más te vale –amenaza veladamente–. Bueno, pasemos al tema por el que te llamo.

–Eso, al grano.

–Me ha salido un trabajito para ti.

Christa Mitchell trabaja como coordinadora laboral en una agencia y suele encontrarme empleos para que pueda pagar mi parte de alquiler y vivir; empleos que no me roben demasiado tiempo de mi verdadera vocación que es ser diseñador de moda.

–Es para cubrir una baja de varios meses –continúa explicando–, como secretario.

–¿Secretario? Mierda, Chris, cada vez me buscas trabajos más interesantes –contesto sarcástico.

–Cierra ese piquito de oro y escúchame, porque, cuando lo sepas, vas a querer besarme el culo.

–¡Suéltalo! Me estás poniendo de los nervios.

–¡Ah, no, amigo! Recógeme para comer y te pongo al día.

–Está bien –acepto desganado y perezoso por tener que abandonar tan pronto mi reino lascivo–. Deja que me pegue una ducha y voy para allá. Te veo en cuarenta y cinco minutos.

Brinco de la cama nada más cortar la llamada y me acerco hasta el escritorio para recoger el papel donde mis polvos nocturnos han apuntado sus teléfonos.

–Jessica y Keith –leo–. Joder, ni me acordaba.

Guardo el papel en una caja, junto al resto de números, y corro al cuarto de baño.

Vestido con mis *skinnies* rojos favoritos, una camiseta marinera de manga corta, las botas marrones de cuero, unas gafas de sol para cubrir mis ojerosos ojos grises y un gorro de lana negro sobre mis greñas rubias, recojo la mochila bandolera con mis pertenencias y salgo de la habitación en tiempo récord.

Atravieso el corto pasillo en un par de zancadas y accedo al salón, de cocina abierta al fondo. Megan se halla sentada en uno de los taburetes de la barra del desayuno y se retuerce un largo mechón de su cabellera rubia pajiza mientras lee una revista de moda. Lleva puesto un pijama verde de verano, aunque está tan hermosa como si luciera un *Gucci*.

–Buenos días, cariño –saludo mientras la abrazo por la espalda y le doy un

dulce beso en la mejilla.

–Dirás buenas tardes, primo –contesta jocosa–. Menuda nohecita me has dado. Muy monos los dos, por cierto.

Entro en la pequeña cocina sonriendo por sus comentarios y lleno un vaso de agua. La resaca no me produce dolor de cabeza, en cambio me deja más seco que la cañería de una pirámide.

–¿Adónde vas tan guapo?

–Ha llamado Christa, tiene un trabajo para mí –respondo, cargando por segunda vez el vaso y bebiéndolo del tirón.

–¿En serio? ¿De qué se trata esta vez?

Me recuesto en la barra y tuerzo la cabeza para ojear la revista de mi prima.

–Ya la conoces, no ha querido darme muchos detalles. Lo único que ha dicho es que sería para cubrir una baja de varios meses como secretario y que querré besarle el culo.

Mi prima suelta una risita cantarina.

–Suen a trabajo interesante –murmura guasona.

–Eso parece, veremos las condiciones. ¿Tú trabajas hoy?

–No, chico. Jerry me ha llamado hace un rato para contarme que la sesión pasaba a mañana –relata asqueada.

Jerry Nowell es su agente desde hace un año y el tío está cañón.

–¡Oh! Que dura es la vida de las modelos –me mofo.

–¡Vete a la mierda! –exclama e intenta darme con la revista en la cabeza–. ¿Y tus diseños cómo van? El concurso de jóvenes diseñadores está al caer, Luke.

–Lo sé, me falta crear el de alta costura y listo.

–Sigues contando conmigo para que los luzca, ¿no?

–Por supuesto, eres mi musa.

Planto un segundo beso en su mejilla y me encamino hacia la salida del piso.

–Por cierto, Meg –murmuro, deteniéndome en la puerta abierta–. En mi habitación tengo una montaña de ropa para lavar, ¿podrías...?

Cierro rápidamente para que la revista impacte contra la puerta y, entre divertidas carcajadas, desciendo las escaleras del rellano hacia la calle.

Adoro a mi prima. Más que prima, Megan es como una hermana, la hermana que nunca tuve, y yo soy para ella como el hermano que nunca tuvo. Tiene veintitrés años como yo, los ojos grises como yo y ambos somos rubios,

lo que conlleva a que la mayor parte de la gente que conocemos crea que somos mellizos. Siempre hemos estado juntos y vino conmigo desde la costa oeste sin dudarlo un instante. Es la persona que más quiero en el mundo y ella me quiere de igual manera. Además, es la única de la familia que nunca me ha juzgado por mis gustos sexuales o mi forma de ser; siempre he tenido su apoyo e incluso su defensa, con uñas y dientes, ante nuestra más que conservadora familia.

Me hace especialmente feliz que encontrara a su agente, el buenorro de Jerry, porque este la trata bien, la respeta, la cuida y está logrando que se construya una exitosa carrera como modelo.

Con ese pensamiento rondando en mi cabeza, recorro las calles del Bronx en dirección al metro bajo un cálido sol de junio.

Cuando llegamos, pensé que este era uno de los distritos metropolitanos más peligrosos de Nueva York, pero, durante el casi año y medio que llevamos viviendo aquí, nunca he tenido, ni Megan tampoco, incidente alguno.

A la una y media, y con un café de *Starbucks* en la mano para espabilarme, cruzo las puertas de *Work It Up*, agencia donde trabaja mi mejor amiga, Christa Mitchell. La conozco desde que llegamos, prácticamente, y, aunque fue a la primera que me follé en la costa este, hemos conseguido mantener una bonita y fuerte amistad.

Tiene veintiséis años, es morena de cabello largo y liso, posee unos ojos azules que hipnotizan, un físico impresionante con un par de tetas que llaman la atención de cada varón con el que se cruza y es exageradamente extrovertida. Quizá sea esto último lo que más me atraiga de ella; que sea tan abierta como yo.

Me bebo del tirón el café de llevar y arrojo el envase de cartón a la papelería de la entrada. Levanto la vista hacia las mesas de los trabajadores de la agencia y cuando veo a mi amiga, la cual encuentro ocupada con un hombre, alzo la mano para saludarla. Ella me lo devuelve en cuanto se percata de mi presencia y me siento a esperarla en una de las incómodas sillas de plástico de la entrada, ojeando panfletos.

Me gusta... No, me encanta sentirme deseado; que me miren, que me desnuden con la mirada, que me coman con los ojos, que deseen acostarse conmigo, que crean que soy ese dios que yo me considero... Y venir al trabajo de Chris siempre es divertido, aunque ella me tenga estrictamente prohibido enrollarme con alguno de sus compañeros o compañeras. Una verdadera

lástima.

–Vamos –dice, surgiendo a mi lado.

Me incorporo de un salto y le doy un sonoro beso en la mejilla. Después, enlazo nuestras manos y nos marchamos a comer a un restaurante cercano y a ser posible barato, que mi estado económico no está para derroches.

–Estás tan guapo como siempre –me piropea durante el camino.

–Gracias, tú también.

El vestido que se ha puesto hoy es muy ceñido y de un brillante azul eléctrico; el escote en pico realza su voluptuoso pecho y los tacones de vértigo, sus posaderas. Un *look* muy apropiado para trabajar en la avenida Columbus de Manhattan.

–Bien –murmura, dejando la carpeta amarilla que porta a un lado de la pequeña mesa–, ya te comenté por teléfono que el trabajo es para cubrir una baja de secretario.

Asiento y doy un sorbo al agua con hielo que nos ha servido la atractiva camarera.

–No me han dicho el tiempo exacto, pero aseguran que serán tres meses como mínimo. El sueldo está bastante bien y el horario sería de ocho a cinco con una hora para comer. Los fines de semana son libres, a excepción de los que el jefe te necesite.

–Uy, eso no huele bien. No será estilo asistente personal y me darán la murga cada dos por tres, ¿no?

–No –asegura ella–. Pero es una empresa importante y claro...

–Venga, suéltalo. ¿Qué empresa es?

–*Across Fashion and Styles*.

Tardo varios segundos en reaccionar y asimilar lo que está diciendo.

–¿Es una broma?! –exclamo alucinado, al final.

Christa niega lentamente con la cabeza y su sonrisa crece de mane-ra descomunal.

–¿Dices de verdad... –La preciosa camarera me interrumpe para dejar la comida y se marcha, tras sonreírme coqueta... que me has buscado trabajo en una de las empresas de moda más importantes del país, la cual está entre las marcas de ropa más vendidas del mundo, que cuenta con dos de los diseñadores más prestigiosos y solicitados por las *celebrities*, que tiene su propia revista e, incluso, su propia se-mana de la moda? ¿Eso me estás diciendo?

–Sí –confirma y asiente para darle más intensidad–, aunque de secretario.

Ya sé que no es lo tuyo, pero al menos estarás cerca de gente importante a la que poder enseñar tus diseños.

–¡Oh, Dios mío! –murmuro incrédulo.

Quitándome las gafas de sol y el gorro de la cabeza, me paso las manos por el pelo sin terminar de creer lo que me está contando.

–En esta carpeta tienes todos los datos y el nombre de la persona por la que debes preguntar. Empiezas mañana.

–¡Esto es la leche! –alzo la voz, ignorando al resto de comensales del restaurante—. Vayamos al baño para que te bese el culo.

Mi exuberante amiga emite una risotada de diversión, a la que me sumo, y brindamos con los vasos de agua por la brillante oportunidad que ha aparecido en mi camino.

–¿Salimos esta noche a celebrarlo?

–Vale –acepta Christa sin pensarlo—. Y que se venga Meg.

Es viernes, faltan quince minutos para que sean las ocho de la mañana y ya me encuentro delante del gran edificio de veinte plantas de *Across Fashion and Styles*, en la distinguida avenida Madison; una imponente construcción cuyas cuatro primeras plantas están recubiertas por una capa de brillante mármol blanquecino y el resto se componen de acero y cristal ahumado.

Las puertas giratorias de entrada no cesan de rotar por el fluir constante de personas que acceden, y desde el exterior se aprecia un recibidor de techos altos, amplio y elegante.

Para el primer día de trabajo me he decantado por unos pantalones chinos de un tono gris oscuro, un chaleco de tela en color ceniza sobre una camisa blanca y unos zapatos negros de cuero, ya que, según Megan, debo transmitir una imagen de empleado serio y no de *playboy* californiano. Yo me he reído a carcajadas y le he contestado que, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

Sin tiempo que perder, ajusto la bandolera que llevo cruzada al pecho y me paso las manos por el pelo en un tibio intento de sosegar la euforia que me corroe las entrañas, antes de entrar.

Lo primero que llama poderosamente mi atención es descubrir que los trabajadores visten de manera cuadriculada, con colores apagados y prendas nada llamativas, tratándose de una exitosa empresa de mo-da. Lo había imaginado diferente, muy diferente.

Así pues, me acerco hasta el mostrador de seguridad.

–Buenos días –saludo a los guardas–. Mi nombre es Luke Meyer y hoy empiezo a trabajar aquí en una sustitución. Me dijeron que preguntara por Grace Hopkins.

–Documentación –solicita, frío y antipático, el que tengo delante.

Se la entrego, junto con el formulario de la agencia, y aguardo paciente. Los tres hombres son serios y visten el típico uniforme oscuro de vigilantes privados. Dos de ellos controlan el acceso de las personas que pasan por los tornos mecánicos hacia los ascensores, mientras que el tercero comprueba un listado, supongo que en busca de mi nombre.

Un coro de risas femeninas vibra en mis conductos auditivos, captando mi total atención, y me doy la vuelta para descubrir a un pequeño grupo de chicas, claramente modelos, en la entrada.

*¡Madre mía, qué tías!*

Todas tienen unas piernas larguísimas, curvas que deberían llevar un letrero de peligro y son auténticas preciosidades. Dos de ellas se fijan en mí y sonrían; yo les devuelvo la sonrisa y un guiño de ojo como regalo.

*Sí, les gusta lo que ven. ¿Cómo no? A mí también.*

–Acompáñeme –dice el vigilante, distrayéndome.

Camino detrás de él hasta un habitáculo privado donde se encuentran otro par de miembros de seguridad controlando, a través de numerosas pantallas, las cámaras de vigilancia del circuito interno.

–Siéntese en la banqueta.

Dejo la bandolera en el suelo y hago lo que me dice.

–Gírese un poco a la derecha –ordena, colocándose tras el objetivo de una cámara de fotos.

Lo hago y un intenso flash me ciega momentáneamente.

–Vuelva al mostrador mientras le tramito el identificador.

Recojo mi mochila y regreso al recibidor, como me ha indicado. Allí, el grupo de modelos se ha multiplicado y ahora cuentan con presencia masculina.

*¡Joder! ¡Menuda orgía me montaba con todos!*

–Aquí tiene. No lo pierda.

El hombre de seguridad me entrega el pequeño carnet identificativo con mi foto, mi nombre y el número de la planta en la que, supongo, iré a trabajar. Nada menos que en la última, en la vigésima. Eso suena a despacho del jefe.

–Gracias.

Me despido con un leve movimiento de cabeza y me voy, no sin antes echar una última ojeada al excitante grupo de modelos.

–Creo que este sitio va a gustarme más de lo que imaginaba –murmuro libidinoso mientras me dirijo a los tornos.

Cojo el primer ascensor que se abre y me posiciono en una esquina de la amplia cabina, agarrado al fino pasamanos de acero pulido. Tiene capacidad para quince personas y cuenta con un relajante, aunque desesperante hilo musical, un generoso panel led en el techo y una minúscula cámara de vigilancia en lo alto. Lo que no espero en absoluto es que, mientras mi ascensor está subiendo, otro baje cargado de personas y pase rozándonos.

–¡Hostia! –exclamo asustado, apartándome de la pared.

Algunos de los pasajeros que suben conmigo me miran como a un bicho raro; otros no pueden ocultar las risitas de diversión; yo carraspeo, me retoco el cuello de la camisa y finjo que no ha pasado nada.

Salgo del estrambótico ascensor en la vigésima planta y en la pared frontal me reciben varios cuadros de grandes dimensiones con portadas de la revista AFS, *Across Fashion and Styles*. A la izquierda localizo los aseos; a mano derecha, un ancho pasillo de suelos claros y paredes oscuras, que conduce hasta una estancia abierta de dos escritorios, uno frente al otro y a cada lado de la sala. También hay una coqueta zona de espera y, justo enfrente, reinando y focalizando toda la atención del lugar, una puerta de doble hoja de cristal opaco.

No hay nadie aquí, aunque el ordenador derecho esté encendido y una chaqueta de mujer cuelgue del respaldo de la silla, por lo que me dedico a merodear por la zona mientras espero a que regrese.

Al ajustarme la bandolera, el identificador salta catapultado de mi chaleco, cayendo al suelo, y, en el momento en que me agacho a recogerlo, el firme sonido de un taconeo me llega por la retaguardia.

Una mujer que no pasará de la treintena camina con rectitud hacia mí. Viste una falda de tubo azul marino que entalla su pequeña cintura, una blusa blanca de seda que transparenta el sujetador y unos zapatos de tacón que resuenan en la tarima como si dijeran: “*aquí estoy yo*”. Tras las gafas de pasta, violetas, se aprecian unos dulces ojos castaños, a pesar de que la expresión sea de estricta seriedad.

–¡Oh, no! ¡No, no! –dice, negando con el dedo–. Los modelos debéis ir a la octava planta.

Sonrío orgulloso por el piropo y muestro el identificador.

–Soy Luke Meyer y vengo por una sustitución.

–¡Ah! –musita sorprendida y avergonzada–. Lo lamento, no imaginé que fueras tan...

–¿Tan? –me intereso al ver que no termina la frase.

–Joven –aclara.

Su cabello negro está recogido en un moño tirante que la hace parecer mayor y algo retraída.

–Yo soy Grace Hopkins.

Estrecho la mano que me tiende y percibo cierto rubor en sus poco maquilladas mejillas.

*Sí, te comprendo, nena. Estoy bueno.*

–De acuerdo, este de aquí será tu escritorio.

Me rodea y se encamina hacia el ordenador del lado izquierdo para encenderlo.

–Serás mi auxiliar y sustituirás a Helen durante tres meses, de momento, así que no desorganices mucho el escritorio, ¿vale? –explica mientras teclea las contraseñas.

–No se preocupe.

–Y tutéame –comenta, mirándome por encima de su hombro.

He de reconocer que la chica es muy atractiva. Así, inclinada sobre el escritorio, se aprecia un culo impresionante que pide guerra, pero todavía recuerdo las palabras que Meg y Christa me dedicaron anoche en el bar: *“nada de follarte a compañeros de trabajo, siempre es muy mala idea”*. Sé que tienen razón; he tenido rollitos en anteriores empleos y luego es bastante incómodo verlos a diario y más cuando ellos quieren algo más y tú no.

–En la agencia me dijeron que hablas... ¿tres idiomas?

–Sí. Inglés, español y francés.

–Eso es estupendo, los vas a necesitar. ¿Tienes experiencia como ayudante de secretaría?

–Bueno..., he trabajado de teleoperador –respondo, encogiendo-me de hombros.

La chica sonríe ampliamente por primera vez y me gusta. Esa expresión la hace mucho más explosiva.

–Está bien, ocupa la silla. Voy a explicarte tus funciones y cómo llevarlas a cabo.

Tras varios minutos explicándome todo con detalle y mucha profesionalidad, mi nueva compañera de trabajo corre hasta su mesa para atender el teléfono. Se coloca el auricular inalámbrico en el oído y pulsa la

tecla de contestar.

–Despacho de Ian Jacobs, soy Grace.

Otra llamada entra en mi terminal y hago lo mismo que ella.

–Despacho de Ian Jacobs, soy Luke.

–Buenos días, me gustaría hablar con Ian –responde una voz masculina.

–El señor Jacobs no ha llegado todavía. ¿Desea dejarle algún mensaje?

Clicleo en el ordenador y selecciono el programa de notas que me ha explicado Grace.

–Sí, dile que ha llamado su amigo Andrew Roland y que espero su llamada de vuelta antes de mediodía. Tengo un asunto urgente que discutir con él.

–Muy bien, señor Roland –contesto mientras transcribo a toda velocidad lo que me dice–. El mensaje le llegará.

–Gracias.

–Buenos días.

Termino la llamada y envío la nota urgente al ordenador del jefe, dueño y presidente de la empresa.

En ese momento, el sonido de unos tacones llega hasta mis oídos y miro a Grace, que continúa enfrascada en el ordenador. Chasqueo la lengua y viro la silla hacia el pasillo, esperando la llegada.

Los ojos se me abren como platos, la respiración se me corta, el co-razón me da una fuerte sacudida en el pecho y mi polla se retuerce dentro de los calzoncillos. Un chico que no llegará a la treintena, alto, moreno de ojos verdes y muy bien peinado, con un físico impresionan-te bajo un elegante y carísimo traje negro, y tan guapo que incluso es posible que me haga sombra, llega junto a una atractiva y preciosa mo-rena no mucho mayor que él, que luce un llamativo vestido rosa chicle ajustado a sus generosas curvas y dejando a la vista unas tersas piernas de muslo hacia abajo y unos delicados brazos, desde los hombros. Ella, al igual que su acompañante masculino, también posee una enigmáti-ca mirada jade.

Estoy tan impactado e impresionado con la presencia de semejante par de monumentos, que no puedo apartar la vista de ellos. Rezuman poder y sexo por cada poro de la piel.

–Buenos días, señor Jacobs. Señorita Jacobs –saluda la eficiente secretaria, poniéndose en pie.

Yo también me levanto, como puedo y esperando que ninguno se percate de la creciente erección que tengo bajo los pantalones.

–Buenos días –saludo.

–¿Quién es este? –pregunta a Grace, con un brusco tono de voz.

–El sustituto de Helen, señor Jacobs.

–Luke Meyer. Encantado de conocerle, señor –me presento, extendiendo la mano.

Él me lanza una mirada iracunda y de ceño fruncido, para, después, bajarla hasta mi mano estirada que no tiene intención de estrechar.

Captando el mensaje no verbal, empiezo a retirarla, pero su acompañante se adelanta para estrechármela por él.

–¡Oh! –musita, suspirando de forma dramática–. Chico nuevo en la oficina. Creo que voy a visitarte más a menudo, Ian.

La atractiva mujer me regala una seductora sonrisa y se la devuelvo. Su mano es suave y cálida, como imagino que será su templo sagrado entre las piernas, y no me suelta hasta que Ian nos separa a la fuerza.

*¡Genial! ¿Primer día y ya caigo mal al jefe?*

–Regina, querida hermana –susurra el señor Jacobs con una voz gutural que eriza los pelos de mi nuca–, deja de pensar con el coño y ve al despacho.

La morenaza no se inmuta ante el comentario y sigue con sus bellos ojos clavados en mí. Como eso parece que también le molesta, le da un leve empujón y ambos continúan, ella a marchas forzadas, hasta las puertas del despacho. Regina desaparece en su interior, pero Ian se detiene bajo el marco.

–¿Qué sabes de Helen? –le pregunta a Grace.

–Sigue hospitalizada, pero se encuentra bien, señor.

–¿Le enviaste el ramo de flores de mi parte?

–Sí, señor. Le gustaron mucho.

–Bien –asiente él y gira la cabeza hacia mí–. Tráenos café.

–Sí, se...

Ni siquiera espera a que conteste. Tras escupir la orden, cierra la puerta directamente.

*¡Dios!*

Me dejo caer en la silla e intento controlar las ganas que siento de follar salvajemente a mi jefe, por muy capullo que sea, y a su hermana también. La sola idea de montármelo con los dos en ese despacho me excita de una forma inimaginable.

Mi terminal vuelve a sonar, cortando mis eróticos pensamientos, y me dispongo a contestar.

–Déjala, yo me ocupo de esa llamada. Ve a buscar los cafés.

Asiento y me levanto.

–Eh...

–Primera –contesta Grace, a sabiendas de que voy a preguntar por la cafetería–. Di que los cafés son para el señor Jacobs, ellos saben que toman.

–De acuerdo.

Grace atiende la nueva llamada y yo cojo la bandolera para ir a re-alizar mi primer recado.

Me impresiona el comprobar que la primera planta no es solo una lujosa y moderna cafetería, sino que además cuenta con un comedor para empleados. Me acerco hasta la barra y allí espero a que uno de los cuatro camareros me atienda. Para ser tan temprano, ya hay bastante gente tomándose un descanso.

–Buenos días.

Miro al camarero que se me ha acercado, algo mayor y con un horrible chaleco rojo, y le sonrío cordial.

–Buenos días, vengo a por dos cafés para el señor Jacobs.

El hombre entorna los ojos y me mira con interés.

–¿Trabajas aquí?

–Primer día –contesto sin mucho énfasis.

–¿Tu identificación?

¿Eh? ¡Mierda!

–La he olvidado encima de la mesa.

–Pues ve a buscarla, no podemos servir nada a gente de fuera de la empresa.

–Escuche –resoplo, empezando a impacientarme–. Es mi primer día y ya caigo mal a mi jefe, por lo que, ahora mismo, lo que menos necesito es perder tiempo por venir a buscar dos malditos cafés.

–Entonces, te aconsejo que corras a por el identificador.

–¿Qué le parece si me pone los cafés y, después, vuelvo y le enseño mi identificador? –negocio con el terco camarero.

El hombre arquea una ceja y sin decir nada comienza a alejarse.

–¡Espere! –alzo la voz, deteniéndole–. Llame a la secretaria del señor Jacobs, Grace le dirá que trabajo aquí.

El camarero me mira con rostro impertérrito.

–¡Vamos, Henry! –dice alguien a mi espalda–. El chico tiene razón. Llama y compruébalo.

El estricto camarero parece ceder ante la presión del intermediario y coge un teléfono. Yo suspiro de alivio y me doy la vuelta para agradecer el gesto al

hombre que ha intervenido muy oportunamente; gesto que se queda trabado al descubrir de quién se trata.

*¡Es Ellery McGuire!*

McGuire es uno de los brillantes diseñadores de *Across Fashion and Styles* que tanto éxito tienen; un Dios de la moda, un artista de la aguja y un creador maravilloso e innovador. A sus cuarenta años ha conseguido desfilarse, o sus diseños lo han hecho, en las mejores semanas de la moda del mundo cosechando una gran aceptación.

Ellery es moreno de cabello indomable y posee una larga barba que oculta la totalidad de su mentón; un *look hipster* que complementa a la perfección con un sombrero de ala ancha, unas gafas rojas de pasta que enmarcan su oscura mirada, y unas prendas de ropa de épocas pasadas. Algunos pensarían que va desaliñado; yo, metódicamente descuidado.

—Muchas gracias, señor McGuire —le digo, acercándome con el nerviosismo por tenerlo delante—. Soy un gran admirador suyo y creo que sus diseños son auténticas obras de arte.

Él sonríe orgulloso y estira la mano hacia mí.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Luke. Luke Meyer —contesto, estrechándosela con auténtico furor.

—¿Por qué no me acompañas, Luke?

No lo dudo ni por un instante. En cuanto me indica la silla a ocupar, lo hago de forma automática.

—¿Así que te gustan mis diseños?

—¡Oh sí, señor!

—Ellery, llámame Ellery —me corrige, dándole un trago de su *capuccino*.

—El vestido que llevó Julia Roberts en la última gala de los Oscar fue... — Busco palabras para describirlo, pero no las hay—. Creo que debieron haberle concedido el Oscar al mejor vestido de la historia.

El diseñador estalla en una fuerte carcajada y aplaude sonoramente.

—Caray... Eso sí que es un halago.

Sonrío nervioso y retuerzo mis manos sobre el regazo.

*¿Debería decirle que yo también hago mis diseños?*

—Piropo y gran verdad —añado.

Inspiro profundamente e intento calmarme. Creo que es una gran oportunidad para decírselo.

*¡Vamos, Luke!*

—¡Muchacho!

Los dos miramos hacia la barra y vemos al “amable” camarero colocando las tapas a dos vasos para llevar.

*¡Maldito corta rollos!*

–Tengo que irme –murmuro, levantándome de la silla–. Ha sido un honor conocerte, Ellery.

–Nos vemos, Luke.

Despidiéndome con un gesto de mano, me encamino hacia la barra para recoger los cafés.

–¿Qué le debo? –pregunto.

–Nada, no se cobra a los empleados.

–¡Ah! Entonces, ¿podría darme una botella de agua también?

El hombre abre una de las cámaras y me la entrega, no de muy buenas maneras.

*¿Siempre actuará de forma tan ruda y arisca?*

–Gracias.

En mi intención de marcharme, Ellery se acerca.

–Luke, ¿por qué no pasas un día por la planta de diseño y te muestro algunos de mis nuevos proyectos?

–¿Lo dices en serio?

–Sí –contesta jovial.

–¡Por supuesto! –celebro–. Muchísimas gracias. En cuanto pueda, me paso.

McGuire palmea mi hombro y regresa a su mesa. Yo me marcho de la cafetería sin dar crédito a lo que acaba de pasar.

*¡Quiere enseñarme sus nuevos diseños!*

Cuando creía que nada podría impactarme más, Padma Anka, la segunda diseñadora estrella de la empresa, surge al otro lado de las compuertas del ascensor que estoy esperando. Es una mujer de mediana edad, de procedencia hindú y con un peinado al estilo Cleopatra que conjuga muy bien con su tez color café. Viene acompañada por lo que parecen dos asistentes y me sonrío agradable cuando pasa por mi lado de camino a la cafetería.

Me impresiona de tal modo, que casi pierdo el ascensor.

De regreso a la vigésima planta, lo primero que hago es dejar sobre la mesa la bandolera y la botella de agua.

–Debes llevar siempre el identificador a mano –me comenta Grace, nada más finalizar una llamada.

–Lo sé y lo siento. Se me olvidó.

–Rápido, llévalos los cafés –me urge la chica.

Asiento y, obediente, voy hacia las puertas de cristal opaco del despacho del jefe. Tras llamar y recibir permiso, paso.

–¡¿Dónde coño estabas?! –grita Jacobs, congelándome en la puer-ta–. ¿Acaso has ido hasta Colombia a por el café?

–Lo siento.

El despacho es inmenso, jamás había visto una estancia tan grande. Me fijo vagamente en los ventanales que van de suelo a techo y que prácticamente lo bordean en su totalidad; en los cuadros abstractos que cuelgan de las dos únicas paredes de pladur; en su gigantesco escritorio de cristal oscuro con una silla de cuero digna de un rey; en el sofisticado bar privado o la pequeña pasarela de modelaje; y en el amplio espacio para reuniones, con sillones de piel y mesitas acristaladas, en donde ambos se encuentran sentados, revisando documentos.

Acercándome, les sirvo las bebidas estimulantes.

–Gracias –me dice Regina con una esplendorosa sonrisa.

–De nada, señorita Jacobs.

Ian por el contrario no comenta nada; solo da un sorbo a su café y continúa centrado en la pila de papeles que tiene delante.

–¿Desea algo más, señor Jacobs?

–Márchate –espeta, sin mirarme siquiera.

Dicho y hecho.

–No seas tan arisco con él. ¡Es su primer día, por Dios! –recrimina la dulce y atractiva Regina, creyendo que no escucho.

–Y tú deja de verlo como tu siguiente polvo.

Cierro la puerta del despacho dejando a los hermanos dentro y suspiro profundamente, soltando tensiones. Luego, una vez estoy más relajado, ocupo mi lugar tras el escritorio.

La siguiente hora la paso atendiendo llamadas, una detrás de otra. Esto es peor que el trabajo que tuve de teleoperador. Me deja comple-tamente alucinado la cantidad de gente que quiere o necesita hablar con Ian Jacobs y mucho más que él disponga del tiempo suficiente para atenderlos a todos y, aun así, llevar la empresa.

–Luke, necesito que vayas a Publicación a recoger la maqueta de la revista –solicita Grace.

–Vale. ¿Qué planta es?

–La décima.

Antes de salir hacia allí, lo primero que hago es recoger el maldito identificador y sujetarlo al chaleco mediante la pinza.

Cuando regreso con el tocho de revista, a la espera del visto bueno del jefe, Grace está al teléfono y me indica con el dedo para que la lleve directamente al despacho.

Frente a las puertas, cojo aire y repito el proceso de llamar y esperar a que me den permiso para acceder.

–Traigo la maqueta, señor Jacobs –le digo, nada más abrir.

–Dámela –ordena, impetuoso.

Se la entrego y, esta vez, salgo precipitado de allí sin esperar a que me eche.

A media mañana, Grace se levanta del escritorio y recoge sus pertenencias.

–Luke, me voy a comer. Cuando regrese, irás tú.

–De acuerdo. Que te aproveche.

La soledad me acompaña durante un breve espacio de tiempo, hasta que Regina sale del despacho, dispuesta a marcharse.

–Hasta otro día, Luke –murmura, entre divertida y pícara, como si fuera la portadora de algún secreto que me involucrara.

–Adiós, señorita Jacobs.

Cruza por delante de mi escritorio contoneándose de manera provocativa y mis ojos vuelan hasta el perfecto culo que detalla ese *sexy* y ajustado vestido. No hay duda de que se trata de una mujer exuberante que sabe cómo captar la atención de un hombre.

*Me encantaría poder hincarle el diente y...*

Mi calenturienta imaginación se ve interrumpida por el inesperado soniquete de mi teléfono móvil y lo saco de la bandolera para contestar. En la pantalla aparece la foto de Megan poniendo morritos.

–Dime –contesto, girándome en la silla, tras quitarme el auricular de la oreja.

–Hola, guapo. Acabo de salir de la sesión de fotos. ¿Qué tal el trabajo?

–Bueno... Mejor te lo cuento cuando llegue a casa.

–¿No descansas para comer?

–Sí, en una hora. En cuanto vuelva mi compañera.

–Genial, allí estaré. ¿Me das la dirección?

–Oye, Meg, te agradezco que quieras venir, pero aquí hay un comedor para empleados y no vas a poder entrar.

–Entonces, sales tú.

Un fuerte estruendo suena a mi espalda y brinco asustado. Ian está al otro lado del escritorio, de pie y con los brazos cruzados al pecho, y la peor cara de mala leche que he visto en mi vida. Sobre mi mesa, la maqueta de la revista que ha arrojado con fuerza.

–Te veo en casa –le digo a mi prima y cuelgo.

Devuelvo el móvil a su lugar de origen y me mantengo erguido, sin apartar la mirada del jefe.

–Las llamadas personales se hacen en tu horario de comida o fuera del laboral –comenta con un tono de voz extrañamente suavizado.

–Disculpe, señor Jacobs. No volverá a pasar.

–No, si no quieres ir de patitas a la calle.

Asiento sin decir nada más, pero él, en vez de marcharse, continúa detenido enfrente de mí con su intensa mirada verdusca fija en la mía; es como el juego de haber quién parpadea antes o la aparta. No sé qué estará esperando, no sé qué estará pensando, pero me está poniendo muy cachondo.

–Lleva la maqueta a Publicación.

Espetada la orden, da media vuelta y se encamina hacia su despacho. Yo, para no variar, le miro el culo; su contoneo es muy diferente al de la hermana, aun así...

*¡Ñam!*

Agotado, me dejo caer sobre una silla del comedor acompañado de un sándwich y un refresco. No es que tenga demasiado apetito, pero algo tengo que hacer durante toda una hora.

–¿Puedo sentarme?

Levanto la vista y me topo con una de las modelos que creo recordar de esta mañana.

–Por favor –la invito cual perfecto caballero, aunque de esto tenga muy poco.

La joven toma asiento al otro lado de la mesa con una bandeja cargada de verduras crudas y fruta, y me observa con el detenimiento que a mí me gusta.

–Vaya cara, chico. ¿Una mala mañana?

–Es mi primer día y el jefe ya me odia.

Ella sonrío y se recuesta juguetona sobre la mesa corrida, acercándose a mí.

–No creo que pueda haber alguien que te odie.

Arqueo una ceja ante su coqueteo descarado y le doy un bocado al sándwich. Creo que esta chica conseguirá animar el día de mierda que llevo.

Entramos en una de las letrinas del baño de mujeres, sin soltarnos y comiéndonos la boca desesperadamente. Esta chica es caliente, muy caliente, y la llevo contra la pared con ímpetu.

–¡Ah! –gime, cuando saboreo su terso cuello.

–¡Joder, que bien hueles!

Mis manos la toquetean con antojo por encima de la ropa y se enredan entre los rizos caobas de su cabellera mientras tomo de nuevo su boca con absoluta posesión.

–No tengo mucho tiempo, preciosa. Será rapidito.

–Sí –exhala.

–Corre, bájate las bragas.

Voluntariosa y tan excitada como lo estoy yo, se sube la minifalda y baja el diminuto tanga conforme cojo un preservativo de la cartera. Entonces, saco la polla por la abertura del pantalón y tras cubrímela, me cierno sobre ella para penetrarla.

–¡Oh, Dios! –goza.

Cubro con mi boca la suya, amortiguando sus gemidos y mis gruñidos, e intensifico las embestidas.

A partir del polvo exprés en los aseos del comedor, el día transcurre de mejor manera; atiendo llamadas y hago recados, sin perder la sonrisa, y la mala actitud de Ian me resbala, aunque hace que incrementen las ganas de follármelo a lo bestia.

A las cinco de la tarde recojo el escritorio y me marchó, una vez me despido de Grace y le deseo un buen fin de semana.

## CAPÍTULO 2

Atravieso la puerta de casa y busco a mi prima en el salón y cocina, pero no está. Sigo hasta su habitación y cuando intento abrir la puerta, la escucho hablar con un elevado tono de voz.

–¡Qué no, mamá, te he dicho que no pienso ir!... Me da igual que se enfade... ¿Y, a Luke? ¿Ha invitado a Luke? Porque te recuerdo que también es su primo... ¡Pues eso, si él no va yo tampoco!... Que poca vergüenza tenéis todos... ¡Sí, mamá, todos!... Mira, no quiero hablar más, voy a colgar... ¡Estamos bien, mamá, estamos! ¡Los dos, que Luke también está aquí! ¿Sabes el daño que me haces cada vez que llamas y no preguntas por él? ¡Que es tu sobrino, joder!... ¡Olvídalo! ¡Y no lla-mes más!

Me alejo de la puerta y camino hacia el sofá, apenado por la mala relación que tiene Megan con sus padres. En realidad, con sus padres y con el resto de la familia, desde que decidió respetarme y quererme.

Tirándome en el cómodo sofá de tres plazas, marrón chocolate, a-poyo la

cabeza en el respaldo y los pies sobre la céntrica mesa de madera. No imaginé que cansaría tanto andar de un lado para otro y coger llamadas.

En ese momento, la puerta del cuarto de Megan se abre y sale ella en *shorts* vaqueros y camiseta de tirantes. Al verme, se limpia las lágrimas disimuladamente.

–¡Ah! ¿Ya estás aquí? –dice, todavía con la voz rota.

La contemplo con afecto, extendiendo los brazos y ella corre hacia mí, dejándose caer sollozando. La estrujo fuerte contra el pecho y le beso en la cabeza.

–Tranquila, cariño –la consuelo.

Enciendo la tele y acuno a mi prima mientras ella atraviesa el disgusto que siempre le queda cada vez que habla con su madre.

Cuando percibo que su respiración está más sosegada y que presta atención a la televisión, es la ocasión para interesarme por ella.

–¿Cómo están tus padres?

–A quién le importa.

–A ti, no me gusta verte mal. ¿Qué quería?

–Sharon se casa y me ha invitado a la boda.

–Y, ¿no vas a ir?

–No.

–¿Por qué?

–Porque tú no vas y porque todos me dan asco.

Suelto una risotada y la estrujo un poco más fuerte.

–Yo pienso que deberías acudir y presumir como la *gran top-model* que eres –intento animarla–. Restregarles a todos lo bien que te va a-quí, especialmente a Sharon que siempre ha sido un tonel.

Megan suelta una risa cantarina y me da un beso en la mejilla para, después, recostarse de nuevo sobre mi hombro.

–No pienso ir y se acabó el tema.

–Meg, así verías a tus padres. Sé que los echas de menos.

Ella se incorpora y me mira disgustada.

–Es que no les entiendo, Luke. No entiendo a mis padres, ni a los tuyos, ni al resto de la maldita familia. No entiendo el desprecio que te hacen, ni cómo pueden ser capaces de fingir que no existes. Yo vi el daño que te hicieron y, si voy, será para cagarme en todos ellos.

Resoplo cansado y me peino con los dedos.

–Me da igual, Meg. Yo estoy bien aquí, estoy feliz y te tengo a ti que eres lo

mejor del mundo. Ellos ya no me hacen falta.

Mi prima vuelve a abrazarme.

–Y yo te tengo a ti y tampoco me hacen falta.

Le doy otro beso en la cabeza y zanjo el tema. Cuando una idea se le mete en la cabeza, no hay forma de hacerla cambiar.

–¿Qué tal el trabajo? –pregunta ahora ella.

Le cuento mi jornada laboral de principio a fin, sin omitir ningún de-talle. Tenemos plena confianza para contárnoslo todo con todo lujo de detalle.

–Así da gusto trabajar –murmura asombrada–. El macizo de tu jefe es un capullo, su atractiva hermana te tira los tejos, el diseñador estre-lla quiere llevarte al huerto y te enrollas con una modelo en la hora de la comida. ¡Viva el trabajo!

–¿Qué? –exclamo al escucharla–. Ellery no quiere llevarme al huer-to.

–Primo, espabila, que te ha invitado a ver sus diseños nada más conocerte.

–Porque es simpático y ha visto que lo admiro.

–¡Y un cuerno, simpático! Ese quiere tema.

–¿Tú crees?

–Sí.

–¡Humm!

Mi prima se incorpora y se pone seria.

–Luke, ni se te ocurra –ordena, levantando un dedo–. Si quieres follar, hazlo con los modelos. Si quieres enseñarle algo a ese diseñador, que sean tus dibujos. Debe valorarte por tu trabajo, no por lo bien que se la metas.

Suelto una gran carcajada que resuena por todo el salón. Adoro a mi prima cuando dice las cosas como las piensa.

–Llevas razón, Meg –la calmo–. No te preocupes, que yo tengo claro por qué estoy allí.

Volvemos a centrarnos en la tele, en el programa de cambio de imagen que emiten y que nos encanta criticar, y no paramos de reír.

–¿Vas a ir al gimnasio? –pregunta Megan.

–Hoy no, ¿te apetece que salgamos a cenar?

–¡Guay! –celebra, algo más animada–. Voy a llamar a Zuleya, Kara y Lea. Seguro que se animan.

Se levanta del sofá con una grácil pirueta y corre a su habitación.

–¡Podrías llamar también a Robin! –le grito desde la lejanía.

Ella asoma la cabeza por la puerta y enarca una de sus finas cejas.

–¿Te lo quieres volver a tirar?

–Me parece majó –respondo, haciéndole burla–. Aunque, si él quiere, no seré yo quien me niegue.

–Que picha brava estás hecho –murmura y vuelve a desaparecer.  
Entre risas, me tumbo en el sofá y continúo viendo el programa.

Tal y cómo me dijo mi prima, nos reunimos con sus amigas y Robin en la puerta del Uri, un pequeño restaurante albanés de Manhattan y muy *chic*. Megan trabaja con ellos con bastante asiduidad y yo me llevo francamente bien con todos, de ahí que me abracen encantados, especialmente Robin.

Por suerte Meg consiguió reservar una mesa para nosotros, porque el restaurante está al completo; algo que no me sorprende dado lo genuina que es la comida y, sobre todo, los licores albaneses. Tampoco es de extrañar que los clientes nos miren cuando entramos y nos sigan con la mirada hasta nuestros asientos. Particularmente a mí, es una situación que me enloquece experimentar.

El ambiente del local es cálido y muy acogedor, en parte por la luminosidad creada con los farolillos de bronce que hay repartidos por el techo, en parte por la decoración a base de coloridas telas que asemejan el interior de una *jaima* árabe. Es como estar en otro mundo.

–Luke, ¿cuándo piensas hacerme un vestido con el que pueda lucirme? –pregunta Zuleya.

La preciosa modelo cubana es encantadora y tiene un ritmo endiablado en el cuerpo. Tiene veintidós años, es tan alta como las demás, su tersa piel es de un seductor color chocolate, su pelo es largo y de color azabache, tiene unos preciosos y enigmáticos ojos negros, y unos atrayentes labios gruesos cubiertos con carmín bermellón.

–*Cuando tú quieras, mi amor* –respondo en español.

Zuleya comienza a reír y a dar palmadas de alegría. Le vuelve loca que hable en su idioma natal.

Robin, que está sentado a mi derecha, se acerca a mi oído y aprovecha la ocasión para apoyar una mano en mi muslo.

–Me ha hecho mucha ilusión que me invitaras –susurra conforme aprieta mi pierna.

Sonrío de medio lado y le miro de soslayo.

Robin tiene veintitrés años y es un chico muy atractivo que triunfa como modelo de publicidad. Tiene el pelo castaño claro que casi siempre peina en estilo cresta, los ojos de un azul pálido, es de complexión fuerte, y viste una

camiseta *Abercrombie & Fitch* granate, que se ajusta a su torso como un guante, y unos vaqueros *Guess* con *sneakers* marrones claras. Siempre me ha gustado su forma de vestir.

–Y a mí que aceptaras –respondo y le doy un beso rápido en los labios.

Las chicas se han puesto vestidos cortos de fiesta y muy brillantes, apropiados para una buena juerga nocturna; en sus pies, zapatazos de tacón para estilizar sus perfectas piernas. Yo, tras una ducha exprés después del trabajo, me he decantado por los pantalones *Crystal Rock* negros con tachuelas, una camiseta *American Eagle* gris clara y *Converses* rojas. Mi pelo rubio, peinado con los dedos y revuelto, rollo salvaje.

Charlamos de todo y reímos por todo mientras comemos y bebemos sin parar. La noche despunta perfecta, como cada vez que salgo con modelos; algo que me encanta, por cierto.

–Está desnudándote con la mirada, Meg –comenta Lea entre risotadas conforme se atusa su media melena rubia.

–Pero, ¿qué dices? –exclama avergonzada, mi prima.

Chupo los restos de la deliciosa mermelada del postre que quedan en la cucharilla y me inclino sobre la mesa.

–¿Qué ocurre, chicas?

Lea se acerca, confidente, mostrándome en primer plano sus bellos y algo rasgados ojos ambarinos.

–En la mesa del fondo hay un tipo con unos amigos y no deja de mirarte a tu prima. Fíjate.

Intrigado, cojo el pequeño vaso de licor de la mesa y me lo llevo a los labios mientras, disimuladamente, observo el fondo del restaurante. En una mesa hay cuatro chicos jóvenes y, como bien ha señalado la modelo, uno de ellos no aparta la vista de nuestra mesa. Es difícil corroborar que sea Meg a quien mira, pero la verdad es que el tío no está nada mal.

–Bueno... Puede que me esté mirando a mí –presumo, divertido.

Los seis rompemos a reír intensamente, síntoma de que el licor ya hace mella en nosotros.

Tras pagar la cuenta entre todos y mientras nos preparamos para marchar a un local de moda a mover el esqueleto, me separo de ellos y acerco con descaro a la mesa de los chicos del fondo.

–Hola –los saludo.

Veo que ya han terminado de cenar y que están a rondas de licores.

–Hola –responde el chico que no dejaba de mirarnos.

El resto parecen extrañados a mi inesperada visita.

–Que... Me voy con mis amigas al Yubber, por si os animáis a venir –suelto sin más.

–Claro –acepta el chico sin consultarlo con sus amigos–. ¿Salís ya? Ahora nos vemos fuera.

–Genial. Soy Luke, por cierto.

–Abraham –se presenta–. Ellos son Edy, Ben y Nadir.

Deben tener pasta, porque visten francamente bien.

–Os espero fuera y os presento a mis amigas.

Cuando regreso con mi grupo que aguarda en la calle, Meg me agarra del brazo y parece molesta.

–¿Qué has hecho, Luke?

–Invitarles a que vengan. Esperemos aquí, no tardarán en salir.

Zuleya, Lea y Kara celebran animadas la invitación, Meg me mira con el ceño fruncido y Robin se acerca confuso.

–No me irás a cambiar por alguno de ellos, ¿verdad?

Le llevo contra la pared y lo beso apasionadamente, metiendo mi lengua dentro de su deliciosa boca, apretando mi duro y excitado cuer-po contra el suyo, y terminando la demostración con un pequeño mordisco de su labio inferior.

–¿Te ha quedado claro?

–Ya lo creo –jadea extasiado.

Poco tiempo después, salen los cuatro chicos del restaurante y ha-go las presentaciones. Ahora sí queda claro que a quien miraba Abra-ham era a mi prima, ya que le ha brillado la mirada cuando se han dado el beso de saludo.

El Yubber es uno de los locales nocturnos más de moda en Manha-ttan y está a una manzana del restaurante. Un corto paseo que aprovechamos para bajar la copiosa cena y, de paso, conocernos. Las chicas han conectado enseguida con los amigos de Abraham y nos sorprende-mos cuando nos cuentan que son jugadores de los *Rangers*, equipo de hockey de la ciudad. Ahora entiendo por qué están tan fornidos y da algo de corte, sobre todo para ellos, que no supiésemos quienes eran. En nuestra defensa diré que no somos muy apasionados del deporte, al menos, del que transmiten por televisión cada noche.

Al entrar en el pub, la música electrónica domina el ambiente y las luces de colores juegan por la concurrida estancia.

Robin y yo nos acercamos hasta la extensa barra de bebidas y espe-ramos a

que llegue el resto. Megan lo hace junto a Abraham y parece muy ilusionada.

Una llamativa pelirroja, de escueto uniforme del Yubber, se presenta ante nosotros con una amplia y reluciente dentadura, enmarcada por unos labios rojizos.

–¡Buenas noches y bienvenidos al Yubber! –alza la voz por encima de la música–. ¡Por favor, acompáñenme a la zona VIP!

Todo el grupo la seguimos hasta la exclusiva zona acordonada y yo me pregunto si habrán reconocido a los jugadores de los *Rangers* o a los modelos. Da igual, la noche no podía continuar de mejor manera.

En uno de los reservados nos acomodamos y pedimos las bebidas a la camarera que se acerca diligente a tomarnos nota. En la zona VIP la música no es tan elevada, pero aun así hay que subir un poco la voz.

Hecho el pedido, aguardamos a que nos lo traigan y seguimos charlando y riendo. Los chicos son simpáticos y hemos congeniado muy bien, como si nos conociéramos de hace tiempo. Al mirar a mi prima, veo lo cómoda que se encuentra con Abraham y eso me alegra el corazón. Robin, por el contrario, está muy cachondo y lo demuestra colocando de nuevo su mano en mi pierna y deslizándola por ella a su antojo. La baja intensidad de la luz otorga a las parejas la posibilidad de un roce más íntimo a pesar de estar rodeados de personas.

En mi acercamiento para besarlo, una mano da unos toques sobre mi hombro y al girarme, me sorprende al comprobar quién es y me incorporo del asiento, dejando a Robin con las ganas.

–Señorita Jacobs, que sorpresa verla aquí.

La hermana de mi jefe, Ian Jacobs, se encuentra en el local y viste un ceñidísimo y cortísimo vestido negro de manga larga, con un generoso y llamativo escote.

–Por favor, Luke, llámame Regina.

A su corrección le siguen dos besos en las mejillas, un saludo muy europeo.

–¿Lo estás pasando bien? –se interesa.

–Sí, he venido con unos amigos y nos han invitado a la zona VIP... –Entonces, caigo en cuenta–. ¿Has sido tú?

Regina sonrío y apoya su mano inquieta sobre mi hombro. Por el rabillo del ojo compruebo que Robin no nos quita la mirada de encima y la tensión que desprende. Eso me encanta; que sienta esa posesividad hacia mí y me quiera solo para él.

–Te vi entrar al local –responde ella–. Estoy aquí con unas amigas.

Miro hacia el grupo que señala, un par de sillones alejado de nosotros, y saludo con la mano a las chicas que hay allí.

–Muchas gracias por invitarnos.

–No te preocupes, además veo que eres amigo de varios jugadores de los *Rangers*. ¿Quién es la chica que está con Abraham Wells?

–¿Te gusta el *hockey*? –me sorprende.

–Por supuesto –dice ella, casi ofendida–. Suelo ir bastantes veces a *The Garden*, a verlos jugar.

–La chica es mi prima, Megan.

–Que mona.

Regina recorre con la mirada a mis acompañantes y termina fijando la vista en Robin, que en ese momento está sorbiendo de su copa.

–¿De qué me suena ese chico?

–Es modelo –le cuento–. Te sonará de algún reportaje.

–¡Ah, sí! De una campaña de Diesel –asiente ella.

–Él, mi prima y sus amigas, son modelos.

Regina me analiza intensamente y se arrima un poco más.

–Jugadores de *hockey*, modelos... ¿Y tú, Luke? No creo que tan solo seas secretario.

–Yo soy el que anima el cotarro –presumo jocosamente.

Ella suelta una risotada y niega con la cabeza.

–Intento ser diseñador –confieso.

–¿En serio?

Asiento y Regina me mira de arriba abajo sin pudor alguno.

–Y yo que pensaba que querías estar frente a los focos y resulta que prefieres estar en el *backstage* de la pasarela.

–Ya ves.

Robin toca mi mano, llamando mi atención, y me entrega la bebida. Le guiño el ojo y doy un refrescante trago, para seguir charlando con la hermana de mi jefe. Ella es muy simpática y risueña; nada que ver con el capullo, aunque muy macizo, de su hermano.

Terminada la copa y nada más dejarla sobre la mesa, me disculpo con Regina para visitar el baño. Necesito miccionar y refrescarme del calor agobiante del Yubber.

La puerta del baño se abre con un leve chirrido y por la esquina del panel escarchado, surge Robin. Sin importarle el par de chicos que hay en el aseo,

se encamina hacia mí con aire impetuoso y me arrastra con-tra la pared del fondo. Una vez prisionero, hunde los dedos en mi pelo y tira de él para comerme la boca con auténtico descontrol.

–¿Quién es esa guarra que quiere meterse en tus pantalones? –murmura sin soltarme y con la respiración acelerada.

Río de pura diversión y empiezo a notar la excitación que me invade al sentirme tan locamente deseado.

–Es la hermana de mi jefe.

–Menuda zorra –gruñe sin tapujos–, solo le ha faltado meterte la cara entre sus tetas.

–Me enloquece que te pongas celoso –le digo.

Cuando nuestro público por fin abandona el aseo, agarro con fuerza al modelo y le llevo dentro de una de las letrinas donde, esta vez, soy yo quien lo acorrala contra la pared.

–¿Quieres que te folle aquí mismo para demostrarte que esta noche soy tuyo?

–Quiero que me lleves a tu casa –jadea él–, y que me demuestres toda la noche que eres mío.

Le agarro por su duro y firme trasero y bajo la vista hacia nuestras partes que se frotan y endurecen dentro de los pantalones.

–Sí –exhalo excitado–. Mejor que nos vayamos, porque si empiezo aquí no voy a querer parar.

Posponemos el momento caliente, por muy difícil que me resulte, y salimos del baño para despedirnos. Empezando por Regina, que se lamenta de que me marche tan pronto, y, después, del grupo.

Megan se levanta del sofá y me aparta del resto.

–¿Quién era esa chica con la que hablabas?

–La hermana de mi jefe, la que te conté.

–¿En serio? –se sorprende, mirándola con disimulo desde la distancia.

–Sí, ha sido ella la que nos ha metido en la zona VIP.

–Y, ¿ahora te vas con Robin? Mucho habéis tardado.

–Se ha puesto celoso y ya sabes cómo me pone eso.

Mi prima me golpea en el pecho, reprochando mi libertina actitud, y nos abrazamos.

–Y, si vas a follar con Abraham, hazlo en casa y no en la suya. No te fies –le susurro en el oído.

–¡Luke!

Se retira para propinarme un manotazo en el brazo, más fuerte que la vez anterior, y me carcajeo divertido.

–Si pasa algo, llámame. Estaré despierto toda la noche.

–¡Oh, sí! De eso estoy segura.

–*¡Hasta otro día, mi amor!* –grita Zuleya en español, desde el sofá junto a Nadir–. *¡Te quiero!*

–*¡Adiós, amor!* –respondo, lanzándole un beso.

Entonces, rodeo el cuello de Robin con el brazo y nos marchamos ansiosos del bar.

En el taxi de camino a casa, la tensión sexual se hincha como un glo-bo y lo único en que pensamos es en llegar, para poder reventarlo.

–¿Trabajas mañana? –pregunto a mi acompañante y así pensar en otra cosa que no sea mi imponente y guerrera erección.

–No, tengo el día libre. El domingo por la mañana me voy a Los Ángeles a rodar un *spot* de *Banana Republic*.

–Suena genial. Me alegro de que todo te vaya tan bien.

–Sí. Me ha costado, pero por fin parece que todo fluye.

–¿Cuánto tiempo llevas ya en esto?

–Desde los diecisiete años –dice, recostando la cabeza en el asiento y mirando al techo, como recordando sus primeros años de modelo.

Estiro el brazo y cojo su mano; un gesto que le sorprende y sus ojos me lo dicen.

–Vas a llegar lejos –le aseguro.

Robin me muestra su sonrisa espectacular y se acerca para fundirse en un ardiente beso conmigo.

–¡Me muero de ganas por llegar a tu casa! –murmura, sin despegar sus labios de los míos.

–¡Joder que sí!

Irguiéndome en el asiento, aporreo la pantalla de seguridad del ta-xi.

–¡Oye, amigo! Acelera, que nos estamos durmiendo y lo que quere-mos es follar –le digo al conductor.

Robin y yo reímos joviales y ebrios en la parte trasera, y el taxista farfulla algo ininteligible, aunque acelera.

Despierto con el estridente sonido del timbre de casa que no cesa de sonar y sonar.

*¡¿Quién coño será?!*

Me paso las manos por la cara y saco las piernas de la cama. Después, recojo el bóxer del suelo y me lo pongo entre tambaleos.

–¿Qué pasa? –murmura Robin, adormilado.

Me giro hacia él y repaso con placer su escultural desnudez de torso bronceado y musculoso, y cuya única parte cubierta por la sábana son los genitales.

–Están llamando a la puerta, tú sigue durmiendo.

Salgo de mi habitación al tiempo que Megan lo hace de la suya. Lleva la amplia camiseta que anoche vestía Abraham y su cabellera rubia lisa ahora luce como la de un león de la Sabana.

–¿Vas tú? –murmura adormilada.

–Sí.

Ella vuelve al interior de su cuarto y yo corro hasta la puerta para que, quién sea, deje de tocar el maldito timbre.

–Señor Balder –me lamento al abrir–. ¿No podía haber venido más tarde?

Es nuestro casero y vive justo enfrente. Es un buen hombre y tuvimos suerte de encontrar este piso gracias a un compañero de trabajo que me habló de él. Nada más verlo, Meg y yo aceptamos; así pudimos marcharnos de la pensión de mala muerte donde pasamos los dos primeros meses de nuestra nueva vida aquí.

–¿Más tarde? –pregunta, dudoso–. Pero si son las dos de la tarde.

–¡Oh! ¿De verdad? Pase, iré a buscar el dinero.

Corro hasta la cocina y rebusco en el primer cajón, bajo los fogones, el sobre con el dinero del alquiler. Con él en la mano, regreso a la entrada.

–¿Mucha juerga anoche?

–Ya sabe, señor Balder. Hay que aprovechar, que la vida pasa fugaz –contesto, entregándole la mensualidad.

–Doy fe de ello, muchacho.

Una vez nuestro casero se marcha, regreso corriendo a mi cuarto.

–¿Quién era? –pregunta Robin con los ojos cerrados, cuando paso de nuevo al interior de la cama, desnudo.

–El casero.

*¡Oh, qué gusto! Bendita cama.*

Coloco el brazo por encima de la cabeza y cierro los ojos para dormir un poco más. O un bastante más.

Sin tiempo para profundizar en un nuevo sueño, siento cómo Robin rueda por el colchón, acercándose a mí. Sus labios son los primeros en tocarme,

paseando cadenciosa y provocativamente por encima de los míos, continuando el sendero de mi mentón y cuello... Mientras tanto, su mano juguetona se acomoda y acaricia mis pectorales para, acto seguido, ir deslizándose por los abdominales.

Jadeo de placer y sonrío al saber de sus intenciones.

—¿No has tenido suficiente esta noche?

—No —contesta taxativamente mientras sigue a lo suyo—. Eres como una droga y siempre quiero más.

Mi pecho retumba por la risa ronca que emito y gimo cuando sus rebeldes dedos rozan mi polla durmiente, que, tras unos leves aunque prodigiosos toqueteos, despierta con ganas de guerra.

Lo siguiente que percibo son los labios de mi atractivo acompañante abrazando la cabeza de mi erecta envergadura; gesto que me hace rugir de puro placer. En ese momento, le sujeto con firmeza por el pelo y muevo las caderas penetrando la jugosa boca que me provoca tanto gozo.

—¡Me encanta! —gimo, enloquecido.

Él gruñe, dejando en claro lo excitado que está, y disfruta de mi polla como si fuera su caramelo preferido. La cabeza de Robin sube y baja cada vez más deprisa, y su lengua humedece y abrillanta cada parte de mi falo, desde la base hasta la rosada punta. Con la mano acaricia mis cargados testículos y la sensación es tan increíble, que el orgasmo empieza a hacer mella en mi bajo vientre.

—¡Joder, Robin! —jadeo—. Me gusta... Me gusta mucho.

Levanto la cabeza de la almohada y observo con atención y deleite como mi grueso sexo entra y sale de la cavidad bucal del modelo rodeada por sus rojizos, gruesos y húmedos labios.

Robin me chupa... Me succiona... Me absorbe... Me degusta... Se embebe de mí... Y yo termino por correrme en su experta boca, gritando su nombre por el intenso orgasmo que me ha regalado.

—¡Oh, Dios! —exclamo extasiado.

La lengua de Robin recoge cada gota de mi esencia, saboreándola, y, después, me besa en la pelvis y así sube por mi torso, alabándome, hasta llegar a la boca.

Sin dejar de demostrar la sexualidad tan activa que tiene, se tumba sobre mí y frota su miembro erecto contra el mío cual animal en celo, dejando claro qué busca a continuación; algo que estoy más que dispuesto a darle.

Cojo un condón y el lubricante de la mesilla y ruedo por la cama para

colocarme encima. Tras elevar sus caderas con ayuda de uno de los almohadones y cubrirme la polla, lubrico con esmero su fruncido anillo y le penetro con una certera estocada que le hace gemir de gusto.

Robin deja caer la cabeza y disfruta al notarme duro en su interior.

Entonces, con una mano me agarro al cabecero de madera y, con la o-tra, bombeo su erección mientras muevo frenéticamente mis caderas y le follo sin contemplaciones.

Una fina capa de sudor cubre nuestros cuerpos, que se asemejan a dos máquinas bien engrasadas y a pleno rendimiento. Hemos estado follando hasta las cinco de la mañana, pero... ¡Dios! Está tan bueno y se mueve tan bien, que es imposible resistirse a él.

Al sentir que el líquido pre-seminal del modelo moja mi mano, incremento la masturbación y penetración hasta que ambos estallamos en un desorbitado orgasmo que me hace caer sobre él, laxo y falto de aliento.

Cuelgo el teléfono inalámbrico en la base al terminar con el pedido y me acomodo en uno de los taburetes de la cocina. Tan solo visto mis pantalones cortos de deporte, después de la refrescante ducha que he tomado hace escasos minutos, y el pelo todavía gotea sobre mis hombros. Doy un sorbo al café puro que me he preparado y paso las hojas del Vogue soñando en que mis diseños aparezcan en ella algún día.

*¡Sería la hostia!*

Robin aparece en el salón, con una imagen renovada tras pasar por la ducha, con la ropa de ayer y descalzo al igual que yo.

–¿Te apetece un café? –le ofrezco—. Acabo de hacerlo.

–Sí, gracias.

Le lleno una taza para cargarle las pilas y le acerco el azucarero y la leche para que se lo ponga a su gusto.

–¿Te quedas a comer?

Mi propuesta le hace arquear las cejas, aturdido, y me doy cuenta de la sorpresa que le causa que me interese su compañía más allá de la cama.

–Vale –acepta tímidamente.

–Genial, porque he pedido semejante cargamento de comida chi-na, que puede que lo tengan que traer en camión.

Él sonrío divertido y yo me siento a su lado para seguir viendo la revista.

–¿Qué hay de ti, Luke? –curioseosa—. ¿Piensas enseñar tus diseños en *Across Fashion and Styles*?

–Esa es mi idea, aunque creo que esperaré a llevar más tiempo allí. De momento, voy a presentarme al concurso de jóvenes diseñadores que habrá en un mes.

–¿En qué consiste ese concurso?

–Tengo que presentar cuatro diseños: uno *vintage*, uno actual, uno de chaqueta y pantalón, y otro de alta costura o gala.

–¡Caray! –musita alucinado–. Y, ¿cómo lo llevas?

–Bien, solo me falta el de alta costura.

–¿Dónde los confeccionas?

–Aquí, en casa. La mesa de dibujo la tengo en mi cuarto, como ya habrás visto, y el taller en la tercera habitación.

–¿Puedo verlo? Si no es molestia, claro.

–Por supuesto que no es molestia.

Termino el café en dos sorbos, Robin el suyo, y, nada más dejar las tazas en el fregadero, nos encaminamos hacia el corto pasillo. Mi habitación queda a mano derecha, la de Meg a izquierda, al fondo disponemos de un pequeño cuarto de baño sin ducha y que apenas utilizamos porque los dos contamos con uno propio en nuestras habitaciones, y contigua a la mía está la que utilizo como taller improvisado y en cuya puerta cuelga un letrero que hace reír al modelo.

## **Genio trabajando**

### **No molestar**

–Siéntete un privilegiado, no a todo el mundo le dejo entrar aquí –bromeo, sacándole los colores.

Entonces, abro la puerta y dejo que pase a mi pequeño refugio particular.

La estancia, a primera impresión, puede parecer un completo caos, pero para mí está perfectamente organizada: los rulos de telas en un extremo; varios percheros metálicos al fondo, con ropa; un generoso armario cajonero con todo tipo de botones, tachuelas, cremalleras, lentejuelas y demás material decorativo, pegado a la pared frontal; una robusta mesa de madera en el centro, asediada de metros diversos, tijeras, pinturas y carboncillos, cúteres, cartulinas, pegamento, sujeta alfileres y agujas, imperdibles, dedales, lápices, rotuladores, regla, escuadra y cartabón; estantería llenas de bobinas de hilo y lana en toda la gama de colores; bolsas de plumas en un rincón y, en el

opuesto, cerca de la ventana, una máquina de coser sobre una mesa, con su silla de trabajo ergonómica. Junto a la puerta se encuentran ubicados los dos cuerpos de maniqués, en este momento, desnudos.

Robin silva alucinado al verlo.

–Esto es un auténtico taller. Te has debido dejar una pasta.

–Sí, he tenido que currar como un cabrón –contesto entre risas.

Camina por la habitación, mirándolo todo con detalle, y se detiene junto al armario donde abre uno de los cajones e introduce la mano, divertido.

–¿Cristal de *Swarovski*? –pregunta sonriente mientras deja que los minúsculos cristales se escurran entre sus dedos.

Suelto una risotada y niego con la cabeza.

–Más quisiera. Dan el pego, ¿verdad?

El modelo asiente y se acerca a las perchas en donde cuelgan mis diseños creados hasta el momento. Mi intención es ir con él para mostrárselos, pero, en ese momento, suena el timbre de casa.

*¡La comida!*

Apoyo las bolsas del pedido chino sobre la barra de desayuno, justo en el momento en que Abraham y Megan salen del cuarto de esta últi-ma. No puedo evitar mirar el reloj de la cocina y ver que marca las cua-tro de la tarde.

–Buenas tardes, tortolitos –saludo guasón.

–Buenas tardes –responden ellos, acercándose.

–¿Te quedas a comer, Abraham? He encargado comida como para alimentar a un ejército.

–Gracias, pero no puedo.

–Luke –me llama mi prima.

–¿Sí?

–¿Te apetece ir esta noche al *Madison Square Garden* a ver el parti-do de los *Rangers*?

Arqueo las cejas por la inesperada propuesta, dado que ni a ella ni a mí nos gustan los deportes o al menos no los vemos.

–Pues...

–Os conseguiré yo las entradas, no tendréis que pagar nada –añade Abraham, intentando convencerme.

Mi prima me ruega con la mirada para que vayamos y yo no puedo negarme.

–Vale, sí. Iremos.

Los dos se sonríen como tontos y yo pongo los ojos en blanco.

–Puedo conseguir tres si a Robin también le apetece ir.

–Espera un momento –le digo y salgo corriendo hacia mi taller.

Allí encuentro a Robin mirando con detenimiento e interés una de mis camisetas.

–Rob, ¿te apetece venir esta tarde con Meg y conmigo a ver jugar a los *Rangers*? Invita Abraham.

–¿Ah sí? Estaría genial –acepta encantado.

Me asomo por el pasillo y descubro a la parejita besándose, como si estuvieran aprovechando el momento que papá no está delante.

¡Ohoooooooo...!

–¡Oye, que sí! –grito, cortándoles el momento–. Saca tres entradas.

Abraham levanta el pulgar, aceptando, y yo entro en mi taller para dar privacidad a mi prima.

–Esta camiseta es chulísima –opina Robin.

Es de las últimas que he confeccionado. En realidad, son dos camisetas, una blanca y otra marrón, entrecruzadas y superpuestas una sobre la otra y con una manga cada una. Por la parte delantera se aprecia más la marrón y por la trasera, la blanca. En el frontal hay unos grandes labios y la parte de estos que está en la zona marrón es de purpurina blanca, así como la parte que está en la blanca, es de purpurina marrón.

–¿Por qué no te la pruebas y vemos cómo te queda?

La sonrisa de Robin aumenta en su bello rostro y sin pensárselo dos veces, se quita la suya y se pone la mía. La ancha abertura en pico de la prenda, deja a la vista el perfecto cuello de mi amigo con sus duros trapecios y el comienzo del esternón.

–Te queda de muerte.

–¿Sí?

–Sí. Entre lo guapo que eres y que la camiseta es una obra de arte... –comento jovial.

Rob sonrío avergonzado y gira sobre sus pies para que lo vea bien.

–Te la regalo.

–¿Qué? –pregunta, perplejo.

–Que te regalo la camiseta. Dudo que haya alguien al que le quede mejor.

–¿Lo dices en serio?

–Completamente en serio. Ve a mi cuarto y mírate en el espejo, ve-rás que te sienta muy bien.

Robin recoge su camiseta de la mesa y, al pasar por mi lado para ir a mi habitación, me da un beso tierno en los labios que recibo encantado.

–Gracias.

Después de la abundante comida asiática y dejar todo recogido, nos tiramos en el sofá, Megan en un sillón aparte, y vemos una película de comedia romántica con la que nos desternillamos de risa.

A las ocho de la tarde, descendemos del taxi frente al impresionante estadio *Madison Square Garden*, donde esta noche se enfrentan los *New York Rangers* a los *Carolina Hurricanes*. La multitud que se aglutina en el exterior, ya está empezando a entrar por las puertas.

–¿Qué te dijo Abraham? –pregunto a mi prima.

–Que vayamos a la taquilla 4 y digamos que él nos ha reservado tres entradas. Ya ha dejado el encargo hecho.

Agarro a Megan con una mano y la otra la apoyo en la espalda de Robin, para dirigirnos hacia allí.

–De acuerdo, no os separéis –les digo.

Ninguno de los tres hemos visto nunca un partido de *hockey* en directo, por lo que no sabemos si hará un frío de cojones ahí dentro, con semejante pista de hielo. He prestado una chaqueta a Robin, yo me he puesto una sudadera con los vaqueros y Meg, un jersey y un pantalón largo.

–Buenas –saludo al hombre de la taquilla cuatro cuando llega nuestro turno–. Somos amigos de Abraham Wells y nos ha reservado tres entradas a nombre de Megan Gallagher.

El hombre afirma con la cabeza, pero en vez de darnos tres entradas convencionales, nos entrega tres pases al palco VIP.

–Id por el pasillo de la derecha cuando entréis, hasta llegar a unos ascensores. Allí enseñad vuestros pases y subid a la última planta. De ahí, seguid el pasillo hasta el palco –explica el buen hombre–. No hay pérdida.

–Vale, muchas gracias.

Entramos al estadio, tras la marabunta de personas y fans del equipo neoyorquino, y hacemos lo que nos ha dicho el tipo de la taquilla.

–¿Al palco VIP? Wells se ha portado –comenta Robin.

Mi prima y yo estamos de acuerdo.

Salimos del ascensor en la quinta planta y recorremos el lujoso pasillo de suelos oscuros y paredes claras de las que cuelgan cuadros con antiguas fotografías del estadio cuando este sitio era la meca del boxeo. Grandes

luchadores como Muhammad Ali o Mike Tyson salen en ellas como recordatorio de aquellos buenos tiempos.

Llegamos hasta unas puertas dobles de madera y metal, y, al abrirlas, nos quedamos impactados en el sitio al ver la cantidad de gente que hay en el interior. Pero lo peor es que todos van de punta en blan-co, como si fuese una importante gala benéfica en vez de un partido de *hockey*. Hombres trajeados con puros en la boca y copas de *whisky* en la mano, y chicas exuberantes con escuetos vestidos que enseñan más que tapan.

Algunos nos miran como si fuéramos del servicio.

–¡Dios, que vergüenza! –susurra Meg.

–¿Vergüenza? De eso nada, tenemos pase –comento.

Me adelanto y, con toda mi cara, llego hasta la barra para pedir una copa. Hay que aprovechar que estamos invitados.

Meg y Rob me siguen y se colocan a mi lado.

–¿Tienen pase? –pregunta el camarero, cuya mirada me hace sentir como si fuésemos rateros.

Frunzo el ceño y me estiro sobre la reluciente barra de nogal.

–¿Está insinuando que nos hemos colado aquí?

–Luke –me reprende mi prima.

–¡Tome! –gruño, arrojándolos sobre la barra–. Y, ahora, póngame el *whisky* más caro que tengan.

–Sí, señor –se achanta el camarero–. ¿Y ustedes?

–Una Coca-Cola *light*, por favor –pide Meg.

–Para mí una *Budweiser*, gracias –solicita Robin.

El camarero marcha a ponernos las bebidas y yo suelto todo el aire de mis pulmones, intentando calmarme.

–Abraham podría haberte dicho que nos iba a meter en el puñetero palco –espeto hacia Megan.

–Pero, ¿qué te pasa ahora? –se molesta ella.

–Que me jode que me miren como si fueran superiores a mí.

–Luke, tranquilo, nadie nos mira mal –se entromete Robin–. Puede que el camarero siga un protocolo y deba pedir los pases.

–Primo –murmura, acercándose a mí–, baja la puta cresta y no nos jodas la noche.

No puedo evitarlo, ni aunque la sangre me bulla por dentro debido al coraje. Cada vez que Megan se pone en plan callejera, tengo que re-ír.

El camarero nos deja las bebidas sobre unos dorados posavasos y continúa

atendiendo a otros clientes. Nosotros brindamos y bebemos, y me obligo a empezar de cero la noche.

–¿Luke?!

Los tres nos giramos al escuchar mi nombre, pero Robin se vuelve de nuevo hacia la barra, con mala cara.

–¡No me jodas! –gruñe molesto.

Regina se encuentra en el palco y recuerdo que me dijo que venía mucho a ver a los *Rangers*. No había caído en que pudiese encontrármela hoy.

Se acerca, sonriendo por la emoción de volvernos a ver, con un vestido que llama la atención: ceñido, corto, elegante y lleva los colores azul, blanco y rojo del equipo neoyorquino, con las letras “RANGERS” en pedrería roja sobre las tetas.

–Regina. –Le doy un beso en la mejilla cuando llega hasta nosotros y la miro de arriba abajo–. ¡Joder! Esto sí que es un *look chic/sport*.

Ella suelta su pintoresca risotada y Robin su característico bufido.

–Te presento a mi prima, Megan, y a mi buen amigo, Robin. Chicos, ella es Regina Jacobs, hermana de mi jefe.

Las chicas se saludan con dos besos y Robin, que es más reticente, solo le estrecha la mano.

–¿Os han dicho alguna vez que parecéis hermanos?

Meg y yo sonreímos.

–La verdad es que sí, bastante además. Pero no, nuestras madres son las hermanas –le explico.

El suave hilo musical de la gran sala se ve superado por el murmullo de la gente cuando da comienzo el partido. En ese momento una chica llama a Regina.

–¿Nos vemos por aquí? –pregunta.

–Claro –contesto.

Ella se aleja con sus andares de tigresa y yo me quedo casi hipnotizado por el contoneo de caderas. Hasta que Robin me golpea con el codo.

–Córtate un poco, ¿no?

Le guiño un ojo y paso el brazo por su cintura para, después, bajar la mano al ejercitado trasero y estrujárselo.

–No te pongas celoso, que ya sabes cómo me pone eso.

Con nuestras copas, nos dirigimos a los asientos de cuero que tenemos designados. A través del cristal polarizado, vemos el gran estadio lleno a reventar y la pista en el centro con los jugadores, seis de cada equipo, y los

tres árbitros. Además, la cómoda sala cuenta con numerosas pantallas planas, para el que quiera disfrutar el partido de más cerca.

–¿Quién es Abraham? –pregunto buscándolo.

Los jugadores neoyorquinos, que patinan fugaces y compenetrados sobre el hielo, visten las grandes y acolchadas camisetas azules con rayas blancas y rojas. Los *Hurricanes*, van uniformados de rojo con franjas blancas y negras.

–El central, el número 34 –responde ella, orgullosa.

El árbitro pone el disco en el hielo y comienza la lucha con los *sticks*.

Los veinte minutos del primer periodo pasan en un visto y no visto. No han logrado anotar, aunque ocasiones no han faltado. Lo que sí ha habido han sido muchos pases, tanto rasos como aéreos, tiros, golpes contra el metacrilato que bordea la pista, luchas de *sticks* por la posesión del disco y alguna que otra pelea entre jugadores, con sus respectivas sanciones, que nos han sorprendido del furor que causan en los asistentes.

Varias camareras han circulado con bandejas de aperitivos y bebidas para el disfrute de los que frecuentamos la sala VIP, amenizando la deportiva velada.

–Voy al baño –dice Robin, levantándose.

–Toma, llévate el pase por si acaso.

Se lo entrego y él se marcha. Hemos dejado que Meg se sentara entre los dos, ya que ella así lo quería.

–Le has regalado una de tus camisetas –comenta mi prima.

–Sí –contesto, dando un trago a mi copa de champán.

–Ha comido con nosotros y le has invitado a venir.

–Deja de andarte por las ramas y se directa –le digo.

–¿Vais a tener una relación?

–¿Qué? ¡No! Solo somos amigos.

–Luke. –Megan se gira hacia mí y se pone seria–. Solo hay que fijar-se en cómo te mira y lo celoso que se pone cuando se acerca Regina.

–No saques las cosas de quicio. Rob sabe cómo soy y lo que hay entre nosotros.

–Eso espero, porque me cae bien y no quiero que sufra.

–¡Y yo tampoco! –me exalto, cabreado–. ¿O acaso crees que quiero lo contrario?

–Claro que no, pero es muy difícil no sentir nada por alguien que te trata tan bien, que te gusta, que te lo pasas bien con él...

–Pues no te preocupes porque yo jamás le haría daño. Ahora, hablemos de

Abraham Wells; te lo has tirado y mira dónde estamos. ¿Estáis saliendo?

Meg oprime una sonrisa y cuando se dispone a contestar, una chica que se encuentra sentada delante se gira hacia nosotros y recorre con los ojos a mi prima.

–¿Así que tú eres la nueva chica de Wells? –pregunta con cierta repulsa en la voz–. Mejor no te hagas ilusiones, dudo que en un par de días siga en contacto contigo.

–¿Y quién demonios eres tú? –espeta Meg.

La chica de larga cabellera morena, enarca una de sus depiladas cejas y sonríe con ironía.

–Una de sus ex. Lo que te digo lo sé por experiencia.

Veo la mano de mi prima apretar el brazo del sillón y entro en escena.

–No le hagas caso, Meg. No sería un reconocido jugador de *hockey* sin chicas despechadas a su alrededor.

–Yo no estoy despechada –se defiende la desconocida.

–¿Ah, no? ¿Y qué haces aquí? –pregunto.

–Mi novio juega con los *Rangers* –presume.

Megan y yo nos miramos.

–O sea, que eres la típica tía que va de bote en bote, con el primero que le haga un poco de caso. Eso es patético –se venga mi prima, con auténtica saña.

La chica se sulfura y aprieta los dientes.

–Y tú eres una guarra que busca la fama –ladra la morena.

Megan está a punto de abalanzarse sobre ella, cuando dos manos aparecen encima de nuestros hombros.

–Jasmine, a guarra no hay quien te gane –comenta Regina a nuestras espaldas.

La chica levanta la vista hacia la atractiva morena y deja su asiento echando humo por las orejas.

La recién llegada rodea los sillones y ocupa el de Robin.

–No le hagáis caso, esa chica es una arrastrada.

Meg y yo nos reímos e intentamos olvidar lo sucedido.

–¿Lo estáis pasando bien?

–Sí, dejando de lado este pequeño incidente –contesta mi prima–. Este palco es una pasada.

Las dos comienzan a charlar amistosamente y enseguida conectan, como si fueran amigas de toda la vida. Ni siquiera se percatan cuando el descanso de quince minutos, finaliza, y comienza el segundo periodo del partido. Yo

escucho parte de la conversación que mantienen, veo el partido... Pero lo que de verdad ocupa mi mente es Robin.

*¿Dónde se ha metido?*

Los minutos transcurren y él sigue sin aparecer. Miro hacia la entrada, pero por allí no aparece nadie. A mitad del segundo tiempo, me disculpo con las chicas y voy en su busca.

Al salir del palco, suspiro de alivio porque lo encuentro en mitad del pasillo hablando por el móvil. Por un momento he pensado que se había marchado.

Me acerco a él y, por su voz, parece agotado.

–Que sí, mamá, ya te he dicho que lo siento... Lo sé, me he distraído y... Sí, acabo de hablar con Steve y él me ha dicho que te llamara... La-mento haberte preocupado...

Le abrazo por la espalda y pego la nariz a su pelo castaño claro.

*Umm... huele a mi champú.*

Robin mira por encima del hombro, sorprendido, y al ver que soy yo se deja abrazar, cubriendo mis manos con la que tiene libre.

–Mamá, tengo que dejarte... Yo también te quiero...

Cuelga y cuando se guarda el móvil en el bolsillo, aprovecho para darle un beso en el cuello.

–Pensé que te habías ido, ¿va todo bien? –curioso.

–Sí, es que no contesté el teléfono a mi compañero de piso, ni le devolví las llamadas y él, al ver que no llegaba a casa llamó a mi madre para ver si estaba allí y buff... Parece que me hubieran secuestrado.

Sonrío y le aprieto contra mí.

–¿Se considera secuestro si yo te secuestro y tú te dejas secuestrar? –susurro divertido en su oído.

Robin se ríe con mi pregunta y se gira entre mis brazos.

–¿Así que has salido a buscarme?

Asiento lentamente como respuesta. Robin me agarra por las caderas y me arrastra con él, hasta apoyarnos contra la pared. Mi boca toma la suya y nuestras lenguas se buscan ansiosas.

Mi metro ochenta y cinco se cierne sobre su metro ochenta y tres; sus labios recorren mi mentón y cuello, y yo giro la cabeza dejándole más espacio, disfrutando de la agradable sensación que sus cálidos labios provocan al recorrer mi piel. O disfruto, hasta que veo en la puerta de la sala VIP a la última persona que esperaba encontrar aquí.

Tan imponente como el día que lo conocí y vistiendo unos vaqueros desgastados y una camiseta de los *New York Rangers*, Ian Jacobs nos observa desde la distancia con el ceño fruncido. Al principio me cuesta reconocerle al no vestir de traje y llevar su cabello azabache alborotado, pero sus ojos verdes me traspasan de igual forma que lo hicieron en el trabajo.

Aparto a Robin de un empujón y este se queja, confuso, porque no ha visto que tenemos compañía. Tampoco le da tiempo, ya que el señor Jacobs desaparece como una exhalación en el interior del palco.

*¡Joder, lo que me faltaba!*

### CAPÍTULO 3

—¿Qué ocurre? —insiste Robin, perplejo.

—No, nada —niego con la cabeza—. Solo, que me estoy calentando y no es el lugar más indicado. Volvamos dentro.

Regresamos al palco VIP y mis ojos lo recorren de punta a punta, en busca de mi atractivo jefe, pero es imposible dar con él. Hay demasiada gente y el lugar es grande.

Caminando detrás de Robin, no me percató que se detiene de pronto y choco contra su espalda.

—¿Qué hace esa zorra en mi sitio? —espeto rabioso.

Persigo su mirada hasta nuestros asientos y veo que Regina sigue charlando y riendo con Megan.

–Solo están hablando –contesto, sin darle mayor importancia–. Es simpática y ya te he dicho que no debes sentir celos de ella. Es la hermana de mi jefe, no pienso follármela.

Agarro a Robin por la cintura y lo fuerzo a que continúe caminando.

Cuando llegamos, Regina nos sonrío y se levanta para dejar que Robin ocupe su asiento. Yo aguardo de pie a que la seductora morena se acerque.

–No sabía que habías venido con el señor Jacobs –le digo.

–Sí y unos amigos. Él fue quien te vio y me avisó. ¿Te has cruzado con él?

–De lejos.

–Puede parecer muy hosco con su forma de hablar, pero te aseguro que es un cielo.

–¿En serio? –pregunto, sin poder evitar que el sarcasmo tiña mi to-no de voz.

Regina frunce los labios, para no reír, y pasa un brazo alrededor de mi cuello para arrimarse a mi oído; tan cerca que siento como sus tetas se estrujan contra mi pecho.

–Te lo va a poner muy duro hasta que vea que no te rajas.

Sé que se refiere al trabajo, pero también puede aplicarse a mi ra-bo, porque es verlo y removerse en mis pantalones.

–Regina –suena la gruesa voz de Ian detrás de mí.

Ella se separa escasamente, sonriendo, pero yo no me inmuto.

–Hola, hermanito.

–¿Quieres hacer el favor de dejar de... y venir a aguantar a tus amigos? – espeta molesto.

Usa el mismo tono arisco y cruel que utiliza conmigo en la oficina; ese que, de escucharlo tantas veces, ha llegado a excitarme.

–Ya voy, pesado, solo estoy charlando con otros amigos. A Luke ya le conoces, estos son...

–No hace falta, vamos –la corta, cogiéndola del brazo y llevándose-la consigo.

Es entonces cuando doy media vuelta para verlos alejarse. Ian mira iracundo por encima del hombro y nuestras miradas se cruzan, aunque brevemente.

*¡Ufff, Ian Jacobs! ¡Lo que te haría si pudiese!*

Una hora después, acompañamos a Robin a que coja un taxi. Debe ir a casa y preparar el equipaje para marcharse mañana a Los Ángeles.

–Pásalo muy bien y ve a la playa si puedes –le dice Megan mientras lo abraza con fuerza.

Robin le devuelve el abrazo. Tras quitarse ella, voy yo.

–Que tengas un buen viaje.

–Gracias.

Al separarme, le agarro del mentón para besarlo. Un beso húmedo y profundo que me excita y que él recibe y devuelve con ganas.

–Toma, tu chaqueta –me dice conforme se la quita.

–¡Ay, sí! –exclama Meg–. Que llevo en el bolso tu camiseta.

Desde que Robin se puso la que le regalé, no ha querido quitársela.

–Te queda genial la camiseta de Luke –comenta ella, que siempre ha admirado mis diseños–. Que sepas que, aparte de mí, eres el único que tiene el honor de llevar una prenda suya.

Los tres reímos y yo estrujo a mi prima entre los brazos, para terminar dándole un beso en la cabeza.

–Pero no seré el último –concluye el modelo.

Levanta la mano como despedida y sube al vehículo amarillo, que no tarda en desaparecer junto al resto de tráfico.

–Y, ahora que Robin se ha ido... ¡Tu jefe está cañón! ¡Te quedaste corto cuando me lo describiste!

Rompo a reír por la inesperada confesión y ella me golpea en el pe-cho.

–¡No te rías!

–Perdona, es que tienes razón. Jamás pensé que diría esto, pero... puede que incluso esté más bueno que yo y mira que eso es difícil.

–Aunque también es gilipollas.

–Tampoco te lo niego –admito–. Bueno, ¿qué hacemos tú y yo ahora?

–Tú, no sé. Yo, irme a picotear algo con Abraham.

–¿Y eso?

–Me dijo esta mañana que después del partido me llevaría a cenar algo.

–¿Y no me lo dices? ¡Que zorra!

Entre burlas y guasas regresamos a la entrada del estadio para esperar a que los jugadores empiecen a salir. Puede que lo estén celebrando en el vestuario ya que han ganado seis a cuatro sobre los *Hurricanes*, con tres tantazos de Abraham en el tercer periodo.

Para ser la primera vez que vemos un partido de *hockey*... no ha estado mal.

Me acerco hasta el bordillo de la avenida para tomar un taxi, sonriendo al

pensar en lo feliz que se iba Megan con el exitoso jugador de los *Rangers*. También recuerdo a la chica despechada del palco y pienso en que tendré que ejercer de primo protector y dejarle muy claro al famosillo que, si osa hacerla daño..., se las verá conmigo.

Los taxis se desplazan por la ciudad más activa del mundo a velocidades inauditas y, debido a la zona en la que me hallo, todos ocupados. Algo que me desquicia y hace resoplar molesto mientras me cuelgo del hombro la chaqueta que presté a Robin.

Cuando oteo que se acerca otro taxi, salgo unos pasos a la calzada para detenerlo, pero su letrero indica que está fuera de servicio.

*¡No me toques los huevos!*

Regreso a la acera rumiando improperios sobre el servicio de transporte y pensando que al final tendré que coger el metro. Y no quiero porque, desde esta zona, la conexión es malísima.

—¡Hola, forastero!

Me doy la vuelta y encuentro a Regina asomada en la ventanilla del asiento del pasajero de un GLA negro metalizado.

—¿Estás solo? ¿Te llevamos a algún lado?

—Pues, me iba a casa. —Acercándome un poco, veo que es Ian quien maneja el volante. Él, con rostro serio de tipo duro, mira al frente—. La verdad es que cogeré el metro.

*Bastante odio me ha cogido ya, como para encima tener que llevar-me hasta casa.*

Nada más decir eso, el coche avanza y Regina grita:

—¡Ian, joder, para el puto coche! —Después, vuelve a asomarse con el gesto fruncido—. ¡Y tú, sube de una maldita vez!

—Que no, de verdad. Marchaos.

El Mercedes retrocede el par de metros que había avanzado y, apartando a su hermana con el brazo, Ian se inclina hacia la ventana abierta.

—Sube —ordena.

*¡Grrrr, joder! ¿Qué tienen su voz y sus órdenes que me ponen tanto?*

Cedo y subo a la parte trasera. Por fuera se ve lujoso, pero por dentro es una maravilla: cómodo, espacioso, con asientos de cuero en color caramelo, un impresionante salpicadero con sistema multimedia y pantalla táctil incorporada, y techo solar. Nada mal para echar un polvo viendo las estrellas.

—¿En qué parte del Bronx vives? —pregunta Ian, girándose hacia mí.

*¿Cómo sabe que vivo en el Bronx? ¿De mi ficha de la agencia quizás?*

–Avenida Holland –contesto.

Ian se endereza en el asiento, teclea la calle en el GPS y partimos.

–Gracias –añado, mirando al retrovisor donde nuestras miradas se cruzan apenas unos segundos.

Circulamos en silencio junto al gran río Hudson, dirección al Bronx, con Sinatra cantando de fondo *Extraños en la noche*. Intento evitar mirarlo, pero es como una fuerza magnética que llama mi atención y me atrae sin poder controlarlo, ni contenerlo. Observo los músculos de sus antebrazos y sus manos deslizarse sobre el cuero del volante mientras conduce. Es pensar en que hiciera lo mismo sobre mi cuerpo y mi entrepierna endurecerse. El ambiente del coche se carga con su irresistible aroma y cada vez que mis ojos enfocan el retrovisor, encuentro los suyos.

–¿Cuántos años tienes, Luke? –pregunta Regina de improviso.

–Veintitrés.

–Que jovencito. ¿De dónde eres?

–Emm... De California. De Los Ángeles, para ser más exactos.

–Ya lo imaginaba. Los que somos neoyorquinos de pura cepa, reconocemos a los forasteros –murmura jovial–. ¿Cuánto tiempo llevas a-quí?

–Un año, siete meses y... doce días –contesto, tras contar.

–¡Vaya! Eso sí que es llevar la cuenta –se carcajea, asombrada.

Observo el espejo retrovisor y contemplo los ojos de Ian clavados en la carretera. Parece tan concentrado, que no me sorprendería que no estuviese escuchando.

–Sí –contesto–. Fue un nuevo comienzo y eso no se puede olvidar.

–¿Un nuevo comienzo? –se interesa ella–. ¿Es que huiste de Los Ángeles, de la ciudad del sol?

–Se podría decir así –respondo misterioso.

Mi respuesta consigue captar el interés de ambos: Ian mirándome a través del reflejo y su hermana volviéndose en el asiento.

–¿Te escapaste de casa? –se interesa ella.

–Es una historia larga y aburrida.

Regina sonrío con picardía y se sienta correctamente en el asiento.

–¡Dios mío! –exclama con teatralidad–. Cuando creía haber conocido a todos los hombres enigmáticos de la ciudad, llegas tú.

Me carcajeo, divertido, con su comentario.

–¿Por qué no me presentaste a Robin como tu novio?

Esa pregunta hace que mire automáticamente a Ian y este, a su vez, torne la cabeza hacia su hermana. Me percató de cómo se endurecen los músculos de su mentón y en la furia que desprende su mirada, dos aspectos que tensan mi bragueta un poco más.

–Robin no es mi novio –aclaró con cierto malestar. Y, como parecen tener curiosidad por mi vida sexual, añado–: Solo follamos de vez en cuando.

–Eres mi versión gay, choca esos cinco –celebra ella, extendiendo la mano izquierda hacia atrás.

–¡Regina! –ruje su hermano–. ¿Quieres dejar de ser tan cotilla?

Mi piel se eriza al escucharle. Esa voz grave y algo rasgada, dura e imponente, es muy atractiva. Demasiado.

–No soy cotilla –se defiende ella–. Solo me intereso por mi amigo Luke.

–La verdad... –me entrometo en la discusión– ...es que no soy gay. No me van las etiquetas; soy de sexualidad libre para acostarme con quien quiera y cuando quiera.

Recuesto la cabeza en el asiento y observo pensativo a través de la ventanilla, mientras la radio sigue sonando. Estoy cansado de las etiquetas y de que intenten clasificarme en un grupo del cual no me considero; estoy cansado de que me juzguen por mis gustos sexuales y de que crean saber cómo soy por el hecho de disfrutar del sexo tanto co-mo pueda.

*¡Me gusta el sexo! ¡¿Qué pasa?!*

Procuró hacerlo cada día y a ser posible varias veces, sentir y dar placer, me da igual sea hombre o mujer, me gusta la persona, me atrae la persona y eso no le da derecho a nadie a degradarme, humillarme o arrastrarme por el fango.

–Estamos llegando.

La voz de Ian, sorprendentemente suave y cálida, me saca de mis pensamientos.

–Puedes dejarme aquí –le digo al comienzo de mi calle.

Él se acerca al bordillo y detiene el vehículo.

–Gracias por traerme, señor Jacobs, Regina. Buenas noches.

–Buenas noches, Luke –se despide ella.

Salgo del coche y, sin mirar atrás, camino por la acera los pocos metros de distancia que hay hasta mi bloque. Subo las escaleras de dos en dos...

–¡Luke!

Deteniéndome a mitad de tramo, descubro que Ian se acerca a pa-so firme.

–Te olvidas la chaqueta –dice, mostrándola en su mano.

–¡Oh! –Desciendo los pocos peldaños hasta quedar frente a él y la recojo de sus manos–. Muchas gracias, señor Jacobs.

–Buenas noches –se despide, dando media vuelta para regresar al GLA.

–Buenas noches –murmuro y observo cómo se aleja con ese porte de hombre seguro y poderoso.

Cuando desaparece de mi campo de visión, subo corriendo las escaleras y me oculto dentro del portal. La cantidad de sensaciones que e-se hombre despierta en mí, acabarán por enloquecerme.

–¡Arriba dormilón! ¡Son las doce!

Meg corre las cortinas de mi habitación y yo me doy la vuelta para poder seguir durmiendo un rato más. También sube la hoja de la ventana y el tráfico y demás ruidos ambientales se cuelan en el interior, a-huyentando al silencio y la tranquilidad.

–Joder, Megan –gruño, hundiendo la cabeza bajo los almohadones.

–Ya veo que anoche estuviste dibujando, el suelo parece un campo de pelotas de papel.

No contesto y sigo con la cabeza enterrada mientras escucho cómo ella se dedica a recoger el desorden de mi cuarto.

–Te noto muy animada –balbuceo–. ¿A qué hora llegaste anoche?

–Acabo de llegar –contesta divertida–. He pasado la noche en casa de Abraham, aunque claro, decir casa es quedarse corta. Tiene un pedazo ático en Central Park sur, impresionante, y con unas vistas que quitan el sentido. Lo he pasado tan bien con él, Luke. Es un encanto y me ha tratado como a una auténtica reina. Tiene una mujer que se en-carga de todo y, bueno, por un momento sentí que era la señora de la casa. Cenamos allí, una cena buenísima en la terraza rodeados de velas, taaaann romááántico... Y hoy el desayuno me lo ha traído a la cama de tamaño gigante.

–¿Qué tipo de polvos te echa ese tío, que te dejan tan empalagosa? –me mofo.

–¡Oh, cállate!

Me da un azote en el culo y se sube a la cama, dejándome entre sus piernas. Es entonces cuando empieza a saltar sobre el colchón y yo río, entre tambaleos. Hasta que me revelo y, girándome, la agarro por las piernas para tirarla a mi lado y atacarla a cosquillas. Ella se ríe como u-na loca, intentando que pare y retorciéndose entre mis brazos.

–¡Para, para!

Tras varios minutos en los que ella patatea, intenta sujetar mis manos y su cabellera se agita por toda la almohada, ceso las cosquillas y me tumbo, resoplando.

–¿Has vuelto a quedar hoy con él?

–No, hemos quedado en que nos llamaríamos.

–Ve con cuidado, no quiero que te haga daño –le aconsejo.

Me levanto de la cama y en bóxer me dirijo a la ducha.

Recogemos la cocina después de comer, con la televisión de fondo, y, casualmente, en las noticias de deportes hablan sobre el partido de anoche de los *Rangers*. El periodista entrevista a un sudado Abraham, tras el encuentro con los *Hurricanes*, y al verle con su marcado rostro enrojecido y su pelo castaño húmedo y pegado a la frente, comprendo que tenga tantas chicas detrás.

–Mira quién sale por la tele –le digo a mi prima, que está ordenando las cosas en el lavavajillas y no se ha percatado.

–¡Anda!

Sale corriendo de la cocina y se recuesta en el respaldo del sofá para no perder detalle de cómo Abraham habla sobre el partido y sonrío por los halagos de los tantos conseguidos.

–Que guapo es –murmura Megan.

–No te voy a llevar la contraria –murmuro, pasando la bayeta por encima de la barra del desayuno.

–Voy a enviarle un mensaje para decirle que le he visto por la tele.

Marcha a su habitación y yo sonrío; Megan es muy graciosa cuando se interesa por un chico. Desde que estamos aquí, ha tenido un par de relaciones serias que han terminado mal. A veces, me gustaría que fuese un poco más como yo, pero ella es más moderada y rara vez mantiene líos esporádicos por gusto.

La tarde del domingo, como no tengo cabeza para diseñar el vestido de alta costura, ni estoy inspirado, la pasamos probándose ella mis otros tres diseños, haciendo algún arreglo que siempre ve mi lado perfeccionista y sacándole fotos con los trajes para sumarlas a la colección que tengo de todos ellos.

Megan se sienta a mi lado en el sofá y me entrega un botellín de cerveza.

–Por tu éxito como diseñador –dice.

–Por tu éxito como modelo.

Chocamos los cuellos de cristal y bebemos.

–Oye –murmura mi prima, poniendo una pierna sobre las mías–, he estado pensando...

–¿Una modelo rubia, pensando? –me burlo.

–¡Capullo! –exclama, propinándome un leve puñetazo en el estómago–.

Sabes que no me gustan ese tipo de bromas.

Me carcajeo y le paso el brazo por los hombros.

–Lo sé, cariño, lo siento –me disculpo y le doy un beso en la mejilla–. A ver, cuéntame, ¿qué ibas a decir?

–¿Desde cuándo no pasamos una Noche en blanco?

–Buff... –resoplo y doy un trago a la bebida–. Pues desde que teníamos diecisiete años o así.

–Podíamos tener hoy una.

–¿Lo dices en serio?

–Sí –contesta, asintiendo.

Una “Noche en blanco” se denomina a las noches en las que sales de marcha, pero ni bebes alcohol, ni tienes rollos, ni tomas psicotrópicos... Aunque nosotros nunca los hemos tomado. De ahí que sea en blanco. De pureza.

–Son aburridas, Meg, por eso las cambiamos por las noches en rojo pasión.

Ella me da un codazo, molesta, pero sabe que es cierto lo que digo. Con diecisiete años logramos hacernos con carnets falsos para poder beber alcohol, y, respecto a los líos, aunque en mi caso eran más a me-nudo, no había noche que saliésemos y no nos enrolláramos con alguien.

–Vamos, Luke, me apetece salir contigo, solos tú y yo como hace años, sin ningún moscón a nuestro alrededor, y bailar como locos.

–Pero, ¿tú nos has visto bien? ¿Me has visto bien? No puedo salir y no tener a alguien intentando ligar conmigo.

–Que modesto eres –musita irónica.

Me carcajeo y le planto un beso en el cogote.

–Venga, vale, salgamos a bailar –acepto, dándome por vencido.

–¡Wow!

Brinca del sofá y, sin dejar de bailar, lleva los botellines vacíos a la cocina. Una actitud que me hace reír y pensar en si será buena idea, o si podré aguantar sin hacer alguna de las mías.

Bajamos del taxi en Broadway con la cuarta, decididos a entrar en uno de los mejores disco-pubs de la ciudad, el Flytt. Ambos vestidos de pulcro blanco, yo con pantalón y camisa de mangas recogidas hasta los codos, y Megan con un vestido de tirantes, corto y ajustado, nos encaminamos hacia la entrada.

Por suerte, la cola para entrar va rápida y cruzamos las puertas de espejo

en cuestión de minutos. Dentro, un pasillo con luces de neón nos guía hacia unas escaleras que descendemos, detrás un grupo de personas, y, conforme nos acercamos al primer subterráneo, la música nos sacude a elevado volumen.

No deja de hacerme especialmente gracia que este tipo de locales se construyan en los subsuelos. Antiguamente, cuando la religión dominaba el mundo y la diversión se consideraba casi una herejía, los pio-neros en este terreno, para no ser descubiertos, organizaban estos actos bajo tierra, en minas o cuevas. Unos decían que era para que nadie les molestara; otros, que eran actos satánicos y como tal debían hacer-se bajo tierra y lo más cerca posible del infierno.

*Pues, que se enteren... El diablo ya está aquí.*

Al otro lado de unas cortinas negras de plástico, se encuentra la ge-nerosa y espaciosa sala del Flytt, ya colmada de jóvenes danzarines. Havana Brown y Pitbull estallan a través de los bafles con el tema *We Run The Night* y Megan empieza a contonearse, agarrada a mi mano.

–¡Vamos! –grita y tira de mí hacia la barra.

El local bota con el tema que pincha el Dj mientras nosotros cruzamos entre todos ellos. Varias chicas embriagadas por el alcohol se exhiben a mi paso, pero apenas las miro. Es a mí a quien le gusta buscar la atención.

–¡¿Qué vas a tomar?! –pregunta.

–¡Yo pido!

Estirándome sobre la barra, saludo a una de las camareras y esta no tarda en acercarse.

–¡Dos Manhattan sin el Hudson! –grito en su oído.

La chica se muerde el labio, sonriente, y parece entender mi peculiar forma de pedir la bebida sin alcohol.

Nada más pagar, Meg me arrastra, copas en manos, hasta el centro de la pista para bailar. Llevo muchos años saliendo de fiesta con ella; muchas escapadas nocturnas y coladas en bares. Mi prima tiene ritmo, yo también y ambos sabemos cómo aprovecharlo para llamar la atención, o, en mi caso, provocar. Ese siempre ha sido nuestro rollo, el mío sobre todo; incitar, que sumado a nuestros físicos, nos augura una muy buena noche en compañía.

En apenas dos canciones, las miradas comienzan a rodearnos y a observarnos de arriba abajo. Si quisiéramos empezar algo, solo tendríamos que devolver la mirada, pero Meg no quiere tontear con nadie y yo se lo he prometido, por lo que no haré nada. O, por lo menos, lo in-tentaré.

Pasan los minutos... Y las copas... Y las canciones... Y me siento tan

observado, tan deseado y tan excitado, que no sé cuánto aguantaré sin arrimarme a alguien. Hay mucha chica atractiva y mucho chico cañón, y la promesa a mi prima empieza a resquebrajarse conforme mi miembro endurece.

Chris Brown nos anima a que subamos el volumen de la música y Megan se acerca exhausta.

–¡Acompáñame al baño! –me dice al oído.

La sujeto por la cintura y, desde atrás, la dirijo entre la gente hacia la entrada donde están los baños.

Mientras aguardo a que salga, miro el móvil y veo que son las tres de la madrugada. Resoplo asombrado, porque mañana trabajo y llevo un calentón del quince.

–¡Pero, ¿mira quién está aquí?!

Levanto la vista de la pantalla del móvil y me topo con Garreth, uno de los ex de Megan. Todavía no entiendo qué pudo ver en él; es el típico paleta de pueblo sureño al que los aires de la gran ciudad le han vuelto más paleta si cabe. Aparte de eso, va sobrado de copas y se tambalea sin control.

–¡Garreth!

Estrecho la mano que me tiende y aguanto las rudas palmadas en el hombro.

–¡¿Qué haces o qué?! ¡¿A la caza y captura o qué?! –pregunta y se ríe con su típico temblor de mandíbula cuadrada.

–¡Esperando! ¡¿Y tú?!

Con un poco de suerte continuará su camino hacia el baño y Megan podrá salir sin toparse con él. Cuando ella lo dejó, el chico quedó traumatizado, algo que no me sorprende porque este tío no vuelve a liarse con una chica como mi prima ni en sueños.

–¡Estoy con unos amigos y me estaba meando, colega!

–¡Pues entra, no te lo vayas a hacer encima!

Garreth vuelve a carcajearse y veo que sus diminutos ojos negros, están enrojecidos. Intuyo que se ha metido algo más que unos chupitos.

Volviendo a golpear mi hombro, como quien golpea el lomo de un animal, da un paso hacia el interior del pasillo que lleva a los aseos y se detiene. Al darme la vuelta, veo a Megan caminando hacia nosotros. Su cara me dice que ya lo ha visto y la incomodidad se hace palpable entre ellos. Lo siguiente que veo es a Garreth yendo hacia ella, cogiéndola por la cintura y acorralándola contra la pared en un intento de be-sarla. Eso despierta a la bestia que habita en mí.

En dos zancadas llego hasta ellos y, agarrándolo por los hombros, lo

separo de mi prima y le llevo contra la pared opuesta, quedando acorralado esta vez él. Pero ahí no iba a quedar la cosa; Garreth se encuentra fuera de control e intenta zafarse, pero como no lo consigue, me da un cabezazo en el ojo. Yo, obviando el dolor que me electrifica la cabeza, le machaco a puñetazos hasta que lo tumbo en el suelo, para terminar pateando su estómago.

–¡No vuelvas a ponerle las putas manos encima! –le increpo, cubriéndome el ojo afectado.

*¡Joder, que cabezazo me ha dado el cabrón!*

–¡Luke, vámonos!

Megan me arrastra hacia el exterior del pasillo, donde se ha producido una conglomeración de personas que quieren entrar a los baños y la trifulca se lo ha impedido.

En la calle, mi prima se acerca preocupada.

–Déjame verte el ojo –dice, apartando mi mano–. ¡Uff! Se te va a poner de luto.

–¡Joder! ¡Me cago en la puta! –grito dolorido–. No le vi venir al muy cabrón. ¿Tú estás bien?

–Sí, gracias a ti. Anda, vámonos a casa a ponerte hielo en ese ojo.

Cuando atravesamos la puerta de casa, ya siento el ojo medio hinchado y el dolor de cabeza se ha vuelto permanente.

–Siéntate en un taburete –murmura Meg, guiándome hasta él.

Ella recoge hielo del congelador y los coloca dentro de un paño para dármelos. Después, me sirve una pastilla para el dolor de cabeza y que me trago con un vaso de agua.

–Voy a buscar la pomada para los hematomas.

–Vale –contesto, apoyándome sobre la barra con los hielos en el ojo magullado.

No tarda en regresar con el tubo de crema y se coloca a mi lado para aplicármela.

–Hacía tiempo que no la usábamos.

–¡Ay, cuidado! –exclamo, apartándome de sus dedos.

–No seas quejica –reprende y sigue a lo suyo–. Mañana tendrás que llevar gafas de sol al trabajo o por el contrario maquillarte.

–¡Vaya mierda! –me quejo, rabioso–. No sé cómo pudiste salir con ese garrulo.

–Sí que lo sabes. Los primeros meses de nuestra vida aquí fueron muy duros para los dos, un empezar de nuevo y desde el fango. Garreth supuso una

ayuda para salir de ese fango y gracias a él me hice mucho más fuerte e independiente.

–¿Alguna vez te arrepientes de haber venido aquí?

Megan cierra el tubo de pomada y me mira con seriedad.

–No, yo iría contigo al fin del mundo y lo sabes. Porque te quiero.

–Y yo te quiero a ti –susurro y la abrazo–. Pero no pienso dejar que me maquilles.

Megan se echa a reír ante mi negación.

–¡Ah! –grito, apartándome.

–Estate quieto. Cuanto más te muevas, más tardaré.

–Déjalo, Megan, voy a llegar tarde.

Ella me agarra del mentón y resopla desesperada.

–Ya estoy terminando y no se nota que lo llevas –argumenta mientras restriega suavemente una almohadilla con maquillaje por el contorno de mi ojo.

–Más te vale.

–¡Listo! –exclama y se aparta para comprobar su obra de arte–. Como si no hubiera pasado nada.

Cojo la cuchara del desayuno y miro mi reflejo para cerciorarme de que dice la verdad. Y la dice.

–Eres una artista.

–Estás hablando con una experta en ocultar chupetones desde los diecisiete años, guapo.

Sonrío ante su chulería, le beso en la mejilla y cojo mi bandolera y la mochila del gimnasio, para irme al trabajo.

–Luego te veo –me despido antes de salir de casa.

Entro por una de las puertas giratorias de *Across Fashion and Styles* y atravieso los tornos mecánicos, tras pasar el identificador por el lector. Hoy me he puesto unos vaqueros oscuros que me hacen un culo increíble, una camisa blanca remangada y una fina corbata tan negra como los zapatos.

Subo en el ascensor hasta la vigésima planta y me dirijo a mi puesto de trabajo. Mi eficiente compañera ya está en el suyo.

–Buenos días, Grace.

–Buenos días, Luke. ¿Has pasado un buen fin de semana?

–Sí, ¿y tú?

–También.

Dejo la mochila del gimnasio bajo mi mesa, la bandolera colgada en el respaldo de la silla y enciendo el ordenador.

No han pasado ni diez minutos cuando el jefe aparece por el pasillo, tan peripuesto como siempre en un impresionante *Brioni* azul marino.

–Buenos días, señor Jacobs –saludamos mi compañera y yo a la vez, levantándonos de la silla.

–Buenos días –responde él, serio y sin desviar la mirada.

Atraviesa las puertas de cristal opaco y desaparece en el interior de su despacho.

–¿Es siempre así? –cotilleo con Grace.

Ella sonrío de medio lado y se arregla el vestido antes de sentarse, para no arrugarlo.

–Como todos los jefes –responde.

–Todos no son así, créeme. Yo he tenido varios y con algunos inclu-so he salido de copas.

También me he acostado con otros, pero esa información creo que no es apropiado compartirla.

–Ian es estricto, pero un buen jefe.

–¿Ian? –recalco, sorprendido por la familiaridad.

Grace me mira alarmada y ruborizada, sin saber qué decir; ha tenido un desliz y ha dejado entrever que le gusta el señor Jacobs. Algo que comprendo perfectamente, pero que me hace estallar en una profunda y gutural carcajada.

El karma actúa rápido y al llevarme las manos a la cara, para amortiguar el sonido, toco inconscientemente mi ojo herido y el dolor hace que mi risa se corte y que me acuerde de la madre Garreth.

Utilizo el marco de la foto de un perro que hay sobre mi escritorio, supongo que es la mascota de la secretaria a la que sustituyo, y compruebo si se ha quitado algo del maquillaje a través del reflejo. No ha sido así y suspiro de alivio.

En ese momento, mi terminal comienza a sonar y casi me cae como un soldado al ver que viene del despacho.

–¿Sí, señor Jacobs?

Grace aparta la vista de la pantalla de su ordenador, al escucharme.

–Tráeme un café –ordena y cuelga.

Parpadeo un par de veces, perplejo antes las formas que ese hombre tiene de pedir las cosas, me levanto de la silla y, esta vez sí, me cae igual que en

el ejército.

–¡Sí, señor! –exclamo en alto.

Mi compañera me mira extrañada y con las cejas arqueadas.

–Voy a por un café –le explico.

–No te olvides del identificador –recuerda ella con mofa.

Le hago una mueca de burla y salgo a efectuar el primer recado del día.

*¿Tanto le costará venir desayunado de casa o recoger el puñetero café cuando sube? Supongo que le pone el “orden y mando”.*

En menos de diez minutos estoy de vuelta y casi celebro el récord. Hoy tengo pensado ser un empleado modélico y he procurado no perder ni un segundo recogiendo el café.

Grace está al teléfono, por lo que me acerco a las puertas de cristal y llamo. Entro en el gran despacho y veo a Ian sentado en su escritorio de cristal oscuro, sobre esa silla de respaldo alto en la que da la sensación de que es el dueño y señor del mundo. Parece ocupado mirando la pantalla del ordenador y, a la vez, unos papeles de la mesa. Me acerco y le dejo la bebida.

–Su café, señor Jacobs.

Me doy la vuelta con la intención de salir...

–Espera.

Y esa simple palabra, salida de esa boca y dicha con ese tono, hace que por mi cuerpo recorra una descarga eléctrica que termina en mi polla. Me giro hacia él y espero nuevas órdenes.

–¿Qué te ha pasado en el ojo? –pregunta, sin apartar la mirada de su ordenador.

*¿Cómo sabe...?*

–Un golpe tonto, señor Jacobs.

–¿Eres un chico problemático, Meyer?

–No, señor.

Odio esa palabra: problemático. La he escuchado tantas veces en mi vida que hasta hubo un tiempo en que creí serlo.

Él suspira mientras trabaja y yo le observo con verdadero deleite: cómo escribe con una mano en el ordenador mientras con la otra sujeta los papeles y gira la cabeza de la pantalla al papel y viceversa; lo engominado y bien peinado que lleva su pelo algo largo y moreno; su tez bronceada, sus marcados pómulos, sus labios que piden un mordis-co, su mentón bien afeitado...

*¡Dios..., es un Dios!*

–No me gusta que me mientan –musita al cabo de unos segundos.

A pesar del tono tranquilo y suave que utiliza, se intuye algo parecido a una amenaza.

–No le miento, señor.

Aprieto las manos, unidas a la altura de mi paquete, y arrugo el entrecejo.

*¿Quiere algo o solo me tiene aquí por gusto?*

Entonces, recuerdo las palabras de su hermana: “*te lo va a poner muy duro hasta que vea que no te rajas*” y el doble sentido que yo le di, y, aunque intento controlarme, la sonrisa crece en mi cara.

–¿Te estás riendo? –pregunta con ese tono tranquilo y amenazador a la vez.

–Perdón, señor –me disculpo–. Le juro que no es de usted.

Ian se recuesta en la silla y, por primera vez, clava su mirada verdus-ca en mí.

–Pues yo creo que sí te ríes de mí.

Al escuchar su opinión, me pongo serio y tenso, muy tenso.

–Y pensé que solo lo hacías por la espalda, pero veo que también lo haces en mi cara.

*¡Oh, oh! ¿Va a despedirme?*

–Le respeto, señor Jacobs. Ni me río de usted, ni tengo motivos pa-ra hacerlo.

–¿Sabes que el edificio cuenta con un circuito cerrado de cámaras de seguridad?

–Sí, señor.

–Y, ¿que están repartidas por todos los sitios? Incluso aquí en mi despacho hay un par.

Asiento, pero me empieza a molestar que se ande por las ramas. A mi prima se lo puedo decir, pero a mi jefe...

Ian gira la pantalla de su ordenador hacia mí y maximiza una ventana en la cual sale mi escritorio visto desde arriba en diagonal; un pla-no bastante cercano y con el cual habrá visto a la perfección la broma que hice antes de ir a por su café, la de cuadrarme como si estuviera en el ejército. A eso se refiere. Y ahora sé cómo sabe lo de mi ojo.

*¡El cabrón me vigila!*

–¡Ups! –sale por mi boca sin poder contenerlo.

–Sí. ¡Ups!

–Lo lamento, señor Jacobs. No me burlaba de usted, solo intentaba entablar una relación con mi compañera.

–¿Qué tipo de relación? –se interesa.

–De compañerismo, señor. Solo compañerismo.

–Bien –dice, recogiendo los papeles de la mesa–. Haz cinco fotocopias de estos documentos, los grapas y me los devuelves.

Los cojo con rapidez, disimulando mi estado de perplejidad total. Esperaba mi despido y en cambio...

–Sí, señor.

Salgo del despacho y, tras ojear la cámara espía que acecha desde una esquina del techo y no había visto, me encamino a la fotocopiadora que hay detrás de mi escritorio para cumplir el trabajo.

Hecha la tarea, regreso al despacho del jefe y esta vez no me retiene más de lo necesario, por lo que puedo regresar a mi puesto, aunque no tan tranquilo ahora que sé de la cámara que me vigila cual ojo de halcón.

–Voy a comer, Luke.

–Bien, que te aproveche.

–Gracias.

Grace se marcha y yo sigo mirando el correo. Hay cientos de *emails* con el asunto: “Propuesta de diseño”, y, aunque he intentado fisgonear, todos vienen con una contraseña.

*¡Chicos listos, señor McGuire y señora Anka!*

En mi desasosiego, el teléfono comienza a sonar. Es Ian.

–¿Sí, señor Jacobs?

–¿Estás en el correo? –pregunta.

*¡Joder! ¿Es que también ha visto mis intenciones de fisgar algunos de los diseños?*

–Sí, señor.

–Bien, abre uno nuevo que te voy a dictar un correo para enviar a la planta de diseño.

–Ahora mismo, señor.

Hago lo que me dice y me preparo para escribir.

–En el asunto escribe: Pase de prueba.

El *email* es breve, conciso y directo, como es él, y me pone a cien escucharlo, tenerlo metido en el oído.

Tras terminar de dictarlo, pide que se lo repita para comprobar que lo he mecanografiado bien. Es básicamente un escrito donde se avisa a diseño de que el próximo viernes habrá una prueba con los nuevos diseños de la

temporada otoño para este 2012. Después, lo envío y listo.

Mi turno de comer llega más esperado que nunca, estaba deseando salir de allí; ahora que sé de la cámara, siento como si el jefe estuviera observándome todo el rato. En cierto modo me excita porque es él, pero como sé que piensa mal de mí... no resulta tan halagador.

Me siento en la misma mesa del otro día, con un sándwich y una botella de agua. Me duele un poco el ojo y decido tomarme la pastilla que traje por si acaso. También saco el móvil para revisar si tengo mensajes o llamadas.

–Hola, Luke.

Sylvia, la modelo con la que me lo pasé tan bien el viernes pasado, se sienta en mi mesa como la última vez.

–Hola, preciosa.

–¿Qué tal?

–Bien, ¿y tú?

–Muy bien, me encanta venir a trabajar –dice y sonrío coqueta, para después guiñarme un ojo.

Doy un bocado al sándwich, pensando en si después querrá repetir lo del viernes. Sus contoneos y sonrisitas me confirman que sí.

Sylvia mira a mi espalda y levanta la mano para saludar. En cuestión de un momento, la larga mesa corrida del comedor en la que hasta hace unos minutos estaba solo, se llena de modelos femeninas y masculinos. Ver lo que comen hace que piense en Megan y que ella, aunque se cuida, no sigue una dieta tan estricta ya que entre su metabolismo acelerado y el ejercicio que hace, consigue mantener su físico en perfectas condiciones.

Charlo con gran parte ellos –*cómo no, yo rodeado de modelos*–. Son simpáticos y para mi grata sorpresa, la mitad de ellos europeos.

*¡Umm...!*

–¡Oh, vaya! Su majestad parece que hoy va a comer con el pueblo – comenta Sylvia, con malicia.

Miro por encima del hombro y descubro a Ian entrando en el comedor, junto a los diseñadores Ellery y Padma y parece que discuten, por cómo gesticulan. McGuire niega con la cabeza a lo que sea que le esté diciendo el presidente de la empresa y, en uno de esos movimientos, se fija en mí y me saluda. Eso provoca que el señor Jacobs también mire en nuestra dirección y se percate de mí por mucha gente que tenga alrededor. Sé que me ha visto cuando su ceño se arruga.

Después de recoger su comida, toman asiento varias mesas alejados de

nosotros y siguen discutiendo.

*¿Qué ocurrirá?*

Intento leer los labios de Ian, pero es imposible. Está un poco lejos, los mueve demasiado rápido y la pierna de Sylvia frotando la mía, me desconcentra y atrae hacia otro terreno.

–Creo que voy a ir al baño –le digo, inclinándome hacia ella cual felino sobre su presa.

–Creo que yo también.

A punto de levantarme de la silla, mi móvil pita por un mensaje entrante. Un mensaje... de un número desconocido:

**--Aquí venimos a trabajar, no a ligar.--**

## CAPÍTULO 4

Frunzo el ceño, confundido con la orden vía mensaje de texto, y levanto la vista hacia Ian Jacobs. Solo él podría mandar semejante mensaje. Me tiene enfilado.

*¿Qué cojones le pasa conmigo? Odio que me tengan tan controlado.*

–¿Va todo bien? –se impacienta la joven modelo.

–No. Lo siento, preciosa, tendremos que dejarlo para otro momento, me ha surgido un imprevisto.

–¡Oh! –se lamenta.

Me incorporo de la mesa y, una vez recojo mis cosas, regreso a mi puesto de trabajo. Procuero centrarme en lo mío e ignorar la lupa que pende sobre mi cabeza, pero cuesta.

Lo que termina de confundirme y enfadarme es que, poco después de que llegue yo, Ian aparezca acompañado por una de las modelos y nos ordene que no le pasemos llamadas conforme se la lleva hasta su despacho.

*¡Será cabrón! ¡¿Me prohíbe ligar y él se tira a una en su despacho?!*

En cuanto se cierra la puerta, Grace abandona su escritorio asqueada por la situación. Actitud que puedo entender, pero que me deja al cargo de todo el trabajo, atendiendo llamadas y anotando los mensajes. Debo reconocer que tampoco estoy muy centrado puesto que mis ojos se escapan continuamente hacia esas puertas de cristal opaco.

*¿Se la follará en su mesa o sobre algún sofá?*

Una hora después, la joven modelo sale del despacho con aspecto de haber sido muy bien follada.

*¡Zorra con suerte!*

A las cinco en punto recojo mis pertenencias y me marcho. Es hora de ir al gimnasio y soltar algo de la adrenalina que me recorre por todo el cuerpo.

*¡Necesito caña!*

El *World Fitness Center*, en Harlem, es mi gimnasio desde hace casi un año y puedo permitírmelo porque no pago nada. A cambio, soy monitor de *spinning* los lunes y miércoles, de siete a ocho de la tarde.

Antes de la clase me dedico a correr en la cinta y, después, trabajo la tonificación. Es una buena manera de ir caliente y preparado para la intensa hora en bici estática.

Mis clases son un éxito y siempre están llenas. La mayoría son mujeres, algo que no me sorprende, y el diez por ciento de ellas vienen realmente por los beneficios que aporta este ejercicio: musculares, pa-ra el corazón, contra el estrés, para dolores y lesiones, contra el envejecimiento y para los huesos. El otro noventa viene a verme a mí, con mis pantalones cortos marca todo y mi camiseta ajustada sin mangas. No hace falta que diga que no me molesta en absoluto.

El ritmo de la música que nos acompaña durante toda la hora, les ayuda a estar más animados y no pensar en lo dura que puede llegar a ser. Aunque a más de una no le importaría continuar una hora más con tal de verme sudado.

–Luke, tu clase, como siempre, una maravilla.

–Gracias, Elisabeth.

Es una de mis primeras alumnas y siempre está en las bicicletas delanteras, justo enfrente de mí. Una mujer florero de un ricachón que apenas la hace caso. A sus cuarenta y cinco años se conserva muy bien y siempre viste con mallas ceñidas y cortos tops.

–¿Te apetece salir hoy a tomar algo? –pregunta mientras se suelta su pelo cobrizo y lo sacude como una estrella de rock.

Me paso la toalla por el cuello y recojo mis útiles para marchar a la ducha.

–Me halagas, Elisabeth, pero no puedo.

Sé que la mujer busca a alguien que le haga un poco de compañía, pero no creo que sea buena idea, acabaríamos teniendo sexo. Ella es una mujer casada y yo... Yo ya cargo con un matrimonio roto a mis es-paldas por liarme con quien no debía.

Tras veinte minutos bajo el agua caliente de la ducha, me visto y salgo del vestuario para irme a casa. Por suerte, llevo unas gafas de sol en la mochila, ya que el maquillaje se ha ido entre el sudor y el agua de la ducha.

–¡Luke!

Victoria, la chica de recepción, me detiene y me acerco a ella. Esta chica es todo sonrisas y físicamente es digna de ser la cara del gimnasio. Es todo un

portento de mujer.

–Dime.

–Tus clases son un éxito y están pensando en poner una hora más. Los viernes. ¿Te viene bien?

–Buff... –resoplo, agobiado—. Me encantaría, pero ahora mismo estoy bastante liado con el concurso de diseñadores. ¿Podrían esperar a que pase? Es en un mes.

–¡Ah, vale! Ya se lo comento a los dueños, no creo que pongan pegas.

–Gracias.

–¿No está algo oscuro ya para ir con gafas de sol? –pregunta divertida.

Sonrío y me las levanto para mostrarle el ojo.

–¡Ay, señor! ¿Qué te ha pasado? –se alarma.

–Un capullo con una cabeza muy dura.

–¡Pobre! –me consuela, pasando la mano por mi antebrazo.

–No te preocupes, el otro quedó peor.

Victoria sonrío. Yo sonrío. Y sus caricias están logrando despertar a la bestia libidinosa que llevo dentro.

Entramos en el cuarto de las toallas tocándonos excitados e intentando desnudarnos. Ella desabrocha mi camisa con urgencia y yo tiro la mochila y mi bandolera al suelo para, después, quitarle la goma del pelo y atraerla a mi boca.

–¡Um! –gime ella.

Arrojo varias toallas al suelo en un intento de crear una superficie acolchada y arrastro a la chica sobre ellas. Me quito la camisa, la tiro sobre mi mochila y paso a desnudarla, empezando por quitarle las zapatillas. Me deshago de sus prietas mallas y el tanga, y me agacho para lamer ansioso su depilada y bronceada raja.

–¡Dios, sí! –goza, estirándome del pelo.

Se abre completamente de piernas y yo disfruto de su sabor y calidez. Con mi lujuriosa lengua saboreo su sexo... Lo caliente y jugoso que está. Le abro los labios y me centro en su prominente clítoris, zona que hace que Victoria se retuerza y jadee de placer.

Me esfuerzo en degustarla mientras mi polla crece sin control dentro del pantalón. Me dedico a meter y sacar mi lengua, a deslizarla entre sus pliegues, notando el palpitar de sus carnes y del inminente orgasmo.

Cuando Victoria aprieta mi cabeza entre sus muslos, sé que está a punto de correrse y aprovecho para acelerar las rotaciones de mi lengua.

–¡Dios, sí! ¡Sí! –gime descontrolada, sacudiéndose de placer y llenando mi boca con sus dulces fluidos orgásmicos.

Acabando con su sexo goloso, subo lentamente por su firme abdomen, chupando, lamiendo y besando su tersa piel. Le quito el top y sur-gen ante mí sus preciosas tetas que me lanzo a morder, especialmente los oscuros pezones.

–¡Fóllame, Luke! –solicita, clavando las uñas en mi espalda–. ¡Fóllame ya!

–¡Joder, sí! –exhalo.

Saco un condón del bolsillo de mi bandolera y veloz me suelto el pantalón. Tras cubrir mi polla, la penetro de golpe y hasta el fondo.

*¡Dios!*

–¡Ah! –goza ella.

Estoy muy cachondo; anoche no me enrollé con nadie, por no dejar colgada a Megan, y hoy mi jefe me cortó un polvo exprés en los baños con Sylvia. Mis embestidas son veloces y el primer orgasmo llega antes de lo deseado.

–¡Ponte a cuatro patas! –exijo–. ¡Aún no he terminado contigo!

Ella hace lo que le digo mientras cambio de preservativo. Entonces, la sujeto con fuerza por las caderas y de un empujón vuelvo a enterrar-me completamente.

Llego a casa de lo más relajado y satisfecho, con una sonrisa en el rostro que solo pierdo al encontrar en el salón a mi prima con el jugador de *hockey*, acompañados por Brenda y Richard. Me sorprende verlos aquí. Ella es vecina nuestra, es maja aunque no de nuestro rollo; él es abogado de un importante bufete de la ciudad y algo estirado para mi gusto.

–Buenas –saludo–. ¿Qué se celebra?

–Luke, pero, ¿qué te ha pasado en el ojo? –pregunta mi vecina.

–Anoche nos cruzamos con Garreth y se puso en plan “empalago-so” conmigo –relata Meg.

–¡Qué mala suerte! –exclama Brenda, que conoce al ex.

–¿Quién es Garreth? –curioseas Abraham.

Dejo que sea mi prima quien le ponga en antecedentes y continúo hasta mi dormitorio. Allí, me pongo unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, lo más cómodo para estar por casa, y regreso al salón con los demás.

–¿Qué tal el trabajo? –se interesa Brenda.

–Bien –contesto escueto, acomodándome en uno de los solitarios sillones, para después añadir–: aunque el jefe es un capullo.

–Sí, ya me ha comentado Meg que babeas por él.

Miro a mi prima y esta sonrío arrepentida entre los brazos del jugador.

–¿Qué tal todo, Richard? –le pregunto para cambiar de tema.

–Muy bien. No me puedo quejar.

Asiento impasible y centro la atención en la televisión donde están emitiendo las noticias, hasta que escucho el timbre del horno.

–¿Has cocinado? –le pregunto a Meg, sin poder dar crédito.

Ella ríe jocosa, poniéndose en pie.

–Sé que es raro, primo, pero sí.

Percibo algo raro en el ambiente y no es solo la incomodidad que me crea estar rodeado de parejitas felices.

–¿Qué pasa aquí? –les interrogo—. No me habréis organizado otra cita a ciegas, ¿verdad?

Hace meses, Megan y Brenda me involucraron en una cita a ciegas con una compañera de trabajo de la última. Cedí ante los ruegos, aunque sabía que no era buena idea. La chica no era mi tipo, en absoluto, pero sí que era simpática. Tras la cena, la acompañé a casa, y, aunque insistió en que pasara a tomar un café, no acepté; o, no lo hice, hasta que conocí a su hermana, que vivía con ella. Brenda juró y perjuró que jamás me organizaría otra cita.

–Vamos, díselo –anima Richard a su chica.

Observo a la parejita tan bien avenida y tuerzo el gesto. Los dos son morenos, de tez pálida y ojos castaños; parecen la típica pareja perfecta de anuncio de televisión.

Brenda sonrío, completamente emocionada, y me enseña su mano derecha donde luce un anillo plateado con un señor pedrusco de brillante.

–¡Nos vamos a casar! –chilla eufórica.

Arqueo las cejas por la sorpresa y me levanto para abrazarla y felicitarla, tanto a ella como a un risueño Richard. Después, brindamos con el champán que Meg acerca de la cocina.

La velada transcurre bastante tranquila, charlando sobre el cómo, cuándo y dónde será la boda. La pareja se decanta por celebrarla los días previos o posteriores a Navidad.

*¡La leche, son pastelones hasta para eso!*

–Luke. –Brenda coge mi mano por encima de la mesa y yo me ten-so—. Me encantaría que tú diseñaras mi vestido de novia.

*¡Oh!*

No me gustan mucho ese tipo de celebraciones, pero su mirada de súplica y ferviente deseo consigue que acepte.

*Espero no arrepentirme.*

Los días siguientes los paso como en un torbellino. La noticia de boda de Brenda me ha hecho recordar mi casi boda y todo lo que sucedió después. Aparte de que Ian sigue encima de mí y no en el mejor de los sentidos. Intento ser un buen empleado, pero él siempre busca algo con lo que poder tirarme de cara al fango. A veces creo que disfruta haciéndolo y que me pide cosas en las que sabe que meteré la pata, para así poder cebarse conmigo.

La tensión que me crea toda esta situación la descargo en el gimnasio, dándome auténticas palizas entrenando, y cepillándome a alguna empleada o algún monitor.

Cuando llega el ansiado viernes, doy gracias a Dios por poder pasar dos días fuera de la vista y alcance de Ian Jacobs.

A la hora de la comida ocupo mi sitio habitual y suspiro extenuado.

–Hola, Luke –saluda Sylvia, tomando su asiento como ya se ha hecho costumbre–. Te veo agotado.

–Hoy mi jefe está más insoportable que nunca y le encanta avergonzarme –le cuento.

–¡Qué faena, chico! –se lamenta–. Lo siento por ti. Aunque sé de algo que puede animarte un poco.

Su sonrisa “*quiero dejar tu polla seca*” me hace sonreír y, pasando de la comida, que la verdad es que tampoco tenga mucha hambre, me llevo a Sylvia a los aseos de la planta de cafetería.

Como el de chicas está bastante lleno, accedemos al de los chicos y la meto en una de las cabinas para besarnos apasionadamente mientras meto una mano por dentro de su camiseta y le acaricio las tetas. Ella se aferra a mí como un pulpo y disfruta de mis besos y caricias. Mi mano libre baja al botón de sus *shorts* vaqueros y, cuando estoy a punto de soltárselos, alguien aporrea en la puerta.

Cubro su boca con la mano y le pido que no haga ruido.

–¡Ocupado! –anuncio a viva voz.

Pasan varios segundos sin que escuchemos nada y los golpes vuelven a resonar en la madera.

–Abre la puerta, Meyer.

*¡Mierda! ¡Es Ian!*

Sylvia me mira aterrada, ella también lo ha reconocido. Nos separamos y le ayudo a que se arregle en un burdo intento de... No sé, no hay excusa

apropiada para el hecho de que nos encontremos aquí dentro los dos.

Inspiro profundamente y abro la puerta, dispuesto a asumir las culpas. La mirada inquisidora e intimidatoria que recibo por parte de Ian hace que expulse el aire de golpe. Él, todopoderoso, metido en su carísimo traje oscuro, me observa airado y sin pestañear a dos pasos de distancia.

–Sal –ordena a la modelo, moviendo la cabeza.

Ella se escapa como de un incendio y yo espero la inminente bronca que me va a caer encima.

–Te avisé de que aquí no se venía a ligar.

–Sí, señor.

La puerta de los baños se abre en ese momento, pero el chico no entra al ver la situación y al jefe con tan mal carácter.

–Por lo visto debo aclararte las cosas –continúa mientras sus ojos me taladran y abrasan–. Te prohíbo acercarte a cualquier modelo, chi-ca o chico, y te prohíbo acercarte a cualquier empleado, chica o chico, si tus intenciones son las de acostarte con ella o él. ¿Ha quedado claro?

–Muy claro, señor Jacobs –asiento.

–Por si no es así... –gruñe, acercándose un paso más–. No se te ocurra sacártela aquí.

–Descuide, señor, no lo haré.

Tenerlo tan cerca empieza a ponerme nervioso de excitación y no sé hacia dónde mirar. Sus ojos verdes, brillantes de rabia, incendian mi entrepierna y, a la vez, me mantienen fijo en él.

Ian coge aire, intentando calmarse, y al expulsarlo por la boca, su aliento golpea en mi cara, erizándome la piel.

*¿Será consciente de las sensaciones que me provoca?*

Termina apartándose hacia los lavabos, para apoyarse en uno de ellos.

–¿Sabes conducir?

*¿Y eso a qué viene?*

–Sí, señor.

–Perfecto. –Ian vuelve a acercarse y me tiende las llaves de su Mercedes–. Vete al JFK a recoger a mi madre, Madeleine Jacobs, que llega de Miami, y tráela aquí. Mi coche está en el primer subterráneo, plaza 5 y el código de salida del parking es 42BB926. Y no me lo rayes.

–Muy bien, señor Jacobs.

Cojo las llaves y me lo quedo mirando. Que complejo es este hombre y que cambios de humor tan radicales; cuando parece que me va a echar de una

patada a la calle, me sorprende encargándome alguna nueva tarea.

–¿A qué estás esperando? –se exalta–. ¡Vamos, que el vuelo está a punto de aterrizar!

–¿Que estás en el aeropuerto? –pregunta Megan, al otro lado de la línea.

–Sí. Mi jefe me ha encargado que venga a recoger a su madre, que llega de Miami. Me ha metido prisa diciendo que el vuelo estaba aterrizando y resulta que ha llegado un vuelo desde allí y ni rastro de la señora.

–Pero, ¿la conoces? A ver si ha pasado a tu lado y no la has visto.

–Meg, he pasado la última hora con un papel con su nombre delante de las puertas de salida. Parezco gilipollas.

–Y, ¿qué estás haciendo ahora?

–Estoy en la cafetería matando el tiempo mientras llega el siguiente vuelo.

Al menos, este rato lo estoy empleando para dibujar el vestido de alta costura en la parte trasera del letrero con el nombre de la madre de Ian y Regina. He decidido que el escote va a ser de hombros caídos y con un lápiz trazo las líneas del diseño sobre el papel.

–Te escucho bajo de ánimo –se percata mi prima.

–Sí, me pasan muchas cosas por la cabeza.

–¿Como cuáles?

–Meg, estás en medio de una sesión de fotos.

–¡Y qué! Eres mi primo y me preocupo por ti. ¿Qué es lo que pasa por esa cabeza loca?

–Nada, es solo que la noticia de la boda de Brenda ha removido la mierda del pasado.

–Luke –suspira apenada–, no será verdad que estás pensando en lo que estuvieron a punto de hacerte tus padres.

–Sí. Soy masoca, lo sé.

–Luke, no. Sácate eso de la cabeza o enciérralo en el baúl en el que estaba. Hiciste lo correcto, no te quedó más remedio. ¡Ni te escuchaban ni te valoraban! –se altera.

–Lo sé. No me arrepiento, Meg, solo que ya sabes lo que pasó después. Pensé que las heridas ya las tenía cerradas, pero aún duelen.

–¡Oh, cariño! Alégrate por favor, no me gusta oírte así.

–Y, encima, aguantar al gilipollas de mi jefe que me vigila esperando que meta la pata, para humillarme. Creo que lo voy a dejar.

–Escucha, sé que es una empresa importante, pero no soporto que te trate

así, por lo que sí, dale la patada tú a él. Hay más empresas de moda donde puedes trabajar y que seguro que te valoran como mereces.

Exhalo otro suspiro de tristeza y trazo las líneas del largo del vestido liso. Va a llevar un poco de cola y unas mangas de pedrería que se sujeten a las muñecas; también será ceñido hasta las rodillas y desde ahí hasta abajo será de encaje transparente, para que se vean las piernas.

–Tengo que dejarte, Luke. ¿Nos vemos en casa?

–Sí. Luego nos vemos.

Cuelgo y dejo el teléfono sobre la mesa. Miro la hora y compruebo que todavía faltan veinte minutos para que llegue el próximo vuelo de Miami. Creo que tendré tiempo de pedirme un segundo café.

–¡Oh! –escucho murmurar a mi espalda.

Al mirar por encima del hombro, descubro a una señora de media-na edad con el cabello dorado platino recogido en un elegante moño y engalanada en un *Armani* marfil de chaqueta y falda lisa hasta las rodillas. Su mirada verdusca transmite amabilidad y está clavada en mi diseño.

–Perdona que te interrumpa, pero he visto tu dibujo y me parece precioso.

–Gracias –sonrío agradecido–, es solo un boceto.

–¿Te importa si me siento?

–No. Adelante, por favor.

La mujer arrastra su pequeña maleta de mano hasta el otro lado de la mesa y se acomoda en una de las sillas.

–¿Puedo verlo?

Deslizo el papel por la madera y permito que lo mire cuanto quiera. Por su aspecto diría que entiende de moda.

–¿Eres diseñador? –se interesa, mostrando una dulce sonrisa en el rostro.

No puedo responderle, dado que mi móvil empieza a sonar y vibrar sobre la mesa. Lo ignoraría, por respeto, pero es una llamada de *Across* y solo puede tratarse de una persona.

–¿Sí, señor Jacobs?

–¿Se puede saber dónde cojones te has metido? –gruñe, enfadado.

–Su madre no ha llegado en el vuelo, señor. Estoy esperando al siguiente.

–¡Mi madre venía en un vuelo privado y aterrizó hace cuarenta y cinco minutos! –exclama, perdiendo la paciencia.

–¡Joder! –exhalo, llevándome la mano a la frente–. Lo lamento, señor Jacobs. No me comentó que venía en *chárter*.

–Porque creí que lo sabrías, pero está claro que tus neuronas solo valen

para follar. ¡Búscala y tráela!

Cuelga el teléfono y yo me quedo con cara de gilipollas.

–Discúlpeme, señora. Debo irme –murmuro, cogiendo el dibujo de la mesa e incorporándome de la silla.

–Soy yo.

–¿Perdón?

–Creo que me esperas a mí –explica sonriente.

–¿Usted es Madeleine Jacobs?

–La misma que viste y calza.

Nunca hubiera imaginado que la amable y simpática mujer que tengo delante fuese la procreadora del demonio de mi jefe.

Caigo de nuevo sobre el asiento de plástico y la observo con la mayor de las confusiones y el peor de los arrepentimientos.

–Lamento muchísimo no haberla recogido en el hangar privado, señora Jacobs. Pensé que vendría en un vuelo regular.

–No te preocupes, he escuchado lo que le decías a mi hijo y sé que no te advirtió de ello.

–¿Cómo sabía que yo debía recogerla?

–No lo sabía, ha sido mera casualidad –responde, tan sorprendida como yo.

–Será mejor que la lleve a la oficina, señora.

Nos levantamos de la mesa, recojo su maleta y la guío hasta el coche.

Una vez en el Mercedes, partimos hacia *Across Fashion and Styles* sin más demora. La señora Jacobs ha venido para el “Pase de prueba”, ya que tanto ella como Regina son accionistas de la empresa.

–¿Cómo te llamas? –pregunta desde el asiento trasero.

–Luke, señora –contesto, mirando al retrovisor.

Salir del aeropuerto para ir a la ciudad es como una prueba a la paciencia y destreza. Todo el mundo quiere ser el primero y los taxis son kamikazes motorizados.

–Y, ¿en qué trabajas para mi hijo?

*Por lo visto, para chico de los recados.*

–Sustituyo a una de sus secretarias, señora.

–¿Y diseñas?

–Solo en mis ratos libres.

Un taxi se cruza, osando meter el morro en el hueco que hay delante de nosotros, y freno en seco para no colisionar.

–¡Hey, gilipollas! –grito, sacando el brazo por la ventana–. ¡Si me rayas el coche, bajo y te parto la cara! ¡Quítate de en medio!

El taxista extranjero murmulla algo que no llego a entender y retrocede, cediéndome el sitio. Entonces, acelero y cojo la interestatal, dirección a Manhattan.

–Disculpe mi lenguaje, señora Jacobs –le digo, al ver lo callada que se ha quedado desde el incidente.

–Tranquilo, joven. Ahora comprendo por qué mi hijo te ha confiado su coche, cuando no se lo presta ni a su hermana.

Cómo no, para ella su hijo es un santo, pero apuesto que él está es-perando que se lo raye y así poder montarme el espectáculo; para demostrar poder y superioridad sobre mí.

La señora Jacobs se la pasa hablando por el móvil durante el resto del trayecto; es muy dicharachera y tan agradable como su hija Regina. Nada que ver con el arisco de Ian.

A las cinco y media pasadas, salimos del ascensor en la última planta del edificio *Across*. Me sorprende no hallar a Grace en su escritorio, aunque es lógico.

Acompaño a la mujer hasta la puerta del despacho, llamo y la dejo pasar en primer lugar por si “Doverman Jacobs” está que muerde. En el interior están reunidos los diseñadores de la empresa, varios de sus ayudantes, algunas modelos, Regina e Ian. El jefe está observando los diseños que han subido y comentándolos con su hermana, pero todos se giran ante nuestra, por lo visto, esperada llegada.

–¡Ya era hora! –exclama él.

Su madre se dirige a la pasarela que hay en el despacho, donde ellos se encuentran, y besa a su hijo en la mejilla. Después, saluda a su hija de igual maneta y, por último, a Ellery y Padma.

Yo me acerco a Ian y le hago entrega de las llaves de su coche.

–He dejado la maleta de la señora Jacobs en el maletero, señor. ¿Desea algo más o puedo irme?

–No, te irás cuando lo hagamos los demás. Llevamos gran retraso y es por tu culpa.

Arrugo el entrecejo y tenso la mandíbula.

–¿Quieres decir algo? –pregunta desafiante.

Su rostro serio parece tomar matices de diversión y eso me sulfura todavía más. No sé de dónde saco fuerzas para contenerme.

–No... señor –murmuro entre dientes.

–Hola, Luke –saluda Regina, interrumpiendo el tenso clima que hay entre su hermano y yo, y plantándome dos cariñosos besos en las mejillas.

–Buenas tardes, señorita Jacobs.

–Regina, Luke, llámame Regina. No trabajas para mí.

Sonrío amigable y cruzo las manos a mi espalda.

–Meyer, ve al bar privado y sírvenos unas copas de *La-tour* –ordena el jefe.

–Sí, señor.

–Te acompaño –dice Regina.

–¿Adónde vas? –Ian la agarra del antebrazo, deteniéndola, cuando se disponía a venir conmigo–. Luke ya es mayorcito como para saber poner unos vinos.

Con una fría mirada y un golpe de cabeza, me indica que marche a por las bebidas y eso hago.

Dejo la bandolera sobre la encimera de un reluciente mármol negro y paso detrás del mostrador con forma de escuadra. Lo que tiene aquí montado.

*¡Si está más surtido que cualquier bar de la ciudad!*

Cojo una bandeja y contemplo a los asistentes. Imagino que el vino será únicamente para los diseñadores y la familia Jacobs, por lo que, con cinco delicadas copas de cristal es suficiente. Luego me agacho y abro la cámara de vinos para buscar el *La-tour*.

–Menuda bodega tiene aquí el mamón –murmuro para mí mismo–. Apuesto que ninguna de estas botellas baja de los 200 pavos.

Miro la etiqueta de cada una y la localizo en la segunda fila.

–*Grand vin de Château Latour 2004* –leo la etiqueta en mi fluido francés.

Me incorporo y busco el abrebotellas, que localizo junto al pequeño fregadero.

*¿Bañado en oro? ¡Es pijo hasta para esto!*

Descorcho la botella, vierto el tinto en las copas y acudo a servir las con mi mejor y más falsa sonrisa de cordialidad.

Las modelos han empezado a desfilarse sobre la pasarela con los diseños de prueba. No puedo evitar echarles un buen vistazo y me percató de los toques orientales que llevan algunos de ellos.

*¡Me gustan!*

–¿Un vino? –ofrezco, acercándome a la familia.

–Gracias, Luke –dice la madre.

Regina coge otra copa y también me lo agradece con una esplendo-rosa sonrisa; Ian, por el contrario, actúa tan borde como siempre. Tras ellos, me encamino hacia los diseñadores, Ellery y Padma, que indican a sus ayudantes cómo colocar el estilismo de las modelos.

–¿Un vino?

–¡Hey, Luke! Gracias –responde Ellery, cogiendo una copa.

Padma es la última en servirse la bebida y me pongo la bandeja bajo el brazo.

–Padma, permíteme que te presente a Luke. Es el admirador del que te hablé –le dice Ellery.

*¿Le ha hablado de mí? ¡Hum!*

La percepción de Megan, sobre que está interesado en llevarme al huerto, empieza a cobrar relevancia.

–Encantado, señora Anka. –Le hago un gesto cortés con la cabeza–. También soy un gran admirador de sus diseños.

–Qué joven tan agradable –comenta con Ellery–. ¿También eres diseñador?

–Un principiante –me sincero–. Todavía tengo mucho que aprender.

–Eso no me lo habías contado –murmura Ellery, sorprendido.

–No creí que fuera oportuno.

–Me gustaría ver algún diseño tuyo.

*¿Enseñarle mis diseños? ¿Estoy soñando?*

–Claro, para mí sería un honor –le digo, casi sin aliento.

–Bueno, señores, dejémonos de cháchara y pasemos al tema por el que estamos aquí –se entromete Ian de malas maneras en la conversación.

Estira el brazo con la copa vacía delante de mí, como si fuera uno de sus criados, y la recojo, dejándole claro con la mirada cuánto le odio en este momento. De esta forma me retiro a mi apartado, detrás de la barra, y desde allí veo en qué consiste un pase de prueba, que, como el mismo nombre indica, es un desfile de diseños para dar el visto bueno o por el contrario rectificar algún aspecto.

Me gusta ver la vidilla que hay tras un desfile, aunque este no sea uno oficial: cómo se preparan a las modelos para que luzcan de la mejor manera el diseño, las últimas rectificaciones, poner o quitar algún detalle... Estoy obnubilado a pesar de encontrarme a varios metros de distancia y lo único que corta mi ensimismamiento es el sonido de mi teléfono móvil dentro de la bandolera.

–Dime, Meg.

Camino hasta la pared acristalada del fondo, desde la que se divisa la vida exterior.

–¿Dónde estás?

–En la oficina todavía.

–¡Am! ¿Recogiste a la madre de tu jefe?

–Sí, resulta que venía en avión privado y nos encontramos por casualidad en la cafetería.

–Y, ¿qué haces todavía allí? –se interesa.

–Ian ha dejado claro que me marcharé cuando lo hagan ellos, ya que llevan retraso por mi culpa.

–¡Menudo cretino! –farfulla.

–Sí, mucho. Y, aquí estoy, en su bar privado sirviéndoles vino.

–¡Increíble! –exclama disgustada–. ¿Vas a llegar muy tarde? ¿Quieres que pida algo de cena?

–Supongo que saldré de un momento a otro. ¿Estás sola en casa?

–Sí, Abraham acaba de marcharse.

–¿Se ha ido contento? –pregunto, ladino.

Ella se carcajea al entender por dónde voy.

–Muuuuyyyy contento.

Suelto una carcajada, que intento silenciar con la mano al recordar donde estoy.

–Bueno, cariño, te dejo. Luego nos vemos.

–Vale, te quiero.

–Y yo a ti –contesto.

Cuelgo y regreso a la barra para guardar el móvil, a tiempo de pillar a Ian observándome desde lejos. Esta vez le aguanto la mirada y es él quien la retira para centrarse en sus asuntos.

Minutos después, cuando empiezo a plantearme que narices hago yo aquí. Regina se acerca prácticamente corriendo, con su copa vacía en la mano.

–Luke, ¿hay alguna bayeta por ahí? Se me ha caído el vino y mira como he puesto mi *Versace*. ¡Dios, qué torpe soy!

A pesar de que el vestido sea de color burdeos, sí que se aprecia un chorretón de vino que baja desde su cadera derecha hasta el bajo del vestido, en la rodilla. Observo el interior de la barra y localizo una bayeta junto al pequeño fregadero.

–Toma.

–Gracias.

Empieza a frotar la parte baja de su vestido y, al inclinarse, el escote se le abre dejando a la vista un *sexy* sujetador de encaje negro.

*¡Ufff, qué tetas!*

Mi mirada se clava en la vigorosa anatomía, que se contonea con cada golpe de brazo, y mi entrepierna reacciona indudablemente.

*¡Esas sí que son unas tetas follables!*

Desvío la vista un segundo hacia los asistentes y me topo con el furioso rostro de Jacobs observándome desde la distancia, exactamente igual a como lo hacía cuando me cazó con la modelo en el baño. Se encamina impetuoso en nuestra dirección y, sin saber cómo, resbala y cae al suelo, retorciéndose una pierna.

–¡Joder! –exclamo, saliendo de detrás de la barra.

Ian se queja dolorido de un tobillo y todos nos acercamos para ayudarlo.

–¡¿Qué ha pasado?! –se alarma la madre.

–Me he resbalado –responde dolorido.

–¡Ay! ¡Se me cayó el vino! –exclama Regina.

–Déjeme que le ayude, señor Jacobs.

Con ayuda de Ellery, lo levantamos del suelo y conseguimos sentarlo en un sofá. Entonces, me arrodillo delante de él y le cojo el pie derecho, el afectado.

–¡Ah! ¡¿Qué haces?! –se queja, apretando los dientes.

–Comprobar si es algo grave, señor.

Por mis clases de *spinning* estoy acostumbrado a ver ciertas lesiones; por los quejidos y la rotación del pie, esto parece claramente...

–Un esguince.

–¿Estás seguro, Luke? –pregunta Regina.

–Bueno, no soy médico, pero estoy acostumbrado a ver lesiones parecidas. De todas formas, es mejor llevarlo al hospital y que allí le miren bien.

–¡No pienso ir al hospital! –bufa el herido.

–¡Sí que vas a ir! –ordena Madeleine.

Ian resopla, aprieta los ojos y se lleva el puño a la boca. Los esguinces son dolorosos.

Marcho hasta el bar y coloco un puñado de hielos en una servilleta seca. Luego, regreso junto al presidente de la compañía y miro los percheros de ropa de la prueba de diseños.

–Que alguien me acerque uno de esos fulares –indico con la cabeza.

Subo el pie del jefe sobre mi pierna flexionada y comienzo a soltar los cordones de su zapato.

–¡Eh, eh! ¡¿Qué estás haciendo?! –alza la voz, agarrándome de la manga de la camisa.

–Sé lo que hago, señor Jacobs.

Le quito el zapato y después el calcetín negro ejecutivo. Se le está hinchando, pero tiene un pie realmente *sexy* de pedicura perfecta.

Ellery me alcanza el pañuelo y mientras lo enrolla alrededor del pie de Ian cual vendaje casero, el diseñador se gira hacia las modelos.

–Chicas, por hoy hemos terminado. Os podéis cambiar y marchaos –les dice.

Los ayudantes de Padma y Ellery también empiezan a recoger las prendas de la prueba.

–Esto le va a doler un poco, señor Jacobs.

Sin esperar respuesta, aprieto con fuerza el pañuelo para evitar que se le siga hinchando y que con los movimientos se le agrave la lesión.

–¡¡Ah!! –chilla–. ¡La madre que te...!

–¡Ian, esa boca! –reprende Madeleine.

Él bufá, rabioso, y golpea el apoyabrazos del sofá con el puño cerrado.

*Mejor eso que yo.*

Hago el nudo y me incorporo.

–Ya está. Vamos, le llevo hasta el coche –comento.

Me inclino para ayudarlo a levantar, pero él me aparta las manos de malas formas.

–Puedo hacerlo solo –espetá.

Doy un paso atrás, levantando las manos, y él se apoya en el sofá para alzarse a la pata coja. Es tan terco, tan chulo y tan desconfiado, que apoya el pie herido en el suelo solo para cerciorarse de que realmente tiene una lesión.

–¡Dios! –maldice, apretando la mandíbula.

–¡Hijo, no hagas tonterías!

Madeleine rodea los sofás para acercarse a él y le agarra por la cintura.

–¡¿Quieres dejarte ayudar?! –le reprende por segunda vez.

Ian mira a su madre con el ceño fruncido y luego a mí. Sus ojos verdes son muy expresivos o por lo menos a mí me lo parecen, y ahora indican que está colérico.

–Vale –acepta a regañadientes–. Ayúdame.

Enarco una ceja ante su imposición y no doy ni un paso.

–Por... favor... –ruge entre dientes.

Sonrío victorioso, cojo la servilleta con los hielos y me acerco. Ian pasa el

brazo por encima de mis hombros y yo le sujeto de la cintura, sustituyendo a su madre.

–Regina, ¿puedes cogerme, por favor, la bandolera de la barra? –le pido.

–Claro.

–Y mis cosas también –añade Ian.

Ella hace lo que le pedimos mientras me dirijo a la salida del despacho con Ian dando saltitos a mi lado; su madre nos adelanta para abrirnos las puertas.

## CAPÍTULO 5

Desciendo en el ascensor junto con Regina, Madeleine e Ian que lo hace apoyado en una esquina con el pie derecho recogido.

–¿Te duele, cariño? –pregunta la madre, pasándole la mano por el brazo.

–Ahora menos.

–¡Ian, perdóname! ¡Me siento tan culpable! –se lamenta Regina.

Intento mantenerme en un segundo plano, pero las fuertes exhalaciones de mi jefe y su intenso aroma a bálsamo, hacen que mis ojos lo busquen cada dos por tres, cruzándose con su enigmática mirada cetri-na.

Cuando el ascensor se detiene en el primer subterráneo, suspiro aliviado de poder salir por fin de esta cabina que a cada segundo sentía que se hacía más y más pequeña.

–Ian, dame las llaves del coche para que lo acerque aquí –le pide su hermana.

Este resopla, molesto, aunque se las entrega sin rechistar.

–Espera, hija, que te acompaño. Estos sitios son peligrosos para que una chica guapa y joven ande sola.

–¡Dios, mamá! –exclama Ian–. Este edificio es mío y te aseguro que la seguridad es excelente. Además, el coche está aquí al lado.

La señora Jacobs ignora por completo a su hijo y acompaña a Regina a por el Mercedes. Y, ahí me quedo yo, sujetando con un brazo al macizo de mi jefe que me trata como una mierda, y, en la otra mano, un trapo con hielos, en silencio y esperando a que regresen.

–¡Ah! –exclama, levantando el pie dolorido del suelo.

–No haga eso, señor. Se le agravará la lesión.

–¡Me canso! –gruñe rabioso.

–Apóyese en mí.

Me agacho un poco más para que pase bien el brazo por mis hombros y atrayéndolo hacia mí, le alzo de la cintura.

–Esto es por tu culpa –escupe.

Giro la cabeza hacia él, aturdido y sin creer lo que estoy escuchando.

–Cómo no, usted echándome la culpa.

–¡Vi cómo mirabas a mi hermana!

–Me ha prohibido acercarme a la gente, y, ahora, ¿me prohíbe mirar? ¿Qué será lo siguiente, prohibirme respirar?

–No me des ideas.

–¿Sabe qué? Dimítelo. Usted no me quiere aquí y yo tampoco quiero trabajar para un prepotente gilipollas.

Ian arquea las cejas, sorprendido. Me juego el cuello a que nadie le había insultado a la cara y me alegro de ser el primero. El avasallador avasallado. Que aprenda.

–Y, no se preocupe, yo mismo llamaré a la agencia para que le busquen otro sustituto.

Jacobs ruje cabreado cual felino salvaje, aprieta el brazo que tiene alrededor de mi cuello, me agarra por el pecho de la camisa y pega su boca a la mía, besándome con violencia. Al principio, me cuesta reaccionar, darme cuenta de lo que está pasando, pero, cuando lo hago, se lo devuelvo con toda la rabia que llevo acumulada; rabia que, en un abrir y cerrar de ojos, se transforma en excitación. Un grado de excitación que jamás había experimentado y hace explotar mi libido.

Mis manos le apresan con la misma fiereza que las suyas lo hacen conmigo, nuestras lenguas luchan de boca en boca, y, cuando mi cuerpo se caldea y prepara para follar salvajemente, escuchamos el motor del Mercedes que se acerca y nos separamos jadeantes.

–Tú no te vas a marchar a ningún lado –musita, amenazante.

No contesto; sigo flipando por lo que acaba de suceder y me relamo los labios mientras mi desbocado corazón intenta calmarse, mi respiración intenta ralentizarse y mi polla erecta intenta volver, no sin dificultad, a un estado relajado.

El GLA negro metalizado se detiene frente a nosotros y ayudo a Ian a llegar

hasta la puerta trasera. Regina se encuentra al volante y Madeleine ocupa el asiento del pasajero.

–Sube –indica Ian mientras se acomoda en uno de los asientos, con el cuidado de no golpearse el pie.

*¿Qué suba? ¿Acaso quiere que yo también vaya?*

Cierro la puerta, rodeo el vehículo y subo a la parte trasera, con él. Entonces, Regina sale disparada.

–Apoye el pie sobre mí, señor Jacobs –digo sin mirarle a la cara.

Él se ladea en el asiento, levanta el pie y lo coloca sobre mis piernas, en donde aplico el hielo.

–¡Ay, cuidado!

–Tranquilo, hijo. Enseguida llegamos.

Durante el trayecto me dedico a mirar por la ventanilla, aunque no vea nada. En realidad, mi mente sigue anclada en el subterráneo de *Across* y en el momento beso con Ian. Todavía no me lo creo.

*¿Qué ha sido eso? ¿Es bisexual? ¿Me desea? ¿La agresividad hacia mí es una tapadera? No entiendo nada.*

Una fuerte frenada me saca de mis pensamientos.

–¡Regina! –vocifera Ian–. ¡No corras tanto, que nos vas a matar!

–No sé cómo os atrevéis a conducir en esta ciudad –murmura Madeleine–. Yo no lo hago ni en Miami y eso que allí el tráfico es mucho más calmado.

Ambas mujeres se enfrascan en una conversación sobre la importancia de la autonomía en una gran ciudad y yo miro a mi jefe. Él también me está observando y su rostro, casi camuflado en la oscuridad de los asientos traseros, se ilumina parcialmente cuando pasamos junto a algún letrero luminoso de la ciudad de los rascacielos.

Mi miembro se sacude dentro del bóxer, inquieto, al ver cómo desliza el dedo índice por sus labios.

*¿Qué intenta? ¿Seducirme?*

–Ya hemos llegado –anuncia Regina, cortando mis eróticos pensamientos.

Una enfermera se lleva al señor Jacobs en una silla de ruedas hasta un BOX para revisarle con detalle el pie. Entretanto, Regina y su madre aguardan en la sala de espera, y yo, tras tirar los hielos a la basura, me acerco a ellas.

–Bueno, yo debería irme ya –les digo.

Hoy ha sido un día demasiado largo y demasiado intenso, y solo de-seo llegar a casa y olvidar todo lo que ha pasado.

–¿Te vas? –pregunta Regina, levantándose de la aparentemente incómoda silla de plástico.

–Sí, ya es muy tarde y, bueno... Le darán unas muletas y ya no hago falta – me excuso, sin dejar de sonreír para que no se dé cuenta de mi incomodidad.

–Sí, claro. Muchas gracias, Luke.

La chica me abraza y yo se lo devuelvo brevemente.

–Que tengas un buen fin de semana.

–Gracias, Regina. Lo mismo digo.

–Adiós, querido. Gracias por tu ayuda.

–No hay de qué, señora Jacobs. Despídanme del señor Jacobs, por favor.

Les hago un gesto cortés con la cabeza y me voy de ahí.

Cruzo la puerta de casa, agotado como jamás lo había estado, y tras saludar a mi prima con un simple movimiento de mano, voy directo al sofá para desplomarme sobre él.

*¡Oh, joder! ¡Que puto día!*

–¿Qué tal?

Meg se acomoda en un reposabrazos y me tiende un refresco. Tiro el paño húmedo de los hielos sobre la mesa y lo cojo.

–¡Buff! –resoplo como respuesta y bebo.

–¿Qué ha pasado?

Mi prima me observa con atención e interés, y me acomodo mejor para explicarle este insólito día.

–Ian resbaló en su despacho y se ha hecho un esguince de tobillo –empiezo relatando.

–¡Oh! Y, ¿le has acompañado al hospital?

–Junto a su madre y hermana. Yo fui más que nada para cargar con él. Según se lo llevó la enfermera, me he venido.

Vuelvo a dar un trago a la refrescante bebida y continúo:

–Me culpó de su accidente.

–¡Menudo capullo! Y tú, ¿qué le dijiste?

–Dimito.

–¿En serio? –se sorprende.

–Sí. Le dije que él no me quería allí y que yo tampoco quería trabajar para un gilipollas.

–¡Bien dicho! –celebra Meg–. ¿Y cómo reaccionó? Me habría gustado verle la cara.

–Nos besamos.

Los ojos de mi prima se abren como sendos platos y su mandíbula se desencaja.

–Bueno, él fue quien me besó, pero yo se lo devolví –le aclaro–. Y después dijo que yo no me iba a ir a ningún lado.

–Me has dejado... Esto sí que no me lo esperaba –balbucea, sin perder el gesto de impresión–. ¿Es gay?

–Lo dudo, se folla a tías buenas en su despacho.

–Y, ¿vas a seguir trabajando allí? ¿Qué vas a hacer?

–Pues, para empezar, cenar y olvidarlo. Si le das vueltas a algo, se termina idealizando. Así que paso.

Bebo el resto del refresco, dejo el vaso sobre la mesa y me levanto.

–Y, segundo –continúo, viniéndome arriba–, salir esta noche de cacería.

–Qué peligro tienes.

Afirmo con la cabeza porque, especialmente hoy, tiene toda la razón; esta noche voy a por todas. Y todos.

Con esa seguridad, me dirijo a mi habitación para cambiarme de ro-pa.

Recorro la pista del Tanzen Club, una disco bastante pija de la quinta avenida, a ritmo de *Give me everything tonight* de Pitbull. El local es grande, moderno y está a reventar de niños de papá. No sé qué olor abunda más, si los perfumes de diseño o las carteras llenas de billetes.

Engalanado con una preciosa y ajustada camiseta blanca de *Tommy Hilfiger*, unos pitillos grises de tiro bajo, *Converse* negras y el cabello revuelto, llego hasta la barra. Me siento como un dios rodeado de mortales y así me comporto, como si fuera el dueño de este club. Levanto la mano, reclamando a uno de los camareros, y hago mi pedido.

Con las manos apoyadas sobre el frío acero de la barra, mantengo la mirada fija hacia el frente, hacia la pared a rebosar de botellas de alcohol de marca, mientras me sirven la bebida. La gente baila y salta a mi alrededor, y mi expresión es seria y concentrada; sé que estoy bueno, sé que muchos me mirarán y sé que muchos desearán montárselo conmigo. Soy el dulce que todos quieren llevarse a la boca.

Alguien me abraza por la espalda y coloca las manos en mi pecho. Me toquetea los pectorales, las abdominales e, incluso, una de las manos baja a mi paquete. Sonrío divertido con la profunda comprobación de la mercancía y me dejo hacer. La conozco muy bien.

–Ya estoy aquí, polla loca –susurra en mi oído–. ¿Me echabas de menos?

Me doy la vuelta, entre sus brazos, y le planto un rápido beso en los labios.

Christa ha optado por un *sexy* vestido rosa de tirantes y muy corto. Sus piernas lucen escandalosamente largas sobre unos tacones plateados y sus tetas pugnan por salir del escote. Su melena morena la lleva suelta, pidiendo guerra.

Meg no ha podido acompañarme porque mañana trabaja, pero sabía que mi buena amiga no se negaría a una noche de locura en Tanzen, que es lo que necesito para olvidar el momento con Ian.

–Ya he pedido, ¿tú qué quieres? –le pregunto.

–Lo mismo de siempre.

Cuando el camarero me sirve la copa, pido la de mi amiga y de paso le guiño un ojo; es un morenazo de rompe y rasga.

Tan rápido como un chasquido de dedos, prepara el *whisky* con *gingerale* para Christa y cuando pago las copas es él quien me guiña el o-jo, sonriente.

Mi amiga no deja de contonearse al ritmo de Flo Rida y Sia con *Wild ones*, y se acerca al darse cuenta de lo sucedido.

–¿Cómo lo haces? Acabas de llegar y el camarero ya te ha dado luz verde.

Sonríó pérfidamente, como si ocultara un secreto, y brindo con ella por una noche especial.

Copas en mano cruzamos la pista y llegamos hasta la zona de sofás, donde me acomodo mientras observo como mi amiga baila de forma provocadora, muy sugerente y algo roquera el tema de Pink, *So what*, captando más miradas aparte de la mía.

–*So so what/ I'm still a rock star/ I got my rock moves/ And I don't need you/ and guess what/ I'm having more fun/ and now that we're done/ I'm gonna show you tonight/ I'm alright/ I'm just fine/ and you're a tool/ so so what/ I am a rock star/ I got my rock moves/ and I don't want you tonight...* – canta, señalándome divertida.

Río por lo loca que está y ella se acerca, pero en vez de sobre mí, se inclina sobre el chico que ocupa la esquina del sofá de al lado y que la observa obnubilado y con una erección que despunta en sus pantalones blancos.

–*Na-na-na-na-na-na-na/ na-na-na-na-na-na-na* –termina de cantar Christa, dejando que el chico escrute su generoso escote.

No dejo de reír, porque Christa puede llegar a ser muy guarra y muy caliente pollas; por eso me lie con ella en su día, vi que era tan sexual como

yo. Y no es que el chico esté mal, pero dudo que sea su tipo. A ella le tiran los fornidos con pinta de malotes. O los dioses como yo.

Mi amiga se deja caer agotada a mi lado, coge su copa de la mesa y le da un gran sorbo. En ese momento, me inclino hacia ella, retirando el pelo de su oreja.

–Eres una caliente pollas –le susurro jocoso.

Christa sonrío con picardía y rebeldía.

–¡Mira quién habla! –grita por encima de la música.

–¡*Touché!*

Reímos, chocamos las copas y sorbemos.

Nos encontramos charlando sobre nuestros respectivos días en el trabajo, aunque yo no le cuento todos los detalles, cuando empieza a sonar *Addicted to you* de Shakira. Una de las canciones favoritas de mi acompañante.

–¡Uuuuu! –chilla, saltando del asiento.

Coge mis manos y me arrastra con ella a la pista. Empieza a contonearse, moviendo las caderas de una manera muy sugerente y provocativa. Me da la espalda, yo me pego a ella y los dos nos movemos de una forma muy... sexual. Deslizo las manos por sus curvas y no me pri-vo de tocarla entera.

Enseguida captamos la atención de numerosos asistentes y ambos disfrutamos de ser el centro. Christa bailotea a mi alrededor hasta colocarse a mi espalda, y me levanta la camiseta para deslizar una mano por mi torso desnudo hasta bajarla a mi entrepierna. En ese momento, observo a las chicas que son testigos de la escena para mayores de die-ciocho años y les sonrío mientras disfruto de la mano que juega en mis partes.

–*I'm addicted to you, porque es un vicio tu piel/ baby, I'm addicted to you, quiero que te dejes querer...* –canta mi amiga.

La arrastro de la mano para ponerla delante de mí y sobo sus tetas con descaro, mirando de soslayo al grupo de chicos que ocupa el sofá contiguo al nuestro. Todos observan a la buenorra de mi amiga y sonrío malvado porque ninguno podrá hacer lo que yo hago; son demasia-do pijos y sosos.

El móvil comienza a vibrar dentro de mi bolsillo y lo saco, pensando que es Megan quien llama.

*¿Quién más podría ser a estas horas?*

La pantalla parpadea, iluminándome la cara, y arrugo el ceño porque no reconozco el número. Aunque sí que me resulta familiar.

–¿Quién te llama a estas horas? –curioseas Christa.

El reloj del teléfono señala la una de la madrugada.

–No lo sé.

Me encojo de hombros y corto la llamada.

Regreso a nuestra mesa, cojo mi copa y la acabo del tirón. También recojo la de Christa para que la tenga vigilada.

–Voy a por otra –le digo al oído.

Ella levanta el pulgar sin dejar de bailar y me encamino hacia la barra. Según voy cruzando entre la gente, el móvil vuelve a vibrar.

*¡Joder!*

Cambio el rumbo y me dirijo apresurado hacia las escaleras de salida del Tanzen, donde la música no moleste tanto.

–¿Sí? –contesto. Me tapo el otro oído con la mano libre, pero aun así no consigo escuchar nada–. ¿Hola?

–Luke.

–¿Quién es?

Parece una voz masculina, pero no escucho del todo bien.

–Soy Ian.

Eso sí consigo entender. Me yergo, tensándome, y un escalofrío baja por mi cuerpo como un rayo. Por eso me sonaba el número de teléfono, del mensaje que me envió en su día para decirme que no ligara en el trabajo.

*¿Qué quiere ahora?*

–Señor Jacobs, ¿ocurre algo?

Me pongo de lado para dejar que pasen unos clientes y, después, asciendo unos peldaños más para evitar la interferencia de la música.

–Antes ni siquiera has esperado a que saliese.

–Creía que no era necesario, señor Jacobs. ¿Cómo se encuentra? ¿Qué le han dicho los médicos?

Él parece resoplar al otro lado de la línea.

–Tenías razón, es un esguince. Deberé pasar un par de semanas en reposo.

Sonrío al imaginar lo que le habrá costado darme la razón y ahora entiendo el motivo de su llamada.

–De acuerdo, señor, usted descanse que yo le diré a Grace que faltará al trabajo.

–No te llamaba para eso –espeta, medio cabreado.

*Entonces, ¿me llama por lo del beso?*

–Usted dirá –me impaciento.

–Llamo para aclarar el tema de la dimisión. No quiero que te vayas y no lo voy a consentir.

Me apoyo contra la pared y me rasco la cabeza, confundido.

–No le entiendo, señor Jacobs. Me odia, pero quiere que me quede. ¿Por qué? ¿Para seguir humillándome?

–¡No! –gruñe.

–Entonces, ¿por qué?

–No es algo para decir por teléfono.

Suspiro, hastiado de que no sea directo ni claro, y meneo la cabeza ante su vaga respuesta.

–Mañana iré a tu casa a media tarde, espérame. Solo.

Corta la llamada y yo miro el móvil completamente alucinado.

*¿Qué va a venir a mi casa? ¿Qué le espere solo? ¿Qué pretende al decir eso?*

Guardo su teléfono en la agenda para que no me pille desprevenido una segunda vez y regreso a la discoteca intentando olvidar la llamada. No será fácil.

Consigo abrir la puerta de mi casa, a pesar de mi estado perjudicado por el alcohol. Nunca había bebido tanto y lo asocio a querer olvidar el suceso con mi atractivo jefe, su llamada y la visita de mañana.

–Shsssss... –siseo, llevándome el índice a la boca–. Mi compañera de piso –susurro, ebrio.

Primero dejo pasar a Ray, el camarero del Tanzen, y, seguidamente, acceden dos chicas que ríen embriagadas, Jacky y Zoe, creo recordar.

–Al fondo... Primera puerta derecha –balbuceo.

Ray, el único de los cuatro que no ha bebido porque estaba trabajando, se encarga de llevar a las chicas hasta allí y yo les sigo nada más cerrar la puerta. Al llegar al cuarto me encuentro con que ya están desnudándolo.

–No empecéis sin mí –me quejo.

Camino tambaleante en la semioscuridad de la estancia hasta llegar a ellos, y la morena, Jacky, se lanza a mi cuello para besarme con fogosidad. Como si se tratara del disparo de salida, gruño, la estrujo entre mis brazos y devoro sus carnosos labios con ansia irrefrenable.

La chica agarra los bajos de mi camiseta y me la saca por la cabeza para poder besar, lamer y morder mi torso desnudo.

*¡Umm...!*

Enfoco la vista sobre Ray, que está disfrutando de las mismas caricias con Zoe, la pelirroja, y aparto la larga cabellera de mi acompañante para que él

le baje la cremallera del vestido. Una vez hecho, hago lo propio con su pareja, quedando ambas en ropa interior.

A puntapiés me deshago de las zapatillas entretanto la preciosa Jacky se ocupa del cinturón y los pantalones. Arrodillada, me acaricia la polla y los huevos por encima del bóxer, y una vez la erección tensa la licra hasta el extremo, Jacky me los baja e introduce la rosada cabeza de mi miembro en su boca para empezar la felación.

*¡Oh, joder!*

La sujeto por el pelo y muevo las caderas, penetrándole a un ritmo lento pero constante. Delante de mí, Zoe practica otra mamada a Ray y los dos nos miramos, cachondos; tan cachondos, que nos agarramos del cuello para devorarnos mutuamente la boca, mientras ellas hacen lo propio con nuestros miembros.

–Cámbiame –le digo.

Nos movemos y la pelirroja pasa a ser la que se apodera de mi erección. Meto los dedos entre su pelo color fuego y gozo de su lengua.

*¡Qué bueno!*

Inspiro con fuerza y detengo su mamada, haciéndola que se levante del suelo.

–Vas a hacer que me corra, preciosa.

Termino de desnudar su pálido y suave cuerpo, y la conduzco hasta la cama. Allí hago que se siente en el borde y después se tumbe para, acto seguido, arrodillarme entre sus piernas. Jadeo al ver su delicioso coño, perfectamente rasurado y muy húmedo. Soplo sobre su piel, pe-go mi boca y comienzo a saborearlo con minuciosidad.

A nuestro lado se sitúa la otra pareja de la misma forma, y, mientras nosotros les comemos el sexo, ellas se besan y pellizcan los pezones. Zoe es la primera en correrse y dejar que pruebe los fluidos que estallan en mi boca. Lo que mejora exponencialmente esta experiencia es la traviesa mano del camarero que se desliza por mi muslo, a la caza de mi polla, y me masturba.

*¡Ummmm!*

Los miro y disfruto viendo cómo devora el sexo de la morena hasta que la hace gritar y convulsionar por el clímax. Entonces, saca la cabeza de entre los muslos de la chica y sonrío malicioso con los labios brillantes por el orgasmo provocado; gesto que me excita y me hace abordar-lo para lamer cada centímetro de su boca.

–Vamos a la cama –murmuro junto a sus labios.

–Sí.

Del cajón de la mesilla saco el bote de preservativos y subo al colchón con ellos.

*¡La leche!*

Caemos en la cama, yo sobre la espalda de Ray, tras el último polvo disfrutado. Las féminas siguen durmiendo plácidamente, a pesar de los gemidos y tambaleos, y, es que, aunque hayan resistido varios asaltos, hace un buen rato que se quedaron KO, por lo que el camarero del Tanzen y un servidor hemos disfrutado de este último a solas.

–Menudo aguante, cabrón –resoplo, tumbándome a su lado.

Me quito el condón y lo tiro a la basura.

–Tú también –murmura Ray, entre risas.

Cubro nuestra desnudez con la sábana y cierro los ojos, dispuesto a caer en un profundo y largo sueño. Se me ha quitado hasta la borrachera con todo el esfuerzo físico ejercido.

\*\*\*\*\*

*Me hallo sentado frente a una reluciente pasarela de modelaje y en la pared del fondo, destacando sobre un mar blanco, puede leerse un gran rótulo que dice: **Colección Luke Meyer**. A mi lado, rodeando la pasarela, hay decenas de sillas y todas desiertas; en el techo, numerosos focos de luz que cobran vida cuando la oscuridad se cierne en el inmenso salón.*

*En ese instante, un fino violín empieza a sonar y Megan surge al comienzo de la pasarela, luciendo mi diseño de alta costura. Lleva la melena pajiza recogida en un estiloso moño alto y se me abre la boca al verla tan hermosa y sofisticada.*

*Camina erguida y lentamente hacia mí, y el vestido, de un tono gris perla y ceñido hasta las rodillas, resplandece con la pedrería bajo la luz de los focos, igual que los diamantes de sus orejas y las mangas de cristal que se sujetan a las muñecas mediante esclavas de plata. Radiante, como si estuviera viendo a una estrella del firmamento.*

*El escote de hombros caídos también está decorado con pedrería y el delicado chantilly de bordados asimétricos cae desde las rodillas hasta el suelo como si fuera una bella cascada de agua.*

*Al llegar al final de la pasarela, se detiene, coloca las manos en las caderas y posa mirando al frente. Después, me da la espalda y mira por*

*encima del hombro. Vuelve a situarse de frente por un breve periodo, da media vuelta y regresa al comienzo de la pasarela. Allí se coloca de frente por última vez y aguarda.*

*Estoy impresionado con el vestido y cuando me levanto para aplaudir, decenas de personas lo hacen a mi alrededor, aplaudiendo con efusividad. Los flashes de las cámaras se disparan cual furiosa tormenta de relámpagos y Megan sonríe ampliamente. Entonces, gesticula con la mano, llamando a alguien para que suba a la pasarela y... lo hago yo. Me veo a mí mismo, sonriendo y agradeciendo la ovación.*

–Luke.

–Luke.

–¿Qué pasa? –despierto alarmado.

Megan me observa desde arriba y cuando consigo reaccionar, compruebo que estoy en mi cama, solo.

–No los busques, acaban de irse –comenta ella, sentándose a mi lado.

–¿No tenías trabajo?

–Acabo de llegar –responde–. Justo a tiempo para ver salir a tus invitados nocturnos. Temo que llegue el día en que me encuentre a todo un equipo de fútbol.

Río al imaginar la escena, pero a mi prima no parece hacerle gracia.

–Una noche bestial. Llámame y repetimos. Ray –me dice, mostrándome un trozo de papel–. Y te deja su número de teléfono.

–Guárdalo en la caja que hay en el primer cajón de mi escritorio.

Ella se levanta de la cama y camina hacia allí, mientras yo remoloneo un rato más bajo la sábana.

–¡Luke! –exclama, alarmada.

Me incorporo sobre los codos y veo a mi prima con la caja del calzado en las manos.

–¿Todo esto son números de teléfono?

–Sí.

Salgo de la cama desnudo y sin pudor, ella ya está curada de espanto, y sorteo los envoltorios de preservativos del suelo según me dirijo al baño.

–¡Madre mía! Tienes más números que una guía telefónica. ¿Para qué los quieres? ¿Vas a hacer una guía sexual?

–Sinceramente, no lo sé –le contesto, abriendo la ducha–. Empecé a guardarlos ahí y...

Levanto la tapa del váter y meo como si no lo hubiese hecho en siglos.

Después, tiro de la cadena, compruebo que el agua de la ducha empieza a templarse y paso dentro.

–Meg, he tenido un sueño que ha sido la bomba.

–¿Ah, sí? –pregunta, accediendo al baño–. ¿De qué iba?

–Eras tú, desfilando con mi diseño de alta costura, pero no en el concurso de jóvenes diseñadores. Era como una presentación de una colección mía. Y era un éxito.

–Un sueño muy bonito.

Asomo la cabeza por un extremo de la cortina y la veo sentada en la taza, con pantalones vaqueros cortos, sus *sneakers* favoritas y una camiseta negra de tirantes.

–¡Un sueño de la hostia! –le digo, sonriente.

–Que seguro se hará realidad.

Le lanzo un beso y vuelvo con mi aseo; tras dos enjabonadas y dos aclarados, corto el agua, sacudo la cabeza y corro la cortina.

–Alcánzame la toalla, por favor.

Megan la lanza, me seco un poco por encima y una vez enrollada en la cintura, salgo de la bañera.

–Entonces, ¿ya sabes cómo va a ser el de gala?

–Sí.

–Me alegro, porque el tiempo se te echa encima.

–Lo sé –contesto frente al lavabo–. Espero adelantar bastante este fin de semana.

El timbre de casa suena y Megan sale corriendo. Aprovecho para coger el gel de afeitar, verter la cantidad de una nueza en la palma de la mano y extenderlo por el mentón y cuello. Luego cojo la cuchilla y empiezo a rasurarme.

A mitad de afeitado, mi prima regresa con una estúpida sonrisa de quinceañera enamorada en la cara.

–¿Quién era? –pregunto, aunque ya sé la respuesta.

–Abraham, me invita a pasar el día con él.

–¡Amm!

En ese momento recuerdo la visita que voy a tener esta misma tar-de y el pelo de mi nuca se eriza. Tengo una lucha interna por querer y no querer que venga.

–¿Hoy no tiene partido?

–El lunes –contesta ella–. En Boston.

–¡Aham! –asiento, paso la cuchilla por agua y continuo afeitándome–. Pasadlo bien.

–Nos vamos de picnic a Central Park.

Detengo los movimientos sobre mi piel y la miro a través del espejo.

–¿De picnic? –pregunto perplejo y ella asiente–. Pero, ¿de qué película *Disney* se ha escapado ese tío?

Exploto en carcajadas al escuchar mi propia y acertada pregunta, y debo apartar la afilada cuchilla de mi cuello para no cortarme la yugular.

–Luke, calla, que te va a escuchar –me reprende, cerrando la puerta del baño.

–Vamos, Meg, tú no eres de ese tipo de chicas.

–Lo sé –gruñe cabreada–, pero con él me apetece.

Tras darme las últimas pasadas de cuchilla, me lavo la cara, me aplico el *after shave* y me giro hacia ella.

–¿De qué va todo esto? –pregunto, señalándonos–. Veo que estás preparada para ir, pero parece que me estás pidiendo permiso.

–Abraham sabe la relación tan estrecha que tenemos y me ha dicho que te pregunte si te apetece venir.

–¿Y ser el sujeta-velas? No, gracias.

Salgo del baño y me dirijo a la ventana para subir la hoja; mi habitación huele a alcohol, sudor y sexo, mucho sexo.

–Pero, tú ve y pásalo bien –le digo.

Megan pone morritos tristes y se acerca para abrazarme.

–Me gusta –musita, cobijándose en mi pecho.

–Lo sé.

Beso su cabeza con ternura y la acompaño a la salida de mi cuarto. Ella continúa por el pasillo y avisa al jugador de que pueden marcharse.

–Gracias por la invitación, Abraham –le digo, levantando la mano como saludo–, pero tengo muchas cosas que hacer. Pasadlo bien.

–Gracias –responde él.

En cuanto salen del piso, yo vuelvo a lo mío: vestirme y arreglar el desastre que tengo por habitación.

En vaqueros, camiseta blanca y descalzo, me dirijo a la cocina para meter en la lavadora las sábanas de mi cama y la colada que tenía en el baño. Tras conectarla, me sirvo un refresco y ojeo el frigorífico para pensar qué puedo hacerme de comer. Opto por un salteado de verduras y carne.

Después de comer y dejar la cocina recogida, me tiro en el sofá para ver un poco la tele antes de ponerme a trabajar. O esa es mi intención.

El sonido del teléfono de casa me despierta y me levanto nervioso del sofá.

–Joder, me he quedado frito.

Frotándome la cara para espabilarme, cojo el inalámbrico de la barra de la cocina y contesto:

–¿Diga?

Nadie responde al otro lado de la línea.

–¿Hola?

–¿Está... Megan?

Todo mi cuerpo se tensa y rechina al reconocer la voz femenina.

–¡No, no está! –gruño de malas maneras–. ¡Y no volváis a llamar a este número!

Cuelgo el teléfono en la base, me apoyo en la barra e inspiro y espiro varias veces como el toro que está a punto de embestir.

*¡¿Cómo se atreven a llamar a MI CASA?!*

Intento calmarme, olvidar la llamada, pero es difícil; consiguen despertar a mis demonios y luego no puedo volver a encerrarlos. Decido meterme en mi pequeño paraíso particular, mi taller textil, y concentrarme en el diseño de alta costura. El calendario que tengo colgado detrás la puerta me indica con un marco rojo que faltan veinticuatro días exactos para el concurso.

*¡Debo darme prisa!*

Arrastro la silla ergonómica hasta la mesa de trabajo y, una vez acomodado, cierro los ojos para recordar al detalle el vestido que he visto en mi sueño y plasmarlo con el lápiz sobre una cartulina blanca de tamaño DIN A4. Cuando el dibujo es exactamente igual al del sueño, cojo la tabla en donde tengo apuntadas las medidas de Megan y las anoto sobre él.

Empiezo sacando los patrones en cartulinas con ayuda del metro, las tijeras, la regla y la escuadra. Una vez preparados, los aparto y me levanto en busca de las telas que voy a necesitar.

–Negra, para la funda interna –murmuro conforme extraigo el rulo de tela y lo dejo sobre la mesa–. Gris perla... ¿dónde te has metido? –bufó mientras sigo buscando entre los rollos–. Plomo... Plata... ¡Perla!

Dejo el satén sobre la mesa y continúo.

En un folio escribo lo que debo comprar, empezando por el *chantilly*, que no tengo, y unos finos cordeles para utilizarlos en las mangas. Por lo demás, creo que dispongo de todo lo que necesito.

Me hallo grabando las guías con la tiza sobre el telar negro, cuando recibo el mensaje de Ian:

**--Voy camino de tu casa—**

*¡Mierda, se me había olvidado!*

Salgo corriendo del taller y entro en el baño de mi habitación. Allí hago mis necesidades, me lavo las manos, los dientes y la cara, y termino rociándome desodorante por todo el cuerpo.

—Pero, ¿por qué cojones te preparas como si fueses a follar? —espe-to a la imagen del espejo.

Camino descalzo por toda la casa y compruebo si está más o menos presentable; lo último que necesito es que encima piense que soy un guarro.

La lavadora ha terminado y paso la ropa a la secadora. Todo, excep-to los calzoncillos que cuelgo del toallero del baño.

El interfono de la entrada suena y mi corazón comienza a latir como el tambor de una batería.

*¿Por qué estoy tan nervioso?*

Sinceramente, porque no sé a qué viene. Bueno, sé que lo hace pa-ra decirme por qué no quiere que me vaya, o, mejor dicho, por qué no va a dejar que me vaya, pero el hecho de que la explicación no me la pudiese dar por teléfono, es lo que me tiene cardíaco.

Llego a la puerta y descuelgo el teléfono del portero automático.

—¿Sí?

—Soy yo.

Incluso con esas dos palabras me la pone dura. Su voz valdría para una línea erótica; línea de la que sería cliente habitual.

Pulso el botón y le dejo entrar.

## **CAPÍTULO 6**

Apoyado en el marco de la puerta, espero con los brazos cruzados. Vivo en el primer piso y desde aquí lo veo acceder. Me fascina su imagen tan juvenil en vaqueros y polo de rayas, con el cabello despeinado.

Ian fija su indescifrable mirada en mí y sube los escalones a saltos, debido al esguince, portando las muletas en una mano y manteniendo la otra en el pasamanos.

Le prestaría mi ayuda, pero no estamos en la oficina y debe aprender a pedirla. De buena manera, a ser posible.

Sin decir nada y resollando por el esfuerzo, consigue llegar hasta el primer piso, se coloca las muletas y pasa por mi lado para acceder a la casa. Ni saludos, ni permisos...

*¿Dónde quedó la buena educación?*

Pongo los ojos en blanco, cierro la puerta y le sigo unos pasos por detrás hasta el salón, olfateando sin poder evitarlo la maravillosa y a-dictiva estela aromática que va dejando.

–¿Estás solo? –es lo primero que dice, observando el piso.

–Sí, señor Jacobs.

–Ian –me corrige–. No estamos en la oficina.

*¡Vaya! ¡Bomba sorpresa que me estalla en la cara!*

–De acuerdo –acepto, escéptico–. ¿Quieres tomar algo?

Él me mira de soslayo y sonrío.

*¿Una sonrisa? ¿Quién es este tipo?*

–Lo que tengas estará bien.

De la nevera cojo dos botellines de cerveza y regreso al salón. Ian sigue de pie, con las muletas, y sonrío con ironía al pensar que ahora sí espera un gesto de cortesía.

–Ponte cómodo –lo invito, señalando el sofá.

Ver cómo intenta acomodarse a la pata coja y con las muletas, que de pronto parecen estorbarle, es todo un espectáculo circense.

–Espera, deja que te ayude –le digo, antes de que me dé un ataque de risa.

–Es la falta de práctica con estos trastos.

En medio minuto, lo tengo sentado plácidamente y con el pie lesionado apoyado en la mesa, sobre un cojín. Lo tiene vendado y una funda blanca recubre la mitad desnuda de su pie como si fuera un condón de algodón.

*¡Luke, no pienses en condones!*

–¿Te duele? –pregunto, entregándole la cerveza.

–No, desde que me pusieron la inyección ya no tengo dolores. Gracias.

Arrugo el entrecejo sin entender la repentina amabilidad que me demuestra. Si no hubiese presenciado la caída, creería que también se golpeó la cabeza.

Sentado a su lado, aunque no muy cerca, bebo de mi cerveza cuando él lo hace de la suya. Así pasamos los primeros minutos: bebiendo y en completo silencio.

—¿Te gusto?

El botellín de cerveza se queda parado a mitad camino de llegar a mi boca, al escuchar su pregunta.

—¿Como jefe?

—No. Como hombre.

Arqueo las cejas, porque la situación es de lo más surrealista.

—¿A qué viene eso?

—Me he percatado de la forma en que me miras.

Mis ojos, de color gris tormenta, se enlazan con los suyos, verde esmeralda, e intento averiguar hacia dónde quiere ir.

—¿Por eso me odias? ¿Te incomoda que pueda desearte?

—No —responde serio, aunque inquieto—. Me gusta que me deseases. Si te odio es por lo que me haces sentir. —Guarda silencio y yo no digo nada, esperando a que continúe. Parece que su cabeza es un hervidero de pensamientos que necesita manifestar—. Jamás... Jamás había deseado tanto a nadie y menos a un hombre. En solo una semana me has vuelto completamente loco: vigilándote a través de una cámara, persiguiéndote por todo el edificio, prohibiéndote todo tipo de absurdidades. Nunca había hecho nada parecido. ¡Parezco un puto psicópata! —gruñe entre dientes—. Me provocas constantemente.

—¿Estás diciendo que...?

—¡Lo que digo...! —irrumpe, encolerizado— ...es que noto cómo recorres mi cuerpo de arriba abajo, veo el deseo en tu mirada y eso me enloquece y deseo tenerte de rodillas, chupándome la polla. Nunca he tenido esas fantasías con un hombre y lo que siento en tu presencia...

—¿Qué sientes? —me intereso, intentando que no se fije en mi creciente erección.

—Tú sabes perfectamente las sensaciones que despiertas; que excitas, que gustas y que dan ganas de someterte de un millón de formas diferentes.

—¿Por eso me tratas así, porque te atraigo? ¿Y, aun así, quieres que siga trabajando para ti?

Ian baja el pie herido de la mesa, deja a un lado el botellín de cerveza y mesa su cabello de forma descontrolada, y casi podría decirse que

desquiciada también.

–Estoy muy confuso –musita, con la cabeza gacha–. No puedo borrar de mi mente el beso que nos dimos en el parking y solo me imagino... follándote hasta la extenuación.

Levanto las cejas, estupefacto, y bebo de seguido lo que queda de cerveza.

–¿Qué es lo que tienes para que me sienta tan excitado y no consiga satisfacerme por muchas tías que me tire? –susurra.

Dejo el botellín vacío sobre la mesa de madera y le miro, casi con compasión.

Ian me observa con intensidad a un metro de distancia, pero su expresión es diferente. Con el ceño fruncido y los ojos entornados, me analiza como si quisiera encontrar el motivo para la atracción que siente hacia mí; alguna lógica razonable para esos pensamientos que jamás había experimentado; algo que explique por qué siento deseos por otro hombre.

Lo sé, porque me pasó lo mismo la primera vez que me acosté con un hombre. Por entonces, tenía diecisiete años y eso hacía más difícil la situación. Fue con un compañero de clase; no lograba comprender porque mi cuerpo vibraba al verlo, la sangre me hervía, mi respiración y pulsaciones se aceleraban, y mi entrepierna se endurecía. Un día me lo follé en su casa con la excusa de que teníamos que hacer deberes; fue mi primera vez, estaba confundido porque en clase me fijaba en las chicas, pero el placer que había sentido con él era inmenso. Cuando intentó besarme para hacer de ese polvo esporádico algo más, lo empujé con rabia y asco fingido sobre la cama, y nunca más volvimos a acostarnos. Ni a hablarnos.

Un movimiento en el sofá hace que regrese del pasado y me centre en Ian. Este, con ayuda de las manos, se ha arrimado hasta eliminar cualquier distancia entre los dos.

–Deberías mantener el pie en alto –le digo.

Él no habla y levanta una mano hacia mí; sus movimientos son pausados, como si intentara no asustarme. Introduce los dedos entre los mechones de mi nuca con suavidad, logrando que se ericen, y, sin previo aviso, cierra la mano en un tenso puño y estira con fuerza, haciéndome quejarse de dolor.

–¡Tengo que sacarte de mi puta cabeza! –bufa, sin soltarme.

Me besa de forma agresiva, de la misma forma que en el parking de *Across Fashion and Styles*. Yo le sujeto del pecho y se lo devuelvo de igual manera. Somos como dos luchadores queriendo salir victoriosos sobre el oponente. Él intenta tumbarme sobre el sofá y yo no se lo permito.

Jacobs es de carácter dominante y pretende ejercer el control sobre mí, algo que no va a conseguir. Si quiere someterme, lo tendrá que hacer en sus sueños.

–¿Estás luchando contra mí? –jadea excitado, tanto por el beso co-mo por la oposición que ofrezco.

–¡Sí! –gruño, intentando apartar su mano de mi cabello.

–No deberías, no vas ganar. Estoy decidido a follarte.

Hunde la cara en mi cuello y me muerde a su antojo.

–¡A mí no me jode nadie!

–Yo lo haré –asegura chulesco.

Río sarcástico y él me empuja de espaldas al sofá para abalanzarse sobre mí. Intento quitármelo de encima, pero Ian forcejea e inmoviliza mis muñecas. El cabrón tiene mucha fuerza y, aunque resisto, termina venciendo, atrapándome bajo su cuerpo.

–Después de tratarme como a una puta mierda... ¿piensas que voy a dejar que me la metas? –escupo rabioso.

–En mis veintisiete años nunca he tenido tantas ganas de poseer a alguien como a ti.

Une sus labios con los míos y me besa con absoluto deleite. Su lengua pasea por mi boca como si lo hubiera hecho durante toda la vida y yo ya estoy a punto de explotar. Mis manos cesan de intentar liberar-se y me entrego al acto por completo; incluso me abro de piernas para que él se acomode bien.

–Sí –exhala, sabiéndose ganador–. Déjate hacer.

Golpea su pelvis contra la mía y gimo sin poder controlarme.

–Estás tan cachondo como yo.

Sus labios arden en mi piel, como mis ganas por penetrarlo hasta acabar ambos rendidos. El problema es que no va a dejarse y estoy a punto de estallar.

*¿Si cedo, cederá él?*

–Está bien. Lo haré –musito, rindiéndome al placer–. ¿Has traído condón?

–Sí.

–¿Y lubricante?

Ian levanta la cabeza y niega.

–Tengo en mi habitación, iré a por él.

Quitándose de encima, me deja paso y corro hasta allí en busca del gel y, de paso, un preservativo para mí. Yo también estoy decidido a cumplir uno de mis mayores deseos: tirarme al jefe.

De vuelta en el salón, Ian ya ha empezado a desnudarse, quitándose el polo. También se ha bajado los pantalones hasta los tobillos e intenta sacar la prenda sin dañarse el esguince.

Ahora entiendo su fuerza bruta y debo reconocer que los trajes, por muy bien que le queden, no hacen justicia al cuerpo que cubren; un imponente físico de hinchados músculos que parecen querer atravesar la bronceada piel que los retiene. Cuando se quita los calzoncillos, mis ojos se abren desorbitados ante la enorme erección de cabeza rosada que aparece bajo ellos.

*¡Dios, va a atravesarme!*

Me quedo absorto con su perfecta anatomía, especialmente, con esa polla que se yergue orgullosa y la perfecta redondez de su culo. Se me hace la boca agua.

–¿No te desnudas?

–¿Eh? Sí, sí.

Dejo el gel deslizante sobre la mesa y me pongo manos a la obra, nervioso y ansioso. Entretanto, Ian vuelve a acomodarse sobre el sofá cual actor porno en una sesión fotográfica, y escruta mi físico con descaro, igual que hice yo, con cada prenda de ropa que tiro al suelo.

–Arrodíllate en el sofá y apóyate en el respaldo.

–¿Así, sin preliminares ni nada? –intento bromear.

La expresión tensa de su rostro me grita que no es momento para hacer bromas. O puede que no le gusten. Tiene una forma de ser rara y complicada de entender.

Nervioso, como hacía tiempo no lo estaba, hago lo que pide y me subo al sofá. Cuando él se coloca detrás de mí, clavo los dedos en la tapicería acolchada e intento prepararme para lo que va a venir a continuación. Percibo en la piel el calor que desprende su cuerpo desnudo y el aliento que roza mi cuello en agitadas exhalaciones.

Miro por encima del hombro para comprobar qué es lo que está haciendo y brinco, alarmado, cuando posa las manos en mis caderas.

–¿Te has... lubricado? –balbuceo temeroso.

Ian se ríe, seguramente por el disfrute que le causa verme tan nervioso, y acerca su boca a mi oreja.

–Estoy en ello. No voy a hacerte daño, tranquilo, no eres mi primer culo.

Jadeo ante la expectación y clavo las uñas en el sofá.

–Aunque sí el más deseado –añade divertido.

Boto de nuevo, al notar cómo sus dedos separan mis glúteos y restriegan

con dedicación el ungüento resbaladizo por mi ano. Entonces agacho la cabeza, cogiendo aire.

Ian parece disfrutar con mi nerviosismo y temor, y arrastra la nariz por mi cuello, inspirando mi aroma y postergando la invasión que está a punto de acometer.

–Hueles mejor que una mujer –susurra, erizándome la piel.

Empieza colocando la gruesa punta de su polla en mi entrada virgi-anal y tenso la mandíbula, a la espera del dolor. Poco a poco comienza a empujar, intentando atravesar mi anillo, y gruño, algo dolorido, en el momento en que finalmente lo consigue. Definiría la sensación co-mo extraña, muy extraña.

–Lo más difícil ya está hecho –intenta tranquilizarme.

Se mueve para situarse en una mejor postura y clava las yemas de los dedos en mi piel, penetrándome un poco más.

Cierro los ojos con fuerza ante la sensación que me aborda, tan rara e incómoda, muy incómoda.

–Inclínate hacia adelante y saca el culo –pide excitado.

No quiero moverme, pero él me fuerza a hacerlo y me apoyo sobre los antebrazos, como quiere, y apretando los dientes según noto cómo entra más y más en mi interior.

*¡Dios! ¿No tiene fin o qué?*

–¡Oh, joder! –jadea Ian–. Eres tan estrecho.

De un rápido y certero empujón, me penetra totalmente y yo creo expulsar rayos por los ojos.

–¡Ahaa! –grito por la descarga de dolor que me sacude entero.

–Ya está, tranquilo –me consuela, deslizando una mano por mi espalda–. Ahora todo será placentero.

Lo siento completamente pegado y dentro de mí, y sin dejar tiempo para que me adapte a la intrusión, empieza a salir. En la siguiente penetración, el lubricante cumple su cometido con más efectividad y el falo se desliza con más facilidad y sin causarme tanto dolor. De hecho, creo percibir ese roce de placer en el punto erógeno masculino.

–¡Oh, Dios! –jadeo, podría ser de gusto o de malestar.

–¡Sí! –gime él, disfrutando–. A mí también me gusta.

Las invasiones se vuelven más seguidas y el clímax empieza a nacer en mi interior de una forma totalmente distinta a como siempre lo he disfrutado.

–¡Qué bueno!

–¡Sí! –afirmo extasiado.

Me agarro la polla, que ya ha empezado a lubricar, y me masturbo conforme ambos gemimos del goce. No pensaba que fuera tan satisfactorio, y el hecho de saber que está dentro de mí y tan duro, de sentir sus movimientos de cadera, de notar cómo sus grandes manos me sujetan y acarician... Me enloquece.

–Me gusta –exhala Ian–. Me gusta que seas tú.

Miro por encima del hombro y solo de verle perder la cabeza por mí, mi libido arde como nunca antes.

Las embestidas son cada vez más potentes y placenteras, los gemidos más altos y nuestros cuerpos comienzan a brillar por el sudor.

–¡Oh, joder! ¡Creo que vas a ser mío! –ruge mientras inyecta los dedos en mi cintura.

–Puedo ser tuyo ahora. No pidas más.

Los gemidos de Ian son cada vez más elevados y seguidos, llegando a solapar los míos, y tras varias intensas penetraciones, se queda dentro y se corre.

Con la respiración acelerada y entre convulsiones, cae sobre mi espalda y sostengo el peso de ambos.

–Mi turno –le digo, necesitado de un orgasmo.

–Ni de coña –responde, falto de aliento y con la satisfacción marcada en su tono de voz.

*¡¿Qué?!*

Molesto, serpenteo para deshacerme de él, pero me rodea con los brazos, impidiéndomelo.

–¡Quítate, joder! –grito, enfadado–. ¡Y lárgate de mi casa!

–Todavía sigo dentro de ti, ¿y ya me estás echando?

–¡Sí! Aquí, o disfrutamos los dos o ninguno.

–¿No has disfrutado?

–Lo haré mucho más si consigo lo que llevo deseando desde que te conocí.

–No –niega, con la cabeza pegada a mi espalda.

Vuelvo a revolverme como un toro de rodeo y con la ayuda de un codazo en las costillas, lo tiro al sofá.

–¡Largo de aquí! –grito, señalando la puerta de casa.

Ian me observa confundido con mi actitud, sudado y enrojecido por el esfuerzo.

–Me están entrando ganas de follarte otra vez, pero bien duro esta vez –amenaza.

–Vas listo si crees eso.

Bajo del sofá y empiezo a recoger mi ropa del suelo, además de tirarle la suya a la cara.

–Luke, no pienso dejar que me des por el culo.

–¡¿Y yo sí tengo que dejarme?! –alzo la voz, cabreándome más por momentos.

–Pero, tú eres...

–¡¿Qué?! ¡¿Qué soy?!

No sé si es la rabia que percibe en mí o el dolor que tristemente me ha causado ese comienzo de vejación, lo que le hace callar.

–¡Eres un cabrón! –le insulto sin contemplaciones–. ¡Lárgate! Ahora mismo, todo esto me da mucho asco. Me siento...

–¡Vale, joder! ¡Vale! –cede, llevándose las manos a la cabeza–. Seré tuyo esta vez, pero como se lo cuentes a alguien...

Sin tiempo que perder, por si decide cambiar de opinión, recojo el preservativo de mi pantalón y le ayudo a colocarse en la misma posición que antes ocupaba yo.

Ubicándome detrás suya, me muerdo el labio al contemplar la ancha espalda y el perfecto culo de mi jefe.

–Tranquilo –susurro divertido en su oído–, tú tampoco eres mi primer culo y estoy seguro de que te haré disfrutar.

Abrigo mi miembro con el látex, tomo el tubo de lubricante y le pre-paro el ano con la misma dedicación que hizo conmigo; metiendo primero un dedo y luego dos. Acerco mi ansiosa erección hasta la frunci-da entrada y me deslizo con sorprendente facilidad en su interior, provocándole un gran quejido, mezcla de gozo y dolor.

Quince minutos después, me dejo ir en intensas ráfagas y arrastro a Ian hasta pegarlo a mi pecho. De esa forma, gimo en su oído para que sepa cuan grado de placer me ha dado follarlo, y me alegra comprobar que él también ha disfrutado. Vuelve a tenerla dura como una piedra.

–Pensaba que me ibas a partir en dos –musita extasiado.

Me carcajeo pegado a su cuello y salgo de él para quitarme el condón. Cuando nos hallamos más relajados, comenzamos a vestirnos.

El reloj de la cocina marca las ocho en punto y recuerdo que en una hora cierra la nave textil.

–Tengo que irme –comento, dirigiéndome hacia mi dormitorio–. Si necesitas pedir un taxi, puedes usar el inalámbrico.

En el baño me lavo la cara, me enjuago la boca y me mojo el pelo en un vago intento de adecentarlo.

*Ya me ducharé después.*

–¿Adónde vas?

Levanto la vista hacia el espejo y veo a Jacobs apoyado en el marco de la puerta.

–Tengo que hacer unos recados.

–¿Te importa si me aseo un poco yo también?

–No, adelante. Tienes más toallas en el armario.

Me seco y salgo para dejarle acceso, puesto que va con muletas y no quiero entorpecerle.

Sentado en mi cama, me calzo las *Converse*. Después, cojo la bandolera y paso a mi taller a por la lista de lo que debo comprar; lo hago rápidamente porque no quiero que Ian lo vea, y, cuando regreso a mi habitación, lo encuentro observando la mesa de dibujo.

–Así que es cierto que eres diseñador.

–Lo intento.

Esa es siempre mi respuesta. Me sale sola.

Ian se da la vuelta y camina en mi dirección.

–¿Por qué tienes la mesa de dibujo aquí?

Me encojo de hombros.

–Tengo espacio y viene bien cuando la inspiración llega por las noches.

Apartándome a un lado, dejo que salga y camino detrás de él, apagando todas las luces. Salimos del piso, cierro de llave y me dirijo a la puerta de mi vecino, en donde llamo.

Mi jefe no pierde detalle de cada movimiento que hago, desde los primeros escalones.

–¡Hombre, muchacho! –saluda el buen hombre, nada más abrir.

–Hola, señor Balder. ¿Me deja su coche para ir a la nave?

–Claro que sí.

Mi casero coge las llaves del todoterreno de la consola del recibidor y me las entrega.

–¿Quiere que le llene el depósito?

–Tranquilo, muchacho, ya está lleno.

–Gracias, volveré enseguida.

Me encamino hacia las escaleras, donde mi jefe sigue esperando, y me detengo a su lado.

–¿Necesitas ayuda para bajar?

–Si me llevas las muletas, puedo solo.

Eso hago y desciendo despacio, a su ritmo. Cuando llegamos abajo, se las devuelvo y le abro la puerta de la calle. Las escaleras de piedra son más sencillas de bajar, al ser de escalón ancho, y las baja sin ayuda alguna.

–¿Has pedido el taxi? –le pregunto, mirando a los dos lados de la avenida.

–No.

–¿Quieres que te acerque a algún sitio?

–Prefiero ir contigo a esa nave.

Su propuesta me desconcierta y no espera respuesta por mi parte, solo empieza a caminar a la pata coja por la acera.

–En casa, mi madre no deja que me mueva. Llevaba tumbado en la cama desde que salí del hospital, no puedo estar así.

–Es que deberías reposar el pie.

Él se gira y me lanza una mirada feroz, de esas que me “regala” en el trabajo y han llegado a excitarme.

–¿Me dices cuál es el coche de tu vecino o no?

Suspiro, resignado, e indico la dirección contraria a la que lleva.

Mi casero tiene un Jeep Cherokee del 96 que en su día fue blanco, pero

está muy bien cuidado, si obviamos el pequeño detalle del color, ya que el señor Balder es un gran mecánico. O lo era, dado que ya está retirado.

La nave textil no está muy lejos y podría ir en metro o taxi, pero, ni me apetece cargar con las cosas en el metro, ni arruinarme a taxis.

–¿No tienes coche?

–No –contesto y sigo conduciendo.

–¿Por qué?

–Porque no me lo puedo permitir –respondo mientras pulso el intermitente y cambio de sentido a la izquierda–. Además, habiendo metro y taxis, tampoco es que me haga falta. Si algún día lo necesito, mi casero me lo presta.

Tras ese pequeño intento de conversación, nos quedamos en un silencio sepulcral que solo se ve interrumpido por el sonido de su móvil. Ian se remueve en el asiento para sacarlo del bolsillo y maldice cuando mira la pantalla.

–Hola, mamá –contesta poco efusivo–. Sí, estoy bien... Ya te he dicho que iba a dar una vuelta... Bueno, creo que ya soy mayorcito para saber cuando tengo que volver... Vale... Muy bien... Sí, yo cenaré después... Hasta luego.

Cuelga y gruñe exasperado.

–¿Hasta cuándo se queda? –le pregunto.

–Supuestamente hasta el lunes, pero, con esto que me ha pasado, es capaz de quedarse hasta que me recupere.

Sonrío y sigo conduciendo. El niño de mamá.

Cuando llegamos al polígono industrial del Bronx, aparco el coche a un lado de la nave. No tiene carteles ni letreros que la identifiquen como nave textil y si yo sé de su existencia es por uno de mis ligues.

–Puedes esperar aquí si quieres, no tardaré.

Ian me mira escéptico y se suelta el cinturón de seguridad.

–Voy contigo. ¿Qué tipo de recados tienes que hacer en un lugar como este?

–Nada ilegal, no te asustes –bromeo con él.

Bajo del coche y lo rodeo para ayudarlo.

–Puedo solo –bufa, apartándose.

Retrocedo como si me hubiera dado un golpe; sus palabras se asemejan a patadas en los mismísimos huevos.

–¿La bordería la practicas o es innata en ti?

Mi jefe se carcajea profundamente, algo que no había visto y me encanta, y a la pata coja, cierra la puerta del todoterreno.

Nos dirigimos a la entrada metálica y abro la de acceso para peatones. Mi

acompañante se sorprende al descubrir el interior; es un almacén textil en condiciones, donde puedes encontrar de todo y a muy buen precio, desde maquinaria moderna hasta alfileres, agujas y material de decoración.

–¿Qué es este lugar?

–Un bar –contesto sarcástico–. ¿Tú qué crees? Una nave textil de venta al por mayor y al por menor.

Las grandes y extensas estanterías están llenas de bobinas de telas de todo tipo y color. Al fondo está la sección de maquinaria, donde yo adquiriré mi máquina de coser, y, en la zona derecha, está la sección del material pequeño necesario para un diseñador, modista o cualquier persona a la que le guste coser.

Hay bastante gente comprando, como de costumbre, y otras tantas trabajando aquí. Los pasillos son anchos y se debe tener cuidado ya que circulan muchas carretillas elevadoras transportando cajas.

–¿Qué vas a comprar?

–Encaje –contesto, caminando por los pasillos.

–No sabía de la existencia de esta nave.

–Poca gente la conoce.

–¿El material es de calidad?

Detengo mis pasos y me giro hacia él, indignado.

–Bueno, seguro que tú, señor Ian Jacobs, presidente de *Across Fashion and Styles*, consigues mucho mejores. Pero, para los que no disponemos de miles de dólares de presupuesto, están bien.

Abre la boca para replicar, pero le ignoro y continúo mi camino.

–¡No me gusta que me dejen con la palabra en la boca!

Me río de él y sigo a lo mío. Debo centrarme en lo que he venido a comprar o, de lo contrario, puedo llevarme el doble.

–¿Cómo encontraste este sitio?

–Por una amiga.

Entro en el pasillo de encajes, puntillas y bordados, y busco algún *chantilly* elegante. No sé si decantarme por alguno con dibujos asimétricos o florales o...

–¡Luke!

Al fondo del mismo pasillo, Lacy, la “amiga” por la que supe de este lugar, me saluda agitando el brazo. Trabaja aquí y nos conocimos en la cola de un cine cuando estaba con Megan; íbamos a ver la misma película y cogimos asientos contiguos. Apenas recuerdo qué película era porque pasé la mayor

parte del tiempo con mi lengua en su boca y la mano debajo de su camiseta.

–¡Lacy! –devuelvo el saludo.

Ella se acerca con andares saltarines y vistiendo el mismo uniforme de pantalón y camiseta corta, en azul oscuro. Es varios años mayor que yo, alta, rubia de melena larga y lisa que ahora recoge en coleta, y posee unos labios carnosos con los que hace auténticas maravillas y unos ojos castaños algo rasgados y muy misteriosos.

–Cuánto tiempo sin verte el pelo, bombón –dice, dándome un cariñoso abrazo–. ¿Dónde te metes?

–Estoy bastante liado últimamente.

Ella asiente, comprensiva, y mira a mi jefe.

–Él es Ian, un... amigo –presento mientras le miro–. Ella es Lacy.

–Encantada.

–Lo mismo digo.

–Bueno, debo regresar a la trastienda –comenta ella–. Me ha encantado verte, Luke. Llámame algún día y quedamos para tomar algo.

–Claro.

La preciosa chica nos sonríe a ambos y se marcha. Está muy buena y pienso en dónde tendré su teléfono; lo más probable que en la caja de zapatos sepultado por cientos de otros.

–¿Te la has tirado? –pregunta Ian de repente.

Me giro hacia él.

–¿Qué?

–Que si te la has follado –bufa, inclinándose hacia mí.

–Varias veces –contesto–, pero eso a ti no te incumbe.

Hubo un tiempo, cuando comencé a surtirme de material para mi pequeño taller, que cada vez que venía y ella estaba trabajando, nos lo montábamos en la trastienda entre cajas y telares.

*¡Qué buenos momentos!*

Agito la cabeza, para centrarme, y sigo buscando el *chantilly* indicado para el vestido de alta costura del concurso.

Entre encajes y puntillas, mi móvil comienza a sonar y lo cojo de la bandolera. Es mi prima.

–Hola, rubia –la atiendo, guasón.

–¿Dónde estás?

–En la nave, comprando un par de cosillas. ¿Por qué?

Miro de reojo a Ian y veo que este me sigue mientras observa las telas con

interés.

–Estoy en casa con Abraham y hemos traído tu cena favorita.

–¿Árabe?

–Sí. Te esperamos, no tardes que estamos hambrientos.

–Ok, voy en seguida.

Corto la llamada y devuelvo el aparato a su lugar de origen.

–¿Con quién vives?

–Eres un poco cotilla, ¿no?

–Y tú un poco esquivo.

Sonrío y me apoyo en la bobina de tela que me gusta para mi dice-ño; un encaje blanco marfil con un bordado floral, pero sin ser muy re-cargado.

–Vivo con mi prima, Megan, la chica que estaba conmigo en el pal-co viendo a los *Rangers*.

–¿La rubia?

–Sí. ¿Y tú, con quién vives?

*Si él pregunta, yo también.*

–Solo, aunque tengo una asistente y mi familia se queda conmigo cuando vienen a la ciudad.

Asiento y vuelvo a mirar la tela que quiero. Me gusta, es elegante. Me la llevo.

–¿Esa es la que quieres?

–Sí.

Miro a los lados del amplio pasillo, intentando localizar a algún trabajador que me saque la bobina.

–¿No la coges?

–Deben hacerlo los trabajadores. Por aquí tiene que haber un botón para avisar al personal –le explico, mirando las estanterías.

Me desplazo unos metros a la derecha, buscando el dichoso botón, pero no hay forma de dar con él.

–¡Ya casi está! –anuncia Ian, extrayendo la bobina.

–¡No, no, no!

Corro hacia él para evitar que saque el rulo de la estantería, pero es demasiado tarde y solo puedo abalanzarme para quitarlo de en medio. Caemos al suelo y nos cubrimos porque las cientos de bobinas que estaban sobre la que yo quería, empiezan a salir disparadas hacia el pasillo.

Tras varios minutos escuchando los golpes y aguantando las que nos caen encima, cesa la avalancha telar.

–¿Estás bien? –le pregunto mientras quito las bobinas que tenemos encima y que prácticamente nos sepultan.

–Me he hecho un poco de daño en el pie, pero sí.

–¡Joder! –exclamo, molesto–. ¡Te avisé de que no se podían sacar! ¡No me haces ni puto caso!

Ian me mira como un crío que recibe su primera bronca y, para mi sorpresa y malestar, empieza a reír.

–No tiene ni puta gracia. Si te dan un mal golpe en la cabeza, te de-jan seco.

Intento levantarme, pero Ian me agarra del cuello y levanta la cabeza para unir su boca con la mía. Aunque estemos tirados en el suelo, rodeados por bobinas de telas y en una nave textil a la vista de cualquiera, me entrego sin dudar al beso, al baile de lenguas y al intercambio de exhalaciones.

Cuando el beso termina, me aparto jadeante, con el corazón desbo-cado y la polla a punto de reventar la licra del bóxer. Después, me levanto, le ayudo a incorporarse y recojo las muletas y el *chantilly*, fingiendo normalidad.

–¿Qué ha pasado?! –exclama un empleado, que llega hasta nosotros preocupado–. ¿Se encuentran bien?

–Sí, sí –contesto, todavía aturdido por el beso.

–Lo siento, ha sido culpa mía –añade Ian–. He sacado una bobina y no sabía...

–No se preocupe, mientras no les haya pasado nada.

El chico, uniformado igual que Lacy pero sin punto de comparación, se aleja unos pasos y solicita ayuda a través de un *walkie-talkie* para recoger el desastre del pasillo.

–Vamos –le digo a Ian–, aún debo comprar otra cosa.

Tras dejar el *chantilly* y los seis metros del fino cordel plateado en el maletero del Cherokee, subo al coche. Todavía sigo confundido por el beso de hace un momento y el hecho de que haya removido algo en mi interior. Nunca me había pasado y eso que he besado mucho.

Arranco y sin mirar a Ian, que permanece igual de mudo, nos marchamos del polígono.

–¿Cómo tienes el pie?

–Bien, aunque se me está hinchando un poco la pierna –contesta, palpándose la pantorrilla.

–Normal, deberías tenerlo en alto. Dime dónde vives, que te llevo a casa.

–En Park Avenue con la 79.

*¿En Park Avenue? ¿En el Upper East Side? ¿En la zona más pija y elitista de Manhattan? Apuesto que tiene un ático gigante y lujoso, con vistas a Central Park.*

–No sé para qué pregunto. Era obvio.

Ian se abstiene de decir nada y nos dirigimos hacia allí.

Gracias a Dios, o al señor Balder, funciona la radio del Jeep, porque los cuarenta minutos de trayecto los hacemos completamente en silencio.

–Puedes parar aquí –me dice, señalando el arcén derecho.

Lo hago y me tumbo sobre el volante para observar, a través de la luna del coche, el impresionante edificio de al lado. Es tan alto que parece fundirse con el cielo nocturno.

*¡Manhattan, la ciudad de los rascacielos!*

–¿Vives aquí?

–Sí.

–No me lo digas, en un ático de tropecientos metros cuadrados –comento jocoso.

–En realidad, es de trescientos. Pero, sí. ¿Quieres subir?

Esa pregunta me deja fuera de combate y por su expresión de perplejidad, me doy cuenta de que ni él mismo es consciente de cómo o por qué ha salido eso de su boca.

–Emm... No, gracias.

–Sí, eh... –Abre la puerta y baja–. Nos vemos el lunes.

–Adiós.

Nada más cerrarse la puerta, me uno al tráfico y regreso a casa.

–Tenga, señor Balder. –Le devuelvo las llaves del Jeep a mi casero–. Muchas gracias.

–De nada, muchacho.

–Se lo he dejado en el mismo sitio.

–Muy bien.

Me despido de él y marcho a casa. Al entrar, veo a Meg en el sofá con el jugador de los *Rangers*, ambos viendo la tele.

*¡La parejita feliz!*

–Hola –les saludo.

Abraham levanta el brazo como respuesta y Megan se incorpora de un salto.

–¡Ya era hora! –exclama–. Lo siento, primo, pero nos moríamos de hambre. Tienes lo tuyo sobre la barra del desayuno.

Asiento y paso de largo para dirigirme al taller, en donde dejo todo lo comprado. Después, paso a mi habitación y me desplomo sobre la cama.

–¿Te encuentras bien?

Levanto la cabeza y sonrío a mi prima.

–Muy bien. ¿Y tú? ¿Qué tal el día?

–Buff –resopla, llevándose las manos a la cabeza–. El picnic ha sido un absoluto desastre. Han reconocido a Abraham y hemos tenido que marcharnos porque no nos dejaban solos.

–Que putada.

Me incorporo y, tras descalzarme, voy a la cocina. El estómago me ruge y de saber que tengo comida árabe para cenar se me hace la boca agua.

–¿Y tú día? –se interesa mi prima, que regresa junto a su chico.

–Eh... Bien. Sorprendente y extraño.

Me sirvo la cena en un plato y me siento en la barra, de cara a la televisión para mirar lo que sea que estén viendo ellos, acompañado de un botellín frío de cerveza. Cuando termine iré directo a la ducha y, de ahí, a la cama. Me siento exhausto y algo extraño después de pasar estas horas con Ian, un Ian muy diferente al que me tiene acostumbrado.

## CAPÍTULO 7

Despierto con las pulsaciones al máximo por el tórrido sueño erótico que he tenido con Ian. En él, nos lo montábamos en su despacho como dos bestias salvajes.

*¡Dios, cómo me excita ese capullo!*

Me incorporo sobre los brazos e inspiro profundamente varias veces consecutivas, con la intención de relajarme y dejar de pensar en su perfecto

trasero.

Saco los pies de la cama, apoyo la cabeza en las manos y me relamo los labios pensando en el beso que me dio, que nos dimos, ayer en la nave.

*¡Joo...deerr...! ¿Esa es Megan?*

Los gemidos enloquecidos de mi prima traspasan las paredes, de una habitación a otra, y pienso en que tiene razón al decir que deberíamos insonorizarlas.

*¿La está follando o asesinando?*

Son las ocho de la mañana de un domingo que despunta muy largo, y decido darme un relajante baño que me refresque y relaje, para empezarlo bien. Aunque no tan bien como la pareja del dormitorio de enfrente.

En pantalón corto de deporte, camiseta blanca y descalzo, entro al salón, donde me topo con el novio de mi prima, desayunando. Me fijo en su ropa de marca y en que tiene el pelo húmedo.

*¿Cómo no? Después del sexo, una buena ducha.*

–Buenos días.

–Buenos días –devuelve el saludo, levantando la cabeza de su tazón de cereales.

–¿Mi prima? –pregunto, cogiendo el brik de zumo de la nevera.

–En la ducha.

Lleno un vaso y me siento frente a él. Creo que esta es la oportunidad idónea para ejercer de primo protector.

–¿Te ha contado que el otro día, en el partido, conocimos a una de tus exnovias?

Abraham deja de masticar y me observa pensativo.

–Muy agradable la chica –añado irónico–. Nos contó algunas cosas muy interesantes.

El jugador da un sorbo a su zumo de naranja y se limpia los labios con la servilleta.

–¿Qué es lo que quieres saber?

–Saber nada, avisarte de que si le haces daño a mi prima o la tratas como esa chica nos contó... –Me apoyo en la barra y sonrío amenazante–. Iré a por ti.

Él me imita, aproximando su rostro al mío.

–No te preocupes, quiero cuidar de ella tanto o más que tú.

–Buenos días –interrumpe Megan, con voz cantarina.

Abraham aparta los ojos de mí hacia ella y sonrío, cautivado; yo me giro en

el taburete y también le sonrío de una forma natural. Mi prima llega hasta nosotros, pletórica y guapísima con un vestido veraniego muy florido.

–Buenos días –contestamos el *ranger* y yo a la vez.

–¿De qué habláis?

Ninguno respondemos y ella besa a su chico en los labios para, después, hacerlo conmigo en la mejilla.

–Vaya, ¿me relegas al segundo beso? –comento con fingida molestia.

Ella ríe dichosa y golpea mi brazo. Pasa al interior de la cocina, coge el zumo y un vaso, y se sienta junto al jugador. Yo salto del taburete y me dispongo a preparar el desayuno para ella y para mí.

Estoy terminando de fregar la vajilla cuando la puerta de casa se cierra y escucho el profundo suspiro de mi prima. Ha acompañado a Abraham hasta la calle porque no lo verá en un par de días, ya que se marcha con el equipo a jugar fuera. Poco después, regresa a la cocina y se coloca a mi lado para empezar a secar los bártulos y recogerlos. No dice nada, pero veo lo obnubilada que está.

–Tierra llamando a Megan. Tierra llamando a Megan. Por favor, baje de las nubes rosas –murmuro burlón, pinzándome la nariz.

Ella se ríe y recuesta la cabeza sobre mi hombro.

–Jo, primo, deberías enamorarte para que vieses lo bonito que es.

Frunzo el ceño y agito la cabeza, negativo.

*¡No, gracias!*

–¿Has hablado con tu madre? –pregunto conforme le ayudo a secar las cosas.

Ella levanta la cabeza de mi hombro y me mira interrogante.

–No, no le cojo el móvil. ¿Por qué?

–Ayer llamó a casa.

–¿En serio? –se sorprende–. ¿Qué le dijiste? ¿Te dijo algo?

Niego como respuesta y guardo los tazones y platos en el armario.

–Preguntó por ti y yo le dije que no estabas y que no volvieran a lla-mar. ¿Cómo han conseguido nuestro número?

–Mierda –gruñe, al caer en cuenta–. Un día lo utilicé para llamarla porque no tenía batería en el móvil.

–Grabaría el número –pienso, asqueado.

–¿Y no te dijo nada? ¿Ni preguntar qué tal estabas?

–No, pero tampoco hace falta.

–¡Es increíble! –espeta enfadada, lanzando el paño a la encimera.  
–Bueno, no dejemos que nos amarguen el día.  
Le agarro de la mano y la conduzco hasta el sofá.  
–Tengo que contarte algo.  
–¿Qué pasa?  
–Ayer por la tarde Ian vino a casa y... follamos.  
La mandíbula de mi prima se descuelga hasta el cojín.  
–Pero, ¿qué me estás contando?  
–Lo que oyes. Dijo que se sentía atraído por mí y venía con las intenciones muy claras.  
–Joder. No sé ni qué decir.  
Suelto una risotada y me dejo caer en el sofá.  
–Después, quiso acompañarme a la nave.  
–¿Estaba contigo cuando te llamé?  
Asiento varias veces.  
–¿Y te acuestas con él después de cómo te ha tratado? No te entiendo, primo.  
–Nunca había sentido eso por un hombre y estaba frustrado y confundido. Pero no te preocupes, si a partir de ahora me sigue tratando igual, lo mando a paseo.  
–¿Pretendéis seguir...?  
–¡No! –exclamo–. Bueno, no lo sé. Si él quiere –rectifico, pensando en el beso que nos dimos bajo la montaña de telas.  
–Espero que sepas lo que haces, Luke, no quiero que salgas mal parado. Miro a mi ceñuda prima y sonrío divertido.  
–¿A qué viene eso? ¿Por qué voy a salir mal parado?  
–Trabajas para él y es un gilipollas.  
–Megan, tú mejor que nadie sabes que no es el primer jefe que me cepillo.  
–Lo sé, pero ten cuidado, por favor.  
La rodeo con mis brazos y le doy un sonoro beso en la mejilla.  
–Te quiero –le digo–. Y ahora, si me disculpas, debo seguir con mi diseño que te va a encantar.  
Me levanto y me encamino hacia el taller.  
–¡Estoy segura de ello! –grita a mi espalda.  
Resoplo, agotado, y apoyando la espalda en la silla ergonómica, estiro los brazos y echo la cabeza hacia atrás.  
*¡Dios, mi cuello!*

Llevo horas marcando, cortando, hilvanando, entretelando, cosiendo, plisando... Y mantener la misma postura durante tanto tiempo me agarrota entero.

Con el metro alrededor del cuello y el alfilerero en la muñeca, me levanto de la silla y cojo la primera parte del vestido, para colocarla de nuevo en uno de los maniqués. Aún faltan muchas cosas, pero voy por buen camino.

Megan llama en la puerta del taller y cubro el diseño con mi cuerpo, para que no lo vea. Odio que se vean antes de terminar.

–¡Qué! –contesto.

–¿Sales a comer o no?

–¡Voy!

Me paso las manos por el pelo, recojo un poco la mesa de trabajo y salgo.

Megan ya ha puesto los platos en la barra y me siento en un taburete, expectante de saber qué menú ha preparado para hoy. No puede presumir de ser una gran cocinera, yo tampoco, pero hay platos que le salen francamente deliciosos.

–De primero, ensalada de algas con brotes de soja –canta, creyéndose chef de un restaurante–. Y, de segundo, rollitos de pollo a la mostaza.

Frunzo la nariz y meneo la cabeza, descontento.

–No a la ensalada y sí a los rollitos.

–¡Oye! –se queja–. ¡Que las algas son ricas en vitaminas, minerales y componentes desintoxicantes! ¡Y no hablemos de la soja!

–Vale, vale, comeré un poco, no te sulfures –musito jocoso.

Mientras comemos, charlamos y reímos, como de costumbre cuando estamos ella y yo solos.

–¿Vas a hacer algo esta tarde? –se interesa.

–El otro día quedé con Brenda en que hoy subiría a su casa para tomarle las medidas y que me contara más o menos como quiere el vestido de novia.

–¡Am! –asiente, dando un trago a su agua–. ¿Puedo subir?

–Más te vale. Si me dejas solo con ella hablando de bodas, no te dirijo la palabra nunca más.

Su mueca nos hace reír y así terminamos de comer.

A las cinco en punto, recojo todo lo que necesito y me cambio el pantalón corto de deporte por unos vaqueros desgastados.

Acompañado por Megan, subo hasta el tercer piso y Brenda nos recibe sonriente y con un vestido corto, rosa pálido, que nos encanta a los dos. Está

muy *sexy* con el cabello moreno suelto. Nunca la habíamos visto así.

–¿No está tu futuro marido? –pregunta mi prima cuando nos hace pasar.

Viven juntos desde algunos meses, pero cuando se casen, Richard se la llevará a otro lado. No es muy fan del Bronx.

–Hoy toca visita a mamá –contesta con cierto matiz agrio.

Meg y yo nos miramos asombrados ante el tono que emplea y reímos.

–¿Problemas con la suegra? –cotilleo.

–La muy... bruja, cree que no soy buena para su hijo.

–Ya sabes cómo son las suegras –le dice mi prima, intentando quitar hierro al asunto–. Temen perder a su hijo.

Confirmando ese dicho y seguimos a Brenda hasta el salón.

Su casa es igual que la nuestra, salvo por la decoración que es mucho más pija. Ella es directora de operaciones en un banco de la gran ciudad y se nota que gana mucha pasta.

–¿Queréis tomar algo? Café, té, vino, cerveza... –nos ofrece.

–Una café estará bien –acepta mi prima.

Brenda nos sirve la bebida acompañada con pastas, como una perfecta anfitriona, y se marcha corriendo a su habitación. Regresa poco después y lo hace con dos elegantes sobres cerrados de color hueso, que nos entrega sin dilación.

–¿Qué es esto? –curioseando Megan.

Yo sé lo que es y temía que pasara.

–Abridlos y lo sabréis –responde la remitente, sentándose a mi lado en el sofá blanco de piel sintética.

Lo hacemos y, *¡bingo!*, las invitaciones para la boda.

–¡Qué bonita! –exclama mi prima.

Yo la miro por el rabillo del ojo.

*Pero, ¡que pelota es cuando quiere!*

Las invitaciones son un poco horteras, para mi gusto. Son de papel *couché* con algo de brillo, de un color bronce claro con las letras doradas y los puntos son pequeños brillantes. Falsos, por supuesto.

–Richard Faberthon y Brenda Webster se complacen en invitarlos a su enlace, que se celebrará el día 19 de diciembre de 2015 en la parroquia San Bartolomé –lee Megan–. Que rápido habéis reservado.

–Claro, eso es lo primero para que el novio no se eché atrás –bromea Brenda mientras sorbe su café con la elegancia de la *jet set*.

–Te agradezco el detalle, pero no creo que vaya– le digo–. No soy un gran

admirador de las bodas.

–¡¿Cómo?! ¿Vas a diseñar mi vestido y no piensas verlo en acción? ¡No te lo permito! –exclama, golpeándome en la pierna.

Me carcajeo, recostándome en el sofá.

–Podemos llevar acompañante, ¿verdad?

–Por supuesto, cielo –contesta nuestra vecina–. Trae a tu jugador.

–Eso, si siguen juntos –murmuro burlón por lo bajo.

–¡Capullo!

Megan me lanza un cojín a la cara y lo atrapo al vuelo, riendo intensamente.

*¿Qué lleva el café que nos ha servido?*

–Bueno, pongámonos manos a la obra –les digo, una vez se me pa-sa la risa tonta–. Dime cómo te gustaría que fuese tu vestido de novia, que lo dibujo y después te tomo las medidas.

–Me gusta el escote en palabra de honor, pero creo que me pasaría toda la boda subiéndolo para que no se me vieran las tetas, así que, no sé. ¿Podría llevar unos tirantes finos que dejaran libre la parte superior del pecho, que la tengo muy bonita?

–Y, ¿qué te parece un tirante desde la espalda y que bordeé tu cuello? Podría ser de pedrería o perlas y haría la función de gargantilla.

–¿No me ahogaría?

–No, claro que no –contesto, sonriendo de diversión.

–Vale, me gusta la idea –acepta.

Asiento y cojo la carpeta de folios y el lápiz, para ir plasmando sus ideas.

–¿Ceñido solo el pecho, hasta las caderas o por debajo de las caderas?

–Por debajo.

Vuelvo a asentir y trazo la silueta.

–¿El bajo pomposo?

–Muy pomposo –engrandece ella.

Los minutos transcurren y sigo dibujando, creando su vestido ideal de novia; un vestido carísimo, ya que usaré las mejores telas que pueda encontrar, y que solo se pondrá una vez en su vida, porque, aunque se divorcie y se case una segunda vez, no volverá a utilizar el mismo.

–¿Qué opinas? –pregunto, pasándole el folio.

Brenda observa el dibujo y la sonrisa florece en su cara.

–Es fabuloso, Luke. Me encanta como dibujas.

–¿Puedo verlo? –pide Meg, agitando la mano.

Mi vecina le pasa el folio y ella asiente al verlo. Será prima mía, pero nunca diría algo que no piensa sobre mi trabajo; si tiene que hacerme una crítica mala, lo hace y yo se lo agradezco. Que te hagan la pelota no es favorable para conseguir una exitosa carrera profesional. Ni para mantenerla.

–Precioso –confirma Meg.

–Ahora toca medir –informo, cogiendo el metro.

Brenda y yo nos levantamos, y Megan se ocupa de anotar las medidas que le dicte, en un extremo del folio.

Terminamos en el preciso momento en el que Richard entra por la puerta de casa y, rápidamente, ocultamos el diseño del vestido como si estuviéramos haciendo algo malo.

Brenda corre a saludarlo, como si llevara meses sin verlo, y aunque nosotros recogemos para marcharnos, nuestra vecina nos lo impide y nos invita a cenar.

A medianoche, con la excusa de que tenemos que trabajar al día siguiente, abandonamos por fin el piso. Las cenas con la pareja feliz son un poco tediosas; yo me aburro como una ostra y la llamada que mi prima recibió de su chico y que duró algo así como... hora y media, *¿qué demonios tendrían que decirse para hablar tanto?!*, me dejó a solas con el futuro matrimonio y eso hizo que bebiera más vino de lo recomendable. Menos mal que solo tenemos que bajar dos pisos para llegar a casa.

Suena el despertador y estiro el brazo, para golpear el botón que detenga la tortura mañanera. Me estiro un poco bajo el edredón y me levanto para ir al baño y prepararme para el comienzo de una nueva semana.

*¿Cómo será esta?*

A las ocho menos cinco de la mañana, paso por las puertas giratorias de *Across Fashion and Styles* y sigo a la marabunta hasta los ascensores. Hoy visto todo de negro: pantalón, camisa, zapatos... Es un color que hace resaltar mi cabellera rubia y mis ojos grises. Varias chicas que suben en el mismo ascensor, se vuelven para mirarme y sonreírme. Yo les devuelvo la sonrisa y un guiño de regalo.

Llego a mi planta y me dirijo a mi puesto donde, como siempre, la eficaz Grace ya está ocupando su escritorio.

–Buenos días –me saluda sonriente.

Hoy viste una blusa en color rojo sangre y una falda corta, gris. El cabello moreno recogido en un moño como de normal, al igual que sus bellos ojos

almendrados detrás de las gafas rojas de pasta.

–Buenos días –respondo.

Dejo la bandolera sobre mi escritorio y la mochila del gimnasio debajo, puesto que hoy es lunes y tengo *spinning*. Luego, me acerco hasta la mesa de mi compañera y le cuento lo sucedido con el señor Jacobs y su esguince, el viernes pasado.

–Entonces, ¿no vendrá?

–Pues, no sé decirte.

No voy a contarle que estuve el sábado con él y que cuando lo dejé en su casa, se despidió con un “hasta el lunes”.

–Con un esguince debe estar en reposo, al menos, los primeros días –le explico.

Regreso a mi sitio y ocupo la silla, para comenzar con mis labores de cada día.

Al cabo de unos minutos, escuchamos un taconeo que procede del pasillo y ante nosotros surge Regina, con un ajustado vestido blanco y su melena al viento.

–Buenos días –saluda educada.

–Buenos días, señorita Jacobs –respondemos a la vez.

–Llamadme Regina, por favor, nunca me han gustado estas formalidades. Ian hoy no va a venir porque debe descansar y yo estaré sustituyéndole temporalmente.

Grace y yo asentimos, y la nueva jefa en funciones continúa su camino hasta el despacho de su hermano.

–¿A qué hora paráis a comer? –pregunta, deteniéndose en la puerta.

–A las doce –contesta Grace, algo confusa.

–¡Umm! Demasiado pronto. ¿Y tú, Luke?

–Después, sobre la una.

–Estupendo, iré a comer contigo –adjudica, dejándonos pasmados–. ¿Me traes un café, porfi?

–Claro.

Sonríe como agradecimiento y desaparece en el interior del despacho. Momento en el cual Grace y yo nos miramos perplejos, antes de salir a por su café.

Mi hora de almuerzo llega fugaz, como si las horas hubiesen transcurrido en un chasquido de dedos. Trabajar para Regina es una gozada; es todo lo

contrario a su hermano y pide las cosas con respeto y amabilidad.

Entramos juntos en el comedor y mientras me sirvo el típico sándwich vegetal con pollo y un refresco, ella opta por una ensalada, fruta y agua. Una vez servidos, nos sentamos en una de las mesas del fondo.

–Bueno, cuéntame, ¿qué tal has pasado el fin de semana? –cotillea, como si fuera mi mejor amiga y confidente.

–Bien. Yo los fines de semana los paso muy bien.

Regina sonrío, con una expresión de picardía, y asiente.

–Apuesto a que sí.

Pienso en el sexo con Ian según le doy un bocado al sándwich.

–¿Y el tuyo?

–De maravilla, también –contesta–. En Nueva York nunca lo pasas mal.

Regina parece una mujer muy sexual, tan felina como Christa, y a mí me encanta ese tipo de mujer. Cada gesto o movimiento que hace es un canto a la provocación y excitación: su forma de mirar, de reír, de tocarse el pelo... Incluso, esos sexis gemidos que emite al disfrutar de la comida. Su aroma picante también es muy envolvente y atrayente.

–¿Conoces a aquella chica?

Miro por encima del hombro para saber a quién se refiere e imagino que lo dice por Sylvia, sentada en el sitio de siempre junto a sus compañeros, y que nos mira fijamente.

Levanto la mano para saludarla y ella me corresponde.

–Sí, del comedor.

–Te come con los ojos.

–Y no es la única –presumo.

Regina ríe jovial y posa la mano en mi antebrazo.

No sé por qué, puesto que no me desagrada que una mujer hermosa me toque, pero esta vez finjo que tengo que beber de mi refresco para que la quite.

–¿Qué tal el señor Jacobs? ¿Su pie mejor?

Es el primer día que estoy realmente a gusto y relajado en el trabajo, sin la tensión de tener a Ian vigilándome o esperando a que la cague para echarme la bronca, y basta que no está, para que no deje de pensar en él.

*¿Qué narices...?*

–Hoy quería venir a trabajar y casi le tenemos que atar a la cama para evitarlo. Es un terco y no hace caso a nadie.

–No hace falta que lo jures –murmuro, recordando el incidente en la nave textil, cuando sacó la bobina y yo le avisé que debían hacerlo los empleados.

Seguimos comiendo y hablando de su hermano en el aspecto profesional; en lo que ha tenido que esforzarse para levantar esta empresa y llevarla a la cima. Hasta que su móvil empieza a sonar y Regina pone los ojos en blanco al ver la pantalla.

–Y hablando del diablo... –dice enseñándomela–. Es la quinta vez que me llama hoy.

No digo nada y ella contesta:

–¿Qué pasa ahora, hermanito?... Ya te he dicho que va todo bien, no te estreses y disfruta de tus días libres... Pero siguen siendo libres... Comiendo... No, con Luke...

Trago la bola en la que se ha convertido el bocado de sándwich y la miro, alarmado. Regina suelta una risotada jocosa como respuesta a algo que él le dice.

–Que mal pensado eres, Ian, solo estamos comiendo. Si quisiera tirármelo, te aseguro que ya lo habría hecho...

Me guiña un ojo, cómplice, y yo sonrío.

–Bueno, te dejo, que se me pasa la hora de la comida. Ciao, ciao.

Cuelga y resopla, hastiada.

–Está obsesionado con que me voy a liar contigo.

Niego con la cabeza y decido obviar ese tema, más que nada porque podría pasar fácilmente y se armaría una buena.

–¿A qué te dedicas? –le pregunto–. Cuando no estás sustituyendo a tu hermano, claro.

–Llevo la filial de *Across* en París.

Arqueo las cejas ante la grata sorpresa.

–¿Vives en la meca de la moda?

–Bueno, hay muchas mecas de la moda –me dice–. Aparte de Nueva York y París, también están Milán, Los Ángeles o Madrid.

–Y, ¿cuándo te marchas?

–Pensaba hacerlo esta semana, pero con Ian lesionado tendré que posponerlo unos días.

–Que envidia, lo que daría por vivir en París.

Terminamos de comer, inmersos en sus relatos sobre cómo es su vida en aquella mágica ciudad.

Cuando regresamos a la planta veinte, vemos a Grace corriendo de su ordenador a las impresoras como un pollo sin cabeza.

–¿Te ayudo en algo? –le pregunto cuando Regina desaparece en el despacho.

–No te acomodes mucho –me aconseja–. El señor Jacobs ha llama-do para que prepare unos documentos que debe firmar y quiere que se los lleves a casa.

Parpadeo perplejo ante lo que escucho.

–¿Yo? ¿No hay mensajeros que se encargan de eso?

–Quiere que seas tú –dice, grapando unas hojas.

*¡Mierda! Esto huele a bronca por comer con su hermana.*

Ayudo a Grace ordenando el papeleo y guardándolo en una carpe-ta, pero no puedo dejar de pensar en que dentro de unos minutos estaré en casa de Ian.

–Aquí he apuntado su dirección –dice, mostrándome un *post-it*.

Asiento y lo cojo, aunque no me hace falta mirarla.

–Si vas en taxi, pide el recibo para que después se te abonen los desplazamientos.

Me entrega la carpeta, cojo mi bandolera y salgo hacia allí.

En veinte minutos, el taxi me deja al lado del gran edificio donde reside Ian. De noche imponía, pero de día...

El recibidor de entrada es tan pomposo como esperaba, pero resul-ta tremendamente acogedor con sus paredes cubiertas en madera oscura; una gran zona con sofás y alfombras te reciben a mano derecha, y los suelos, en tonalidades grises, junto al blanquecino mostrador de conserjería, dan el toque *chic* al lugar.

Carpeta en mano me dirijo hacia allí.

–Buenas tardes –saludo al conserje–, vengo a ver al señor Ian Jacobs.

–Buenas tardes. ¿Su nombre, señor?

–Luke Meyer.

El hombre de mediana edad, engalanado en un traje negro hecho a medida, coge un teléfono y llama, supongo que a la vivienda.

Tras varios segundos dialogando, cuelga y me sonrío, afable.

–Acompáñeme, por favor.

El hombre sale de detrás del mostrador y le sigo hasta uno de los cuatro ascensores que disponen. Pasa una tarjeta magnética por un dispositivo electrónico y el primero de la izquierda, se abre. Me fijo que es el único ascensor que cuenta con ese mecanismo tan moderno.

–Este sube directamente al ático –explica el conserje.

–Gracias.

El hombre inclina la cabeza, educado, y vuelve a su puesto.

Una vez dentro, pulso el botón del ático y las puertas se cierran. La cabina es amplia, rodeada de espejos y tiene un aroma a pino, pero lo que verdaderamente sorprende es la potencia con la que arranca y asciende. Me hace soltar la carpeta de golpe y agarrarme al pasamanos.

*¡Esto es un puto cohete!*

En segundos me hallo en la planta cuarenta y nueve, y, tras recoger la carpeta del suelo, salgo a un recibidor circular con una única y gran puerta blanca enfrente. De las oscuras paredes cuelgan un par de espejos asimétricos de marcos dorados, el suelo es claro y del techo pende una lujosa lámpara de cristal.

Camino algo intimidado hasta la puerta, pulso el timbre, que suena con el clásico “*ding, dong*” de las campanas, y aguardo a que abran.

*¿Saldrá Ian a recibirme?*

## CAPÍTULO 8

La puerta, de madera maciza, se abre y tras ella aparece una señora mayor, de estatura media y con un vestido estampado de algodón.

–Buenas tardes. Soy Luke y el señor Jacobs me espera.

–Sí, pase por favor.

Cruzo el umbral y me detengo en la entrada, que es de un resplandeciente mármol blanquecino. Y eso no es todo, el salón que se extiende ante mis ojos es impresionante; aparte de que será tan grande como dos veces mi casa, cuenta con una pared acristalada al fondo desde donde se ven los edificios y azoteas de gran parte de la ciudad y dan el toque perfecto de grandeza a la estancia.

–Póngase cómodo, por favor –me dice la amable mujer–. Voy a buscar al señor al gimnasio.

*¿Gimnasio privado? ¡Menudo nivel!*

*Aunque tampoco sé de qué me sorprende.*

La asistenta desaparece por un pasillo y yo desciendo los tres peldaños de la entrada. A excepción de esa pequeña zona, el resto de la casa tiene suelos

de madera, o al menos, lo que alcanza mi vista.

Contigua a la entrada, y asomándome cual figón de pacotilla por la puerta, encuentro la moderna e impoluta cocina, que parece contar con electrodomésticos de última generación. Silbo, admirado, y regre-so al salón antes de que aparezca Ian.

La mujer me ha pedido que me acomode, pero prefiero quedarme de pie. Este sitio, tan cuidadosamente decorado, parece que no haya sido usado nunca. Hay un llamativo sofá blanco, en forma de escuadra y con espacio como para quince personas, reinando el centro de la sa-la, y, justo delante, una chimenea de gas, en acero y cristal ahumado. La alfombra de pelo, espero que sintético y de color burdeos, recubre toda la base del sofá, al que acompaña una mesa baja de cristal con un generoso centro floral.

Además de todo eso, también hay una zona-comedor junto a la pared de cristal; cuenta con su propio bar privado, bien surtido, y para mi asombro, además de envidia, entre el sofá y el exquisito bar, Ian tiene una preciosa mesa de billar. Me encanta jugar al billar y el taco de madera que cruza el verde tapete me está llamando a gritos.

Junto al pasillo por el que salió la asistenta, hay unas escaleras de cristal y madera, que ascienden a un piso superior. Apenas he visto parte del ático y ya me parece exagerado para una sola persona.

Con cuidado de no pisar la alfombra, me acerco hasta la pared de cristal. La vista es espectacular y bastante intimidatoria. No es que sufra de vértigo, pero no dejan de ser pies y pies de altitud.

Me hallo inmerso en la belleza histriónica de Manhattan contemplada desde el cielo, cuando las cortinas se cierran de imprevisto y sal-to hacia atrás por instinto, como si fuesen a golpearme.

Una gutural carcajada resuena por todo el salón y me doy la vuelta. Ian está de pie junto al sofá, apoyado sobre las muletas y con un man-do a distancia en la mano. Solo viste una fina pantaloneta de deporte y su aspecto enrojecido, sudado y de cabello húmedo, es una estampa muy, muy erótica.

–Señor Jacobs –saludo, tragando saliva–. Le traigo los documentos que quería.

Me acerco, carpeta en mano, mientras él deja el mando sobre la mesa.

–Espera, antes voy a darme una ducha rápida.

*¡Joder! ¡Señor, dame fuerzas!*

Tengo que hacer un esfuerzo tremendo para concentrarme en lo que he venido a hacer, pero tenerlo delante, casi en pelotas y sudado es... demasiado

excitante. La idea de lanzarme sobre él, arrancarle la única prenda de ropa que lleva puesta y follármelo, cruza mi mente, pero la asistenta regresa al salón antes de que mis lujuriosos pensamientos lleguen a fraguar.

–Marthy –la llama Ian, sin dejar de mirarme–. Prepárame el batido, por favor.

–Sí, señor Jacobs.

–¿Tú quieres algo? –me dice, con un tono de voz que despierta los instintos más primitivos que hay en mí.

La respuesta: “*echarte un polvo*”, está a punto de salir por mi boca, aunque logro contenerme, e, inspirando profundamente, tan profundamente que hasta su olor corporal penetra por mis fosas nasales y me embriaga, desvío la mirada hacia la buena mujer.

–Un café, por favor –le pido.

Ella asiente y desaparece en la cocina. Así pues, vuelvo a mirar a mi jefe y este sonrío, ladino, como si ocultara un plan maquiavélico que está a punto de llevar a cabo.

–Ahora vuelvo, ponte cómodo –murmura y se dirige hacia las escaleras que conectan con el piso superior.

Bajo la cabeza una vez, en señal de aceptación, y de reojo lo veo a-lejarse. Mis ojos recorren con auténtico deleite la fornida y sudorosa espalda de mi jefe y descienden, persiguiendo el rastro de la columna vertebral, hasta toparse con la cintura de la pantaloneta que se ajusta, en cada paso, a sus incitadores glúteos. Me tienta ofrecerle mi ayuda, subir con él, acompañarlo hasta su habitación y, una vez allí...

Ian ladea la cabeza de golpe y me descubre comiéndole con los ojos. Su reacción es sonreír ampliamente, mostrando su perfecta y blanca dentadura, como si supiera de antemano o notara que lo estuviese haciendo, y estrujo la carpeta entre mis manos, en un intento de contenerme.

*¿Está provocándome?*

Me dirijo a la cocina, pensando en cuál será el verdadero motivo de que me encuentre aquí y por qué ha pedido que sea yo quien le traiga los documentos. Sé que *Across* dispone de servicio de mensajería, entonces...

*¿Con qué doble intención me ha traído a su casa: bronca por comer con Regina o sexo?*

–Siéntese, por favor –me ofrece Marthy–. En breve estará su café.

Saco uno de los taburetes acolchados que hay bajo la encimera de la isla y me acomodo.

–Gracias. Y, por favor, tutéeme.

–Entonces, usted a mí también.

Sonrío y asiento, conforme.

–De acuerdo, lo haré.

La mujer vuelve a sus labores y me fijo en el batido que le va a preparar al señor de la casa. Veo que en el vaso de la batidora ha añadido varias fresas troceadas y un par de plátanos, que después le añade dos tercios del tapón medidor de leche de soja, un tercio de agua mineral y, por último, dos cucharas soperas de suplemento proteínico. Pone la tapa y aprieta el segundo botón de triturado. El batido se torna de un atractivo color rosáceo y me dan ganas de pedir otro vaso para mí también.

–Lo poco que he visto del ático, es impresionante –converso con ella–. No quiero ni imaginar lo que costará limpiarlo.

Marthy sube un par de velocidades al nivel de triturado, pero la máquina es tan perfecta que no hace ni ruido.

–Cuento con ayuda de un equipo de limpieza una vez a la semana –contesta agradable conforme sirve mi café en una taza de porcelana, con cucharilla de plata.

A la vez que me entrega el café, me acerca una jarrita, también de porcelana, con leche, y un azucarero de cristal.

–Gracias.

Ella sonrío afable y asiente de forma cortés. Parece una mujer muy dulce y me cae francamente bien.

Dejando a un lado la carpeta con los documentos, me sirvo el café a mi gusto mientras no pierdo detalle de cómo la laboriosa mujer se estira sobre un armario para coger un elegante vaso de cristal verde de un litro de capacidad por lo menos.

Doy un sorbo a la bebida, que humea en la taza, y mis papilas gustativas estallan con su propio orgasmo.

–Umm... Marthy, nunca había probado un café tan rico.

–Gracias, señor –contesta, apagando la batidora.

Me yergo en el taburete y la miro con una ceja arqueada.

–¿Qué habíamos pactado?

La asistenta suelta una risita contagiosa y se disculpa.

–Tienes razón. Gracias...

–Luke.

–Gracias, Luke –repite, sin perder la sonrisa.

El sonido de unos tacones resuena a mi espalda y miro por encima del hombro para saber de quién se trata.

–¡Luke! –exclama la madre de Ian–. ¡Qué grata sorpresa!

*¡Ni me acordaba de que estaba aquí!*

–Señora Jacobs –saludo con un gesto de cabeza.

Tiene un aspecto tan radiante como el día en que la conocí: su melena rubia platino recogida en un elegante moño bajo, ojazos verdes que me recuerdan a su hijo y un carísimo traje de marca, azul claro, que combina a la perfección con una blusa blanca de seda. Acerté al pensar que esta mujer desprendía clase por cada poro de su piel. La tiene... y mucha.

–¿Cómo estás? –pregunta, acercándose.

–Muy bien, gracias, señora Jacobs. ¿Y usted?

La mujer expulsa todo el aire que contienen sus pulmones, en un intento de liberar su frustración, y deja el bolso negro de *Channel* sobre la encimera de la isla.

–Voy a salir a pasear con unas amigas porque mi querido hijo me tiene histérica. Es tan terco como lo era mi amado esposo. A veces, miro a Ian y le veo a él. Hoy casi le tenemos que atar a la cama para que no fuera a trabajar y mantuviese el pie en reposo.

Asiento sonriente y comprensivo. Regina también me lo contó.

–Y cuando pienso que ha entrado en razón, llama a su hermana y, no sé qué le diría esta hija mía, pero fue colgar, llamar a su secretaria y bajar al gimnasio. Y ya veo que le has traído papeleos –me cuenta, señalando la carpeta.

Madeleine Jacobs me parece una mujer genuina, lo noté en el pase de prueba de *Across* y se acrecienta cada vez que me cruzo con ella.

–Y también me he dado cuenta de que mi hijo te utiliza de chico pa-ra todo.

Sonrío y un *flashback* de los dos desnudos en el sofá de mi casa surge en mi mente.

*Si ella supiera...*

–No se preocupe, señora Jacobs –le resto importancia.

Tras dos palmadas en mi hombro, suspira resignada.

–Vaya tranquila, señora Jacobs, yo me encargaré de que el señor se marche a descansar –le dice Marthy.

–Gracias, querida. No tardaré mucho.

–Tómese su tiempo, señora.

Madeleine recoge su bolso de marca y se me queda mirando.

–¿Cómo va tu diseño?

–Muy bien, ya he empezado con él.

–Quiero verlo cuando esté terminado –dice, señalándome con el índice para dar intensidad a sus palabras.

–Descuide, será de las primeras en hacerlo.

La mujer se despide y se marcha a pasar la tarde con sus amigas.

–Así que, ¿eres diseñador? –pregunta, esta vez Marthy, mientras recoge la cocina.

–Aún no. Es mi pasión, pero aún no puedo vivir de ello. Estoy sustituyendo a una secretaria del señor Jacobs durante unos meses.

–Debes estar feliz por poder trabajar en una empresa de moda tan bien valorada y respetada.

–La verdad es que... No es fácil trabajar para el dueño.

–¿En serio? –se sorprende–. Yo trabajo para él y estoy encantada.

–Entonces será que me tiene manía –murmuro jocoso.

La mujer se ríe y pasa un paño por la encimera.

–Sinceramente... –La mujer transmite tanta confianza, que aprovecho para exponer mis pensamientos–. Si me dieran a elegir entre las mejores empresas de moda del país para trabajar, elegiría *Across Fa-shion and Styles*, a pesar de cómo me ha tratado el señor Jacobs. He comprobado la libertad de trabajo y creatividad que dejan a los diseñadores, y eso es algo muy importante. Me gustaría visitar la planta de diseño, pero, con tanto trabajo, no puedo escaparme ni cinco minutos.

–Díselo al señor Jacobs, él seguro que te la enseña encantado.

–¡Hum! No creo –musito, dudoso.

Termino el delicioso café y devuelvo la taza a Marthy, agradeciéndoselo. Después, saco móvil de la mochila y compruebo que tengo un mensaje de Christa:

**--¡Vaya fin de semana he pasado! Quedemos y te lo cuento--**

*¿Qué le habrá pasado?*

La última vez que nos vimos fue saliendo del Tanzen; yo iba acompañado por el camarero y las dos chicas, y ella, por un tío muy bueno que no le quitaba las manos de encima.

**--Pásate a cenar por casa y nos lo cuentas a Meg y a mí. Estoy deseando**

## saberlo--

–Ya estoy aquí –avisa Ian, entrando en la cocina.

Marthy sirve rauda el batido y coloca el vaso en la encimera de la isla, a mi lado. Me doy la vuelta en el asiento, para encontrarme con él, y veo que se ha cambiado la pantaloneta y ahora una camiseta blanca cubre su torso. En su pie, el vendaje del esguince gotea intermitente.

–¡Te has mojado las vendas! –espeto, olvidándome del protocolo.

–Da igual –contesta, encogiéndose de hombros y ocupando el taburete de mi derecha.

Pongo los ojos en blanco y miro a la asistenta.

–¿Tenéis vendas para podérselo cambiar?

–Sí, ahora las traigo.

Marthy abandona rauda la cocina y yo me bajo del asiento para agacharme junto a él.

–Deme su pie, señor Jacobs. Voy a quitarle las vendas.

–Déjalo –niega y sigue bebiendo el batido proteínico.

Elevo la vista hacia el, otra vez, prepotente presidente Jacobs, y me incorporo, buscando un bolígrafo en mi bandolera.

*¿Por qué me tengo que molestar en si lleva o no las vendas mojadas?  
¡Que le den!*

Cuando localizo uno, abro la carpeta de los documentos y lo pongo encima.

–Bien. Si firma lo que debe firmar, señor. Debo regresar a mi puesto de trabajo.

Sé que Ian tiene un complejo de aceite de flípar y que siempre quiere quedar por encima de todo, pero, sea lo que sea por lo que me ha hecho venir, se va a quedar con las ganas, porque en cuanto firme, me voy.

Él me mira con el ceño fruncido y yo sonrío de una manera cordial.

–Antes, debo leerlos –murmura, con un tono que me da a entender que dice: “¿eres idiota?”.

Gruño y bajo la vista hacia el taco de, al menos, cincuenta folios.

–¿Y espera que me quede hasta que lo haga?

–Sí –contesta tajante.

Marthy regresa a la cocina cargada de varias vendas y un tubo de pomada.

–Vayamos a mi despacho –ordena, recogiendo las muletas–. Mientras los leo, tú puedes ir cambiándome el vendaje.

Entorno la mirada, empezando a perder la paciencia, y niego con la cabeza,

sin moverme ni un solo centímetro.

–Sabe, señor Jacobs, yo no sé hacerlo, pero seguro que la encantadora Marthy, sí.

La pobre mujer, que observa la situación algo perpleja, reacciona como esperaba:

–Claro, yo me ocupo.

–Bien –sonríó, triunfal–. Le estaré esperando en el salón..., señor.

Ian intenta detenerme, pero salgo presto de allí, y, esta vez, me importa bien poco si la alfombra es turca o del mercado; la piso con impotencia y me dejo caer en el sofá. El asiento es tan cómodo, que gimo de gusto.

Con un pie sobre la rodilla y los brazos cruzados, fijo la mirada en la chimenea mientras escucho el leve murmullo proveniente de la cocina:

–Gracias, Marthy. ¿Podrías subir a arreglar mi habitación y recoger un poco el baño, por favor?

Bufo, anonadado.

*Con ella sí que es amable.*

La buena y servicial mujer atraviesa el salón, hacia las escaleras, y yo continuo sentado, decidido a no moverme ni un ápice hasta que firme los malditos papeles.

Poco después, percibo el sonido de las muletas saliendo de la cocina y, aunque lo intento, no puedo evitar girar un poco la cara para ver de qué humor se encuentra el señorito. La situación de verle con la carpeta de los documentos sujeta entre los dientes mientras camina, puede conmigo y estallo en carcajadas. Sé que esto me acarreará más problemas, pero que me quiten lo reído.

Para mi desconcierto, Ian se acerca por detrás del sofá y cuando siento que lo tengo justo detrás, la carpeta cae sobre los cojines, a mi lado. No sé si pretende que la recoja, pero no lo hago.

Un fuerte tirón de pelo, me lanza la cabeza contra el respaldo del asiento, y levanto los brazos para sujetar la mano que se cierra en un hermético puño cuando intento soltarla.

El rostro de mi jefe aparece sobre el mío, a escasos centímetros de distancia, y me lanza profundas espiraciones a la vez que me atraviesa con sus encolerizados ojos verdes.

–¿Qué crees que estás haciendo? –gruñe, rabioso, provocando que una gota de su saliva impacte en mi labio inferior.

Antes de que pueda planteármelo, mi lengua se desliza por el labio y

arrastra su saliva al interior de mi boca.

–Esperar a que firme los documentos, señor –respondo, gruñendo de dolor.

Mi respuesta no parece complacerle y zarandea mi apresada cabeza de lado a lado.

–¡Ah, joder! –grito, sujetando su antebrazo.

–¡No juegues conmigo, maldita sea! –exclama–. ¿Lo has pasado bien comiendo con mi hermana?

–Sí –exhalo, con la excitación empezando a caldear mi cuerpo.

–¿Quieres follártela?

*¡¿Qué?!*

Trago saliva e intento soltarme una vez más, pero resulta imposible a menos que Ian se quede con un buen matojo de mi cabello entre los dedos.

–¡Lo sabía! –ruge, al no obtener respuesta, y vuelve a tirar de mi pelo–. ¡Sabía que quieres acostarte con ella!

Le agarro por el cuello y lo atraigo, casi a la desesperada, para comerle la boca. Me enloquece que él responda igual de ansioso y necesitado, y subo la pelvis como un acto reflejo de lo cachondo que estoy. Desde este ángulo, nuestras lenguas literalmente se follan, y la sensación es bestial.

Nos separamos jadeantes y, aunque yo libere su cuello, él sigue aferrando mi pelo.

–Es a ti a quien quiero follarme, gilipollas –susurro, extasiado.

Ian me mira, sin decir nada, y termina soltándome.

–Coge la carpeta y sígueme.

Y eso hago, tras frotar mi maltratado cuero cabelludo.

Ian me conduce hasta un despacho donde, el clásico y anticuado mobiliario, choca con la magnífica panorámica de los rascacielos que regala un gigantesco ventanal de cristal templado. Nada de lo que hay aquí encaja y combina con la decoración del resto de la casa, ni con la personalidad de su dueño. Dos armaduras del medievo flanquean un robusto escritorio de madera tallada, en el centro de la habitación, y solidas librerías cubren dos de las cuatro paredes. En una de ellas, una chimenea de leña se oculta entre volúmenes de libros y pasaría desapercibida si no fueran por el juego de sillones y sofá que la rodean, y la alfombra de piel de oso que me parece de lo más arcaico y hortera.

Jamás hubiera pensado que su despacho pudiese ser así. No tiene ni punto de comparación con el de *Across*.

Un “*clic*” llama mi atención, y, al darme la vuelta, veo que Ian retira la mano del cerrojo de la puerta.

*¿Ha cerrado?*

Apoyado contra la superficie de madera, mi jefe me dedica una ferviente mirada de ojos caídos, cargados de anhelo, que reaviva mi deseo por él hasta límites insospechados.

–Acércate –solicita seductor, dejando caer las muletas.

No hace falta que lo repita. Arrojo la carpeta al suelo, junto con mi bandolera, y voy hacia él, directo a por lo que quiero.

Le empotro contra la puerta, en demostración de mi primitiva foga-sidad, y, tirándole del pelo, le fuerzo a ladear la cabeza y así poder disfrutar a mi antojo de su palpitante cuello. Sus gemidos son leña para mis brasas, y, excitado a más no poder, muerdo y chupo su piel confor-me bamboleo incansable mi pelvis sobre la de él y sus brazos y manos me estrechan y acarician con urgencia.

Deslizo las manos por su cuerpo, hasta llegar a su bien formado cu-lo, y, al meterlas dentro de la pantaloneta, descubro que Ian no lleva ropa interior. Rasgo que me vuelve más loco todavía y que aprovecho para restregar los dedos por su ano.

–¡Dios, Luke! –jadea, convulsionando de placer.

–¿Lo tienes dolorido? –me cachondeo.

Mis labios encuentran los suyos y nos besamos apasionadamente, mientras continúo rozando mi erección contra la suya y masajeando, y penetrando, su anillo con los dedos.

Ian se revuelve inesperadamente y fuera de sí, y paso a ser yo el acorralado contra la puerta y el blanco de su lujuria. Sus manos vuelan hasta mi cintura y a tirones extrae el bajo de mi camisa del pantalón. Después, se centra en soltar los botones uno por uno, desnudando mi tonificado vientre.

–¿Por qué no vamos al sofá? –propongo, con la respiración agitada.

Él niega reiteradamente y cuando suelta el último botón, descubre mis hombros y deja que la prenda de lino caiga en cascada serpenteante hasta el suelo. Exhalo profundamente al sentir el frescor de la puerta en mi piel, pero la sangre que bulle por mis venas hace que olvide pronto esa sensación.

Las cálidas manos de Ian recorren minuciosamente el pecho desnudo que tiene ante él, como si comprobara que soy de carne y hueso; regodeándose en cada músculo y cada centímetro de piel erizada, has-ta detenerse sobre las rocas que tengo por pezones.

–Eres tan suave –musita pensativo– y tan duro.

Apoyo la cabeza en la puerta y jadeo.

–Tú también.

–Me cuesta asimilar el grado de excitación que siento contigo. Mucho más que el máximo que haya podido experimentar con una mujer.

–No es ningún crimen.

Agarrando los bajos de su camiseta, empiezo a ascenderla por su cuerpo, y Jacobs levanta los brazos, permitiendo que se la quite. Un movimiento que, al estar manteniéndose sobre un solo pie, hace que pierda el equilibrio y a punto esté de caerse. Suerte que soy rápido en reflejos y consigo abrazarlo a tiempo. Él también se aferra a mí y quedamos pegados frente con frente, percibiendo cada uno los acelerados latidos del otro.

–Hueles tan bien –susurra, rozando con sus labios los míos–. Tu olor es... como afrodisíaco para mis sentidos. Me embriagas y pierdo la cabeza.

–Desde que te conocí, yo tengo perdida la mía –le confieso, sacándole una sonrisa.

Tenso mi abrazo y me entrego ansioso a su boca y a su lengua. Aquí, de pie junto a las puertas de su despacho.

Una de sus manos sube a mi pelo y la otra se escurre por mi espalda y cuelga dentro de mi pantalón y bóxer.

–Tu culo es perfecto.

Sonrío, chulesco, pegado a sus labios, y vuelvo a atrapar el suyo entre mis manos para apretárselo, a la vez que empujo mi polla hacia la de él.

–Tú no te quedas atrás.

Ian gruñe un gemido y se lanza a mi cuello. Me muerde y me chupa sin control y yo no puedo hacer otra cosa más que jadear de gozo y alzar la barbilla para dejarle más espacio. Quiero que pase su húmeda lengua por todo mi cuerpo. Lo necesito. Su aliento penetra en mi oído y clavo los dedos en sus posaderas.

–No quiero que vuelvas a comer con mi hermana.

–Vale –contesto sin pensar, extasiado por notar sus labios rozar el delicado lóbulo de mi oreja.

–De hecho, no quiero que comas acompañado.

Pasea los dedos por mi ano y termina haciendo presión en el centro del perineo, zona erógena que hace a mis genitales contraerse.

–¡Sí! Comeré solo.

–Y no vuelvas a sublevarte contra mí.

Frunzo el ceño al escucharle y abro los ojos al captar su técnica de dominación mediante el placer.

*¿Qué no me subleve?*

–No lo haré... en la oficina –recalco la última parte.

Mi jefe se ríe y saca la mano de mi culo para llevarla a la parte delantera, donde vuelve a meterla con decisión y acoge mi sexo erecto entre sus dedos.

*¡Oh, Dios!*

–Es la primera vez que cojo una polla que no es la mía.

No puedo contestar, solo gemir por sus caricias.

–Te excito tanto como tú a mí –sigue susurrando en mi oído y masturbándome.

–Sí.

–¿Quieres que te folle?

–Sí.

Me doy cuenta de lo que he contestado tan rápido y tan ansioso, y me alarmo porque nunca antes unas simples caricias me habían obnubilado de esta forma. Y, lo que es peor, realmente deseo que me la meta.

*¿Qué me está haciendo?*

–Pero, antes, dejaremos clara una cosa –negocio–. ¿Luego te daré yo a ti?

Ian estruja mi erección y da un fuerte tirón hacia abajo.

–¡Oh! –gimo y tiemblo de gusto–. Otra de esas y me corro en tu ma-no.

Jacobs me mira a los ojos y veo el deseo arder en sus pupilas, exactamente como deben reflejar las mías.

–Sí –acepta–. Después, me follarás tú.

Sin tiempo que perder, lo levanto por las posaderas y en volandas, puesto que está cojo, le llevo hasta el sofá.

## CAPÍTULO 9

Tumbo a mi impaciente jefe en el acolchado del sofá, con más precaución por su esguince de la que me gustaría, y después desando mis pasos para regresar a por la bandolera.

–¿Adónde vas? –pregunta, alarmado.

–A por condones. ¿O, acaso, llevas encima?

No responde y vuelve a recostarse sobre sus espaldas, jadeante.

Una vez recojo la mochila del suelo, retorno a su lado mientras bus-co los preservativos dentro del bolsillo destinado a su almacenamien-to.

*¡Joder, que suerte! ¡Los dos últimos!*

Él sigue todos mis movimientos desde su posición, con el pie bueno recogido en el asiento y el herido estirado por encima del reposabrazos. Su pecho se hincha en cada inspiración, y tras lanzarle el envoltorio plateado y reservar el segundo para mí, empiezo a desnudarme ba-jo su atenta mirada. Fuera zapatos... Fuera calcetines... Y, por último, fuera pantalones y calzoncillo de licra.

–¿Te gusta lo que ves? –le pregunto, según me acerco de forma in-citadora e inclino sobre él.

–Más de lo que debiera –contesta con seriedad.

–Deja de contener tu sexualidad por los parámetros que marca la sociedad. No es malo. No es un crimen. Si me deseas, si te gusto, si te gusta lo que hacemos... Déjate llevar, olvida los prejuicios y disfruta.

–Vamos –apremia excitado, deslizando su pantaloneta de deporte hasta las rodillas–. Me muero por estar dentro de ti.

Sonrío dichoso y bastante halagado, conforme termino de deshacerme de la molesta prenda, y paso a colocarme encima, aguantando el peso de mi cuerpo con mis brazos.

Con extrema lentitud y maestría, bamboleo las caderas y restriego mi falo por la totalidad del suyo. La reacción que recibo por su parte me da a entender que le gusta y repito el proceso; y vuelvo a hacerlo una vez más, pero esta vez

más rápido y fuerte; y, seguidamente, otra, y la sensación tan placentera que produce la fricción de ambas pollas, nos encamina hacia el clímax.

–¡Oh, Dios! –gime Ian, arañando mi culo y levantando las caderas a mi ritmo.

–¡Sí!

–Necesito follarte ya.

Su exigencia me enloquece y detengo los candentes frotamientos antes de que sea demasiado tarde y terminemos deshaciéndonos.

–¿Cómo quieres que me ponga?

–Túmbate de espaldas –solicita casi con desesperación, empujándome hacia el sofá–. Quiero ver tu cara mientras te hago mío.

Recostado en la comodidad del asiento, separo y flexiono las piernas para que Ian pueda posicionarse entre ellas. Una vez cubre de látex su generosa y palpitante verga, y yo lubricar con saliva mi orificio, apo-ya una mano junto a mi cabeza y con la otra guía su vigorosa erección hasta mi entrada.

Cierro los ojos al notar la invasión del grueso glande, que, en esta ocasión, parece adentrarse con mayor facilidad.

–¡Mírame! –gruñe, exigente.

Lo hago y me centro en sus hechizantes iris verduscos que no se apartan de mí conforme entra centímetro a centímetro.

*¡Oh, joder!*

–¡Dios! –exclama. Los músculos de su cuerpo parecen endurecerse por momentos y las venas de su cuello destacan abultadas, por la contención–. Me vuelve loco saber que soy el único que ha entrado en ti.

–¡Sí! –jadeo gozoso, echando la cabeza hacia atrás.

Los suaves movimientos de pelvis con los que comienza, se transforman en feroces embestidas en el momento en que se deja arrastrar por la lujuria. Sujetándome al reposabrazos, celebro con guturales gemidos el brutal e implacable placer que obtengo.

Para ser la segunda vez que copulamos, nos compenetramos francamente bien, tanto si es él quien ocupa el rol de activo, como si lo soy yo.

*¡Joder, qué bueno!*

Clavo los dedos en su cintura y sigo follándole, con ganas de durar eternamente.

Ian se encuentra reclinado sobre el respaldo del anticuado sofá de su despacho, con la rodilla del pie herido elevada en uno de los reposabrazos,

totalmente abierto a mí y gimiendo con mis empujes.

Cuando percibo que el orgasmo ondea a través de mis entrañas y que mis genitales se contraen, dispuestos a expulsar su esencia, busco el miembro de mi acompañante, para masturbarle con intensidad. El hecho de encontrar una nueva y rígida erección, a pesar de haber eyaculado anteriormente, consigue enorgullecerme al ser la clara evidencia de cuánto le gusta lo que le hago.

Dejándome caer encima de la ancha y húmeda espalda de mi jefe, me dejo ir en cargadas ráfagas de leche que me hacen perder la cabeza y morder sin contemplación el fornido hombro masculino. Este acto, sumado al meneo desenfrenado al que le he sometido, terminan por derretirle y convertirlo en una fuente de espeso semen.

Nos mantenemos en la misma postura durante un buen rato; el suficiente como para recuperar el aliento y la cabeza, y al incorporarme observo la marca rojiza que mis dientes han dejado en su piel.

–Lo siento –me disculpo, pasando la mano por encima de la huella bucal en un vano intento de eliminarla–. ¿Te he hecho daño?

–¡No! –exhala, agachando la cabeza.

Abandono su interior, y una vez me quito el preservativo, dejo caer mi extenuado cuerpo al sofá. El también lo hace, manteniendo los ojos cerrados y adoptando una actitud relajada.

–Lamento haberte mordido –me disculpo otra vez, sin dejar de contemplar el apaciguado rostro que tengo al lado. Me he dejado llevar por el torbellino de sensaciones que me sacudían en ese momento y, también, porque Ian me resulta irresistible–. No era mi intención marcarte.

–No mientas. Es lo que estabas buscando –dice, sin inmutarse del sitio.

–¡No es verdad! –rebato, irguiéndome en el asiento–. Además, yo prefiero dejar un buen recuerdo a una buena marca.

Ian gira el rostro hacia mí y sonrío divertido y saciado. Sus ojos resplandecen, me atrevería a decir que de felicidad, entre los mechones húmedos de su cabello.

–Solo bromeaba. Tu marca desaparecerá con los días.

No sé por qué, pero ese comentario me remueve por dentro y molesta. Tampoco es que quisiera que llevase la huella de mis dientes en su cuerpo como señal de posesión.

*¿O sí?*

–Entonces, ¿te ha gustado? El mordisco no, lo demás –aclaro.

*¿Por qué, de pronto, me comporto como si necesitara su aprobación?*

Jacobs se desliza por el cuero del sofá, deteniéndose a escasos centímetros de mi rostro.

–Todo. Nadie ha conseguido darme tanto placer.

–Ni lo habrá –contesto chulesco, haciéndole reír.

El despacho ha ido oscureciéndose conforme la tarde transcurría. No sé qué hora es, pero temo que hayan pasado las cinco.

–¿Dónde puedo limpiarme? –le pregunto, mostrándole algún que otro resto de semen entre los dedos que lo masturbaron.

Me indica la sección de librería que queda a la derecha del escritorio.

–Hay una puerta oculta. El baño está al otro lado.

Le acerco las muletas para que pueda moverse hasta allí y, una vez aseados, pasamos a vestirnos y limpiar el sofá de restos de fluidos corporales.

Ian ocupa la silla del escritorio y abre la carpeta que traje de la oficina con los documentos. Yo me acerco y me siento en uno de los sillones de oreja que hay al otro lado, a esperar paciente a que termine. Para mi confusión, pasa los folios sin prestarles demasiada atención, grabando su firma en las casillas señaladas.

–¿No tenías que leerlos? –le digo.

Él no levanta la cabeza de los papeles; aun así, consigo ver su amplia sonrisa.

*¡Será capullo! ¿Me ha engañado solo para poder acostarse conmigo? Y ¿por qué me quejo?*

Mientras el señor Jacobs está a lo suyo, yo reviso el móvil y compruebo que, aparte de ser las cinco y diez de la tarde, tengo dos mensajes; el primero es de Christa, donde dice aceptar la cena que le ofrecí; el segundo, de Megan, y en él me pide que compre cervezas y *pizza* para ver el partido de Abraham por la tele, durante la cena. No me parece un mal plan, pero antes debo pasar por la oficina y el gimnasio.

El silencio que reina en la estancia, solamente turbado por el deslizar del boli sobre el papel, se rompe al sonar el teléfono del despacho.

–Sí –contesta Ian, serio y borde, en su mejor faceta de señor Jacobs.

Su rostro muta de golpe, como del negro al blanco, naciéndole una amplia sonrisa en la cara y en un tono más amable, incluso dulce, dice al interlocutor que espere. Entonces, tapa el auricular con la mano y me mira.

–Te importa...

–Me voy, me voy.

Salto del sillón y en apresuradas zancadas salgo del despacho.

–Luke, espérame en el salón –dice, antes de que termine de cerrar la puerta.

Quitándome la bandolera de encima, me siento en el sofá y me exployo, aprovechando la amplitud del mismo.

*¿Por qué necesitará un sofá tan grande, si seguramente siempre a-cabe ocupando el mismo lugar? Quizá, para la persona que le llamó al despacho.*

Gruño y apoyo los codos en las rodillas, soportando mi cabeza.

*¿Quién sería, que logró endulzar al presidente prepotente?*

–Mierda, Luke. ¿Y qué te importa? –me reprendo, molesto.

Un tibio carraspeo hace que levante la cabeza y encuentre a la simpática Marthy de pie junto al sofá. Lleva una chaqueta doblada entre los brazos y un bolso colgando del hombro.

–¿Quieres que te prepare algo antes de que me vaya?

Niego, avergonzado de que haya presenciado mi arrebato.

–Pensaba que vivías aquí.

–Oh, no –corrige entre risas–. Mi horario es hasta las cinco y media. Raramente, y debe tratarse de una ocasión muy especial, me quedo hasta la noche. Al señor Jacobs le gusta bastante ser independiente.

–Entonces, no te entretengo más.

–¿Sigue en el despacho? Iré a despedirme.

–Estaba al teléfono –le cuento.

–Oh. ¿Le dirás que me he marchado?

–Claro. Yo se lo digo.

Marthy se despide amable y educada, diciendo que le ha gustado conocerme, y abandona el ático. En cuanto se cierra la puerta, vuelvo a recostarme en el sofá, abandonándome al silencio del palacio en el cielo.

Un buen rato después, Jacobs sigue sin aparecer. Aburrido, me levanto para estirar las articulaciones y observo sobre la ovalada mesa de cristal el mando a distancia con el que cerró las cortinas. Es tan sofisticado que parece creado por la *NASA*, e, intrigado, miro alrededor del salón intentando averiguar qué más cosas se podrá hacer con él.

*Tendré que tocar los botones para comprobarlo.*

Pulso el primero y la chimenea se enciende con un pequeño estallido de fuego que me hace caer de culos al asiento.

–¡Joder! –exclamo y me carcajeo.

Sin apagarla, pulso el siguiente botón y la magnífica Jessi J empieza a

cantar *Dominó* desde algún lugar de la estancia.

–*I'm feeling sexy and free...* –canturreo mientras recorro la habitación con la mirada.

No veo bafles ni altavoces por ningún lado y, a punto de volverme loco, descubro que la música procede del sofá. Los altavoces están integrados en él.

No puedo esperar para seguir sorprendiéndome y, cual crío en una juguetería, pulso el tercer botón y de la pared frontal se abren mecánicamente dos paneles ocultos que resguardan un impresionante televisor de pantalla plana junto a una extraordinaria y moderna torre de música, encendida, y un lector de *Blu-ray*. Llenando varias baldas, una surtida colección de *CD's* y *DVD's*.

–¿Te diviertes?

La voz gutural de Ian resuena por encima de la música y me giro sobre el asiento, alarmado y con la sensación de haber hecho algo prohibido. Él se encuentra a un par de metros de distancia y me observa con la cabeza ladeada, muy serio; en modo señor Jacobs, dueño de un imperio.

–Lo siento –me disculpo, dejando el divertido mando sobre la mesa.

Me levanto del cómodo sofá, cruzándome la bandolera al pecho, y espero a que se acerque.

–¿Te gusta mi casa?

–Sí –respondo, afirmando con la cabeza–. Aunque tu despacho me ha sorprendido. No esperaba que fuese tan... clásico.

–Era el mobiliario de mi padre.

*¡Ah!*

Por esto y por cómo habló antes su madre, intuyo que Jacobs padre ha dejado este mundo. Pero prefiero no preguntar.

–Marthy ya se ha ido –le digo, obediente–. Quería despedirse, pero le avisé de que estabas al teléfono.

Ian asiente, manteniendo las distancias. Actúa como si no quisiera estar cerca de mí porque no podría contenerse, o eso me inclina a pensar mi lado ególatra y engreído; que soy tan irresistible para él, como lo es él para mí.

–Yo también debo irme.

Por fin reacciona y se acerca apoyado en las muletas, con la carpeta que traje bajo el brazo.

–Grace ya no estará en la oficina, así que deberás guardarlos en tu mesa y mañana se los entregas. Ella sabe a quién se tienen que enviar.

–Muy bien. –Tomo la carpeta entre mis dedos, pero Ian no la suelta y

termino forcejeando hasta que me hago con ella—. Que se mejore..., señor Jacobs.

Sin mirar atrás y confundido por sus cambios de actitud, como ya es costumbre, salgo del excesivamente lujoso ático.

Cuando cierro la puerta de casa, al final del día, me dejo caer contra ella, resoplando de agotamiento; me siento extenuado, sin una pizca de energía. La hora de *spinning* de hoy casi acaba conmigo.

—¡Por fin llegas! —exclama Megan desde el sofá—. ¡El partido está a punto de empezar!

—¡Hola, guapo! —saluda Christa, sentada a su lado.

*Yo reventado y estas dos exacerbadas. Que mala combinación.*

Me encamino hacia ellas para entregarles las *pizzas*, una de estas vegetariana para mi prima, y las cervezas, una de las cajas sin alcohol y con pocas calorías, también para Megan. Por último, beso a cada una en la mejilla.

—Voy a dejar las cosas en mi cuarto y vuelvo —las informo.

Diez minutos más tarde, regreso al salón en pantalón corto, camiseta y descalzo. Ambas ya están sumergidas por completo en el partido de *hockey* y exclaman improperios a la televisión como auténticas expertas.

Me acomodo en uno de los sillones y cojo una porción de hawaiana, mi preferida, para darle un generoso bocado.

—Venga, cuenta —le exijo a Christa, con la boca llena—. ¿Qué tal con el tío ese que te dejé la última vez?

Ella emite un inmenso suspiro, llevándose las manos al pecho y elevando el rostro hacia el techo. Al acabar el momento melodramático, empieza a contarnos que es un chico como no ha conocido otro; ese comentario me hace carraspear, por alusiones, provocando que ría.

Su nombre es Jax, tiene veintiocho años y vive en Manhattan desde hace algunos meses. Vino desde Chicago por motivos laborales, según explica mi amiga.

—¡Es bombero! —chilla eufórica.

Megan y yo la miramos inauditos. Se comporta como una adolescente enamorada por primera vez y a mí me cuesta reconocerla en ese estado porque siempre ha sido tan sexual como yo, sin querer ni necesitar ataduras.

Nos dice que ha pasado todo el fin de semana con él, aprovechando que lo tenía libre; por lo visto, difícilmente consigue uno cada dos meses por su

profesión. También le ha enseñado el parque de bomberos donde trabaja, y reímos divertidos cuando escuchamos su alocada experiencia al lanzarse por la barra vertical y por verse rodeada de tanto tío cachas.

Las risas dan paso a la seriedad al explicar cuál fue la otra razón por la que dejó su ciudad natal: una ruptura sentimental. Su exnovia se lo hizo pasar bastante mal cuando estaban juntos y todavía peor cuando él decidió dejarla.

–La muy zorra lo acosaba y le hacía la vida imposible –relata Christa, llena de odio por esa desconocida que, en el fondo, por muy loca que pueda estar, le ha dado la oportunidad de conocerlo.

–Yo no dejaría mi ciudad y trabajo por una relación que no ha salido bien –comento mientras engullo otro trozo de *pizza*.

–Eso lo dices tú, que nunca has tenido una. Es muy incómodo cruzarte con alguien que ha sido tu pareja durante X tiempo. Y más, si termina mal –argumenta Megan.

–No, y que esa tía se lo ha hecho pasar muy mal. Me ha dicho que conmigo quiere ir muy despacio porque está cicatrizando las heridas y recuperando su autoconfianza.

–¿Te lo has follado? –pregunto directo y al grano.

–¡Luke, no seas grosero! –se queja ella.

–Contesta, ¿sí o no?

–Luke, eso no es de tu incumbencia –se entromete mi prima.

Afilo una ceja, inquisidor, y fijo la vista en Christa.

–¡Sí! –grita, al cabo de unos segundos–. ¿Contento?

–Pues eso no es ir despacio, en absoluto –finiquito y doy un trago a la cerveza–. Y te veo encaprichada, algo que es raro en ti. No quiero que te hagan daño.

–Primo, ¿por qué siempre te pones en plan negativo?

–Negativo no, realista –les aclaro–. Ese chico ha salido de una relación traumática, según dices. ¿De verdad creéis que está preparado para entrar en otra?

Ambas me miran perplejas, Megan negando repetidamente.

–No hagas caso, Christa. Solo le fastidia perder a su compañera de perversiones.

Rompo a reír al escucharla y ellas se contagian, lo que nos hace entrar en un bucle de risas imparables. Mi prima se levanta del sofá con los ojos llenos de lágrimas, para lanzarse sobre mí en el sillón; Christa la imita y, de esa forma, me veo inesperadamente sepultado entre culos y tetas.

–Nuestro pobre hombre de hojalata que no tiene corazón y ni siente ni padece –se mofa la primera, entre risas aniñadas, mientras clava los dedos en mis costados para hacerme cosquillas.

Retorciéndome entre convulsas carcajadas, intento devolver el ataque, pero me superan por mayoría.

–Creo que tendremos que llevarlo al país de Oz para que el mago le conceda uno. ¿Qué opinas, Christa?

–Tienes toda la razón, necesita un corazón urgentemente –se burla la otra.

Tras varios minutos forcejeando, me rindo ante ellas.

–¡Vale, me doy por vencido! –exclamo, agotado y dolorido–. Habéis ganado brujas malas del este y del oeste.

Ellas continúan riendo, divertidas, y les alzo en el aire sujetas por el trasero, para arrojarlas sobre el sofá. Las dos chillan sorprendidas y no paran de reír como dos locas ebrias.

El segundo periodo del partido de *hockey* comienza y las dos gritan animando a los *New York Rangers*. No puedo más que sonreír y alucinar con su actitud.

Cuando pensaba que el tema Jax había finalizado, Christa retoma la conversación y nos detalla lo increíble que es, además de cariñoso, romántico y dulce.

*¿Quién es esta chica y dónde está mi compañera de andanzas nocturnas?*

–¡Síííí... Ha marcado! –chilla de pronto, Meg, interrumpiendo la verborrea empalagosa de mi querida amiga–. ¡Ha marcado Abraham!

Los tres prestamos atención a la televisión y las cámaras enfocan al jugador con primeros planos; está sonriendo por el tanto apuntado y se golpea encima del corazón con el puño enguantado, para, después, señalar a la cámara. Un gesto que hace enloquecer a mi prima y bote sobre el sofá entre clamorosas carcajadas.

–¡Me lo ha dedicado! –grita–. ¡Dijo que haría eso para que sepa que piensa en mí!

–¡Dios mío, que romántico! –babea la otra.

Resoplo, poniendo los ojos en blanco, y compruebo si las cervezas llevan algo extraño que las vuelva tan melosas.

Tras más de tres horas charlando, riendo y celebrando la nueva victoria de los *Rangers* sobre los *Boston Bruins*, termino por desesperar-me cuando hablan sobre lo estimulante que es sentir esa “*conexión especial llamada amor*” por otra persona y ser correspondida, y decido marcharme a la cama.

*¡No soporto más tanta cursilada!*

Despierto con el sonido de unos pasos corriendo a través del pasillo y sonrío al saber que Megan se ha quedado dormida. No me sorprende después de lo de anoche.

Duchado y vestido, salgo a desayunar y me topo con la visita inesperada de Jerry Nowell, el agente de mi prima.

–Buenos días, guaperas –me saluda.

Sonrío y nada más dejar la bandolera sobre la barra, le doy un rápido abrazo.

Jerry tiene cuarenta y cinco años y, antes de ser representante, era modelo. Sinceramente, he visto fotos tuyas de aquella época y aunque por entonces estaba muy, muy bueno, ahora no se queda atrás. Envejece francamente bien. De joven tuvo mucho éxito porque lo comparaban con Brad Pitt y la verdad es que sí tiene cierto aire: una mandíbula cuadrada y *sexy*, unos intensos ojos azules, unos labios gruesos, el cabello rubio oscuro cortado al mínimo y un físico que quita el hipo como remate. Le fue muy bien como modelo y le va mejor como agente. Por eso y por el cariño que nos prodiga, tanto a mi prima como a mí, me alegra sobremanera que sea su agente.

–Buenos días –le respondo–. ¿Cómo estás?

–Bien, ¿y tú?

Contesto que igual y Jerry me agarra del mentón para mirarme fija y seriamente.

–¿Cuándo piensas dejarme que enseñe tu precioso rostro al mundo? Con esta cara y este cuerpo, puedo conseguir que seas el nuevo Mark Vanderloo –asegura decidido.

Sonrío entretenido porque no es la primera vez que me lo dice.

–Si no supiera que estás casado y tienes tres preciosas hijas, pensaría que me tiras los tejos –bromeo con él.

–Ya soy mayor para esas cosas.

Ambos reímos y paso al interior de la cocina para desayunar.

–¿Quieres un café? –le ofrezco mientras preparo el mío.

–No, gracias. Ya he tomado uno antes de venir.

Acomodándose en un taburete, se frota la cabeza.

–¿Se ha dormido otra vez? –pregunto, aludiendo a mi prima.

–No, han adelantado la sesión y me han avisado a última hora –contesta y mira el reloj–. Pero, ¡vamos a llegar muy tarde! –grita, girando la cabeza

hacia la habitación de mi prima.

–¡Ya voy! –contesta desde allí, cabreada–. ¡Qué hubiesen avisado antes!  
¡Coño!

Jerry y yo estallamos en carcajadas con su abrupta coletilla.

Dejo la taza vacía en el fregadero, en el momento que Megan sale corriendo de su habitación. Viste unos vaqueros ajustados bajo una camiseta larga de tirantes. Con las prisas no ha tenido tiempo de secarse el pelo, ni de calzarse.

–Vamos –musita acelerada.

Jerry baja del taburete y ambos se dirigen hacia la puerta de salida.

–Esperad, que salgo con vosotros.

Cierro con llave y desciendo las escaleras detrás de ellos. Jerry ha aparcado su impresionante Lexus, rojo metalizado, frente a las escaleras.

–Luke, te acercaría al trabajo, pero llegamos tarde –me dice el agente, dándome un fuerte abrazo.

–No te preocupes.

Megan me despide con un beso en la mejilla y se dirige al asiento del pasajero.

–¡Y piensa en lo que te he dicho! –grita Jerry, señalándome antes de subir al coche.

Sonrío divertido y niego con la cabeza.

–¿Qué te ha dicho? –se interesa mi prima, antes de cerrar la puerta.

–¿Tú qué crees?

–¡¿Qué pasa, que no te vale solo conmigo?! –recrimina a su agente.

El Lexus sale precipitado hacia la sesión de fotos y yo me dirijo al metro, riendo solo.

El día ha empezado bien y continúa mejor cuando veo llegar a Regina a la oficina, en lugar de Ian. Me guiña un ojo cómplice, que lo tomo como un: “*hoy también hemos logrado que se quede en casa*”, y me muestra el café que lleva en la mano.

*¡Esto sí que es una novedad!*

Hoy no doy abasto con las llamadas, algo que no me parece mal ya que las horas pasan volando, porque Grace está ocupada en enviar los documentos que ayer firmó el jefe.

Y a ese ritmo frenético, llega la hora de la comida y me excuso con Regina, que quiere volver a comer conmigo, pensando en la conversación que mantuve

con Ian y en su orden velada para que coma solo.

Es la primera vez que salgo del edificio y, la verdad, no dispongo de mucho tiempo para irme demasiado lejos, y tampoco tengo dinero suficiente como para entrar en uno de los carísimos restaurantes de la zona. Termino decantándome por acudir a un puesto callejero y comprar un *hot-dog* al más puro estilo neoyorquino.

*¡Que invento más bueno!*

Con su *ketchup* y su mostaza, lo disfruto como un buen polvo, y, de la misma forma, repito con un segundo.

El resto del tiempo lo paso en una cafetería, leyendo la revista AFS que compré en un puesto de prensa cercano, y disfrutando de un magnífico *frayppuccino*. No sé qué es lo que más calienta mi cuerpo, si el licor del café o la modelo que aparece en portada con pose sensual.

De vuelta en mi puesto de trabajo, me encuentro con una gran caja de cartón sobre el escritorio.

*¿Qué es esto?*

La abro con curiosidad y descubro el interior lleno de productos y cosméticos de belleza de la marca AFS, *Across Fashion and Styles*.

–Ah, Luke, ya estás aquí –dice Grace, saliendo del despacho.

–¿Qué es esto?

–La nueva gama de productos AFS. Los han traído hace poco y he llamado al señor Jacobs para avisarle.

Asiento mientras reviso la cantidad de cremas, productos de aseo, maquillaje, perfumería...

–Me ha dicho que te pida que se la lleves para que les dé el visto bueno –añade–. Deben salir al mercado el mes que viene.

Levanto la vista hacia ella.

–¿A su casa? ¿Otra vez?

Grace asiente con gesto comprensivo y compasivo, y regresa a su mesa.

Yo cierro la caja, recojo mi bandolera y me encamino hacia los ascensores con una amplia y perversa sonrisa por la tarde entre orgasmos que me aguarda.

Los dos días siguientes transcurren de la misma manera: voy al trabajo con una sonrisa en la cara, doy largas a Regina para no comer con ella y esa hora la paso fuera del edificio, y, al regresar, Grace tiene preparado un nuevo encargo que debo llevar a casa de Ian, donde disfruto de una tarde de sexo cada vez mejor compenetrado.

Igual estoy alucinando o aturdido por los polvazos, pero empiezo a ver, aunque sea un poco, al Ian simpático que todos dicen que es. Me gusta que, en la intimidad de su despacho, se quite la coraza de dueño de una prestigiosa empresa y quede el chico joven que es, con el que hablo de temas banales y sin importancia, reímos y utilizamos los productos AFS, de hombre por supuesto, para darnos agradables masajes que terminan en más sexo.

El viernes estoy exultante. Durante estas noches he avanzado bastante con el diseño de alta costura para el concurso y, aunque todavía faltan muchos detalles, aún tengo días por delante para terminar. Otra de las razones para mi jubiloso estado de ánimo es por pensar qué será lo que se invente hoy Ian para que acuda a su casa; solo con saber que nos veremos, la excitación recorre mi cuerpo de arriba abajo cual descargas eléctricas. Me siento como un niño la noche anterior a Navidad y a los regalos que le habrá dejado Santa Claus.

*Estoy deseando desnudar el mío.*

Lo que ha terminado de despuntar mi alegría ha sido ver a mi prima en un cartel publicitario anunciando una marca de maquillaje. La había visto en revistas, pero no en carteles gigantes en plena calle. Le he enviado un mensaje en el acto, para contárselo.

Hoy me he vestido con la última ropa “de oficina” de la que dispon-go: un pantalón de tela gris oscuro y una camisa clara debajo de un chaleco negro. Tengo que ponerme a planchar, pero me da tanta pereza y se me da tan mal, que creo que engañaré a mi prima.

Conforme recorro el pasillo hacia mi puesto de trabajo, escucho voces y risas. Una es Grace, pero no consigo reconocer a la otra mujer. Al llegar, descubro a una sensual pelirroja con ropa deportiva, de más o menos la edad de Grace, con muletas y una férula médica de aluminio en la pierna derecha.

–Buenos días –saludo.

Ellas interrumpen la conversación y se giran hacia mí. Grace para saludarme como a diario y la pelirroja, para escanearme de la cabeza a los pies. Un efecto que siempre causo y al que ya estoy más que acos-tumbrado.

–Helen, este es Luke, el chico que te está sustituyendo.

*Así que ella es Helen. El señor Jacobs tiene buen gusto para elegir a sus secretarias.*

Dejo mis pertenencias sobre el escritorio y me acerco a saludarla.

–Encantado de conocerte –le digo, dándole un suave apretón de manos–.  
¿Cómo estás?

Imagino que se fracturó la pierna y por el tipo de vestimenta que lleva intuyo que va o viene de rehabilitación.

–Hola –susurra, algo ruborizada–. Bien, gracias.

De cerca se aprecia una seductora mirada color caramelo.

*Lo dicho, Ian tiene muy buen gusto.*

Regreso a mi mesa para dejar que sigan conversando en privado, o todo lo privado que permiten los metros que separan los escritorios, aunque no lo hacen por mucho tiempo. Regina llega embutida en un atrevido vestido negro y saluda eufórica a Helen.

Por las conversaciones me entero de que sufrió un accidente de co-che y, como he intuido bien, hoy empieza con la rehabilitación. Está bastante asustada porque le han dicho que las primeras sesiones son muy dolorosas y las chicas intentan tranquilizarla.

Después, Regina le desea una pronta recuperación y se acerca a mi escritorio, donde se sienta cruzando las piernas.

–Buenos días, Luke.

–Buenos días –saludo sonriente.

–La pregunta del millón: ¿comemos juntos u hoy también has quedado con esa misteriosa amiga?

Una llamada entrante en mi terminal me da la oportunidad de esquivar la pregunta, al menos, por el momento.

–Despacho de Ian Jacobs, soy Luke –contesto.

–Buenos días –saluda una voz femenina y con acento inglés–. Quiero hablar con Regina Jacobs.

Levanto la vista hacia esta, que me mira pensativa.

–¿De parte de quién?

–Heather Willenthon, su futura cuñada –contesta con prepotencia, como si yo debiera saber quién es.

*¿Su futura cuñada? ¿Me estoy perdiendo algo?*

Puede que haya un tercer Jacobs que no conozco. Sinceramente, no sé mucho de sus vidas.

–Heather Willenthon –repito como si lo estuviera anotando y, de paso, para que Regina lo escuche.

Esta abre los ojos, alarmada, y niega con la cabeza y las manos.

–Sí –resopla mi interlocutora–. ¿Puedes pasarme con ella, por favor?

–La señorita Jacobs no ha llegado todavía, pero he apuntado su nombre y, en cuanto llegue, le diré que ha llamado.

–Dile que me llame.

–Muy bien, buenos días –despido la llamada y cuelgo.

–Buff –suspira Regina–. Gracias, Luke, te debo una.

–Quiere que la llames –la informo–. Me ha dicho que es tu... ¿futura cuñada?

Ella lo confirma con un movimiento cabeza y baja de la mesa.

–La prometida de Ian, un horror de mujer –comenta y se dirige al despacho.

*¿La prometida de Ian?!*

Mi corazón de una fuerte sacudida, descontrolándose en mi pecho, y la perplejidad me llega en forma de bofetón sin manos.

–Regina –la llamo y ella se gira–. Sí, comemos juntos.

La hermana del jefe sonrío complacida y desaparece tras las puertas del despacho.

Yo sigo en *shock* por la noticia y porque esta trae consigo muy malos recuerdos y sensaciones.

*¿Ian va a casarse? ¡Si lleva días acostándose conmigo! ¡Y he visto desfilar modelos por su despacho! ¿Qué tipo de relación es esa?*

–¡Luke!

–¿Eh? –Me giro despistado hacia mi compañera–. ¿Qué?

–Voy a acompañar a Helen hasta el ascensor –avisa.

–Vale. Que te mejores, Helen.

–Gracias, Luke. Encantada de conocerte.

–Igualmente.

Las dos se marchan y yo continúo con mi caos mental. Ya me metí una vez entre un matrimonio y las cosas acabaron muy mal, especialmente para mí, ya que ambos me acusaron: él, de acostarme con su mujer, y ella, de haberla seducido. La realidad fue muy distinta. Ella no me dijo que estuviese casada y fue la que me sedujo a mí. Con el paso del tiempo se comprobó que ella era la señora Robinson de mi vecindario en Beberly Hills y yo un chaval ingenuo de diecisiete años, de o-tros tantos que habían caído en sus garras. Pero mis padres no lo vieron así, ellos sufrían por las habladurías sobre su único hijo y no por mí, sino por ellos, por la vergüenza que sentían. Sabían que no era tan ingenuo, aunque en aquel caso sí que lo fui, y, desde entonces, me hi-cieron la vida imposible.

Grace responde al teléfono y corta mis dolorosos recuerdos.

*No pienso volver a pasar por una humillación igual. Jamás.*

Sigo trabajando, pero ya no estoy ni tan feliz como lo estaba, ni tan

centrado, y, en el fondo, me preocupa sentir el coraje que siento por pensar que Ian se vaya a casar.

*¡No quiero que se case!*

Mi móvil empieza a sonar dentro de la mochila y lo saco para comprobar que es mi prima.

–Dime –contesto apesadumbrado.

–¿A qué lugar has querido viajar siempre, desde que llegamos aquí, y aún no lo hemos hecho?

–Megan, no estoy para adivinanzas.

–¡Ay chico, que soso! Venga, juega un poco.

–Está bien –acepto, dándole el gusto–. Emm.. ¿A qué lugar he querido ir desde que estamos aquí?

–Sí. Desde que estamos en la costa este –contesta emocionada.

Inspiro profundamente e intento pensar, aunque mi cabeza no esté por la labor.

–Bueno, echo de menos la playa.

–Sí, ¿y?

–Y, como no hemos pisado una desde que salimos de Los Ángeles, puede que sea un sitio con playa. También diré que somos algo pijos, así que probaré suerte con... ¿Los Hamptons?

–¡Síiiii! –grita, eufórica, provocando un estallido en mi tímpano–. Los padres de Abraham tienen una casa allí y nos vamos esta misma tarde, hasta el domingo. Llamo para avisarte que, cuando termine la sesión de fotos, prepararé nuestras mochilas con ropa y pasaremos por ti a la salida del trabajo. Así que no te retrases.

–Megan, ya sabes que tengo que terminar el diseño.

–Solo son un par de días. Venga, lo necesitamos.

No sé para qué lo intento. Jamás he podido, ni sabido, decirle que no a mi prima.

–De acuerdo, iré con vosotros. Aunque ya sabes que no me hace ni pizca de gracia ser el sujeta-velas.

–No quiero ir sin ti –admite ella–. Además, aquello estará lleno de chicos y chicas, solteros y atractivos.

–Y ricos –añado sonriente.

Megan emite una risita juguetona. Sabe que ya me tiene ganado.

–Bien, luego nos vemos, guapo –se despide.

–Hasta luego.

Después de la llamada y con un fin de semana fuera de la ciudad a la vista, continúo trabajando algo más animado.

Cuando llega mi hora de comer, parto hacia el comedor y lo hago acompañado de Regina.

## CAPÍTULO 10

Apoyamos las bandejas con la comida sobre la mesa y nos sentamos, ella enfrente de mí.

–¿Has llamado a tu futura cuñada?

Decir esas palabras me sientan como una patada en el mismo estómago o una puñalada en el...

–No –contesta y pica de su ensalada–. También ha intentado localizarme en el móvil, pero no se lo he cogido. Imagino que mi hermanito le habrá contado que estoy sustituyéndole.

–Y, ¿cuándo es la boda?

*¿De verdad quiero saberlo? ¿No puedo hacer borrón y cuenta nueva, y olvidarme de Ian?*

–Agosto. Heather se fue hace un par de meses a Londres para organizar todo. Como van a vivir aquí, se quiere casar en su país. Las llamadas me dan a entender que ha vuelto.

Mastico el sándwich y lo trituro lo máximo que puedo. Dudo que atraviese el nudo que tengo en la garganta.

*¡El muy cabrón se va a casar! ¡Es que no me lo puedo creer!*

–Parece que no te cae bien.

–Nada bien. Y así, entre tú y yo, no entiendo su relación. Sé que Ian le ha puesto los cuernos y dudo que ella le haya sido muy fiel allí en su tierra.

La miro entre sorprendido y preocupado.

*¿Qué sabe ella?*

–No me mires así –musita, divertida–. Seguro que has sido testigo de las visitas que mi querido hermanito recibe en su despacho. Además... –Se inclina sobre la mesa y se acerca peligrosamente a mí–, también se ha acostado con sus secretarias. Con Helen y con Grace.

Me atraganto con el sándwich y abro el refresco para darle un gran trago. Lástima que no sea alcohol, porque es lo que necesito en estos momentos.

*El muy... ¿se ha acostado con sus secretarias y conmigo también? ¿Es que es un rito de iniciación o qué?*

Ahora mismo me doy mucho asco. Me siento utilizado y odio sentirme así.

–Me dejas sin palabras –consigo murmurar.

–Pero, bueno, si quieren casarse allá ellos.

Seguimos comiendo mientras Regina me pone al tanto de la historia del futuro matrimonio.

Se conocieron hace un año en una gala benéfica. Heather Willenthon, de veintisiete años, es una reputada diseñadora de interiores en Londres, aunque aquí también empieza a ser conocida y a labrarse una exitosa carrera, sobre todo tras saberse la noticia del enlace con el señor Jacobs.

*¡Oh, mierda!*

–Apuesto a que le ha decorado la casa –comento con ella, recordando el impresionante salón.

–Hombre, le echó el lazo en todos los aspectos.

*Don't wake up* de Chris Brown suena dentro de mi bandolera y al sacarlo y ver que es Ian, corto la llamada.

–Mi prima –miento a Regina.

–¿Tienes planes para este fin de semana?

–Sí, me voy a la playa.

–¿En serio? ¡Qué bien! ¿Adónde?

Un pitido del móvil me avisa de un mensaje entrante y no necesito mirar para saber quién lo envía.

**--Cógeme el puto teléfono. Sé que estás comiendo con Regina y me dijiste que no ibas a hacerlo más. Estoy furioso—**

Frunzo el ceño y la sangre empieza a bullirme por dentro.

—¿Va todo bien? —pregunta mi acompañante, percatándose de mi cambio de actitud.

—Sí —le digo con mi mejor sonrisa fingida—. Voy con mi prima y su novio a los Hamptons.

—¡Oh, eso está muy bien! —celebra, mucho más emocionada por el viaje que yo—. Seguro que te lo pasas genial.

—No te haces una idea.

Ella se ríe al entender por dónde voy. Ahora más que nunca necesito un fin de semana de locura.

Con ese pensamiento, contesto al mensaje:

**--Sí, estoy comiendo con ella. Si te molesta, te jodes. Por cierto, mis felicitaciones por su inminente boda, señor Jacobs--**

Lanzo el móvil dentro de la mochila y termino de comer, sin hambre, escuchando las historias que cuenta Regina de los veranos que ha pasado en los Hamptons y lo mucho que ha disfrutado allí. Me explica que antes disponían de casa allí, pero cuando falleció su padre, al que le encantaba ese lugar, decidieron venderla y no han vuelto a ir.

De vuelta en la vigésima planta, el móvil de Regina comienza a sonar y resopla, hastiada.

–Me temo que esta vez voy a tener que contestar –dice, enseñándome la pantalla donde leo: “La Trepa”.

El apodo me hace reír. No conozco a la prometida de Ian, dejando de lado los escasos minutos al teléfono, pero, sin duda, estoy del lado de Regina.

–Heather, querida. ¿Cómo estás? –responde, pasando al despacho.

Cuando las puertas se cierran y yo ocupo mi puesto, Grace se acerca desde su mesa.

–Luke, el señor Jacobs ha llamado para pedir que le lleves el último mes de contabilidad. Ya he avisado a Michael y lo subirá enseguida.

–Hoy no voy a ir, que se lo lleve un mensajero –contesto, centrándome en el ordenador.

–Ha llamado hecho una furia, no te recomiendo que le lleves la contraria.

Me encojo de hombros como respuesta. Si Ian piensa que voy a ir a su casa, es que es más imbécil de lo que creía. A mí me toman el pelo una vez, dos no.

Cuando Michael, secretario en contabilidad, sube el papeleo que ha pedido el jefe, lo cojo sonriente y acto seguido llamo a mensajería para que me envíen a alguien.

A las cinco y diez me encuentro saliendo por las puertas giratorias de *Across* y busco a mi prima en la calle.

–¡Luke! –la escucho llamarme.

Miro hacia el frente y veo que se acerca desde un Range Rover que hay detenido junto al bordillo. Cuando llega hasta mí, se lanza para abrazarme y besar mi mejilla.

–¿Tienes ganas de ir? –pregunta, examinándome la cara.

–Creo que no tantas como tú.

–Ya verás cómo lo pasamos de maravilla.

Tira de mi brazo para llevarme hasta el todoterreno de cristales tintados, y, al abrir la puerta trasera, Christa me sonrío desde el interior.

–Hola, nene –saluda, agitando los dedos.

Sonrío, encantado de verla aquí y de saber que pasará el fin de semana con nosotros, y subo. Saludo a Abraham con una palmada en el hombro y en cuanto Meg posa su firme trasero en el asiento de cuero, partimos sin más espera hacia los Hamptons.

*Espero que sea tan bonito y lujoso como lo he visto en series.*

–Por cierto, tengo algo para ti.

Christa abre su bolso de mano y me entrega un sobre cerrado. En el interior viaja un muy generoso cheque de la agencia *Work It Up*.

–¡Joder! –alucino al comprobar la cifra–. ¿No es mucho dinero por dos semanas de trabajo?

–¿Dos? Eso es de la primera. *Across* paga muy bien y es una lástima que solo sean tres meses.

Vuelvo a cerrar el sobre y lo guardo con premura en la mochila, sin terminar de creerme que vaya a cobrar ese sueldo por semana. En mi mente aparece Ian, en si él habrá dado el visto bueno, y en ese preciso instante empieza a sonar mi móvil. “*Hablando del diablo...*”, recuerdo que dijo Regina y no pudo estar más acertada.

Corto su llamada, cuarta desde la comida, y, tras apagarlo, me exployo sobre el cómodo asiento de cuero.

–¿Qué hay de tu bombero? –pregunto a mi amiga, para pensar en otra cosa.

Ella frunce los labios en una mueca de tristeza.

–Trabajando. Es un fastidio que no tenga más fines de semana libres. Me hubiese gustado que viniera.

–Su trabajo es una putada –murmuro.

–Sí –asiente ella–, pero es su vocación. Hemos hablado hace un rato y ha dicho que me lo pase bien, aunque no tanto como cuando estoy con él.

Suelta una risita y yo pongo los ojos en blanco.

–Menudo corta rollos –bufo para picarla.

Christa golpea mi brazo y me río por conseguirlo. Que intuitivas son las mujeres enamoradas.

Tras dos horas de trayecto, llegamos a East Hampton en pleno atardecer y a excepción de Abraham, que ya debe estar acostumbrado, el resto murmuramos fascinados mientras contemplamos, a través de las ventanillas bajadas y con el aroma salino del mar sacudiendo nuestras caras, las majestuosas edificaciones que pasamos de largo. Algunas parecen castillos de verano, como, por ejemplo, la de estilo colonial que surge al final de un sendero empedrado por el que accedemos con el Range Rover. He visto mansiones grandes, pero esta... Y si ya de por sí es espectacular, los focos que la alumbran estratégicamente, la realzan todavía más.

Silbo, atónito, y me inclino entre los asientos delanteros para verla mejor.

—Menuda choza, tío —le digo a Abraham, cuando nos detenemos—. ¿Quién es tu padre, un senador?

Megan me mira con el ceño fruncido.

—El caso es que sí —contesta él.

—¡Oh!

—¡Muy gracioso, Luke! —gruñe mi prima, empujándome hacia los asientos traseros.

—¿Qué pasa?

—¡Como si no supieses ya que su padre es el senador Wells!

—Y, ¿cómo iba a saberlo?! ¿Acaso me lo has dicho tú?!

—¡Hey, chicos! —exclama Chris, interponiéndose entre ambos—. ¿A qué viene esta pelea?

—Eso, no discutáis. Luke no lo ha dicho a malas —añade Abraham, intentando calmar a su chica.

—¡Sí que lo ha hecho! ¡Lo hace siempre! —espeta Megan, enfadada—. ¡Mofándote de todo! ¡A ver cuándo maduras de una vez!

Aprieto los dientes, molesto y muy dolido por sus palabras, y antes de soltar por la boca algo de lo que seguramente luego me arrepienta, bajo del coche y me voy a dar una vuelta.

—¡Luke! —grita Christa detrás de mí.

No me detengo y sigo andando para intentar relajarme.

*¿¿Qué coño le pasa a mi prima?!*

—¡Luke!

Christa agarra mi brazo y me fuerza a frenar.

—No la tomes en serio.

—¡¿Que no la tome en serio?! —vocifero, encarando a mi amiga—. ¡¿Tú has

oído lo que ha dicho sin venir a cuento?! ¡¿Qué coño le pasa a esa tía?!

–Luke, tranquilízate. –Chris apoya las manos sobre mi agitado pecho y comienza un ritual de caricias relajantes que terminan por sosegar-me—. En la casa están los padres y la hermana de Abraham. Quiere presentarles a Megan y por consiguiente a ti, la persona más importan-te de su vida. Está nerviosa y sí, ha perdido los papeles, pero ya verás cómo se disculpa.

–¿Va a presentarle a su familia? ¿Tan en serio van?

–Eso parece –contesta, cogiéndome de la mano—. Venga, volvamos. Tenemos que cenar con su familia.

–¿De verdad tenemos que hacerlo? ¿No podemos salir tú y yo de copas? Es a Megan a quien quieren conocer.

Christa se ríe, divertida, e intenta arrastrarme hacia la casa.

–Tu prima necesita nuestro apoyo.

Cedo y, pasando el brazo alrededor de su cuello, le planto un beso en la cabeza.

–No debería quererte tanto puesto que me has abandonado en nuestras correrías nocturnas.

La morena estalla en una profunda carcajada y abraza enérgica mi cintura.

–Más le vale a tu bombero no hacerte daño o, de lo contrario, su exnovia la loca le parecerá un paseo por las nubes en comparación conmigo.

–Su nombre es Jax –me corrige—. Y estoy deseando que lo conozcas mejor para que veas el buen tío que es.

–No, si ya me fijé en lo bueno que estaba.

El puñetazo que recibo por su parte, hace que me doble de dolor y risa.

Megan y Abraham están sentados en el maletero del Range Rover, hablando, y vuelven la cabeza cuando nos acercamos. Mi prima sale corriendo y se lanza a mis brazos, que la acogen con la misma fortaleza que los suyos a mi persona.

–Lo siento, soy una estúpida –se disculpa—. Perdóname.

–Claro que te perdono –le aseguro mientras acaricio y beso su cabeza.

Puedo contar con los dedos de una mano las veces que he discutido con mi prima y nunca han sido grandes peleas.

–Christa me ha contado que hoy vas a conocer a los padres de Abra-ham.

–No sé si puedo hacerlo, Luke –murmura contra mi pecho—. Cuando me propuso el viaje no comentó que también estaría su familia, me lo ha dicho en el coche cuando estábamos a punto de recogerte. Al principio me hizo ilusión, pero ahora...

–Para que no pudieras escapar, chico listo el *Ranger* –musito y sonrió–. Yo estaré contigo y les vas a encantar.

Mis palabras parecen calmarla y la llevo de regreso al coche, donde recogemos nuestras mochilas. Después, Abraham cierra el maletero y nos guía hasta la entrada flanqueada por dos hileras de pequeños y perfectamente recortados abetos. El timbre suena como repiques de campanas y cuando se abre la puerta, ante nosotros aparece un hombre de cabeza rapada y dimensiones gigantescas, empuñando un arma.

–¡Wow! –exclamo, retrocediendo y protegiendo a las chicas con mi cuerpo.

Los oscuros y fríos ojos del desconocido recorren a cada uno de nosotros y terminan deteniéndose en el jugador de *hockey*. En ese momento, rompo a reír, guardando el arma dentro de la chaqueta.

–Él es Thiago –lo presenta Abraham–, trabaja en la seguridad de mi padre.

El nombrado se hace a un lado para dejarnos entrar y al pasar por su lado me doy cuenta de lo realmente grande que es.

Si el exterior de la casa es impresionante, el interior lo supera con creces; cada nimio detalle decorativo es claramente lujoso y caro, muy caro.

–¡Oh, ya habéis llegado!

La exclamación procede de un salón contiguo al recibidor, de donde sale una mujer madura y cuya vestimenta nos hace saber que trabaja en el servicio doméstico. Parece agradable y se dirige con una inmensa sonrisa hasta Abraham, al cual acoge de forma impetuosa entre sus rollizos brazos y lo tambalea hasta casi desmontarlo.

–¿Cómo estás, Marjory? –pregunta él, una vez queda liberado.

–Muy feliz de verte.

–¿Y los demás?

–En la cocina. Esta noche, al ser tan especial, quería cocinar tu madre y ha cogido al resto de ayudantes.

No puedo evitar mirar a mi prima y preocuparme porque cada vez la veo más pálida.

Abraham se acerca con Marjory y comienza con las presentaciones. La buena mujer no solo da un abrazo de oso a Megan sino que también lo hace con Christa y conmigo.

*¡Caray, que fuerza tiene la mujer!*

Cuando me suelta miro a Thiago, que sigue cruzado de brazos junto a la puerta, y arquea una ceja como si pudiese leer mis pensamientos.

Está claro que Marjory también podría ser una buena empleada de

seguridad para el senador Wells.

–Dejemos aquí las mochilas –nos dice Abraham–. Luego las cogeremos.

–¿Quieres que os las suba a las habitaciones? –pregunta Marjory.

–No, descuida. Lo haremos después y así nos organizamos.

–Muy bien –acepta sonriente la mujer–. Entonces, continuaré preparando la mesa.

Abraham nos conduce por un pasillo de la casa mientras nos muestra por encima las estancias que vamos pasando, e intenta no presumir de vida acomodada; como si quisiera no hacernos sentir incómodos. Si él supiese...

Thiago va pisándonos los talones durante todo el recorrido, como un perro guardián que se mantiene alerta y vigilante a cualquier movimiento extraño o sospechoso. Él sí que incomoda.

–La cocina está detrás de esa puerta –informa el jugador de *hockey*, señalando una de vaivén que tenemos justo delante.

Meg, que va agarrada a su mano, mira por encima del hombro y su expresión es de pánico. Christa y yo la sonreímos para que se tranquilice, pero está demasiado tensa. Es la primera vez que un novio quiere presentarle a sus padres.

Abraham empuja la puerta con lentitud y mete la cabeza por la pequeña abertura.

–Hola, familia. ¿Se puede?

–¡Cariño! –exclama una voz aguda, seguramente la de su madre.

Accede a la cocina, arrastrando a una temblorosa Megan con él, y luego dejo que pase Christa primero, para hacerlo en último lugar.

La estancia es amplia, al igual que el resto de habitaciones que hemos visto, y muy acorde con el resto de la casa. La familia se encuentra alrededor de una generosa isla central y lo que sea que estén cocinando huele realmente delicioso.

La primera en acercarse a saludar es Geraldine Wells, la madre de Abraham, y parece una mujer realmente encantadora, además de tremendamente joven.

El siguiente es su padre, el senador John Howard Wells que, sinceramente, no me suena de nada, aunque tampoco es que me vaya mucho la política.

*¿Será republicano o demócrata?*

Mis padres... Mejor dicho, mi familia al completo, son republicanos hasta la médula. Yo elegí el partido demócrata solo por llevarles la contraria y joderles, aunque no me fuera la política y no la entendiese. Con el paso del

tiempo, me convencí de que el partido demócrata era el mejor, me gustaban sus ideales. Pero, lo dicho, no me va mucho.

El senador Wells no será mucho mayor que su esposa, pero aparenta ser diez años mayor y todo, lo más probable, por el desgaste que causa la política en los que la ejercen. Lo que me gusta es que vista de manera casual y perfectamente combinado con la señora de la casa.

En último lugar nos recibe Kimberly Wells, igual de simpática y educada que sus padres. Es la hermana menor de Abraham, pero puedo afirmar que tiene uno o dos años menos que mi prima y un servidor. Se parece físicamente a su hermano y a su madre, y es muy atractiva; consigue captar mi atención y no solo por las miradas y sonrisas que me dedica. Eso sí, sé que es terreno vedado o la parte de mi anatomía que más adoro, sufrirá daños.

Los cuatro forman una familia muy bien avenida, podría decirse idílica y nada que ver con la nuestra, y Megan parece relajarse por fin. Además, Kimberly conecta rápidamente con ella y Christa.

La cena es bastante más divertida de lo que esperaba y la madre y hermana de Abraham disfrutan escuchando la historia de cómo se conocieron él y mi prima: una noche, un restaurante albanés, él la miraba no tan disimuladamente, ella sentía vergüenza, y, finalmente, fui yo quien le echó morro al asunto y los presentó.

También sienten curiosidad por saber a qué nos dedicamos y Meg se sorprende cuando Kimberly le confiesa que desde que su hermano le contó que salía con una preciosa modelo, la buscó por Internet y dio con muchas fotos que, por supuesto, enseñó a sus padres.

Al senador y esposa les parece interesante la labor que hace Christa en la agencia de empleo y a mí me miran admirados al momento en que Megan les explica que intento ser diseñador, a pesar de los cientos de empleos por los que he pasado, y les habla sobre el concurso de jó-venes diseñadores al que estoy apuntado y que se celebrará en la ciudad en unas semanas.

–Espero que tengas suerte y salgas victorioso –me desea Geraldine, muy amable.

Yo sonrío y se lo agradezco.

El tema familia nos incomoda un poco a Megan y a mí, pero conseguimos pasarlo por encima, sin dar muchos detalles.

La charla continúa sobre los *Rangers*, sobre lo bueno que es Abraham y lo valorado que está en el equipo, y se ríen cuando confesamos que no éramos seguidores del deporte, pero que desde que fuimos invitados a ver un partido,

nos hemos aficionado al *hockey* y al equipo. Mi prima mucho más, evidentemente.

Tras los cafés, que nos los sirve Marjory al igual que el resto de la deliciosa cena, y la cómoda sobremesa, Abraham, con la compañía de su hermana, nos muestra el resto de la casa. Empezando por una magnífica terraza *chill-out* con vistas al mar y desde la que se accede a una piscina de iluminadas aguas turquesas y a un perfectamente cuidado césped; continuando por una increíble sala de ocio, donde reto al *Ranger* a una partida de billar y él acepta encantado una vez estemos instalados; seguidamente, pasando por un modesto gimnasio con piscina climatizada, una coqueta sala de lectura, más salones, más baños... Y finalizamos el *luxury-tour* recogiendo el escaso equipaje que traemos, para subir a instalarnos en las habitaciones donde nos alojaremos. Estas son espectaculares, con unas camas casi tan grandes como la mía, y no tienen nada que envidiar al resto de mansión.

Lo que me deja completamente anonadado es el hecho de que Abraham asigne a Megan una habitación diferente a la suya.

*¿Es que no piensa dormir con ella?*

Por la mirada que me envía Christa, sé que ella está pensando lo mismo, aunque ninguno decimos nada al respecto.

Después de instalarnos cada uno en una habitación y yo aprovechar para cambiarme la ropa de oficina, por un pantalón corto y una camiseta, regresamos a la sala de ocio. Allí, los dos chicos nos acercamos a la mesa de billar, dispuestos a llevar a cabo la competición, y la dulce Kim se dirige al bar para servirnos algunas bebidas.

—Lamento informarte, Luke... —comenta Abraham, sonriente, mientras me hace entrega de uno de los lustrosos tacos—, que has retado al ganador del campeonato de billar de East Hampton de los últimos tres veranos.

Kimberly, cargada con botellines de cerveza y algún refresco, se posiciona a su lado, chasqueando la lengua.

—A mi hermano no le gusta perder.

Empiezo a reír a carcajadas ante el nulo, por no decir patético, intento de intimidación del dueto Wells.

—Abraham, cariño —murmura, esta vez Megan—, te quiero mucho, pero me temo que contra mi primo no tienes nada que hacer.

Él sonríe al escucharla y yo arqueo una ceja, chulesco.

—¿Quieres saber cómo pagamos en su día la fianza y el primer mes de alquiler? —pregunto, dejando entrever mi profesionalidad en este deporte.

–¡Venga, menos cháchara presuntuosa entre gallitos y más jugar! –exclama Christa–. El perdedor irá directo a la piscina con ropa, ¿qué os parece, chicas?

Ellas vitorean emocionadas ante la idea de mi alocada amiga y nosotros reímos divertidos y desafiantes.

–Sacas tú –le cedo el honor.

–¡Mierda! –gruño al fallar el tiro–. ¡No vale, se ha levantado la cami-seta para distraerme! –me quejo, señalando a Abraham.

El jugador de *hockey* se carcajea profundamente y niega con la cabeza.

–Solo me estaba rascando –se escuda.

*¡Iba a ganar! ¡Será tramposo!*

–¿Se te van los ojos hacia mi chico, primo? –se cruza de brazos Megan, fingiendo molestia.

Enfurrñado y picado por la trampa, me abrazo a Christa que también ríe a mandíbula batiente.

–Si es que ves un poco de carne y... –se jacta ella.

–Cuando vaya a tirar, gimes –le susurro al oído.

Me aparto y le doy un azote en el culo, al que ella responde con un leve chillido y más risas.

Apoyado en el taco, al otro lado de la mesa, observo a Abraham con el ceño fruncido. Este pone la bola en posición y me dedica una sonrisa presumida y petulante antes de tirar.

–Tronera superior derecha –dice.

–Recuerda que debe tocar dos paredes.

Él asiente confiado, coge postura sobre el tapete, y, cuando el taco está a punto de golpear la bola, mi querida amiga emite un impresionante gemido sexual.

–Manos a la espalda –me ordena Abraham.

Puedo apreciar en sus ojos el brillo de placer que le causa esta situación y lo inflado que tiene el ego en estos momentos al hacerse, con malas artes, con la victoria.

Me encuentro de espaldas a la piscina climatizada del gimnasio y las chicas nos observan entretenidas a pocos pasos de distancia.

–¿Tienes miedo de que te agarre al caer?

–Quién sabe. Lo del gemido ha estado bien, lástima que no te haya

funcionado.

–Mañana la revancha –le reto de nuevo–. Y, te aseguro, que el truquito de la tableta de chocolate ya no te va a funcionar.

El jugador de los *Rangers* vuelve a romper en risotadas y sin más dilación, me empuja al interior de la piscina. El agua no está nada fría y cuando emerjo a la superficie, veo como mi oponente pasa por encima de mí al ser empujado por las chicas.

En esta ocasión soy yo quien ríe intensa y escandalosamente, y más aún cuando Megan y Christa se compinchan para arrojar también a la joven Kimberly.

–¡No, por favor, que hoy he ido a la peluquería! –chilla ella, antes de caer al agua sin remedio.

Por último, Megan intenta tirar a Christa y esta, a su vez, a mi prima. Entre forcejeos, risas y empujones, son ambas las que terminan dentro de la piscina, acompañando al resto.

A medianoche estamos listos para disfrutar de una noche en los famosos Hamptons, y, quince minutos después, nos encontramos frente al Dólar, uno de los locales de fiestas más prestigiosos de la zona, según los Wells.

Cuenta con tres plantas y en la cima de la fachada preside el gran letrero luminoso en forma de signo de dólar.

–Aquí vienen a desfogarse los hijos de todas las personalidades influyentes que residen por esta zona, que son muchas –nos comenta Abraham cuando bajamos de su todoterreno.

Kimberly viene con nosotros y, al igual que Megan y Christa, se ha puesto un vestido muy *sexy* que provoca pensamientos poco éticos.

Abraham y yo llevamos pantalón largo, obligatorio para los hombres que quieran acceder al local, él con una camisa oscura a juego y yo con camiseta clara.

Cuando llegamos a las puertas de entrada, uno de los porteros saluda con familiaridad al jugador de *hockey*, antes de dejarnos pasar.

*Sexyback*, canción de Justin Timberlake, nos recibe ha elevado volumen, despertando mi personalidad libidinosa como si de una llamada caliente y lujuriosa se tratara; que Christa comience con sus provocadores movimientos de cadera no es de ayuda para contener mis impulsos en forma de lobo ansioso por un bocado, y el ganado que nos rodea se ve muy apetecible.

–¡Subamos arriba del todo! –grita Abraham por encima de la música

mientras señala unas escaleras fluorescentes—. ¡Hay una pequeña terraza!

Todo el grupo nos dirigimos hacia allí y, por el camino, tanto el jugador de los *Rangers* como su hermana, saludan a algún que otro conocido. Abraham se centra en que la mayoría de ellos sepan que el bellezón rubio que va de su brazo, es su chica.

En la última planta el ambiente no se encuentra tan cargado, puede que debido a la terraza abierta con la que cuenta o a que no hay tanta aglomeración de personas. Nos acercamos hasta la barra y nuestro anfitrión se ofrece a pagar la primera ronda.

—¡Luke, vamos a bailar! —propone Kimberly, llevándome del brazo hacia la pista.

La joven Wells se mueve bien, demasiado bien, pero sus continuos roces mal disimulados, sumados a las sonrisas y miradas que me regala, hacen que todo mi esfuerzo de contención empiece a decaer. Y ella es zona minada.

En ese momento, dos brazos me rodean por la espalda y tiran de mí hacia atrás, como si intentaran alejarme de la dulce y cándida Kimberly. Al mirar por encima del hombro, descubro a una pícara Christa que se acerca a mi oído.

—Me envía tu prima y dice que: ¡ojito!

Río con ganas, al captar el mensaje, y busco a Megan por encima de las cabezas de la gente. La localizo en el mismo lugar, junto a la barra, dándose el lote con su chico.

*No me extraña que esté a lo suyo. Ya ha enviado a una escolta para las bragas de su “cuñada”.*

Me giro hacia mi amiga y paso los brazos alrededor de su cintura, arimándola a mí.

—Entonces, tendré que jugar contigo —le digo al oído.

Christa se aparta sonriente y niega con la cabeza.

—¡Ya tengo con quién jugar, cariño! —presume orgullosa—. ¡Y estoy deseando probar de nuevo su consola!

Estallo en una profunda risotada por su excitante eufemismo, aunque se ve interrumpida en el momento en que la imagen de Ian aborda mis pensamientos y un amargo malestar se instala en mi pecho.

*Sí, yo también tenía con quién jugar.*

—¡Vámonos a beber! ¡Esta canción es una mierda! —le digo, intentando que no note mi cambio de ánimo tan radical.

Christa quiere avisar a Kim, pero esta se encuentra charlando

distendidamente con un trío de fotocopias de Barbie.

Nada más llegar a la barra, y bajo la curiosa mirada de mi prima y compañía, cojo mi copa y bebo hasta que la rabia que llevo dentro empieza a desaparecer.

Horas después, y con un elevado porcentaje de alcohol en sangre, me encuentro tomando el aire en la terraza. He dado varios rodeos por el local, a la busca y captura de alguien con quien poder ir al baño a desahogarme, pero era pensar en sexo y acudir a mi mente el capullo de mi jefe.

Inspiro intensamente, niego con la cabeza ante mi lamentable situación y bebo del tirón lo que me queda de copa para, después, lanzar los hielos azotea abajo.

–¿Te encuentras bien?

Viro la cabeza hacia la chica que ha surgido a mi lado. Es morena, es guapa, está buena... y calculo que tendrá uno o dos años menos que yo. Eso si la vista no me falla, que en estas condiciones es lo más probable.

–Muy bien, ¿y tú? –respondo, arrastrando las palabras.

Debo sujetarme en la barandilla para no tambalear. Soy consciente de lo borracho que estoy, pero creo que, si me doy prisa, y antes de que esta última copa consiga dejarme fuera de juego, podría echarle un polvo rápido.

–Bien –responde, atusándose el cabello.

–¿Cómo te llamas?

–Amelie.

–Yo soy... Luke.

Extiendo una mano y ella la estrecha con delicadeza, tal y como lo harían sus entrañas a mi polla.

–Lo sé, eres amigo del hermano de Kimberly Wells. Les hablé de ti a mis amigas.

La chica señala hacia un lado de la terraza y al seguir la indicación, veo a los tres clones de Barbie acomodadas sobre unos sofás. Asiento al recordarlas.

–Y... ¿has sentido curiosidad por conocerme?

Doy un paso hacia ella, cogiéndola por su fina cintura, y al ver que no pone impedimentos, pego mi boca a la suya para devorarle los labios con suma dedicación.

Cuando me separo, ella está jadeante y en su mirada brilla la lujuria que reconozco en cualquier hombre o mujer.

–¿Por qué no vamos a un lugar más tranquilo donde estemos solos? – murmuro, ebriamente excitado.

–No quiero parecer una chica fácil.

Sonrío con altivez y me aparto, apoyándome de nuevo sobre la barandilla de la terraza.

–Escucha, preciosa... Lanzarte sobre un desconocido, como lo has hecho, no te da imagen de beata precisamente.

La chica se queda con la boca abierta y la llegada de Megan evita que responda.

–Luke, por fin te encuentro. Nosotros nos marchamos, ¿vienes o te quedas? Abraham dice que, si prefieres quedarte un rato más, puede decirle a Thiago que te recoja después.

Mi prima mira a la chica después de decir eso y yo hago lo mismo.

–Solo quiero follar –me sincero con la joven–. Si no es eso lo que buscas, puedes largarte.

–¡Luke! –reprende Megan–. Perdona, creo que ha bebido demasia-do –se disculpa con la joven.

Amelie se marcha escandalizada, con mis risas de fondo por el comentario de mi prima, y vuelco el vaso delante de ella para que vea que no queda ni una mísera gota en su interior.

–Trae eso –bufa Megan, quitándome el cristal de la mano y dejándolo en una pequeña mesa de la terraza–. Está claro que las preguntas sobran, te vienes con nosotros y punto.

–¡Oh, vamos, prima! –me quejo mientras balanceo mi achispado cuerpo por la barandilla–. Ya me has prohibido tontear con Kimberly, ¿acaso esta noche solo vais a follar Abraham y tú? ¡Ups! –siseo sonriente, rascándome la cabeza–. No me acordaba que dormíais en cuartos separados. Aunque seguro que él se cuele por la noche en tu habitación para metértela.

Megan arruga el entrecejo y tensa la mandíbula, en un claro gesto de cabreo.

–No voy a tener en cuenta lo que acabas de decir y darte un bofetón, porque estás borracho. Pero ya hablaremos.

Tras soltar su advertencia, se da la vuelta y regresa al interior del local. Poco después, quien sale con paso firme y decidido es Christa.

–¡Y aquí llega mi chica favorita!

Ella no parece contenta; de hecho, es todo lo contrario. Cuando se detiene enfrente de mí, me propina un fuerte bofetón que lanza mi rostro hacia un lado.

Un tortazo que resuena por encima de la música que escapa del local y que las personas aquí reunidas perciben y les hace exclamar por lo acontecido.

Deslizo el dorso de la mano por mi mejilla golpeada y empiezo a reír.

–Siempre has sabido cómo ponerme cachondo.

–¡Cierra el pico, Luke, y no digas más tonterías! Estás borracho y nos vamos –ordena, señalándome con un dedo acusador.

Pasa un brazo por mi cintura y me arrastra con fuerza hacia el interior de la tercera planta del Dólar.

–¿Qué te parece si esta noche vienes a mi habitación y nos lo montamos como locos? Tu chico no se enterará.

–¡He dicho que te calles! Ya has cabreado a tu prima, supongo que no querrás cabrearme a mí también.

Una vez subimos al Range Rover, Christa se coloca en el medio de la parte trasera, imagino que con la intención de impedir que pueda manosear a Kimberly. Da igual, ya estoy medio dormido, y, apoyando la cabeza en el hombro de mi amiga, dejo que mis pesados ojos se cierren.

–Sí que ha bebido –comenta Abraham.

–Creo que le pasa algo –añade mi prima–. Está muy raro. ¿A ti te ha dicho algo, Christa?

–Groserías, como a ti.

–Estoy borracho, no sordo –balbuceo.

La mano de Christa que antes me agredió, ahora me acaricia con delicadeza.

–Lo sabemos, cariño –me susurra–, pero mañana no te acordarás.

## CAPÍTULO 11

Amanezco tumbado boca abajo sobre la cama, vestido, con la cabeza dándome vueltas y el estómago en perfecta sintonía con ella.

*¡Oh, mierda! Pero, ¿qué bebí anoche?*

Mi boca pastosa pide a gritos un litro o dos de agua, y el resto de mi cuerpo, una ducha urgente; el aroma a sudor y alcohol es insoportable.

Me incorporo algo torpe y, desnudándome, me dirijo hacia el baño privado de la habitación. Bajo el agua caliente de la ducha y con las manos apoyadas en la pared, aguardo a que mi cabeza y mi estómago se asienten. Anoche ingerí demasiado alcohol, lo que ha provocado lagunas en mi memoria: no recuerdo gran parte de la noche, ni la hora a la que regresamos o cómo subí hasta el dormitorio.

*¡Maldita sea!*

Suspiro, abatido, y alzo el rostro hacia la alcachofa para dejar que los finos chorros de agua me relajen. Así paso los siguientes interminables minutos.

Con una toalla alrededor de la cintura, abro las cortinas y me asomo al

pequeño balcón con vistas al mar. El día ha amanecido muy soleado y me apoyo sobre el pasamanos de piedra para inspirar el olor a salitre. La suave brisa besa mi cuerpo y los graznidos de las gaviotas, que revo-lotean sobre la playa y descienden a la arena en busca de alimento, ponen la banda sonora a la bella panorámica.

*Podría pasarme la vida en este lugar.*

Vestido con un pantalón corto, una camiseta de tirantes y en sandalias, bajo hasta la cocina donde encuentro a una laboriosa Marjory en acción.

–Buenos días –la saludo.

–Buenos días, joven. ¿Ya os habéis levantado?

–No, no. Vengo solo.

–Ah. ¿Quieres que te prepare algo para desayunar?

–¿El señor y la señora Wells ya lo hicieron?

–Oh, sí. Son muy madrugadores. Acaban de marcharse a realizar algunas compras. Así que dime, ¿qué te pongo?

–Solo quiero algo que me quite esta sed –contesto, llevándome una mano a la garganta.

La agradable mujer sonrío y de la gran nevera de dos puertas coge una jarra de cristal con un contenido líquido de un llamativo color verde.

–A este zumo le llamamos: el quita penas –murmura jocosa mientras me sirve un vaso–. Pero acércate, muchacho, que no te voy a morder.

Sonrío y voy hasta un lado de la isla, donde ocupo uno de los asientos. Cuando me entrega el vaso, pienso en Megan; esto es algo que ella bebería. El primer sorbo lo doy con los ojos cerrados, temeroso de que me repugne, pero no es el caso. Tiene un sabor exquisito, dulce con un toque ácido que incita a beber más, y su cuerpo es más espeso que el de cualquier otro zumo.

Sin darme casi cuenta, acabo con todo.

–¿Quieres más?

–Gracias –contesto, acercándole el vaso–. ¿Podría tomármelo en la terraza?

–Por supuesto, joven.

Recojo el segundo vaso y, tras agradecérselo nuevamente, me encamino hacia la puerta que conecta con el exterior.

–Si deseas algo más, solo tienes que llamarme.

–De acuerdo.

Nada más poner los pies en la terraza, inspiro una profunda bocanada de brisa marina. No sé si será por el zumo o por el lugar, pero empiezo a sentirme bien. Y no solo físicamente.

Acercándome hasta la zona de las tumbonas, dejo el vaso sobre una mesa de apoyo y me recuesto en la más cercana.

*¡Oh, qué comodidad!*

El sol, la brisa, el oleaje de fondo... y el delicioso brebaje que me parece incluso más sabroso que el primer vaso.

*¿Qué más se puede pedir?*

Cierro los ojos durante un momento, disfrutando de la paradisíaca soledad en la que me hallo, y recojo las piernas buscando la postura perfecta. De esta forma entro en un estado de somnolencia que tan solo se ve alterado por el sonido de un golpe seco, a mi izquierda.

Al mirar, observo que mi teléfono móvil se ha escurrido del bolsillo, precipitándose al suelo. Lo recojo, emitiendo gruñido de disconformidad por tener que moverme, y lo activo, ya que sigue apagado desde ayer.

Lo primero que recibo es la notificación de las llamadas perdidas de Ian.

*¡¿Doce?! Pero, ¿qué neura le ha dado a ese tío?*

Lo dejo sobre la mesa y según estoy terminando el zumo, el aparato comienza a vibrar sobre la madera. Al mirar la pantalla, río de pura desesperación.

–¿Quieres dejar de llamarme?! ¡Pareces un puto acosador! –contesto, rabioso.

–¿Y tú quieres contestar de una jodida vez?! –responde él de igual modo.

–¿Qué coño quieres?

–Saber dónde coño estás –responde, repitiendo y entonando mi palabra mal sonante.

–No te importa.

–Ayer estuve horas esperando frente a la puerta de tu casa.

–¿Y? –finjo desinterés.

–Todavía sigo furioso contigo porque comieras con mi hermana, que, por cierto, la he enviado de vuelta a París por chismosa, y lo que terminó por agriar mi carácter fue ver que llegaba un mensajero a casa en tu lugar.

–Para eso les pagas.

–¡Luke! –ruje, perdiendo la paciencia.

–Oye, mira, anoche salí de copas y tengo una resaca del quince. No estoy como para aguantar tus sermones. Nos vemos el lunes.

—¡No cuelgues!

Suspiro, hastiado, y aunque la idea me tienta, no la llevo a cabo.

—De acuerdo, tienes razón, soy un capullo por no decirte que me iba a casar —admite de una forma tan tranquila, que me sienta incluso peor que la noticia en sí—, pero no veo en qué afecta eso a nuestras... quedadas.

Suelto el aire de golpe y a punto estoy de reír a carcajadas.

—¿Te estás quedando conmigo? —escupo, molesto—. Escucha, no sé qué tipo de relación mantienes con esa tía, pero yo no soy ningún juguete con el que pasar un buen rato cuando te pica. Olvídate de volver a quedar conmigo, llama a Grace o a Helen o a tu elenco de modelos.

Cuelgo y golpeo el cojín de la tumbona con el puño.

—¡Joder! —rujo enfadado—. Todo lo que tienes de atractivo, lo tienes de gilipollas —espeto al teléfono.

Con mi corazón bombeando frenéticamente, me levanto de la tumbona y bajo las escaleras de la terraza, hacia la piscina. Un bonito paseo de madera recorre y atraviesa el jardín hasta llegar a la playa, a varios metros de la mansión, y voy hacia allí.

Tras descalzarme sobre la fina y blanca arena, me acerco hasta la orilla del mar; me gusta y me tranquiliza contemplar la inmensidad del océano mientras camino y los pies se mojan con el sosegado vaivén del oleaje.

Doy la vuelta bajo el agua y me impulso de nuevo contra la pared, para nadar otro largo en la piscina de los Wells.

Hemos disfrutado de una fantástica comida en la terraza y las chicas han preferido pasar la tarde aquí, en lugar de en la playa. Si he aceptado ha sido porque esta mañana ya me di un buen baño de agua salada y todavía disponemos de un día más en los idílicos Hamptons para disfrutar del mar.

Nado, nado y nado, e intento olvidar la conversación telefónica que he mantenido con el prepotente de mi jefe. Ha insistido un par de veces más, desde esta mañana, pero no se lo he cogido.

Megan, Christa y Abraham ocupan las hamacas de un lateral de la gran piscina, mientras que en el frontal está Kimberly con unas amigas que han venido a pasar la tarde con ella: el trio de clones de Barbie y otra chica.

Cruzo por última vez el largo de la piscina y, haciendo uso de mi faceta traviesa, salgo del agua justo enfrente de las cinco jóvenes que toman el sol en paralelo. Mi cuerpo mojado solo es cubierto por un pequeño *slip*, verde militar, y al verme, sus bocas se abren anonadadas y al unísono; alguna incluso

se retira las gafas de sol para que no haya nada entre sus ojos y mi físico.

Para terminar el momento erótico, me sacudo el pelo con las manos y las sonrío.

–Chicas... –murmuro seductor, cuando paso por delante.

Me dirijo a mi tumbona sin dejar de sonreír malicioso y casi levitando por lo hinchado que tengo el ego en estos momentos.

–¡Menudo espectáculo, chico! –exclama Christa, que me observa tras unas enormes gafas de sol–. Eres un caliente coños.

Mi amiga luce un escueto bikini, naranja pastel, que le queda de muerte y hace que sus generosos pechos parezcan mucho más comestibles. Acercándome a ella, sonrío perverso y me agacho para alzarla en mis brazos y llevarla hasta el borde de la piscina.

–¡No, Luke, ni se te ocurra! –chilla y patatea, nerviosa.

–Es para que veas que también sé enfriarlos –comento guasón.

Ambos reímos y ella estrangula mi cuello con los brazos.

–¡No, por favor, no lo hagas! –suplica–. Encima que te he perdonado por lo que me dijiste ayer.

Frunzo el ceño, gruño disgustado y me doy la vuelta para llevarla de vuelta a su hamaca. Megan y Abraham nos observan divertidos desde las suyas.

–Dejad de recordarme que ayer fui un gilipollas con vosotras, ya me he disculpado por ello –les digo mientras me dejo caer en la tumbona y cubro mis ojos con unas Ray Ban fosforitas.

–Connmigo no te has disculpado por intentar arrastrarme a tu cama –comenta Abraham.

Una profunda risotada escapa de mi garganta y me incorporo sobre los codos para mirarlo. Lleva una pantaloneta hasta la rodilla, blanca, a juego con el bikini de mi prima.

–¿Intentar qué? –pregunto, incrédulo.

Meg me mira y sonrío.

–Anoche casi no podías andar –relata esta–, por lo que Abraham tuvo que ayudarte a subir hasta la habitación. Cuando te tumbó sobre la cama, le cogiste por el cuello e intentaste besarlo, para luego decirle que se desnudara y se metiera contigo, que lo ibais a pasar muy bien.

Miro a Christa, que mueve la cabeza confirmando que lo que dicen es muy real, y vuelvo a reír como nunca antes. Es pensar en la cara que pondrían el *Ranger* y mi prima, y no poder parar.

–¿Y te negaste? Pues, no sabes lo que te perdiste –le digo y los tres se

suman a mis descontroladas carcajadas.

Como el delicado aleteo de una mariposa; así es la caricia que me despierta y vuelvo el rostro hacia Christa. Ella retira la mano de mi mejilla y sonrío, enternecida.

–Pareces un ángel cuando estás dormido.

Me remuevo sobre la tumbona y estiro los brazos por encima de la cabeza, sin poder evitar un bostezo. El sol calienta y enrojece mi piel, y Megan y su chico se lo están pasando como críos dentro del agua.

–¿Me das crema? No quiero quemarme.

–No te quemes, no, que tu bombero no está aquí –murmuro burlón.

Ella sonrío y yo me levanto de la tumbona para embadurnarla en crema solar.

–Y si me das uno de tus increíbles masajes, te lo agradecería de corazón.

Aprendí a dar masajes al poco tiempo de empezar en el gimnasio. Me enseñaron que el cuerpo debe estar lo más horizontal posible, con la cabeza recta y los brazos en su posición natural, sin flexionarlos o estirarlos por encima de la cabeza. Además de una gran variedad de técnicas.

De esa forma coloco a mi amiga en la tumbona, para luego sentar-me a horcajadas sobre su perfecto trasero y soltarle la parte superior del biquini. Por último, vierto la crema en mis manos y empiezo.

–Umm... –ronronea de gusto.

Sonrío y continúo ascendiendo los dedos, paralelamente a la columna vertebral.

–Siempre me ha gustado tu espalda.

–A mí tus manos –balbucea, cayendo en trance.

Conforme mis dedos destensan y relajan cada músculo de la morena, pienso en la última vez que di un masaje y en quién fue la persona que lo recibió. Nada menos que... Ian.

\*\*\*\*\*

Desato lentamente el vendaje que cubre su pie mientras él me observa desde el otro extremo del sofá. Ambos nos encontramos desnudos en su despacho, sorprendentemente cómodos y relajados tras los orgasmos.

–¿Qué haces? –susurra, interesado.

–Tranquilo, sé lo que hago.

Le dedico una sonrisa de superioridad y bajo la vista de nuevo a las vendas que, una vez sueltas, dejo en un lado del sofá. Con delicadeza, para no

causarle daño, compruebo en qué estado tiene el esguince y voy rotándolo poco a poco.

–¿No te duele?

Ian, que mantiene la cabeza apoyada sobre el codo y este, a su vez, en el respaldo del sofá, me mira y niega.

–Es alucinante –murmuro, sin creerlo a ciegas–. ¿Seguro que no te duele? No tienes que hacerte el tipo duro delante mía.

Sonríe, pícaro, y empieza a mover el pie él solo.

–No me duele –asegura–. Y siempre soy un tipo duro.

Su prepotencia me hacer reír.

*Ya tardaba en sacarla.*

En el suelo, junto al sofá, está la caja de productos AFS que he traído de la oficina, y metiendo la mano busco, entre la gran variedad de envases, alguna crema que valga para masajes.

–Y, ahora, ¿qué vas a hacer?

–Voy a darte un masaje –le explico, mostrando la elegida–. Soy un experto.

Vierto una cantidad considerable del perfumado bálsamo sobre la mano y tras guardarlo de nuevo en la caja, froto ambas palmas y las coloco sobre el pie leso de mi jefe. Él jadea al notar el frío ungüento en su piel, pero no pone pegas, y, muy lentamente, deslizo las manos por su empeine, pasando por el tobillo y ascendiendo por la pantorrilla, masajeando en pequeños círculos.

Cuando llego a la rodilla, me detengo y paso al pie izquierdo para repetir el proceso.

–Umm... –ronronea de placer.

Levanto la vista y lo descubro con los ojos cerrados, disfrutando del momento.

Continúo por sus desarrollados muslos, clavando los pulgares en los puntos estratégicos de los aductores y cuádriceps.

–¡Dios! Tienes unas manos alucinantes.

El embriagador aroma del bálsamo y el tener mis manos sobre su cuerpo, a escasas pulgadas de su polla, hacen que esta empiece a despertar. Justo como la mía.

–¿Dónde has aprendido a dar masajes?

Vuelvo a bajar las manos hasta sus pantorrillas y masajeo con algo más de dureza sus gemelos.

–Me enseñaron cuando empecé a trabajar en el gimnasio.

–¿Has trabajado en un gimnasio?

–Sigo haciéndolo.

Ian abre los ojos, esos ojos verdes que parecen embrujarte, y me observa intrigado. Por lo visto, mi confesión ha captado su interés.

–¿Trabajas en un gimnasio?

–Sí –respondo, sin dejar de masajear–. Soy monitor de *spinning* a cambio de poder ejercitarme gratis. Debía tener conocimientos en masajes por si alguno de mis alumnos se lesiona o se le cargan los músculos.

–Por eso sabías que me hice el esguince –recuerda Ian.

Sonrío y asiento.

–Y, ¿cuándo vas? ¿Después de salir de la oficina?

–Sí, lunes y miércoles.

–Si hay algo que no soporto es el *spinning*.

Me carcajeo mientras sigo a lo mío. Él estará disfrutando del masa-je, pero yo también recreándome en su tonificado cuerpo.

–Todo depende del monitor que tengas –le digo–. Te aseguro que mis clases son un éxito.

–¿Qué gimnasio es? Quizás deba probar.

–El *World Fitness Center*, en Harlem. Pero tendrás que esperar porque no hay plazas libres.

–¡Oh, vaya! –se lamenta, utilizando un tono de voz excesivamente sarcástico, y desliza el pie sano por mi torso–. Y, ¿el monitor no podrá colarme?

Cazo su pie rebelde y lo acerco a mi boca para darle un suave mordisco en el puente. Gesto que, por su cara, parece gustarle mucho.

–Tendrás que consultarlo con él.

–Ven –ordena excitado–. Quiero consultarlo ya.

Sus brazos me rodean con urgencia en cuanto me acuesto sobre él y su boca reclama la mía. Yo me entrego con la misma exigencia y en cuestión de minutos somos todo jadeos, caricias, saliva, sudor y pasión desbocada.

\*\*\*\*\*

Unos fríos brazos me rodean por la retaguardia y grito por la impresión que me causan, perdiendo de golpe el hilo de mi erótico recuerdo.

Megan ríe traviesa a mi espalda, mientras continúa abrazándome con fuerza y permitiendo que su cabello mojado chorree sobre mí y Christa. Esta última también grita y se revuelve sobre la tumbona al sentir las frías gotas de agua resbalar por su cuerpo. Tras plantarme un frío y húmedo beso en el cuello, Megan se retira para ir a secarse en su hamaca.

Con la piel todavía erizada por el inesperado cambio de temperatura en mi cuerpo, miro mis manos y maldigo la interrupción en pleno auge sexual con Ian.

*¡Uff! Aquel día fue lo más.*

Mi amiga se abrocha el bañador y yo me quito de encima para tirar-me de nuevo en mi tumbona.

–Gracias, Luke, me has dejado como nueva.

–De nada –musito, acomodando el leve endurecimiento de mi falo dentro del *slip*.

*Timebomb* de Kylei Minogue empieza a sonar sobre la pequeña me-sa de madera que hay entre mi hamaca y la de Christa, y esta se levanta rauda para atender la llamada.

–Hola –saluda con voz melosa conforme se aleja.

No hace falta que diga quién es.

*Jax, el bombero.*

Cojo una cerveza de la nevera portátil, la abro y doy un gran trago mirando la lejanía a través de mis Ray Ban.

Meg aprovecha la ausencia de nuestra amiga para ocupar su tumbona.

–Luke, ¿cómo estás?

Me giro hacia ella y, perplejo, inclino la cabeza para mirarla por encima de las gafas.

–¿A qué viene esa pregunta?

–Sé que te ocurre algo.

Vuelvo a subirme las gafas de sol y a beber mientras me acoplo cómodamente en la hamaca.

–Estoy perfectamente, prima.

–A mí no me engañas. Ayer bebiste como nunca, lo que te llevó a ser muy borde conmigo, con Christa y con la amiga de Kimberly. Pero, lo más extraño, es que no te enrollaste con nadie. ¿Sales de marcha y no te lías con nadie? Mala señal.

–¿Con qué amiga de Kimberly fui borde? –pregunto, confuso.

–Con la morena que te mira cada cinco minutos.

Observo a la hermana de Abraham y a sus amigas, y me percato de la morena guapa y atractiva que nos mira tras unas gafas de sol. Al ser descubierta, sonrío cohibida y levanta la mano.

–No me acuerdo –le digo a mi prima.

–Entonces, ¿me vas a decir qué te pasa?

–No me pasa nada, Megan –contesto hastiado.

No sabe que he estado quedando con Ian, no sé por qué, quizás para ahorrarme el sermón o el “*te lo dije*”.

Miro a Christa, que camina por el jardín mientras continúa al teléfono. Está fabulosa y ese *sexy* biquini naranja resalta todavía más las curvas de su cuerpazo. Además, lleva la melena morena suelta y es una maravilla contemplarla.

–¿Habla con Jax? –cotillea Meg.

–Creo que sí.

–Parece que se ha encariñado con él.

–Eso parece.

En dos sorbos largos acabo con el resto de la cerveza y vuelvo a explayarme sobre la mullida hamaca, pasando los brazos por encima de la cabeza y sujetándome al respaldo.

–¿Te comportas así por ese motivo, porque Christa se haya echado un novio?

Sonrío y niego con la cabeza.

–Para nada. Si ella está feliz, yo lo estoy. Como contigo.

–¡Venga, Luke! –exclama, desesperada–. Soy como tu hermana y saber que te pasa algo y no me lo dices, me está volviendo loca.

Me incorporo y quedo sentado frente a ella. Dejo las Ray Ban sobre la mesa de apoyo y miro por encima de su hombro, hacia Abraham, que yace inmóvil en la toalla.

–Está dormido –responde, como si leyera mi mente.

Inspiro profundamente y suelto el aire de golpe, preparándome para la conversación.

–Llevo toda la semana acostándome con Ian. En su casa.

–¿Toda la semana? –alucina mi prima.

–Menos ayer, claro.

–¿Por qué no me lo habías dicho? –espeta, aparentemente ofendida–. Me lo cuentas todo.

–Ya sabes, es mi jefe.

Agacho la cabeza y me paso las manos por el pelo.

–Y, ¿qué ha pasado para que estés así?

Si hay algo que no me podría perdonar en la vida es hacer daño a mi prima o hacer que se avergüence de mí. Ella ha sido el pilar de mi vida, el mástil que ha aguantado mis velas en las peores y más fuertes tormentas. Siempre le

he contado todo, sin omitir ni el más mínimo o truculento detalle, sin mentirla. Pero, en esta ocasión, me cuesta hablar con ella porque temo que pueda ser la primera vez en que se avergüence de mí, de la persona que soy.

Alzo la vista de nuevo hacia Megan y al ver su cara de preocupación, sonrío inocente para restar importancia a lo que estoy a punto de contarle:

–Está prometido y va a casarse.

Meg arquea las cejas ante la noticia y estiro el brazo para cubrir su boca con la mano.

–No hace falta que digas nada. No, yo no lo sabía, y en cuanto me he enterado le he dicho que no habrá más sexo entre nosotros.

Intento sonar convincente y seguro, como si tomar esta decisión no me afectara más de lo necesario, pero la realidad es que una sensación de malestar se agolpa y oscurece mi pecho.

Vuelvo a hundir la cabeza entre mis manos y ella se sienta a mi lado para rodearme compasiva con los brazos.

–Luke, mírame.

Me niego a hacerlo, pero Megan no se da por vencida y, agarrando-me de la barbilla, fuerza a que nuestras miradas se encuentren, aunque yo intente evitarlo. Estoy convencido de que es capaz de conocer mis pensamientos solo con mirarme a los ojos, quizá porque los dos compartimos el mismo gris tormenta.

–¿Ian te gusta, ¿verdad?

–Me gusta acostarme con él –me sincero.

–¿Qué habláis por aquí? –irrumpe Christa, inesperadamente.

La recién llegada deja el móvil sobre la mesa y se tumba de nuevo en la hamaca, radiante de felicidad.

–Nada –respondo escueto.

Entonces, me levanto y, acercándome hasta el borde de la piscina, salto de cabeza a su interior.

El día empieza a anochecer y observo maravillado la puesta de sol desde el bordillo de la piscina, con los pies en remojo. El cielo anaranjado hace que recuerde Los Ángeles y las veces en que me escapaba de casa para poder presenciarlo... acompañado. Se folla más si el lugar o el momento es romántico, al menos, para una de las dos partes.

–Hola.

El saludo de voz aterciopelada proviene de una de las amigas de la

hermana de Abraham, de la morena para ser más exactos, que nada más detenerse a mi lado, se acomoda en el bordillo al igual que yo.

–Hola –respondo.

–Soy Amelie, nos conocimos anoche.

–Bebí demasiado y no me acuerdo, pero me han dicho que fui grosero contigo. Lo siento.

La joven sonrío algo ruborizada y niega con la cabeza.

–En realidad, fuiste muy sincero. Me dijiste lo que buscabas, nada más.

–Viniendo de mí, eso puede ser cualquier locura.

Amelie se ríe y me fijo en que es bastante atractiva, además de vestir un llamativo bikini con los colores de la bandera.

*Muy patriota ella.*

–¿Hoy también vais a ir al Dólar?

–Pues... No sé qué planes tendrán estos.

Miro a mi espalda y veo a Christa leyendo una revista y a mi prima sentada a horcajadas sobre su chico.

–¿Hasta cuándo os quedáis?

–Mañana volvemos a la ciudad.

–Qué pronto –musita, a mi parecer compungida.

Ese tono de voz, como si le produjera dolor el hecho de que me va-ya, termina por alarmarme.

–¿Es que ayer hicimos algo?

–Bueno, me... Me besaste –balbucea, avergonzada.

–¿Solo te besé?

Amelie asiente y yo suspiro aliviado.

–Bien. Créeme que no te conviene liarte con alguien como yo y, mucho menos, tan borracho.

–Creo que eres un buen tío.

–¡Luke, ¿te vienes?!

Christa interrumpe la conversación y lo agradezco. Esta chica parece buscar algo que yo no estoy dispuesto a darle, ni creo ser el indicado.

–¡Voy!

Me despido de Amelie y marchó a recoger mis pertenencias de la tumbona. En el camino me cruzo con Megan, que me dedica una mirada cómplice con la que me hace saber que tenemos una conversación inacabada; algo que me molesta porque no me apetece seguir hablando del tema.

Esta noche, los padres de Abraham han salido a cenar con algunos amigos y nosotros lo hacemos en la terraza. No hay nada como una comida de lujo bajo un cielo estrellado.

Tras la cena, recuerdo la revancha al billar que tengo pendiente con el jugador de *hockey*, y este acepta encantado y algo presuntuoso. Las chicas proponen que, en esta ocasión, el perdedor deberá... hacer un *striptease*.

*Y, ¡menudo culo tiene Abraham!*

Terminamos la última noche en los Hamptons tirados en unos cómodos sillones, viendo un par de películas de comedia romántica en la pantalla plana de un salón mientras comemos palomitas de microondas y bebemos refrescos. Sinceramente, agradezco una noche sin alco-hol.

Hoy no es necesario que Abraham me ayude a subir hasta la habitación, pero sí que le digo, para burlarme de él y picar a mi prima, que tengo espacio de sobra en la cama por si le interesa venir. He vuelto a reírme como no lo hacía en años.

–¿Qué pasa? –murmuro adormilado cuando noto que alguien sube a la cama.

Me doy la vuelta sobre el colchón y, aunque la habitación esté a os-curas, percibo que es una mujer.

–Soy yo –susurra Meg–. No me encuentro bien.

–¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

Desde que vivimos solos, cada vez que uno de los dos enferma, nos refugiamos en la cama del otro. Es como una costumbre o un ritual de sanación.

Megan se acerca bajo la fina sábana y la rodeo con mis brazos. También beso su frente para comprobar si tiene fiebre.

–¿Qué te pasa? –le insisto.

–He vomitado y me duele un poco la tripa.

–Te habrás enfriado durante la cena. Sales con un vestido que más que cubrir, destapa, y en la terraza corría mucha brisa. Ahora mira.

–¡Jo! No me eches la bronca, me duele –se queja.

–Vale, tranquila. Vuelve a dormirte y si ves que quieres vomitar, me avisas.

Le doy un beso en la cabeza, la cubro mejor con la sábana y deslizo una mano por su espalda hasta que se duerma.

–Y yo que pensaba que Abraham había cambiado de parecer...

Su codazo en el estómago me hace reír.

Minutos después, la respiración de Megan es sosegada y, entonces, me dejo caer en un profundo sueño.

El domingo, la guapa modelo está como nueva. Incluso desayuna como si no hubiera comido en siglos. Pasamos la mañana en la playa tomando el sol, bañándonos, jugando en la orilla... Este lugar es fantástico y me fastidia que debamos regresar tan pronto, pero hay que trabajar.

Después de comer recogemos el poco equipaje que trajimos y nos despedimos de la familia de Abraham, que se quedan varios días más. Les agradecemos la generosa hospitalidad en su casa y ellos nos desean un buen viaje de vuelta, abrazando especialmente a mi prima que devuelve el gesto con afecto.

Una vez nos despedimos también de la dulce Marjory y el temido Thiago, subimos al *Range Rover* y partimos de vuelta a la ciudad, acompañados por The Hives.

*¡Come on!*

El lunes atravieso nervioso, aunque más decidido que nunca, las puertas giratorias de *Across Fashion and Styles* y subo hasta la vigésima planta pensando en que hoy voy a ver a Ian, puesto que ha desterrado a Regina de vuelta a París.

Al llegar a mi puesto saludo a Grace que, como siempre, se encuentra en su sitio con un sensual y, a la vez, profesional vestido. En mi caso, hoy he optado por unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca y un chaleco de tela como toque serio a la indumentaria.

Guardo la mochila del *gym* debajo de la mesa, cuelgo la bandolera en el respaldo de la silla y me siento para encender el ordenador.

–Te veo bronceado, ¿has estado en la playa?

Levanto la vista hacia Grace mientras me pongo el auricular inalámbrico del teléfono en la oreja y le sonrío.

–Sí. Hacía mucho tiempo que no pisaba una.

–Yo estoy deseando coger vacaciones para ir.

Su terminal empieza a sonar, cortando cualquier intento de conversación, y ella contesta, eficaz. Entretanto, voy tecleando las contraseñas en el ordenador.

–Buenos días –suena la voz de Ian a mi espalda.

Volteo la silla, sorprendido porque no lo he escuchado llegar, y le veo

cruzar la estancia, como siempre, engalanado en un perfecto traje negro hecho a medida. Su presencia impacta, pero lo que llama mi atención es que no lleva las muletas y tan solo ha pasado una semana desde su esguince.

–Buenos días, señor Jacobs –saluda Grace y sigue atendiendo la llamada.

–Buenos días, señor Jacobs.

Creo percibir que mira de soslayo en mi dirección, pero no estoy del todo seguro. Su expresión no refleja sentimiento alguno.

Continúa caminando hasta su despacho, abre la puerta y, antes de desaparecer en su interior, se gira hacia mí.

*Ahora sí que me está mirando.*

–Luke, tráeme un café –solicita en un tono apacible.

Se queda esperando la respuesta por mi parte, algo que nunca había hecho, y únicamente asiento, ladeando la cabeza. Solo entonces desaparece en su despacho y yo me quedo observando cómo se cierra la puerta.

Cuando regreso con su café, inspiro un par de veces y llamo, antes de pasar.

Mi jefe se encuentra en su lujoso escritorio de cristal negro y levanta la cabeza de unos papeles, cuando accedo. Mi cuerpo se revoluciona al ver que no aparta su mirada esmeralda de mí durante todo el recorrido que hago hasta la mesa.

–Su café, señor Jacobs.

Dejo el gran vaso de cartón cerrado delante de él y doy media vuel-ta para marcharme.

–Quédate, Luke.

Me detengo y vuelvo a posicionarme frente a Ian, con las manos enlazadas a la espalda.

–¿Has pasado un buen fin de semana? –pregunta conforme coge el vaso y se lo lleva a los labios.

Me excita verlo beber el café y más cuando no aparta los ojos de mí mientras lo hace.

–Muy bueno, señor Jacobs –contesto.

No sé si se referirá a sus llamadas o si realmente está interesado en saberlo, pero no pienso decirle que los he tenido mejores. Ha estado bien: el sol, la playa, el lujo, la fiesta, las risas..., pero no he echado un polvo en tres días y eso no pasaba desde hacía mucho, mucho tiempo, y no porque no haya tenido oportunidades.

–Estás bronceado, ¿has ido a la costa?

–Sí, señor.

–Mi fin de semana no ha estado tan bien como el tuyo –comenta y da un sorbo a la cálida bebida–. He realizado muchas llamadas y recibido pocas respuestas.

*¿Eso es una indirecta?*

Su media sonrisa me confirma que sí.

–Debería haber llamado a su prometida, señor Jacobs, seguro que ella le habría respondido.

Ian resopla, cansado, y se recuesta en la silla.

–¿Piensas atacarme todo el rato con lo mismo? ¿Tanto te ha doli-do?

Bufo y frunzo los ojos, indignado e impotente por estar en el traba-jo. De lo contrario...

–Por si te hace sentir mejor, no somos una pareja convencional –añade.

–No tiene que darme explicaciones, señor. ¿Desea algo más o pue-do regresar a mi puesto de trabajo?

Ian termina el café, arroja el vaso a la papelería que hay bajo su me-sa y coge un taco de folios, bastante amplio, de la bandeja de mensajería. Luego se levanta, rodea el escritorio hasta quedar enfrente de mí y se apoya en el borde, adoptando una postura relajada de brazos y piernas cruzadas.

–Conocí a Heather en una fiesta y desde el primer encuentro nos caímos bien, dado que ambos compartimos una gran pasión por la belleza. Eso sí, cada uno en su estilo; a ella le gusta perfeccionar interiores y a mí, perfeccionar el exterior de las personas. Un día me confesó que le gustaría hacer carrera aquí, en Estados Unidos, pero que le parecía una absoluta pérdida de tiempo tener que solicitar visados y realizar todo el papeleo cada pocos meses. Por eso decidí proponerle matrimonio; ella obtendrá la nacionalidad y a mí me da igual porque no creo en el matrimonio y un papel firmado no hará mi vida diferente. Cada uno podemos seguir haciendo lo que nos dé la gana... Además, Heather no busca ni mi dinero, ni mi fama. ¿Por qué no hacerlo?

*¿Un matrimonio de conveniencia? Y yo pensando que tenían una relación abierta.*

–¿No vas a decir nada?

Deja los papeles sobre el escritorio y se acerca. Es increíble cómo reacciona mi cuerpo a él: mi corazón se acelera y mi polla se agita co-mo si detectara el buen sexo que tuvimos días atrás.

–No, señor –murmuro.

Desvió el rostro hacia los ventanales para dejar de mirarlo y cierro las manos en tensos puños al notarlo junto a mí.

–Luke –susurra.

Hago oídos sordos y continúo mirando hacia el exterior.

Ian introduce los dedos en los bolsillos de mis vaqueros y me arrastra hacia él. Sus brazos me rodean, sus manos me acarician y su boca se desliza por mi cuello emitiendo exhalaciones que calientan mi piel como brasas del infierno. Siento su duro cuerpo pegado al mío y su miembro, que endurece por momentos, clavarse en mi cadera.

Yo continúo con las manos a la espalda, el rostro girado y ordenando mentalmente a mi cuerpo que no reaccione. Pero es un traidor.

Una mano de Ian trepa con rudeza por mi pecho y se detiene alrededor de mi cuello.

–Mírame –exige excitado–. He pasado todo el fin de semana pensando en ti y que no cogieras el teléfono me sulfuraba.

Agarrándome por la barbilla, me fuerza a que le mire, y, cuando me tiene como quiere, frente a frente, acerca sus labios y me besa lenta y delicadamente. Intento contenerme, pero es imposible; mi boca reacciona con la suya sin remedio.

–Sí –exhala.

Entrelazo los dedos de las manos, para evitar tocarlo, y sigo devolviendo los húmedos besos.

–Me enloquece ponerte tan cachondo como tú lo haces conmigo –murmura.

Baja la boca por mi cuello y me muerde, provocando una sacudida en mi erección.

*¡Ah!*

–¿Esto también lo hacías con Grace y Helen?

No puedo quitarme de la cabeza la idea de que soy un juguete en sus manos. Que me utiliza cuando él quiere y como él quiere.

–¿Te lo montabas también con ellas en tu despacho?

Ian deja de saborear mi cuello y me mira con el ceño fruncido.

–¿A qué viene eso?

–No sé, igual quieres que haga algo que ellas hacían.

Su expresión seria me observa durante un instante que se me antoja eterno, y, después, se aparta para arreglarse el traje.

–Ya veo por dónde vas.

Acercándose a la mesa, recoge el taco de folios y me lo tiende sin mirar.

–Necesito que traduzcas estos documentos, mi español está algo oxidado.

Agarro con rudeza los papeles y salgo precipitado del despacho, agradeciendo tener algo con lo que ocupar mi mente.

Al sentarme en la mesa, mi entrepierna exclama que no debería haber insinuado que juega conmigo y solo sucumbir al placer.

*¿Desde cuándo me he vuelto tan orgulloso?*

Cuando llega la hora de comer de mi compañera, yo sigo tecleando en el ordenador la traducción de los documentos.

–Que aproveche –le digo.

–Gracias.

Estiro los brazos, muevo el cuello de un lado a otro y sigo con el trabajo. No es difícil, aunque tener que atender las llamadas hacen que la tarea sea todavía más ardua y lenta.

Una vez acabada, la imprimo y grapo, y regreso al despacho de Ian.

–Aquí tiene los originales y esta es la traducción, señor Jacobs.

–Gracias –responde, sin dedicarme otra vez mirada alguna.

Regreso a mi puesto, incluso peor que antes.

*¡Joder! Me molesto si juega conmigo y me molesto si me ignora. ¿Qué coño me pasa?*

En mi hora de comida, acudo al comedor de la empresa y tras coger el habitual sándwich y refresco, me siento en una apartada mesa del fondo. Desde allí me dedico a ver el ajetreo de decenas de personas que entran y salen sin control. Cuando veo aparecer a Sylvia, saco el móvil de la mochila y llamo a Megan para parecer ocupado. No tengo ganas de socializar.

–Dime, guapo –responde al segundo tono.

–Estoy comiendo solo y me aburro. ¿Qué estás haciendo?

–Vaya, me alegro de que me llames solo para matar el aburrimiento.

–No seas tonta, ya sabes que adoro hablar contigo.

–Lo sé –dice y se ríe–. Ahora mismo estoy en el coche con Jerry, vamos de camino a casa así que puede que te pierda.

–Salúdale de mi parte.

–Luke te envía saludos –entrega obediente el mensaje a su agente.

–Pregúntale si ya ha pensado en mi oferta de hacerle famoso –escucho de fondo a Roger–. ¡Ay!

–Sigue rondando a mi primo y te daré más como esa.

Me carcajeo, por primera vez en el día, al escuchar la entretenida disputa.

–Solo bromea, prima, no te pongas celosa que tú vas a ser la única *top*

*model* de la familia –comento jocoso.

–Me ha salido un nuevo proyecto.

–¿Ah sí? ¿De qué se trata? –pregunto, nada más tragar un pedazo de sándwich.

–Esperaba contártelo en casa, pero, basta que has llamado, lo to-maré como una señal. ¡Voy a protagonizar el próximo anuncio de las fragancias 212 de Carolina Herrera!

–¿En serio?

–¡Síiiii...! –grita, dejándome casi sordo–. Y lo mejor es que mi compañero masculino va a ser... ¡Robin! ¡Haremos juntos el anuncio!

–Me alegro mucho por los dos.

–¿En serio? Por tu tono de voz parece que te he dado la peor noticia que podías escuchar.

–No es eso –niego entre risas–. Estoy en el comedor de la empresa, rodeado por cientos de personas, y no es plan de ponerme a saltar y dar gritos. Pero te prometo que, cuando salga del gimnasio, compraré una botella de champán para celebrarlo. ¿Qué te parece?

–Espero que sea de las caras, es una celebración importante.

Sonrío y acepto. No esperaba menos.

–¿Luke?

–¿Meg?

–¿Estás ahí?

–Sí, ¿me oyes?

–Lo he perdido, mierda de cobertura –bufa molesta–. Luke, no sé si me oyes, te veo en casa. Te quiero. Besos.

–Te quiero, Meg –contesto, aunque no me escuche.

La llamada se corta y termino de comer sin poder quitarme la sonri-sa de la cara. A mi prima comienzan a llegarle grandes proyectos y no puedo sentirme más orgulloso de ella y feliz. Ojalá toda nuestra maldi-ta y conservadora familia vea su triunfo.

Cuando me dispongo a salir del comedor y regresar al trabajo, me encuentro en la entrada con el gran diseñador Ellery McGuire que jus-to accede en ese momento. Al reconocermelo, sonrío y se acerca, como siempre, luciendo un atuendo muy *hipster* donde destaca un sombre-ro rojo.

–¡Querido Luke, que guapo estás! –alza la voz, animado.

Ese piropo, al igual que el inesperado abrazo, me dejan tan sorprendido

como a las personas que pasan por nuestro lado.

–Buenas tardes, Ellery. ¿Cómo estás?

Él se separa, pero sin perder el contacto de sus manos sobre mis hombros.

–Francamente contento de verte. –Después, clava su índice en mi pecho–.

Sigo queriendo ver tus diseños. ¿Cuándo vas a enseñármelos?

–Bueno, cuando te venga bien. Imagino que estarás ocupado.

–¿Qué te parece mañana?

Mi corazón comienza a latir acelerado.

*¿Mañana? ¡Joder, sí!*

–Me parece... Me parece genial –balbuceo, nervioso.

–Puedes pasarte sobre la hora de comer y así, de paso, almorzamos juntos.

Por mi mente cruzan fugaces las palabras de Megan sobre que pretende acostarse conmigo.

*No, no puede ser.*

–De acuerdo, allí estaré.

–Es una cita –murmura divertido.

Se despide con una palmada en el hombro y una caricia por el brazo; un gesto extraño, aunque él es extraño.

Eliminando cualquier rastro de sospecha de mi cabeza, regreso a mi puesto con la emoción y la adrenalina recorriendo cada parte de mi cuerpo. Mañana será un día importante. Mañana, un prestigioso diseñador va a revisar mi trabajo y será quien me dé, o no, el visto bueno.

*¡La prueba de fuego!*

## CAPÍTULO 12

A las cinco y diez salgo por las puertas giratorias de *Across*, como de costumbre, y camino a paso ligero hasta el metro. Necesito llegar al gimnasio y ejercitar durante un buen rato, antes de mi clase de *spinning*.

Durante el trayecto pienso en Ian. No he vuelto a verle desde que le entregué los documentos y no ha salido de su despacho para nada. Ni siquiera para ir al baño.

*¿O lo habrá hecho cuando yo no estaba?*

Me paso las manos por el pelo y me recuesto hasta apoyar la cabeza en el cristal del vagón. Frente a mí hay una chica joven, afroamericana, de espeso pelo rizado y gruesos labios, que me observa como si fuera la última botella de agua en pleno desierto mientras mastica chicle de forma ruda.

–¿Ocurre algo? –pregunto, al ver que no me quita los ojos de encima.

–¿Eres Luke?

–¿Nos conocemos? –pregunto perplejo.

La verdad es que me he acostado con tanta gente que es muy posible que lo haya hecho con ella y no la recuerde. Sería un poco vergonzoso para la chica.

–Gracias a Dios, no –contesta con cara de desagrado–. Pero sí conoces a mi amiga Xana. Te enrollaste con ella una noche y nunca más supe de ti. ¡Eres un cerdo por jugar con ella!

Miro a los lados del vagón, puesto que no vamos solos, y lo bueno que tiene esta ciudad es que a nadie le importa los asuntos de nadie. *O a casi nadie*, pienso mirando a la joven que defiende el honor de su amiga.

–No le juré amor eterno, sabía dónde se metía.

–¿Estás diciendo que es una guarra? –pregunta molesta, inclinándose hacia delante en una postura amenazante.

–Tanto como yo.

La chica frunce el ceño y aprieta los morritos, lanzándome una mirada asesina.

*¡Nunca me había pasado algo como esto!*

Cuando el convoy se detiene en mi parada, salgo del vagón, no sin antes guiñar un ojo a *Miss Simpatía*, y me encamino hacia el gimnasio. Aunque porte una actitud chulesca, he de reconocer que algo de sus palabras ha calado en mí; decir que jugué con su amiga ha hecho que piense automáticamente en Ian.

Tras una hora de extenuante ejercicio, me dirijo a la clase designada para el *spinning* mientras seco el sudor que resbala por mi frente y cuello, y bebo del refresco isotónico. Faltan quince minutos para que dé comienzo y estoy caliente y más que preparado para entregarme al máximo los próximos sesenta.

Con un *cullote* deportivo en color verde lima y una camiseta elástica de

licra igual de llamativa, enciendo las luces del aula y atravieso entre las bicicletas estáticas hasta detenerme junto a la mía, al frente de la estancia. Allí, sobre una silla, dejo mis pertenencias y acciono el equipo de música.

–¡Luke!

Victoria, la joven recepcionista del *World Fitness Center*, entra en el aula y se acerca sonriente. La sensualidad y vitalidad que desprende al caminar hace que recuerde el rato tan divertido que pasamos juntos en el cuarto de las toallas.

–Dime –contesto y sigo buscando un *CD* para poner.

–¿No ves nada raro en la clase? –pregunta, deteniéndose a mi lado.

Me giro hacia la atractiva rubia y después observo la amplia estancia, intentando averiguar a qué se refiere. No noto nada extraño o diferente: paredes de cristal, techo de pladur regado con grandes ojos de buey, bicis, altavoces en cada esquina...

–No, ¿qué pasa?

Ella se ríe a costa de mi ignorancia, dando saltitos cual colegiala.

–Verás, el viernes pasó algo muy raro. Se presentó en el gimnasio un tío que casi exigía una plaza en *spinning* y, aunque le aseguré varias veces que eso era imposible porque las bicicletas estaban todas ocupadas, el hombre quiso hablar con los dueños. Solución: ha comprado diez más para el gimnasio, a cambio de poder ocupar una de ellas. Las han traído esta mañana.

Al escuchar lo que dice, me doy la vuelta rápidamente hacia las bicicletas y las cuento.

–¿Cincuenta?

–Sí. Venía a decirte que hoy tendrás nuevos alumnos.

–Vale –murmuro–. Joder, cuánta gente.

–Lo sé. George y Emily están muy contentos con el dinero extra que se llevan y encima sin gastar en material.

Victoria se despide en el momento en que empiezan a llegar alumnas y tomar posiciones sobre las bicis. Yo sigo buscando un *CD* cañero y, en cuanto doy con él, lo coloco en la bandeja del reproductor de música para accionarlo.

Por último, vuelvo a secarme la cara, el cuello y la nuca con la toalla, y sorbo de mi botellín para hidratarme.

–Disculpa, pero esta es mi bicicleta –escucho comentar a Elisabeth, la mujer florero y asidua alumna de *spinning* que reclama mi atención y algo más cada dos por tres.

Miro por encima del hombro, curioso de saber quién es la persona destinataria de sus palabras, y el botellín de isotónico casi cae de mis manos al comprobar que no es otro que Ian. Está subido a la bicicleta ubicada frente a la mía y mis ojos se recrean con el cuerpo que resalta bajo las ajustadas y cortas prendas de deporte.

*¡Jo... der...!*

El cabello negro le cuelga sobre la frente y pedalea lentamente, ignorando a la mujer.

–¿Me estás escuchando? –pregunta Elisabeth, crispada.

–No he visto su nombre por ningún lado, señora.

Ian levanta la vista hacia mí y, en este momento, me daría una paliza por no haber sucumbido esta mañana en su despacho.

Elisabeth también me mira, enfadada e indignada.

–Luke, ¿puedes decirle, por favor, que este sitio siempre lo ocupo yo?

Dejo el botellín sobre el reproductor de música y me acerco a ellos.

–Elisabeth tiene razón, ella siempre ejercita en esta bicicleta.

La mujer se cruza de brazos, adoptando una pose altiva, y emite un “¡Hum!” que hace sonreír a mi jefe.

–Es mi primer día y necesito estar frente al monitor para ver bien cómo realizar los ejercicios.

Intento concentrarme en que el problema se resuelva, pero el hecho de que Ian siga pedaleando lentamente, embutido en esas ceñidas y oscuras prendas de licra, no ayuda en absoluto, y me relamo involuntariamente al pensar en cosas sucias.

*¡Ufff! No se puede estar más bueno.*

–Elisabeth –comento, girándome hacia ella–. ¿Te importaría coger la bicicleta de al lado? Solo por hoy.

La mujer, que a veces pienso que su mejor momento de la semana son mis clases, acepta la propuesta a regañadientes, no sin antes enseñar las uñas postizas a Ian y lanzarle un bufido de gata en celo.

–Así que tú eres el tipo que ha comprado las bicicletas. No sé cómo no he caído antes.

Jacobs se retira el pelo de la frente y pone cara de inocente.

–Dicen que el monitor es muy bueno, tenía que comprobarlo.

Frunzo la boca, como si la situación me desagradara, y me dirijo a mi puesto. Prácticamente la clase está llena y los que faltan pueden unirse cuando vayan llegando.

Con el micrófono puesto en la cabeza, subo a mi bici.

–Antes de comenzar, quiero dar la bienvenida a las caras nuevas. Soy Luke, monitor de *spinning* y quien os hará sufrir en este día –hablo a través de los altavoces, consiguiendo algunas risas–. Y, ahora, calentemos.

Acciono la música que va a acompañarnos durante toda la hora y empiezo a pedalear, imitado por el resto. Se me hace extraño y excitante a la vez tener a Ian delante, a escaso metro y medio de distancia.

–Subimos un nivel más –exijo cuando llevamos cuarenta minutos de clase–. Lo sé, ahora está muy duro, pero podemos con ello. ¡Arriba esos culos! – animo a los alumnos mientras sigo pedaleando de pie–. ¡Cinco minutos, vamos!

Inspiro y espiro con fuerza en cada movimiento.

–Imaginad que tenéis delante eso que tanto deseáis, justo al alcance de vuestras manos –intento motivarles mientras miro a Ian, objetivo de mi deseo.

Deseo esos fuertes muslos, que endurecen en cada pedaleada, rodeando mi cintura; esos hinchados brazos, plagados de venas, acorralándome contra el suelo; deseo lamer su enrojecida y sudorosa tez, y hundir los dedos entre el cabello húmedo que pende sobre su frente.

La intensa mirada que me devuelve, me hace saber que él está pensando exactamente lo mismo: follar salvajemente. Hasta que advierto un gesto de dolor que cruza su cara, y agacha la cabeza.

*¡Mierda, su pie!*

–Seguid dos minutos más.

Bajo de mi bici y voy hacia él, apartándome el micrófono de la boca.

–Ian, déjalo ya.

–No –murmura, sin levantar la cabeza.

Suelto una de sus manos del manillar y lo fuerzo a sentarse, no sin obtener resistencia por su parte. Las mujeres de alrededor empiezan a observar la situación con preocupación.

–He dicho que lo dejes ya –repito con brusquedad.

Mi jefe me mira desafiante y continúa pedaleando. En su rostro se sigue apreciando el dolor que debe estar padeciendo, pero es tan terco y tozudo que no dará su brazo a torcer.

–Aún no te has recuperado del esguince. ¿Quieres joderte el pie todavía más? –le gruño en la cara–. ¿Quedarte cojo para el resto de tu vida?

–¿Ahora te preocupas por mí?

Ignorando el irónico comentario, programo su bicicleta estática en el nivel más blando y regreso a la mía.

–Empezamos a bajar niveles –anuncio por los altavoces–. ¡Al siete y esos culos arriba!

Secándome el sudor con la toalla, empiezo a recoger. La clase está casi vacía y solo quedan algunos pequeños grupos de mujeres charlando, e Ian, que continúa apostado en la bicicleta con la cabeza apoyada sobre el manillar.

–¿Te encuentras bien? –le pregunto, acercándome.

Él asiente, manteniendo la misma postura.

–¿Cómo puedes hacer esto dos veces por semana? Es un auténtico coñazo.

Sonrío divertido y levanto el brazo para despedir a tres de mis alumnas que salen de la clase cuchicheando, intuyo que sobre mi jefe por tal y cómo le miran.

–Será mejor que vayas a ducharte antes de que te enfríes.

–Y tú, ¿qué vas a hacer? –pregunta, incorporándose.

–Todavía debo quedarme un rato por aquí comprobando que todo está bien y recogido.

Él asiente, comprendiendo, y desvía la vista hacia el botellín plateado que tengo en la mano.

–¿Qué estás bebiendo? ¿Me das un trago? Estoy tan seco que hasta me cuesta hablar.

–Isotónico de mora.

Le ofrezco el botellín y él prácticamente me lo arrebató de la mano para llevárselo a la boca y sorber del pitorro como si estuviera muriéndose de sed.

–Puedes terminarlo.

Ian emite un gemido ahogado en respuesta, tan *sexy* que hace vibrar mis genitales; me siento tentado a alargar la mano y tocarlo por todo. Si lo que pretendía al venir era provocarme, lo ha conseguido.

Una vez hidratado, se relame los labios y me lo devuelve.

–Gracias.

–De nada.

Al bajarse de la bici su gesto se contrae en una mueca de dolor en cuanto su pie, el del esguince, toca suelo.

–No deberías haberte quitado los vendajes y andar sin las muletas.

–Estoy bien –vuelve a decir, como si quisiera convencerse a sí mismo en vez de a mí.

Me encojo de hombros, sin importarme ya lo que diga o haga con su cuerpo, y empiezo a revisar las bicicletas para apagar las pantallas táctiles.

–¿Es posible que haya contado dos hombres más en la clase, aparte de ti y de mí, y que el resto sean mujeres?

–Sí –contesto y sigo con lo mío.

–¿Y vienen por el *spinning* o por el monitor?

Sonrío y paso a la segunda fila de estáticas.

–¿Tú que crees?

–Me hago una ligera idea –musita, despreocupado.

–Hoy has creado competencia, la mitad de la clase ni me miraba.

Paso a la tercera fila y, al levantar la vista hacia él, me percató de que está sonriendo por lo que he dicho.

*Está tan pagado de sí mismo como yo.*

Termino de revisar la cuarta hilera de aparatos y regreso a mi sitio para recoger mis pertenencias y marcharme.

–¿Ya está todo? –pregunta él, que sigue apoyado en la bici.

–Ya está todo.

Le cedo el paso con la mano, para que vaya delante, y pongo los ojos en blanco al ver que camina hacia la salida con una leve cojera.

Del aula de *spinning* nos dirigimos a los vestuarios a través de uno de los pasillos centrales del gimnasio. Nos cruzamos con muchos clientes y compañeros monitores, tanto masculinos como femeninas, y son especialmente estas últimas las que se comen con los ojos a mi jefe. Actitud que me fastidia, y mucho, al sentirme desplazado a un segundo plano o incluso a un plano invisible.

–Me gusta este sitio –murmura, devolviendo las miradas e incluso sonriendo seductor.

Sin pensármelo dos veces, desplazo mi pie unos centímetros a la iz-quierda y un Ian presumido, además de chulesco, termina por los suelos junto con su gran ego. Tiene suerte de que toda la superficie del gimnasio esté recubierta de goma.

–¡Luke! –ruje en posición horizontal.

–¿Estás bien? –pregunto, agachándome a su lado y conteniendo las ganas de reír.

–¿Qué te importa, si lo has hecho a propósito?

Le ayudo a levantar y continúo por el pasillo con un Ian mucho más modesto al lado.

–¿Cuándo es la siguiente clase? –pregunta al cabo de un rato.

–¿Acaso piensas volver?

–Por supuesto. Creo que voy a hacerme socio.

–¿Teniendo uno privado en casa?

–Sí –responde furibundo–. ¿A qué viene esa reticencia? ¿Primero la zancadilla y ahora me despachas?

–Haz lo que quieras, me da igual.

Es mentira, no me da igual. No sé cómo puede acabar la cosa si, aparte de verlo en la oficina, le voy a encontrar aquí.

Sigo andando en completo silencio y paso de largo el vestuario de hombres.

–¿No ibas a cambiarte?

Me giro hacia Ian, que se ha detenido junto a la puerta, y continúo caminando de espaldas.

–Sí, pero el mío es el de monitores. Nos vemos mañana, señor Jacobs, y le aconsejo que se ponga hielo en ese pie.

Vuelvo la vista hacia el frente y gruño rabioso porque ardo en deseos de ducharme con él. Ducharme y mucho más.

Jamás había tardado tan poco tiempo en ducharme y vestirme co-mo hoy, y la razón es que no quiero toparme con Ian a la salida.

A paso ligero me dirijo a casa, pero antes paso por una licorería para adquirir dos botellas de un exquisito *Moët Chandon*, como prometí a Megan.

Desde el rellano y sin abrir la puerta del piso, se puede percibir el jolgorio que hay formado dentro.

*¿Con quién estará Meg?*

El salón está conquistado por varios modelos que saltan, danzan y se contonean desbocadas al compás de los Black Eyed Peas y su *My Humps*, que suena en la radio *CD* de mi prima.

*Pero, ¿qué pasa aquí?*

Cierro la puerta sin hacer el mínimo ruido y observo la algarabía que forman Megan y sus amigas Lea, Kara y mi cubana favorita, Zuleya, además de otras cuatro chicas que todavía no tengo el placer de conocer.

Contagiándome por el ambiente, alzo las botellas de champán en cada mano y me uno a la fiesta, bailando. Cuando mi compañera de piso se da cuenta de mi presencia, estalla en carcajadas.

–¡Ya llegó mi papasito! –grita Zuleya.

Rauda y veloz, Meg se apropia de las botellas de champán y se dirige a la cocina para descorchar la primera mientras sus amigas, las que conozco, me abrazan y besan.

–Chicas, ¡este es el famoso Luke! –me presenta Kara al resto, haciéndome reír y elevando mi ego hasta la estratosfera.

Las anteriormente desconocidas y ahora conocidas como: Vallery, Chelsea, Allison y Brooke, se acercan para saludarme y les recibo encantado. Son compañeras de profesión, además de chicas espectaculares.

*¡Pibones!*

Tras los saludos de cortesía y algún que otro comentario suelto, voy en busca de mi prima; está sirviendo champán para todos y, dejando a un lado la mochila del *gym*, le rodeo con los brazos y planto un sonoro beso en su mejilla.

–Felicidades por el nuevo y gran proyecto, cariño, estoy muy orgulloso de ti –murmuro en su oído.

–Gracias –contesta emocionada–. ¿Qué tal tu día?

Apoyo la barbilla en su hombro, suspirando, conforme veo el dorado espumoso caer en las copas.

–Creo que bien.

–¿Crees que bien? ¿Qué tipo de respuesta es esa?

Me aparto para apoyarme contra la barra que separa la cocina del salón, de espaldas al grupo de chicas.

–Respuesta tipo: Ian ha regresado hoy al trabajo, casi nos hemos liado en su despacho, pero el idiota que tienes delante se ha puesto en plan gilipollas orgulloso, cortándole el rollo, y ha empezado a tratar-me como a un empleado más.

Megan abre la boca para decir algo, aunque lo evito colocando el índice sobre sus carnosos labios.

–Respuesta tipo: Ellery quiere ver mis diseños mañana y, de paso, comer juntos y puede que solos.

–Te dije... –dice Megan y tapo su boca con la mano.

–Respuesta tipo: Ian se ha apuntado a mis clases de *spinning*.

Retiro la mano y, esta vez sí, le dejo hablar:

–¿En tu gimnasio?

–Claro.

–Y, ¿cómo sabía que impartes *spinning* y dónde?

–Se lo dije yo –musito a media voz.

–Y se ha apuntado –confirma, más que pregunta.

–Sí.

–¡Vaya!

–¿Vaya, qué?

–Nada, que es muy curioso.

–¿Curioso, por qué? –me intereso.

Megan coge la bandeja con las copas de champán y me mira como si fuese el mayor idiota e ingenuo del mundo.

–Os acostáis y ahora se inscribe en tu gimnasio, y en tus clases. ¿Por qué motivo?

*¿Para ejercitar? ¿Para follar? ¿Para verme? ¿Para provocarme?*

Un mar de dudas aturde mi mente y es imposible buscar respuesta o lógica a esa pregunta. Cuando parece que será la propia Meg quien responda a su cuestión, Zuleya surge de imprevisto a nuestro lado, cortando toda posibilidad.

–¿Cómo va ese champán?

–Ya está –responde mi prima, sonriente.

Salen de la cocina, en dirección al salón, y yo las sigo, planeando no dejar esta conversación inacabada. Debo saber qué piensa sobre la actitud de mi prepotente, y muy potente, jefe.

Una vez todos disponemos de una copa de espumoso en la mano, hacemos el brindis.

–¡Por Megan, futura cara de 212 mujer! –alza la voz Kara.

*¡Por Megan!*, respondemos al unísono.

–¡Y por Robin, imagen de 212 hombre! –añade ella.

Chocamos las copas, provocando un mágico tintineo en la habitación, y bebemos.

La cena, aunque vegetariana y baja en calorías, es muy divertida ya que las chicas recuerdan anécdotas sobre las situaciones más extrañas que han vivido en el mundillo de la moda. Por suerte estamos sentados en el suelo, porque reímos hasta caer de espaldas al suelo, como es mi caso.

–Y el tío dijo que tenía que ponerme el cable por todo el cuerpo pa-ra hacerme la foto –relata, Allison–. ¡Un puñetero cable de televisión! ¡En eso constaba el diseño! Yo alucinaba.

Las carcajadas resuenan de nuevo por el salón, sobre todo las mías. Es cierto que hay diseñadores muy... peculiares.

Pasamos así las dos horas siguientes, hasta que no queda rastro alguno de comida, ni de champán. Entonces, decidimos dar por finalizada la

celebración.

Megan y yo despedimos a las chicas cuando suben al taxi monovolumen, y pienso en el afortunado taxista que no se habrá encontrado en otra igual en su vida.

*¡Ni en sus putos mejores sueños!*

Al regresar al interior del piso, empezamos a recoger y limpiar la huella que ha dejado la fiesta.

–¿Por qué no ha venido Abraham? –le pregunto a Meg.

–Hoy tenía entrenamiento y luego se iba de cena con los compañeros.

Marcho a la cocina, cargado de platos y cubiertos, y Megan me sigue con copas, servilletas y cajas vacías.

–Mañana hay partido –añade.

–¿Irás?

–¿Vendrás conmigo?

–¿Otro partido de los *Rangers* en el palco VIP? ¡Claro!

Megan sonríe y golpea su culo contra el mío, juguetona.

Una vez está todo recogido, limpio y puesto en su lugar, ambos nos vamos directamente a la cama. Esta noche no tengo energías para avanzar en el vestido de alta costura.

Al día siguiente estoy tan nervioso y tan jodidamente exaltado porque Ellery vaya a ver mis diseños, que llego a *Across* con veinte minutos de antelación. Nunca había sentido lo que estoy experimentando en este momento; todo mi cuerpo vibra como si algo dentro de mí estuviera a punto de estallar.

Decido pasarme por la primera planta y pedir un café para llevar, al disponer de tiempo. Detrás de la barra encuentro a Henry, el viejo camarero con quien tuve un pequeño malentendido en mi primer día, y sigue mirándome de forma desconfiada.

–¿Por qué te caigo mal, Henry?

Hoy, que no tengo a un jefe prepotente esperando su café y sí mucho interés por saberlo, se lo pregunto. El hombre apoya el vaso de cartón sobre la barra, con su azúcar y cucharilla de plástico envasados, y suspira resignado.

–No me caes mal, chico, solo que...

La frase inacabada incrementa mi curiosidad.

–¿Solo que...? –le incito a seguir.

–Desde que trabajas aquí, mis responsabilidades han aumentado li-

geramente.

–¿Qué quieres decir? –pregunto, sin terminar de comprender.

–Que cada vez que te vea en el comedor, debo informar al señor Jacobs. Especialmente, si lo haces acompañado.

–¡¿Qué?!

El viejo camarero no da más explicaciones y se marcha para seguir trabajando, dejándome completamente pasmado.

*¿Debe vigilarme e informar a Ian? De ahí que se enterara cuando comí con Regina la segunda vez. ¡El muy cabrón me tiene controlado!*

Recojo mis pertenencias, el café y marchó a mi puesto.

Sentado en mi silla, doy suaves palmadas sobre la carpeta que contiene mis diseños mientras bebo café. Ahora mismo soy una coctelera de sentimientos: ira porque Ian me controle tanto, algo que odio des-de lo más profundo de mi alma, y nervios y ansiedad por mostrarle a Ellery mi trabajo.

Coloco la gran carpeta de pie, bajo la mesa, cuando veo aparecer a mi compañera Grace.

–Qué pronto has llegado, Luke. Buenos días.

–Buenos días. Hoy me dio por venir un poco antes.

Las horas que pasamos juntos en la oficina han debido de sincronizarnos, porque ambos vestimos de blanco; ella portando un conjunto de pantalón ceñido y blusa; yo, vaqueros rotos y camiseta de manga larga. Pero, lo que realmente me sorprende, y muy gratamente, es ver que mi compañera ha optado por soltarse el moño y luce un brillante cabello moreno que cae ondulado hasta rozarle los pechos, y ha cambiado las gafas de diario por lentillas, dejando ver perfectamente sus hermosos ojos almendrados.

–Estás diferente –le digo, nada más terminar el café.

Ella sonrío, divertida, y clava los codos sobre el escritorio.

–¿Diferente para bien o para mal?

–Para bien, para bien –respondo sincero–. Para muy bien.

En mi cabeza surge la duda de si habrá venido tan atractiva a trabajar para impresionar a Ian o llamar su atención.

–Gracias.

Se posiciona frente al ordenador y lo enciende.

–¿Quién es él? –pregunto de imprevisto.

Mi compañera vuelve la cabeza hacia mí y arquea una ceja.

–¿Qué te hace pensar que hay un “él”?

–Que soy un chico listo.

Los dos reímos y ella me observa con interés. La verdad es que nunca hemos hablado de nuestras respectivas vidas y creo que es una lástima.

–Te guardaré el secreto –añado, sacándole una amplia sonrisa.

–Es solo un amigo del marido de una amiga.

Saber que el motivo de su cambio de imagen no es Ian consigue aliviarme y siento cómo un peso se me quita de encima; peso del que no era consciente que tenía y que me confunde descubrirlo.

–Hoy comeré con él –relata mi compañera, según teclea en el ordenador.

–Pero, ¿le conoces?

Grace niega con la cabeza y yo me recuesto sobre el escritorio, intrigado.

–¿Es una cita a ciegas?

–Sí, pero confío en mi amiga.

–Yo solo he tenido una cita a ciegas y fue terrible –le cuento, devolviéndole el favor–. Terminé la noche acostándome con su compañera de piso.

–¿En serio?

La expresión alarmada de mi compañera, me hace reír. Lástima que las terminales empiecen a sonar y no pueda contarle, al detalle, cómo fue esa experiencia irrepetible.

La mañana continúa como cada martes: Roger me hace entrega del correo, lleno de cartas y paquetes de mensajería; los emails entran en avalancha... Lo que hace diferente a este día es que Ian todavía no ha-ya puesto un pie en el trabajo y son casi las diez de la mañana.

*¿Dónde se habrá metido?*

La respuesta llega por parte de Grace. Mi compañera recibe una llamada donde le informan de que el jefe y presidente se encuentra en la cafetería de *Across*, acompañado por su prometida, Heather. Cuando me lo notifica, el buen humor que había conseguido reunir, desaparece en un pestañeo.

*¿Está con ella? ¿Aquí?*

Una rabia contenida empieza a caldear mi sangre y mis entrañas, y siento volverme rojo de ira.

*Pero, ¿por qué me tengo que sentir así?*

Media hora después, escucho risas femeninas por el pasillo.

–Aquí vienen los tortolitos –gruño, sin dejar de revisar el batallón de emails.

–¿Dices algo, Luke?

–¿Eh? No, nada, estoy hablando solo.

Cojo aire profundamente y cierro los ojos.

*Dios, sé que nunca he rezado y que probablemente seré la peor de tus ovejas descarriadas, pero ahora te necesito, necesito un favor tuyo, una llamada, envíame una llamada que me haga estar ocupado y evite tener que aguantar a la parejita feliz.*

Miro mi terminal, pero no suena. No se ilumina con una llamada entrante y los pasos suenan cada vez más próximos.

*¡Solo pido una puñetera llamada!*

–Sí, ha sido muy divertido –percibo la voz de ella con su reconocible acento inglés.

Los dos aparecen cogidos del brazo, como si estuvieran ensayando para la ceremonia. Él lleva un elegante traje azul marino de marca, co-mo es habitual; ella, unos vaqueros ajustados y una larga camisola a cuadros, roja y azul, que ciñe a sus caderas mediante un cinturón ancho.

Heather es más atractiva de lo que esperaba: alta, joven, rubia de mirada añil, y con una tez tan pálida y tersa que parece hecha de porcelana. Apenas va maquillada y es preciosa.

*¡La odio! ¡Les odio a los dos! ¡Odio la pareja tan jodidamente perfecta que hacen!*

Grace se pone en pie para dar los buenos días, además de una cálida bienvenida a la señorita Willenthon, y agradezco que capte la atención de ambos porque soy incapaz de moverme del sitio y mostrar una actitud de normalidad. O indiferencia al menos.

Por lo que veo, las chicas se conocían de antes y la conversación es bastante distendida, casi como de buenas amigas, mientras que el jefe y presidente de *Across* se mantiene en un segundo plano, muy bien u-bicado entre su prometida y yo para que no la vea. Me doy cuenta de que su rostro no refleja ni un ápice de alegría al escuchar algunos detalles de su inminente boda. En cambio, a Heather, la percibo tan emocionada como cualquier novia a pocas semanas de pasar por el altar.

*¿Seguro que tiene claro que es una boda de conveniencia?*

En ese momento, dos pequeñas esmeraldas se desvían en mi dirección y levanto la barbilla en actitud desafiante. Movimiento que no pasa inadvertido para Ian, que arquea las cejas mientras yo las frunzo todavía más.

La tensión visual y sexual se rompe cuando empieza a sonar mi teléfono. El

de ahí arriba ha debido escuchar mis plegarias.

*¡Por fin!*

–Despacho de Ian Jacobs, soy Luke –contesto, dándole la espalda.

–Buenos días, querido Luke. Soy Ellery.

Bajo la mirada hacia la carpeta de diseños y los nervios vuelven a apoderarse de mi estómago.

–Buenos días –le correspondo más simpático de lo normal.

–Llamo para recordarte que hoy habíamos quedado en ver tus dice-ños y comer juntos.

A mi mente regresa la confesión de Henry sobre su nuevo cargo de vigilarme e informar a Ian.

–Por supuesto que no se me olvida. ¿A la una en el comedor te va bien?

Un carraspeo a mi espalda hace que mire por encima del hombro y encuentre a mi jefe al otro lado del escritorio, ojeando el correo que Roger me entregó esta mañana. O eso es lo que pretende hacerme creer.

–¿Por qué no mejor vienes a la sexta planta? Estaremos solos y mucho más tranquilos para ver tu trabajo. De paso, te enseñaré algo mío también.

Arqueo una ceja al escuchar: “*te enseñaré algo mío también*”, por el doble sentido que le doy.

–Perfecto, allí estaré –acepto sin darle muchas vueltas.

–Genial, te veo en un rato.

Me despido de él, antes de cortar la llamada, y me giro hacia Ian.

–Buenos días, señor Jacobs.

–¿Te has citado para comer? –pregunta directamente, sin apartar los ojos del taco de sobres que sostiene en las manos.

Estoy a punto de contestar que no es asunto suyo o que ya se encargará Henry de informarle, pero llega su prometida.

–Usted debe ser la futura señora Jacobs –le digo con toda la amabilidad que soy capaz de fingir, levantándome de la silla.

–En realidad, seguiré siendo Willenthon, pero sí.

Estrecho la delicada mano europea y le devuelvo la sonrisa.

–Él es Luke –presenta Ian–. Sustituye a Helen.

Heather asiente y se engancha del brazo de su prometido, otra vez. Él podrá decir que no es un matrimonio convencional y que cada uno es libre de hacer lo que quiera, pero, tal y como ella se comporta y lo mira, intuyo que guarda sentimientos hacia él.

–¿Este es todo el correo?

–Y esos paquetes, señor –le contesto, señalando las cajas que hay junto a mi escritorio.

–Muy bien. Lléalos a mi despacho.

La torre de cuatro pisos pesa más de lo que creía y la única ayuda que recibo por parte de Ian es mantenerme la puerta abierta.

*Todo un caballero.*

–Ten cuidado, no vayas a tropezar como yo ayer –murmura por lo bajo cuando paso a su lado.

Gruño como respuesta, entrando al despacho, y me dirijo hacia su mesa.

–No, Luke, tráelas aquí.

Doy media vuelta y regreso a la zona de sofás, donde la inglesa ya se ha acomodado.

–Espera –me detiene el jefe cuando estoy a punto de posarlas en el suelo–. Mejor lléalas a la pasarela.

Enrojecido por el esfuerzo y por la rabia que empiezo a experimentar con la broma, me incorporo de nuevo y le miro con rencor.

–¿Está seguro, señor? –pregunto entre dientes.

–Sí –responde con sonrisa arrogante–. A la pasarela.

*¡Esta me la paga!*

Voy hacia allí, resoplando y notando cómo el peso empieza a provocar calambres en mis dedos, y dejo las cajas donde ha pedido. Luego, abandono el despacho frotándome las doloridas manos y pensando la manera en que puedo devolvérsela.

*Porque se la pienso devolver.*

–Luke, ¿te importa si hoy me escapo unos minutos antes a comer?

Miro a mi compañera, confundido, y entonces recuerdo la cita a ciegas que tiene.

–No, claro que no.

–Gracias –contesta emocionada y recoge sus cosas para salir casi corriendo por el pasillo.

*Pues sí que tiene ganas.*

Cuando regresa, una hora después, es como ver a una colegiala enamorada. Reconozco los síntomas, lo padecen tanto mi prima como mi buena amiga, Christa.

*¿Voy a tener chicas enamoradas a mi alrededor en todos los dichosos lugares?*

–No hace falta que te pregunte cómo ha ido.

Grace se ríe, y, mientras se acomoda en su mesa, yo recojo la mía, sin olvidarme la carpeta con mis diseños.

–Nunca había tenido una cita tan increíble –comenta.

Silbo, sorprendido por la enormidad de sus palabras, y ella vuelve a reír.

–Mi turno. Espero que mi comida sea tan fructífera como la tuya –murmuro jovial.

Con la bandolera cruzada al pecho y la carpeta bajo el brazo, me dirijo por el pasillo igual de emocionado que Grace, pero por un motivo completamente distinto.

## CAPÍTULO 13

Las compuertas del ascensor se abren en la sexta planta y aparezco en una pequeña recepción blanca, pulcra y ordenada, con un amplio mostrador ocupando casi la totalidad de la estancia y regentado por una señora. En la pared frontal, un rótulo de grandes dimensiones anuncia que he llegado al templo de Ellery McGuire, con una extravagante caligrafía, y lo contemplo lleno de admiración y nerviosismo. El distintivo del taller que hay colocado sobre unas puertas de doble hoja termina por descontrolar mi ya agitado corazón.

–Disculpa, ¿puedo ayudarte en algo?

–¿Eh? –Focalizo mi atención en la recepcionista, que parece intrigada conmigo, y me acerco–. Hola, he quedado con el señor McGuire.

–Todavía se encuentra reunido con una cliente, aunque imagino que no se demorará mucho. Puedes esperar ahí –me dice, señalando una zona de *comfort* a la derecha del mostrador.

–Gracias.

Me instalo en uno de los sillones acolchados y descaso la carpeta de mis diseños sobre los muslos. Empiezo a estar asustado e inquieto ya que será la

primera vez que muestre mi trabajo a un diseñador profesional y de prestigio; es como una prueba de fuego, él dirá si soy apto o no para esta profesión.

Los minutos pasan y empiezo a desesperarme. Las puertas del taller se han abierto únicamente para dejar salir a los empleados que se marchan a comer, y mi hora también se va consumiendo.

–Señor McGuire, ese chico le está esperando.

Levanto la vista al escuchar a la recepcionista y, después, me incorporo del asiento para encontrar a Ellery. Este está acompañado por un grupo de mujeres y, sonriente, me indica que me acerque.

Lo hago raudo y excitado, apartando los nervios y temor del principio.

–Este es Luke Meyer –me presenta Ellery al grupo de mujeres, pasando el brazo por mis hombros–. Quedaos con su cara y su nombre porque pronto será un gran diseñador.

No sé qué es lo que me deja más perplejo, si su pronta afirmación sobre una exitosa carrera, aun sin ver los diseños, o que una de sus a-compañantes sea una de las mejores actrices del panorama actual del cine.

*¿Es...?*

–Luke Meyer –repite Lucy, mirándome fijamente–. Si Ellery lo dice, entonces estaré pendiente de ti y tu trabajo. Puede que en los próximos premios del cine lleve algo tuyo.

El poco vello que tengo en el cuerpo se eriza al escucharla y mi respiración se corta, a la par que mi corazón fibrila dentro del pecho. Empiezo a sentir que estoy dentro de un sueño, que esto no es real y que despertaré de un momento a otro.

–Sería... Sería un honor –contesto, atónito.

Ella sonrío afable y Ellery me abraza con posesión, como reclamándome suyo.

–Sin duda eso sería fantástico, Lucy.

Después de concertar con la actriz la próxima cita, para terminar el vestido que le está preparando, nos despedimos de ellas y accedemos al taller. Cruzar esas puertas, para mí es como atravesar las de San Pedro. He muerto y estoy en el cielo.

El taller es inmenso y abarca la totalidad de la planta. Es como el mío, pero a gran escala, grandísima: hay secciones de trabajo por todo el espacio, con bocetos colgados en pizarras y cuerpos de maniqués con diseños a medio acabar. Es...

–Impresionante –murmuro fascinado, sin dejar de observarlo todo con detalle.

Ellery ríe de forma jovial mientras camina por delante de mí.

–Todos se han ido a comer, así que estaremos tranquilos. Ven, vayamos a mi zona.

Recorremos el pasillo central y no puedo evitar mover la cabeza de un lado a otro, sin dar abasto.

–¿Te gusta lo que ves?

–Es el cielo –respondo, causándole más gracia.

El espacio reservado para Ellery es como el centro neurálgico de la planta, algo lógico, y en él hay a un chico, de mi edad más o menos, re-cogiendo la mesa del diseñador. Me lo presenta como Jonah, su ayudante personal, y tiene un aspecto algo gótico, con un pelo largo que le cubre el rostro.

Ellery lo envía a buscarnos comida y el chico lo hace sin ni siquiera hablar. Parece un poco raro.

–Bien, siéntate a mi lado y muéstrame tus dibujos.

Me acomodo en un taburete alto, junto a él, y pongo la carpeta sobre la mesa. Después, desato los lazos y la deslizo por la madera hacia él.

Cuando sus manos se posan sobre ella y la abren, mi corazón se acelera al borde del colapso.

*Luke, tranquilízate o te dará un infarto.*

El diseñador se acaricia la barba mientras observa mi primer diseño: un vestido de cóctel.

–Elegante –murmura–. Tiene un toque muy Dior.

Sonrío y asiento, dándole la razón. Me gusta Dior.

Continúa mirando los bocetos y yo, al contrario de relajarme, me altero todavía más y contengo el aliento cada vez que se detiene en alguno de ellos más tiempo del esperado.

–¿Dónde estudiaste? –pregunta, curioso.

–En California.

Las láminas con mis obras van pasando y los sonidos de sorpresa, por parte del diseñador, son más seguidos. Realmente le está gustando mi trabajo y la emoción empieza a desbordarme.

–¿Madeleine Jacobs?

–¡Oh! Esto es de cuando la recogí del aeropuerto –le explico y doy la vuelta al folio–. Aproveché el tiempo para crear uno de los diseños con los que participaré en el concurso de jóvenes diseñadores.

Ellery toma entre sus dedos el dibujo del vestido de alta costura y lo observa con minuciosidad. Después, se gira hacia mí y me mira con la misma intensidad a través de sus gafas de pasta.

–Es precioso.

–Gracias –contesto lleno de orgullo–. Solo es el boceto, el original se me ha olvidado en casa.

–¿De qué están hechas las mangas? –pregunta interesado, al regresar la vista de nuevo al folio.

Le explico mi creación hasta el mínimo detalle y disfruto de la atención que recibo del diseñador y lo agradado que parece.

–Es grandioso, Luke –me dice cuando acabo–. Con este diseño tienes muchas posibilidades de ganar.

–¿Tú crees?

Que el brillante Ellery McGuire diga eso es... Siento electricidad recorriendo todo mi cuerpo. Siento que estoy a punto de cumplir mi sueño; de comenzar esa vida que tanto tiempo llevo deseando tener.

El hombre se gira sobre su taburete e, inclinándose hacia mí, apoya la mano en mi muslo.

–Luke, tienes mucho talento. Me has sorprendido y no es fácil hacerlo.

Las buenas palabras que me dedica, tanto a mí como a mi trabajo, me dejan completamente mudo; mucho más cuando vienen acompañadas con un apretón de pierna. Es en ese preciso instante cuando me doy cuenta de que el tío quiere catarme; esa mirada la he visto muchas veces.

El sonido de la puerta hace que Ellery se retire y doy las gracias por la interrupción. Poco después, aparece su ayudante cual ángel negro y deja unos sándwiches y refrescos sobre la mesa.

—Gracias, Jonah, puedes retirarte a comer —le dice su jefe.

El chico no contesta y vuelve a desaparecer.

*¿Será mudo?*

—Enseguida vuelvo, Luke.

—Vale.

Ellery se marcha, no sé adónde, y aprovecho para coger uno de los sándwiches y comer. Vuelvo a observar el boceto del concurso y como le falta mucha perfección, hago una bola con el folio y lo tiro a la pape-lera que tengo al lado. Por último, cierro la carpeta y sonrío feliz al re-cordar las palabras del diseñador consagrado. Siento que he pasado la prueba de fuego y estoy deseando contárselo a Megan.

*¡Va a flipar!*

Regresa poco tiempo después y lo hace cargado con una carpeta llena de láminas en los brazos. Tras dejarla sobre la mesa, frente a mí, ocupa de nuevo su asiento.

—¿No tienes calor? —pregunta, mirando mi ropa—. Porque yo estoy asfixiado.

Niego con la cabeza mientras él se quita la camisa de pana y la arro-ja a un extremo de la mesa. En camiseta de tirantes, cuatro tallas más grande, abre su archivador de diseños y bramo sorprendido de ver tan-ta cantidad. Esto es un trabajo de años. Da hasta miedo tocarlos por si se manchan o dañan.

—Estos son los primeros de mi carrera —me explica.

Bebe de su refresco y se sitúa detrás de mí para explicarme los dibu-jos, relatándome cuál fue su inspiración para crearlos o, incluso, quién los ha llevado puestos.

Intento concentrarme en todo lo que dice, pero esa cercanía cada vez más próxima, y esa mano encima de mi hombro, y que me hable al oído... Está claro lo que busca, ahora sí que lo tengo clarísimo.

Ellery es un artista, no solo en moda, sino también en seducción. Aprovecha la mínima oportunidad para tocarme, acariciarme o rozarse contra

mí. Y todo lo hace como si fuera de casualidad. Quizás en otro momento ya lo habría puesto contra la mesa y dado lo suyo, pero aho-ra... no hago más que pensar si realmente quiero que mi carrera empiece así.

*No, por supuesto que no.*

–Ellery. –Me giro en el taburete para dejarle las cosas claras, pero él parece interpretar lo contrario y se lanza a besarme.

Aunque aparte la cara, al diseñador le da igual y ataca mi cuello cual vampiro sediento.

–Ellery, no he venido para esto –murmuro, incómodo.

No se detiene ante mi negativa y continúa besando y lamiendo mi cuello mientras intenta despojarme de la camiseta.

–Lo vamos a pasar muy bien –jadea en mi oído.

No solo no me está poniendo cachondo, sino que además su barba pincha. Pero, por mucho que le sujete por los brazos, está decidido y ansioso por follarme.

Salto de la banqueta de madera y él me empotra contra la mesa.

–¡Ellery! –grito, a la vez que lo empujo con fiereza y me lo quito de encima–. ¡Que no voy a follar contigo, joder!

–¡Entonces, ¿qué haces aquí?! –espeta, molesto.

–¡Tú quisiste ver mis diseños!

–¡Era una excusa para follar, pensé que lo habías captado!

*¿Excusa? ¿Captado?*

Arrugo el entrecejo, rabioso, recojo mi carpeta y me largo antes de cometer una locura.

–¡Tendrás que pasar por el aro si quieres llegar a ser alguien en este mundo! –grita a mi espalda.

Me giro hacia él y le enseño el dedo medio.

–¡Esa habrá sido tu forma, no la mía!

Y, está claro que mi comida... no ha sido, en absoluto, tan fructífera como la de Grace.

Llego a mi puesto muy cabreado y arrojo la carpeta sobre la mesa, de malas maneras.

–¿Va todo bien, Luke? –se preocupa mi compañera.

–Sí.

Pero, claramente, no, no va todo bien, y ella lo sabe porque no pregunta nada más. Se lo agradezco, porque estoy que muerdo y no me gustaría que

fuera Grace quién sufriera las consecuencias.

Ocupo mi silla y gruño furioso al recordar el momento.

*¿De verdad pensaba Ellery que iba a acostarme con él para triunfar en la moda? ¿Está zumbado o qué le pasa?*

Y lo que termina de agriar mi carácter es ver a los tortolitos salir del despacho a carcajada limpia.

–Señor Jacobs, tengo en línea a Jeremy Burns –le dice Grace.

–Que espere unos minutos, voy a acompañar a Heather hasta el ascensor.

La prometida de Ian se despide de nosotros, tan educada como lo ha sido en su llegada, y yo levanto la mano sin mirar y gruño un simple: “adiós”, para, después, seguir clicando el ratón y pulsando el teclado como si fueran mis peores enemigos.

*¡Manda huevos! Seguro que todo lo que ha dicho sobre mis diseños era solo para comerme la polla. ¡Tendría que haberle partido la boca en ese momento!*

–Luke.

–¡Qué! –exclamo, arisco.

Cierro los ojos y me llevo las manos a la cabeza, arrepentido. Estaba tan centrado en maldecir mentalmente al cabrón de Ellery, que no me he percatado de la presencia del jefe al otro lado del escritorio.

Girándome con la silla, veo que hasta Grace ha levantado la vista de sus papeles y nos mira anonadada.

–Lo siento, señor Jacobs. Discúlpeme.

Ian tiene el gesto fruncido, pero parece más perplejo que enfadado.

–¿Una mala comida?

–Sí, señor.

–Vale, no pasa nada. Atiendo una llamada y después vendrás conmigo.

Asiento conforme y no digo nada más.

Cuando vuelve a salir de su despacho, chasquea los dedos y al mirarle, gesticula con la cabeza para que le acompañe. Así lo hago, nada más coger mi bandolera de la silla y dejando la carpeta de los diseños bajo la mesa.

No hablamos mientras enfilamos el pasillo, ni mientras esperamos a que llegue uno de los ascensores, ni durante el descenso... Y tengo curiosidad por saber por qué motivo me lleva hasta la quinta planta.

Al ver que vamos acercándonos a la sexta, inspiro y rememoro el encuentro con Ellery. También pienso en qué pasaría si el ascensor se detuviera y entrase él. Sería muy incómodo y dudo que pudiese controlarme y no soltarle un

puñetazo en su cara peluda.

*Se me ha caído un mito.*

Por suerte para él, pasamos de largo y el ascensor se detiene en la quinta planta del edificio.

–Vamos –ordena Ian, en cuanto se abren las compuertas.

Salgo detrás del jefe y mis ojos se expanden al encontrar otro taller de diseño igual de grande como el del piso superior, pero sin la pequeña recepción. Está en pleno funcionamiento y decenas de personas, la mayoría jóvenes, trabajan en él.

Ian no se detiene a explicarme qué hacemos aquí y sigue andando, saludando de vez en cuando a algunos de sus empleados.

Cuando atravesamos casi toda la planta, llegando hasta una zona de trabajo, Ian se detiene y gira hacia mí.

–¿Qué te parece todo esto?

–Es impresionante, señor Jacobs.

–Aquí están nuestros diseñadores *juniors*.

Asiento y observo el movimiento que hay a nuestro alrededor. Me encanta el sonido ajetreteado de las máquinas de coser y el aroma embriagador de las telas.

–Esta de aquí será tu zona.

–¿Qué has dicho? –pregunto aturdido, olvidando los formalismos.

Ian sonrío y palmea sobre la robusta mesa de marcado.

–Aquí trabajarás, Luke. Quiero que seas uno de mis diseñadores.

*¿Mis diseñadores? Antes dijo “nuestros” diseñadores.*

–¿Por qué? –interrogo, reticente y desconfiado.

–Sé que eres diseñador y que querías ver la planta de diseño. Después, puedo mostrarte donde trabajan Ellery y Padma.

Niego con la cabeza y observo la zona, supuestamente preparada, para mí. Las mesas y el material parecen nuevos.

–¿Tu asistenta te contó lo que le dije?

–En realidad, lo escuché con mis propios oídos. Estaba junto a la puerta mientras hablabais.

Siseo ante semejante burdo espionaje y ocupo la silla giratoria, delante de la mesa de dibujo. Es exactamente igual a la que tengo en casa, salvo que sin estrenar.

–Lo único, que empezarás después de suplir a Helen.

Le escucho y pienso. Analizo lo que dice y observo todo, para terminar

centrándome en él.

–¡Caray! –suspiro, impresionado–. Debes tener muchísimas ganas de volver a acostarte conmigo para montar todo esto.

Ian mira a los lados, comprobando que nadie puede escucharnos, y rodea la mesa para situarse enfrente de mí.

–No es eso.

–¿Ah no? Entonces, ¿a qué viene semejante oferta tan repentina?

–Solo quiero que veas, y tengas muy claro, que me interesas en más de un aspecto.

Alzo una ceja y continúo mirándole fijamente, intentando averiguar si es sincero.

*¿Le intereso en más aspectos? ¿En cuántos? ¿En cuáles?*

–Buena respuesta.

Ian sonrío arrogante y vuelve a comprobar que nadie presta atención a lo que hacemos o hablamos.

–Cena conmigo –propone de sopetón–. Esta noche. En mi casa.

Detengo los movimientos giratorios de la silla y le miro incrédulo.

*¿He oído bien?*

–¿Que cene contigo?

Ian asiente, serio y decidido.

–¿Por qué debería hacer eso?

–Porque yo te lo pido.

Estoy a punto de responder que no, que si quiere cenar con alguien lo haga con su prometida inglesa, cuando mi móvil comienza a sonar, interrumpiéndonos. En otro momento habría dejado que sonara por estar donde estoy y con quién, pero en este caso, lo saco de la bandolera y atiendo a Meg.

–Dime.

Mis ojos no se apartan de mi *sexy* jefe, el cual mantiene una postura relajada y la sombra de una pequeña sonrisa en su bello rostro.

–Hola, primo. Llamo para recordarte que esta tarde tienes que venir corriendo a casa para que vayamos a ver jugar a Abraham.

–¡Ah! Pues, no me acordaba del partido.

–Lo imaginaba, por eso te he llamado.

–Y, ¿tenemos pases VIP como la otra vez?

–Sí, no debe querer que nos mezclemos con los mortales –responde y se risotea ella sola con su broma.

–De acuerdo –acepto–. Total, no tenía planes para hoy.

Ian sonríe lobuno y niega repetidamente. Me alegro que haya captado la indirecta.

–Bien, luego te veo. Te quiero –se despide mi prima.

–Y yo a ti.

Cuelgo y guardo el teléfono con toda la tranquilidad y chulería del mundo.

–Me temo que tendremos que aplazar esa cena.

– Por qué? Yo también voy a ir al partido de los *Rangers*, es un deporte que despierta mi apetito. De all  iremos a mi casa.

–Estás empeñado,  no es cierto?

–Así es.

–Entonces, no voy a cansarme en poner excusas.

– Eso es un s ?

–Sí.

–Genial –celebra Ian, frotándose las manos–. Regresemos al despacho, ya verás demasiado esta planta cuando trabajes aquí.

–Aún no he aceptado la oferta –musito orgulloso, según me pongo en pie.

El señor Jacobs, en su mejor faceta de hombre de negocios, me agarra con fuerza de los brazos y lleva hacia él.

–Lo harás –susurra en mi oído.

Un jadeo escapa de mi garganta al tenerlo tan cerca; al notar como revoluciona todo mi cuerpo con solo un gesto y dos palabras; al sentir su férrea sujeción y el cálido aliento rozar mi oreja.

Intento besarle, cuando la oscuridad de su mirada jade me advierte de que desea lo mismo, pero me detiene:

–Aquí no.

Ian se aleja, rechaz ndome, y comienza el camino de vuelta. Yo ha-go lo mismo pocos pasos por detrás, después de mirar por última vez el que será mi futuro puesto de trabajo y sonr er victorioso.

La mano de Megan aferra la mía y me giro hacia ella en la parte tra-sera del taxi.

– Qu  te pasa?

–Nada –contesto y sonrío sin muchas ganas.

–Vamos, Luke –se impacienta–. Nunca nos hemos ocultado nada y ahora... Estoy preocupada.

Envuelvo su mano entre las mías en un intento de tranquilizarla.

–Tengo... Tengo miedo a lo que puedas decirme.

–¿Temes que te eche la bronca?

–No –niego y me río con ella–. A escuchar cosas que no quiero.

–¿Qué cosas?

–Verdades –finiquito, besando el dorso de su mano–. Verdades que aún no estoy preparado para escuchar.

Mi atención retorna al exterior del vehículo impidiendo cualquier nueva pregunta de mi prima, y, de esta forma, en un silencio que solo se ve solapado por el sonido del tráfico, pasamos el resto del trayecto.

Las inmediaciones al *Madison Square Garden* se encuentran atestadas por hinchas del *hockey*, como la vez anterior. La diferencia es que hoy estaremos mimetizados con el ambiente y todo gracias al generoso detalle que ha tenido Abraham de regalarnos dos camisetas del equipo. A Megan le queda un poco grande, sin embargo, ambos parecemos verdaderos forofos de los *New York Rangers*.

Tras recoger los pases en taquilla, seguimos a la marabunta al interior del estadio y nos desviamos por el camino que ya conocemos, hacia el palco VIP.

–Madre mía, hoy sí que hay ambiente aquí –murmura Megan, sorprendida al ver la ocupación del reservado.

–Será un partido importante.

Nos acercamos hasta la barra y busco a Ian entre la multitud que nos rodea. Dijo que vendría; dijo que, después del partido, cenaríamos en su casa. No he podido dejar de pensar en esa maldita cena desde que me la propuso.

–¿Qué van a tomar? –pregunta el sonriente barman.

–Coca-Cola –le pido, extrañando Megan.

–Y una *light*, gracias.

Enseñamos los pases, antes de que nos los pida, y el servicial camarero se pone en marcha. Nada más recibirlos, bebo del mío como si el mismo desierto habitara en mi garganta.

–¿Todo bien en el trabajo? –curioseas mi prima.

–He tenido días mejores. ¿Y tú? ¿Cuándo empezáis a rodar el *spot*?

–Creo que en dos o tres semanas. ¿Me dejas que te dé un consejo?

Sonrío y asiento, aceptando.

*Total, aunque le diga que no, terminará dándomelo.*

–Céntrate en el concurso de diseñadores y deja de pensar un poco con tu... amiguito –murmura, señalando mis partes–. Estás a un paso de cumplir tus sueños, no permitas que se esfumen por factores externos que ahora mismo no

necesitas.

–¿Factores externos que no necesito? –me mofo.

Empiezo a reír con su consejo de psicólogo barato y la acojo entre mis brazos para besar cariñosamente su cabeza.

–Eres de lo que no hay.

–¡Mira quién habla! –recrimina.

–Buenas noches.

Deshago el abrazo con mi prima y nos volvemos hacia la *sexy* voz que tanto ha llegado a excitarme.

Ian está parado a nuestro lado con una tibia sonrisa en la cara y las manos dentro de los bolsillos de sus tejanos.

*¿Cómo es posible que su sola presencia desate una vorágine de emociones en mi interior? ¿Cómo es posible que lo desee tanto, si ya me he acostado con él? ¿Será ese el motivo?*

Mis ojos se deleitan con el firme pecho que oculta bajo la camiseta de los *Rangers* y me relamo involuntariamente.

–Buenas noches, señor Jacobs –saludo, conteniendo el instinto animal que pugna por salir a la superficie.

El recién llegado despierta sentimientos en mí que jamás nadie ha conseguido; sentimientos que parecen no tener límite y temo que esa inmensidad termine por arrastrarme a un lugar desconocido.

–Ian –corrige, sin perder la sonrisa–. Tú debes ser Megan, la prima de Luke.

Extiende la mano hacia ella y mi prima la acepta, algo perpleja.

–Es un placer conocerte –sigue hablando mi jefe–, y quería disculparme por mis malos modales del otro día. Mi hermana es experta en exasperarme.

–No te preocupes –responde Meg, sonriéndole la gracia–. Encantada de conocerte, Ian.

Arrugo la frente al notar que me cabrea tanta cordialidad. Es preocupante lo molesto que me hacen sentir.

–Y, Regina, ¿ha venido contigo?

–No, tuvo que regresar a París. Alguien debe dirigir la sucursal de *Across*.

–Claro –comprende mi prima–. ¿Qué tal funciona allí? ¿Tiene tanto éxito como aquí?

*¿Es que soy invisible?*

–No puedo quejarme –presume Ian.

Los dos siguen hablando y cada vez me siento más al margen, como si

sobrara. Una sensación que me desagrada e irrita, hasta el punto de desear arrastrar a mi jefe fuera del palco y marcharnos directamente a su casa.

*Me importa una mierda el partido, necesito sexo.*

La robusta erección que empieza a crecer en mis pantalones apoya ese cambio de planes. Quiero hundirme en él, asediarlo a orgasmos y que se corra como nunca lo ha hecho.

Un manotazo en el pecho me trae de vuelta al reservado, junto a una Megan y un Ian que me observan intrigados.

–¿Por qué no me habías contado que te ha ofrecido un puesto co-mo diseñador *junior*? –pregunta ella, sintiéndose ofendida.

Desvío la mirada hacia mi jefe y niego con la cabeza.

–Tenías que decírselo, ¿verdad?

–La cuestión es: ¿por qué no me lo has dicho tú?

–Todavía no he aceptado.

–¿Y no piensas hacerlo?

Ian se mantiene a un lado, en silencio, aunque parece divertido con la pequeña disputa familiar.

–Acabas de sermonearme, hace cinco minutos, con que debo estar centrado en el concurso –le digo a Megan–, y eso es lo que pretendo. Si lo gano, no solo *Across* estará interesada en mí.

La argumentación deja a mi prima sin opción a réplica y a mi jefe con una sonrisa petulante en el rostro. Se comporta como si supiera de antemano lo que voy a hacer.

–De acuerdo, es tu... –Megan se interrumpe para sacar el móvil del bolso y sonrío al leer la pantalla–. Perdón, debo atender esta llamada.

Se aleja de nosotros y la sigo con la mirada, deseando que Abraham la entretenga durante un buen rato.

–Me cae bien tu prima.

–Tiene novio –le advierto, provocando que su sonrisa crezca de forma descomunal.

–¿A qué viene eso?

No respondo y me apoyo contra la barra para beber del refresco que, en este momento, me arrepiento de haber pedido.

*¡Necesito alcohol!*

–¿Acaso estás celoso? –insiste, situándose al lado.

–Yo no siento celos –gruño chulesco–. Yo los provoco.

–Sí, claro –ironiza y se echa a reír–. Un *Jack Daniels*, por favor –le pide

al barman, que acude solícito a servirle.

Si hay algo que admiro y, a la vez, me repatea de Ian, es la seguridad en sí mismo que proyecta a los demás. Solo hay que ver lo cómodo que se siente aquí, rodeado por parte de la flor y nata de la ciudad; es un pez gordo más en este acuario donde yo soy uno exótico, ergo peculiar y único. Y, el hecho es que, así apoyados sobre esta barra de lujoso no-gal, no parecemos tan diferentes, aunque ambos sepamos que pertenecemos a mundos distintos.

*No, no tan distintos.*

–Un dólar por tus pensamientos.

Sonrío y termino el refresco de un trago.

–No quieras saber todo lo que pasa por mi cabeza –me burlo.

–En realidad, sí quiero.

Y estas son las cosas que me confunden, cuando se comporta como si yo le interesara más allá del tema físico.

–¿De verdad has venido solo? –le pregunto, guardando mis pensamientos para mí.

Su respuesta es una lenta afirmación y me gusta saber que está a-quí solo por mí. Intentaría besarle, pero no estoy dispuesto a recibir el segundo rechazo del día y toca contenerse, igual que el elástico del calzoncillo contiene mi polla tiesa.

–Aunque espero marcharme acompañado –añade seductor y sorbe de su copa manteniéndome la mirada.

Si continúa con los juegos y las provocaciones no tardaré en lanzar-me sobre él, sin importar quién esté delante.

–Quiero besarte –le confieso excitado y con el miembro pulsando mi bragueta.

No estoy acostumbrado a tener que pedir permiso para hacer algo que me apetece, soy más de ir directamente a la acción, pero sé que Ian me detendría. A diferencia de mí, él prefiere dejar dicha acción de puertas de su despacho para adentro y yo hace mucho que dejé de esconderme.

–Yo también –responde al cabo de un rato, sorprendiéndome.

*¡Que le den al público!*

Doy un paso hacia él, decidido a comerle la boca, pero el espacio que hay entre nosotros se ve inesperadamente invadido por un obeso calvorotas que rodea con un brazo a mi jefe y lo vapulea como si fuese una maraca.

–¡Ian! Cuánto tiempo sin verte, muchacho.

–Señor Hubber. –Mi acompañante se yergue en el sitio y pasa a mo-do gran

empresario, estrechando con contundencia la mano del recién llegado—. ¿Cómo está?

—Como un joven potrillo —bromea, echándose a reír—. ¿Y tú? Creo que debo darte la enhorabuena, hace unos días me dijeron que te habías comprometido. ¿Quién es la afortunada?

En este instante, me gustaría estrellar la generosa y redondeada ca-beza del desconocido contra la barra y no solo por surgir en el momento más jodidamente inoportuno, también por sacar a relucir la boda.

—Se llama Heather —le cuenta Ian, haciendo aumentar la furia abrasiva que me consume—, y es una reputada interiorista inglesa.

El orgullo que percibo en su voz al mencionarla, me envenena. Puedo sentir el amargor en la boca quemándome la lengua.

—Europea, buena elección —celebra el otro—. Eso es lo que necesitas, una buena mujer que te complemente y te haga crecer.

*Creo que ya he escuchado bastante.*

—Señor Hubber, permíteme que le presente a un amigo —comenta Jacobs, agarrándome con rudeza del hombro e impidiendo que desaparezca del lugar.

*¡Suéltame!*, le grito con cada parte de mi cuerpo.

El hombre rollizo y trajeado, que luce un *Rolex* de oro tamaño *Big Ben*, se percata de mi existencia y me mira por primera vez.

—Luke, este caballero es Andrei Hubber, dueño y presidente de *Hubber&Son*, una de las constructoras más importantes de la ciudad —le presenta Ian—. Señor Hubber, él es Luke Meyer, un buen amigo.

*¿Un buen amigo?*

—Meyer —repite el hombre, frunciendo los ojos—. ¿Eres familiar de August Meyer, de MCA?

Tenso la mandíbula e hincho el pecho.

—No, no. Trabaja para mí...

—En realidad, sí —interrumpo a mi jefe—. August es mi abuelo.

Me arrepiento de decirlo en cuanto las palabras salen de mi boca, pero ya es tarde, demasiado tarde.

*¿No podía mantener la boca cerrada?*

Los dos hombres me miran y podría decirse que lo hacen desde otra perspectiva: uno de ellos ahora me ve como parte de una acaudalada familia de negocios e importante cuenta corriente; el otro, confuso e incrédulo. No hace falta indicar quién es quién.

Juré que jamás mencionaría a mi familia y que nunca usaría el renombre

del apellido que opté utilizar. Un año y casi ocho meses me ha durado ese juramento a mí mismo.

–Y, ¿qué hace por esta costa la progenie de Meyer? ¿Acaso preten-de expandir MCA todavía más?

–A nadie sorprende la avaricia de August –respondo.

El señor Hubber se carcajea sonoramente, provocando que su prominente papada bambolee como una bolsa de agua, y de reojo compruebo que Ian sigue mirándome impactado.

–Disculpad –murmura uno de los dos hombres que están apostados a nuestro lado en la barra–, no hemos podido evitar escuchar que trabajas en la corporación Meyer.

*La jodí. He abierto la caja de Pandora.*

–Es nieto del fundador –comenta Hubber–. Temblad, señores, MCA se acerca.

Miro encolerizado al viejo gordinflón y deseo cerrarle la boca de un puñetazo. Hace mucho que dejé de ser parte de aquello.

–Entonces, ¿es cierto que MCA se expande? –insiste el desconoci-do.

De buenas a primeras me veo rodeado por hombres trajeados que beben *whisky* en copas de coñac y fuman habanos, interesados porque les hable sobre la empresa de mi familia. El asalto al que me veo some-tido con sus numerosas preguntas y comentarios, la mayoría de ellos malintencionados, comienzan a agobiarme y a desenterrar una parte de mí que creía olvidada, la peor de todas: la rencorosa, la dañina... La destructora.

*Si quieren bombazos, les daré una hecatombe.*

–¡Luke!

La voz de Megan llega en el momento preciso, alejando mis sombras y demonios como tiempo atrás. Verla cruzar entre todos los hombres me alivia y consuela; es mi ángel de la guarda, mi guerrera y mi protectora.

–Tienes una llamada urgente –dice, ofreciéndome su móvil.

Lo cojo y atravieso el muro de personas que estaba dispuesto a destruir, para salir del palco VIP.

Una vez a solas en el pasillo, guardo el teléfono de mi prima y me dirijo a los aseos con el corazón bombeando enérgicamente en mi pecho, haciendo que me vibren hasta los tímpanos. Necesito calmarme y Meg se dio cuenta de ello, por suerte.

El agua moja mi cabello y rostro, resbalando por mi cuello en forma de

lágrimas, e inspiro una profunda bocanada de oxígeno apoyado en el lavabo, frente al espejo. La imagen de facciones tensas que tengo delante hace que vuelva a cargar las manos con agua fría y la vierta so-bre mí.

Durante el proceso, la puerta del baño se abre de golpe y un hombre accede corriendo hasta el primer urinario de pared, donde suspira de alivio cuando empieza a descargar su vejiga.

Yo me mantengo en la misma postura, con la cabeza gacha y observando como el agua del grifo se escapa por el desagüe.

–El partido ha comenzado. ¿Ganarán los *Rangers*? –dice el desconocido, ocupando el lavamanos contigo.

Al no encontrar respuesta ni reacción por mi parte, extrae un par de toallas de papel del surtidor y abandona el lugar. La puerta se cierra dejándome solo nuevamente, aunque no tarda en volver a abrirse y, esta vez, nadie corre.

–Luke.

Subo la mirada hacia el espejo para encontrarme con la de Ian y cierro el grifo con un leve puñetazo.

–No quiero hablar –le digo, girándome hacia él–. ¿Por qué no regre-sas junto al viejo Hubber y buscáis a otro del que reiros?

Mi jefe da un paso en mi dirección, adoptando una postura de seriedad.

–En ningún momento me he reído de ti.

–Ese viejo gordo debería mirarse al espejo antes de abrir la boca.

–Andrei tiene una peculiar forma de ser, no te lo cuestiono, pero es buena gente y, además, muy influyente.

–Me importa una mierda la influencia que tenga –espeto con desagrado.

–No debería. Su hija mayor es la directora de una revista de moda muy conocida a nivel nacional. Puede que algún día te interese salir en ella.

Sé cómo funciona el mundo de los negocios: hoy te uso y mañana te destrozo. Y no tengo intenciones de volver a entrar.

–¿Por qué no me contaste que tu abuelo era August Meyer?

–No creía que necesitaras mi árbol genealógico.

–Guárdate la chulería para quien no te conozca.

–Y tú métete en tus asuntos.

Mantengo la mirada a Ian y nos desafiamos. Ese desafío lleva al ardor y el ardor, a la excitación. En un visto y no visto estamos dentro de una letrina besándonos como posesos.

–Eres un hipócrita –me dice, agarrándome tan fuerte como yo a él–. Insinúas que juego contigo y eres tú el que lo hace conmigo.

–Cállate –exijo y me apodero de sus labios otra vez.

Mis manos se deslizan por su cuerpo con desesperada necesidad; la misma que parece tener Ian, que me lleva hacia la pared opuesta y se quita la camiseta de los *Rangers*.

–¿Esto es lo que quieres, Luke? Pues, tómallo; tómallo cuanto quieras.

Clavo los dedos en la piel de su cintura y dejo caer la cabeza contra el panel conglomerado, cerrando los ojos.

–¿Por qué te detienes? –pregunta, frotándose contra mi cuerpo–. No te detengas.

–Yo...

La mano de Ian solapa mi boca cuando escuchamos abrirse la puer-ta del aseo y se tensa, alarmado por poder ser descubiertos.

En silencio miro a mi jefe mientras este observa fijamente la puerta de nuestro escondrijo, vigilante a los movimientos de los hombres y deseoso porque terminen de hacer sus necesidades y se marchen.

*No, esto no es lo que quiero.*

Cuando el silencio vuelve a reinar en el baño, Jacobs resopla aliviado y retira mi mordaza.

–Ha faltado poco.

Lo empujo con rabia, quitándomelo de encima.

–Y, ahora, ¿qué pasa?

–Solo evito que alguien pueda enterarse de que te lo estás montando con un tío. Me largo.

Abro la puerta de la letrina y salgo, dejando a un patidifuso y medio desnudo Ian atrás.

–Espera, Luke. ¡Espera!

No lo hago.

–Toma, bebe –dice Megan, agachándose a mi lado y ofreciéndome una taza que echa vaho, además de un olor picante.

–¿Qué es?

–Una infusión de madre selva. Está rica y te sentará bien.

Me incorporo en el sofá, aceptando la bebida, y le doy un agradable sorbo mientras Megan se recuesta de nuevo en la mesa del salón para continuar viendo el partido de *hockey* por la tele.

–Siento haberte jodido la noche.

–Ya te he dicho que no tienes que disculparte. No querías estar allí y no iba

a forzarte.

–Pude venirme yo, pero no quería que te quedaras sola.

–Y yo no quería que vinieras solo –arguye, sonriéndome por encima del hombro–. ¿Está buena?

Asiento y sorbo una vez más.

–Si no quieres contármelo no pasa nada, pero... vi salir a Ian detrás de ti. ¿Ocurrió algo?

Me alegra que esté viendo la televisión porque sé que, con solo mirarme, sabría lo que ha pasado. Me conoce demasiado bien.

–Quería saber por qué no le conté lo de August.

–Y, ¿qué le dijiste?

–Que no era asunto suyo.

–Es normal que esté aturdido, a mí también me sorprende que lo hayas contado.

–Se me escapó. –Meg vuelve la cabeza hacia mí, mirándome con escepticismo–. Vale, lo hice porque ese viejo se creía superior. Debiste ver su cara cuando se enteró, casi se arrodilla para chupármela.

–¡Luke! –exclama, con cara de asco.

Estallo en carcajadas y nos centramos en el partido. O eso intento.

–No debí hacerlo –le digo, poco después–. La jodí y casi exploto.

–Lo sé –reconoce ella–, pero no fue así y estoy muy orgullosa de ti.

Sigo bebiendo la infusión de madre selva, percibiendo como sus e-fectos relajantes van dando resultado, y pienso en si Ian seguirá dentro del estadio.

“*¿Esto es lo que quieres, Luke? Pues, tómallo; tómallo cuanto quieras*”, me dijo. Y lo que empiezo a querer de él, no lo alcanzo a tocar.

## CAPÍTULO 14

Encuentro a Megan y Abraham tonteando en la cocina cuando sal-go a desayunar. Se les ve tan acaramelados que me saltaré el bol de cereales y cualquier cosa que lleve azúcar.

–Buenos días –saludo, dejando la mochila del *gym* y la bandolera sobre la

barra.

Me devuelven el saludo, pero no cesan las carantoñas y de mostrar el afecto que se tienen, recuperando las horas que han pasado separados.

–¿Te encuentras mejor, Luke? –pregunta el *Ranger*.

Mi prima me lanza una mirada de complicidad, haciéndome saber que no le ha contado nada de lo acontecido ayer. O, mejor dicho, que le ha metido una bola.

–Sí, gracias.

Lleno una taza de oscuro café y, apoyado en la encimera, bebo sin poder apartar la mirada de los tortolitos. Meg juega a darle dulces besos en las mejillas y a retroceder para que sea él quien vaya en su bus-ca. Lo que consigue fácilmente.

–Te encanta volverme loco –le dice y ella se ríe divertida.

–Solo me aseguro de que no puedas dejar de pensar en mí.

–Y no puedo –confirma el hijo del senador.

–Bien. Cuando menos lo esperes, tu corazón será solo mío.

–Ya lo es.

Entre tanto abrazo, toqueteo y beso robado, estoy empezando a ponerme cachondo.

–No puedo quedarme más tiempo –murmura Abraham, ojeando su reloj de muñeca–. ¿Te llamo luego y quedamos?

–Perfecto –sonríe esplendorosa, Meg.

Me despido del jugador con un “choca esos cinco” y mi prima lo acompaña hasta la salida. Tras varios besos, que escucho a través del tabique, y un par de risas tontas, regresa a la cocina medio flotando y con una estúpida sonrisa en la cara.

–Lo tienes comiendo de tu mano.

–Más me vale, porque él me tiene igual y sería un palo.

Saca un zumo de la nevera y se acomoda en un taburete de la barra para ojear la revista del día.

–¿Cómo...? –Interrumpo la pregunta porque no sé muy bien de qué forma plantearla o si Megan pensará algo raro.

–¿Sí?

Niego y ella vuelve a la revista.

*¡Joder, no es tan difícil!*

–¿Cómo...?

*¡Oh, mierda! ¡Sí que es difícil!*

–¿Luke?! –exclama, mirándome perpleja.

Me cubro la cara con la mano y río por lo idiota que me siento y pa-rezco en estos momentos.

–¿Cómo, qué? –insiste.

–Es... –Desvió la mirada hacia el techo, porque es imposible hacerla con sus grisáceos ojos escrutadores incrustados en mí–. ¿Cómo hiciste para que... Abraham se... enamorara de ti?

Creo que es la primera vez en mi vida que siento semejante vergüenza extrema. Incluso percibo arder mi rostro.

*Soy ridículo.*

Al centrarme de nuevo en ella, veo que sonrío de oreja a oreja.

–¿Qué?

–Necesito que repitas la pregunta, porque creo que no he escuchado bien.

*¡No me jodas!*

Resoplo angustiado y froto mi frente ya húmeda.

–¿Qué hiciste para que Abraham se enamorara de ti?

–Soy encantadora –responde, jovial.

–Eso ya lo sé, pero... ¿Cómo pasaste de la atracción física a la sentimental?

Megan parece compadecerse de mí y, apartando a un lado la prensa del corazón, adopta una postura pensativa y seria.

–Bueno, para empezar, creo que somos bastante compatibles: tenemos gustos parecidos, una forma de ser similar... Nos entendemos y eso es importante.

–¿Si fuese diferente a ti, te habrías enamorado de él?

–Puede ser –responde dudosa–. Aunque me temo que a la larga las diferencias pesan y estropean la relación. Así sucedió con Garreth y Jason.

*Garreth, menudo cretino. Todavía me duele el ojo cuando escucho su nombre.*

–Entonces, ¿para que una relación funcione, ambas partes deben ser parecidas?

–En mi caso, sí. Debe haber semejanzas; una mínima sintonía entre los dos. El famoso *feeling*.

Asiento, dándole vueltas a su explicación, y me termino el café.

–¿Por qué lo preguntas?

*¡Ni de coña!*

–Voy a llegar tarde a trabajar.

Dejo la taza en el fregadero y recojo mis mochilas de la barra.

–¡Ah, no! ¡Ni lo sueñes, guapito! –exclama, interponiéndose en mi camino–. De aquí no sales hasta que me digas en qué estás pensando.

–No pienso en nada, Meg. Solo sentía curiosidad.

–¿Sobre enamorarse? ¿Me tomas por tonta? Nunca te ha interesado el amor.

–Y me sigue sin interesar –espeto chulesco y borde.

No puedo evitarlo, cuando intento ser esquivo me sale la vena engreída y prepotente que hasta yo me daría de golpes.

Megan arquea interrogativa una de sus finas y depiladas cejas, y se cruza de brazos.

–¿Tiene que ver con Ian?

Una sensación de malestar cruza mi pecho, cual filo de cuchillo, y mi rostro debe reflejarlo porque hasta mi prima lo nota.

–Luke –musita compasiva.

–Por favor, Megan –exhalo dolido, agachando la cabeza–. No digas nada. No preguntes.

Cierro los ojos al percibir que se me vidrian y lo siguiente que noto es a ella abrazándome.

*¿Qué mierdas estoy haciendo? ¿Qué le pasa a mi maldita cabeza? ¿Por qué me pasa esto?*

–Vale –susurra cariñosa en mi oído–. Pero recuerda que estoy aquí para todo lo que necesites. Cuando quieras hablar, aquí estaré.

Le devuelvo con fuerza el abrazo, la beso en la mejilla y salgo de casa para irme al trabajo. Nada más cerrar la puerta, y una vez fuera de la vista de mi prima, arrastro las yemas de los dedos por las cuencas de mis ojos y observo atónito la humedad que capturan.

*Solo un gran sufrimiento es capaz de hacerme llorar.*

Subrayo con rotulador fosforescente el encabezado del folio y paso al siguiente, de muchos, para repetir el proceso. Es una tarea sencilla que no requiere mi total concentración y lo agradezco porque estoy tan pendiente de la llegada de Ian que cualquier sonido, incluso imaginado, provoca que mire hacia el pasillo.

Debo confesar que encontrarme con él me pone muy nervioso y especialmente inquieto. Anoche lo dejé colgado en *The Garden* y no hizo intento de contactar conmigo por teléfono, bien llamando o mediante mensajes, como

alguna vez ha hecho. La conversación con mi prima no ha ayudado en nada.

*Peor, ahora sabe que me gusta. Y mucho.*

–¿Has acabado?

–¿Eh? –Miro a Grace y niego–: Enseguida.

Sigo pasando folios, subrayando de forma mecánica y automática, y, cuando Ian aparece por el pasillo, salto del asiento como si este contuviese brasas.

–Buenos días, señor Jacobs. ¿Cómo está?

La efusividad con que lo recibo hace que se detenga perplejo y no es el único, mi compañera se ha quedado congelada a medio camino de ponerse en pie.

–Pues... Bien –responde, confuso.

–Genial. ¿Desea que le traiga un café?

Ian asiente lentamente, todavía superado por mi extraño comportamiento servicial, y parto raudo en busca de la bebida.

Regreso poco después, batiendo mi récord de tiempo, y cuando accedo al despacho del presidente, este desvía la mirada de la pantalla de su ordenador hacia mí. Sus brillantes ojos verduscos, fruncidos a la par que sus cejas, no dejan de analizarme en cada paso que doy hacia él, de la misma forma que mi corazón se acelera al recortar distancia; es como un detector de Ian.

A diferencia de otros días, hoy opto por rodear el escritorio y acercarme para entregarle el vaso en mano. Gesto que también pilla desprevenido a mi superior.

–Su café, señor Jacobs.

–Gracias.

Es francamente divertido verle tan descuadrado conmigo; de saberlo, lo hubiese hecho antes.

–¿Algo más? –se interesa, al ver que no me marchó.

*¿Algo más? ¡Ánimo, Luke!*

–No –contesto en el último momento.

Empiezo a retroceder, para salir del despacho, y cuando se ubica nuevamente delante del ordenador, freno en seco.

–Bueno, sí. Sí hay algo más –me lanzo a decir.

Ian da la vuelta al sillón, quedando frente a mí, y me mira interrogante y, aparentemente, hastiado.

–¿Qué quieres, Luke?

Aun a riesgo de conseguir una mala reacción por su parte, me adelanto, y apoyando las manos en los reposabrazos del asiento, acerco mi boca a la suya

hasta unir nuestros labios en un simple, aunque cálido beso. Es breve, más breve de lo que quisiera, pero me conformo con que no me aparte de un empujón.

Al retirarme, evito mirarlo y salgo del despacho con la sensación de haber conquistado algo; una singular satisfacción que me acompaña el resto de la mañana, grabando una sonrisa imborrable en mi rostro. Ni las incesantes llamadas o los *emails* masivos, perturban mi estado de ánimo.

–Luke, ¿te importa que salga antes a comer?

Me recuesto sobre el escritorio y observo a mi compañera con detenimiento. Hoy lleva un vestido gris, que se ajusta a su cuerpo como un guante, y el cabello recogido en una perfecta coleta alta. Podría pasar perfectamente por una chica de mi edad.

–¿Segunda cita con mister misterioso? –pregunto, guasón.

Ella sonrío y me dedica una mueca burlona mientras se cuelga el bolso del hombro.

–En realidad, es la tercera.

–¿En serio? –me sorprendo—. En la tercera se folla, ¿no? Si necesitas más tiempo, avísame.

El rubor que tiñe su alarmado gesto, me hace reír, y se marcha sin aclarar mi duda.

La llamada me pilla junto a la impresora y corro hasta el escritorio para activarla.

–Despacho de Ian Jacobs, soy Luke.

–*Bonjour mon amour /Buenos días, mi amor.*

–*Bonjour* –respondo a la mujer, perplejo por la familiaridad.

–*Tu as une voix sexy. Qu'est-ce que tu portes?/Tienes una voz muy sexi. ¿Qué llevas puesto?*

–*Pardon?/¿Disculpa?*

–*J'ai urgemment besoin de sexe. Ça te dit?/Necesito sexo urgentemente. ¿Te apetece?*

–*Je te veux tout le temps /Yo quiero todo el tiempo* –le sigo el juego.

–*Oh, mon dieu. C'est bon de le savour. Tu veux qu'on se voit? /Oh, Dios mío. Bueno saberlo. ¿Quieres que quedemos?*

–*Bien sûr, mademoiselle. Où es-tu? /Por supuesto, señorita. ¿Dónde te encuentras?*

Las carcajadas de la mujer, me contagian, y la línea se colapsa de sonidos

difusos durante un largo minuto.

–¿Cuándo has descubierto que era yo? –pregunta Regina.

–Al segundo suspiro –bromeo–. ¿Cómo estás? Aparte de cachonda, claro.

Volvemos a reír intensamente y me cubro la boca, temiendo que Ian pueda escucharme y salir. Aunque no me importaría.

–Ahora mismo estoy sentada en una barra, acompañada de una co-pa de vino blanco y esperando a una amiga.

–¿Estás aquí o en París?

–Sigo desterrada –se jacta.

–Me dio rabia no poder despedirme de ti.

–Cúlpale a mi hermanito.

–Lo haré –musito, ojeando las puertas del despacho–. ¿Quieres que te pase con él?

–No. En realidad, llamo para hablar contigo.

–¿Conmigo?

–Sí. He sido invitada a una fiesta dentro de varias semanas y me gustaría que fueses mi acompañante.

–¿En París?

–No, la fiesta es allí. En Nueva York.

Un tenue sentimiento de desilusión roza mi estado de ánimo. Me había emocionado con la posibilidad de viajar.

–Quiero ir contigo, Luke. Lo pasaríamos tan bien –continúa, intentando convencerme.

–¿Qué tipo de fiesta es?

–De clase alta.

Imagino un generoso salón de techos altos, alumbrado con las más excéntricas lámparas de araña, lleno de hombres y mujeres vestidos de etiqueta y dialogando entre ellos mientras un delicado cuarteto de cuerda ameniza la velada y cientos de camareros sirven un exquisito y muy elaborado cóctel, acompañado de los mejores y más caros zumos de uva.

*¿Cómo voy a perderme una fiesta?*

–Estaré encantado de ser tu pareja.

–¿De verdad? ¡Oh, qué bien! –celebra, eufórica–. Seré la chica más afortunada de la noche.

Sonrío divertido con su halago y se lo devuelvo porque, sin lugar a dudas, Regina es una mujer muy atractiva y cualquier hombre estaría honrado de poder llevarla agarrada del brazo.

Tras constatar que nuestras vidas siguen sin nuevos acontecimientos, nos despedimos y continúo con mis labores sin poder apartar de mi mente la melodía del vals más famoso del mundo.

*¿Deberé aprender a bailarlo?*

A falta de cinco minutos para que sea, oficialmente, mi hora del almuerzo, decido visitar el despacho de Ian.

–¿Puedo pasar, señor Jacobs? –le pregunto, abriendo parcialmente la puerta.

Él sigue frente al ordenador, tecleando y clicando sin parar, y ni siquiera desvía la mirada de la pantalla.

–Sí, ¿qué pasa?

Cierro la puerta detrás de mí y me apoyo contra ella.

–Estoy a punto de irme a comer y, me preguntaba, si querías que te trajera algo.

–No –contesta con firmeza y sequedad, sin dejar de trabajar.

–Y, ¿comer conmigo? –me atrevo a decir–. Yo invito.

Esta propuesta sí parece captar su interés o alterarlo, dado que sus manos se ralentizan hasta detenerse sobre el teclado. Desde la distancia que nos separa, observo como su gesto se contrae y su pecho se hincha en profundas inspiraciones.

–No.

Aunque estaba preparado, porque la lógica me gritaba que recibiría una negativa, no puedo evitar sentirme devastado con el rechazo. Sé que sigue enfadado por mi conducta de ayer, yo aún lo estoy un poco con la suya, pero no soy rencoroso e intento olvidar.

–De acuerdo –musito, intentando aparentar indiferencia, y me dispongo a salir.

–Pero me debes una cena.

Su comentario hace que sonrío divertido y triunfal, y le miro por encima del hombro.

–¿Sabes que deporte despierta mi apetito? El *spinning*.

Lanzada la indirecta, salgo del despacho con la sensación de haber conseguido una pequeña victoria, igual que la vez anterior.

La música electrónica que brota por los altavoces de la sala, no consigue animarme. Tengo a más de cuarenta personas pedaleando delante de mí y soy

incapaz de centrarme en la clase. Y todo porque él no ha venido. Llevo media hora dando indicaciones a través del micrófono y girando la cabeza hacia las paredes de cristal, desde donde se ve todo el gimnasio, buscando a Ian, podría decirse que desesperadamente.

*¿Acaso no captó la indirecta? ¿O es que ha preferido pasar de la clase y de mí? ¿Estará con Heather? ¡Joder! No necesito esta mierda mental.*

Cuando esta mañana regresé de mi hora de almuerzo, Ian se había marchado de la oficina a una reunión, según Grace. Me sentí tentado a asediarla a preguntas, pero me contuve, confiando en que ahora lo vería.

Gruño molesto, más conmigo mismo por sentirme y comportarme así, que con él.

*¡Que le den! ¡Que le jodan!*

–Empezamos a bajar niveles –anuncio y la gente suspira de alivio.

Con la mochila y bandolera colgadas del hombro, salgo del vestuario de monitores y recorro los pasillos del gimnasio con la mirada clavada en el suelo y el estado anímico bastante oscuro. Quiero golpear algo. Golpear a alguien. A Ian.

Me despido de Victoria, la guapa recepcionista, con un rápido movimiento de mano y evito acercarme a disfrutar de su compañía y troteo, como hago a menudo. Una vez en la calle, inspiro una profunda bocanada de aire y pienso que, de camino a casa, pasaré por una licorería.

*¡Necesito alcohol!*

–¡Luke!

Su voz eriza mi piel, yergue cada minúsculo pelo del vello de mi cuerpo y hace saltar mi corazón, tanto por la sorpresa como por escucharlo.

Al mirar detrás de mí, descubro a Ian apoyado relajadamente en el morro de su GLA negro metalizado y lujoso, en la esquina de la manzana del gimnasio.

*¿Por qué estará tan bueno?*

Las piernas flexionadas y cruzadas, cubiertas por un roído tejano, detallan a la perfección los robustos músculos y el generoso paquete que hay debajo, así como el jersey de lana se ajusta y tensa sobre el torso. Varios mechones de su cabellera negra le cuelgan sobre la frente, casi ocultando las esmeraldas que tiene por ojos, y siento combustionar mi cuerpo. Es experto en encender la mecha que tengo en la entrepierna y no soy el único que se siente embaucado por él; los transeúntes que caminan por la acera le miran de arriba abajo e,

incluso, de dentro afuera.

–¡Me voy a casa! –le digo elevando la voz, dado que nos separan varios metros.

Hace escasos minutos deseaba verlo, no sé si para soltarle un par de hostias o para comérmelo directamente. Ahora que lo tengo aquí, mi vena orgullosa ordena que me marche a casa, que no se lo ponga tan fácil.

Evito mirarle mientras me alejo, hasta que me agarra del brazo y tira de él, provocando que mis mochilas caigan al suelo.

–¿Estás de broma? –pregunta molesto y sin aliento por la carrera–. No pienso dejar que vuelvas a hacerme la misma. ¿Puedo saber por qué huyes?

Frunzo el ceño y muevo el brazo que zafarme de la sujeción.

–No huyo –espeto–. No te vi en *spinning* e hice otros planes.

Ian también contrae el gesto.

–¿Con quién?

–No te importa.

Mi jefe resopla y recoge las mochilas del suelo para llevárselas hacia el Mercedes.

–¡Hey, Ian!

Voy detrás de él, intentando arrebatárselas, pero Jacobs quiere jugar y se las pasa de mano a mano, evitando que pueda cogerlas, y riendo cada vez que gruño o me quejo como un crío de parvulario.

–Si no me las devuelves por las buenas, lo harás por las malas.

Ian mira de reojo, entre asombrado e incrédulo por mi amenaza, y sonriendo de oreja a oreja me reta a que lo intente.

–¡Dios, que cretino! –exclamo.

Tan deprisa como el insulto sale de mi boca, mi jefe aparece delante de mí y sus labios se estrellan contra los míos. Es un acto fugaz e inesperado; tanto, que parece no haber sucedido o que ocurrió por accidente. No tengo tiempo para disfrutarlo, pero consigue dejarme sin saber qué decir o hacer.

–¡Vamos! –apremia, acercándose al coche.

Desde el asiento del pasajero, veo cómo los rascacielos de La Gran Manzana se tiñen de un intenso color cobrizo mientras los dejamos atrás. Cada día me gusta más esta ciudad y nunca me cansaré de admirarla; es totalmente distinta dependiendo del horario en que la transites y siempre hermosa.

Ian maneja entre el tráfico con precisión y delicadeza, como si estuviera paseando a Miss Daisy, y sonrío al pensar en mi jefe como mi chófer personal. Si fuese el caso, pasaría las horas dentro del coche en su compañía.

*Luke, eres patético.*

El trayecto hacia su casa continúa y ninguno de los dos hablamos, permitiendo que sea Charlie Puth quien llene el silencio y le cante a un amor peligroso y destinado al fracaso.

*Muy... revelador.*

De soslayo observo al conductor y la sensual manera que tiene de manejar el vehículo. Me excita muchísimo su forma de agarrar el volante, con suavidad y determinación a la vez, o el juego de pies sobre los pedales y que, con cada movimiento, bambolean de un lado a otro el bulto que reina entre sus piernas abiertas.

*¡Céntrate, Luke!*

Retorno mi atención al exterior del Mercedes y así continúo hasta que nos desviamos hacia el subterráneo de un edificio. Su edificio. Me doy cuenta cuando pasa una tarjeta magnética por el identificador de la barrera.

La oscuridad nos envuelve momentáneamente durante la rampa de descenso y, después, Ian recorre el *parking* cual piloto de *rally*, esquivando columnas y trazando curvas perfectas, hasta que nos detenemos en una inmensa plaza reservada a su nombre.

Una vez que el motor deja de rugir, trago saliva, expectante a lo que venga a continuación.

–Vamos –es lo único que dice tras cuarenta y cinco minutos de silencio.

Bajamos del GLA, y tras recoger mis mochilas, le sigo un par de pasos por detrás hasta los ascensores donde repite el gesto con la tarjeta magnética y accedemos al que se abre. Una vez dentro, pulsa el botón del ático y se posiciona en el lado opuesto de la cabina, enfrente de mí. Su actitud vuelve a mostrarse como esta mañana: fría, distante y apática para tratarse de una cena que propuso él y que, se supone, le apetece.

Cuando despegamos, porque eso es exactamente lo que parece que hacemos, cierro los ojos y recuesto la cabeza en la pared, notando como mi estómago y testículos se electrifican con el envite de la velocidad; una sensación que ya me resulta familiar y he aprendido a disfrutar. Lástima que el viaje se haga tan corto y que en cuestión de segundos estemos en la cuadragésima novena planta.

–¿Esta Marthy? –curioseó, antes de que abra la puerta.

–No debería.

Saber que estaremos solos me hace especial ilusión.

*Sí, también me excita hasta la desesperación.*

Estiro los dedos hacia la fornida espalda que tengo delante, pero los retiro sin llegar a rozarla, dado que la gran y blanca puerta de roble se extiende de golpe e Ian se hace a un lado para dejarme pasar.

Encuentro el piso prácticamente a oscuras, de no ser por los destellos de las luces de la ciudad que atraviesan el impresionante mirador o las fluctuantes llamas azuladas de la chimenea de gas que alumbran parcialmente el salón.

—Ponte cómodo —invita Ian, cerrando la puerta y encendiendo todas las luces—. Iré a calentar la cena.

Sigo a mi jefe con la mirada hasta que desaparece en la cocina y me acerco al sofá, pensando en si ha sido buena idea este encuentro.

*Está raro de cojones. Más de lo habitual.*

Dejo las mochilas en un extremo del mueble en forma de escuadra y camino por el salón mientras deslizo el dorso de la mano por todo el respaldo. Observo con deseo el bar privado, con interés el billar y con sorpresa la mesa que Marthy ha preparado elegantemente para dos personas.

Frente al mirador, contemplo las azoteas que tengo delante, la última franja anaranjada del horizonte que está a punto de desaparecer o la frenética vida que corre a más de cuarenta pisos de distancia.

—¿Te apetece una copa mientras se calienta la cena?

Me doy la vuelta y encuentro a Ian detrás del mostrador de su bar con una pose sensual y sexual que me la pone dura.

—Sí, gracias —contesto, acercándome.

—¿Qué quieres? Tengo de todo.

Acomodándome en uno de los taburetes, observo la colección de alcoholes y licores que presiden la vitrina trasera.

—Emm... Lo que sea. Lo mismo que tú.

Mi jefe me mira y sufrimos un momento de conexión que se me antoja muy significativo.

—Marchando dos *whisky on the rock*.

Su sonrisa jovial me contagia y, por qué no decirlo, también me tranquiliza.

Disfruto como un niño viéndolo en su faceta de *showbarman*, presumiendo de encestar en las copas los hielos que lanza desde la espalda o de la destreza para girar la botella en su mano y terminar regando los cubitos de agua sólida.

—Su copa, señor —murmura, guasón, ofreciéndomela.

No puedo evitar echarme a reír, diría que por la escena sacada de la

película *Cocktail* o por el cúmulo de nervios que me produce esta ce-na, pero en el fondo sé que es por Ian; por esa actitud sin la armadura de empresario; por esa cercanía que desprende y esa accesibilidad que hace que lo desee todavía más.

–Salud.

–Salud –respondo, brindando las copas.

El líquido ambarino caldea mi garganta, a pesar de lo frío que baja, pero lo que me hace arder es que Ian ocupe el asiento contiguo, rozando sus piernas contra las mías.

–¿Juegas mucho? –pregunto en referencia al billar, como si quisiera introducir un tema de conversación que retrasase el acto físico.

*¿Yo, retrasar el sexo?*

–Antes jugaba más.

–Luego podemos echar una partida, si te apetece.

*De eso nada, Luke. Luego, follar.*

–¿Sabes jugar? –se interesa.

–Soy el puto rey –presumo, volviendo en mí.

Ian sonríe y me observa con detenimiento, igual que yo a él. Y quiero abalanzarme sobre mi oponente; abalanzarme y desnudarlo; desnudarlo y follármelo sobre el tapete del billar, pero algo en mi interior me frena y me dice que hoy no, que hoy toca ir despacio.

–Eso tendré que verlo –se jacta y sorbe de su copa.

Yo hago lo mismo y aunque el calor ya recorre todo mi cuerpo, dudo si es por el *whisky* o por la excitante compañía.

–¿Seguro que no quieres que te ayude?

–No, tranquilo –responde Ian, apoyando una bandeja de carne sobre un protector de la mesa–. Cuidado, que quema.

Me inclino sobre la cena y olfateo profundamente el delicioso aroma.

*Como sepa igual que huele, va a saber a manjar celestial.*

Ian se deshace de los guantes térmicos del horno y ocupa la presidencia de la mesa, a mi lado. Ante nosotros, un abundante despliegue culinario, obra de Marthy.

–Todo tiene un aspecto buenísimo.

–Marthy es una gran cocinera –halaga él.

Empezamos a llenar nuestros platos y, si bien es cierto que el *spinning* despierta un apetito voraz en mí, el de Ian no se queda atrás. Como bien he

intuido, todo está exquisito.

Cenamos mientras conversamos sobre nuestras dotes culinarias o nuestros platos favoritos, un tema simple que da para mucho; con él descubro que Ian es experto en arroces, gracias a un viaje que hizo a España, y promete, para mi sorpresa e ilusión, que un día me cocinará una de las famosas paellas españolas.

España trae a coalición los viajes y le cuento que yo no he salido de los Estados Unidos, todavía, pero que me gustaría conocer Europa. Ian ha estado allí, aunque no por todo el continente, y me relata resumida-mente los mejores y más especiales viajes que ha hecho, algunos por negocios, otros por placer. Con estos últimos debo realizar un tremendo esfuerzo para que no se note el malestar que me produce escuchar algún nombre de mujer. Y escucho varios.

–¿Has estado en Asia?

–No, pero es un viaje pendiente. Quiero hacer negocio allí.

Sonrío y asiento. Al fin y al cabo, el chip de empresario no se desactiva tan fácilmente.

–Lo que cuesta entender es que, viniendo de la familia que vienes, no hayas viajado fuera del territorio.

El tenedor escapa de entre mis dedos e impacta sonoramente contra el plato. Le sigue un silencio incómodo mientras termino de tragar la carne que tengo en la boca, con ayuda del vino.

–No voy a hablar de mi familia –comento con seriedad.

–¿Por qué no?

Miro a mi jefe con el ceño fruncido y ojos coléricos.

–Porque no.

Las esmeraldas de Ian se oscurecen cuando se acerca.

–Recuerdo la primera vez que te llevé a tu casa. A Regina y a mí nos dijiste que te habías escapado de Los Ángeles.

Sonrío con autosuficiencia y me recuesto en la silla.

–Yo también me acuerdo y mis palabras fueron que era una larga historia.

–¿Te escapaste? ¿Sabe tu familia que estás aquí? –dispara.

Me limpio con la servilleta y la arrojo sobre la mesa, a la vez que me pongo en pie.

–Luke.

Ian también se ha levantado y me sujeta del brazo para que no me marche. Observo su mano rodeando mi antebrazo y no sé qué es lo que más daño me hace, si que se interese por mi familia y mi vida, o no poder contársela.

–Solo quiero conocerte –musita.

–No necesitas saber mi pasado para conocerme.

–Pero quiero.

El nuevo silencio hace que perciba en los tímpanos el bombeo desenfrenado de mi corazón. Incluso tiemblo de la rabia contenida.

–¿Y si no te cuento nada? –pregunto, sin poder mirarle directamente.

–Lo respetaré –contesta tras una fuerte exhalación–. Pero me gustaría que confiaras en mí. Lo digo en serio, quiero conocerte y conocer cada detalle de tu vida. No preguntes por qué, porque ni yo lo sé, pero es una necesidad irrefrenable lo que siento.

Trago con dificultad la metafórica bola de espino que tengo en la garganta y me deshago de su agarre. Después, rodeo la mesa y a mi a-compañante, y me dirijo al sofá como el preso se dirige a la silla eléctrica: acojonado por lo que está por venir y ansioso porque acabe.

Ocupo la esquina del cómodo y extenso asiento, y fijo la mirada en las llamas de la chimenea.

Cuando Ian se acomoda a mi lado, resoplo, cojo aire y tumbo la cabeza en el respaldo.

–Mi pasado está lleno de mierda –comienzo, ensimismado en las tenues sombras danzarinas que proyecta el hogar en el techo–. Nunca habría permitido que te enteraras, pero si insistes...

Hago un breve silencio para darle la oportunidad de retractarse y rechazar lo que está a punto de escuchar, pero no lo hace.

*Será mamón.*

Me exployo en el sofá, como un gato buscando la postura perfecta para dormir, y le miro de soslayo. Jacobs me observa con verdadero interés y casi sin pestañear.

–Me encanta este sofá –le digo–. Heather tiene buen gusto.

Mi jefe agita la cabeza, como si le hubiese dado un golpe, y retrocede perplejo.

–¿Qué tiene que ver Heather con el sofá?

–¿No te decoró el piso?

–¿Qué? No –responde, desconcertado–. Me aconsejó sobre algunas cosas, pero no le hice caso.

–Amm...

–Parece mentira que todavía no sepas que yo tomo mis propias decisiones, sin dejar que nadie interceda.

–Es cierto, eres un cabezón –me burlo.

Y ahora que lo sé, disfruto más del sofá y de todo el piso.

–Sí, soy terco. Y tú un experto en cambiar de tema.

La sonrisa y el placer se esfuman de golpe.

*No quiero que sepa mi vida. ¿Qué pensará de mí, después?*

–Está bien –murmuro y regreso la vista al techo–. Imagina a un muchacho, hijo único, que crece al abrigo de una de las familias más acaudaladas de la costa oeste: fortuna, mansiones, empresas de éxito. Un muchacho que, desde muy joven, descubre la atracción física que despierta tanto en chicos como chicas, y que él también se siente atraído por ellos. Un muchacho sin límites de ningún tipo.

–No es raro que un hijo único, de familia rica, sea un consentido – argumenta–. Pero eso no es culpa tuya, sino de tus padres.

Sonrío divertido al comprobar que intenta quitar hierro al asunto.

–No fui consentido, fui rebelde –le aclaro–. Mi único propósito era salir por las noches e ir en busca de un chico, o una chica, o varios de cada. Lo que me hacían sentir al desearme tanto, era una droga. Me creía un Dios.

Las sombras del techo dibujan a un joven californiano, rubio como el más radiante sol, bailando medio desnudo en una discoteca y permitiendo que decenas de manos lo tocaran a su antojo.

–Fui un estudiante terrible –me jacto, como si tuviera gracia–. Solo iba a clase para pavonearme y seducir. La mayoría de días pasaba las horas con la polla dura constantemente. Me gustaba ese juego de gustar, aunque nunca llegara a nada más que eso.

Las sombras cambian y aparece una habitación rodeada por pos-ters de jugadores de *rugby*, y dos chavales, uno de ellos rubio, sentados en una cama con libros en sus piernas.

–Harto de escuchar a mis padres sobre mis malas notas, un día decidí ir a estudiar con un compañero a su casa. Puedes imaginar lo que estudiamos. Era un chico que en clase me la ponía como una piedra y cuando noté que le gustaba, porque para eso sí que era un experto, decidí pasar a la acción de una vez por todas y me lo follé. Teníamos diecisiete años.

Mantengo la vista en las sombras, sin querer desviarla hacia Ian. Veo al chico rubio abalanzarse sobre el moreno y como la ropa sale volando.

Resoplo y me paso las manos por el pelo.

–Aquello abrió la caja de Pandora de mi sexualidad. Fue un estallido de... De realidad extrema, brutal. A partir de ahí, follaba cada día. Hacía lo que

fuera para poder meterla. Me escapaba con mi prima y la usaba de excusa y vigía de mis perversos actos.

Las sombras vuelven a mutar y emerge ante mis ojos la calle donde me crié, regada de excéntricas mansiones, especialmente una.

–En cuestión de meses, por todo Beberly Hills se rumoreaba sobre el Meyer libertino y llegó a oídos de mis padres, ultra conservadores, que, como podrás imaginar, no les hizo gracia alguna. Pero no pienses mal, sufrían por ellos, por la vergüenza que sentían, no por su hijo. Decidieron atarme en corto, muy corto. Contrataron vigilancia personal para mí y les ordenaron impedir que me acercara a cualquier muchacho. Da igual si tenían que usar la fuerza para conseguirlo.

–¿Te pegaban? –pregunta Ian, casi inaudiblemente.

Las sombras del techo crecen, salvo una pequeña y temerosa del centro.

–Maricón. Pervertido. Rarito. Come pollas. Monstruo. Degenerado. Asqueroso. Enfermo –menciono los apelativos–. Hasta hereje. De esa forma se dirigían a mí mi séquito de vigilancia.

–Hijos de puta –gruñe Ian.

–Lo hacían incluso delante de mis padres. Y sí, recibí una paliza de parte de ellos, solo una, pero casi me matan.

Me giro hacia Ian cuando, por el rabillo del ojo, le veo moverse agitado.

–Estuve casi un mes entero en la cama. Y, ¿sabes que decían mis padres cuando me visitaban una vez a la semana?: *Eso te pasa por ir buscando chicos, como un cualquiera, y te pasará cada vez que lo hagas.*

Vuelvo a mirar el techo y las sombras se transforman en una ventana y el chico rubio mirando a través de ella.

–Joder –gruño rabioso–. Juro por Dios que se me quitaron todas las ganas de repetir. Y, tras ese mes, seguí otro mirando únicamente por la ventana de mi habitación. Ver la vida de mis vecinos me hizo pensar que en verdad sí que estaba enfermo, que era un completo degenerado. Mi familia no ayudaba. Excepto Meg, mi adorada Meg; santa paciencia y tolerancia que siempre tuvo conmigo, enfrentándose a toda la familia como una leona por su cachorro.

Cojo aire profundamente y parpadeo rápidamente, intentando evitar las lágrimas.

–Éramos primos, pero esa situación nos unió como hermanos para los restos. Me visitaba cada día, me animaba y con su compañía mis padres no enloquecían tanto y me daban algo de margen. En uno de los paseos, conocimos a una nueva vecina que se acababa de mudar a Beberly Hills. Era

muy simpática, además de atractiva. Cada día nos la encontrábamos y conmigo se comportaba de una manera libidinosa muy sutil. Tardé en darme cuenta de que me estaba embaucando y cuando lo hice, ya estaba en su cama. Y volví a sentirme libre y vivo. Y al no salir de la zona residencial, mis padres no estaban tan pendientes de mí y podía ir a su casa cada tarde. Fue una época en la que aprendí demasiado, incluso de lo bajo que me podían tirar. Al fango.

Las sombras se transforman en un opulento salón. El chico rubio está sentado en un sillón con la cabeza gacha y dos adultos le gritan.

–Una tarde nos encontró el marido en la cama –suelto de golpe y sin anestesia–. Ella, por supuesto, me culpó de seducirla, y él... Él me pateó como la escoria que me hicieron sentir. Volvieron las habladurías, las vergüenzas, las broncas, los enclaustramientos, la vigilancia, los insultos... Nadie, salvo mi prima, me creyó que yo había sido la víctima y el engañado. La determinación que tomaron mis padres fue..., la de obligar a casarme. Organizaron el trato con otra familia de negocios cuya hija tampoco tenía voz ni voto. Fue una pesadilla de la que no podía escapar y pasaba el tiempo y todo se iba afianzando sin poder impedirlo. Mi padre me chantajeaba con los estudios de diseño. Si me casaba, me los pagaba; si no... Y fui a la universidad. Quería escapar más que nada en el mundo. Me sentía espectador de mi vida, sin poder tomar decisiones o acciones propias. Odiaba a mi familia con todas mis putas fuerzas.

–Y, ¿qué pasó? ¿Te casaste?

–Rose era menor, para mi fortuna, y su madre quería esperar para casarla. Disfruté de ese tiempo en la facultad como si fuera el último de mi vida. Disfruté de los estudios y de la oxigenada libertad que me brindaba tener distancia con mi casa y familia. Pero los años pasaron y la boda llegó con guadaña y túnica negra, y desesperado por lo que me venía encima, organicé una orgía en casa de mis padres. El mayor encuentro sexual que había tenido en mi vida. Follamos como bestias en el salón, entre los muebles de mis tatarabuelos y demás reliquias familiares, esperando que llegaran mis padres y los padres de Rose pa-ra dar el último balazo del que disponía. Llegaron cerca de la media noche y con ellos todos mis tíos y primos, y August, y la pobre Rose, y Meg... No faltó nadie para presenciar la escena más sórdida que había sido capaz de organizar.

–¿Qué pasó después? –se interesa.

–La boda se canceló. Y mis padres me echaron de casa como a un perro y con una puñetera mochila con cuatro ropas. Adiós familia. Adiós diseño.

Adiós Los Ángeles. Pocos días después, Meg me encontró durmiendo en la estación del tren. Venía con maletas, dinero y una rotunda decisión en mente.

Expulso todo el aire que mantengo en los pulmones y cierro los o-jos, exhausto. Siento como si acabara de pasar en estos minutos por todo eso otra vez. Y me da miedo mirar a Ian, preguntar qué le ha parecido o si ya está conforme.

El silencio se prolonga más de lo estrictamente necesario y siento deseos de salir corriendo.

–¿No acabaste la carrera de diseño? –pregunta al fin y yo niego como respuesta.

Estruja con fuerza uno de mis muslos y jadeo por el inesperado y necesitado contacto. Otra de sus manos me acaricia la mejilla con... ¿Afecto? ¿Compasión? Por último, siento el cálido aliento antes de que sus labios se posen sobre los míos.

Elevo los párpados y las tormentas que tengo por ojos se encuentran con la esperanza de los suyos. Devuelvo el beso con la misma lentitud que él lo entrega, pero esa delicadeza apenas dura un suspiro.

Toda mi historia, todo mi pasado, queda en un segundo plano e Ian toma el control de mis pensamientos, razonamientos, deseos... Los besos se profundizan, las caricias se vuelven salvajes y nuestros cuerpos se buscan, necesitados de poseerse.

Tendido sobre el selecto sofá, Ian se coloca encima, y, en absoluto silencio, solo jadeos y gruñidos de excitación, empezamos a desnudarnos.

## CAPÍTULO 15

El suave algodón cosquillea mi mejilla conforme despierto en el sofá de Ian, relajado como nunca antes. Me siento vacío y lleno a la vez; renovado por dentro; curado. Es una sensación muy extraña, aunque satisfactoria... Y me huelo a que no es solo debido al sexo tan increíble que he tenido.

El pesado, aunque no en exceso, cuerpo de mi jefe, descansa parcialmente sobre mi espalda y su sosegada respiración indica que sigue profundamente

dormido. No sé qué hora es y me da igual. No me movería de aquí en lo que resta de vida.

*¿Cuándo me he vuelto tan cursi?*

Yacemos desnudos y enredados, y lamento profundamente no alcanzar la bandolera para immortalizar este momento con el móvil. La foto formaría un cuadro digno de mostrarse en los mejores museos del mundo.

*¡Ya quisiera El David de Miguel Ángel!*

Con lentitud y suavidad, mucha suavidad para no despertarlo, libero mi cuerpo de debajo del suyo y me doy la vuelta, quedando frente con frente. Lo primero que hago es sonreír al verle por primera vez en ese estado. Lo segundo, deslizar las yemas de los dedos por el perfil de su mentón, notando una incipiente barba.

–Cada día me gustas más –confieso en un murmullo, aprovechando que no lo oye.

Observo al detalle las relajadas facciones de Ian mientras sigo con las caricias: sus párpados tiemblan cada vez que rozo el lóbulo de la oreja, sus labios sellados parecen sonreírme, su frente lisa se oculta bajo rebeldes mechones oscuros... Siento que soy un privilegiado al poder verlo dormir. Mi corazón se agita como si quisiera gritármelo, pero intento no escucharle. Al menos, por el momento.

En un acto puramente instintivo, hundo los dedos entre el fino cabello de su nuca y acerco mi rostro hasta unir nuestras narices. Después, ladeo la cabeza y beso los labios que me llaman en silencio. El estallido de endorfinas que siento consigue acercarme al éxtasis de un orgasmo y alargo la experiencia.

Nada más separarme, Ian abre los ojos.

–Y la bella durmiente despertó con el beso del príncipe –murmuro jocoso.

Mi risa contagia la suya, que suena ronca y *sexy*, y agarrándome por el cuello, igual que yo le tengo a él, me atrae hacia sí para besarme, esta vez, totalmente consciente. Tan consciente, que termino tumbado sobre él con la erección preparada de nuevo.

–Debería irme –musito entre beso y beso con lengua.

–Puedes quedarte, si quieres.

Al escucharle, me retiro perplejo.

–¿A pasar la noche?

–Sí.

–Y, ¿qué pensará Marthy cuando me vea mañana?

En realidad, me importa bien poco lo que piense o pueda imaginarse de

encontrarme aquí. Pero estoy convencido de que a él sí.

–Tengo siete *suites* en casa. No pensará nada. Además, no serías el primer hombre que se queda a dormir.

Sonrío perverso y restriego mi polla tiesa por la suya.

–Si me quedo, a lo mejor no dormimos.

–Entonces, no durmamos –finiquita, levantando la cabeza del sofá y devorándome los labios con verdadero ímpetu.

*Suite dice. ¡Esto parece un apartamento!*

Una zona de estar perfectamente acondicionada me recibe al cruzar la puerta, y, tras un elegante tabique de madera, hallo el dormitorio que tampoco se queda atrás. Nada más arrojar las mochilas y mi ropa sobre la cama, me dejo caer en ella.

La lujosa estancia también cuenta con un mirador a la bahía y un baño, en el lado opuesto, que se oculta detrás de un panel de cristal polarizado que sirve como espejo de cuerpo entero.

–¿Qué te parece? –pregunta Ian.

Incorporándome en la cama sobre los codos, le miro sin poder dar crédito.

–¿De verdad tienes seis habitaciones más como esta?

–Siete, contando la mía. En realidad, la mía es mucho mejor –presume engreído.

–He visto mucho lujo en mi vida, pero esto es...

–Me alegra que te guste. En el baño tienes toallas y un surtido de jabones, por si quieres ducharte. Hay más mantas y almohadas en el armario, y el mini bar está lleno por si tienes hambre o sed. Tele por cable –añade, señalando el enorme plasma afianzado en el tabique.

–Gracias.

–Dejo que descanses. Buenas noches.

–Buenas noches.

En cuanto escucho las puertas cerrarse, me tumbo boca arriba y deslizo los brazos por el suave edredón. Como le he dicho, esta habitación es una completa pasada y mi noche sería perfecta si él la pasara conmigo. Pero Ian tiene la suya propia en el piso de arriba.

*¿Cómo será su suite?*

Doy vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. La ducha recibida me ha dejado como nuevo, el aroma a vainilla que desprendo ejerce de efecto calmante, pero los momentos tan intensos vividos esta noche regresan a mi mente impidiéndome caer en un profundo estado de inconsciencia. También influye el hecho de saber que estoy en la casa de Ian, que lo tengo durmiendo justo encima.

*¿Y si voy a su habitación? Podría meterme en su cama y dormir abrazado a él. O echar otro polvo que me deje rendido.*

Con ese pensamiento e intención, consigo dormirme.

–Arriba dormilón, hay que trabajar –dicen conforme palmean varias veces mi mejilla.

–Joder, Meg –baluceo e intento esconderme bajo el edredón.

–No soy tu prima.

Mi cerebro despierta por fin y reacciono alterado.

Ian está inclinado delante de mí y me observa como a un experimento. Lleva un traje oscuro y su apariencia es impecable.

–¿Qué hora es? –pregunto nervioso, al verlo vestido.

–Tranquilo, tienes tiempo para ducharte y desayunar.

–Uff –resoplo aliviado y me doy la vuelta, remoloneando un rato más.

–He dicho que te levantes –ordena mi jefe, tirando hacia atrás del edredón y destapando mi cuerpo desnudo.

Me gustaría ver su cara en este momento, pero desde esta posición no le veo.

Tumbado bocabajo, noto como el colchón se hunde con el peso de Ian y empiezo a ponerme nervioso de expectación. No tardo en sentir sus labios en el centro de los omóplatos y ronroneo por el placer que me causan. Pero no se detienen ahí y persiguen la hondonada vertebral, en dirección a mi culo. Mi piel se eriza con cada caricia sensual y mi polla más dura se pone.

Con las pulsaciones en máxima revolución, mis manos estrujan con fuerza la almohada en un ejercicio de contención para no saltar sobre él.

Cuando los labios se posan sobre una de mis nalgas, las exhalaciones que emito son interrumpidas y mi erección presiona con fuerza el colchón. Las manos de Ian se unen a la boca, y, tras unos leves roces, se abren, extendiéndose sobre mis piernas y espalda.

–No me tortures más y dame placer –le pido.

–Claro –murmura–. Ahora mismo.

Las manos de mi atractivo asaltante se vuelven de hierro, reteniéndome en la cama, y los labios se transforman en incisivos dientes que se clavan en mi carne sin piedad.

Un profundo grito desgarrar mi garganta y aunque intento apartar-me, él lo impide.

–¡Ian, joder! ¡Duele, duele!

Mis quejidos lastimeros no causan el efecto deseado y mi jefe continúa marcándome el glúteo con saña.

Cuando por fin consigo liberarme de la bestia, me doy la vuelta y lo empujo con rabia para, después, saltar de la cama y correr hasta el espejo. Un círculo ovalado, rojo como la sangre, decora el centro de mi nalga izquierda.

–¡Dios! –gruño dolorido al tocarlo–. ¡Joder, ¿te has vuelto loco?!

Jacobs sonrío de oreja a oreja, sentado a los pies de la cama, y eso me enfurece todavía más.

–Te debía una marca.

–¡La mía fue a causa del éxtasis! –me excuso, muerto de dolor–. ¡Además, no fui tan bestia!

–Que tú sepas. La marca me duró casi una semana.

Sigo retorciendo el cuello y observando el mordisco, sin poder llegar a creérmelo.

*¡El cabrón me ha marcado el culo!*

–¡Joder! –rujo, por no ir a darle una merecida hostia–. ¡No se irá en meses!

Me dirijo enfadado a la ducha, muy enfadado, y nada más accionar el agua fría, cojo el mango extensible y lo mantengo frente al mordisco. Los finos chorros se asemejan a agujas afiladas y tenso la mandíbula en un intento de aguantar el dolor.

Las carcajadas de Ian hacen que lo mire con odio.

–No tiene ni puta gracia.

–Yo creo que sí –responde jovial, apoyado en la entrada al baño.

Le ignoro y sigo a lo mío hasta que dejo de sentir dolor; dolor, y el glúteo, y las piernas... En ese momento, gradúo la temperatura y empiezo a ducharme. Todo bajo la atentísima mirada de mi jefe.

–¿Estás disfrutando? –le pregunto cuando termino.

–Mucho.

Me arroja una toalla y comienzo a secarme de forma provocativa, intentando excitarle. Pero la magia se rompe cuando la tela roza mi glúteo herido y silbo entre dientes por el daño que me provoca.

–Eres un exagerado.

–Si quieres te muerdo yo, a ver qué te parece.

–Ya lo hiciste.

Cruzo por su lado, regresando al dormitorio, y me pongo los calzoncillos con suma cautela.

–Te he traído algo de ropa para que no vayas a la oficina con la mis-ma de ayer.

En otro momento, ese gesto me habría derretido, pero empieza a dolerme el culo otra vez.

Sobre la cama deja unos vaqueros y una camisa a rayas, blanca y azul, perfectamente doblados.

*Si espera un agradecimiento, que lo haga sentado.*

–Creo que te valdrá la talla –añade ante mi silencio.

Distraído con mi enfado y su actitud, me siento al borde de la cama para subirme los calcetines y la enorme punzada que atraviesa mi trasero, hace que brinque y suelte un improperio del dolor.

–Si te ríes, te mato –le amenazo al ver sus intenciones.

–Mejor te espero en la cocina. No tardes.

Ian abandona la *suite* y juraría que lo hace riendo. Y riendo continúa mientras desayunamos y Marthy me insiste, una y otra vez, en que me siente. También se ríe cuando vamos en el coche, de camino a *Across*, yo retorcido en el asiento y exclamando molesto:

–¿Es que has elegido el puto camino que más baches tiene de todo Manhattan?

Estoy convencido de que nunca se había reído tanto, y, si no fuera por el escozor que tengo en la retaguardia, me sentiría feliz de ser el causante.

Las compuertas del ascensor se abren en la vigésima planta y salgo detrás de Ian. Este avanza recto y seguro, pero a mitad de camino se detiene y casi choco contra él.

–Se me ha olvidado decirte que mi ropa te sienta francamente bien.

–Gracias –musito, confuso.

–Y no te haces una idea de lo feliz que me hace saber que vas a pensar en mí cada vez que te sientes.

Intento enfadarme con el comentario, pero la sonrisa me traiciona. El señor Jacobs también sonrío y aprovecha para robarme un beso.

–Ahora ve a buscarme un café –susurra junto a mis labios.

–Podías habérmelo dicho antes de subir.

–Te lo digo ahora.

Ian retoma el camino y yo vuelvo sobre mis pasos, después de babear durante un rato admirándolo.

Mientras espero a que el viejo Henry me sirva el café, reviso el móvil y alucino al ver las numerosas llamadas perdidas de mi prima y de Christa. Preocupado, llamo a Megan.

–¿Se puede saber dónde estás?! –contesta enfadada, al primer to-no-. Llevo toda la noche intentando hablar contigo y no das señales de vida. ¡Estaba preocupadísima!

–Lo siento, Meg. No escuché el teléfono.

–¿Esa es tu excusa?! –se exalta-. ¡¿Dónde has pasado la noche?!

–Pásame el teléfono, que se va a enterar –escucho de fondo.

–¿Estás con Christa? –le pregunto.

–La llamé para saber si estabas con ella y vino a casa al escucharme tan nerviosa. ¡Hemos llamado a todos los malditos hospitales de la ciudad, Luke!

Resoplo y me recuesto en la barra, arrepentido.

–Lo siento mucho –es lo único que se me ocurre decir.

–¿Dónde has pasado la noche?

–Ya sabes con quién. Todo está bien. Ahora estoy trabajando.

No quiero nombrarlo al estar rodeado por tantos oídos de empleados.

–¿Con Ian? ¿Has pasado la noche con él?

–¿Con su jefe?! –exclama Christa por detrás.

–Pudiste haber avisado.

–¿Se acuesta con su jefe?! –vuelve a gritar mi amiga.

–Por favor, dile a Chris que no diga nada.

Henry coloca el envase de cartón enfrente de mí y lo recojo para salir del comedor.

–Lo siento mucho, Meg –me disculpo una vez más-. Dile a Christa que no quería preocuparos. Luego te veo en casa, ¿vale?

Me despido y corto la llamada porque uno de los ascensores se abre. Al ir a entrar, Ellery aparece ante mí y casi colisionamos.

*El día mejora por momentos.*

El rencor que siento hacia él, tensa mi cuerpo, pero que vaya acompañado evita cualquier enfrentamiento. Mi exídolo pasa de largo y yo accedo al elevador, deseando no haber dejado la *suite* de Ian.

Me retuerzo sobre la silla, intentando encontrar una postura cómoda y adecuada a mi nueva situación de llevar un mordisco en el culo, pero es casi imposible.

“*No te haces una idea de lo feliz que me hace saber que vas a pensar en mí cada vez que te sientes*”, me dijo. Y el cabrón no se equivocaba.

–Joder –siseo entre dientes, dolorido.

–¿Hemorroides?

Miro desconcertado a Grace y pienso en si la habré escuchado bien.

–¿Cómo dices?

–Pregunto si sufres de hemorroides. Como veo que andas mal para sentarte...

–¡Dios, no! –respondo, repugnado, y ella se echa a reír–. Solo es un mordisco.

–¿Te mordió un perro?

–Sí, un perro de metro ochenta.

Mi explicación corta radicalmente sus carcajadas, sumiéndola en un estado de aturdimiento y confusión.

–Me he acostado con personas que tenían unos gustos sexuales de lo más extravagantes, pero esto no me había pasado nunca –añado, divirtiéndome a costa de mi compañera.

Y mi intención es seguir escandalizándola, relatando algunos de los encuentros más sórdidos que he tenido, pero por el pasillo aparece un chico con una caja en brazos.

–Paquete para el señor Jacobs –anuncia.

–Dame, yo se lo llevo –le digo, agradeciendo poder levantarme un rato de la silla.

Ian está ocupado con una llamada cuando accedo a su despacho, y, aunque pretendo no molestar demasiado y marcharme en cuanto entregue la caja, él solicita que me quede con un gesto de mano.

–*Grazie, grazie mille. Arrivederci, Marco.*

Cuelga el teléfono y sonrío, no sé si por la conversación que acaba de mantener o por mí.

–No sabía que hablaras italiano –le digo.

–Cuatro palabras sueltas.

El presidente de *Across* se levanta de su majestuosa silla y rodea el escritorio hasta detenerse a mi lado.

–¿Cómo está este culito? –pregunta con sorna e intenta tocármelo.

–No, para –le detengo–. Me duele.

–¿Todavía?

–Grace me ha preguntado si tengo hemorroides.

Jacobs estalla en carcajadas y le empuja bruscamente contra el escritorio y la caja que a punto está de caer al suelo.

–Eso acaba de llegar para ti –espeto molesto y me voy.

No doy ni dos pasos, cuando Ian me detiene cogiéndome del brazo.

–Venga, no te enfades. Quiero enseñarte lo que hay dentro de la caja.

–¿Más productos AFS? –deduzco al reconocer el embalaje.

–Sí, pero estos son nuevos. Y todo gracias a ti.

–¿A mí?

Le observo arrancar el precinto y levantar la tapadera. Dentro hay varios botes, aunque no tantos como la vez pasada. Además, los tamaños de estos son más generosos.

Ian saca el primero y tras leer la etiqueta, me lo muestra orgulloso.

–¿Para masajes? –pregunto perplejo.

–Exacto, tú me diste la idea. Podríamos probarlos hoy, ¿qué opinas? Así Grace no volverá a pensar que tienes hemorroides.

Frunzo el ceño cuando se le vuelve a escapar la risa.

*¿Para qué le habré contado nada?*

–Por muy tentador que suene, he quedado esta tarde con mi prima –le cuento–. Además, Grace ya sabe que es un mordisco.

El rostro de Ian palidece y sus hermosos ojos verdes se abren como platos, al igual que su boca.

–¿Se lo has dicho?

–Sí, no iba a dejar que creyera que tengo hemorroides.

–Y, ¿por qué no te inventaste otra cosa?

–Tranquilo, no sabe que la obra es tuya.

–Pero preguntará quién te lo hizo.

Cruzo los brazos al pecho, empezando a molestarme verdaderamente con su desconfianza.

–Podría habérselo contado ya y no lo he hecho. ¿Qué te hace pensar que, porque lo pregunte, se lo diré? Si no confías en mí, es mejor que dejemos este juego.

Intento marcharme del despacho por segunda vez, pero por según-da vez Ian no lo permite.

–Vale, lo siento. Es que... Así está bien, ¿no?

Me doy la vuelta y le miro desconcertado.

–Me refiero a... Que no tiene por qué saberlo nadie, más que nosotros. Es algo nuestro, de nadie más.

No voy a mentir. Lo que está diciendo con tanta naturalidad y normalidad me sienta como una puñalada en el pecho, pero debo recordar quién es la persona que tengo delante y su experiencia con hombres. Es lógico y puedo entender que me pida discreción. Aunque, si algo he llegado a aprender en mi vida, es que la discreción es la peor aliada en una relación, sea del ámbito que sea.

–Claro –musito para tranquilizarle–. Nadie lo sabrá.

Mis palabras parecen surtir efecto y el color regresa a las mejillas de Ian. La sonrisa también reaparece en su rostro y tira de mi brazo hacia él, para sujetarme de las mejillas y unir nuestras bocas en un húmedo beso.

*Me conformaré con esto... por el momento.*

Al cruzar la puerta de casa casi me toca extender una bandera blanca cuando veo los rayos que salen de los ojos de mi prima. Está sentada en el sofá junto a Abraham y parece una fiera hambrienta a punto de abalanzarse sobre mí.

–Hola –saludo, intimidado.

La respuesta de ella es seca mientras que la de su pareja, amigable.

–¿Todo bien? Me cambio y vuelvo.

A grades zancadas, por no hacerlo corriendo, cruzo el salón hacia mi habitación y puedo sentir la mirada de Megan clavándose en mi espalda como una afilada daga.

Regreso a los pocos minutos, con ropa holgada y mía, y sonrío como un corderito en cuanto Meg desvía los ojos de la televisión. Mi técnica no surte efecto alguno y sigue pareciendo una leona que quiere devorar a este corderito.

–¿Queréis que haga la cena? –les propongo.

–Sí, puedes empezar con eso.

El duro tono de voz que emplea mi prima sorprende al *Ranger*, que la mira confuso y después a mí.

–¿Qué ocurre? –escucho que le pregunta cuando me dirijo a la cocina.

–Cosas entre primos.

No soy un gran cocinero, pero sí un experto en contentar a mi prima y me concentro al máximo para empezar a hacerlo con la cena. Su cena favorita.

Lavo, pico, salteo...

–¿Qué le has hecho? –pregunta Abraham, acercándose al frigorífico.

De soslayo observo que Megan mantiene la atención en los anuncios de la tele.

–Pasar la noche fuera de casa y no contestar al teléfono.

–Que golfo –murmura sonriente el jugador de *hockey*–. La tienes bastante enfadada.

–Lo sé. Podrías echarme una mano.

–¡Abraham! –grita Meg desde el salón–. ¡No le des conversación!

Los dos reímos divertidos y el nombrado abandona la cocina con dos botellines de cerveza, antes de que el cabreo vaya con él también.

Mientras la cena se va cocinando, pongo mesa para tres en la barra. Justo entonces, suena el timbre de casa.

–Yo voy, yo voy –les aviso.

–Y hazlo sin hablar.

Salgo de la cocina y me dirijo riendo hacia la puerta. Sé que esto no ayuda para que me perdone, pero resulta muy cómica.

La risa y diversión se interrumpen nada más abrir.

–Ian, ¿qué estás haciendo aquí?

Salgo de casa y vuelvo la puerta para que los de dentro no se enteren.

Mi jefe levanta un brazo y me muestra la mochila del gimnasio, la mía, que cuelga entre sus dedos.

–Te has dejado esto en mi coche.

–Oh, gracias –murmuro, recogéndola.

Se hace el silencio y nos quedamos mirando. Veo que ha pasado por casa a cambiarse, ahora viste un tejano y una camisa hasta los codos.

La puerta se abre de golpe y pierdo el equilibrio. De no ser por las veloces manos de mi jefe...

–¿Qué estás...? –Megan se calla al ver la situación con mi acompañante y raudos nos separamos–. Ian, ¿qué sorpresa?

–Megan –saluda él, algo ruborizado.

–Ha venido a traerme la mochila, que la olvidé en la oficina.

–Es todo un detalle. ¿Quieres quedarte a cenar?

–Yo... Eh...

–Ya se marcha –respondo por él.

–Oh, vamos. Hoy cocina Luke. Será divertido cuando le critiquemos.

–Megan, te digo que no puede. Él ya...

–Tú cállate, que hoy no tienes ni voz ni voto. Que dices, Ian. ¿Te animas?

–Em... Bueno... –termina aceptando, aunque creo que lo hace por el temor que Meg ha despertado en él.

*Joder, esta noche va a ser de lo más surrealista.*

De vuelta en la cocina, a mi destierro, intento terminar la cena y servirla en cuatro platos, pero la conversación que mantienen mi prima y mi jefe a unos metros de distancia, y que no logro escuchar, me descentra. De ahí que coja la bandeja del horno a mano descubierta.

–¡Ah, joder! –exclamo al quemarme y corro al grifo–. Estoy bien, estoy bien –le digo al público.

Con las yemas de los dedos pulsando por el calor infligido, termino de preparar todo.

–¡A cenar! –aviso y observo que Ian no pierde la sonrisa.

*¿Qué le estará contando la cabrona de mi prima? ¿Por qué ha querido quedarse a cenar? ¡No entiendo nada!*

La cena se desarrolla sin contratiempos: ni disputas familiares, ni preguntas incómodas, ni temas delicados... El ambiente sobre la pequeña barra del desayuno desprende armonía.

A Megan parece que le han dado cuerda y lleva la voz cantante en las conversaciones mientras que nosotros tres escuchamos, alguno, como Abraham, atontado.

Yo picoteo del plato sin mucho apetito, con medio culo fuera del asiento y espiando de reojo a mi jefe, sentado enfrente de mí, que continúa sonriendo y parece pasarlo bien. Sin fingimientos. También es el único que contesta a mi prima.

La imperiosa necesidad de “cambiar el agua al canario” me hace salir corriendo hasta el baño, y, aunque intento no ausentarme demasiado para no tentar al diablo –*el diablo es Megan y su innata curiosidad por las relaciones que mantengo*–, la evacuación urinaria se prolonga, batiendo algún *récord* seguramente.

Cuando accedo al salón en mi regreso, Megan se incorpora rauda de la barra, apartándose de Ian. Movimiento que consigue crisparme los nervios.

–¿De qué habláis? –curioso, acercándome.

–No, de nada –contesta Meg–. Toma, ya puedes recoger.

Miro a mi jefe, pero este sorbe de su cerveza sin alcohol con la atención puesta en el infinito.

Recojo los platos y el resto de vajilla de la cena con la mosca detrás de la

oreja.

–Me tengo que marchar ya, que mañana hay que trabajar –anuncia Ian.

–¿No te apetece un café o algo? –le ofrezco.

–No, tranquilo. Mañana nos vemos. Gracias por la cena.

Se marcha dejándome el cuerpo frío. Me gustaría que se quedara, que durmiera conmigo, pero me temo que es imposible.

En cuanto la puerta se cierra, cojo a mi prima del brazo y la llevo arrastrando hasta mi habitación.

–¡Luke, me haces daño!

La empujo al interior y cierro la puerta para que el *Ranger* no pueda escuchar.

–¿Qué le has dicho?

–¿Qué? ¿A quién?

–¡A Ian, Megan, a Ian! No te hagas la estúpida conmigo –me altero.

–No le he dicho nada.

Conozco muy bien a mi prima y si mis gritos no la sublevan, malo.

–Megan –rujo, enfurecido–. Te juro, por la sangre que nos une, que si no me lo dices no vuelvo a hablarte en la vida.

–¡No le he dicho nada!

Intenta molestarse, pero la sonrisa la traiciona.

–¡Mientes! –me altero–. ¡Te vi cuchicheando cuando salí del baño!

La modelo se cruza de brazos y no abre la boca.

–Como le hayas comentado algo sobre la noche pasada... No, no estoy de broma, Megan. Te juro que no vuelves verme.

Esa última frase hace saltar a mi prima y, precisamente, lo hace sobre mí, golpeándome en el brazo con la mano abierta.

–¡No vuelvas a amenazarme con eso! –solloza–. ¡Lo dejé todo por ti, no vuelvas a decirlo más!

Le sujeto por las muñecas para que deje de pegarme y evitar que se haga daño, y la abrazo con fuerza.

–Por favor –le suplico–. Dime que no le has dicho nada sobre él y sobre mí. Le dije que no lo contaría.

–¿Va todo bien por ahí? –pregunta Abraham desde el otro lado de la puerta.

–Sí, ahora vamos.

–¿Megan?

Esta sorbe por la nariz y se aparta de mi pecho.

–Sí, cariño. Siento los gritos, ahora vamos.

Suelto a mi prima y retiro las lágrimas que corren por sus mejillas.

–Nunca le diría a Ian nada sobre vuestra relación –murmura compungida.

–Entonces, ¿de qué hablasteis?

–Solo le mencioné que me haría ilusión trabajar en *Across*. Trabajar donde lo haces tú.

La niña de mejillas sonrosadas por el llanto, me entenece.

–He aprovechado cuando no estabas porque no quería que pareciese una encerrona para él.

–Y, ¿qué te ha dicho?

–Que él no contrata a las modelos directamente, pero que lo dejará caer en el departamento.

Suspiro, perdiendo la losa invisible que se me había formado en la espalda, y abrazo de nuevo a mi prima.

–Nunca te había visto tan preocupado por alguien, salvo por mí –musita sobre mi hombro.

Le doy un beso en la cabeza y no contesto.

*No sé qué decirle. ¿Que lleva razón? ¿Que yo tampoco me entiendo?*

El viernes estoy contento y se debe a que el culo no me duele tanto y puedo sentarme sin parecer que tenga hemorroides, como Grace creía. Otro de los motivos es que me apetece pasar la tarde con Ian y así se lo hago saber en la notita que cuelo entre el protector de dedos y el cartón de su vaso de café. En ella le insinúo el mensaje:

### **Hoy sí que me apetece un masaje ;)**

Cuando dejo la bebida sobre su mesa, Ian parece tan ocupado como siempre y sonrío divertido conmigo mismo y la nota oculta.

*¡Parezco un crío!*

–Me gustaría decirte algo, si tienes tiempo –le digo.

–Claro, ¿qué ocurre?

–Sé lo que te dijo mi prima anoche.

–¿Lo sabes? –pregunta perplejo y yo asiento–. Pues ella quería que fuese una sorpresa, así que no se la fastidies.

–No lo hagas por mí.

–¿Cómo?

–Contratarla. Es muy buena en su profesión y cada vez le salen más

proyectos, pero no tienes que contratarla en *Across* solo por mí.

La cara de Ian es un auténtico poema y pienso en que quizá me ha-ya excedido al pensar que puedo significar algo para él.

–Lo tendré en cuenta –contesta, regresando al trabajo.

Me tomo eso como un: “*ya puedes irte*”, y es lo que hago.

–De todas formas, Luke. –Me detengo a mitad de camino y le miro–. En los negocios no me guío por los sentimientos. Nunca contrataría a tu prima solo porque sienta algo por ti.

*Sienta algo por ti... Sienta algo por ti... Sienta algo por ti... Sienta algo por ti...* Sus palabras rebotan en mi cabeza como un juego de pinball y mi corazón se desata.

*¿Está diciendo que tiene sentimientos hacia mí o estoy entendiendo mal y es un ejemplo hipotético?*

Incapaz de preguntárselo, salgo del despacho con una cálida sensación embriagándome todo el cuerpo y que jamás había experimenta-do. Me siento como drogado y el deseo de estar con él esta tarde incrementa considerablemente. Espero que lea pronto la nota.

La respuesta me tiene en vilo toda la santa mañana, llegando a desesperarme o pensar que ha tirado el vaso sin verla, pero lo hace al fi-nal de mi jornada laboral, a través de un mensaje:

**–A las 7 en mi casa–**

Tales son las ansias, que a las seis y media aguardo frente a su edificio a que dé la hora en punto. Y, cuantas más ganas tengo, más despacio parece pasar el tiempo.

Veo al día oscurecerse y a las luces de la ciudad cobrar vida; veo a cientos de personas cruzar por delante de mí, en sentidos opuestos, alegres por empezar a disfrutar del fin de semana. Me pregunto si alguno lo hará de la misma forma que yo. Dudo que alguien puede disfrutar de un sexo tan bueno como el que practicamos Ian y yo. Somos una bomba.

En el momento en que siento mi polla retorcerse de excitación, el móvil vibra dentro del bolsillo. Es un mensaje de él:

**–Me ha surgido un imprevisto, lo siento.**

**Te compensaré–**

–Joder –refunfuño, dejando caer la cabeza contra la pared en la que me hallo apoyado.

*Y, ahora, ¿qué hago con el calentón que llevo encima?*

Camino hasta el borde de la calzada para detener un taxi que me lleve hasta casa y mi corazón da un vuelco al mirar al otro lado de la avenida y ver a Ian salir del edificio con Heather.

*¿Está con ella? ¿Ella es el imprevisto? ¿Por ella me deja?*

Ambos, sonrientes y acaramelados, suben a un taxi y se marchan avenida abajo mientras yo me quedo reconcomiéndome por dentro.

*Pues también tendré que... improvisar.*

El *pub* todavía no está muy lleno y se agradece poder caminar por él sin agobios, ojeando y valorando a la clientela. Tras un rápido *tour*, me apalanco en un extremo de la barra y pido una copa. Seguida a esa primera, van dos más, y deben ir bien cargadas porque a la cuarta mi cabeza ya está enturbiada.

–¿Bebiendo solo?

Levanto la vista del vaso de tubo y la fijo en la chica que está sentada a mi lado, a escaso medio metro. Es atractiva, aunque con la que llevo encima, ¿quién no me lo parecía?

–Me han dado plantón –le cuento, no sé muy bien por qué.

–Oh, bienvenido al club. No te ofendas, pero los tíos son un asco.

–No me ofendo –murmuro, sonriendo de diversión.

La desconocida parece empatizar conmigo, o será por la necesidad que tiene de desahogarse con alguien, y comienza a detallar aspectos de la cita que ha tenido esta noche con un compañero del trabajo. Me cuenta que todo iba de maravilla hasta que, al terminar de cenar, el susodicho quería llevarla a su casa y muy probablemente a su cama, y al encontrar la negativa de la joven, se ha marchado dejándola sola.

–Tienes razón, es un cretino –le digo–. Yo hubiese esperado a tomar una o dos copas.

La joven se carcajea y yo también.

–Y, aquí estoy, bebiendo sola como tú porque después de pasar una hora arreglándome, no iba a volver a casa tan pronto.

–Haces bien. Seguro que encuentras una compañía mejor.

–Seguro que sí –murmura, guiñándome un ojo a la vez que sorbe por la pajita de su colorido cóctel.

–Te recomiendo que no –le aconsejo entre ebrias risotadas–. Soy igual o

peor que ese compañero tuyo.

–¿Por qué los tíos solo pensáis en sexo?

–Las tías también lo hacéis.

–Ja –espeta–. Ni la mitad, de la mitad, de la mitad de los tíos.

–Lo hacéis, pero no lo decís. Lo insinuáis, que es peor.

–¡¿Insinuar?! –exclama, al borde de un ataque de risa–. Pero, si no captáis nada. O, espera, sí, entendéis mal y al revés.

Estallo en carcajadas, encantado con su forma de ser y decir las cosas.

–El noventa por ciento de los tíos que salen con una chica, en lo único que piensan es en llevarla a la cama. Solo que algunos prefieren saltarse todo lo demás e ir directos al grano.

En ese momento, el recuerdo de Ian y Heather subiendo a un taxi regresa a mi mente, y el malestar hace acto de presencia.

–Y, ¿qué me dices de los amigos? ¿Un chico y una chica pueden ser solo amigos?

El semblante de mi acompañante cambia a un estado indescifrable para mí, aunque no transmite buena vibración.

–¡Camarero! –grito, alzando la mano.

Despierto en mi cama, pero soy incapaz de moverme; el cuerpo me pesa como si no fuera mío.

La claridad de un nuevo día atraviesa el estor de rayas blancas y ne-gras, y empiezo a pensar en cómo llegué hasta casa. Solo recuerdo a una chica.

Levanto la cabeza de la almohada y reviso mi habitación al completo, en busca de algún indicio que me diga si regresé solo o acompañado. Parece que lo hice solo, aunque no estoy seguro.

*Risas, muchas risas vienen a mi mente.*

La puerta del cuarto se abre sigilosa y da paso a la cabeza sonriente de Megan.

–Buenas tardes, primo. Ya es hora de que te levantes, ¿no crees?

Un gruñido es mi respuesta negativa y me cubro hasta arriba con la sábana.

–Tengo que irme a trabajar, pero te he dejado la comida hecha –me dice, sentándose a mi lado.

–No tengo hambre.

–Normal, después de lo que bebiste anoche.

–¿Y tú qué sabes lo que bebí?

–¿Me tomas el pelo? Esa pobre chica te traía casi a rastras.

Descubro la cabeza y frunzo el entrecejo.

–¿Qué chica?

–¿No te acuerdas? Muy guapa y simpática. Sophia. Me dijo que os conocisteis en un bar.

–¿Se... quedó? –pregunto, temeroso por la respuesta.

–No. Y, sinceramente, me sorprendió dada tu costumbre. Solo quería asegurarse de que llegabas bien a casa. Un encanto, ¿verdad?

–Sí.

–Bueno, tengo que irme. Quería comprobar que respirabas –se mo-fa–. Hazme este favor: dúchate, come y enciérrate en el taller que llevas muchos días sin trabajar en tus diseños.

–Lo haré.

Tras un beso en la frente, se marcha con aires primaverales y cumplo su pedido... después de dormir un rato más.

Vuelvo a despertar cuando la claridad se ha teñido de naranja y brinco de la cama, asustado.

*¿Qué hora es?*

El despertador digital de la mesilla me dice que es muy tarde, que he pasado casi todo el sábado durmiendo y, desnudo, corro a la ducha.

Me sorprende que Megan no haya regresado todavía, aunque en el fondo lo agradezco porque la comida que me ha dejado preparada se ha quedado gélida sobre la encimera. Tras calentarla parcialmente en el microondas, como con un hambre voraz y recojo todo para terminar metiéndome en el taller.

Paso la siguiente hora encerrado, como prometí a mi prima y casi no cumplo, hasta que un sonido capta mi atención.

–El móvil –me digo y salgo corriendo hacia mi habitación.

Nervioso, lo busco entre el embrollo en que está formado mi pantalón, y suspiro derrotado cuando veo que es mi prima y no Ian como creía.

–Dime.

–Luke –musita con voz quebradiza.

Escucharla de esa forma activa todas las alarmas de mi cuerpo y me pongo en pie, tenso y con el corazón dispuesto a atravesarme el pecho.

–Megan, ¿qué ocurre?

–Luke, ven a buscarme –dice llorosa.

–¿Dónde estás? ¿Qué pasa?

–Estoy encerrada en un cambiador. Este fotógrafo me está pidiendo cosas

raras y empieza a darme miedo.

El infierno se desata en mis entrañas y quiero matar a ese tío.

–¿Dónde estás? Dame la dirección –le exige mientras me calzo unas zapatillas y recojo mis cosas para salir corriendo.

–En la calle...

–¿Qué calle?!

–No me grites, que estoy nerviosa.

–Y yo también, joder –rujo.

En la calle busco desesperadamente un taxi, pero no pasa ninguno y me desplazo por la acera, corriendo, intentando localizar alguno.

–En la Avenida Amsterdam, con la 11. Es un local céntrico: Cubs... Curs... Algo así.

–¿Dónde está Jerry? ¿Por qué no está contigo?

–Tuvo que irse, una de sus hijas se ha puesto enferma.

–¿Y te deja sola con ese tío?! –me cabreo.

–Yo le obligué a marcharse. Creía que este fotógrafo era de confianza.

La línea se llena de golpes secos y un hombre que llama a mi prima.

–¡No voy a salir! –grita esta y eso incendia la rabia infernal que ya de por sí llevo.

–¡Dile que si te toca un pelo, lo mato! –grito al teléfono, casi sin aliento por la carrera.

Oteo el morro amarillo de un taxi a la vuelta de la siguiente esquina y me dejo los pulmones para llegar hasta él.

–No salgas de ahí, Megan. Llego enseguida.

–Luke, por favor...

El pitido de llamada cortada, usurpa su voz, y grito de rabia conforme intento volver a contactar con ella. Suena, pero no responde y eso me enloquece.

*Juro que lo mato. Si la toca, lo mato con mis propias manos.*

## CAPÍTULO 16

El trayecto en taxi se hace el más largo de mi vida y solo puedo pensar en Megan y en lo mal que lo debe estar pasando.

Inquieto, preocupado y muy cabreado, me remuevo nervioso en la parte trasera del vehículo, intentando hablar con el agente de mi prima y sin conseguir que Jerry conteste. Al igual que ella, que tampoco responde a mis llamadas.

*¡Joder!*

Grito al taxista para que acelere más; para que no ceda el paso al resto de vehículos y transeúntes; para que incumpla todas las normas de tráfico... Y le hago saber que se trata de una emergencia.

–Si es una emergencia, debiste llamar a la policía o a los bomberos.

*De todos los taxistas que hay en la ciudad, me ha tenido que tocar el sopla-pollas.*

En la esquina de Amsterdam con la onceava, bajo del taxi y corro por la acera esquivando personas y buscando el cartel identificativo del local.

*¿Cubs? ¿Curs? ¿Cubs? ¿Curs? ¿Cómo coño voy a dar con él, si ni siquiera ella sabía cómo se llamaba?*

Maldigo por dentro al no encontrarlo y debo detener la carrera por la falta de oxígeno.

–Disculpe –le digo a un hombre que pasa por mi lado–. ¿Sabe dónde se encuentra el Cubs o Curs?

–¿Crubs? –corrige él–. Ahí enfrente.

Sigo la indicación de su mano y veo el pequeño letrero luminoso al otro lado de la calle, con una serigrafía ininteligible e indescifrable.

–Gracias.

Sin buscar un paso de peatones, me dispongo a cruzar la calle en plena ebullición de vehículos, y, aun consiguiendo bocinazos a coro y un casi atropello, lo hago.

Cuando llego a la entrada del local, abro impetuoso la puerta de cristal

templado y ahumado, esperando encontrar en perfectas condiciones a mi prima por el bien del fotógrafo. Lo que encuentro es oscuridad, que en un breve intervalo de tiempo se ilumina y aparecen ante mí un cuantioso grupo de personas al grito de:

–¡¡SORPRESA!!

Las agitadas pulsaciones de mi corazón, fieles acompañantes durante todo el camino, se detienen de golpe por el impacto inesperado y me llevo las manos al pecho de la impresión.

A pocos pasos de distancia, varias docenas de caras sonrían entre aplausos y silbidos, con Megan en el centro de todas ellas junto a Chris-ta y Abraham. Sobre sus cabezas, una pancarta anclada al techo y rodeada por globos de helio, donde leo:

**¡FELIZ CUMPLEAÑOS, LUKE!**

*¿Qué...?*

Llevándome las manos a la cabeza, niego sin poder creer que esto esté pasando; que el sufrimiento que llevo padeciendo desde hace más de media hora, sea producto de un vil engaño por parte de mi pri-ma. Y es la primera que viene a abrazarme.

–Te mato –le digo según la acojo con fuerza entre los brazos–. ¿Eres consciente de lo mal que me lo has hecho pasar? Casi llamo a la policía.

Megan solo sabe reír divertida y orgullosa de haber conseguido sorprenderme. Al igual que Christa, la siguiente en la cola de besos y abrazos, y que intuyo que ha sido colaboradora.

–Feliz cumpleaños, cariño –dice, besándome en los labios.

–Pero, ¡todavía faltan varios días!

–No íbamos a celebrar la fiesta entre semana, cuando todo el mun-do trabaja –argumenta Megan.

Y eso es exactamente lo que parece, que todo el mundo está aquí. Veo muchas caras conocidas, otras no tanto, e involuntariamente bus-co la de él entre todas.

El madurito y *sexy* agente de mi prima aparece ante mí y me abraza con afecto, como un padre a su hijo, y aprovecho para acusarle de no chivarme lo que se estaba cociendo.

–Me da más miedo tu prima, que tú –murmura guasón, Jerry.

Después abrazo y beso a su mujer, Tiffany, igual de encantadora que el

marido, y esta me hace entrega de un pequeño regalo envuelto.

–No teníais que haberos molestado.

–Por supuesto que sí. Megan y tú sois de la familia.

Me emociona, hasta el punto de llegar a humedecer levemente mis ojos, el comentario de Tiffany.

Abraham se acerca a felicitar me acompañado por su hermana Kimberly, a la que abrazo con verdadero afecto.

–Este regalo es de la familia Wells al completo –dice la joven, aunque no mucho más joven que yo–. Deseamos que te guste.

–Dales las gracias a tus padres.

Nunca me ha importado celebrar mis cumpleaños. De hecho, casi siempre los he pasado de fiesta, entre sexo, ron y *rock and roll*, pero me incomoda recibir regalos, quizá porque siempre, o en mi vida anterior, me he considerado un chico muy privilegiado y al alcance de cualquier cosa. Desde que estamos en la costa este no los habíamos celebrado igual. Hasta hoy.

Megan y Christa, como organizadoras del evento, me ayudan a cargar con los regalos que voy recibiendo y lo agradezco porque son demasiados.

Me siento como en un harén, o en el mismo cielo, en el momento en que me rodean las compañeras de mi prima para abrazarme y besarme con cariño y coquetería; me siento sorprendido cuando encuentro a Brenda, nuestra vecina del tercero, acompañada por su prometido Richard, el abogado estirado, o cuando veo a Grace junto a su mister misterioso, desde ahora mister fantástico; me aborda la añoranza cuando vuelvo a reencontrarme con antiguos compañeros de trabajos pasados y que al finalizar mi breve paso por ellos perdimos el contacto.

*Con tanta gente a mi alrededor... ¿por qué solo puedo pensar en él?*

Alguien revuelve el cabello de mi nuca mientras río divertido con Kara, Lea y mi cubana favorita, Zuleya, y al darme la vuelta sonrío de oreja a oreja.

–Hola, guapo –saludo y le abrazo con cariño.

–Felicidades –murmura Robin.

–Gracias.

Me gusta verle aquí porque le tengo un aprecio especial. Puede que sea debido a las veces que nos hemos enrollado, o por intuir lo que sentía hacia mí y nunca pidió. Sea como fuere, Robin siempre ocupará un lugar importante en mi vida y eso es algo difícil de conseguir.

–¿Cómo estás? –le pregunto, admirando la anatomía y el bello rostro que posee.

–Genial, ¿y tú, abuelete?

Los dos reímos y paso el brazo por sus hombros, amigable. Es gracias a ese movimiento que veo al chico que va a su lado.

–Y, ¿quién es este? –curioso intrigado.

–Es...

–Jhon. Su novio –responde él, sorprendiéndonos a ambos. A Robin por la manera en que lo hace, como reclamándose dueño del chico al que abrazo, y a mí por la noticia–. Y tú eres el famoso Luke.

–El mismo –presumo y estrecho la mano que tiende.

–Atención, por favor. –La dulce voz de Megan suena por los altavoces del local, cortando la fricción que empezaba a crecer entre Jhon y yo, y miro intrigado hacia el frente. Ella y Christa sonrían desde un pequeño escenario, micrófono en mano.

–Joder. ¿Qué van a hacer estas locas? –murmuro, provocando risas a mi alrededor.

–Luke, ¿dónde estás? Acércate –solicita mi prima.

En ese momento quiero esconderme, pero las avispadas amigas de Meg me sujetan para llevarme hasta las mismas escaleras que suben al escenario, donde Christa me recoge y guía hasta el centro de la tarima, colocándome entre las dos.

*Que miedo me dan.*

–Luke cumple veinticuatro años –comenta Megan a los invitados–, y, aunque la fecha real sea en unos días, queríamos celebrarlo hoy con todos vosotros. –Una ovación sigue a sus palabras y me sonrío rebotante de felicidad–. Antes de nada, nos gustaría agradecer a Raúl y Roberto, dueños del fantástico Crubs, su amabilidad y ayuda para organizar la fiesta, y el exquisito aperitivo que han preparado para todos. Muchas gracias –añade, señalando a los dos hombres apostados en un extremo de la sala.

Todos aplaudimos y ellos se inclinan en agradecimiento.

–Aquí donde veis a mi querido primo, tan grande y masculino –continúa ella, tras el *impasse* de agradecimiento–, en el fondo sigue siendo ese niño que corría desnudo por la playa. Ya, entonces, apuntaba maneras. –Un coro de risas resuenan delante de nosotros y de reojo la miro, sospechando un monólogo vergonzoso hacia mi persona–. Los años fueron pasando, pero Luke continuó siendo el niño, después adolescente, que corría desnudo. Creo que lo he visto más veces sin ropa, que a mí misma. –De nuevo, carcajadas, y Megan me mira con ojos brillantes de emoción–. Desde aquí, delante de todos,

quiero decirte que sigas corriendo desnudo durante muchos años más, porque esa forma de ser es la que te hace especial y es lo que admiro de ti. Te quiero, Lu-ke. Feliz cumpleaños.

Abrazo y beso a mi prima bajo una sonora ovación, y le agradezco inmensamente sus palabras.

Nada más separarnos, Christa se aferra de mi brazo y me mira sonriente.

–Luke y yo nos conocimos cuando él apenas llevaba un mes en la ciudad –relata mi amiga–. Por aquellos tiempos, trabajaba de camare-ro en un local y lo primero que me dijo fue: “*me encantan tus tetas*”.

Estallo en carcajadas, al igual que el resto de invitados, y niego, temiendo lo que pueda soltar por esa perversa boca.

–Os podéis imaginar mi cara al escucharle. Por mi mente pasó todo tipo de insulto e, incluso, con qué mano darle la bofetada, pero, finalmente, solo le di las gracias –sigue contando y los demás seguimos riendo–. Muchos de aquí me entenderéis cuando digo que Luke tiene algo especial, como bien definió Megan; un magnetismo en su forma de ser que te conquista nada más conocerle y le adoras desde ese momento. Y su prima tiene razón al decir que sigue siendo como un niño, pero es nuestro niño –dice y me sonrío divertida–. Un niño al que le gustaron mis tetas y espero que lo sigan haciendo durante muchos años más. Felicidades, Luke. Te quiero.

Estrujo a Christa entre mis brazos y la elevo en el aire, para hacerla girar.

–Ahora vamos a ausentarnos un momento para adecuar su apariencia –anuncia la rubia, alarmándome–. Mientras tanto, que suene la música, que disfrutéis de la cena y de la fiesta, y nos vemos enseguida.

Entre aplausos y vítores abandonamos el escenario por la parte trasera y accedemos a un almacén, acompañados de Zuleya, Kara y Lea.

–¿Qué vais a hacer conmigo? –pregunto, sin obtener respuesta.

Una vez la puerta se cierra, Megan se gira hacia sus amigas.

–Chicas, hoy vais a poder cumplir el sueño que siempre habéis querido. ¡Desnudadlo!

–¿Qué?! ¡No, no, no!

Retrocedo, apartándome de ellas, pero con ayuda de Christa consiguen acorralarme y despojarme de toda mi ropa, o casi toda puesto que mantengo los calzoncillos, a tirones.

Observo mi reflejo en el cristal de una nevera y no puedo sentirme más ridículo.

–¿De verdad pretendéis que salga así a la fiesta?

–¡Sí! –exclaman las cinco al unísono y se echan a reír.

Y no es para menos.

De cintura hacia abajo llevo unas ceñidas mallas hasta las rodillas y en la parte de arriba, una camisola. Aunque llamarla así es demasiado, dado que solo me cubre los hombros y pectorales, dejando el resto del torso al desnudo. Ambas prendas del mismo color verde musgo.

–Espera, falta un último detalle –dice Meg, que se acerca para colo-carme un gorro verde en el cogote, decorado con una pluma roja.

–Oh, sí. Ahora muchísimo mejor –ironizo–. ¿Es que no había disfraces para adultos?

Me giro hacia ellas con las manos en las caderas, para demostrar lo disconforme que estoy con la situación, y las chicas vuelven a reír.

*Debo estar la hostia de cómico.*

–Nuestro *sexy* Peter Pan se enfada –comenta Christa acercándose–. Venga, tonto, tu parte exhibicionista va a disfrutar mucho.

Con el tiempo justo para calzarme de nuevo las zapatillas y recoger del pantalón el móvil, el cual debo guardar entre el bóxer y la piel de mi cadera por no tener bolsillos, me sacan a rastras del cambiador improvisado.

*Es una fiesta, Luke. Tu fiesta. Bebe y pásalo de puta madre.*

Sí, Christa me conoce lo suficientemente bien como para saber que no me importa, incluso me gusta, exhibirme. Y, tras la primera hora soportando risas y comentarios guasones a costa mía, además de muchas fotos, me siento como pez en el agua, o mejor explicado, como tiburón en el agua: como, bebo, bailo, río, tonto, provocho... Y me olvido del ridículo disfraz.

Robin aparece a mi lado cuando las maniobras de conquista que empleo con la preciosa camarera que atiende la barra del Crubs empiezan a dar fruto.

–¿Lo estás pasando bien? –me pregunta, con la ebriedad reflejada en sus pupilas.

–Muy bien. Ya veo que tú también. ¿Dónde has dejado a tu guarda-espaldas?

–¿Estás celoso? –murmura sonriente, acercándose más de lo moralmente permitido.

–¿Lo has traído para intentar darme celos?

La sonrisa de Rob crece aún más y se inclina hacia mi oído.

–Podría convencerle para que jugáramos los tres.

No soy de piedra y mi polla reacciona nada más escuchar esa propuesta. En otro momento de mi vida, no hubiera dudado ni esperado a salir de la fiesta para llevarlo a cabo, pero ahora debo y quiero mantenerme a raya delante de mi amigo borracho, y me aparto.

–No es una de tus mejores ideas –le digo–. Creo que Jhon me daría una paliza antes de poder tocarte.

–Solo está celoso porque le he hablado mucho de ti.

–Eso es porque te quiere. Y, conociéndote, tú también debes de quererle para traerlo aquí. No quiero que por mi culpa...

Robin todavía parece conservar sentimientos hacia mí; sentimientos a los que no ayudaría nada tirármelo otra vez. Además, está Jhon, que parece ir en serio con él. Y, por supuesto, Ian.

*¿Qué estará haciendo ahora? ¿Seguirá con Heather?*

Las vibraciones en la cadera me advierten de una llamada entrante y sonrío como un estúpido al comprobar que es él.

*Estamos conectados.*

–Debo contestar. Vuelvo enseguida –le digo al modelo, que no deja de mirarme como a un succulento postre.

Me alejo de la gente y de la música todo lo que puedo y respondo, conteniendo la euforia.

*¿Acaso soy una cría de quince años?*

–¿Qué?

–Sal, estoy fuera –dice en un tono tan serio como el mío.

–No estoy en casa.

–Lo sé –murmura antes de colgar.

Confundido con la llamada, miro a mi alrededor y al saberme inadvertido para los demás, me dirijo a la salida del club.

El Mercedes negro metalizado de Ian está detenido justo enfrente del local y él se encuentra apoyado contra la puerta del pasajero. Su expresión, nada más verme, varía de perplejidad a diversión y entonces recuerdo el disfraz.

Los pocos transeúntes que caminan por la acera también me miran impactados.

–¿Qué llevas puesto? –pregunta, al detenerme a su lado– O no llevas puesto, mejor dicho.

–Es cosa de mi prima. ¿Te gusta? –pregunto, contoneándome para provocarle.

Su mirada baja por mi cuerpo y disfruto la experiencia.

–No dejas nada para la imaginación.

–Los polvos que echo. ¿Te parece poco?

Sonríe ante mi chulería y abre la puerta del coche.

–Sube, aquí está prohibido aparcar.

–Todavía no puedo irme.

–No te irás –aclara.

Ocupo el asiento de cuero en color caramelo y miles de preguntas acuden a mi mente. Las más importantes:

*¿Qué hace aquí? ¿Cómo sabía que estaba aquí? ¿Adónde me lleva?*

–¿Cómo sabías dónde estaba? –le pregunto, nada más sentarse al volante.

–Me lo dijo tu prima.

–¿Cuándo?

–En la cena del otro día.

Su respuesta hace que me traslade hasta ese día y ese momento, y repase cada detalle de la inolvidable velada. Un recuerdo resalta por encima de los demás, el de Megan apartándose de Ian a mi regreso del baño, y un nudo invisible desaparece de mi cabeza.

–¡Me mintió! –exclamo de sopetón–. ¡La muy bruja me dijo que te había propuesto contratarla y era mentira!

Ian no dice nada, concentrado en la conducción, pero la sonrisa que aflora en su cara es todo lo que necesito saber.

–Y al día siguiente fui a decirte... Oh, Dios –me lamento, lleno de vergüenza. Entonces pienso en que él también me engañó y le propino un puñetazo en el hombro.

–¡Ah! –se queja y acto seguido empieza a reír–. ¿Por qué me pegas?

–Por dejar que hiciera el ridículo.

–Estuve a punto de meter la pata.

Me recuesto en el asiento con los brazos cruzados y finjo estar enfadado. En realidad, estoy decepcionado, porque aquella misma mañana dijo que sentía algo por mí. Ahora sé bien que todo era un velo que ocultaba la sorpresa de la fiesta.

–¿Cómo va la noche? –pregunta, rompiendo el silencio.

–Bien –murmuro escueto mientras sigo mirando por la ventanilla.

–¿Ya no te duele el culo?

Una ojeada de soslayo me basta para que levante la mano en señal de disculpa.

–¿Adónde me llevas?

–Cerca, pero con este maldito tráfico...

Y tan cerca. Solo damos la vuelta a la manzana, buscando un lugar donde poder aparcar.

Lo hace en mitad de un callejón, prácticamente oscuro de no ser por la única bombilla que alumbra la salida trasera de un restaurante chino, entre dos contenedores a rebosar de basura.

*Qué lugar tan idílico.*

Sigo manteniendo la boca cerrada, esperando que sea él quien empiece, pero parece nervioso y dubitativo.

–Ayer te vi con Heather –disparo la primera bala, intentando que no suene a reproche.

–¿Me viste? Lamento el cambio de planes de última hora.

–Tranquilo, lo normal es que estés con tu prometida. –Va la según-da–. Además, eso me dio la oportunidad de encontrarme con Sophia. –Y, tercera.

–¿Quién es Sophia?

–Una chica que conocí ayer. Lo pasé muy bien con ella.

*Joder, esta conversación me está cabreando. No sé por qué suelto todas estas mierdas o qué intento conseguir con ello.*

–De verdad, no puedo ausentarme mucho tiempo de la fiesta.

Ian se mueve enérgicamente hacia mi lado del coche, estirándose sobre mis piernas, y, por un momento, pienso que va a hacerme una mamada en el lugar más cutre de todo Manhattan. Pero no. Solo abre la guantera y vuelve a sentarse correctamente.

*Adiós al mejor regalo que podría haber recibido.*

Confundido con su comportamiento, le miro perplejo, y, después, el interior del compartimento abierto. Dentro veo un sobre alargado y decorado con un lazo rojo.

–¿Por qué has traído un regalo? –le pregunto, sin poder ocultar el malestar.

A veces pienso que Ian es la única persona que puede verme sin ninguna de mis máscaras. Ni Megan es capaz, basta que con ella siempre llevo la del primo protector y fuerte. Pero él..., y no sé cómo o por qué es así, ha ido deshaciéndose de la prepotente, la engreída, la superficial, la egoísta, la esquiva...

–Es tu cumpleaños, ¿no? Este ritual suele hacerse en los cumpleaños –argumenta, burlón.

–No me gustan los regalos –espeto, asombrándolo–. Además, se hacen regalos a una pareja, a un familiar, a un amigo...

Su cara toma matices que no había visto todavía.

–¿No somos amigos? Entonces, ¿qué somos?

*Ser, no lo sé, pero lo que me gustaría... Todavía no lo sé ni yo.*

Sin responder, me deshago del cinturón de seguridad y bajo su atenta mirada voy hacia él con las ideas muy claras.

–Déjame que te demuestre lo que somos.

Acerco mi rostro hasta el suyo conforme paso la pierna por encima de la palanca de cambios y me acomodo sobre su regazo sin golpear el volante y claxon con el culo. Después, acciono el mecanismo que mueve el asiento para desplazarlo hasta el límite y, por último, el que tumba el respaldo.

–Se nota que no es la primera vez que haces esto –murmura, deslizando las manos por mi espalda desnuda.

Sonrío con picardía y sigo jugando con su boca. Excitándole. Calentándolo sin contemplaciones. Y, al fin, los labios de mi jefe se apoderan de los míos con determinación y frenesí.

*He despertado a la bestia folladora.*

En el reducido espacio del coche, nos tocamos, nos comemos y, en mi caso, intento desnudarlo. Algo que no consigo con tanta facilidad y que cuando le despojo del jersey, estoy a punto de pedirle una medalla al mérito.

Ian se detiene de golpe, apartándose alarmado.

–¿Has escuchado eso?

–No seas paranoico. No nos ve nadie.

Un chirrido penetra en el interior del coche y mi acompañante se incorpora del asiento, conmigo encima. No tarda en tumbarse de nuevo, algo que me aturde y divierte por partes iguales.

–Mierda, hay un chino ahí fuera tirando la basura –gruñe.

–¿Qué?

Intento levantarme para mirar, pero Ian me detiene:

–Si te levantas, te verá. Nos verá.

–¿Crees que va a asustarse por ver a dos tíos enrollándose?

Mi jefe frunce el ceño y empieza a agobiarme este afán de ocultar a toda costa nuestra relación meramente física.

–Me besaste en la calle y no pareció importarte entonces.

–¿Cuándo?

–Cuando fuiste a buscarme al gimnasio.

Me molesta su expresión pensativa, pero me enfurece que no lo recuerde.

*¿A cuántos tíos ha besado en la calle?*

–Solo fue para hacerte callar. No llegó a ser un beso.

–Pensaba que tenías una personalidad fuerte y que te importaba una mierda lo que los demás pensarán de ti.

–No es lo mismo.

–¿Ah, no? Aleccióname.

–No quiero que piensen que me gustan los hombres, porque no es así. Solo me gustas tú.

Mi pobre corazón gira sobre sus talones –*si los tuviera*–, se lleva la mano a la frente –*si las tuviera*– y cae desmayado.

–Dudo que eso pueda ser posible –musito cuando recupero la voz, sin dar importancia a lo que acaba de decir.

–Lo es –asegura con seriedad–. He conocido a miles de hombres de todo tipo, por *Across* pasan modelos masculinos cada día, y ninguno, NINGUNO, ha conseguido lo que tú.

–¿Hubieses preferido no conocerme?

*No sé por qué he hecho esta pregunta, no quiero saber la respuesta.*

Sus brillantes esmeraldas me observan desde abajo durante lo que me parece una eternidad y terminan desviándose hacia un lado. No es el mejor momento ni la mejor postura para mantener este tipo de conversación.

–Al principio, sí. Pero ya sabes cómo me comportaba contigo.

–Yo también deseaba no haberte conocido –le cuento y vuelve a mirarme–. Sí, eras un capullo.

La sonrisa de Ian se escapa y la mía también.

–Tú también has conseguido algo que nadie más ha hecho.

–¿Sí? ¿El qué?

–Que no folle con nadie más –confieso.

Jacobs se ríe y yo también, pero esa confesión dice más de lo que parece.

Un estruendo metálico, como el de los platillos de una banda chocando en el acorde final de una canción, desvía la atención del momento íntimo.

–¿Sigue ahí o se ha ido?

Me incorporo lentamente para otear el exterior sin ser visto y descubro, a pocos pasos del coche, al cocinero asiático rascándose el trasero por dentro del pantalón mientras un cigarro quiere precipitarse de su boca.

–Está fumando, aunque no creo que tarde en marcharse.

Nada más decir eso, la puerta trasera del restaurante se abre y aparece una señora del mismo continente que el otro individuo, al que comienza a gritar en su idioma. No deben ser piropos, dada la actitud y respuesta del

compatriota. La discusión termina con el manotazo de la señora en la cabeza del cocinero, antes de desaparecer ambos en el interior del local.

–Ya estamos solos –le informo, tumbándome de nuevo sobre su pecho.

–Me gustaría que aceptaras mi regalo.

*No era precisamente eso lo que quería retomar.*

–Está bien –acepto, sin poder negarme.

Me incorporo y regreso a mi asiento mientras Ian recoloca el suyo a como estaba antes de mi brote fogoso.

Saco el sobre de la guantera y lo giro entre mis dedos, pensando en qué puede ser. Es algo abultado.

–Espero que no te hayas gastado mucho dinero.

Desato el lazo rojo, abro el elegante embalaje y observo que en su interior hay varios folios delicadamente doblados. El primero hace estallar mis pulsaciones.

–*American Airlines* –leo y miro a Ian.

El gesto de este es de complacencia, como si fuera él el agraciado.

–¿Me regalas un viaje? –pregunto sin dar crédito.

–Solo es una reserva abierta para dos a París, en primera clase. Tú eliges las fechas.

*¿París? ¿PARÍS? ¡¡PARÍS!!*

–Joder –murmuro, sin saber qué decir–. Meg se va a morir.

Ian se carcajea y yo continúo mirando incrédulo la reserva de avión que tengo ante mis ojos, para viajar a mi destino deseado.

Paso al siguiente folio para leer más detalles sobre el uso del billete abierto, pero lo que encuentro me deja, directamente, en *shock*.

–¿Luke?

–¿Qué... Qué es esto?

Miro a mi jefe y este parece preocupado.

–Cuando me contaste tu vida, sentí que debía hacer algo especial por ti, y, eso que tienes en las manos, es lo que necesitas y te mereces. Me dijiste que no habías...

–¿Qué es esto? –repito como un disco rayado.

–Te he matriculado en la academia de diseño de Nueva York para que puedas terminar tus estudios el curso que viene. Es una escuela muy prestigiosa, allí estudian varios de nuestros *juniors*. Podrás estudiar y trabajar en *Across*. Sacarte el título.

Me doy cuenta de que estoy llorando cuando es él quien retira las lágrimas

de mis mejillas. Nadie había hecho algo así por mí. NADIE.

–Espero que sean lágrimas de felicidad.

–No puedo aceptarlo. Ha debido costarte...

Sus labios impiden que termine la inclinación y no se apartan hasta que consiguen hacerme responder al acto.

Suspiro y vuelvo a mirar el sobre que tengo entre las manos y que me hace sentir como si estuviera viviendo un sueño.

–¿Seguro que no te apetece entrar a tomar una copa?

Ian sonríe y mira de nuevo la entrada del Crubs.

–Está Grace –le cuento–. Y ya conoces a Megan y a Abraham.

–Normalmente, cuando el jefe llega a la fiesta, la fiesta termina.

–En esta eres bien recibido.

–Gracias –dice, agradado–. Anda, corre, no les hagas esperar más.

Bajo del Mercedes y, antes de cerrar la puerta, levanto el sobre.

–Gracias a ti. Esto no lo olvidaré nunca.

Cierro y regreso al interior del local donde se celebra mi fiesta anti-cipada de cumpleaños. Espero que no se hayan percatado de mi breve, aunque intensa, ausencia.

En el trayecto hacia la barra, Megan se interpone en mi camino y su expresión demuestra que sí han notado, al menos ella, mi escapada momentánea.

–¿Se puede saber adónde has ido en mitad de tu fiesta?

–¿Te he dicho ya lo guapa que estás con ese radiante y *sexy* vestido blanco?

–Déjate de peloteos y contesta.

La cojo de la mano y la guío hasta el almacén donde intercambié mi ropa, disimuladamente.

–Solo he salido a por este regalo –le explico, mostrándole el sobre.

–¿Quién te lo ha dado?

–¿No prefieres saber qué es?

–Antes quiero saber el remitente.

–Son dos billetes de avión en primera clase... a París.

Mi maquiavélica intención es que la noticia haga desviar su interés por saber el nombre de la persona que me hizo tan generoso regalo. Y lo consigo.

–¿A París? ¿Cuándo? –pregunta, emocionada.

–¿Cuándo coges vacaciones? Es una reserva abierta para que elijamos las

fechas que queramos.

–¿Qué dices?! Déjame verlo.

–Ahora no –le prohíbo, apartando el sobre de su alcance–. En casa miraremos todo con calma. Necesito que lo guardes en tu bolso.

Lo hace apresurada y sin tener que repetírselo, como si le estuviera entregando un fajo de billetes. Aunque, pensándolo bien, sí que lo son; la reserva y la matrícula han debido costarle un dineral a Ian. La segunda parte que conforma el regalo no se la revelaré de momento.

La gente y el calor me envuelven, casi asfixiantes, mientras me derrito en sudor; aun así, sigo bailando, levantando los brazos y agitando la cabeza de un lado a otro, meciéndome al vaivén de la música. Hoy es una de esas noches que pasará a la posteridad y gran parte de culpa la tiene ÉL.

Megan aparece entre la marabunta de danzarines, resplandeciente como mi ángel de la guarda, y se acerca con una sonrisa maliciosa.

–¡Ha venido! –grita por encima de la música.

–¿Quién?!

–¿Ya sabes quién?! ¡París! –añade, señalando a su espalda.

Desconcertado por la noticia, sigo la indicación de su dedo pulgar y descubro a Ian apostado en una de las mesas altas del Crubs con pose relajada y distendida, en compañía de Grace y su mister fantástico, Abraham y Christa.

*¡Christa! ¡Peligro!*

Deseo correr hacia allí y alejarla de él antes de que cometa la locura de mencionar nuestros encuentros sexuales, aunque algo me lo impide. Mi cuerpo no reacciona a mi voluntad, manteniéndome clavado e inmóvil en el suelo del club, y solo tengo ojos para mi jefe.

*¿Al final se ha quedado? ¿Cuánto tiempo lleva en el local? ¿Por qué no ha venido a saludarme y felicitarme, fingiendo un primer encuentro?*

–¿Acaso no vas a ir a saludarle... otra vez?

Observo a mi prima que sigue sonriendo con picardía, sabedora de que fue él quien me regaló los billetes a París, y niego rotundamente.

–¿Por qué?!

–¡Esta noche yo soy el centro y todos deben venir a saludarme, no yo! –replico, egoísta y egocéntrico.

Dejándola con la palabra en la boca, me muevo en dirección opuesta, hacia la barra, y solicito una copa con extra de alcohol.

*Tarde o temprano Ian se acercará. Sé que lo hará, no puede resistirse a*

*mí.*

Tarda más de lo que había pensado, tres copas más exactamente, y cuando lo hace, le veo venir desde la distancia; más que nada, porque mis invitados se apartan a su paso como si le estuvieran haciendo un pasillo directo hacia mí.

–¿Bebiendo a solas en tu fiesta de cumpleaños? –pregunta, nada más pararse a mi lado.

–Estaba esperando a alguien.

–Y, ¿no ha venido? –se burla.

–Siempre vienen –presumo, arrancándole una risotada.

Cassidy, la atractiva y simpática camarera del Crubs, se acerca para ofrecer alguna copa a Ian, y, mientras este consulta la carta de licores que tienen, yo aprovecho para contemplarlo al detalle; desde la perfecta redondez de su ejercitado trasero, hasta el último mechón de ca-bello azabache que reluce bajo los coloridos destellos del local.

–¿Lo estás pasando bien? –se interesa, centrándose de nuevo en mí.

–Estupendamente.

–Brindo por eso. Felicidades.

Choca su vaso contra mi copa y sorbemos a la par, mirándonos fija-mente y, en mi caso, imaginando que el hielo que roza mis labios son los de mi acompañante.

–No deberías beber alcohol si luego tienes que conducir.

–He venido en taxi –responde, confundíendome–. El coche lo dejé en casa.

–¿Te fuiste a casa y has vuelto?

La sonrisa de medio lado que me regala, remueve mi entrepierna y mi corazón. El primer órgano, de excitación y, el segundo, de...

*Todavía no lo confirmaré.*

En ese momento, Cassidy regresa en busca del veredicto a la bebida que sirvió a Ian y las sonrisas y comentarios socarrones que hace a mi jefe consiguen que la simpatía que le tenía empiece a menguar. Que él le siga el rollo y el tonto, lo empeora.

–¿Te gusta? –le pregunto con tranquilidad, una vez la joven camarera se marcha a atender a otra persona.

–No está mal –contesta, ojeándola nuevamente.

Siento ganas de patearle ese perfecto culo, pero mi conciencia me grita que no sea hipócrita y que hace pocas horas yo también estaba tonteando con ella.

Doy un paso hacia Ian y sonrío perverso.

–Si quieres, puedo preguntarle si le apetecería jugar con nosotros después.

Mi jefe me mira alarmado, sabiendo por dónde voy, aunque no por mucho tiempo; el justo para planteárselo.

–¿Qué me dices? –le tiento.

–Siento interrumpir –se disculpa Megan, surgiendo a nuestro lado y cogiéndome del brazo–, pero tengo que robártelo un rato.

No espera respuesta por parte de ninguno y me arrastra lejos de allí. Concretamente, hasta el centro del escenario del local donde Chris-ta aguarda impaciente, apoyada en el respaldo de una silla.

–¿Qué vais a hacer?

Me sientan a la fuerza y sin responder, y un intenso cañón de luz se ilumina desde el centro del club, apuntando directamente hacia mí. El público se arremolina en los bajos del escenario, expectante de saber qué sucede a continuación, y una sensual melodía toma el control del ambiente.

–¿Qué significa esto? –vuelvo a preguntar, sin conseguir respuesta.

Pero, las dos chicas no solo me ignoran, sino que además abandonan el escenario, dejándome ahí.

La ausencia de compañía dura poco; unas delicadas manos se deslizan por mis hombros, bajando a mi torso, y unos labios femeninos rozan el lóbulo de mi oreja.

–Felicidades, Peter Pan.

Miro a la explosiva mujer que me toquetea con descaro y jadeo al verla disfrazada de Campanilla en versión para adultos, muy adultos: escasa ropa interior en un intenso color dorado y alas de hada transparentes que empequeñecen por el prominente tamaño de su busto. No soy el único varón de la sala que se exalta al verla.

La efervescente *stripper* baila encima de mí de forma provocativa durante los siguientes minutos, excitándose y demostrando cuan ágil y grácil es, y la espectacular forma física que posee. Consigue hacerme enloquecer y desear hacer cosas sucias con ella.

Un sugerente beso en los labios es su forma de despedida y quedo derretido sobre las cuatro patas de la silla.

Para mi sorpresa y felicidad, la cosa no se queda ahí. Me doy cuenta al notar el tacto de un cilindro de plástico en el cuello y por el griterío ensordecedor de las mujeres del club, y de algún hombre. Campanilla la guarrilla ha pasado el relevo al Capitán Hook y su gran... garfio.

*¡Joder, cómo está el Capitán!*

El *stripper* masculino, al igual que ha hecho su compañera, me deleita con

un baile personal, y lo suficientemente sexual como para terminar de ponérmela dura, y me recreo en su escultural físico de dios de la guerra, guerra como la que quiero darle, y en el peligroso tanga rojizo que deja al descubierto dos glúteos de acero y esconde un abultado paquete.

*Necesito sexo... ¡urgentemente!*

Para finalizar el maravilloso espectáculo, ambos se unen y me asedian a caricias y roces sensuales dignos de calificarlos como preliminares del coito. En mi cabeza martillea la necesidad de follar desesperada y salvajemente, y mi entrepierna pugna por atravesar la fina malla del porno-disfraz de Peter Pan.

*¡SEXOOOOOOOOOO...!*

Desciendo del pequeño escenario con una sonrisa imborrable en la cara, embadurnado en sudor, aceite corporal, saliva y purpurina, y con el gorro de mi disfraz tapando la súper erección que mantengo y temo que no baje en toda la noche. Los comentarios sobre lo sucedido no se hacen esperar y me alegra saber, y ver, que no soy el único afectado.

Jacobs me observa desde el sitio de la barra donde lo dejé y su rostro serio me divierte.

*Mi jefe acaba de presenciar algo que los jefes no deberían presenciar de sus empleados.*

No espera a que vaya hacia él; Ian posa su vaso vacío sobre la barra y se encamina apresurado en mi dirección. Me percató de la seguridad que desprende, de la decisión en su mirada a pesar del juego de luces del club, del deseo que incendia sus entrañas como lava de volcán...

–Sexo, ahora –ordena en mi oído–. Propónselo a la camarera.

## CAPÍTULO 17

He visto a Ian salir del Crubs sin mirar atrás, pero no puedo seguirle por muchas ganas que tenga; soy el homenajeador de la fiesta y no puedo marcharme así como así. Bien lo sabe.

*¡Maldito sea por soltar esa bomba y desaparecer!*

*¡Maldito sea por no esperarme!*

Decido eliminar la idea de formar un trío con mi jefe, de momento, y centrarme en la fiesta que empieza a dar sus últimos coletazos y en los invitados. Varios de estos comienzan a acercarse para despedirse y les agradezco su asistencia; más su partida, aunque esto último me lo callo.

–¿Seguro que no quieres que te llevemos? –pregunta Megan desde la puerta de mi cambiador improvisado.

–No, marchaos –insisto–. Cogeré un taxi.

–Está bien. Vamos a acercarnos a Kimberly a casa de sus padres y luego iremos a casa.

–De acuerdo –musito, terminando de vestirme y deseando que se marchen de una vez.

–¿Sabes dónde está Christa? Llevo un rato sin verla.

–Tuvo que irse –le cuento–. Jax la llamó, cachondo.

Mi prima sonríe ante el retintín que percibe en mi voz, pero no dice nada. Solo me lanza un beso desde la distancia y desaparece después de recordarme que se llevan los regalos, guardados en el todoterreno de Abraham.

Apenas he tardado veinte minutos en cambiarme de ropa y la sala del

Crubs parece otra con la ausencia de los invitados, el juego de luces y la música. Cuatro camareros recogen las mesas y limpian, mientras que Cassidy hace lo propio dentro de la barra. Sin retrasarlo más, voy hacia ella.

La puerta del bar se cierra detrás de mí y miro hacia los lados de la calle, en su busca.

*No puede haberse marchado. ¿O se habrá hartado de esperar?*

Ojeo el móvil, pero no tengo aviso alguno.

–Ya estoy lista –comenta Cassidy, saliendo del Crubs y deteniéndose a mi lado.

Su sonrisa y la forma en que se mordisquea el labio inferior, me hacen saber las ganas locas que tiene de acostarse conmigo y mi jefe. No le he dicho que era él, pero mi intuición es sabia y me advierte de que esta tía quiere montárselo con Ian.

–¡Luke!

El grito hace que miremos al frente, para descubrir a Jacobs subido a un taxi.

Abro la puerta del piso y me llevo el índice a los labios para que no hagan ni el más mínimo ruido. He visto el todoterreno de Abraham en la calle y estoy convencido de que aún seguirán despiertos; todavía me cuesta asimilar que mi singular jefe haya aceptado el encuentro y más por realizarlo en mi piso compartido y habitado.

*Hoy no deja de sorprenderme.*

–¿Empiezo con uno y el otro mira, con los dos a la vez, o vais a interactuar entre vosotros primero? –pregunta Cassidy, directa y sin anestesia, una vez estamos resguardados en el interior de mi dormitorio.

Ian y yo nos miramos, bastante asombrados, y la joven se desnuda de cintura para arriba, mostrando sus “mejor que bien” dotados senos.

Es el segundo miembro masculino del trío quien responde en forma de acto, adelantándose hasta la fémina para estimular sus generosas tetas con las manos y luego con la boca. Verlo, hace que se enciendan mis llamas internas y no de excitación precisamente. O puede que un poco sí.

Ian le come los pezones con una ansiedad irrefrenable de lobo feroz mientras ella jadea de placer y se deja hacer. Yo continúo en modo *vo-yeur* hasta que mi jefe tumba a la joven en la cama y regresa a por mí, despojándose del jersey y la camiseta en un único y espectacular movi-miento. Entonces, me

besa con la misma intensidad, o puede que más, llegando a morderme la lengua e invocando de golpe al demonio libidinoso que habita en las sombras de mi alma.

Mi miembro se yergue férreo en el interior del ano de Cassidy, conforme Ian penetra su vagina y formamos el clásico sándwich sexual. Ella gime, disfrutando de la invasión de las dos pollas, y deja caer la cabeza sobre mi hombro en el momento en que ambos hombres iniciamos las embestidas al unísono.

Me gusta y excita de sobremanera tener a mi jefe delante y mantener el contacto visual mientras nos la follamos; me enloquece que sus manos busquen mis caderas y su boca la mía, a pesar de la barrera; me embrutece comprobar cuánto me desea y saber cuánto lo deseo. Es casi obsceno. Cassidy es un mero hilo conductor para nuestros más lujuriosos pensamientos.

La joven camarera se corre, incluso antes de que yo pueda obtener la primera onda expansiva del orgasmo, y empuja a Ian sobre la cama para, a continuación, retirarle el preservativo y lanzarse a chupar su vigorosa erección.

Con el culo en pompa, la penetro enérgicamente, pero algo no está funcionando como debiera; y no lo digo por mi polla, que continúa dura como una roca. Presenciar como la chica lame y saborea el miembro pulsante de Ian, y los jadeos extasiados de él, empieza a martirizarme y solo pienso en arrancarla de ahí.

—¡Córrete en mi cara! —gime ella, desesperada—. ¡Márcame!

Algo en mi interior se subleva y me domina en ese preciso instante, no quiero saber el qué, pero es lo suficientemente visceral e irracional como para llevarme a apartarla con rabia hacia un lado de la cama y ocupar su lugar entre las fornidas piernas de Ian. La mirada de este muta de la confusión más absoluta al deseo más ferviente en milésimas de segundo, prendiéndose sus esmeraldas como hogueras de leña, y sus labios conforman una perfecta O, expulsando un profundo jadeo, al introducir la erección de cabeza rosada y brillante por la lubricación en mi boca.

*La primera polla que me como.*

—¡Dios, Luke, tu boca es fuego! —gime, enloquecido.

Sus dedos se enredan entre los mechones húmedos de mi cabeza, manteniéndome en el sitio, y disfruto de la mamada como nunca creí hacerlo. Me recreo con ella, deslizando la lengua por la longitud del fallo, degustando

cada lágrima salada que se escurre de la punta, absorbiendo las gruesas bolas...

–Luke, ¡qué bueno!

Mi dedo rebelde busca su orificio trasero y lo invade una vez da con él. Entra y sale, cada vez más rápido, cada vez más fácil, rozando frenético el punto erógeno que ahí aguarda, hasta que, finalmente, consigo hacerle estallar en un grandioso clímax que le hace gritar mi nombre en repetidas ocasiones y su grueso miembro eyacule en el interior de mi boca, desbordándome con un cremoso y cálido semen adictivo.

–¡Oh, Dios! –exhala, entre temblores–. ¡Sí!

Saber que soy el precursor de tan extremo placer y verlo completamente rendido a mí, me hincha de orgullo y felicidad.

Cuando abre los ojos, volviendo en sí, me arrastra hacia su boca y me besa con una devoción que nunca había sentido en él.

–Ahora voy a follarte –le susurro, acercando mi erección deseosa de un buen enterramiento a su fruncido anillo.

–Chicos, ¿os acordáis de mí?

Miro de soslayo a Cassidy y desearía hacerla desaparecer.

–Ahora vengo –murmuro, con una idea rondándome la cabeza.

Salto de la cama, me pongo los calzoncillos y corro fuera de la habitación.

–¡¿Adónde vas?! –musita alarmado, Ian.

Estirado sobre la encimera de la cocina, observo el exterior a través de la ventana abierta. A estas horas de la madrugada apenas pasa un alma por la calle y empiezo a perder la paciencia.

–Luke, ¿qué estás haciendo?

Miro detrás de mí, encontrando a Ian cubriendo su magnífica anatomía con solo una almohada, y sonrío, malicioso e inocente.

–Enseguida voy –le respondo–. No deberías salir de la habitación, mi prima podría verte.

–¿No vas a contarme qué estás mirando?

Vuelvo la vista de nuevo a la calle y observo dos focos de coche que giran en el cruce del fondo, encarrilándose hacia aquí.

–¡Ya viene! –exclamo en un murmullo y salgo precipitado hacia mi dormitorio, dejando pasmado y confuso a mi jefe.

Allí, Cassidy descansa aburrída sobre la cama y se incorpora veloz al verme llegar.

–Vístete, preciosa. Es hora de irte.

–¿Cómo?

–El taxi te está esperando –le explico, pasándole la ropa que yacía arrugada en el suelo.

–¿Quieres que me vaya? –pregunta, aturdida.

–Sí.

Mi rotunda afirmación le sienta como un jarro de agua fría, helada, y la apremio para que se vista lo antes posible. Seguidamente, la acompaño hasta la salida del piso, pasando por delante de un desconcertado Ian, y, de ahí, hasta la misma puerta trasera del taxi. No sabría decir quién parece más extrañado por esta situación, si mi jefe, la joven a la que despacho o el taxista al verme prácticamente desnudo.

Cuando el vehículo parte hacia su destino, regreso corriendo al interior del hogar y de la habitación donde Ian espera paciente. Al verme entrar arquea una ceja, interrogativo, pero yo solo pienso en una cosa y voy hacia él como el león hambriento se dirige al delicioso cordero.

–¿Piensas explicármelo?

Sonrío con picardía, me deshago del bóxer y gateo por la cama hasta colocarme a horcajadas sobre la almohada que lo cubre.

–He decidido que no quiero compartirtte –susurro de forma sensual y muy sexual.

La confusión de mi jefe parece diluirse y una hermosa y tibia sonrisa de perfectos dientes blancos destella en su rostro, flaseándome.

–Estás congelado –musita, acariciándome los brazos y el pecho.

–Seguro que pronto me haces entrar en calor.

Su juvenil risotada, me contagia, y detiene mis contoneos rebeldes y provocativos, para arrojarme de espaldas al colchón.

Ian se tumba sobre mí y me relamo de expectación y deseo.

*¡Joder, cuánto lo necesito! ¡Es casi enfermizo!*

–Sabes, a mí tampoco me agradaba la idea de compartirtte.

Los cálidos y gruesos labios de mi acompañante se rozan juguetones contra los míos y levanto la cabeza para intentar, fallidamente, a-poderarme de su boca.

–Ian –me quejo, desesperado–. No disponemos de mucho tiempo si pretendes irte sin que mi prima y su novio te vean aquí.

–Todavía tenemos tiempo.

La robusta erección de mi jefe se clava orgullosa en mi entrepierna y jadeo

excitado, empezando a perder el poco control que me queda.

–Esta noche serás totalmente mío –promete.

Debo mordirme el labio para que las palabras: “*soy tuyo desde hace mucho tiempo*”, no consigan fugarse de mi garganta.

Despierto por el envite del intenso escalofrío que me sacude y me remuevo dentro de la cama, incómodo, cubriéndome hasta el cuello con la sábana; me siento pesado, atontado y muy enfermo; me duele todo el cuerpo y siento ganas de vomitar.

–¿Luke?

–No me encuentro bien –balbuceo, aguantando las incisivas punzadas en mis amígdalas.

–Estás empapado en sudor –comenta, acariciándome la frente, el cuello, el pecho...

–¿Dónde está Meg?

Intento levantarme de la cama, pero me detiene.

–No te muevas. Voy a buscarte algo.

En la penumbra de mi dormitorio, que ya empieza a clarear, observo a Ian dirigirse al cuarto de baño.

*¿Qué hace todavía aquí?*

*¡Oh, me va a estallar la cabeza!*

A tientas y entre tambaleos consigo ponerme en pie y cubrir mi desnudez con el bóxer de color lila que descansa a mis pies. Luego dirijo los pasos hacia el exterior de mi dormitorio y cruzo el pasillo, renqueante, hasta el de mi prima. Entro sin llamar y me acerco a la cama sin ser escuchado ni presentado hasta que me resguardo bajo el edredón.

–¿Luke? –pregunta ella, adormilada.

–Estoy enfermo.

–¿Qué pasa? –escucho murmurar a Abraham.

Noto a mi prima abrazarme mientras se lo cuenta, así como noto la presencia de Ian accediendo al dormitorio. Si no me sintiera como un despojo humano en estos momentos, disfrutaría viendo la cara de Megan y la de su chico ante la divina presencia de mi jefe semidesnudo.

–¿Ian? –murmura ella, sin poder ocultar la sorpresa de su voz.

–Lo siento, se ha escapado cuando fui a buscar la medicina –contesta este, como si la situación fuese la más corriente del mundo.

Siento su gran mano acariciando con delicadeza mi enrojecida mejilla y juraría que me hace sentir un poco mejor.

–Luke, vámonos. No molestes a tu prima.

Un gruñido de malestar atraviesa mi pecho, pero eso no hace que cambie de opinión, al contrario, Ian me quita el edredón de encima y me carga en sus brazos, como un bebé koala, para sacarme de la habitación.

Despierto en mi cama y giro la cabeza hacia la ventana abierta por la que se cuelan los sonidos del tráfico, de la vida y los rayos de un res-plandeciente sol. Me encuentro exhausto y opto por continuar acostado un rato más.

En ese momento, la puerta del aseo se abre y aparece Ian desnudo, salvo por la toalla que rodea su marcada cintura, y húmedo. Creo que lubrico solo de verlo.

Me incorporo sobre los codos y lo escaneo con absoluto deleite.

–¿Qué haces todavía aquí? –le pregunto–. ¿Lo de anoche no fue un sueño?

El semblante serio que me ofrece, sumado al vaso de agua y el blíster de pastillas que hay sobre la mesilla, me indican que no fue así.

–¡Oh! –me lamento, dejándome caer de nuevo sobre la almohada.

Ian rodea la cama y se sienta a mi lado para palpar mi frente.

–Parece que ya no tienes fiebre. ¿Cómo te encuentras?

–Hecho una mierda.

–Tu prima ha venido un par de veces ya. Debería decirle que estás mejor.

Contraigo los ojos y niego con la cabeza.

*¿Será este el fin de nuestros encuentros? ¡No quería que nadie lo supiese!*

–Yo se lo diré. Tú... vete si tienes que irte. Lo siento.

–¿Qué sientes?

–Todo, siento todo –respondo, abatido–. Ponerme enfermo, obligar a que te quedaras, fastidiarlo todo y conseguir que Megan y Abraham descubran que has pasado la noche aquí.

–Pude irme cuando vi que ibas con tu prima, pero no lo hice.

Le miro y la duda emerge en mi cabeza.

*No, no es el mejor momento para charlas intensas.*

–Gracias por ocuparte de mí.

Ian sonrío de medio lado, aparentemente divertido, y se inclina para posar brevemente sus labios sobre los míos.

–Dúchate y vayamos a desayunar.

*Pero, ¿qué...?*

Asiento, obediente, y salto de la cama para correr hacia el baño.

Megan y el *Ranger* se encuentran desayunando en la barra, cuando Ian y yo salimos al salón.

*¿Es posible que sea yo, el que menos vergüenza tengo de normal, el más avergonzado de los cuatro?*

Las miradas se cruzan entre los cuatro, pero nadie parece incomodarse. Presto una especial atención a mi jefe, que camina a mi lado, y a cualquier extraño movimiento por su parte.

Mi prima sale apresurada de la cocina y se lanza a mis brazos.

–¿Cómo te encuentras? –pregunta preocupada, imitando a Jacobs y palpando mi frente y mejillas.

–Estoy mejor, mucho mejor.

Meg mira a mi jefe y sonrío agradecida y enternecida. La expresión de él no sé cómo será porque evito fijarme.

–¿Tienes hambre, Luke? –se entromete Abraham y lo agradezco, porque toda esta situación empieza a agobiarme—. Hoy hice yo el desayuno.

–Estupendo –celebro, yendo hacia él.

La hora que pasamos sentados, comiendo el sorprendentemente delicioso desayuno del jugador de *hockey*, no se hace para nada incómoda y las conversaciones tratan sobre la fantástica fiesta de cumple-años de la noche anterior.

–¿Cuándo piensas abrir los regalos? –curioseas Megan, señalando la montaña de cajas envueltas en coloridos papeles que hay sobre la mesa del salón.

–Técnicamente, todavía no ha sido mi cumpleaños.

–¡¿Vas a esperar?! –exclama, alterada—. ¡No puedes hacer eso!

Me carcajeo y disfruto con la impaciencia de mi querida prima. Sé de sobra que le enloquecen los regalos y no puede evitar abrir uno, en cuestión de segundos, cuando se lo entregan.

–¿Creéis que debería hacerlo?

Me centro en los otros dos hombres que nos acompañan y parecen disfrutar del momento.

–Megan tiene razón –responde Ian—. ¿Por qué esperar?

–¡Exacto! –se suma ella, removiéndose inquieta en el taburete.

Sonrío, dándome por vencido, y voy hacia allí para coger el primero: uno pequeño, pero pesado, y cuya tarjeta la firman el señor y la señora Bond; algo que me hace reír y pensar en el agente de mi prima y su es-posa.

Con el carísimo reloj de pulsera decorando mi muñeca, me acerco a la barra del desayuno portando varios regalos en los brazos.

–¿Me ayudas a abrirlos, Meg?

–¡Sí! –exclama, cual niña benefactora de ellos.

Es tremendamente entretenido verla en acción y el trío masculino disfrutamos con ella. Posee tal maestría, que no sesga ningún envoltorio.

–¡Luke, unas Jeebok! –grita, haciéndonos reír–. ¡Qué chulas! Pruébatelas.

Lo hago y paseo por el salón con chulería; son de un intenso color rojo pasión, muy cómodas y de porte *casual*.

–¿De quién es la tarjeta? –me intrigo.

–Zule.

–La adoro. Luego la llamo.

El teléfono de casa comienza a sonar en ese preciso instante y los dos nos miramos pensativos.

*¿Será ella, que es medio bruja?*

Me encamino hacia la barra y cojo el inalámbrico.

–Buenos días. Has llamado a la residencia de los Meyer –respondo guasón.

–Hola... Luke –musita temblorosa, la voz femenina.

El malestar sufrido la noche pasada, regresa y lo hace con el doble de fuerza al reconocer a la interlocutora. Debo sujetarme a la encimera de madera para no caer al suelo y el movimiento alarma al resto. Ian es el primero en rodearme la cintura con los brazos.

–¡¿Luke, qué te ocurre?! –grita Meg.

–¿Luke?

–Te has... confundido –balbuceo antes de colgar.

Me siento sin fuerzas y las piernas me fallan de tal modo que es mi jefe quien aguanta todo el peso y se agacha hasta quedar los dos sentados en el suelo, yo recostado en su pecho.

–¿Luke? –vuelve a nombrarme, palmeándome la mejilla.

–Toma, dale agua.

Siento la humedad en los labios, en la frente, en los carrillos...

–Estoy bien. Estoy bien –les digo, volviendo en mí.

El teléfono, que sigue aferrado a mi mano, vuelve a sonar y corto la llamada, esta vez sin atenderla.

*¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Por qué hoy?*

Tras la segunda llamada, llega una tercera, y, por consiguiente, un tercer corte, además de arrojar el aparato por el suelo del piso.

–Luke, ¿quién está llamado? –se intriga mi prima.

La miro con los ojos entrecerrados y niego sin poder contestar.

El inalámbrico vuelve a sonar y mi compañera de piso parte rauda a por él.

–¡No, Megan! –grito, sacando fuerzas de donde no las tengo.

Pero ella no hace caso. Nunca me lo hace.

–¿Sí? –responde con seriedad. Entonces, al oír a la persona que se encuentra al otro lado de la línea, se gira con el rostro mudado hacia mí–. Tía Rose, ¿qué ocurre? ¿Qué?

Sé que soy el centro de atención de los tres, pero continúo tumbado en el sofá con los ojos cerrados y haciéndome el desmayado. Aun así, ellos siguen hablando y planeando, a raíz de la llamada, y yo solo tengo ganas de gritar y romper algo. O muchas cosas.

–Hay vuelos libres para esta misma tarde –comenta Ian–. Podría reservar los asientos.

–Sería genial –le dice mi prima–, pero los pago yo.

–No voy a ir –rujo y mi voz suena a como la de un muerto que vuelve a la vida después de milenios enterrado.

–Luke, no digas tonterías. ¡El abuelo está muy enfermo!

–Me importa una mierda.

Me incorporo del sofá y, tanto mi prima como mi jefe, se acercan para ayudarme a levantar. A ambos los detengo y lo hago por mí mismo.

–No voy a ir y no insistas –repito, enfadado, camino de la cocina.

–¡Dios, mío! Que cabezota eres.

Lleno un vaso de agua hasta el borde y rebusco entre los armarios el kit de medicamentos, sin llegar a dar con él.

*Pues no pienso llamar a Meg.*

Ian accede a la cocina y nos miramos a pasos de distancia.

–No estoy para sermones –le gruño.

–Solo vengo a por agua –miente y sabe que lo sé.

Le observo acercarse al fregadero, coger un vaso del armario, llenarlo y sorber. Esa prominente nuez en movimiento me excita y bajo la mirada por la silueta de su espalda y la curvatura de su trasero.

–¿Quieres que echemos un polvo?

Su propuesta lleva mis ojos de nuevo a los suyos e Ian sonrío con malicia.

–Siempre estás dispuesto, ¿no es así? Aun estando enfermo.

–Depende de quién me lo proponga.

Jacobs deja el vaso en la pila y en dos zancadas lo tengo delante.

–Mírate, apenas puedes tenerte en pie. Iré a por otra pastilla para que tomes.

–¿Por qué sigues aquí?

–¿Quieres que me vaya?

–¡No! –exclamo, en un tono de voz más elevado del que quería.

Ian abarca el ovalo de mi cara entre sus manos y sonrío.

–Estás ardiendo.

–Estoy cachondo.

–Dudo que se te pueda poner dura en este estado.

–Tócamela.

Mi jefe vuelve a sonreír y, para mi gusto y sorpresa, baja una mano hasta mi paquete, que abriga con maestría entre sus dedos.

*¡Oh, señor!*

–Increíble –musita admirado–. Debes tener casi cuarenta de fiebre y tu erección es formidable. ¿Eres una máquina sexual?

–Podría pasarme la vida entera follando contigo.

Esa confesión hace arder la mirada jade de mi acompañante.

–Cuando mi padre murió, él y yo estábamos enfadados.

*¿A qué viene este cambio tan radical de tema? ¡Me la va a bajar!*

–Siempre me arrepentiré de ello –añade.

–No vas a convencerme.

–Podría usar algunas artimañas –musita y zarandea su mano en mi bragueta, provocándome una oleada de placer.

–Voy a entrar –anuncia Megan e Ian se aleja de mí.

–Iré a por tus pastillas –murmura, saliendo de la cocina y dejándonos solos a mi prima y a mí.

Esta, compungida y sosegada, viene hacia mí y me abraza.

–El abuelo se está muriendo, Luke.

–No quiero ir.

–Siempre fuiste su nieto predilecto.

–No lo demostró cuando más falta hacía.

–Conoces a la familia, lo tienen dominado. Son un clan de hienas.

–Debió defenderme y protegerme. Me echaron de casa como a un perro pulgoso.

–Ha dicho que August quiere verte, que exige verte.

–Solo es una treta más.

—¿De verdad? —exclama iracunda, clavándome su mirada tormentosa—. ¿Por qué iba a mentir ella? ¿Por qué motivo iba a llamar y pedir que fuéramos urgentemente?

La cabeza me duele como para seguir discutiendo y cuando Ian regresa, me lanzo a por las pastillas.

*Necesito doble dosis.*

—Debes acudir, Luke. Ambos debéis —murmura Abraham, uniéndose al complot—. Sea lo que sea lo que te hicieron, es tu abuelo y debes mostrarle respeto.

Por suerte para mi poca cordura, no soy el único de la estancia que lo mira como a un marciano. Cualquiera pensaría que es hijo de un senador... conservador.

La seriedad y pose de brazos cruzados que mantiene el jugador de *hockey* consiguen que rompa a reír en intensas carcajadas, que sientan fatal a mis dolores, pero logran mejorar mi ánimo.

El taxi que nos conduce hasta el aeropuerto va demasiado rápido y demasiado despacio para mi gusto, aunque intuyo que todo es debido a la carga farmacológica que llevo encima. Estoy adormilado y apenas entiendo lo que mi prima charla con Ian. Este ha decidido acompañarnos hasta el JFK, mientras que Abraham tuvo que marcharse, prometiendo llamar a Megan.

—Luke, ponte estas gafas de sol —dice mi prima, colocándomelas—, cualquiera podría pensar que estás drogado.

Sonrío, o eso creo que hago, y me dejo arrastrar por la terminal, o eso creo que hacen.

No soy consciente de dónde me hallo, ni con quién, ni si camino o estoy sentado... Me encuentro, completamente, como perdido en una confusa nebulosa.

Regreso como de un profundo coma durante el vuelo y miro a mi alrededor confuso y desubicado.

*Primera clase*, es lo primero que pienso al ver los espaciosos asientos privados. El contiguo al mío está desocupado y Megan viaja al otro lado del pasillo, enfrascada en lo que sea que esté escuchando a través de los auriculares.

Voy hacia ella y al rozarle la pierna, bota en el asiento.

—Luke, me has asustado —musita, desocupando sus oídos—. ¿Qué ocurre?

¿Te sientes mejor?

–Sí. Tengo la cabeza un poco cargada, pero sí, estoy bien. ¿Cuánto tiempo llevo dormido?

–¿Dormido? –repite, aguantándose la risa–. ¿No recuerdas la guerra que le has dado a la pobre azafata y a Ian?

–¿Ian está aquí? ¿En el avión?

Me giro y lo busco en algún asiento, pero no doy con él.

–Decidió acompañarnos y no dejarme sola a tu cargo. ¿No te parece encantador?

–Meg. –La zarandeo, bajándola de su nube rosa, e intento hacerla entrar en razón–. No quería ir a Los Ángeles y mucho menos quiero hacerlo con él. ¿Por qué se lo has permitido?

–¿Permitido? –resuena la voz de Ian por encima de mi cabeza.

Levanto la mirada y nuestros ojos conectan. Mi jefe parece que regresa del baño y luce el cabello mojado y bien peinado.

Retrocedo hasta mi asiento en ventanilla, para ocuparlo, y espero a que él haga lo propio en el contiguo.

*¿Por qué no lo habré imaginado nada más verlo vacío?*

–Parece que estás mejor –murmura, con gesto indescifrable.

–¿Qué haces aquí?

–No me ha parecido apropiado dejar viajar sola a tu prima con un hombre de ochenta kilos, enfermo y empastillado.

–¿Ahora eres mi médico personal?

Ian me contempla desafiante y se inclina peligrosamente hacia mí.

–Si es necesario, sí.

Me cruzo de brazos como un crío enrabiado y me desplomo sobre el respaldo del francamente cómodo asiento.

–¿Tienes hambre? Yo sí –comenta, pulsando el botón de llamada a los asistentes de vuelo.

–Creo que seguiré durmiendo.

Pero no lo hago y me dedico a observar por la cuadriculada ventanilla del aparato, pensando en hacia donde nos dirigimos y lo que encontraremos allí. No me agrada que Jacobs venga con nosotros y presencie de primera mano la situación; una cosa es contarle mi pasado y otra muy distinta que entre a formar parte de él.

*Este viaje promete ser... fatídico.*

A última hora de la tarde tomamos tierra en Los Ángeles y mi corazón comienza a bombear frenético, no sé si debido al cercano y poco deseado encuentro familiar, o por regresar a mi hogar, algo que no tenía previsto hacerlo por el momento.

Ninguno de los tres traemos equipaje. Esa fue una de las condiciones que puse, por no decir la única, para venir: *volver a casa lo antes posible, el mismo día si es necesario.*

A la salida del LAX, tomamos un taxi y marchamos directos al Saint Mery Rose. Durante el camino, mi prima y yo miramos a través de las ventanillas y no puedo negar, ni ocultar, que me emociona y remueve por dentro estar otra vez aquí. Incluso el sol parece brillar de forma distinta a como lo hace en Manhattan.

El tiempo pasa volando cuando no quieres llegar a destino y, tan rápido como un pestañeo, me encuentro de pie frente a las puertas del hospital, flanqueado por Megan e Ian.

—¿Vamos? —propone ella, dubitativa, sabedora de lo difícil que me resulta hacer esto.

La miro, asiento poco convencido, y, agarrado a su mano, cruzamos las puertas automáticas.

No tengo miedo a encontrarme con mi familia, o con esas personas a las que únicamente me une la sangre, temo a la reacción que pueda sufrir al tenerlos delante. Enfurezco solo de pensar en ellos.

Intento relajarme mientras Megan se informa sobre la habitación de August Meyer; mientras subimos en ascensor hasta la última y exclusiva planta para pacientes VIP; mientras recorremos los silenciosos pasillos, en dirección a la estancia indicada. Y, cuando nos detenemos frente a la puerta, cojo aire y trago saliva. Me llena de coraje el apretón de manos de Meg y el de Ian en el hombro; al final va a resultar que su compañía no era tan innecesaria.

Con dos golpes secos en la robusta madera, ella abre la puerta y pasa al interior. Yo la sigo, tras buscar la mirada de apoyo de mi jefe.

Era de esperar que la habitación en la que descansa August fuese grande, inmensa, colosal. Una *suite* con dos apartados, uno personal y privado para el paciente, y, el segundo, para visitas y demás.

Era de esperar que hallaríamos cientos de detalles en forma de flores, deseando una pronta recuperación al anciano.

Era de esperar que nos encontraríamos con todos los miembros de la familia, en plan familia Corleone alrededor del moribundo Padrino, ellas

llorosas y ellos altivos, pero, en realidad, todos deseosos de poder hincar el diente al viejo, o, mejor dicho, a su acaudalada herencia cuando este fallezca.

Era de esperar las caras de sorpresa, confusión y rechazo; los murmullos al oído y no tan al oído: *¿cómo se atreve a venir?*

Era de esperar la tensión, la incomodidad y la sensación de encontrarse fuera de lugar, por mi parte.

Era de esperar que no sería bien recibido.

Y, es por todo esto, que caigo en cuenta de que ya no me importa en absoluto lo que piensen.

*¡Que les jodan!*

Adelantándome a Megan, recorro la estancia en dirección a la sala privada bajo la atenta y sibilina mirada de todos, y que ignoro por completo.

–No puedes entrar, está la enfermera con él –ordena la masculina voz de a quien en su día llamé padre.

Por muchos años que transcurran, él sigue empeñado en dar órdenes que sabe que no cumpliré.

La mano de mi “padre” aferra mi antebrazo, intentando detenerme a la fuerza, y me viro encolerizado, zafándome del agarre y encarando-me con él. Es la primera vez que hago contacto visual y puedo apreciar lo aviejado que se encuentra.

–¡No vuelvas a ponerme una puta mano encima! –rujo en su cara.

En un visto y no visto, el hombre se ve rodeado y apoyado por varios miembros masculinos de la familia, tíos y primos mayores, y sonrío de diversión. Más cuando Ian se posiciona a mi espalda y parece amedrentarlos con una sola mirada.

–Vamos, Luke –se entromete Megan, enfriando la tensión como de costumbre.

Retomamos el camino hacia la habitación contigua sin sufrir ningún impedimento más y pasamos tras llamar. Jacobs se queda fuera, ofreciéndonos privacidad.

August yace inmóvil en el centro de la sala y me cuesta reconocerlo: se ha quedado en la mitad del hombre que era, su piel es de un blanco mortecino y del cabello canoso no queda ni una sola hebra. Doy fe de que a Megan le sucede lo mismo, porque emite un gemido ahogado.

Una enfermera, que parece estar comprobando los monitores de las máquinas a las que lo tienen conectado, se gira hacia nosotros, llevándose la carpeta al pecho.

–Debéis esperar...

–Somos sus nietos –la interrumpo–. Acabamos de llegar de Nueva York y él quería vernos.

–¿Tú eres Luke? –pregunta, sorprendiéndome–. August se encuentra sedado, pero de vez en cuando dice tu nombre.

Miro al viejo, que en otra época de su vida vestía con prendas caras y siempre llevaba una copa de coñac en la mano, y sonrió sarcástico.

*¿Será verdad que, cuando estás muriéndote, solo quieres arreglar los asuntos pendientes para poder entrar en... lo que sea que haya des-pués de esto?*

–Dejaré que estéis con él unos minutos, pero luego debo seguir con los exámenes.

–Gracias –murmura Meg.

–¿Cuánto le queda? –pregunto a la enfermera cuando pasa a nuestro lado.

La mujer nos mira compasiva y después al paciente.

–Muy poco –susurra–. Suerte de que habéis llegado a tiempo.

Una vez a solas, mi prima se derrumba en llantos silenciosos y me abraza buscando un apoyo. Yo la mantengo con firmeza y dejo que se desahogue.

*¿Por qué a mí no se me escapa ni una mísera lágrima? ¿Por qué no me apena esta situación? ¿Seré en verdad el monstruo que esa familia de la habitación de al lado cree que soy?*

*Definitivamente, no. Ellos me hicieron ser así.*

–¿Por qué querías verme, viejo? –le pregunto a un inconsciente August, sentado a su lado y con Megan observando desde el otro extremo de la cama–. ¿Acaso hay algo que te martiriza y quieres morir en paz?

–Luke –me reprende ella.

–No puede escucharnos, está comatoso.

–Pueden escucharlo todo –replica.

–Luke –habla el anciano y los dos le miramos casi aterrados.

Debajo de la mascarilla de oxígeno, la arrugada boca de labios rese-cos tiembla como si quisiera decir algo.

–¿August? –le llamo, acercándome–. August, soy Luke.

Los párpados de mi abuelo vibran como respuesta a mi voz.

–Abuelo –murmura Megan, quebradiza, abrazando su mano.

–Luke –repite este en un tétrico silbido.

–¿Qué? ¿Estoy aquí?

Le retiro la mascarilla, a pesar de las negaciones de Meg, y me arri-mo para escucharlo mejor.

–Abuelo, soy Luke –susurro cerca de su oído–. He venido a verte.

–Vuelve –sisea.

Me giro hacia mi prima, que asimila la situación igual de pasmada que lo estoy yo.

–¿Por qué, abuelo? –le pregunto–. ¿Por qué debo volver?

–Luke.

–Sí, soy yo, abuelo. ¿Qué quieres?

–Nunca nos ha perdonado que te echáramos de casa –dicen a nuestras espaldas.

Me yergo de golpe, como castigado por un latigazo, y miro por encima del hombro para encontrarla a ella, a mi “madre”.

*¿Cómo se atreve a entrar a escondidas y hablarme?*

Meg hace un intento de levantarse de la cama, para salir de la habitación y dejarme solo con esa mujer, pero, raudo, la retengo cogiéndola del brazo.

La mujer de cabello dorado y ondulado, que ya se atreve a vestir de luto, se acerca con parsimonia hasta la cama y observa con ojos brillantes de emoción a su padre.

Evito prestarle más atención de la cuenta, pero mis sentidos están puestos en ella, alertas y dispuestos a saltar en caso de necesidad.

–La última vez que estuvo consciente fue hace una semana –nos informa–. Mantuvimos una discusión, como ya era habitual durante el último año y medio. Fue sobre ti –comenta y sé que se refiere a mí.

*No me interesa escuchar ahora toda esta mierda.*

–Nunca le había visto mirarme así, tan decepcionado –continúa.

Me levanto de la cama y salgo de la habitación, topándome con un preocupado Ian de frente.

–¿Todo bien? –se interesa.

Asiento y camino hacia la salida, pasando por delante de la estirpe Meyer y seguido por mi jefe.

El aroma a torrefacto penetra mis fosas nasales y hace que me sienta bien por un breve instante. La compañía del presidente de *Across* también influye en ello.

–¿Qué ha pasado? –curioseosa, llevándose su taza a los labios.

Contemplo a la gente entrar y salir de la cafetería del hospital, algunos

melancólicos, otros felices, y pienso en qué imagen deberé dar yo.

–Nada concreto. El viejo estaba sedado.

–Y, ¿tú madre? Quise impedir que entrara, pero me pareció de las que organizan un buen espectáculo si no consiguen lo que quieren y no creí que fuera el mejor lugar.

Sonrío y me centro en mi atractivo acompañante.

–Probablemente hubiese llamado a seguridad o te hubiera interpuesto un pleito.

–Eso no me da miedo, tengo muy buenos abogados.

Río, jovial, y deslizo la mano por encima de la mesa para acariciar, de manera fugaz, la de Ian.

–¿Cómo te sientes?

–Creo que bien –contesto con sinceridad–. Aunque no sé qué pinto aquí, él ni siquiera sabe que he venido.

–Estoy convencido de que lo sabe.

Tomo un nuevo sorbo de mi café y me recuesto en la silla, estirando las piernas por debajo de la mesa y rozándolas contra las de él.

–Gracias por venir.

–¿Cómo dices? –murmura, llevándose la mano a la oreja y sobreactuando una sordera–. Creo que no te he escuchado bien.

Me carcajeo y niego ante su guasa.

El momento de paz y armonía acaba cuando veo aparecer a la prole juvenil Meyer por la cafetería. Todos los primos, alguno ya casado y con hijos, se acomodan en varias mesas, y, mientras uno de ellos acude a pedir al mostrador, otros conversan confidentes.

–Será mejor que nos marchemos –le digo, notando cómo un calor de furia prende mis entrañas–. No quiero dejar a Megan sola con las hienas.

Dentro de la *suite* hospitalaria, los adultos siguen expectantes a lo que suceda con el anciano August y cuándo, reunidos en grupos, algunos sentados y otros de pie, y llevando conversaciones que muy poco interés despiertan en mí. Mi prima está hablando con su madre en un extremo apartado de la habitación y me guiña un ojo al vernos llegar.

–El enemigo está aquíí... –canturreo en un murmullo que solo Ian consigue escuchar.

Nos quedamos cerca de la puerta, apoyados en la pared y alejados del resto. No hace falta mirar, para saber que somos el centro de atención de

algunos escurridizos y juiciosos ojos.

*Apuesto a que se están preguntado quién es el hombre tan atractivo que no se separa de mí ni un instante. Me encantaría poder besarlo delante de todos; puede que, incluso, follármelo.*

La páfida sonrisa de rebeldía que comienza a bailar en mis labios, se ve interrumpida por un inesperado golpe de tos. Un momento que perturba el ambiente silencioso de la sala y provoca que salga de ahí.

–Luke, espera –solicita Ian, que me sigue hasta el cuarto de baño de la planta.

El breve colapso cesa en cuanto trago un poco de agua, y aprovecho para eliminar todo rastro de sudor de mi rostro.

Jacobs se mantiene a mi lado y me observa con gesto preocupado a través del espejo.

–Te brillan los ojos –musita–. Creo que vuelves a tener fiebre.

El gesto maternal de su mano en mi frente, me hace sonreír y pensar en cosas sucias.

–Es porque te deseo de una manera enfermiza –murmuro con descaro.

Él fija su mirada esmeralda en la mía y puedo apreciar la dilatación completa de sus pupilas como excitada reacción.

–Vamos, pediremos algo a las enfermeras –murmura y me saca del baño antes de tener la posibilidad de abalanzarme sobre él.

Ian me apalanca sobre uno de los asientos que decoran tristemente el pasillo del hospital y se encamina hacia el puesto de enfermeras más cercano. En cuanto gira en una esquina, desapareciendo de mi campo de visión, recuesto la cabeza en la pared y dejo caer los párpados, inspirando una profunda bocanada de aire.

*Sí, siento que flojeo otra vez. Joder.*

La gélida mano se desliza por mi frente causándome una agradable sensación de bienestar; es como una oleada de agua salada en una calurosa tarde de playa.

–Tienes fiebre.

El gesto se repite en mis carrillos, a la vez que unos labios ocupan la zona anterior.

–Mucha fiebre.

Le siguen mis hombros y brazos, desnudos debido a las mangas cortas de la camiseta, hasta aferrarse a mis manos sobre el regazo.

–¡Aléjese de él! –gruñe dictatorial, Ian.

## CAPÍTULO 18

Entreabro los ojos con dificultad y siento estar viviendo un sueño; o pesadilla, dada la mujer que hay acucillada a mi lado.

–Es mi hijo, ¿por qué debería hacerlo? –recrimina a Jacobs.

–Tengo entendido que no es así desde hace mucho tiempo. No finja ser ahora la madre preocupada.

La mujer, ofendida por lo que escucha, se incorpora llena de furia y levanta la mano, dispuesta a golpear la mejilla de mi singular jefe. Pero Ian es demasiado inteligente y voraz, y la detiene antes de poder cumplir su propósito. Veo toda la situación como un mero espectador que no es partícipe del hecho, a pesar de ser el centro del mismo.

–No se confunda, señora Meyer –ruje Ian, zarandeándola del brazo inmovilizado–. No soy ningún caballero y responderé de la misma forma.

Ella consigue soltarse, o mi atractivo jefe desiste en retenerla más, y retrocede un par de pasos mirándolo atónita.

–Soy la señora Prescott –corrige con acidez–. ¿Quién diablos eres tú y cómo te atreves...?

–Luke es mi responsabilidad.

–¿Acaso eres su... pareja?

La voz aguda de la mujer me hace saber lo repugnante que le sigue resultando mi forma de ser y mi forma de vida, aunque me da exactamente igual; solo tengo ojos para el imponente hombre que se yergue delante de mí, sacando pecho y alzando el tenso mentón, para defenderme como solo he visto hacerlo a Megan.

*Ella lo hace porque me quiere, ¿y él?*

Ian no la responde y se agacha a mi lado para tenderme una pastilla dentro de un diminuto recipiente de plástico y un vaso de agua.

–Tómatela –me dice y aún puedo percibir la ira en su voz.

Lo hago con su ayuda y bajo la atenta y reprobatoria mirada de mi madre.

–Ya puede marcharse, señora Prescott –escupe Ian y ella lo hace como si fuera por voluntad propia.

No sé en qué momento me duermo, ni cuánto tiempo paso en ese estado, pero, cuando despierto, me siento como Popeye tras comerse un bote de espinacas, fuerte y capaz de hacer cualquier cosa, y como Rocco Siffredi hinchado a afrodisíacos al encontrar a Ian sentado a mi lado. Se ha quitado el jersey de lino para arroparme con él y teclea en su móvil sin ser consciente de que lo estoy mirando con anhelo.

–¿Cómo te encuentras? –pregunta y sonrío de diversión.

*Por lo visto, sí que era consciente.*

–Cachondo –murmuro en un tono apenas audible.

Jacobs mira de soslayo, repasando mi cuerpo al completo antes de regresar la vista a la pantalla del teléfono.

–Ya lo veo –musita, provocándome una carcajada.

Saco un brazo de debajo del jersey y guío mi mano hasta su curvada espalda, que tensa la tela de la camiseta, para deslizarla con suavidad y dobles intenciones por ella. Las yemas de mis dedos recorren con deleite la cordillera rocosa de su columna vertebral hasta hundirse bajo la cascada de mechones oscuros de su nuca.

–¿Y tú... cómo te encuentras?

–Respondiendo *emails*.

–Es domingo. Tómese un respiro, señor presidente de *Across*.

Intento excitarlo con mis caricias, llevarlo al nivel en el que me hallo y tentarlo a acompañarme a los aseos para echar uno o dos polvazos, pero Ian solo deja caer la cabeza y suspira profundamente. Está agotado y soy tan egoísta que solo pienso en mí. Él lleva horas, seguramente desde anoche, sin cerrar los ojos por ocuparse de mi yo febril; según Megan, ni durante el vuelo

dejé que echara una cabezada.

–Deberíamos buscar algún motel cercano...

–Luke, no creo que sea el mejor momento...

–Para que descanses –termino de decir.

Jacobs me mira y sonrío tímidamente.

–Puede que esto todavía se alargue unas cuantas horas más y estás hecho trizas.

–Lo soportaré.

–Siempre haciéndote el tipo duro.

Arrastrándole por los hombros, le obligo a que se recueste sobre el respaldo del asiento como yo lo hice.

–Esto es para ti –le digo, arrojándole con su jersey–. Y, esto, para mí. Yo me ocupo –finiquito, quitándole el móvil de las manos.

–Y, ¿qué piensas responder?

–Fácil: lo pensaré, la semana que viene hablamos.

Ian se ríe con la respuesta genérica que pienso dar a todos los correos electrónicos, pero parece ceder. En cuanto cierra los ojos, su respiración se vuelve más sosegada y resulta muy difícil no quedarse mirándolo como un cretino pervertido.

Mientras mi acompañante se pega una cabezada reconfortante, yo me dedico a revisar sus correos y responder de su parte. Al principio creía que no iba a ser una tarea tan aburrida, pero, cuando paso de los veinte, los bostezos escapan solos según tecleo: *lo pensaré, la semana que viene hablamos*. Es peor que hacerlo en la oficina y pensaba que eso era algo imposible de superar.

La tontería que me invade desaparece de sopetón cuando, al enviar la última respuesta, descubro que el siguiente correo es de Heather, la prometida de Ian. No sé qué es lo que me sienta peor, si ver su nombre o el asunto: *Planes de boda*.

De reojo compruebo que el destinatario continúa dormido y dudo, experimentando una intrínseca curiosidad y una irritación extrema, en si caer en la tentación de abrirlo o no.

*¿Encontraré una carta de amor; una carta de agradecimiento a una noche de sexo salvaje; una carta de despedida y anulación de la boda?*

–No caerá esa breva –murmuro, acercando el pulgar a la pantalla.

Lo que cae es la cabeza de Ian sobre mi hombro en el preciso instante en que se abre el *email* y bloqueo el aparato, temeroso a ser descubierto. No es

el caso, porque Jacobs sigue dormido, pero ahora tengo un problema mayor: el correo se ha quedado abierto y no tengo forma alguna de poder salir de él.

*¡Ni de saber qué le ponía!*

–Mierda. Mierda. Mierda –gruño, intentando descifrar la contraseña de seis dígitos sin conseguirlo.

*¿Huella digital?*

Miro al hombre que descansa plácidamente contra mí y arqueo una ceja, indeciso.

Con la astucia y maestría de un ladrón de guante blanco, busco su mano diestra oculta bajo el jersey, concretamente el dedo pulgar, y lo acerco hasta el botón central de la pantalla del móvil. El primer intento fallido hace que Ian se remueva sobre el asiento y mi cuerpo se congele; con el segundo, que balbucee palabras indescifrables en sueños; es al tercero cuando logro desbloquear el teléfono, aunque la sensación de alivio se ve solapada por la emoción que me invade al observar que, el apuesto bello durmiente, aferra con fuerza mi mano y se la lle-va con él debajo de la prenda de ropa que lo cubre.

*¿Qué importa lo que esa mujer le diga en un correo? Él está aquí, en Los Ángeles, conmigo.*

Cierro el *email* de Heather, salgo de su cuenta personal, bloqueo de nuevo el teléfono y me quedo, de manera absolutamente emboba-da, viendo dormir a mi peculiar y seductor jefe.

Megan sale de la habitación de August y le gesticulo, llevándome el índice a los labios, para que no haga ruido al cerrar la puerta que pueda despertar a Ian. El gesto de mi prima parece enternecerse al ver la escena, pero su expresión mantiene una sombra de extenuación que es incapaz de poder ocultarme.

–¿Qué te ocurre? –le pregunto en un murmullo silencioso cuando ocupa el sillón de mi derecha.

Ella tan solo resopla, se agarra a mi brazo libre y, al igual que Jacobs, recuesta la cabeza en mi hombro.

–No los aguanto más –responde, haciéndome sonreír.

–Estaba a punto de entrar a rescatarte de las hienas.

–Sí, ya veo –musita, sarcástica–. ¿Cómo te encuentras?

–Bien. Cansado de estar aquí, pero bien. ¿Y tú?

–Igual. Es muy tarde y me temo que pasaremos aquí la noche.

–¿Tienes hambre? ¿Quieres que vaya a comprarte algo?

–No lo sé.

–¿Has hablado con Abraham?

–Sí, hace un rato.

Aguardo a que me cuente algo más, pero no lo hace y parece adormecerse. Por ello, la beso en la cabeza y dejo que se tome un merecido descanso.

Abro repentinamente los ojos, inquieto, y veo a una médica entrar corriendo en la habitación de mi abuelo, seguida por un par de enfermeras; una circunstancia que me alarma, más de lo que había creído, y despierto a Meg y a Ian que continúan durmiendo.

–Creo que ha pasado algo –les hago saber.

Mi prima pasa apresurada al interior de la estancia, pero yo no puedo cruzar de la puerta al ver los lloros y lamentos que hay al otro lado. Es una situación demasiado extraña para mí.

–¿Puedes hacerme un favor? –le pregunto a Ian.

–¿Cuál?

–Quedarte con Megan.

Mi jefe tuerce el gesto y me mira confuso.

–¿Adónde vas tú?

–Necesito tomar el aire.

–Luke, no creo...

–Por favor –le imploro–. No la dejes sola con ellos.

Empiezo a retroceder, alejándome de la habitación y de mi jefe, y, a una distancia prudencial, echo a correr por los pasillos del hospital.

*¿Por qué siento que me ahogo?*

Amanece en la costa oeste y la oscuridad del océano se va desvaneciendo, así como la percepción de protección que me daba. El graznido de las gaviotas se suma al del oleaje de una relajada marea, los puestos callejeros van levantando sus metálicas persianas y el mundo comienza a rodar un día más, algunos sobre patines, otros en bici y, los menos, a pie, por el paseo marítimo. La arena bajo mis pies y trasero sigue fría por la humedad de la noche pasada, aunque sé que no tardará en arder, prendida por el sol californiano.

Continúo sentado sin llegar a ser consciente del tiempo que transcurre, con la vista puesta en el horizonte y en el ondear del Pacífico, y pensando en Manhattan. Quiero volver a casa. Quiero volver a mi vida. Quiero volver a los días en los que solo pensaba en Megan y en mí; a los días en los que no

pensaba en mi familia.

Durante muchos años de mi vida, esta playa en la que me hallo era mi remanso de paz particular al que acudía cada vez que tenía un problema. Contemplar el mar, bañarme, era el bálsamo para mi malestar. Sentía que el agua salada se llevaba mis problemas hasta mar abierto y purificaba mi alma indomable. Me liberaba y sanaba. Ahora, en cambio, no siento lo mismo. Echo de menos el ajeteo de La Gran Manzana y necesito volver a él.

La alargada y tenue sombra varonil crece delante de mis ojos sobre la montañosa arena y sé quién la proyecta.

–Me prometiste que no dejarías sola a Megan –le recrimino.

–Nunca rompo mis promesas –replica Ian, sentándose a mi lado–. Tu prima está esperándonos en el Uber.

Me giro hacia mi jefe y le miro con ojos entornados por la luz solar.

–¿Ha muerto?

Su respuesta consiste en un breve movimiento afirmativo de cabeza y siento como si toda la brisa marina que peina la playa de un extremo a otro se colara por mis fosas nasales, inundando mis pulmones.

Vuelvo la vista hacia el lejano horizonte, por donde navega un gran carguero, y noto cómo cada músculo de mi cuerpo se relaja.

*Ahora que todo ha terminado, podré volver a casa.*

–¿Soy un monstruo por no sentir pena? –pregunto, dando voz a mis pensamientos–. No es que me alegre, pero...

La mano de Jacobs aterriza sobre mi hombro, como gesto compasivo, y lo agradezco en silencio.

–Sigues herido, Luke. Es comprensible.

*¿Herido o rencoroso? No sabría definirlo.*

–Vamos, Megan nos está esperando para ir a desayunar y asearnos un poco.

Me pongo en pie y, con la bandolera colgando del hombro y las zapatillas de mi mano, sigo al jefe fuera de la playa.

–Son las diez en Nueva York y no estamos en la oficina –comento sin saber muy bien por qué. Quizá para pensar en otra cosa.

–Ya me he ocupado de eso.

Frunzo las cejas, confuso, y él me mira, unos pasos por delante, para guiñarme un ojo y regalarme media sonrisa rebelde. California le está sentando francamente genial.

*¿O será otra cosa?*

–¿Qué pasa contigo? –me intereso, sin poder callar más.

Ian frena sus pasos sobre la arena y se gira hacia mí, desconcertado.

–¿Qué pasa conmigo? –repite–. ¿Qué pasa?

–Mira dónde estás –le digo, extendiendo los brazos como si pudiera abarcar la extensa playa de Santa Mónica–. ¿Por qué? Necesito saber-lo.

Jacobs entorna su mirada jade y da un paso en mi dirección.

–¿Qué necesitas saber? –murmura y el tono de su voz parece amenazador. Hasta hace que me retrotraiga a los comienzos en *Across*.

–Le dijiste a mi madre que yo era tu responsabilidad. Estaba febril, pero lo recuerdo muy bien.

–Tú lo has dicho: estabas enfermo.

–Me defendiste ante ella.

–¿Piensas que sería tan cabrón de no hacerlo?

–Mi prima y su novio saben que nos acostamos y no parece importarte.

–Es que no me importa. De ellos, no.

–Has venido a Los Ángeles por mí.

Ian da otro paso, quedándose muy cerca. Peligrosamente cerca.

–Sí, he venido a Los Ángeles por ti.

*¿Por qué me siento tan pequeño a su lado? ¿Por qué parece que él tiene todo tan claro y soy yo el que lo enredo? Pero, ¿qué es lo que tie-ne claro?*

–¿Me estás cogiendo cariño? –es lo más suave que me atrevo a pre-guntar.

La seductora boca de mi acompañante se expande en una amplia sonrisa de diversión, aunque no muy duradera puesto que, como respuesta, obtengo un ardiente y húmedo beso en los labios.

–Vamos –susurra sobre los mismos–. Me muero de hambre.

Lo veo alejarse con garbo y andares de macho alfa, y yo debo tragar saliva y coger aire antes de poder continuar.

*Y se va sin aclararme nada. ¿O lo ha aclarado todo?*

La que esperaba que fuese una breve estancia de varias horas en Los Ángeles, se convierte en una indeterminada en el tiempo debido al funeral inmediato de August. Algo que no me hace ni pizca de gracia y acarrea que debamos alojarnos en la *suite* de un modesto motel cercano a Beberly Hills, además de tener que comprarnos ropa adecuada para el entierro y ciertos productos de higiene.

Esa misma noche, soy incapaz de conciliar el sueño y paso el rato tumbado bocarriba en la cama, contemplando el girar de las aspas del ventilador sobre nosotros. Ian duerme plácidamente a mi lado, dándome la espalda, y aunque

me gustaría abrazarme a él, prefiero dejar que descansa en condiciones. De vez en cuando fijo la vista en ese armazón de abultados músculos, en cómo se hincha con cada inhalación y se contrae en toda exhalación, y una sensación de calidez cubre mi pecho desnudo.

Sin querer desvelarlo, planto un delicado beso en el centro de sus omóplatos y me doy la vuelta sobre el colchón, desplazándome hacia el otro extremo de la cama y deseando que el cambio de postura me haga dormir por fin. Pero no; mi atención pasa a centrarse en los dos conjuntos negros, de camisa y pantalón, que en perchas cuelgan de una puerta del armario, y bufo molesto al pensar en el día que nos es-pera mañana.

Ian también se mueve, como atraído por mi estela, y se pega a mi espalda, rodeándome con sus fuertes brazos y entrelazando una pier-na entre las mías.

–No te alejes de mí –susurra, hundiendo la nariz entre las greñas rubias de mi nuca y logrando arrancarme un jadeo ronco.

–No quería despertarte.

–¿Te encuentras bien?

–Sí.

–¿No puedes dormir?

Niego como respuesta y mi acompañante me abraza con más inten-sidad para, seguidamente, regar de besos la curva de mi cuello.

–¿Quieres que te cuente un cuento?

Mi risa ahogada agita mi pecho y, por contacto, el suyo. Así como la de Ian, el mío.

Me vuelvo hacia él, sin abandonar el abrigo de sus extremidades, y deslizo una mano por su frente, retirando por el camino los mechones rebeldes que osan ocultar sus enigmáticos ojos verduscos.

–Un cuento no –le digo–, pero sí podrías contarme algo sobre ti.

–¿Qué quieres saber?

*¿Toda tu vida?*

–No sé. Si tuviste una buena infancia, por ejemplo.

–Sí, la tuve –comenta escueto. Cuando creo que no va a decir nada más, añade–: Nací en Nueva York un dieciséis de noviembre de mil no-vecientos ochenta y siete, y mi madre casi da a luz en el coche por la gran nevada que había cubierto la ciudad.

Sonrío, emocionado por saber de él y divertido al imaginarme a la sofisticada Madeleine en esas circunstancias.

–Al principio no teníamos grandes lujos, pero vivíamos muy bien. Éramos

un familia unida y feliz en un bloque de pisos del East Village –relata, con los recuerdos brillando en sus retinas–. Yo tenía tres o cua-tro años cuando mi padre empezó a trabajar de *broker* y a partir de ahí despegamos: dejamos el piso y nos mudamos a una casa de tres plan-tas en el SoHo, a Regina y a mí nos matricularon en un colegio priva-do... De pronto, todo lo que deseábamos lo podíamos tener, pero mis padres crecieron en familias humildes y nos educaron en la cultura del esfuerzo y la dedicación, en que nada es gratuito en esta vida y hay que trabajar muy duro para conseguir tus propósitos.

Asiento, sin poder estar más de acuerdo con eso. Desde que estoy en Nueva York tengo clara esa consigna.

–Fui un buen estudiante y sacaba buenas notas, aunque eso no im-pidió a mi padre ser más exigente conmigo que con Regi. Él solía decir que se debía al potencial que veía en mí, aunque yo siempre he pen-sado que fue porque ella era la niña de sus ojos.

–Y tú el de tu madre –añado, sacándole una sonrisa.

Su mano se desliza por el contorno de mi espalda hasta detenerse al final de esta, donde el elástico del bóxer y la sábana arrugada hacen barrera.

–He tenido dos novias: una en el instituto y otra en la universidad, pero ambas relaciones no superaron el año de duración.

–¿Por qué? –me intereso, a pesar del desagrado que me causa es-cucharle hablar de exparejas.

–Supongo que no estábamos destinados a estar juntos.

El silencio que acompaña a sus palabras y la intensidad con la que me mira, consiguen acelerarme el pulso. Reacción que debe notar, puesto que me acerca más a él y apoya su frente en la mía, consiguien-do que la sensación de intimidad incrementa.

–El amor es complejo –musita después.

*Sí, estoy dándome cuenta de ello.*

–¿En qué universidad estudiaste? –pregunto, intentando tranquili-zarme.

–Te vas a reír –responde, picando mi curiosidad–. Ingresé en la es-cuela de diseño de allí, de Nueva York.

Me separo un palmo de mi atractivo jefe y le miro impactado.

–¿Estudiaste diseño?

–Durante unos meses. En cuanto entendí que lo que yo quería era crear las tendencias y no solo diseños, me trasladé a la universidad pa-rra sacarme la carrera de empresariales.

–Y, ¿cuándo surgió *Across*?

–Surgió en la universidad. Tenía las ideas muy claras y la inestimable ayuda de buenos amigos de la escuela de diseño, entre ellos la hija del señor Hubber. –Tuerzo el gesto al escuchar el nombre del viejo gordinflón–. Así nació *Across Fashion and Styles* en un local del boulevard financiero. No te negaré que los comienzos fueron complicados: tuve que invertir mucho dinero y mucho tiempo, olvidarme de mi vida personal, enfrentarme a mi padre que quería otro tipo de vida para mí, llamar a muchas puertas, luchar por poder meter un pie en un mundillo al que nadie me dejaba acceder... Pero, el esfuerzo mereció la pena y finalmente lo conseguí. El día que me licencié en la NYSU, la empresa se trasladó al edificio Partner y allí fue creciendo hasta lo que es hoy en día. Me enorgullece saber que *Across* es mía, mi firma, que nadie me ha regalado nada y todo lo he logrado por méritos propios. Es... gratificante labrarte tu propio futuro. No cambiaría nada.

–¡Wow! –suspiro impresionado–. Pensaba que no podía admirarte más de lo que ya lo hago, pero estaba equivocado.

–¿Ah sí? ¿Me admiras? –murmura, con la diversión reflejada en su rostro.

–Bueno, no tanto –le miento–. No te lo vayas a creer.

Su risotada solapa el tenue aleteo del ventilador y un sentimiento de felicidad se afianza, cada vez más profundo, en mi interior.

–Cuéntame más de ti –le pido, abrazándome a la almohada y mirándole como si fuera un ser extraordinario.

*En realidad, sí que lo es.*

–¿Más? –se sorprende–. No sé qué más puedo contarte.

–¿Has practicado algún deporte?

–Baloncesto, en el instituto.

–¿Tocas algún instrumento?

–No –responde pensativo–, pero dicen que canto bien.

–¿En serio?

–No pienso cantarte –se niega, anticipándose a la propuesta que estaba a punto de hacerle.

Arrugo el ceño y, fingiendo enfado, me giro sobre el colchón para darle la espalda. Actitud que parece divertirle.

–Hey –susurra, dándome toquitos en la espalda con el dedo.

Pero le ignoro y los toques pasan a ser lentas caricias que recorren mi espina dorsal, abrasándome la piel.

–¿Te has enfadado de verdad?

Cierro los ojos y me muerdo el labio, intentando que mi cuerpo no me

traicione y se rinda a él. Algo que cada vez me resulta más y más difícil.

El colchón se tambalea y el neoyorkino vuelve a arrimarse a mi espalda, pasando un brazo por encima de mi cabeza y llevando el otro a mi pecho, no sin antes arrastrar con él la sábana para cubrirnos.

–Sí, será mejor que durmamos. Es tarde y mañana tenemos que levantarnos pronto.

Pensar en el día de mañana, o de dentro de unas horas, sí que me enfada.

*–Extraños en la noche, intercambiando miradas –canturrea con un grueso tono de voz apenas audible, a escasos labios de mi oído–. Pre-guntándonos en la noche, cuáles eran las posibilidades de que compar-tiéramos el amor, antes de que la noche terminara...*

Mi respiración se ve interrumpida al escucharlo y el corazón salta desbocado dentro de mi pecho. Cuando creía que no podría conquistarme más...

*–Algo en tu mirada era tan acogedor. Algo en tu sonrisa era tan excitante. Algo en mi corazón me decía que debía tenerte...*

Cada molécula de mi piel se eriza y es que, esa canción de Sinatra, es la que sonaba en su coche la noche que me llevó a casa nada más conocernos.

*¿Estará intentando decirme algo?*

*–Extraños en la noche, dos personas solitarias. Éramos extraños en la noche, hasta el momento en que dijimos nuestro primer hola. Poco sabíamos que el amor estaba tan solo a una mirada de distancia, a un baile cálido y apretado, y, desde esa noche en que estuvimos juntos, amantes a primera vista, enamorados para siempre, resultó tan bien para ser extraños en la noche...*

Trago saliva e, instintivamente, busco sus manos para entrelazar nuestros dedos. Movimiento que a Jacobs parece congregar, dado el apretón que ejerce una vez estamos unidos.

No puedo seguir negándome lo que siento por él. No puedo seguir silenciando lo que mi cuerpo creado para el pecado, mi alma indomable y mi corazón de espinas, me gritan cada vez que lo veo.

*Estoy... enamorado de Ian.*

No recuerdo dormirme, pero sí que lo hago con una amplia sonrisa en la cara y su voz acunándome melódicamente. Cuando despierto, el débil destello del amanecer se ha colado en la habitación y un torbellino de emociones me desborda al comprobar que seguimos yaciendo aferrados, como si ninguno

quisiera o pudiera estar separado del otro.

*Desde luego yo no.*

Ian duerme profundamente y, si no fuera por las inmensas ganas de mear que tengo, no me movería en todo el día. De hecho, pasaría así... *uff*, el resto de mi vida.

*Cualquiera que me escuche...*

Lentamente y sin gestos bruscos, consigo abandonar la cama sin despertarlo y corro al baño. Una vez saciado, regreso a la habitación y me deleito, embobadamente, con el hombre que ha conseguido penetrar en mi corazón y adueñarse de él. Tendido de lado, ocupa el centro de la cama de matrimonio y la parte superior de su cuerpo está al descubierto; su piel, ya de por sí tostada, resalta entre la blancura de las sábanas y la expresión de su rostro es de absoluto estado de paz. Se le ve tan sosegado, que no quiero perturbarlo. Por ello, me pongo los tejanos que encuentro doblados en el banco, a los pies de la cama, y opto por salir a la terraza de la *suite*, no sin antes capturar con el móvil un par de instantáneas de mi atractivo jefe. Ahora será una de estas imágenes lo que vea cada vez que me llame.

Si algo me gusta de Los Ángeles es la tranquilidad de sus amaneceres. En realidad, es una ciudad bastante relajada si la comparas con Manhattan, aunque, ¿qué ciudad no lo es al lado de la frenética Gran Manzana? Pero sí, son dos ciudades con dos estilos de vida muy diferentes. Una es bohemia de raíz y la otra cosmopolita.

Apoyado en la barandilla de madera, disfruto con los primeros rayos del alba y sonrío hacia el letrero de Hollywood que reina en la colina del Monte Lee. Cientos de recuerdos vividos aquí regresan a mi cabeza, la mayoría envueltos en sexo, y pienso seriamente en que no cambiaría la noche que he pasado por ninguno de ellos.

–Buenos días.

Giro la cabeza hacia el lado opuesto de la terraza y encuentro a mi prima envuelta en una toalla del motel, bostezando y con la dorada melena revuelta.

Antes de ir hacia ella, ojeo que Ian sigue durmiendo como un niño.

–Buenos días, cariño –la saludo, estrujándola entre mis brazos y besando su cabeza.

–¿No tienes frío? Hace fresco –dice, frotándose el pecho.

–No hace frío. ¿Qué pasa, que ya te has “neoyorkizado”?

–Solo quiero que no te enfríes. Aún no estás recuperado del todo.

–¿A que ahora te arrepientes de disfrazarme de Peter Porno? –me mofo.

Ella me hace una mueca burlona y se sienta en una de las hamacas de plástico, cubriendo sus piernas con la toalla. Yo ocupo la contigua.

–¿Ian sigue dormido?

–Sí. Dejémosle, todavía tenemos tiempo.

–Y, ¿cómo así que tú ya estás levantado?

–Es por el *jet lag* –bromeo, ganándome un empujón de Meg–. ¿Has dormido bien?

–No mucho, ¿y tú?

–Yo poco. Ian y yo estuvimos hasta tarde...

–Vale, no hace falta que digas más.

–No es lo que te imaginas –le aclaro entre risas–. Estuvimos hablando.

–¿Hablando? –repite y parece aturdida.

–Hablando –le aseguro.

–Y, ¿de qué?

–De él. De su vida. De *Across*. Y terminó cantándome al oído.

Esa última confesión hace reaccionar a mi prima, que se incorpora de la tumbona como un resorte para mirarme atentamente. Sus iris color ceniza, igual que los míos, resplandecen bajo esta luz californiana y puedo ver los engranajes de su mente cavilando a través de ellos.

–¿Acabas de decir que te cantó al oído?

–Sí –contesto y no puedo evitar sonreír como un auténtico gilipollas enamorado.

*¿Lo percibirá?*

Megan lleva sus manos enfundadas con la toalla hasta la boca e intenta amortiguar un chillido agudo que me hace reír. Rápidamente, se sienta en mi hamaca y recuesta la cabeza sobre mi torso.

–¡Sí! –exclama emocionada–. Ya escucho tu corazón. Al final, no teníamos que ir a Oz a buscarlo, solo venir a L.A.

Me carcajeo y la aparto, agradeciendo la oportuna llamada que hace vibrar mi teléfono móvil.

–Es Christa –le hago saber, antes de dirigirme a la barandilla para responder–: Buenos días, cariño.

Ian atraviesa las cortinas de nuestra habitación hacia la terraza una hora después y nos encuentra a mi prima y a mí discutiendo sobre quién de los dos lleva razón al indicar por dónde queda, desde nuestra posición, el Castillo Smoothie. Es una de las mejores tiendas de batidos de la ciudad que pensamos

visitar para desayunar. Eso, si llegamos a ponernos de acuerdo.

–Buenos días –saluda, haciéndome olvidar a Megan y centrándome de lleno en él.

Un leve suspiro escapa de entre mis labios al verlo acercarse vestido únicamente con su pantalón.

–Buenos días –respondemos al unísono con voz cantarina.

El presidente de *Across* planta un cariñoso beso en la mejilla de la modelo y, a continuación, uno tierno en mis labios.

–Que maravilla despertar aquí –nos dice, sonriente y mesándose el cabello con las manos mientras alza el rostro al resplandeciente astro solar.

Yo asiento mecánicamente, pero solo tengo ojos para ese torso musculado que se estira ante mis ojos, tan cerca que podría lamerlo con solo sacar la lengua, y me incita a pecar. Pecar mucho y de formas muy sucias.

–¿Es la primera vez que estás en Los Ángeles? –se interesa Meg.

–Sí. –Su respuesta nos sorprende, especialmente a mí porque no se me ocurrió hacérsela anoche–. ¿Por qué discutíais?

–No nos ponemos de acuerdo en la localización de una tienda a la que queremos ir a desayunar. Yo digo que tenemos que ir hacia el nor-te y ella que al sur –le explico.

–¿Por qué no lo comprobáis en el móvil?

Cruzo los brazos al pecho, igual que Meg, y le miramos como si le hubiera salido una segunda cabeza.

–¿Que lo miremos en el móvil? –murmuro, fingiendo ofenderme.

–¡Oh, que descaró! –añade mi prima con teatralidad, casi consiguiendo que estalle en una profunda risotada.

–Estos neoyorquinos solo saben orientarse mediante un GPS.

–Tú lo has dicho, primo.

–Pues, escúchame bien, señor rascacielos. Aquí en Los Ángeles nos guiamos por el vuelo de las gaviotas.

–Eso –jalea Meg–. O por las clínicas de cirugía estética de menor a mayor exclusividad.

–O por las estrellas. Pero no esas aburridas del firmamento, no, las del paseo de la fama.

Ian rompe en carcajadas, disfrutando con nuestro teatrillo, y levanta las manos en señal de rendición.

–De acuerdo, vosotros ganáis. Jugamos en vuestra casa y os haré caso. Me iré duchando mientras... os orientáis.

Retrocede, sin parar de reír, y termina desapareciendo tras las cortinas de nuestra habitación. Momento en el cual saco el móvil del bolsillo y abro el geolocalizador.

–¿Cómo no se nos había ocurrido? –musita Megan.

–¡Os estoy viendo!

Mi prima y yo gritamos, como si fuésemos dos críos a los que han pillado haciendo una trastada, y salimos corriendo hacia el salón principal de la suite.

Apoyado en la jamba de la puerta del baño, observo afeitarse a mi cautivador jefe con detenimiento y adoración. Una minúscula toalla se enrolla a la altura de sus caderas, dejando a la vista el nacimiento de dos apetecibles glúteos, y algunas gotas rebeldes se precipitan desde el cabello para resbalar incitadoras por el hermoso valle que es su espalda.

*Me excita tanto, que temo enloquecer.*

–¿Ya os habéis orientado? –pregunta, sin poder ocultar la guasa en su voz.

Sonrío y accedo al baño, para detenerme detrás de él. Mis brazos lo rodean por necesidad y deslizo las manos sobre sus abdominales de roca y los pectorales que sobresalen orgullosos en la cima.

–Luke –exhala–, me estoy afeitando.

Acerco mi creciente envergadura a su trasero, haciéndole saber lo que me provoca, y paseo la lengua por su hombro cumpliendo mi deseo.

Ian baja las manos al lavabo y recuesta la cabeza en la mía, disfrutando de mis atenciones.

Sin preguntar, le obligo a darse la vuelta y descubro que su mirada cetrina refleja la misma llama ardiente que debe tener la mía.

Me apodero de su boca con frenesí, robándole un gemido, y pronto me veo envuelto en sus brazos, recibiendo una respuesta acorde a mi acto. Nos devoramos y acariciamos como si lleváramos lustros sin hacerlo. Pero, la cosa no queda ahí, y cuando abandono sus labios húmedos y enrojecidos por los besos, voy bajando por el cuello que palpita acelerado, el pecho de tiosos pezones que retumba en cada respiración, hasta detenerme sobre el ombligo que se contrae a mi tacto.

–Luke –jadea, aferrándome por el pelo.

Levanto la vista y conecto con él mientras le despojo de la toalla y la vigorosa erección sale al encuentro de mi boca.

El primer lametazo al grueso glande sonrosado, le hace echar la cabeza

hacia el espejo del lavabo y emitir un grave gemido que me anima a continuar con lo que estoy haciendo. Con una mano lo masturbo lenta y cadenciosamente, con la otra masajeo los testículos y el perineo, y con la boca lo venero. Me como su polla hasta el límite que mi capacidad lo permite y disfruto con la mamada tanto o más que él. Mi cabeza no cesa los movimientos, al compás de mi diestra mano, y mis labios abrazan la generosa anatomía de hinchadas venas, abriéndola y degustándola con fervor.

Las piernas de mi jefe flaquean, provocando que deba sujetarse al mármol del lavamanos, e incremento la velocidad.

–¡Ya! –chilla extasiado–. ¡Ya voy!

Una cálida ráfaga de semen golpea mi paladar y lo celebro con un gruñido, para luego seguir chupando hasta dejarlo vacío.

Me relamo, orgulloso de verlo deshecho gracias a mí, e, incorporándome, le planto un beso en los labios. Beso que Jacobs atrapa y profundiza, llegando a saborear su propia esencia.

–No he podido resistirme –le confieso.

Tras otro beso, este más superficial, me desnudo y paso al interior de la espaciosa ducha con un pensamiento brotando en mi mente.

*Para ser la segunda vez, hago unas mamadas de la hostia.*

Quizá sea por la fuerza del agua que brota de la alcachofa o, quizá, porque estoy enjabonándome la cabeza, pero no me doy cuenta de la presencia de Ian hasta que me acorrala contra la pared. En sus dilatados ojos todavía brilla el fuego de la pasión y, antes de que pueda abrir la boca, él apresa mis labios con dureza.

Esta vez soy yo el condecorado y venerado, y jadeo de gusto al sentir sus labios por mi cuerpo: saborea mi cuello, pasea la lengua por el estribo entre mis pectorales, muerde y succiona mis pezones erguidos, riega de besos mis abdominales y ombligo... Y cuando noto que su ardiente boca se adueña de mi falo erecto, grito su nombre.

*Otra fantasía que se cumple.*

El clímax me sacude como cientos de descargas eléctricas y me dejo ir, como agua por desagüe. Las fuerzas me abandonan y, escurriéndome por la pared, termino sentado a horcajadas sobre Ian que me acoge con afecto.

–¿Te ha gustado?

–Me has vuelto loco –le aseguro, a la vez que tomo su boca.

–Tú a mí también. Estás muy rico.

–Tú más –replico, haciéndole reír.

Y así, entre risas, carantoñas y besos, terminamos de ducharnos; Ian por segunda vez.

En la habitación predomina un ambiente que, casi podría decirse, es mágico entre los dos. Nos vestimos en absoluto silencio, pero las miradas y sonrisas cómplices que nos lanzamos, dicen mucho más que mil palabras. Y puede resultar chocante o irónico, puesto que estamos preparándonos para acudir a un funeral.

Ambos llevamos pantalón y camisa en negro, aunque la de Jacobs es de manga larga, que recoge hasta los codos, y ceñida en los hombros y pectorales; mientras que la mía es corta e igual de ajustada. Hoy apunta a que será un día muy caluroso y bastante nos hará sufrir el color oscuro. En los pies, zapatos de cuero a juego.

–Voy a ver qué tal va Megan –le aviso.

Ian asiente y salgo de nuestra habitación, cruzo el salón y llamo en la puerta de mi prima. La encuentro en el baño, maquillándose, y está absolutamente deslumbrante. Luce un vestido corto en color carbón, sin mangas y entallado a su silueta, y en los pies unas sandalias planas, calzado *sexy* y serio como su atuendo. Completa el *look* con una reluciente coleta alta.

–¿Te falta mucho?

–No –musita y chasquea la lengua, molesta.

Veo que coge un trozo de papel higiénico, se seca las comisuras de los ojos y lo arroja a la papelera que hay junto a sus pies. En ella descubro otros tantos trocitos más.

–¿Estás bien? –me preocupo, acercándome a ella para abrazarla.

Meg no contesta. Tan solo resopla hastiada y agita los párpados para controlar las lágrimas.

–No hago más que llorar y el maldito rímel no me aguanta.

–Pues no te lo pongas.

Me siento fatal verla tan compungida y yo en cambio...

–Vamos a tener que comprarnos unas gafas de sol –dice, dándose por vencida y arrojando el rímel al lavabo.

–Ahora mismo.

La estrujo contra mi pecho y la acuno conforme se le pasa el brote.

–¿Vosotros ya estáis listos?

–Sí.

–Entonces, cojo el bolso y podemos irnos.

Sin soltarle la mano, la acompaño a recogerlo, y después hasta salir del dormitorio. En el salón, Ian nos aguarda con las manos dentro de los bolsillos y su porte de macho alfa que quita el sentido.

–Caray. Que guapo estás, Ian –lo piropea la rubia.

*Joder, pienso admirándolo. Y tanto que sí.*

Todavía conservo el sabor del batido de kiwi y pepino en la boca cuando llegamos al memorial de Westwood Village, cementerio cercano a Beberly Hills. La extensa pradera está regada con cientos de monolitos de mármol, a cada cual más ostentoso, y pienso en si el de August destacará por encima de todos de la misma forma que él lo hizo en vida.

Camino unos pasos por detrás de Ian y Megan deseando que esto acabe cuanto antes, los funerales siempre me han dado mal rollo, y, desde la privacidad que me otorgan las gafas de sol, observo a toda la gente que se dirige en nuestra misma dirección pensando en si August era realmente tan querido o esto es cuestión de “postureo” y nada más.

El linaje Meyer atrinchera el ataúd de brillante caoba, coronado con docenas de rosas blancas, y, a pesar de mi reticencia, mi prima y mi jefe me arrastran hasta quedar en primera fila, justo enfrente de toda mi odiosa familia. Las hijas del difunto permanecen sentadas, resguardándose con gafas de sol y sombreros de ala ancha, cada una en su estilo; sus maridos les cubren las espaldas y el resto las flanquea. No negaré que las miradas se clavan en mi persona como dagas, pero eso hace que reaccione alzando el mentón desafiante.

–Toma, hazlo tú. Yo no puedo –musita Megan con la voz rota, entregándome el ramo de flores que hemos comprado–. Por favor –suplica al notar mi reticencia.

Lo tomo entre las manos y asiento, para después adelantarme hasta el ataúd y posarlas sobre él, en un hueco mínimo que dejan las rosas Meyer. Cuando regreso a mi sitio no intercambio mirada con nadie salvo con Ian, que rodea con un brazo a mi prima y la escena me enternece y enamora más si cabe.

–Hoy nos hemos reunido aquí para despedir a un gran hombre... –comienza el reverendo.

Mi atención se desconecta del sermón y fijo la mirada en la montaña de tierra batida que se acumula junto al féretro. De ahí, pasa al hoyo que hay justo debajo y donde será depositado, y termino en el gran pedestal de mármol blanquecino que se encuentra tras el clérigo. Lo que leo en él me corta el aliento.

*Susanne Marie Meyer. Devota madre y esposa.*

Saber que va a ser enterrado junto a su adorada mujer, mi abuela, hace que un nudo se instale en mi garganta, impidiéndome tragar, y maldiga por ubicarme en una zona tan expuesta donde cualquier movimiento es analizado.

Susanne falleció cuando yo apenas tenía cinco años y prácticamente no la conocí. Sí que es cierto que recuerdo a una mujer muy bella y muy buena, unas deliciosas galletas de canela y una risa atercio-pelada que se asemeja mucho a la de Meg. Lo que sí tengo claro es que era la mejor de toda la familia y que August quedó destrozado por su pronta marcha. En este momento, notando la presencia de Ian a mi espalda, creo que puedo llegar a entender lo que sufrió.

Una escurridiza lágrima, una traidora, se desliza por mi mejilla y la retiro rápidamente, deseando que nadie se percate. Sé que no ha sido así cuando Megan me tiende una servilleta de papel con el logo del Castillo Smoothie e Ian me reconforta con un suave apretón en el hombro.

August y Susanne tuvieron cuatro hijas: Elisabeth, Margaret, Rose –mi madre– y Nancy –la madre de Meg–. Las cuatro tan dispares físicamente, que nadie diría que son hermanas, y a la vez tan parecidas, que siempre fueron apodadas como “*las cuatro jinetes del apocalipsis*”. Y como Dios los cría, pero ellos se juntan, fueron a dar con cuatro maridos tan cabrones como ellas. De esta forma, los ocho vivían –y viven– a expensas de August y las empresas que tanto sudor le costó crear. Por suerte, el viejo tenía tanto o más carácter que sus hijas y yernos, y eso imponía respeto.

*Con esta “maravillosa” familia, ¿cómo no iba a correr como la pólvora el nombre de la Corporación Meyer por todo el país? Y nunca bien.*

Eli tiene cuatro hijos, Margy cinco, Rose y Nancy una cada una; diez nietos con el gen podrido y una, mi salvadora, con el magnánimo como digna sucesora de Susanne.

Megan se aferra a mi brazo, cortando mi ensimismamiento, y veo que el féretro comienza a descender a la profundidad del hoyo.

–Que el señor acoja en sus brazos a August y lo invite a formar parte de su mesa de ahora en adelante –sermonea el reverendo–. Podéis despediros.

Miembro a miembro de la familia van rodeando la tumba hasta llegar al

montón de tierra, junto a nosotros, y vierten un puñado sobre el ataúd. Yo me tenso cuando pasan casi rozándome para regresar a su puesto y Meg me sostiene con fuerza, calmándome. Cuando todos han pasado, ella y yo nos acercamos cogidos de la mano y hacemos lo propio.

–Adiós... abuelo –susurro, dejando que la tierra se escurra entre mis dedos.

En cuanto el funeral concluye, y aprovechando el revuelo que algunos asistentes ocasionan para ofrecer sus condolencias, nos marchamos. Ya hemos presentado nuestros respetos hacia August y ya nada nos retiene aquí.

–¡Tenemos que hablar con vosotros!

*O eso creía.*

Mirando a nuestras espaldas, nos topamos con Rose y Nancy que se encaminan decididas hacia los tres.

–Mejor os espero en el coche –musita Ian, continuando el camino hacia el sencillo Uber que aguarda estacionado entre numerosos coches de lujo.

–¿Qué demonios querrán ahora? –pregunto a mi prima, mientras observo con anhelo el distanciamiento de Jacobs.

Cuando me vuelvo de nuevo hacia ellas, descubro que Rose tiene su atención puesta en el hombre que nos ha dejado hace escasos segundos y enfurezco.

–¿Qué queréis? –espeto, captando su interés.

–Hemos preparado una recepción en casa del abuelo –explica la madre de la modelo–. Estaría bien que os pasarais.

–¡No! –respondo brusco y taxativo.

*Ni siquiera lo discuto con Meg.*

–Es por a August. En su honor –añade la otra, como si con eso lo-graría hacerme cambiar de opinión.

–Si hubieseis querido hacer algo por August, nos habríais llamado en cuanto enfermó y no cuando lo hicisteis –se entromete la rubia, enorgulleciéndome–. Casi no lo vemos con vida, si a eso se le podía llamar vida, y ahora pretendéis...

–¿Algo más? –interrumpo a mi prima, cogiéndola de la mano para que no diga nada de lo que luego seguro se arrepienta–. Tenemos que coger un vuelo a Nueva York.

–¡No podéis iros! –exclama Nancy–. No, todavía.

–¿A qué te refieres, madre?

–El jueves se hará la lectura del testamento y debéis estar presentes como descendientes de August.

–No os equivoquéis, no somos como vosotras. No queremos nada del viejo.

Mis palabras hacen sonreír a Rose con altivez. No puedo verle los ojos, pero apuesto que brillan de felicidad.

–Aun así, tendrás que ir para rechazar lo que sea que August te haya podido legar.

Doy media vuelta y me marcho de ahí, llevando a Megan conmigo.

–¡A las nueve de la mañana en su casa! –nos grita.

## CAPÍTULO 19

–¿El jueves? –repito, perplejo—. ¿Este jueves se va a hacer la lectura del testamento? Pero, ¿estas cosas no se hacen al mes o al año de fallecer?

–¿Prefieres tener que volver el mes que viene? ¿O dentro de un año? A mí

tampoco me hace gracia tener que quedarme más días, Jerry me va a matar y echo de menos a Abraham.

Me recuesto en la silla de metal y levanto la vista hacia la sombrilla de brezo que nos protege de los rayos de sol. La terraza ha comenzado a llenarse de clientes que, al igual que nosotros, buscan un sitio donde refugiarse y calmar su sed. Después, miro a Ian.

–Que mierda. Te estoy robando demasiados días del trabajo.

–No te preocupes, no me costará ponerme al corriente –responde sonriente, pero yo sé que eso no es cierto.

De pronto, Grace viene a mi mente y sufro por ella que estará sepultada por cientos de correos, paquetes de mensajería y llamadas telefónicas.

–Hey, no te comas la cabeza –comenta Ian, agarrándome la mano por debajo de la mesa–. Miradlo por este lado, ahora disponéis de día y medio para mostrarme la ciudad.

Y eso es exactamente lo que hacemos.

Visitamos con Ian todos los lugares emblemáticos de “La ciudad de las estrellas”, hacemos la ruta turística de casas de famosos y otra de escenarios de películas, asistimos como público a dos rodajes en apenas tres manzanas de distancia, descansamos en Santa Mónica mientras vemos correr a los socorristas de un lado a otro, patinamos por el muelle marítimo, disfrutamos como niños en el parque de atracciones y como adultos en la mejor discoteca de la ciudad... Pero, lo mejor de todo, son las noches a solas en la habitación del motel.

–Te ha cogido el sol –le digo, deslizando los dedos por su mejilla.

Ian sonríe y besa mi mano. Está tumbado en el centro de la cama, como acostumbra, y yo me hallo recostado a su lado, con un brazo sobre su pecho desnudo y una pierna entre las suyas. No creía que diría esto, más que nada porque me parecía imposible, pero... lo veo más guapo que nunca.

–Última noche. Mañana, a estas horas, estaremos llegando a casa.

–Entonces, tendremos que aprovechar –murmura seductor, cerniéndose sobre mí.

Jadeo, abriéndome de piernas y notando como sus genitales se rozan contra los míos. Su boca posesiva se adueña de la mía y me entrego al placer, tras estirar de la sábana para que nos cubra completamente. Quiero disfrutar cada segundo de cada minuto de esta noche con él, porque no sé cuándo volverá a repetirse.

La espuma del jabón resbala por mi cuerpo, perdiéndose entre las rendijas del desagüe, y continúo disfrutando de la ducha. Hoy he amanecido inquieto, puede que por la reunión familiar a la que tengo que asistir en contra de mi voluntad y puede que también porque hoy regresamos a casa, a Nueva York. Si este viaje me ha aclarado algo es, sin duda alguna, que mi hogar ya no se encuentra en esta costa. También me sobrecoge el hecho de pensar que, a partir de hoy, no volveré a disfrutar de la compañía de Ian las veinticuatro horas del día. Parece mentira que en un principio no me gustase que viniera con nosotros. O puede que mi malestar se deba al día que es y la rabia que me produce tener que pasarlo en este preciso lugar.

Cuando salgo de la ducha, sacudo la cabeza y me seco rápidamente con una toalla, anudándomela finalmente en la cintura. Frente al espejo, observo mi imagen y enarco una ceja: el cabello ya me cubre los ojos, estoy mucho más rubio gracias al sol californiano, tengo la piel más tostada y en mi rostro resaltan dos llamativos luceros plateados, así como un pequeño círculo de color malva en mi pectoral izquierdo.

–Será chupón el tío –murmuro, pensando en Ian.

Un profundo jadeo brota de mi garganta al pensar en la noche que he pasado con el neoyorkino e, instintivamente, me llevo una mano al culo y otra a la polla. Lo de anoche fue memorable e insuperable.

Retirándome el pelo hacia atrás, me dispongo a afeitarme y, una vez mi mentón y cuello quedan más suaves que el culo de un bebé, salgo a la habitación.

–Oye, capullo chupón...

Pero Ian no se encuentra ahí y continúo en dirección a la terraza, donde tampoco se halla. Me asomo al salón de la *suite*, pero ni veo ni escucho nada.

–¿Dónde se ha metido?

Me visto a toda prisa, con los vaqueros y camiseta con los que llegué, y corro hasta la habitación de Megan. Esta también aparece vacía.

–¿Adónde demonios han ido? –me quejo, regresando a la estancia principal.

Dejándome caer en el amplio sofá de cinco plazas, cojo mi móvil de la mesita central y busco el contacto de Ian. Cuando me dispongo a llamar, unos golpes resuenan en la puerta.

*Más les vale que sean ellos.*

–*Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...* –empiezan a cantar en cuanto abro

y mi enfado se esfuma tan rápido como la sonrisa crece en mi rostro. Meg porta un plato de cartón en las manos con tres *cupcakes*, una de ellas coronada por una vela encendida en forma de número veinticuatro; Ian cierra la puerta, tras ellos, con tres cafés largos de *Starbucks*—. *Te deseamos, Luky. Cumpleaños feliz.*

–Estáis locos –les digo, sin poder ocultar la emoción.

–Venga, primo. Pide un deseo y sopla la vela.

Miro a la rubia, que sonrío entusiasmada delante de mí, y luego a Ian, que me guiña un ojo, juguetón.

Cierro los ojos e inspiro profundamente.

*¿Un deseo? ¿Qué es lo que más deseo?*

Un bombardeo fugaz de secuencias emerge en mi cabeza: Ian llegando a *Across* junto con Regina, serio e imponente; Ian parado enfrente de mí en un baño, mirándome con recelo; Ian besándome con fiereza en el parking de la empresa; Ian entrando en mi casa, muletas en mano; Ian desnudo a mi espalda, sonriendo victorioso; Ian peda-leando en mi clase de *spinning*; Ian recostado en el morro de su GLA; Ian desnudo y excitado en el sofá de su despacho; Ian a mi lado, cenando en su casa; Ian en la ducha; Ian corriéndose por mí; Ian llevándome a la cama en brazos; Ian cuidándome; Ian chupándomela; Ian riendo a carcajadas; Ian gimiendo; Ian enfrentándose a Rose; Ian durmiendo a mi lado; Ian abrazándome; Ian... Ian... Ian...

*Deseo a Ian... por encima de todas las cosas.*

Abro los ojos y soplo, apagando la vela.

La mansión Meyer, hogar de August, se encuentra en Beberly Hills y es una construcción de estilo Tudor de lo más ostentosa. Aunque bien es cierto que, en esta elitista zona de clase alta, no es la única.

En tres mil metros cuadrados de terreno perfectamente cuidado, la lujosa residencia ocupa un tercio. Y bien ocupado, además. Está construida de piedra y mármol, consta de dos alturas y está rodeada de grandes ventanales panorámicos. Posee una docena de salones, otros tantos dormitorios y baños, cuatro despachos, dos cocinas con su propio comedor, seis terrazas, piscina interior y exterior, pista de *paddel* y dos amplios garajes a cada lado de la edificación. No es de sorprender que el conductor Uber se quede pasmado cuando cruza la barrera y asciende el camino de grava hasta detenerse junto a la imponente fuente de mármol carbónico que nos recibe en la entrada, ya bordeada por otros vehículos *deluxe*.

Me cuesta salir del coche. De hecho, es Megan la que me fuerza a hacerlo.

–Solo espero que este rollo acabe rápido –protesto, según nos encaminamos hacia el portón de madera.

Ian no nos acompaña y eso también propicia a agriar mi carácter y oscurecer mi estado de ánimo. Le echo de menos y solo hace veinte minutos que nos hemos separado. Ha preferido quedarse en la *suite* trabajando hasta nuestro regreso, o eso es lo que nos ha dicho. Aun-que ya empiezo a conocerlo bien y sé que en su decisión ha influido la tensión que su presencia crea en Rose.

*Maldita sea ella y todos los demás.*

–Recuerda lo que hemos hablado –me dice Meg, antes de llamar.

–Sí, tranquila. No caeré en provocaciones.

El timbre suena como campanas de iglesia y en cuestión de minutos nos reciben. Al otro lado de la enorme y pesada puerta surge una empleada de hogar de August. Una de tantas que tiene. O tenía.

–Somos nietos de August –nos presenta la modelo.

–Que en paz descanse –responde la mujer, santiguándose, y nos permite pasar–. La familia se encuentra en el salón principal.

–Deberá acompañarnos, no hemos pisado mucho esta casa –le ha-go saber.

Precedidos por la señora, recorremos el pasillo central adentrándonos en la mansión de decoración clásica y anticuada. Hace mucho tiempo que no venía, pero no la recordaba tan sombría. Tras unas compuertas correderas de madera, aparece el gran salón donde la familia Meyer al completo ocupa las sillas alrededor de una extensa mesa de nogal. En la presidencia, un señor trajeado y de avanzada edad habla con ellos, hasta que nos ve entrar. No es el único en girarse hacia nosotros.

–¿Son los que faltaban? –nos pregunta.

–Sí, lamentamos la interrupción –responde Megan.

La detengo cuando veo que se dirige a un par de sillas libres al lado de unos primos y la conduzco hasta otro par que descansan vacías junto a la pared.

–Bien, como iba diciendo, mi nombre es Adam Pills y soy el albacea del señor Meyer. Antes de pasar a la lectura de su última voluntad, quería darles mis condolencias por la pérdida.

Tras un “gracias” general, el hombre toma asiento y, del maletín que tiene delante, extrae un sobre de gran tamaño amarillento y precintado que abre con dificultad.

–En Los Ángeles, a doce de enero de dos mil quince –comienza leyendo en el folio redactado–. Con la presencia fedataria del señor Terrence Foddwall, notario por las cortes generales, y atestiguando mis completas facultades mentales, declaro que yo, August Norman Meyer Dylei, cedo todos mis bienes y posesiones, nombrando como heredero universal de todo mi patrimonio a... Luke Eugene Prescott Meyer.

La noticia me impacta como un martillazo en el pecho y no solo a mí. Toda la familia prorrumpe entre quejas y negaciones al escuchar la última y alocada voluntad del difunto. Megan es la única que se man-tiene en silencio a mi lado, tan pasmada como yo me encuentro.

–¡Él no puede quedarse con todo!

–¡Ni hacerse cargo de las empresas! ¡No tiene ni idea!

–¡Somos familia e impugnaremos ese testamento sin sentido!

–Hagan lo que crean conveniente, señores –les dice Pills–, pero les aseguro que ningún juez les otorgará la razón.

–Eso ya lo veremos.

–Tienen razón –le digo al albacea, saliendo de mi aletargo–. Yo no sé nada de maquinaria agrícola, ni sobre la industria ferroviaria o la aeronáutica. No tiene sentido que me deje a mí al cargo. Además, no quiero nada.

Mis palabras parecen sosegar a los asistentes.

–¿Estás diciendo que rechazas la herencia? –me pregunta el hom-bre de escaso pelo canoso.

–Sí –respondo con seguridad, consiguiendo un nuevo barullo, esta vez, de alborozo.

–Luke, ¿qué estás diciendo? –musita Meg.

–Yo no soy como ellos, ni quiero serlo –añado–. No hay nada que me ate a esta familia, ni deseo que lo halla. No quiero tener que volver a verlos nunca más.

Cuando acabo el *speech*, me doy cuenta del silencio que reina en la estancia y celebro con una inmensa sonrisa que hayan escuchado cada una de mis palabras.

–Entonces, deberás testificar que la rechazas.

–Claro.

–Aquí mismo –me informa, mostrándome el testamento.

Voy hacia él, cojo el bolígrafo que me ofrece y escribo en la parte inferior mi absoluto rechazo a ser heredero universal de August. Tras mi firma, esa que ya no utilizo, –*Luke E. P. Meyer*–, dejo el boli sobre el papel y regreso a mi

asiento.

–Espera –me detiene–. Esto es para ti.

Giro sobre los talones y le miro de malas formas, igual que los de-más. El albacea sostiene entre sus dedos un nuevo sobre, en esta oca-sión, de tamaño normal.

–Le acabo de decir que no quiero nada.

–Lo lamento, pero ya has rechazado la herencia y, si me hubieran dejado terminar antes de interrumpirme, habría podido informarte de que, en caso de rechazo, automáticamente aceptarías este sobre. Está todo escrito aquí. Encima de donde has firmado.

–¿Qué tipo de engaño es este? –me quejo, yendo hacia él y cogien-do el documento donde leo, efectivamente, lo comentado por el alba-cea.

*Maldito August.*

–¿¿Qué contiene ese sobre?! –se queja una de mis tías.

–Lo que contenga no es asunto suyo. August... El señor Meyer lo dispuso todo muy detalladamente. El sobre –me dice, tendiéndomelo, y en su gesto percibo obligación.

Se lo arranco de las manos de malas formas y vuelvo a sentarme junto a Megan. No pienso abrirlo, pero sí que leo la letra del viejo en el dorso: Para Luke.

–Muy bien –prosigue el señor trajeado–, como el testamento ha si-do rechazado, y a falta de una nueva disposición, la herencia del señor Meyer será repartida equitativamente entre sus descendientes direc-tos, es decir, sus cuatro hijas. Estaremos en contacto para llevarlo a cabo. Hasta entonces, no pueden vender ninguno de sus bienes.

El hombre guarda los papeles, cierra el maletín y se marcha. Yo no pierdo tiempo en salir detrás, llevando a una aturdida Megan conmigo.

–Todavía no me creo que te dejara todo –musita la rubia, entrando en la *suite*.

–Es una locura. ¿A quién se le ocurre?

–Y vas tú y lo rechazas, así sin más. Luke, podrías tener la vida re-suelta.

–Y, ¿qué hay de divertido en eso? –me mofa, tirándome en el sofá.

–No es para reírse –gruñe, palmeando mis piernas para que le deje sitio.

–Meg, tenemos buenos trabajos. Nos ganamos la vida decente-mente y podemos estar muy orgullosos de ello. Algún día podremos decir que, lo que tenemos, lo hemos conseguido con el sudor de nues-tra frente. Que nadie nos

ha regalado nada.

*“Me enorgullece saber que Across es mía, mi firma, que nadie me ha regalado nada y todo lo he logrado por méritos propios. Es... gra-tificante labrarte tu propio futuro. No cambiaría nada.”*

Las palabras de Ian resuenan en mi cabeza y sonrío satisfecho y mucho más convencido por lo que he hecho.

–Y, ¿qué hay del sobre? –se interesa la rubia.

Palpo mi bolsillo y, con dos dedos, lo extraigo.

–Creo que no voy a abrirlo –le confieso, ojeándolo.

–Luke, el abuelo te lo ha dejado por algo.

Juego a darle vueltas en el aire, intentando adivinar que deparará lo que contenga, cuando la puerta del dormitorio que comparto con Ian se abre y aparece el hombre que me ha enamorado.

–¿Ya estáis aquí? Me había parecido escucharos, pero... Ha sido muy rápido, ¿no?

Me incorporo y corro hasta él para abrazarlo con fuerza. Le he echado tanto de menos... Solo entre sus brazos consigo relajarme realmente de todo lo vivido.

–¿Va todo bien? –pregunta, acariciándome la espalda.

–Ahora sí.

–August le nombró heredero universal –le cuenta Meg–. Se lo dejó todo.

–¡Megan! –la reprendo, volviéndome hacia ella.

–Y él lo ha rechazado. Ni se lo ha pensado un minuto.

Fusilo a mi prima con la mirada y esta sonrío jovial.

–¿Lo dice en serio?

Miro a mi jefe, que está tan patidifuso como nosotros al momento de enterarnos, y asiento, apartándome y regresando al sofá.

–No quiero nada de él.

Ian ocupa uno de los sillones de enfrente y nos observa sin decir nada.

–¿Qué pinto yo como presidente de una corporación de empresas de las que no entiendo ni su funcionamiento? Además, me harían la vida imposible y tú, Megan, lo sabes bien. Y tendría que volver a vivir en Los Ángeles y no quiero.

La modelo se recuesta sobre mi hombro y me acaricia con ternura.

–Sabes de sobra que siempre estaré de tu parte en cada decisión que tomes. Pero, ¿no te parece increíble que, de todos, te haya nombrado a ti?

–Era un viejo chiflado.

La rubia se ríe y se inclina hacia Jacobs.

–Al firmar que rechazaba la herencia, no se ha dado cuenta de que también firmaba aceptando ese sobre.

–Y, ¿qué contiene? –pregunta mi jefe, que sigue igual de confundi-do.

–Dice que no lo quiere abrir.

El silencio se apodera de la estancia mientras el sobre sigue girando entre mis dedos. Me da miedo abrirlo. A saber con qué última locura me sorprende August.

–Estaba a punto de ir a comprar algo para comer –comenta Ian, levantándose–. ¿Quieres acompañarme, Megan?

–Sí.

–Yo también –respondo, saltando del sofá a la vez que ella.

–No, tú te quedas y piensas qué vas hacer.

Miro con molestia a la fémica y con súplica al varón. Este no puede evitar sonreír enternecido.

–Te prometo que te traeré tu plato favorito.

*Mi plato favorito eres tú.*

Arrugo el entrecejo cuando la modelo se agarra a su brazo y gruño un impropio nada más abandonan la habitación.

Corro hasta la terraza y me apoyo en la barandilla sin perder de vista la entrada del motel. Cuando los veo salir a la calle, una punzada me atraviesa el corazón. Siguen cogidos del brazo, demasiado juntos para mi gusto, y caminan avenida abajo como si fuesen una pareja de enamorados. No soy consciente de lo tenso que me pongo, ni de lo prietos que mantengo los puños por el cabreo, ni de las ganas que tengo de gritar que Ian es mío en un arrebato de celos.

En cuanto desaparecen por una esquina de la manzana, retrocedo hasta sentarme en una de las hamacas y me tumbo, estirando el cuello de la camiseta como si me cortara el oxígeno. Odio tener esta sensación de agobio; de sentirme tan dependiente del neoyorkino.

*¿Será porque le quie...?*

Niego con la cabeza, cortando ese pensamiento, y paso a lo que continúa en mi mano: el sobre de August. En su interior, encuentro una carta escrita por su puño y letra que me hace tragar saliva.

12 de enero de 2015

Luke;

Si estás leyendo esta carta, significa que he muerto sin poder hacer las paces contigo y sin poder contarte, cara a cara, los motivos que me llevaron a actuar como lo hice. Y solo deseo que no te culpes por ello. La culpa es mía. Debí imponerme...

Nunca estuve de acuerdo con tus padres respecto a la decisión de echarte de casa y de nuestras vidas. No han sido diez ni veinte, sino más, las ocasiones en que he estado a punto de ir en tu busca, pero lo que siempre me ha retenido de hacerlo has sido tú y tu bienestar. Soy consciente de que aquí no eras feliz ni lo serías, que no te dejarían serlo, que no soportarías más rechazos y más cadenas invisibles. Fue doloroso comprender que estarías mucho mejor si permanecías lejos de tu familia y esperanzador saber que allí donde estabas eras feliz.

Sé que no aceptarás la herencia que te cedo de forma voluntaria y convencido de que podrías hacerte cargo si quisieras, y que nada eliminará el sufrimiento que has padecido, por ello he optado a tener un plan B que espero, y deseo, no rechaces. Al final de esta misiva encontrarás el número de una cuenta bancaria a tu nombre, donde he ido depositando diferentes cantidades monetarias desde tu marcha. Es tuya y su contenido también. No te lo niegues. Sigue viviendo libre y feliz con Megan. Vosotros sois, sin duda alguna, el orgullo Meyer y deseo que algún día puedas llegar a perdonarme.

Tu abuelo, que te quiere... y te respeta.

August Meyer

Vuelvo a guardar la carta dentro del sobre y me pongo de lado en la tumbona, haciéndome una bola, para dejar que las lágrimas fluyan a su antojo. Por un instante, siento que regreso al banco de madera que usé de cama los días que pasé en la estación de L.A. y donde me sentí la peor persona del mundo. Y la más sola.

Una débil caricia en mi oreja, me despierta, y al voltear la cara me topo con dos resplandecientes ojos verdes marea fijos en mí.

–Hola –exhalo, todavía adormilado y disfrutando de su tacto.

–Hola.

La masculina mano se desliza por mi cuello y se entierra entre las greñas rubias de mi nuca, acogiendo a esta en su totalidad, al tiempo que se inclina y posa sus labios en los míos. El beso eriza cada centímetro de piel que recubre mi cuerpo y me entrego con ganas, descubriendo lo necesitado que

me hallo. Nuestras lenguas se encuentran, húmedas, y abrazo su torso, atrayéndolo.

Cuando Ian se separa, con la respiración tan agitada como la mía, emito un quejido de desaprobación y él sonríe.

–Vamos a comer –me dice–. Tenemos un vuelo que coger.

Jacobs regresa al interior de la *suite* y lo hace conmigo sobre su es-palda. Situación que no solo nos hace reír al reputado empresario y a mí, sino también a mi prima que se encuentra de rodillas junto a la mesita del salón, colocando la comida y las bebidas. Me emociona ver las letras árabes de los embalajes de cartón y, especialmente, la pe-queña tarta de chocolate blanco –*mi favorita*– que gobierna en el cen-tro.

–Una comida especial, para un cumpleaños especial –alega ella.

Sonrío y me aferro con más fuerza al imponente físico de Ian cuando este intenta dejarme sobre el sofá. Maniobra fallida que provoca el derrumbamiento de los dos en el mismo y que las carcajadas resuenen por toda la estancia. Muchas más en el momento en que él intenta in-corporarse y yo no se lo permito.

–Vaya par de idiotas. ¡Luke, deja que se levante!

–No quiero. Vamos a estar así hasta que aterricemos en Nueva York –me niego, arrancando más risotadas.

Prefiero no pensarlo más de la cuenta, pero sé que, una vez lle-guemos, no volveré a tener este grado de intimidad con Ian. Y eso me agobia mucho. Demasiado.

*¿Cómo continuar con mi vida después de estos, dejando a un lado lo malo, mágicos días con él?*

Felicidad plena; así titularía la foto que estoy mirando en el móvil. Es de hace unas horas y en ella salgo junto a Ian, sonrientes los dos, con mi deliciosa tarta de cumpleaños en la mano. Nos la sacó Meg, entre otras, en uno de sus arrebatos de querer fotografiar todo y creo que nunca podré agradecerse-lo como merece. Se nos ve tan guapos, uno tan rubio y el otro tan moreno, bronceados por el sol californiano y con las miradas resplandecientes, la mía de plata y la suya de jade. Es más que felicidad y no pierdo la sonrisa cada vez que la miro.

Megan se deja caer en la silla contigua, resoplando.

–Ya está. Abraham nos recogerá en el aeropuerto.

–Bien.

–Tengo tantas ganas de verlo, que la espera va a acabar conmigo.

–Bien.

–Espero poder dormir durante el vuelo o las cinco horas se me van a hacer eternas.

–Bien.

–¿Me estás escuchando? –exclama molesta, clavándome el codo en el costado.

–¿Qué?

–¿En qué mundo estás? ¿Qué estás mirando? –se interesa, fijando la vista en mis manos–. Ahg, ¿quieres dejar de mirar constantemente esa dichosa foto?

–No puedo. Es... perfecta. Quiero enmarcarla.

–Nunca creí que llegara el día en que te viera tan enam... .

–Shsss... –la silencio al ver que Ian se acerca.

El presidente de *Across* se había marchado al baño, dado que aún nos queda un buen rato para embarcar, pero, al verlo llegar, arqueo las cejas, sorprendido.

–Pero, ¿tú no ibas al baño?

Mi jefe se acomoda junto a Megan y sonrío al mirarse los brazos.

–Dios mío –alucina la modelo–. Tú en el *duty-free* tienes más peli-gro que Luke y yo juntos.

–¿Dónde piensas meter todo eso?

–En nuestro equipaje de mano –responde, señalando la mochila deportiva que tengo junto a mis pies y que hemos tenido que comprar para llevarnos la ropa adquirida aquí.

Entre los miles de *souvenirs* para turistas que se pueden encontrar en el aeropuerto, el neoyorkino se ha decantado por varias camisetas con llamativos *slogans* “*I Love L.A.*”, “*California*”, “*Los Ángeles*” o, el mejor de todos, “*Baywatch*” serigrafiado en un torso masculino al que Ian no tiene nada que envidiar. Le siguen dos gorras: la primera es co-lor bermellón y tiene una estrella en el frontal donde se lee “*Star*”, con la que cubre mi cabello dorado; la segunda, la que él mismo se pone, es negra y la palabra “*Hollywood*” bordea el perímetro de su cabeza en brillantina. Está absolutamente arrebatador y quiero lanzarme a devorarlo. A Megan le rodea el cuello con un pañuelo de seda agua-marina y, en la cabeza, un sombrero a juego. El saqueo a los carísimos puestos de la terminal, acaba con una matrícula de *Rodeo Drive*, varios imanes, una pequeña estatuilla Oscar y una botella de metacrilato que lleva grabada la frase “*Santa Mónica Beach*” en un costado.

–Eh... Sabes que no es de verdad arena de Santa Mónica, ¿no?  
–¿No? –murmura perplejo, analizando el producto.  
–Ni siquiera es arena de verdad –le asegura Meg–. Es azúcar tinta-da.  
Su expresión de: “¿he sido timado?”, nos hace reír.

El vuelo está siendo muy tranquilo y la oscuridad de la noche se ha adueñado de la clase *business* del avión. El silencio reina en su totalidad, a veces interrumpido por un lejano ronquido, y los auxiliares pueden descansar sin ser requeridos por los pasajeros.

Ian yace recostado en el asiento contiguo, cubierto por una fina manta, y Megan lo hace al otro lado del pasillo. Siento envidia de ellos, ya que yo no consigo conciliar el sueño. Estoy demasiado nervioso para hacerlo. Demasiado ansioso.

Al moverme en el asiento, Jacobs me mira con los ojos entreabiertos y maldigo mi “patosidad”.

–Lo siento –le susurro.

–¿No puedes dormir?

Niego y rememoro la primera noche que pasamos juntos en Los Ángeles.

*¿Me cantarías esta vez si se lo pidiera?*

El señor rascacielos, como en su día lo apodé, se revuelve para quedar posicionado enfrente de mí.

–¿Quieres que te cuente un cuento?

Los dos reímos, sin alborotar la paz que se respira en el ambiente, y mi corazón se acelera al saber que él también tiene en mente esa noche. Noche que, sin lugar a dudas, quedó grabada en mi recuerdo para la posteridad.

–Esta vez necesito algo más fuerte para relajarme.

En cuanto arquea una ceja de manera sugerente, soy consciente de que ha entendido mis palabras.

–Voy al baño –me dice en un murmullo casi inaudible, retirándose la manta de encima–. Al de la derecha.

Lo veo alejarse por el pasillo, sigiloso y sin llamar la atención, y mi entrepierna reacciona al instante. No respeto el tiempo de espera para seguirlo, aunque sí me detengo junto a Megan para arroparla mejor y retirar de sus laxas manos la carta de August que le he dejado leer. Finalmente, voy en busca del mejor sexo de mi vida.

La puerta del cubículo está abierta cuando la empujo y encuentro a Jacobs sentado en el retrete con una mirada tan fogosa que siento deshacerme. No

pierdo el tiempo y paso al interior, cerrando y bloqueando el acceso detrás de mí, y me recuesto sobre el panel de plástico, admirando con un deseo ferviente a mi acompañante.

–¿Alguna vez lo has hecho en un avión?

*¿Qué pregunta es esa? ¡No quiero saberlo!*

–Nada parecido a esto –responde acertadamente, estirando el brazo para cogermelo de la cintura del pantalón y arrastrarme hacia él.

Caigo sobre su regazo y nuestras bocas se buscan necesitadas, a la vez que nos tocamos con posesión y anhelo. La pequeña, aunque funcional, cabina se llena de jadeos y bamboleo las caderas, frotándome contra el moreno como un animal en celo. Un roce tan intenso que, de seguir así, temo acabar prendido en llamas.

Ian se levanta y me arrastra hasta el lavabo donde, sin liberar mis labios, me suelta los vaqueros. Seguidamente se agacha y arrastra las prendas con él, desnudándome de cintura para abajo.

–¡Ay, Dios! –exhalo cuando me come la polla erecta y dura como una viga.

–Date la vuelta.

Lo hago, agradecido de que no haya continuado hasta provocar que me corriera, y gimo al notar sus cálidos labios en mis glúteos.

–Todavía tienes mi marca –murmura, acariciándome con devoción.

–Te dije que no se me iría en meses.

Jacobs se levanta, pegándose a mi espalda, y me muerde el lóbulo de la oreja conforme clava su grandiosa verga, todavía enfundada, en mi culo.

–Me enloquece verla ahí –susurra excitado–, demostrando que eres mío.

Solo puedo asentir y disfrutar de su férrea atención.

A través del espejo le veo deshacerse de su pantalón, lubricarse el miembro con saliva y, cuando vuelve a agarrarme de la cintura, me inclino y arqueo la espalda, dispuesto y deseoso por recibirlo.

No tarda en complacerme. La gruesa cabeza de su polla me penetra con rudeza y aprieto los dientes, conteniendo un gran gemido de gozo. Le siguen lentos envites y me acoplo a su ritmo.

–¡Dame más! –le exijo.

Nuestras miradas conectan mediante el reflejo, a tiempo de ver cómo Ian pierda la cabeza y el control, y se deja llevar por la atracción y la inmensa necesidad de hacerme suyo. O declararse mío. Sus manos se deslizan por mi espalda, sujetándose a los hombros, y su polla entra y sale de mí, cada vez más rápido y más fuerte, invadiendo mis entrañas, friccionando piel contra

piel, sacudiéndome como le he pedido, hasta que termina quedándose dentro y convulsiona al correrse. Me fascina ver como abre la boca, dejando escapar profundos jadeos, y su cuello se tensa lleno de gruesas venas.

Cuando llega mi turno, y mi *sexy* jefe se posiciona en mi lugar, no solo beso sus trabajados glúteos, también lamo la fruncida entrada co-mo si se tratara de una exquisita fruta; me recreo en ello en cuanto escucho su primer gemido de placer. Poco después, lubrico mi envergadura y la hundo con la misma necesidad que hizo él. Me gusta tanto follármelo...

Minutos más tarde, lo arrastro hacia mi pecho y me dejo ir con el clímax, percibiendo como su cuerpo abraza la polla que se vacía en su interior.

—¡Sí, joder! —exhalo, perdido en el éxtasis—. Te quiero.

Despierto al escuchar el mensaje del comandante por megafonía, avisando del inminente aterrizaje, y sonrío sabiéndome en casa. Me incorporo en el asiento, subo la persiana de la ventana y contemplo emocionado la constelación luminosa que es Manhattan de noche.

—Ya estamos en casa.

Miro por encima del hombro, sorprendido, y descubro a Megan estirándose en el asiento de al lado; lo siguiente en lo que me fijo es que Ian ha pasado a ocupar el de la modelo. No sabría definir la sensación que atraviesa mi cuerpo, pero es desagradable. Muy desagradable. Tanto, que regreso la vista al exterior de la aeronave para que mi prima no se percate de mi malestar.

*¿Ian se ha cambiado por... lo que he dicho?*

Recuerdo decirle “te quiero” en plena fase orgásmica, casi sin querer, y también que no hablamos tras eso. Sinceramente, yo me sentía tremendamente avergonzado y solo quería obviarlo o que no lo hubie-ra escuchado. O, si me apuras, que no le fuese a dar tanta importancia. Que la tiene, pero...

*¡La has cagado, Luke!*

Cuando tocamos tierra pasada la medianoche, seguimos igual de callados. Y, del mismo modo, mientras recorremos la terminal de llegadas del JFK. Tengo miedo de mirarle y ver el rechazo en sus ojos. Nada de esto, de tener sentimientos, formaba parte del juego.

*Porque, a pesar de todo, seguimos jugando, ¿verdad?*

El encuentro con Abraham relaja el ambiente, pero también lo inco-moda exponencialmente por el recibimiento a mi prima. El jugador de *hockey* y ella quieren darse en minutos el afecto que no han podido en días.

Me cargo la mochila al hombro y entonces noto la mano de Jacobs agarrando una de las asas.

–Yo la llevo, no te preocupes –musito, impidiéndoselo, y me adelanto para interrumpir a la pareja–: ¿Podemos irnos ya?

Ni siquiera espero respuesta; continúo mi camino, deseoso por abandonar el jodido aeropuerto. Una vez en el exterior, inspiro una profunda bocanada de aire.

–¿Adónde te llevamos, Ian? –le pregunta el *Ranger*.

–Es mejor que coja un taxi o daréis una vuelta demasiado grande.

No negaré que sus palabras me sientan como una bofetada, pero no digo nada para hacerle cambiar de opinión. Ni aunque Megan me mire con esa cara de: “¿qué está pasando?”

–Buenas noches –dice como simple despedida y se marcha.

Le veo alejarse por el rabillo del ojo y deseo salir corriendo hacia él e impedir que lo haga. Pero no me muevo. La realidad ha llegado de golpe, como un jarro de agua fría que te corta el aliento, y puede que esto sea lo mejor.

–Luke, ¿qué ocurre? –se interesa la rubia.

–Nada. Vámonos.

Entonces soy consciente de la mochila que cargo a la espalda y de los recuerdos que Jacobs ha comprado, y me viro en la dirección en que se ha ido, intentando buscarlo. No lo consigo, se ha esfumado entre la marabunta de personas que hay por medio.

El trayecto hasta casa se me hace eterno. Estoy molesto de cómo han acabado estos días; molesto por mi boca; molesto por no arreglar las cosas con Ian; molesto por las palabras de cariño que se dedica la pareja que va delante.

Wells detiene el *Range Rover* junto a nuestro edificio y salto de los asientos traseros para subir corriendo las escaleras.

Al entrar en casa, voy directo a la cocina y dejo la mochila sobre la barra del desayuno para, acto seguido, asaltar el frigorífico. Necesito llenar el agujero que siento en el estómago; apenas he cenado en el aeropuerto de Los Ángeles y la comida del avión era carísima.

Megan y Abraham llegan cuando estoy abriendo la segunda lata de cerveza, y se acomodan en los taburetes mientras termino de preparar el sándwich y lo aplasto con la palma de la mano antes de darle un generoso bocado.

–Come más despacio o te atragantarás.

Miro a mi prima y luego a su pareja. Están tan radiantes; sobre todo él, con el cabello castaño repeinado y esa sonrisa de anuncio que no puede ocultar cada vez que mira a la modelo. Me dan ganas de partirle la cara.

–Tengo hambre –balbuceo con la boca llena.

–Eso no es hambre, parece ansiedad.

Rujo al patinador sobre hielo y doy otra mordida.

–Cerveza y sándwich de crema de cacahuete. Eso es una bomba pa-  
ra el estómago –advierete ella.

–Es lo que quiero, una puta bomba –gruño molesto y sorbo media lata del tirón. La cerveza empapa el pan de molde y parece que me tra-go la esponja de un borracho.

–¿Vas a decirme qué ha pasado?

Niego a mi prima y esta mira a su pareja con desesperación.

–No les entiendo –le dice como si no estuviera delante–. Han pasa-  
do unos días increíbles, a pesar del motivo del viaje, y ha sido llegar aquí...

Puede que ese sea el problema, que hemos vuelto; vuelto a la nor-  
malidad y a la rutina de nuestro día a día.

–La he cagado yo, ¿vale? Eso es lo que ha pasado.

–Pero, ¿cuándo? En el avión estabais bien.

–Follamos en uno de los baños.

Sus reacciones me hacen sonreír. A ver si así dejan de insistir.

–Y, ¿no fue bien? –curioseas el jugador.

–Fue más que bien. Nos corrimos como locos.

–¡Dios, Luke! No seas tan explícito –se queja la rubia, asqueada.

Termino la cerveza y estrujo la lata, recordando el momento. Las palabras vuelven a resonar en mi cabeza y todavía me cuesta asimilar que las pronuncie.

–Le dije: te quiero.

¡Uhuuu!, es la respuesta alarmada que recibo.

–¡Se me escapó! –les aclaro–. Estaba en pleno orgasmo y salieron solas.

La cara de Abraham es un poema. La de Megan, en cambio, resplan-  
dece como si estuviera alumbrada por un intenso foco.

–Ahora entiendo, es el incómodo momento del “te quiero” prema-  
turo... –murmura el hijo del senador, asintiendo.

–¡No tiene nada de malo, Abra!

–Sí que lo tiene, porque la otra persona o bien no está preparada para  
oírlo, o para decirlo.

–Si es lo que Luke siente, está bien que lo diga. Los chicos siempre estáis reprimiendo vuestros sentimientos.

Mientras discuten, me hago otro sándwich y abro otra cerveza.

–¿Ian te respondió algo?

Dejo de untar el pan de molde y miro a mi prima.

–¡Dios, no! Solo deseaba que no lo hubiera escuchado.

–¡Mal! –exclama exaltada–. Que alguien te diga que te quiere es lo más bonito que hay. No podéis enfadaros porque tú se lo hayas dicho y él no.

–Yo no sé si le quiero –la interrumpo–, y está claro que Ian a mí no.

–¡Por Dios! –se queja, desesperada–. ¿Cómo podéis ser tan ciegos los hombres? He estado con vosotros, ¿recuerdas? He visto cómo os miráis. Te veo mucho más feliz cuando estás con él. ¿Por qué demonios fue a Los Ángeles sino?

La observo como si fuera una marciana y me dedico a digerir mi re-cena.

–Vamos, Abraham. Dejemos que se autoflagele si es lo que quiere.

El *Ranger* se despide con un gesto de mano y acompaña a su pareja a la habitación. Yo aprovecho la intimidad en la que me quedo para sa-car el móvil y mirar las fotos, “esa” en concreto.

Es bien entrada la madrugada cuando me marcho a dormir y, como imaginaba, solo es para dar vueltas por el colchón añorando la compa-ñía de Ian; sobre todo en esta cama que cada vez se me hace más y más grande.

Cuando cruzo las puertas giratorias de *Across Fashion and Styles* el viernes, lo hago una hora antes de la habitual y con el deseo de ver a Ian. Esta noche no he dormido una mierda, he preparado docenas de discursos mentales para decirle, y, si no fuera por el tono bronceado que traigo de California, mi aspecto sería un desastre. Me he vestido con unos *skinnies* negros y un polo blanco de manga larga entallado al torso; además, mi cabellera pajiza se ha secado al aire, lo que termina por conferirme una perfecta imagen de rebeldía salvaje.

Al llegar a mi puesto, lo primero que hago es esconder debajo de la mesa la mochila de *souvenirs* de Jacobs y, seguidamente, colgar la ban-dolera en el respaldo de la silla. Grace tardará un rato en venir, pero quiero compensar los días de ausencia adelantando todo el trabajo que sea capaz. Y, sin más tiempo que perder, me acerco a su mesa y me pongo a ello.

A las ocho en punto, clavada como un reloj suizo, mi compañera hace acto de presencia y se sorprende al encontrarme en su mesa. Viste un sofisticado

pantalón con pernera ancha en tono ceniza, una blusa de tirantes color antracita y marca el paso con tacones claros. La melena morena se balancea en una coleta alta y las gafas de pasta vio-letas son el único toque llamativo, resaltando su mirada acastañada.

–Luke –musita, acercándose para abrazarme–. Siento mucho lo de tu abuelo.

–Gracias.

–¿Cómo estás?

La expresión de su rostro me indica que es cierta la preocupación que demuestra y sonrío agradecido.

–Estoy bien, de verdad. Ya tenía ganas de volver y ayudarte.

–Bueno, no te preocupes por eso. Son cosas que pasan y no se pueden evitar –comenta, dejando el bolso de marca en la mesa.

Dejo que se coloque y encienda su ordenador, y me acomodo en una esquina del escritorio.

–Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo te va con tu mister fantástico?

Grace sonrío y deduzco la respuesta antes de que la verbalice.

–Con Jack va todo muy bien.

–Me alegro por ti –le digo, regresando a mi mesa–. Pero dile que, si te hace daño, iré a por él.

La risotada de la secretaria resuena por la estancia y la mía con ella. Tan despistado me hallo, que no me percató de la presencia de Ian hasta que me empotro con él. Y no precisamente de la forma que deseo.

–¡Mierda! Lo siento, no le había oído llegar, señor Jacobs.

La intensa mirada cetrina, me derrite; su impecable aspecto dentro de un traje azabache, me obnubila; su aroma picante, me excita. Sé que es consciente de todo lo que provoca y despierta en mí, pero ya me da absolutamente igual que sepa la facilidad que tiene para perturbarme. Por cómo sus ojos descienden por mi cuerpo, sé que yo causo lo mismo en él.

–Buenos días, señor Jacobs –saluda Grace, explotando la burbuja que se había creado entre los dos.

–Buenos días –responde y retoma el camino hacia su despacho. Una vez abre la puerta, se gira hacia la joven secretaria–. Grace, ¿podrías traerme un café, por favor?

Cualquier otro día habría celebrado no tener que ir yo, pero hoy... Hoy me siento como una puñalada.

–Puedo ir yo, señor Jacobs.

–No, ya has faltado mucho –responde y se pierde tras las puertas.

Me giro hacia mi compañera, que se levanta para realizar el encar-go, y mi expresión la hace reír.

–No te alarmes, Luke. Estos días tampoco ha estado aquí y creo que sabe que le esperan muchas horas por delante para ponerse al día.

Juro que no sé qué decir. Me quedo pasmado y solo asiento como un completo gilipollas.

*¿No le parece sospechoso, o raro al menos, que los dos hayamos faltado los mismos días y regresemos a la vez? ¿Qué excusa le habrá dado Ian?*

–Intentaré no cabrearle –es lo único que se me ocurre decir según se marcha.

Ocupo mi mesa, aunque no por mucho tiempo; el justo para recor-dar la mochila y sacar provecho de la ausencia de la secretaria.

Ian está sentado en su mesa y no desvía la atención del ordenador cuando paso. Tampoco al acercarme. Y sé que es consciente de mi pre-sencia.

–Te he traído esto –le digo, dejando la mochila sobre el escritorio de cristal oscuro–. Anoche se me olvidó dártela.

–Tú también llevabas cosas dentro.

–Y ya las he sacado.

Mi atractivo jefe sigue tecleando en el ordenador sin prestarme a-tención y yo intento recordar alguno de los discursos que no me han permitido dormir.

–¿Piensas ir a por el novio de Grace si la trata mal?

No sé cómo tomarme eso. En principio, me emocionaré porque me hable.

–Solo era una broma –respondo, ignorando su tono condescen-diente.

El señor rascacielos se recuesta en su trono y me mira, cruzándose de brazos y con rostro impasible.

–¿Dices muchas bromas, Meyer?

–¡Joder, Ian! –me lamento, llevándome las manos a la cabeza–. ¿De verdad tenemos que volver a esto, a como empezamos, después de todo por lo que hemos pasado?

–No lo sé, dímelo tú que eres el que se ha distanciado.

–¡¿Distanciarme, yo?! –exclamo perplejo–. Fuiste tú quien se cam-bió de asiento en el avión y me alejaste por decir que... Bueno, ya sabes qué. Y lo acepto, no debí decir aquello.

–¿Crees que me cambie de asiento por decir que me querías?

Escuchar esas palabras de su boca me dejan confuso, más que an-tes, y hacen que un escalofrío me sacuda entero.

–¿No fue por eso?

–¡Claro que no! Había un gilipollas al lado de tu prima que no hacía más que mirarla y me estaba poniendo enfermo. Por eso la hice cambiar de asiento.

No sé qué me emociona más, si saber que no se apartó de mí o la protección que ejerció sobre Megan.

–Entonces, ¿todo ha sido una confusión? ¿Tú por mí y yo por ti?

–Eso parece. Aunque, visto lo visto, creo que deberíamos hablar de lo que sucedió.

–No –me niego rotundamente y doy un paso atrás–. Mejor olvidamos lo que ocurrió.

No estoy preparado para escucharle decir que él no siente lo mismo. Por mucho que Megan diga...

–Usted siga con lo que estaba, señor Jacobs. Yo regresaré de inmediato a mi puesto. Disfrute de sus... *souvenirs*.

Doy media vuelta y me encamino hacia la salida.

–Oye, Luke.

–¿Sí?

–¿Dónde está la camisa que llevé al funeral? –me pregunta, revisando el interior de la mochila.

–Ah, eso. Me la he quedado como recuerdo –le explico, sorprendiéndolo–. Ya sabes, rollo estilo *Brokeback Mountain*.

Le guiño un ojo, divertido, y salgo del despacho rememorando el momento de anoche en que colgué las dos camisas en la misma percha, detrás de la puerta de mi cuarto. También suspiro al imaginar a Ian de *cowboy*.

*Grrr... ¡Que sexy!*

## CAPITULO 20

Un bostezo escapa de mi boca y me cubro con el antebrazo para que Ian no se dé cuenta. Luego, continúo grapando documentos y cerrando carpetas, y, entre medias, miro el móvil para saber la hora que es. Hace un buen rato que se ha marchado Grace y los rayos anaranjados del atardecer empiezan a teñir el despacho.

—¿Has quedado? —dispara Ian, inesperadamente—. Veo que miras mucho el teléfono.

—No, no he quedado con nadie. Ya estoy con quien me interesa.

El presidente de *Across* mira de reojo en mi dirección y sonrío, acomodándome en el sillón enfrente de él.

—No es nada —añado, dándome por vencido—, es solo que tengo que acabar un diseño. Tengo pocos días de margen.

—¡Y, ¿por qué no me lo has dicho?! —se exalta—. Tú has querido que-darte.

—Porque este marrón... —respondo, abarcando el escritorio lleno de papeles que hay entre los dos—, es por mi culpa.

—No digas bobadas. Anda, márchate.

Jacobs retoma el trabajo atrasado y acumulado, y yo frunzo el ceño. Dejo las carpetas en la mesa y la rodeo hasta detenerme a su lado; no puedo evitar llevar las manos a sus hombros, despojados de la chaqueta del traje, y masajearse los. Al primer suspiro de gusto, sonrío victorioso.

*Es casi como volver a estar en Los Ángeles.*

—Estás muy tenso —le digo, estrujando los robustos músculos que hay debajo de la camisa.

—Tú me pones así.

Me carcajeo e, inclinándome hacia su oreja, le chupo el lóbulo con dedicación.

—¿Es cierto que hay cámaras aquí?

—Sí —exhala—, pero solo enfocan la entrada.

—Genial.

Giro su silla y le hago levantar, tirándole de la corbata. Luego, me lo llevo hacia la zona del bar privado.

—Luke, no tengo tiempo.

—Será muy rápido. Lo necesitas.

*Y yo también.*

Pasando al interior de la barra, me tumbo en el suelo y Jacobs lo hace conmigo. Encima de mí, mejor dicho. Al primer roce, saltan las chispas.

Cierro la puerta del despacho a mi espalda y me recompongo la ropa y el pelo, en un intento de aparentar que no acabo de tener una agradable sesión de sexo con el jefe. Ahora sí que tengo energía para dedicarme varias horas seguidas al diseño de alta costura.

Paso el resto del viernes encerrado en mi taller y salgo únicamente para alimentarme o por necesidad fisiológica. Faltan cinco días para el concurso de jóvenes diseñadores y no puedo perder ni un minuto. El sábado continúo con la rutina de trabajo, cuatro días, y el domingo más de lo mismo, quedan tres. Le prohíbo a Megan que me interrumpa, a menos de que se trate de una emergencia, y desconecto el móvil antes de caer en la tentación de llamar o mensajearme con Ian. Me consuela pensar que él también está ocupado y lo imagino pasando el fin de semana en la oficina.

El lunes, a cuarenta y ocho horas para el concurso, voy a trabajar muerto de cansancio y lleno de contracturas por mantener la misma postura durante mucho tiempo. Lo que menos me apetece de este día es tener que ir a *spinning* por la tarde, pero ya me sustituyeron la semana pasada por mi viaje a Los Ángeles y no puedo aprovecharme más. Acabo la jornada como las anteriores, metido en el taller.

El martes es cuatro de julio, fiesta nacional, y aprovecho que no tengo que acudir a *Across* para recuperar las horas de sueño de días atrás. Debo reconocer que es mi fiesta favorita; cada año la celebro por todo lo alto, sobre todo desde que estoy en Nueva York, pero este año no va a poder ser. Al día siguiente es el concurso de diseño y, aunque voy muy adelantado, tengo que rematar el vestido.

—¿De verdad que no puedes escaparte ni siquiera un rato? —insiste Megan desde el otro lado de la barra del desayuno.

Viste unos *shorts* vaqueros y una camiseta de tirantes con los colores de la bandera, *look* muy apropiado para la ocasión. En sus pies lleva unas cómodas *sneakers* y sujetando su cabellera dorada en coleta, un pañuelo rojo.

—Ojalá pudiera, ya sabes cuánto me gusta celebrar la independencia.

Meg va a disfrutar del día acompañada por Abraham, Christa, algunos colegas de él y sus encantadoras amigas modelos, fieles cada año; reconozco que me muero de envidia solo de imaginarlo. La celebración comenzará con el

discurso del presidente, luego tocará ver el impresionante desfile, comer y beber hasta reventar, bailar en los conciertos de *Times Square* y acabarán relajándose junto a la bahía para ver los fuegos artificiales. Ese es el plan.

Cuando se marcha, me recluyo en el taller y finjo que es un martes cualquiera y no la mayor fiesta del país.

*¿Con quién la celebrará Ian?*

Estos días apenas hemos mantenido contacto, él estaba muy ocupado en el trabajo y yo fuera de él, y no puedo resistirme a enviarle un mensaje:

**–¡Feliz 4 de julio! Pásalo bien, aunque no demasiado (guiño)–**

No responde y en parte lo agradezco, así puedo volver a concentrarme en lo que verdaderamente importa. Mi futuro profesional está en juego.

Me hallo anudando los finos cordeles plateados, que harán la función de manga del vestido, a las pulseras esclavas que he adquirido por internet –*bendito Amazon*–, cuando mi teléfono comienza a sonar. En la pantalla aparece la imagen de Ian dormido en la cama del motel de L.A. y mi corazón se salta un latido.

–Hola –saludo, intentando controlar las emociones.

–Hola. ¿Dónde estás?

–En casa, trabajando. ¿Y tú?

–¿Has comido?

Esa pregunta hace que me ponga en alerta.

–Todavía no.

–Estupendo. Ábreme la puerta.

Cuelga, sin darme oportunidad a decir nada, y brinco de la silla ergonómica en cuanto escucho el timbre. Nunca he corrido tanto hasta la puerta como en esta ocasión.

Lo veo acceder al portal y subir las escaleras de dos en dos hasta el primer piso. Viste un tejabo desgastado y un polo negruzco, y en las manos porta una caja y una bolsa de papel.

*¿Cómo es posible que siempre esté tan bueno?*

*¿Cómo es posible que, siempre que lo veo, es como si lo viera por primera vez?*

Irremediablemente, analizo mi aspecto y gruño por lo desastroso que voy. Ya no solo por el pantalón corto deportivo que me cae bajo las caderas o la camiseta de tirantes, sino por el alfiletero que llevo enganchado a la muñeca,

la cinta métrica que rodea mi cuello y el rastro de cola que cubre mis manos por haber pasado la última hora pegando cristales al vestido.

–Traigo cervezas y hamburguesas –comenta orgulloso al detenerse a mi lado–. Feliz cuatro de julio.

A sus palabras le sigue un beso en los labios, un gesto que le sale tan natural como si llevara toda la vida haciéndolo, y creo levitar.

–Pasa –suspiro, haciéndome a un lado.

Jacobs va directamente al centro del salón y yo le sigo igual que un perrito faldero; se arrodilla junto a la mesa de madera y yo le imito; saca dos cervezas de la caja y las coloca delante nuestra; abre la bolsa de papel y el aroma a barbacoa inunda mis fosas nasales.

–Una para ti –dice, pasándome la hamburguesa envuelta– y otra para mí.

Pero, la cosa no queda ahí, y arqueo las cejas al verle poner tres más en el centro de la mesa. Cuando pensaba que no podía sorprenderme más, clava un mini bandera estadounidense en una de ellas y dos bengalas para niños en el resto.

–¿Y eso?

Ian sonríe, divertido, y saca un mechero del bolsillo de su pantalón para encenderlas.

–Nuestra celebración particular del día de la independencia.

*Nuestra celebración*, repito en mi cabeza mientras contemplo el alegre chisporroteo luminoso.

*Con actos como este, en los que me hace sentir tan especial, ¿cómo no voy a estar enamorado de él?*

–¿Te gusta?

Asiento y le miro con las emociones a flor de piel.

–Es el mejor cuatro de julio de mi vida –le aseguro.

En ese momento, nuestras miradas se entrelazan y, no sé si será por los destellos de las bengalas en sus hermosas retinas verduscas, o por la repentina intimidad, o por los sentimientos tan fuertes que despierta en mí, pero noto que conectamos a un nivel que nunca antes habíamos hecho y las palabras prohibidas regresan a mi mente.

–Debo lavarme las manos, están llenas de pegamento –murmuro de manera precipitada, incorporándome de un salto y dirigiendo mis pasos hasta la cocina. Ahí, meto las manos bajo el grifo y deseo hacer lo mismo con la cabeza.

–¿Cómo llevas el diseño? –grita desde el salón.

–Bien.

Me seco con un trapo, pero no regreso al momento. Espero un rato, cogiendo aire e intentando relajarme y no pensar en lo que Ian me hace sentir. Algo muy complicado, teniéndolo a escasos metros de distancia.

Cuando vuelvo a su lado, Jacobs ha conectado el televisor y está centrado en el desfile que este emite. Yo agradezco poder distraerme con otra cosa.

–Espero que no te importe.

–No, tranquilo.

Desenvuelvo la hamburguesa y le doy un generoso mordisco. Está muy sabrosa y la disfruto acompañada con la cerveza de importación, mientras por le tele sale una banda de música recorriendo las calles más emblemáticas de Manhattan, seguidos por *majoretts* y carrozas ornamentadas con los colores de la bandera.

–¿Me lo enseñarás? –pregunta Ian de repente y yo le miro confundido–. El vestido, digo.

–Cuando lo acabe.

–Así que eres de esos, ¿eh? –musita sonriente, llevándose el bote-llín a los labios.

–¿De esos, de cuáles?

–Maniáticos –se cachondea.

–Como si tú no lo fueras: tienes que poner las grapas en el mismo sentido –murmuro agravando la voz, en un burdo intento de imitar lo que me decía el viernes.

El neoyorkino prorrumpe en una risotada y yo lo hago con él.

–Es que grapas fatal.

Replico con una mueca burlona y las risas continúan.

De las tres hamburguesas restantes, solo dejamos una y es la que prometo cenar, y de las seis cervezas, ninguna. Hemos visto el desfile prácticamente entero, escuchado varias veces el himno cantado por diferentes personas y reído de tonterías. La tarde va transcurriendo, inevitablemente, y yo solo deseo congelar el tiempo.

–Creo que es hora de que me marche –dice Ian, levantándose del suelo.

–¿Ya? –me alarmo–. ¿No quieres quedarte un rato más?

–No sería lo mejor. Bastante tiempo te he entretenido y debes finalizar tu trabajo.

Se encamina hacia la salida y lo acompaño con malestar.

*¡No quiero que se vaya!*

Antes de abrir la puerta, sonrío jovial, y, tirando de la cinta métrica que rodea mi cuello, me acerca hasta sus suaves labios. Recibo el beso, gustoso y necesitado, y lo alargo rodeándole con los brazos y afe-rrándome con fuerza. Jacobs no pone resistencia y gimo cuando logro adentrarme en su boca. En cuanto la situación se calienta y mi mano atrevida se posa en su bragueta, Ian la detiene.

–Hoy no –jadea, separándose, y me quedo estupefacto–. No estoy rechazándote, Luke. Es solo que hoy necesitaba estar así contigo: co-miendo, hablando, riendo... Viendo la tele. Disfrutar de las cosas coti-dianas en tu compañía.

–Vale –musito, aún recuperándome del *shock* inicial.

Por un momento he pensado que ya no quería más sexo conmigo, que se había aburrido, y he creído morir. Porque, de acabarse las rela-ciones sexuales... *¿Qué nos queda?*

–Te veo mañana –es su despedida, seguida de una caricia en la me-jilla y otro roce entre labios.

Cierro la puerta cuando Ian sale del edificio y me quedo recostado en ella, dándole vueltas a la cabeza. Concretamente, a una situación en particular:

*El día en que este juego acabe... ¿Qué va a ser de mí?*

El miércoles amanezco con un estado de nervios como nunca he padecido. Ha llegado el gran día, ese para el que he estado preparán-dome durante tanto tiempo y no solo el último mes, y de pensarlo me cuesta hasta respirar. No hablemos ya de meterme algo en el estóma-go, estoy convencido de que lo vomitaría.

Antes de marcharme a trabajar, acuerdo con Megan la hora en que volveré para irnos al concurso. Imagino que no habrá objeciones con que salga antes de *Across*.

El evento se celebra en uno de los majestuosos salones del *Four Seasons*, hotel emblemático de Nueva York, y hasta ahí nos despla-zamos Meg y yo en taxi, cargados con las cuatro fundas de los diseños, mi maletín de emergencia para arreglar algo en el último momento y una pequeña maleta de mi prima llena de maquillaje y el calzado que va a utilizar.

A la entrada nos recibe una de las organizadoras y esta misma nos hace entrega de un identificador y una pala, ambos objetos con el mis-mo número, el veintitrés, y nos acompaña hasta uno de los puestos que bordean la estancia

por completo. El lugar está atestado de gente, la mayoría modelos casi preparadas, y mis nervios incrementan.

–Luke, nosotros centrémonos en lo nuestro –me aconseja ella.

–Eso intento, pero... ¿Has visto que algunos tienen varias modelos?

–No te ralles. Tendré tiempo suficiente para cambiarme. Soy muy rápida.

Megan comienza a maquillarse, mientras yo cuelgo los diseños en el burro de metal que tengo al lado. No puedo evitar mirar hacia otros diseñadores y sus trabajos. A mi lado, mismamente, hay una chica no mucho mayor que yo, que termina de ajustar uno de sus vestidos a su maniquí viviente.

–Perdona –la interrumpo, acercándome–. ¿Sabes qué orden de diseños van a seguir?

–¿Eres novato? –murmura, mirándome por encima de las gafas.

–Eso parece.

–En la puerta, por dónde has entrado, encontrarás el programa. De todas formas, deberías haber traído dos modelos como mínimo.

–Gracias.

Regreso junto a Megan y esta me analiza a través del tocador.

–No te pongas nervioso.

–Voy a comprobar una cosa y vuelvo. Y no te maquilles como fueras a salir de marcha en fin de año.

Me aparto rápidamente, antes de que su mano llegue a tocarme, y, entre carcajadas, marchó en busca de la información.

–Empezamos con el *vintage* –anuncio a la rubia a mi regreso–. Mi puesto es el veintitrés, así que tenemos tiempo de sobra para los cambios.

Una vez organizado y centrado en lo que tengo que hacer, y por dónde empezar, abro la funda del primero: un vestido de gasa y con mucho vuelo, en tonos pastel y manga abullonada.

Cuando llega nuestro turno, estamos de sobra preparados y acompañamos a la modelo hasta las puertas que nos indican. Al otro lado, en una sala contigua, un jurado de ocho miembros analizará al detalle mi creación. Yo no puedo pasar, obvio, y Meg lo hace con la paleta en la mano, mostrando el número del participante.

Al regresar, la sonrisa triunfal que porta, me tranquiliza.

–Creo que les ha encantado, Luke. Sabes, conozco a uno de ellos.

–¿A uno del jurado? –me intereso, según regresamos a nuestra zona.

–Sí. Es fotógrafo. Muy bueno, además.

–Y, ¿te ha conocido? Eso no me perjudicará, ¿verdad?

–Sí, me ha guiñado un ojo. Y, no tiene por qué, no te conoce a ti.

El siguiente diseño a presentar es el actual: un vestido hasta mitad de muslo, de corte asimétrico, en seda y tul, escote en forma de corazón y color violáceo. Megan lo acondiciona soltándose el moño, para peinarse una coleta alta, y con unos botines tono petróleo.

Una segunda y amplia sonrisa a la salida, es el único método que dispongo para hacerme una idea de lo que pasa ahí dentro y de si mi trabajo gusta.

El tercer diseño a mostrar es el traje de chaqueta y pantalón, en mi caso algo estrambótico y en colores chillones, que consigue una nueva muestra de aceptación por parte del jurado.

Con el cuarto, el vestido de alta costura, los nervios vuelven a embargarme. Quizá porque es el más especial o quizá porque es el único que no he tenido tiempo de probar con Megan. Si por algo he traído el maletín de emergencia, sin duda es por este.

Meg introduce las piernas y le ayudo a subir la prenda de satén en tono gris perla hasta la cintura. Cuando veo que pasa, suspiro de alivio.

–Vale, ahora ten mucho cuidado con las mangas.

–Dios mío, Luke –musita asombrada–. Esto parece una obra de arte.

Con delicadeza, mi prima mete un brazo por el tirante del escote caído a los hombros y lo desliza entre los finos cordeles plateados, regados de cristales, hasta colar la muñeca en la pulsera. Con el otro brazo mantenemos la misma prudencia y, una vez asentado, le ajusto el pecho para poder cerrarlo. No era consciente de que había dejado de respirar, hasta que la cremallera llega al final de su recorrido y la bloqueo con un minúsculo botón transparente que se oculta entre la pedrería que bordea el escote, tanto delantero como trasero. Me alejo un paso para verla con distancia y quedo prendado. Es mil veces mejor que verlo en el maniquí. Se ajusta a su silueta como hecho de látex y el *chantilly* blanquecino que cuelga desde las rodillas, y que produce un pequeño efecto cola, se acopla perfectamente y enfatiza la imagen de...

–Pareces una princesa –la alago.

Meg, que vuelve a lucir un moño, en esta ocasión alto y bien formado, se contempla en el espejo del tocador con ojos brillantes.

–Es... el vestido más bonito que he visto en mi vida –susurra y se abanica con la mano a la vez que parpadea para no llorar.

Estoy de acuerdo, pero también soy consciente de que ella lo luce como nadie podría hacerlo.

Durante el camino hacia la presentación, muchas personas de las allí

presentes observan a mi prima y al vestido; en cómo resplandecen bajo las lámparas del salón por lo cientos de cristallitos que hay repar-tidos por todo él, el sensual movimiento de la cascada de encaje o el grandioso brillo de las mangas al moverse como si se tratara del mismí-simo firmamento. No hace falta decir lo hinchado que se me queda el ego.

El resultado es una nueva sonrisa por parte de Meg.

–Dios mío, Luke, deberías haberles visto la cara.

No sé qué decirle. Quiero llorar. Llorar de felicidad.

El veredicto se hace esperar y los nervios ya no solo se han apodera-do de mí, sino que la sala bulle en ellos. La gente guarda y recoge sus pertenencias, al igual que yo, pero todos tenemos la atención puesta en esa puerta que nos separa del jurado. En cuanto se abre, mi corazón se detiene y apuesto que los del resto de participantes también.

–No me jodas. Si esa es Donatella –alucino al verla–. ¿Por qué no me has dicho que ella era una miembro del jurado?

–No quería ponerte más nervioso.

Tiene razón, de saberlo... No sé, abría traspasado esa puerta sin necesidad de abrirla.

La reputada diseñadora, acompañada por dos mujeres de la organi-zación, se detiene en el centro del salón y nos sonrío a todos.

–*Grazie* –empieza diciendo–. *Grazie* por la gran demostración de talento de todos ustedes. Como presidenta del jurado, ha recaído en mí la *responsabilità* de anunciar a los participantes que pasan a la gran *finale* de este magnífico certamen de jóvenes diseñadores. Ahora pa-saré a decir los números seleccionados y, aquellos que no lo consigan, *per favore*, no os deis por vencidos. Solo hay plaza para diez.

*¡Y somos treinta ocho!*

Agarro a Megan de la mano y cojo aire. Los cinco primeros elegidos, hasta yo los tenía claro. Se les nota la profesionalidad. No son unos novatos como yo. La sexta, séptima y octava plaza recaen en tres dice-ñadoras que, casualmente, me rodean. El participante que pasa en no-veno puesto a la final, me sorprende y hace que me retrotraiga hasta uno de los momentos más incómodos vividos en *Across*.

–Pero si ese es el asistente de Ellery –le susurro a Megan–. No le había visto.

Su aspecto no ha cambiado. Sigue igual de escuálido, con el pelo largo y

negro que cubre casi la totalidad de su rostro y esa actitud de chico emo.

Nunca hubiese imaginado encontrarlo aquí.

–Y, en último lugar, aunque no por ello menos importante, el número... veintitrés.

Las luces de Manhattan se reflejan en mi cara, que todavía no ha perdido la sonrisa, mientras la atravieso con el taxi. Acabo de dejar a Megan en casa con el resto de cosas y no me he parado a pensar en si lo que estaba a punto de hacer era buena idea. Me he lanzado a hacerlo y punto.

–Ya hemos llegado, señor.

Regreso al interior del vehículo amarillento y lanzo el dinero por la abertura de plástico que deja el protector antirrobo y antiagresiones.

–Gracias –le digo antes de bajar.

Ante mí se yergue imponente el edificio, como todas las veces anteriores, y accedo al lujoso vestíbulo con paso firme.

Tras el blanquecino mostrador, encuentro al conserje que sonrío afable al verme entrar. Ya me conoce.

–Buenas tardes –le saludo, educado—. Vengo a ver al señor...

–Lo sé –me interrumpe, divertido, y sale del mostrador para conducirme hasta el ascensor privado. Camino que ya conozco de memoria, al igual que la subida a la velocidad de la luz.

Cuando salgo de la cabina en la planta cuarenta y nueve, me detengo en el recibidor circular y analizo mi aspecto en uno de los espejos de marco dorado que cuelga en la pared, junto a la gran y única puerta blanca del espacio. Me veo tan guapo como siempre, con un brillo especial en la mirada ceniza, y retiro el flequillo de mi frente con un gesto de dedos; también estiro mi camiseta *Diesel* y ajusto la entrepierna de los pitillos. Una vez me siento listo, paso a llamar.

La puerta se abre y mi sonrisa se queda congelada. Al otro lado ha aparecido la última persona que esperaba encontrar, pero también la más razonable de estar ahí.

–¿Sí? –pregunta Heather con ese acento inglés que me repatea.

–Yo... ¿Está el señor Jacobs?

–Oh, tú eres... Perdona, no te había reconocido. ¡Ian, cielo, ha venido tu secretario!

*¿Cielo?*

La sangre comienza a bullir en mi interior y no sé si es por el apelativo tan

cariñoso con que lo llama, o por estar en su casa, o por ser tan asquerosamente preciosa, o por referirse a mí como secretario. Que lo soy, pero me jode porque en su voz suena a desprecio.

Lleva un minivestido veraniego y floreado que, de encontrarnos en otro momento, uno en que no hubiese conocido a Ian, me la habría tirado. O intentarlo al menos.

Su piel pálida y delicada, da ganas de recorrerla con la lengua, y esa melena pajiza, mucho más que la mía, hace destacar una mirada añil de inocencia. Es un ángel y yo... Yo, un demonio.

–Ahora viene –dice sonriente–, está haciéndome la cena.

Tenso la mandíbula y frunzo los ojos.

–¿Cuál era tu nombre? ¿James?

–Casi. Me llamo Luke, señorita Wimbledon.

–Willenthon –rectifica la joven, que enarca una ceja, altiva.

*¿Me está provocando? Esta inglesita no sabe dónde se mete.*

Ian surge detrás de su falsa prometida y la tensión del cruce de miradas cesa. Por el momento.

–¿Luke, qué ocurre?

–Iré a vigilar que no se queme el *soufflé*.

Heather acaricia el pecho de Jacobs con descaro y desaparece.

–Luke, ¿vas a decirme qué haces aquí? –insiste, acercándose un paso.

–No sabía que estabas con ella.

Juro que intento que no se note la rabia en el tono de mi voz, pero su expresión me indica que no lo consigo.

–Deberías haberme llamado –susurra, como si no quisiera que la europea se enterase.

–He pasado a la final –le cuento, intentando sonreír de felicidad y solo consiguiendo una mueca fría y sin vida–. Quería contártelo y, aunque todavía sea pronto, celebrarlo. Pero...

Doy un paso atrás y Jacobs se adelanta, cogiéndome del brazo.

–Espera. ¿Has pasado a la final? Eso es estupendo. Debo decirte que yo lo intuía.

–¡Ni siquiera has visto mis diseños! –gruño más alto de lo que pretendía.

–Tú mismo me dijiste que solo los vería cuando estuvieran terminados.

Me llevo una mano a la cara y me la froto como si quisiera despertar de una terrible pesadilla.

–No he debido venir, lo siento. Disfruta de tu cena.

Regreso al interior del ascensor y, antes de que las compuertas se cierren, Ian se cuela conmigo. Me aferro al pasamanos y fijo la mirada en el suelo, el único lugar donde él no puede ser reflejado.

–Heather y yo solo somos amigos. No hay nada más entre nosotros.

Niego y me cabreo conmigo mismo por hacer que diga eso.

–No quiero ponerme así –musito, apretando los puños alrededor del acero—. Yo no soy así.

Por suerte, el trayecto dura segundos y puedo lanzarme hacia la salida. No recorro mucho espacio del *hall* del edificio, ya que Ian vuelve a cogerme por el brazo para detenerme.

–Frank, por favor, pide un coche para mi amigo.

*¿Secretario? ¿Amigo? Lo que soy es gilipollas.*

Sin poner resistencia, deajo que el neoyorkino me lleve hasta la zona de espera que hay a mano izquierda, derecha según entras, y fuerce a que ocupe uno de los sillones. Él se sienta en una pequeña mesa de metal, enfrente de mí y a espaldas de la recepción.

–No quiero que te marches enfadado. ¿Qué puedo hacer?

*Échala de tu casa. Échala de tu vida. Anula la boda.*

Hay tantas cosas que pasan por mi cabeza, que se amontonan y bloquean mi cordura, lógica y razonamiento.

*¿Yo, intentando ser razonable? ¿Qué chiste es este?*

–¿Quieres que salgamos de la ciudad este fin de semana?

*Eso habría sonado tan bien un par de horas atrás...*

Sigo con la mirada fija en mis manos, sobre el regazo, y rechazo la oferta con un ademán de cabeza.

–Voy a pasar el fin de semana con la gente que de verdad me quiere.

No le miro a la cara, pero puedo ver lo rígido que se pone.

–Luke –musita en un suspiro–, no puedes forzarme...

–No quiero forzarte a nada. No quiero seguir sintiéndome así.

–Y, ¿cómo es así?

–¡Como una mierda! –exclamo y mi grito rebota en las paredes cubiertas de madera del vestíbulo.

Por primera vez, fijo mis ojos en los suyos y veo la barrera que nos separa. Ojalá pudiera destruirla, aunque no sé cómo hacerlo. En realidad, tampoco sé si quiero. No puedo obligarle a decirme algo que no quiere o que no siente, y no soportaría que lo hiciera por compasión. A decir verdad, no quiero que diga nada. Ya no.

–Es suficiente –murmuro con una seriedad fingida y Jacobs coge a-ire, preparándose para lo que está a punto de escuchar–. Es mejor que no volvamos a vernos fuera del trabajo. Buenas noches, señor Jacobs.

Me levanto y camino hacia la salida del edificio. En ese momento, un hombre trajeado cruza las puertas.

–¿Alguien ha pedido un coche?

–Yo.

Salgo tras él y me sorprende comprobar que no se trata de un taxi o un vehículo privado con chófer. Bueno, sí que lo es, pero no uno al uso.

–¿Es una broma?

–No, señor –responde él, abriéndome la puerta trasera.

–No puedo pagar eso.

–No va a pagarlo. Es un servicio que incluye la torre Altman.

Me encojo de hombros y paso al interior.

*¿No es irónico que acabe mi relación de fantasía con Ian, porque solo ha sido eso, una fantasía, algo irreal, en una lujosa limusina que me lleva de vuelta a casa?*

Al día siguiente, cuando llego a *Across*, lo hago con una decisión to-mada que no me ha permitido dormir en toda la maldita noche. No la he discutido con Megan, porque me diría algo que estoy seguro no me iba a agradar. Ni siquiera espero a pensármelo otra vez, voy directo a Grace.

–Buenos días.

–Buenos días, Luke –saluda amigable–. ¿Qué tal te fue ayer?

–Muy bien, he pasado a la final.

–¡Felicidades! –exclama levantándose de la silla para abrazarme.

–Es por eso que tengo que decirte algo. No puedo seguir ocupando el puesto de secretario.

Mi compañera retrocede con gesto de perplejidad.

–Pero, Helen todavía no puede volver.

–Lo sé. No te preocupes, yo mismo voy a hablar con la agencia para que os encuentren a otro lo antes posible y estaré aquí hasta entonces. Si gano el concurso me lloverán las ofertas al instante. Incluso, si no lo gano.

–Lo entiendo, Luke. Pero me va a dar pena dejar de trabajar contigo.

Sonrío, más emocionado de lo que pensaba, y vuelvo a abrazarla.

Y esto no ha sido lo más difícil, eso será cuando informe a Ian.

Este llega como un vendaval un rato después y me gustaría disponer del

suficiente autocontrol como para no tener la necesidad de mirarlo. Pero no es así. Por eso puedo apreciar que el aspecto imaculado al que nos tiene acostumbrados, no lo mantiene hoy. No saluda y se adentra en el despacho casi sin abrir la puerta.

Me giro hacia Grace y esta me sonríe con complicidad.

—¿Quieres que se lo diga yo?

Estoy asintiendo antes de que pueda pensarlo.

El resto de día es complicado. El presidente de *Across* no habla conmigo tras ser informado por la secretaria y me esfuerzo demasiado en centrarme exclusivamente en el trabajo. De regreso a casa, me siento exhausto y peor de lo que estaba horas antes. Más que la tarde de ayer. Siento un dolor en el pecho que no logro eliminar e incrementa con el paso del tiempo.

*¿Se puede morir de amor? ¿Y de desamor?*

Antes de atravesar la puerta del piso, me pongo la máscara de la felicidad. Odiaría que Megan descubriera mi estado anímico. Tengo la suerte de que no está sola, Christa está con ella.

—Felicidades, cariño —me dice la exuberante morena, estrujándome entre sus brazos—. Sabía que lo lograrías y tengo claro que vas a ganar.

—Gracias.

—Tengo algo para ti.

De su bolso saca tres sobres y me los tiende.

—¿Es que no echas en falta tu salario o es porque ahora, que vas a ser un diseñador famoso, te la suda? —se mofa.

Me río y los acepto. Claro que los acepto.

—Los necesito. No voy a tener más como estos en un tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Dejo *Across*.

—¡¿Qué?! —exclaman las dos al unísono. Meg, regresando de la cocina con varios refrescos *lights* en las manos.

El viernes entro en el edificio Partner, residencia de *Across Fashion and Styles*, con ganas de salir ya y poder disfrutar de un fin de semana completamente para mí. Aún no tengo planes, pero, como anoche les dije a mi prima y a mi amiga, necesito olvidarme de todo durante cuarenta y ocho horas.

Sobre mi decisión, les ofrecí la misma respuesta que a Grace: que todo era por el concurso y por poder comenzar mi carrera como diseñador de una vez

por todas. Lo entendieron en parte, aunque las preguntas sobre Ian y sobre lo que él opinaba al respecto no tardaron en surgir, cayendo en saco roto porque de Jacobs no estuve dispuesto a hablar nada.

La jornada laboral comienza como la anterior, hablando con Grace de mi pronta marcha y haciéndola saber que ya he informado a la agencia *Work it up*. Al cabo de los minutos, el presidente cruza por delante nuestra como si no nos viera.

*Está bien que me ignore, lo acepto, pero... ¿Grace? ¿Qué coño le ha hecho ella?*

El tiempo transcurre entre llamadas, *emails* masivos, mensajería y algún que otro encargo por parte de mi compañera. Ian, desde ayer, o desde lo sucedido en su casa, ha optado por no dirigirme la palabra directamente. No negaré que me duele, pero elijo reírme de la situación.

A falta de un cuarto de hora para que la secretaria pueda marcharse a comer, el presidente iracundo de *Across* emerge de su despacho y se acerca hasta ella.

–Grace, sé que en breve te vas a comer, pero... ¿te importaría esperar a que regrese?

–Sí, por supuesto, señor Jacobs. Le espero.

En ese momento, Ian se gira hacia mí y yo desvío la mirada a la pantalla del ordenador, intentando disimular que no he estado pendiente de lo que hablaban o el malestar que ello me ha provocado.

*¡Odio sentir celos!*

–Meyer –dice con seriedad y mi entrepierna se remueve dentro del bóxer–, acompáñame.

Bajamos en ascensor en absoluto silencio, ni él me ha dicho hacia dónde nos dirigimos ni yo se lo pregunto. Hemos vuelto al principio de conocernos y en parte, una muy pequeña, lo agradezco.

Nos detenemos en el octavo piso del edificio, el estudio de fotografía de la empresa, y me emociona poder conocerlo al fin. Recuerdo con una sonrisa que Grace me envió aquí en mi primer día, creyéndome uno de los modelos.

La planta es abierta en su totalidad, salvo por dos habitáculos de tamaño medio catalogados como vestuario y sastrería, y me impresiona el montaje y la distribución que posee: algunos de los ventanales están tapados; el amplio espacio se divide en varios platós fotográficos con diferentes fondos en color blanco, verde o negro; hay numerosos focos, luces, ventiladores y reflectores; *sets* de maquillaje; prendas en perchas; material y mobiliario decorativo entre

bastidores, y, sobre to-do, unos carísimos equipos de fotografía junto a sus mesas de edición.

El lugar no está vacío. De hecho, llegamos en plena sesión de fotos. Pero yo sigo al jefe, que tiene poder para andar por donde le plazca.

–Masson –habla Ian haciendo girarse al fotógrafo y al resto.

–Ah, jefe.

Los dos se estrechan la mano y, por la breve conversación que man-tienen, diría que son bastante amigos. O cómplices al menos.

–Te presento a Luke Meyer –dice al fin, girándose hacia mí–. Luke, este es Masson Geoff, uno de nuestros mejores fotógrafos. ¿Tienes to-do listo?

El profesional me analiza de arriba abajo y parece congraciado.

–Sí, con esto puedo trabajar –dice mientras me estrecha la mano y se gira de nuevo hacia él–. No me has dado mucho margen de tiempo, pero creo que quedarás encantado con el resultado.

–¿A qué os referís? –pregunto confundido y temeroso por la res-puesta.

El hombre, que no pasará de los cuarenta, tiene la cabeza rapada y un físico corriente, nos mira interrogativo.

–¿No se lo has dicho?

–Ve preparando todo, Masson.

Este sonrío jocoso, da un descanso a las modelos y se retira a otro plató junto con sus auxiliares y técnicos de luces.

–He programado una sesión de fotos para ti –me explica Ian, una vez quedamos solos.

–¿Cómo dices?

–Saldrás en la revista *AFS* como joven promesa de la moda, después del concurso.

–No quiero.

–Luke –suspira impaciente–. No seas tonto, es el mejor escaparate para tu futuro.

–No necesito tu ayuda.

–¡Ya me he dado cuenta de que no quieres nada de mí! –gruñe mo-lesto–. Pero esto lo vas a hacer, aunque tenga que obligarte.

*¿Que no quiero nada de él? Será gilipollas. Lo quiero todo.*

Cabreado, paso por su lado y sigo los pasos de Masson.

–¿Dónde me pongo? –le pregunto al hombre tras el objetivo.

En uno de los platós con el fondo verde, han colocado muebles y materiales como si se tratara de una zona de trabajo de los pisos infe-riores.

No le falta detalle.

–Colócate en el centro. Primero tomaremos la medida de focalización.

Visto vaqueros blancos y camiseta gris, pero me hacen cambiar de ropa por otra de marca *AFS*. Cómo no. Una chica me quita los brillos de la cara y varios técnicos ajustan las luces y las pantallas reflectantes a mi alrededor. Entonces, la cámara comienza a disparar en ráfagas de diez capturas mínimo mientras sigo las indicaciones del fotógrafo que me hacen sentir un mono de feria: gira a la derecha, a la izquierda, mira abajo, agáchate, salta, abraza al maniquí, sitúate en la mesa de trabajo, coge esa tela...

–Ahora sin camiseta.

No soy el único que alucina con la nueva directriz.

–¿Seguro que es necesario? –se interesa Ian, que no se aparta de su lado y no me quita los ojos de encima.

–Claro que lo es –asegura Masson y yo lo hago obediente–. ¡Oh, sí! Ponte los rollos de tela sobre el hombro. Así, muy bien.

Empiezo a disfrutar siendo el centro de atención, –y del deseo–, y actúo de manera presumida. Como cuando salgo a ligar.

Ian carraspea, incómodo con los cumplidos que el hombre me dedica, y yo río.

–Sí, así me gusta. Sonríe. Disfruta –continúa hablando y tomando las fotos–. ¡Qué alguien acerque un ventilador!

–¡No! –exclama Jacobs, sorprendiendo a todos los presentes–. Ya son suficientes fotos. Luke, cámbiate. Debes volver al trabajo.

El señor rascacielos ni siquiera permite que compruebe las imágenes que me han tomado; me saca de allí tan rápido como me ha traído y, sinceramente, disfruto mucho viendo su malestar.

La subida en ascensor es igual de silenciosa que el descenso, hasta que le veo recostarse en una pared y suspirar con los ojos cerrados.

–Creo que no ha sido buena idea –murmura, aunque no sé si me lo está diciendo a mí o a él mismo–. No me gusta que haya gente que te mire como a un objeto sexual.

*Vale. Es a mí.*

–No pidas imposibles.

Salimos en la vigésima planta, pero él se detiene y me observa por encima del hombro, sin voltearse.

–Estoy invitado al concurso de jóvenes diseñadores.

–¿Vas a ir? –me sorprendo.

–No –responde cortante y bajo la cabeza. *¿Por qué siempre me ha-go ilusiones?* –. Ya estaba programado de que irían un fotógrafo y un redactor de la revista.

Sin decir nada más, retoma el camino y yo le sigo varios pasos por detrás, arrastrando el momento de felicidad evaporada por el suelo.

–¿¿Dónde estabais?!

Ian se detiene a metros de su despacho y yo doy un paso a un lado para ver a Regina acomodada en mi puesto, con las piernas cruzadas sobre el escritorio. Explosiva como ella sola.

–¿Qué haces aquí? Te esperaba más tarde.

–Me gusta pillarte por sorpresa, hermanito. Hola, Luke.

–Regina.

Por gestos, le indico a Grace que vaya a comer y ella no lo duda un instante.

La atractiva morena de enigmática mirada jade, se incorpora y acer-ca hasta nosotros para saludarnos a la europea. Lleva un vestido negro muy ajustado a sus curvas que pide guerra.

–Vamos al despacho.

–Adelántate tú, Ian. Primero quiero hablar con Luke.

Cuando detecto el cruce de miradas decido encaminarme a mi me-sa para evitar confrontaciones.

–No tardes.

El moreno se adentra en su despacho y ella aprovecha ese momen-to para cernirse impetuosa sobre mi mesa.

–¿Qué pasa contigo? –espeta molesta.

–¿Conmigo?

–Grace acaba de contarme que te marchas. ¿Te has vuelto loco?

–Tengo...

–El concurso, lo sé –me interrumpe con un gesto de manos–. Y te felicito, pero no puedes dejar una oportunidad como esta.

–No es tan sencillo como crees.

–¿Quieres que hable con Ian para que te dé un puesto como diseñá-dor junior?

–¡No quiero regalos compasivos! –gruño enfadado–. Yo mismo voy a conseguir las oportunidades. Y las tendré. Pienso ganar ese jodido concurso.

Para mi confusión, Regina reacciona sonriendo.

–No, si de eso estoy segura.

–Entonces, dejémoslo estar.

–De acuerdo, pasemos a otra cosa. ¿Ya tienes el traje?

–¿Qué traje? –pregunto, todavía más perplejo.

–El de la fiesta a la que te invité. Es esta noche.

–¿Es hoy?

–Dime que no tienes otros planes.

Niego y ella da palmaditas de alegría.

–¿Pasarás a recogerme?

–Mejor quedamos en el sitio.

Sé que se aloja con su hermano cada vez que viene a Nueva York y prefiero evitar ese edificio.

–Como quieras. El evento es en el planetario. ¿Quedamos a las siete?

–Perfecto.

–Ahora voy con mi querido hermano o pensará que estamos haciendo alguna guarrería –comenta jocosa.

–Tranquila, seguro que nos está vigilando por la cámara –le cuento, señalándola.

–¡Oh! ¿Lo dices en serio? Que aguante tienes.

Desaparece al otro lado de las puertas de cristal opaco y yo me centro de nuevo en el trabajo, aunque pensando en qué ropa llevaré a la fiesta.

*No tengo un traje como tal, pero algo podré apañarme.*

Ahora que ya tengo una distracción para esta noche, me siento mejor.

## CAPÍTULO 21

El *blazer* de color vino tinto, con los puños y hombros en negro, se ajusta a mi torso cuando abrocho los tres botones. Es un diseño mío y no hay mejor ocasión para estrenarlo. Bajo esta prenda llevo una camisa oscura, abierta hasta el comienzo del esternón, y, en la parte inferior, los pantalones que llevé en el funeral de August y los zapatos de cuero. Me he engominado y peinado hacia atrás, y el reflejo que me devuelve el espejo de cuerpo entero de mi habitación es impresionante.

–Dios rompió el molde cuando me hizo –musito chulesco.

El en salón, Megan y Abraham disfrutaban de una película, pero ambos se quedan pasmados al verme aparecer.

–¡Vaya! –exclama la rubia.

–Que elegante. ¿Adónde vas, golfo?

Doy un giro de trescientos sesenta grados, exhibiéndome presumido, para que me vean bien.

–Me han invitado a una fiesta de pijos.

–Estás guapísimo.

–Lo sé –le digo a mi prima, guiñándole un ojo–. ¿Vosotros no salís?

–Hoy toca plan casero –responde el *Ranger*.

–Que sosos. No me esperéis despiertos.

–Pásalo bien, primo.

Les lanzo besos al aire y me dirijo a la salida.

*Y tanto que voy a pasármelo bien.*

A las siete en punto me encuentro frente a las puertas del planetario Hayden de Nueva York, localizado en el museo americano de historia natural, que posee un recinto magnífico para organizar todo tipo de eventos bajo un cielo estrellado de postín.

Las escaleras de piedra están cubiertas por una alfombra roja que se acerca hasta el mismo asfalto de la carretera, donde todas las limusinas se detienen para que sus pasajeros bajen. Ya he perdido la cuenta de las que he visto pasar.

*¿Dónde está Regina?*

Un nuevo vehículo para ricos se detiene en el arcén y, cuando el chófer abre la puerta trasera, la veo aparecer engalanada en un vestido largo en color champán de finos tirantes y gran escote. El cabello azabache lo lleva recogido en una trenza larguísima, y claramente pos-tiza, que roza sus posaderas de manera sugerente y excitante en cada movimiento que hace.

–¡Dios mío, Luke! ¡No te había reconocido! –exclama acercándose–. Estás guapísimo.

–Y tú preciosa y salvajemente *sexy*.

Me da un toque juguetón con el bolso de noche, alagada, y reímos. O lo hago, hasta que veo salir de la limusina a Ian y a Heather. Él en un esmoquin negro que le queda francamente bien, como todo; ella en un vestido blanco tan largo como el de Regina, pero menos provocativo.

–¿Por qué no me has dicho que ellos también venían? –le recrimino entre dientes.

–¿Y estropearle la sorpresa?

La morena enhebra su brazo con el mío y, tras cogerse el bajo de la falda, empezamos a subir las escaleras seguidos por la otra pareja. Lo que apuntaba a ser una noche de desmadre, ha pasado a ser una de la que quiero huir a toda costa.

El salón donde se organiza la fiesta es como imaginaba: grande, lleno de gente de la alta sociedad vestida de etiqueta, docenas de camareros repartiendo copas y canapés, flores y candelabros por doquier, banda de música en directo y un techo mágicamente estrellado.

Según accedemos, Regina me desvía hacia un lateral, mezclándonos con los asistentes, y estos empiezan a ovacionar a la otra pareja que se ha quedado detrás.

–¿Por qué les aplauden? –curioso intrigado.

Entonces, caigo en cuenta; él con esmoquin y ella de blanco, y mi pesadilla se hace realidad.

*¿Se van a casar ahora?*

–Es cosa de Heather. Quería dar una fiesta prenupcial para aquellos que no pueden ir a Londres el día de su boda.

Saber que todavía no es oficial, me tranquiliza un poco. Sin embargo, estoy molesto por el engaño al que he sido sometido.

–Deberías haberme dicho qué tipo de fiesta era –la recrimino.

–No hubieras venido de saberlo.

–Por supuesto que no.

–Por eso no te lo he dicho. Quiero pasar esta velada contigo.

–Te doy una hora.

Me distancio, sorteando a la gente y no miro atrás por mucho que Regina me llame. No me gusta que me utilicen y necesito dar con un camarero buenorro, o camarera atractiva, que me quite las penas y se dedique a servirme una bebida detrás de otra.

Acabo con la segunda copa de champán y miro de malas formas al cantante del grupo que ameniza el ambiente con *Unchained Melody*, banda sonora de la película *Gosht*. Me temo que me espera una noche llena de canciones pastelosas y no estoy de humor para ello.

Dejo el recipiente de cristal en la bandeja del camarero que pasa por mi lado y cojo un canapé de otra. Miro a la gente de mi alrededor y vuelvo a

pensar en cómo me he dejado engañar para esto. Echo de menos a mis modelos y las fiestas que me pego con ellas.

–¿Eres familia de la novia? –me pregunta un hombre, acercándose con su mujer.

–*Lo siento, no hablo inglés* –respondo en español.

Cuando el matrimonio pasa de largo, rompo a reír.

–*¿Te diviertes?* –me dicen al oído en el mismo idioma y brinco del susto.

A mi lado aparece un hombre de no más de treinta y cinco años, con el cabello castaño corto peinado de lado, una mirada celeste que impresiona y de sonrisa juvenil, que porta un elegante traje negro de marca.

*Joder, es guapísimo.*

–No mucho la verdad.

–Veo que dominas varias lenguas –musita y se relame el labio inferior, seductor.

–Por lo visto, no soy el único.

–Soy Andrew Roland –se presenta.

–Luke Meyer.

Estrecho su mano y mantenemos el contacto, tanto físico como visual, el tiempo suficiente como para entender que, el sexo, está disponible; tan fácil como coger un aperitivo de una bandeja.

*Retiro lo dicho anteriormente.*

–¿Te apetece una copa?

–¿Solo una?

La sonrisa lobuna de mi acompañante, engrandece, y cuando nos disponemos a desplazarnos hacia una de las barras, Regina aparece de la nada delante de los dos.

–Por fin te encuentro. ¿Qué haces con este?

–¿Os conocéis?

–Regina es clienta mía.

–Por así decirlo –añade esta y me agarra para llevarme con ella–. Andrew es uno de los abogados de Ian, además de buen amigo.

En su voz, normalmente aterciopelada, distingo un tinte de rabia contenida hacia él.

*¿Quizá despecho?*

–Íbamos a tomar una copa, si quieres acompañarnos... –invita el letrado.

–No, gracias. Cuanto más lejos de ti, mejor.

–Ay, gatita.

*¿Quizá tensión sexual no resuelta?*

–Vamos, Luke.

–Yo quiero quedarme –replico, manteniéndome en el sitio.

–No te conviene. Te liará –me dice con la expresión más seria que he visto en ella desde que la conozco.

–¡Es abogado! ¡Que me líe todo lo que quiera!

Las carcajadas del aludido nos llaman la atención y da un paso hacia nosotros, hacia mí, con una de las miradas más ardientes que he visto en mi vida.

–Me encanta este chico.

–Andrew, lárgate. Ya.

–Búscame cuando quieras –me susurra al oído antes de desaparecer entre la multitud.

Un golpe en el brazo me saca de la fogosa fantasía sexual en la que estaba inmerso con el abogado y miro de malas formas a la morena.

–Hazme caso, cuanto más lejos de él, mejor. Deja de pensar con la polla y usa el cerebro.

–No soy imbécil. Solo quiero follar. –Por encima del hombro de Regina veo girarse alarmada a una sofisticada señora–. ¿Y usted qué mira?

La hermana de Ian me aleja unos metros de ahí y de los oídos indiscretos, y vuelve a plantarse de brazos cruzados delante de mí, dispuesta a seguir con el sermón maternal.

–¿Champán? –ofrece una camarera, surgiendo a nuestro lado.

Regina la mira de arriba abajo y sonrío de manera pérfida.

–Hola, bella. Dime, ¿qué te parece mi amigo?

Las observo a las dos, especialmente a la parisina de adopción, y no doy crédito a lo que está haciendo.

–Me parece muy guapo y que viste muy bien –responde la joven, ruborizada.

Sonrío, arrogante, y me yergo como un gallo en un corral.

–¿Tienes pareja? Luke es un amante excepcional.

–Ejem... –carraspea Ian, justo detrás de la joven–. Por favor, continúa con tu trabajo.

La joven desaparece como un rayo y el imponente presidente de *Across* se une a nosotros con expresión de enfado.

*Nunca le he contado lo cachondo que me pone en ese estado.*

–¿Se puede saber qué estáis haciendo?! –ruge, encarándose a su hermana–.

Regina, estamos rodeados de personalidades importantes y tú te comportas como una proxeneta vendiendo a su puto.

Debería ofenderme, ambos deberíamos, pero, en cuanto nos miramos, rompemos en risas.

–Ha venido papá a regañarnos –me burlo.

A Jacobs no le hace gracia y así lo demuestra la mirada que me lanza.

–Solo queríamos divertirnos un poco, hermanito. Esta fiesta es un completo aburrimiento, llena de gente sosa.

–Salvo Andrew. Él es genial –añado, captando la atención de los hijos de Madeleine.

–¿Conoces a Andrew? –se interesa el adulto en este trío.

–Andaba al acecho, pero lo he espantado.

–¿Qué tipo de amistades tienes, que tan mala reputación parecen tener?

–Regina, ve a buscar a Heather –le ordena, míster rascacielos.

–¿Yo? Eres tú quien va a casarse con ella.

–¡Regina! –gruñe.

–*Ahg*, ¿dónde está?

–Junto a la banda, con el señor y la señora Drobball.

–¿Estás de broma? No pienso acercarme a esos, acabaría atrapada en una de sus interminables conversaciones. Dala por perdida.

La mirada de su hermano la hace ceder.

–Vale. Luke, si no he vuelto en cinco minutos, ve a salvarme.

Sonríó ante su toque melodramático y la veo alejarse, contoneándose cual *femme fatale* que es. Tampoco soy el único de los presentes que la mira. Apuesto que camina así por esa misma razón.

–Acompáñame.

Ian camina hacia el fondo del recinto y, tras poner los ojos en blanco, voy detrás. Me conduce hasta una de las inmensas columnas mar-moladas que bordean el espacio, ocultándonos de la vista del resto.

–Quiero pedirte un favor, Luke. Esta noche ya es bastante difícil como para que tú me la compliques todavía más.

Me retuerzo molesto y deseo propinarle un puñetazo en su perfecta y atractiva cara.

–Yo no soy ningún problema que debas controlar. Parece mentira que tú, sabiendo mi vida, insinúes eso.

La resplandeciente mirada cetrina se clava en la mía y parece arrepentido.

–Ni siquiera sabía a qué tipo de fiesta me traía Regina, porque, de saberlo,

ten muy claro que jamás habría puesto un pie en ella.

–No digo que seas un problema.

–Entonces, ¿qué estás diciendo?

–Que no puedo ir saludando a la gente y hablar con ella, si solo te tengo a ti en la mente, en con quién estás o qué estarás haciendo.

–¿Prefieres que me vaya, es eso? Lo haré ahora mismo.

–¡No! –exclama y agradezco que la música oculté su voz.

–Pues sé claro, Ian. ¿Qué es lo quieres?

Un movimiento de su ceja me hace intuirlo. No es la primera vez que detecto ese tic cuando va a decirme algo que no me va a gustar.

–Quiero que no te separes de mí en toda la noche.

Cojo aire, impidiendo que mi boca suelte lo primero que ha pasado por mi cabeza, y me recuesto en la columna, sosegándome antes de contestar.

–Eso no va a pasar.

–Seguirás con Regina. Es normal que mi hermana me acompañe en esta noche.

–Ya te he dicho que no.

El presidente de *Across* se lleva dos dedos al puente nasal y lo comprime como si quisiera contener una inminente jaqueca.

–Y, ¿quedarte cerca?

–No.

–¡Joder, pon de tu parte! –se queja.

–¿Confías en mí?

–¿Eso a qué viene ahora?

–¿Confías o no? Quiero saber si me crees cuando te digo que no voy a hacer nada para avergonzarte ni causarte... problemas.

Ian se acerca y apoya una mano en el mármol vetado, cerca de mi cabeza, acorralándome. Su expresión refleja deseo y me relamo sin poder evitarlo.

–No confraternices con Andrew –me susurra.

–¿Qué tiene de malo? Regina me ha dicho que es tu abogado, además de amigo.

–Y es muy bueno en las dos. Pero su vida sexual me interesa lo mismo que el sabor de la mierda.

–Tiene pinta de follar bien.

–¡Luke! –ruje, agarrándome por la pechera abierta de la camisa.

Jadeo, lanzando mi aliento a su rostro, y ansío apoderarme de sus labios. Tanto, como sus iris verduscos me indican que él quiere.

–¡Ian, suéltalo! –exclama Regina, apareciendo en escena con su futura cuñada y apartándole de un empujón–. ¿Te has vuelto loco? ¿Qué ibas a hacer, pegarle? ¿Estás bien, Luke?

Asiento y me arreglo la camisa, maldiciendo la oportuna interrupción. Por suerte, o por desgracia, no han aparecido cuando nos comíamos la boca como dos bestias hambrientas.

–¿Qué ocurre? –se interesa la inglesa, acercándose al novio.

–Nada. Solo debatíamos un tema laboral.

–¿Debatir? ¿Con qué, con los puños? –le recrimina la morena–. Vámonos, Luke.

La siguiente hora transcurre sin ningún incidente más, ni siquiera con algo mínimamente divertido, y escondo bajo la mano un bostezo. He pasado el rato en compañía de mi pareja, saludando y charlando con varios de los invitados, y no aguanto más este sopor de fiesta.

–¿Quieres bailar? –le propongo.

No espero respuesta, aunque tampoco se niega. Accedemos al centro de lo que se supone es la pista, delante de la banda, y rodeo a la preciosa Jacobs con mis brazos. El grupo toca una canción lenta, como casi todas las de esta noche, y nos balanceamos al compás.

–Eres una caja de sorpresas, señor Meyer. Sabes bailar.

–Pues imagina cómo follo –musito, arrancándole una risotada.

Enseguida somos flanqueados por otras parejas y mi vista se fija en un distanciado Ian que no nos quita el ojo de encima. Sonriéndole con maldad, atraigo más cerca a Regina y desciendo las manos por su espalda hasta detenerlas en el límite. Su negación me hace disfrutar y empiezo a dar vueltas por la pista, bajo el manto de estrellas artificiales.

A la balada le sigue una más movida y hago girar a mi pareja a mi alrededor para, de vez en cuando, tumbarla hasta casi rozar el suelo y volver a levantarla. Así bailamos, hasta que escucho los primeros acordes de la próxima canción y me detengo en el acto. Mis ojos vuelan hasta el pequeño escenario de la banda y descubro a Ian en el centro del mismo, agarrado al micrófono de pie.

–*Extraños en la noche...* –canta y a mí se me dispara el corazón.

–¡Oh, Dios mío! –alucina Regina, dando voz a mis pensamientos.

La gente se arremolina, todos atentos y embaucados por Jacobs, y sonrío emocionado al recordar. Una sensación cautivadora que explota como una pompa de jabón y se torna por una que me apuñala el pecho, en el momento

en que él estira el brazo y Heather coge su mano para ir con él. Se la está cantando a ella. Baila con ella.

–Discúlpame un momento, Regina.

Doy la espalda a la tarima y a esa escena que tanto daño me está haciendo, y recorro el salón entre la gente, dirigiéndome a la salida.

La noche es cálida y aunque el cielo está completamente despejado, la contaminación lumínica impide verse las estrellas. He salido a la terraza que emplean como zona de fumadores y agradezco la soledad. En mi mente revivo el momento canción una y otra vez, y la rabia ya empieza a consumirme.

*¿Cómo ha podido?*

Unas voces varoniles se avecinan por el pasillo y decido alejarme a la zona más apartada y oscura del lugar; ocultarme bajo el arco de piedra de unas ventanas. Para mi fortuna, solo tengo que hacer uso de ese refugio lo que tarda un cigarro en extinguirse. Para mi desgracia, lo abandono en el preciso instante en que Ian sale al exterior. Me detengo como si hubiera sido congelado, incluso dejo de respirar al saberme inadvertido por él, y lo contemplo acercarse a la barandilla que hasta hace escasos minutos yo ocupaba.

–¡Joder! –exclama rabioso, propinando un fuerte puñetazo en la madera.

Tras el primero, va un segundo. Y un tercero. Y un cuarto. Y un...

–¡Para! –le grito y Jacobs se gira nervioso en mi dirección.

–¿Luke?

A pasos agigantados cruza la terraza y me abraza con tanto ímpetu que retrocedo por la inercia, tan solo contenida por una de las ventanas que anteriormente me resguardaba.

–Pensaba que te habías marchado –murmura aliviado, acogiendo mi rostro entre sus manos.

–Estaba a punto de hacerlo –le hago saber, quitándomelo de encima.

Estoy furioso con él y no quiero que la cercanía perturbe mis sentimientos.

–¿Otra vez estás enfadado? Parece que contigo no hago más que cagarla.

–No estoy enfadado, directamente te odio.

–Eso no lo digas ni en broma.

–No es mentira. –*Sí lo es*–. Te odio Ian Jacobs.

Se abalanza sobre mí, como un toro que embiste, y me golpeo la cabeza contra el cristal. Mi quejido se ve silenciado por sus labios y mi cuerpo sepultado por el suyo. Por un momento me dejo llevar, rindiéndome al placer,

hasta que su voz regresa a mi cabeza en versión melódica y la receptora es otra rubia, una londinense.

Con otro empujón, lo aparto, y me limpio la boca con una pasada del dorso de la mano.

–¡No quiero que vuelvas a hacer eso en tu vida! –le espeto, cabreado.

–Ojalá pudiera creerte.

Se acerca una vez más y, del mismo modo, lo alejo palmeando con coraje su pecho.

–¡Eres un gilipollas engreído!

–Sigue. Desahógate –me incita, colocándose delante de mí y recibiendo otro ataque por mi parte.

–¡Cretino arrogante!

–¡Sigue!

–¡No quiero verte más! –grito, lanzándolo lo más lejos que puedo.

El cuerpo masculino aparece una y otra vez ante mis ojos, por mucho que lo rechace, y, en la última, lo agarro por las solapas de la chaqueta para zarandearlo.

–¿Por qué lo has hecho?! ¡Era nuestra canción!

Siento como si un gran peso desapareciera de golpe de mi espalda y me dejo caer contra el ventanal, para luego deslizarme hasta quedar sentado y esconder la cara entre las rodillas.

–Luke –susurra, acuclillándose y posando las manos encima de las mías.

–Déjame solo, por favor.

–La canción era un mensaje para ti.

Levanto la cabeza y, a pesar de querer mirarlo con odio, o de sentirlo de verdad, no puedo. Estoy abatido.

–¿Para mí? –replico incrédulo–. ¿Que se la cantaras a ella, era un mensaje para mí? ¿Que la bailaras con ella, era un mensaje para mí? ¿Qué puto mensaje es ese? Ya te lo digo yo, uno para hacerme mucho daño. Has querido vengarte de mí.

Ian no responde y desliza el pulgar por mi mejilla para retirar la humedad que la cubre. Gesto que corto con un golpe de mano.

–Hace unos días me diste la patada y me dejaste como una mierda en el vestíbulo de mi casa. Luego, que dejas *Across*. Y, para rematar, vienes aquí con Regina y tonteeas con Andrew. ¿Eso no es venganza? ¿Crees que no me has hecho daño?

–No es lo mismo.

–¿Por qué no?

–¡Porque yo te quiero, joder! –le grito, a ver si así se entera de una vez–. ¡Te quiero con todo mi ser y no puedo evitarlo! ¡Por esa razón tengo que distanciarme!

–¡Y yo te quiero a ti!

Sus palabras me golpean rabiosas y hacen silenciar. Le contemplo fijamente, intentando dilucidar lo que ha dicho, pero baja la mirada.

–Creo que lo sé desde hace un tiempo –confiesa, erizándose la piel–, desde tu fiesta de cumpleaños por lo menos. Luego vino el viaje a Los Ángeles y fue... increíble, a pesar de los motivos que nos llevaron allí. Entonces supe que no eras un simple capricho y que estaba ena-morado de ti. Y, días después, sucedió lo del avión.

Trago saliva y rememoro aquel vuelo y aquellas palabras que dije por primera vez en mi vida a una persona que no eran Meg o Christa. En realidad, ni las de ellas tienen el mismo significado. Lo que siento por Ian no lo he sentido por nadie jamás.

El neoyorkino levanta la vista hacia mí y sonrío con añoranza, como recordando un buen momento.

–Me hiciste tan feliz, que no creo que llegues a saberlo nunca.

–¿Me quieres? –digo al fin.

Ian asiente.

–Dímelo.

–Te quiero, Luke. Solo a ti.

–Pero, en tu casa...

–Tenía miedo. Aún lo tengo. No sé qué va a ser de nosotros y, si hay algo seguro, es que no quiero perderte.

Le diría que rompa el compromiso con Heather, pero temo, yo sí que temo, lo que pueda responder y no quiero volver a pelear.

–¿De nosotros? –repito pensativo–. Pues... que moriremos follan-do. O destrozándonos.

–Ninguno saldremos ilesos, ¿verdad?

–Ninguno –le aseguro.

La risa del moreno me contagia y lo atraigo de la corbata, manía que ya he cogido por costumbre, para besarle con toda la pasión que soy capaz de demostrar.

*He echado tanto de menos esto...*

Cuando nos separamos, las respiraciones están agitadas y nuestros pulsos

disparados.

–¿Pasarás el fin de semana en mi casa?

–Solo mañana –acepto a medias–. El domingo quiero revisar los diseños del concurso para la final del miércoles.

–Serás maniático –se burla.

Sonrío y vuelvo a ir a por su boca. Acción que no logro llevar a cabo porque escuchamos un ruido en la distancia y Jacobs se yergue alar-mado.

–Quédate aquí –me pide, poniéndose en pie.

–Solo por hoy, no pienso seguir escondiéndome. Vete haciéndote a la idea o esto no llegará muy lejos.

La mirada de mi jefe refleja desesperación y la mía decisión.

*¿Cuál ganará?*

–Vale –acepta finalmente y se marcha dejándome solo y desbordado de dicha en la semioscuridad de la terraza.

*¡Me quiere! ¡Ian está enamorado de mí! Joder, que locura.*

Regresa uno o dos minutos después, y lo hace confuso.

–¿Quién era?

–No había nadie.

–Habrá sido el aire.

–Puede, pero debemos regresar a la fiesta.

Con su ayuda, me levanto del suelo y salimos de la terraza, él unos pasos por delante. Muchos, la verdad. Ni siquiera se detiene cuando lo hago yo, al resonar otro ruido a mi espalda.

A la derecha de la terraza observo una puerta y me encamino sigi-losos hacia ella. Agarro el pomo y abro de forma impetuosa. Dentro de la pequeña habitación de limpieza encuentro a una persona que se gira asustada, tirando al suelo varios botes de una estantería. Me sorprendo descubrir quién es y me tenso al saber que era ella la que nos estaba espionando.

*¿Lo habrá escuchado todo?*

–¿Qué haces aquí, Heather?

–Nada que a ti te importe –espetea, intentando adoptar una actitud de dignidad entre varios escobones.

Cierro la puerta para regresar a la fiesta y a mitad de camino escucho un rápido taconeo que me persigue.

–¡Espera!

Lo hago y me giro hacia ella. Todo sea porque no monte ningún escándalo en la fiesta.

–¿Qué hay entre vosotros?

–Nada que a ti te importe –repito sus palabras anteriores.

–Ian no puede hacerme esto.

Enfurecido, doy un paso hacia ella.

–La cuestión es, ¿cómo se lo puedes hacer tú? Podría acabar en la cárcel por cometer un delito.

El rostro femenino de porcelana va tomando matices rojizos, contrayéndose, y empiezo a no verla tan atractiva.

–Eso no pasará –murmura convencida.

–Eso no lo sabes. Él solo intenta hacerte un favor y...

–Ian me quiere, me lo ha dicho. Y yo a él.

Siento ganas de vomitar. No la voy a creer porque sería capaz de decir cualquier cosa en este momento, aun así, duele escucharlo.

–Entiendo que estés enamorada de él, porque yo también lo estoy, pero voy a hacer todo lo posible por anular esa boda.

La rubia petulante abre la boca queriendo responder, pero no lo hace. Solo me regala una fría y amenazadora mirada añil, y pasa de largo para marcharse a la fiesta. Yo respiro unas cuantas veces, eliminando la tensión que he acumulado, y sigo la misma dirección.

La velada termina sin más acontecimientos reseñables. Bueno, me ha costado conseguir el perdón de Regina por abandonarla durante tanto tiempo, aunque unos cuantos bailes han solucionado el problema. Ian y yo no volvemos a hablar, pero sí que cruzamos la mirada continuamente. Nada hace indicar que Heather le haya contado nuestra conversación y decido que yo tampoco lo haré. Ese asunto debe solucionarlo él por su cuenta y modo.

Cuando llego a casa bien entrada la madrugada, recibo un mensaje suyo:

**–Estoy deseando verte en unas horas. Hubiese preferido que durmieras conmigo, pero te lo perdonaré si vienes a desayunar. Ya tengo muchas ideas para pasar el sábado contigo. En la mayoría no vas a necesitar la ropa. TQ–**

Sonrío como un idiota enamorado y jadeo excitado solo de imaginar esas ideas.

**–No te vayas a la cama sin mí. Yo TQ más–**

Adentrándome en la cocina, cojo el bloc de notas y el boli que Meg deja junto al teléfono para apuntar mensajes, y le escribo una nota:

**“Cariño, voy a pasar el día fuera. Luego te llamo.  
Luke.”**

Tardo una larga y desesperante hora en llegar hasta su casa y un buen rato añadido para convencer al conserje del turno nocturno de que me deje subir. Finalmente, lo consigo. Ian me recibe en la puerta, seguramente avisado por el empleado de abajo, y quedo impactado al encontrarlo desnudo y con un bote de sirope cubriendo estratégica-mente su miembro viril.

–¡Ñam! –gruñe mi parte libidinosa y corro a por él.

Follamos toda la noche, o lo que queda de ella, hasta que los primeros rалlos del alba iluminan su habitación; una enorme, lujosa y perfectamente acondicionada *suite* del piso cincuenta.

Cuando despierto, lo hago abrazado a él y por un momento creo haber regresado a Los Ángeles. Pero no, en esta ocasión es mucho mejor porque, ahora, es el quien dice que me quiere cada vez que se corre.

Comenzamos el día metidos en la bañera de hidromasaje que posee en su elegante cuarto de baño y lo hacemos con Ian recostado sobre mi cuerpo y yo lavándole con el mayor de los placeres mientras Manhattan sigue su vida al otro lado del mirador. No sé si se deberá a los sentimientos que recorren mi interior, pero veo la ciudad mucho más bonita.

Desayunamos con un hambre voraz debido al sexo y a que anoche apenas cenamos nada en la fiesta, y, como mencionó a través del mensaje de texto, lo hacemos desnudos con una toalla rodeando la cintura.

Vemos la tele y nos enrollamos en el sofá como dos adolescentes hormonados; jugamos al billar y follamos sobre el tapete verdusco; entrenamos en su gimnasio privado *deluxe* y nos la comemos en la banca de pesas; preparamos juntos la comida con algunas sobras que Marthy ha dejado del día anterior; tomamos el sol en la terraza del piso superior; nos bañamos en la piscina y terminamos haciéndolo en uno de los rincones; le doy uno de mis famosos masajes por todo el cuerpo, absolutamente en cada parte de él; me escondo en una de sus tantas habitaciones y cuando me encuentra, o más bien me dejo encontrar, practicamos sexo en la alfombra de pelo; pedimos pizza y la cenamos viendo *El diablo viste de Prada*; y, para acabar el día, me lleva a caballito hasta su cama y allí volvemos a darnos placer hasta quedar dormidos abrazados.

–Te quiero –es lo último que me susurra al oído.

–Te quiero –es lo que respondo, borracho de felicidad.

En todo el domingo no pierdo la sonrisa; desde que Ian me deja en casa y se despide con un tierno beso en los labios, ni durante las horas que paso en compañía de Megan y Christa mientras la primera se prueba mis diseños y la segunda me convence para que le haga uno a ella, ni cuando recojo la cocina y la limpio después de cenar.

Mi teléfono móvil vibra sobre la encimera y me lanzo a por él.

**–No puedo dejar de pensar en ti. ¿Qué hago? –**

–Yo estoy igual. ¿Quieres que vaya a verte? –

–No. Ábreme la puerta–

Salto emocionado y corro descalzo hasta el portero automático de casa. Antes de darle acceso al portal, reviso que las chicas siguen con la atención fija en la televisión. Están absortas con *RuPaul Drag Race* y no hay peligro.

Salgo del piso y vuelvo la puerta hasta casi cerrarla, para observar a Ian entrar. La sonrisa emerge sola en mi rostro, al igual que la suya.

*¿Es posible que todo esto sea un sueño? Si es así, no quiero despertar nunca.*

Jacobs viste un pantalón de deporte y una fina sudadera, dándole una imagen más juvenil que me enloquece. Lo que me confunde es que se recueste en el pasamanos de las escaleras y no suba.

–¿Qué haces? –le pregunto divertido.

–Admirarte.

Río y me acerco hasta el borde de las escaleras para permitírselo. Estoy con uno de mis pantalones cortos deportivos, habituales para andar por casa, y una antigua camiseta sin mangas.

–Necesito besarte –le tiento.

Mis palabras surten el efecto deseado y el señor rascacielos corre peldaños arriba hasta cogerme entre sus brazos y besarme con devoción. Solo nos separamos al momento de escuchar una puerta abrirse, la de mi vecino, que escoge este rato para salir a tirar la basura.

–Buenas noches, señor Balder –lo saludo y miro con preocupación a Jacobs–. Es mi casero.

–Sí, lo recuerdo.

El moreno se acerca hasta el hombre y estira una mano, educado.

–Mucho gusto, señor. Soy Ian, el novio de Luke.

Debo darme un puñetazo en el pecho para que mi corazón vuelva a latir. No termino de creer lo que acabo de escuchar.

–El gusto es mío, muchacho. Te llevas una joya.

El mecánico jubilado me guiña un ojo, cómplice, y retoma el camino hacia la calle.

–¿Mi novio? –le pregunto, una vez nos quedamos solos.

–¿Ha sonado mal?

–Suenan genial.

Voy hacia él y me fundo de nuevo con su boca en un apasionado beso. Luego, nos acercamos a la puerta entreabierta de mi casa.

–No estoy solo. ¿Estás seguro de que quieres entrar?

–Sí. Tú no quieres esconderte y yo no quiero perderte.

–Tampoco quiero forzarte a hacer nada que no quieras.

–Luke, tranquilo. Quiero y estoy listo.

Trago saliva y cojo aire antes de atravesar el umbral seguido por mi atractivo... jefe.

*¿Novio? ¿Jefe novio? ¿Novio jefe?*

Megan y Christa no se enteran de lo que sucede detrás de ellas. Cada vez que ven ese programa, ya puede caer una bomba atómica que ni se inmutan.

–Que zorra es Michele –se carcajea Christa.

–Cada vez me gusta más Violet. Espero que gane ella.

–Buenas noches –saluda Ian.

Mi prima dispara al televisor con el mando a distancia, deteniendo el programa, y las dos vuelven la cabeza perfectamente sincronizadas. No sé a cuál de ellas se le abren más los ojos. Bueno, sí, a Christa. La rubia ya está más que acostumbrada.

–Buena noches –saluda la morena.

–Hola, Ian. Qué alegría verte, ¿cómo estás?

–Muy bien, gracias. ¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo?

–Genial, de sesión en sesión de fotos.

–Me alegro.

–No os molestamos más –me entrometo y tiro de la mano de Ian, llevándomelo a mi habitación.

–Por cierto, señor Jacobs –nos detiene Chris–. Ya tengo varios candidatos para sustituir a Luke. Mañana llamaré a su secretaria para que ella decida.

–Christa, no es momento para hablar de trabajo –la reprendo y termino de llevarme a Jacobs.

–Y llámame Ian.

Antes de que pueda cerrar la puerta del dormitorio, escuchamos las risitas provenientes del salón.

*¡Pero que par de brujas!*

Ian se deja caer en mi cama, mirándome con seriedad.

–Perdona a mi amiga...

–No estoy molesto –me interrumpe–. Al menos, no con ella.

–¿Conmigo?

–¿Sigues queriendo dejar *Across*?

–Ian, es lo mejor. Y, en el fondo, lo sabes.

–Entiendo que quieras dejar el puesto de secretario, pero te ofrecí ser diseñador *junior*.

–Me lo ofreciste sin ver mi trabajo. Empiezo a pensar que no eres tan buen empresario.

Jacobs se carcajea y voy hacia él para acomodarme sobre sus piernas y rodearle el cuello con los brazos.

–Entonces, muéstramelo.

–¿Ahora?

*Ahora quiero sexo.*

–Sí, ahora. ¿A qué le tienes miedo? Ahí fuera tenemos a una gran modelo y a una chica preciosa que seguro que le encantaría desfilarse para ti.

Me inclino para lamerle los labios y mordérselos.

–No vas a conseguir distraerme –arguye guasón–. Luego haremos el amor tantas veces como quieras.

–¿Hacer el amor?

–Hacer el amor –repite con seguridad–. Salvaje, lujurioso, pasional... pero hacer el amor.

Salto de sus piernas antes de que lo tire sobre la cama y salgo de la habitación para volver al salón.

–¿Ha acabado el episodio?

–Sí, han echado a Katya.

–Que mierda, ¡era mi favorita! –se queja Christa.

–Ian quiere ver mis diseños. ¿Os apetece desfilarse?

Megan no se lo piensa dos veces y brinca del asiento, arrastrando consigo a la morena hasta el taller.

El neoyorkino está sentado en el sofá cuando llego con la carpeta de diseños. Estoy acojonado, para qué voy a engañarme. Es un profesional del gremio, un buen profesional, y respeto su opinión.

Antes de que pueda abrirla, apoyo una mano encima.

–Se sincero –le digo–, odio que me mientan.

El presidente de *Across* asiente y me marcho a preparar a las modelos.

La siguiente hora y media es más divertida de lo que pensaba. De pasarela usamos la tarima, en el breve tramo desde el taller hasta la salida del piso y

vuelta. Meg desfila, entre otros, con mis diseños para el concurso; Christa lo hace con la gran mayoría de los que he confeccionado en mi etapa estudiantil y años posteriores; y yo me animo a hacerlo con las pocas prendas masculinas que he creado. Un espectáculo casero y exclusivo para un asistente, ambientado con música alternativa que emite la radio de mi prima.

Ian examina la carpeta de bocetos que mantiene sobre sus piernas entre cambio y cambio de vestuario, y cada vez que mi atención se posa en él lo encuentro sonriendo.

Me apoyo en la esquina del salón cuando Megan empieza a recorrer la pasarela improvisada con mi último trabajo, el vestido de alta costura. Quiero ver la reacción de Jacobs en vivo y en directo. Sin intermediarios.

El presidente de *Across* levanta la cabeza de mis dibujos y observa el caminar de la rubia casi sin pestañear. Esta lo hace como si estuviera en la semana de la moda, disfrutando y luciendo la prenda como solo ella sabe, y la expresión del rostro varonil es difusa. No termino de saber si le agrada o no.

–¿Puedes pasar otra vez? –solicita y a mí se me eriza el poco bello del cuerpo.

Megan sonríe y lo hace sin inconvenientes. Esta vez, el presidente de una de las mejores marcas de moda del mundo, se levanta del sofá y contempla con atención cada detalle del vestido.

Cuando la modelo llega por segunda vez hasta mi posición, Ian y yo cruzamos la mirada y aguardo inquieto a que dé su valoración.

–Deberán ser excepcionales esos otros diseñadores si quieren tener una mínima posibilidad de ganarte.

Me abrazo a mí mismo con fuerza y contengo un escalofrío.

–¿Eso significa que te ha gustado mi trabajo?

–Mucho más que gustar. Ahora sí que no voy a permitir que te escapes de *Across*.

La risa de Megan se entremezcla con la mía y me vuelvo hacia ella, que parece tan emocionada como yo.

–Regreso enseguida. Voy a ayudar a mi prima a quitarse el vestido.

–No, quédate –murmura esta–. Christa lo hará.

–Con cuidado, por favor.

–Sí, tranquilo.

Planta un beso en mi mejilla y se encamina hacia el taller. Yo ladeo la cabeza, siguiéndola, y disfruto del movimiento serpenteante y fluido de la pequeña cola de encaje sobre la madera.

–¿Sabes que el ayudante de Ellery McGuire también participa?

–¿Su sombra? –pregunta perplejo.

–Y es bueno.

Coloco la carpeta con mis diseños en su sitio, debajo de la mesa de trabajo, y miro por encima del hombro cuando escucho cerrarse la puerta del dormitorio. Ian se acerca hasta la cama, gatea por esta y se tumba en el centro, acción que me hace sonreír. En ese momento, palmea el colchón a su lado, invitándome a ir con él, y no lo dudo un instante.

–¿Cogiendo postura para dormir? –me burlo, tumbándome de medio lado junto a él.

–No es en dormir en lo que pienso.

Acercándome un poco más, rozo mi nariz contra la suya y le doy un beso lento. De esos que cuesta despegar.

–¿Vas a pasar la noche conmigo?

–Y nadie va a impedírmelo.

Entre caricias por encima de la ropa, comenzamos a encendernos, y me coloco sobre él para devorarlo y ser devorado, como ambos que-remos.

–¡Joder! –jadea excitado—. ¿Algún día perderemos esta lujuria?

–Mierda, espero que no.

Jacobs se incorpora y le quito la sudadera, a la par que la camiseta, y arrojó las ropas al suelo. Luego es él quien me desnuda de cintura para arriba y me tira sobre la cama como si se tratara de un cuadrilá-tero y nosotros dos luchadores. Dos luchadores que se quieren y de-sean de manera casi enfermiza.

Su lengua me recorre el cuello dejando un rastro ardiente y gimo de placer.

–Esta tarde he hablado con Heather.

Le agarro por los hombros y lo aparto para mirarle a la cara.

–¿Estás de coña? No creo que sea el mejor momento para hablar de ella.

–Lo sé, pero no se me va de aquí –dice, golpeándose la sien con un dedo.

–De acuerdo –le concedo al distinguir preocupación en su mirada, esa que hasta hace poco ardía lasciva—. ¿Qué ha pasado?

Ian no se quita de encima, al contrario, acomoda el peso en un bra-zo y con el libre me acaricia el pecho.

–Le he contado que no puedo casarme con ella.

Los latidos de mi corazón se aceleran y Jacobs debe notarlos en la mano puesto que sonrío.

–Y que estoy enamorado de alguien.

*¿Soy yo o le acaban de brillar los ojos?*

–¿Qué ha dicho ella?

–Que ya lo sabía –responde y me tenso–. Que habló contigo en la fiesta.  
¿Es eso cierto?

–Sí, pero hay una explicación.

–Joder, Luke –se lamenta, poniéndose de rodillas sobre el colchón a una distancia prudencial de mí–. ¿Por qué te lo has callado?

Me incorporo e intento no perder los estribos.

–Por esto mismo –le hago saber, señalándonos–. Cada vez que Heather sale a colación, acabamos discutiendo y no quiero. Nos vio en la terraza y cuando la descubrí quise hablar con ella para que no formara un lío en la fiesta.

Ian hunde los dedos entre su pelo azabache y suspira exasperado.

–No se lo ha tomado nada bien. Aunque le haya asegurado que correré con todos los gastos que la boda le haya ocasionado.

–No todo es cuestión de dinero.

–Lo mismo ha dicho ella.

*¡Ahg!*

–Entonces, ¿ya no habrá enlace?

El neoyorkino niega y, a pesar de notar su preocupación, me lanzo eufórico sobre él.

–Todavía hay más –comenta, conteniéndome–. En su despedida me ha dejado claro que esto no va a quedar así.

–¿Te ha amenazado?

La furia empieza a recorrer mis venas, como lava de volcán, y deseo tener un nuevo encuentro con ella.

–A mí no.

Esa respuesta no es la que espero. Su mirada, sumada a la rigidez que toma su cuerpo, me lo hacen entender.

–Ah. Pretende vengarse de mí.

–Que no se atreva, porque entonces la hundo –ruje posesivo.

–No siento ningún miedo, así que relájate y disfruta.

Lo fuerzo a tumbarse y empiezo a besar y lamer cada centímetro de su escultural físico.

–Hay algo más.

Levanto la cabeza del pétreo abdomen y le miro exasperado.

–Cuando todo el mundo se entere de la cancelación de la boda y el motivo,

se formará una buena tormenta a nuestro alrededor.

Asciendo de regreso a su boca y le planto un dulce beso.

–Entonces, bailaremos bajo la lluvia.

## **CAPÍTULO 22**

El martes llega mi sustituto a *Across* y un repentino sentimiento de pena me aborda al entender que este será mi último día como secretario de Ian. Todos los recuerdos vividos me bombardean, desde el primer, excitante e incómodo encuentro con él. Es inaudito saber cómo empezamos y cómo hemos acabado. No, cómo seguimos. Acabar, no vamos a acabar.

El chico nuevo es casi tan joven como yo, afroamericano, simpático de primeras, estiloso vistiendo y parece controlar el trabajo.

—No es mi primer empleo como secretario de dirección —me dice cuando alabo su destreza y rapidez.

Mentiría si dijera que no me sienta mal que sea más profesional que yo en su momento. Aunque tampoco lo he hecho tan mal.

Grace ha optado por mantenerse al margen, después de saludar a Peyton, y me ha encargado enseñarle las funciones a realizar además de la estructuración del edificio Partner. Intuyo que se trata de su pequeña venganza por mi marcha.

En cuanto Ian le ha visto ocupando mi mesa, en realidad la de Helen, ha sacado su faceta de gran empresario y estricto jefe, señor Jacobs en estado puro, consiguiendo intimidar al joven.

Tampoco negaré que la horrible idea de que ahora sea él de quien se enamore, ha cruzado mi mente. Pero la he rechazado de inmediato.

*¡Solo me quiere a mí!*

Cuando la secretaria principal se marcha a comer, Peyton aprovecha para asediarme a preguntas tipo: *¿qué tal se trabaja aquí? ¿por qué te marchas? ¿siempre impone tanto el señor Jacobs? ¿es fácil trabajar con Grace?* Y las respondo con toda sinceridad. Toda.

A la hora del almuerzo, lo llevo al comedor y se sorprende por el tamaño del espacio, la variedad de comida y lo saludable que parece. Algo lógico en una empresa de moda.

—Aquí no encontrarás pizzas y hamburguesas. Coge lo quieras.

El joven se pasea por los mostradores refrigerados y yo le sigo con mi típico sándwich y refresco.

—Luke.

—¿Sí?

Me doy la vuelta, pero no a tiempo para ver venir la mano abierta que se acerca con rapidez a mi cara. El tortazo resuena más de lo que llega a doler y la ejecutora no es otra que Heather, que se mantiene firme y con gesto de odio delante de mí. No tengo que mirar para saber que, ahora mismo, todos los ojos

de la estancia están puestos en no-sotros.

–¡Ian ha cancelado la boda! ¡¿Ya estás contento?! –grita para que los empleados puedan escucharla.

Por un momento vuelvo a sentirme aquel joven ingenuo al que acusaron de romper un feliz matrimonio y cuya reputación fue tirada al fango y pisoteada a base de humillaciones y juicios injustos.

*Esta vez no.*

Gruño y doy un paso hacia ella.

–Te avisé de que haría lo imposible por impedirla. Eres una estafadora y no vas a salirte con la tuya.

La rubia, supuestamente educada y dócil, vuelve a levantar la mano hacia mí.

–Hazlo y responderé –le advierto.

Para mi sorpresa es Sylvia, la modelo con la que tuve un *affaire* en los baños y fue de las primeras en tratarme bien, la que se entromete empujándola para que se aleje de mí.

–¡Fuera de aquí! ¡Que alguien llame a seguridad!

–¡Ya me voy! –exclama la otra, que sigue matándome con la mirada–. ¡Pero, una cosa te digo, Luke... Tarde o temprano recibirás de tu propia medicina!

–¡Que alguien se la lleve! –se queja la chica de melena caoba rizada.

Cuando parece que la europea se marcha, Sylvia se gira hacia mí con preocupación.

–Dios mío, Luke. Estás sangrando.

Paso los dedos por mi pómulo afectado y noto la humedad antes de ver el líquido bermellón cubriendo las yemas.

–Joder –me quejo–, la muy zorra ha debido cortarme con un anillo.

–Vamos al baño.

En el de hombres, me limpio los dedos debajo del grifo mientras ella hace lo propio con papel húmedo en mi mejilla.

–Es un rasguño superficial y no te quedará marca.

–Me alivia saberlo. Sería una putada estropear esta belleza.

La joven se ríe y yo con ella.

–¿Recuerdas la última vez que estuvimos aquí?

–Oh, sí –responde alarmada–. Te juro que pensé que nos despediría en ese momento.

–Perdona si te molestó mi distanciamiento.

–No te preocupes. Después de aquello, lo entendí.

Agradezco su comprensión, aunque no le aclaro lo que sucedió con Ian realmente.

Y así como pienso en él, este entra en los aseos como un vendaval huracanado. La mirada que nos echa, me provoca un *déjà vu* del día recientemente recordado.

–¿Puedes dejarnos un momento? –solicita a la chica.

–Sí.

Sylvia me sonrío amigable y desaparece, dejándonos a solas. Yo continúo mirándome en el espejo y comprobando que no sangro más y que el corte, además de poco profundo, no es muy grande. También me noto la mejilla enrojecida.

–¿Es que cada vez que venga a estos baños tengo que encontrarte con ella? Sonrío jovial, a pesar de la seriedad en su pregunta.

–Y yo veo que Henry sigue informándote.

–¿A qué te refieres?

Le miro a través del espejo y enarco una ceja. Sé que sabe a qué me refiero.

–¿Crees que eres el único que te enteras de todo?

Ian no responde y se acerca para agarrarme por el mentón.

–Déjame ver.

–No es nada –le digo.

–No creí que fuera capaz de hacer esto. Lo siento.

–Da igual –le digo, quitando hierro al asunto–. La peor parada ha sido ella quedando de lo que es.

–Avisaré a seguridad para que no la dejen volver a entrar.

–¿Te preocupa mi bienestar?

–Más que el mío propio.

Le besaría, pero un empleado accede al aseo y rompe el clímax íntimo que estábamos tomando.

–Luego te veo –se despide de manera informal.

Despierto al día siguiente como si lo hiciera de una pesadilla y me revuelvo nervioso en la cama. Por un momento no sé dónde me encuentro, hasta que Ian sale del vestidor ajustándose la corbata.

–Buenos días, bello durmiente.

–¿Qué hora es? –pregunto confuso y miro a través de los ventanales que

dan a la terraza. Empieza a verse el destello lejano del amanecer.

–Las seis y media. Aprovecha a dormir hoy, que mañana volverás a madrugar para ir a *Across*. O puedes venir conmigo y pasar por recursos humanos para adelantar el papeleo.

–No, tengo cosas que hacer. Además, hoy es el concurso, ¿recuerdas? –Me llevo la mano al pómulo y siseo dolorido—. ¿Se me ha puesto morado?

Jacobs se acerca y se sienta al lado para revisar mi rostro.

–No, lo tienes bien.

A sus palabras le sigue un beso en la mejilla y otro en los labios. A continuación, se levanta para terminar de arreglarse. Se ha puesto un traje oscuro, de esos que tan bien le quedan, y solo puedo admirarle atontado.

Hoy, oficialmente, ya no soy su secretario y creo que echaré de menos los momentos pasionales en su despacho. También voy a extrañar a Grace, pero ayer le aseguré, tras informarla de mi pronta incorporación como diseñador *junior*, que la visitaré cada día y comeré con ella ahora que puedo.

Saco las piernas de la cama, me pongo el calzoncillo que yace tirado en el suelo y cojo la foto que preside en la mesilla; una foto de la familia Jacobs sacada varios años atrás y con la que sonrío enternecido por el jovencísimo Ian que hay retratado en ella. Por entonces ya era atractivo, pero con la edad ha ido mejorando. Fijándome en el padre, encuentro el parecido entre los dos.

–¿Cuándo regresa Regina del *spa*?

–Según me dijo, hoy –contesta, sentándose nuevamente a mi lado—. Ya puede estar relajada, ya. Se pasa la vida de balneario en balneario.

Su comentario me hace reír y señalo la foto que tengo entre las manos, donde abraza protector a su hermana a pesar de ser más joven que ella.

–Me encanta esta foto –le digo.

–Y a mí.

La devuelvo a su sitio y me giro hacia mi acompañante. Este entierra los dedos entre las greñas rubias de mi nuca y me masajea el cuello.

–¿Por qué no vas a darte una ducha rápida y bajas a desayunar conmigo? Marthy no llega hasta las ocho, pero unos cereales creo que podré darte.

S sonrío, asiento y me levanto para ir al baño, no sin antes probar sus labios una vez más.

Es media mañana cuando Megan y yo volvemos a cruzar las puertas del gran hotel *Four Seasons*, tan cargados como la primera vez. En el *hall* nos espera una persona de la organización que, tras saludarnos, nos conduce hasta

el salón donde va a suceder el evento. No es el que ya conocíamos; para esta ocasión, han reservado uno especial. La estancia no es grande y tiene el techo abovedado, pero está minuciosamente organizado y preparado para el acontecimiento, el más importante de mi vida, e impresiona al entrar.

Cuatro hileras de asientos rodean la tarima oscura que se extiende a ras de suelo por el centro del lugar y, al final de esta, un grueso cordel reserva el espacio para los fotógrafos. Sobre nuestras cabezas, una impresionante estructura de iluminación cubre el camino que atravesarán las modelos.

—La primera fila de sillas serán ocupadas por representantes de algunas revistas de moda y otras personalidades destacadas —nos explica la mujer mientras pasamos entre ellas hacia el... “backstage”.

Puedo leer varios letreros con los nombres: *Vogue*, *Elle*, *Bazaar*, *Vanity Fair*, *In Style*, *Cosmopolitan* o *AFS*, y la presión comienza a hacer mella en mis nervios.

—Aquí se sentará el jurado —añade, señalando las seis del principio. Luego, el atril del extremo—. Y desde allí presentará Kayla. ¿Has traído las notas que te pedimos?

—Sí. —Meto la mano en mi bandolera y saco las cuatro fichas para entregárselas—. Me dijeron un breve resumen sobre el diseño, espero que sirva.

La mujer las ojea por encima y me sonrío.

—Es perfecto. Sigamos, el *show* dará comienzo enseguida.

Colindando con el salón principal hay otra estancia algo más pequeña y una rápida revisión me hace deducir que se trata de algún tipo de almacén del hotel, transformado en sastrería y maquillaje para la ocasión. Al igual que la semana pasada, diez *sets* individuales se reparan por el local y mi prima y yo nos dirigimos al vacío, en el medio de todos. Desde la distancia y con un leve movimiento de cabeza, saludo al asistente de Ellery aunque él no responda.

*Muy raro es ese chico.*

—Por fin llegáis.

Meg y yo nos giramos, topándonos así con una chica que arquea las cejas al verme.

—¡Yo a ti te conozco!

Me quedo mudo. La joven es de estatura media, morena de corte *garçon*, físicamente agradable, expresión risueña y no negaré que me resulta familiar, pero, en este momento, no sé de qué.

*¿Uno de mis líos, quizás?*

–Soy Sophia. Nos conocimos en un bar, ¿no te acuerdas? –añade, esperando una palabra por mi parte.

*Esto empeora por momentos.*

–Yo sí –se entromete la rubia y alucino del todo–. Qué casualidad encontrarnos aquí.

–Y tanto que sí.

–¿Formas parte de la organización?

–Soy vuestra maquilladora y peluquera asignada –responde jovial y coloca un maletín sobre el tocador.

–Es la chica que te llevó borracho a casa una noche. ¿No la recuerdas? –comenta Megan, claramente divertida por la situación.

–¡Ahaa...! –exclamo cuando un borroso *flashback* ilumina mi mente–. Eres la tía con la que no me acosté.

Sophia me mira alarmada, con sus grandes ojos negros abiertos de par en par, y después a la gente de alrededor.

–Vaya, no sé si sentirme alagada o insultada por eso.

–Lo siento, aquella vez había bebido mucho.

–Sí, lo recuerdo. Te habían plantado.

Meg adopta una postura de intriga por saber a qué se refiere y niego para que no pregunte. Ya empiezo a hacer memoria, Ian me había dejado colgado por la inglesa.

–Vayamos a lo que importa –murmuro, zanjando el tema–. Solo cuento con una modelo y necesito que seas rápida, Sophia.

La chica sonrío de medio lado y se cruje los dedos, como preparándose para un combate.

–Pues has tenido mucha suerte –presume orgullosa.

Como la vez anterior, en la habitación se respira nerviosismo y competitividad. Los diez finalistas queremos salir victoriosos y no es para menos; el ganador no solo se llevará el título de diseñador *junior* del año y aparecerá en las publicaciones de moda más importantes del país, también se hará propietario de un suculento cheque de cien mil dólares.

El certamen comienza con el pase del diseño *vintage* y mi posición en salir es la última, tal y como quedé clasificado. Sophia realiza un primer gran trabajo con maquillaje y peluquería apropiados al estilo y al vestido. En cuanto Megan regresa de la pasarela, corremos hasta nuestro puesto para hacer el cambio de vestuario; uno de los momentos más tensos y en el que me veo algo aliviado y agrado cuando la morena me ayuda, implicándose

como si fuera ella la que tuviese su futuro en juego.

El siguiente en salir es el vestido de confección actual y, haciendo honor a su talento, la profesional de la estética transforma a la modelo con un par de toques de pintura y unos postizos. Solo contamos con nueve cruces de pasarela por delante, pero la explicación que realiza la conductora del desfile nos da algo más de margen.

Del actual pasamos al traje de chaqueta y pantalón, y en menos de dos minutos mi prima está lista. Entonces, Sophia y yo chocamos la mano como un orgulloso equipo perfectamente compenetrado.

Con el vestido de alta costura se cierra la competición. En concreto, el mío la cierra y no podría haber salido mejor. La chica con la que compartí copas y confidencias semanas atrás, y se preocupó de que llegara sano y salvo a casa, se esfuerza por última vez y prepara a Megan como si fuese lo más importante en el mundo: un postizo en forma de moño alto, unos mechones sueltos a cada lado de la cara, brillantina adornando los ojos y labios.

Cuando Megan sale a la pasarela, caigo rendido contra la pared y sonrío emocionado al ver los destellos de los *flashes*. Acto seguido, trago saliva. Puedo sentirme tan cerca de mi sueño... En realidad, gane o no, esta experiencia ya la siento como un sueño cumplido.

*Aunque quiero ganar.*

No transcurren muchos minutos hasta que nos llaman para salir a la pasarela junto a nuestros últimos diseños, pero seguro que no soy al único que se le hacen eternos. Así pues, cogido a la mano de mi prima, sigo al resto de participantes. Lo primero que recibo, recibimos, es una oleada de aplausos por parte de los asistentes y algún que otro fogonazo de luz.

*Joder, voy a salir en las fotos con el rostro magullado.*

*Te odio, Heather.*

En un principio, evito fijarme en el jurado para no ponerme más nervioso y recorro la mirada por el resto del público. Mentiría si dijera que no lo busco a él, que desearía encontrarlo sentado en primera fila observándome orgulloso y enamorado, pero Jacobs no está presente. O no ese Jacobs precisamente. Regina levanta la mano y me saluda cuando mis ojos se detienen en ella, y sonrío agradecido de verla ahí.

–Algo ha ocurrido –susurra Megan.

Mi atención pasa rauda al jurado y me percato de que están ojeando un móvil. Y no solo eso, miran el aparato de última tecnología y seguidamente a

nosotros. Por último, el que parece el nuevo presidente del grupo, se levanta de la silla y, teléfono en mano, se acerca hasta la anfitriona del desfile. Hablan y empiezo a sentirme confuso, a parte de nervioso, y por la inquietud que detecto a mi lado sé que no solo me pasa a mí.

*¿Qué estará sucediendo?*

–Lamento informar que el participante número diez queda descalificado del concurso –anuncia la presentadora.

La noticia cae como un mazazo entre concursantes y público, y me cuesta asimilar que sea yo el afectado. No entiendo nada y que toda la atención recaiga sobre mí, lo empeora.

–¿Descalificado por qué? –me quejo, dando un paso al frente.

–Uno de tus diseños parece plagiado.

–¡¿Cómo?! ¡Yo no he plagiado a nadie! –exclamo alucinado.

El barullo alarmado entre los asistentes resuena por la sala y la rabia comienza a superarme. Con grandes zancadas voy hasta el atril de la conductora del evento y le arrebató el móvil al presidente del jurado. Lo que descubro en la pantalla me deja completamente helado, es la foto de una modelo con un vestido exactamente igual al que lleva mi prima en este momento.

–Esto es imposible –musito–. ¡Este diseño lo he creado yo!

La mujer y el hombre de mediana edad me miran de forma impasible, sin creer un ápice lo que les digo.

–¿Insinúas que Ellery McGuire te ha copiado a ti?

–¡¿Esto lo ha hecho Ellery?! –rujo y, sin esperar respuesta, me doy la vuelta y clavo mis encolerizados ojos en él–. ¡Tú!

En cuestión de segundos, me hallo zarandeando del pecho al asistente raro de McGuire. Varias personas intentan contenerme, entre ellas mi prima, pero estoy demasiado cabreado como para que lo consigan.

–¡¿Qué has hecho?! –le increpo.

–¡No he hecho nada!

Su expresión aterrada no me detiene, ni me conmueve, y levanto un puño para golpearlo hasta hacerle confesar.

–¡Luke, detente!

A mi prima se suman dos hombres de seguridad que me sujetan por los brazos, separándome del chico, y me llevan por la fuerza hasta el *backstage*. Una vez allí, me tiran al suelo.

–Márchate o llamaremos a la policía –advierte uno de ellos.

Me dan igual los dos gorilas que tengo delante, incluso si viene la policía, he entrado en barrena y ya nada ni nadie va a pararme. Vuelvo a ponerme en pie y dirigirme hacia ellos.

–¡Luke, para! –se entromete Meg, situándose en el medio–. ¡Esta no es la solución!

–¡Yo no he plagiado a nadie! ¡No voy a dejar que me traten de lo que no soy!

–¡Lo sé, pero así no vas a arreglar nada!

–Hazle caso, chico.

–¡Ese cabrón de Ellery me ha arruinado la vida!

–Luke –suspira apenada mi prima e intenta abrazarme.

Me aparto molesto y retrocedo hasta nuestro *set*. Allí me desquito con mis diseños, que arranco de las perchas del burro metálico y los arrojo al suelo con furia; pateo la silla, asustando a Sophia y a otra maquilladora que se encuentra con ella, y termino arrastrando con las manos todo lo que encuentro sobre el tocador.

–¡Luke, no! –vuelve a exclamar Megan, que trata de contenerme por segunda vez.

En el forcejeo por alejarla, puedo notar como el vestido de alta costura se rasga y docenas de cristales rebotan desperdigados por la tarima. Uno de ellos queda delante de mis ojos cuando soy retenido contra el suelo por los hombres de seguridad.

–¡Relájate, chaval! –gruñe uno, apretándome el brazo contra la espalda mientras el otro sujeta mi cabeza.

–¡No le hagan daño, por favor!

*Sí, que me lo hagan o no pararé.*

Intento zafarme y la presión de los gorilas se incrementa, haciéndome gritar de dolor.

–¡Soltadlo!

No puedo ver a la persona que dicta la orden, pero sí la reconozco. Es tan autoritaria como su hermano.

–No hasta que venga la policía, señorita.

–¿La policía? ¡Por Dios, no es un criminal! –replica molesta–. Soltadlo, yo me encargo de él.

No sucede al momento, pero terminan haciéndolo. Entonces, me quedo de rodillas y miro a mi alrededor sintiéndome un despojo humano. Veo a Regina con el rostro serio, a Megan con el suyo desenchajado y a la maquilladora

recogiendo sus pertenencias del suelo.

–Lo siento mucho, Sophia –me disculpo y ella lo acepta con un movimiento de cabeza.

–Luke, vámonos a casa.

–No.

–Haz caso a tu prima antes de que te metas en más líos –intermedia Regina.

–Todo esto es culpa de Ellery.

Pensar en él hace que la rabia renazca en mi interior y cierre las manos en tensos puños sobre el regazo. Regreso a aquel día en su taller, a cómo utilizó la excusa de mostrar interés en mis diseños para intentar aprovecharse de mí, y dos palabras surgen en mi cabeza: Madeleine Jacobs. Ahora lo recuerdo; recuerdo plasmar el boceto en el cartel que utilicé para recoger a la madre de Ian del aeropuerto; recuerdo que él se sorprendió al descubrir el nombre; recuerdo mostrarle el diseño y explicárselo... y, también, tirarlo en su papelera.

–¡Lo cogió de la basura! –exclamo, sorprendiendo a las chicas–. ¡El muy cabrón cogió mi diseño de la basura! ¡Voy a matarlo!

Me incorporo de un salto y corro hacia una de las salidas de emergencia del salón, sin hacer caso a las llamadas de mi prima y la fémica Jacobs.

–¡Regina, avisa a tu hermano! –es lo último que escucho decir a Meg.

El trayecto en taxi hasta el edificio Partner se me hace largo, pero, cada minuto que paso dentro de ese coche, es una gota de gasolina para las llamas de odio que consumen cada parte de mí. No veo el momento de encontrarme cara a cara con él.

*Juro que me las va a pagar.*

Como si se tratara de un día normal de trabajo y ocultando la furia que palpita en mis venas, atravieso las puertas giratorias hacia el recibidor, paso los tornos con naturalidad y subo en uno de los ascensores hasta la sexta planta. Cuando salgo en la pulcra recepción, me dirijo con decisión al taller textil sin preguntar y sin detenerme a pesar de las negativas de la mujer que atiende detrás del mostrador. Tengo un objetivo marcado y nadie podrá impedir que lo lleve a cabo.

El sonido de las máquinas de coser domina el lugar y recorro el pasillo central en busca de Ellery mientras los empleados continúan trabajando sin prestarme demasiada atención. Lo localizo desde la distancia, apoyado en su mesa de trabajo con actitud presuntuosa, y un ronco gruñido rasga mis cuerdas

vocales a la vez que tenso los puños a cada lado del cuerpo. Me siento como una pantera salvaje que ace-cha a su presa antes de abalanzarse de imprevisto sobre ella, justo cuando ya no tiene posibilidad de hacer algo para impedirlo.

A pocos metros de llegar, Ian aparece en mi campo de visión junto a McGuire y maldigo su presencia.

*¿Por qué tenía que estar aquí?*

Como si pudiera presentirme, gira el rostro en ese momento y sus hermosos ojos verduscos se clavan en mi persona. No negaré que me hace sentir cosas, sobre todo dentro de mis pantalones, pero por muy enamorado que esté, no pienso dejar que se interponga.

–Luke, ya sé lo que ha pasado –murmura, colocándose en medio de los dos–. Vete a mi despacho para que podamos solucionarlo.

La sonrisa petulante en el rostro barbudo de Ellery me enerva toda-vía más.

–No hay nada que solucionar. Apártate.

–No voy a hacerlo.

–No quiero hacerte daño.

Intento rodearle, pero Ian persigue mi dirección.

–A puñetazos no vas a arreglar nada.

–¿Tú crees? Espera a que le reviente la cara y después te lo digo.

–Escúchame, Luke...

–¡Ese cabrón me ha jodido la vida! –le grito–. ¡Quítate del puto me-dio!

–¡Yo no he hecho nada! –se defiende el otro.

Escucharle me altera todavía más y voy a por él, aunque sin llegar a conseguirlo porque Jacobs me bloquea cual jugador de *rugby*.

–Luke, cálmate.

–¡Me has robado el diseño! –le increpo desde el muro que forma el robusto cuerpo del moreno–. ¡Me han descalificado por tu culpa!

–Yo no he robado nada. En todo caso, tú me lo robaste a mí cuando estuviste aquí. No soportaste mi rechazo y te vengaste.

–¡Maldito embustero! –gruño, intentando soltarme de Ian.

Este consigue hacerme retroceder y apoya una mano en mi pecho para contenerme a distancia. Entonces, mira ceñudo al diseñador.

–¿De qué hablas Ellery?

–Quiso acostarse conmigo y yo me negué.

–¡Eso es mentira! ¡Tú intentaste aprovecharte de mí!

Ian me observa y puedo vislumbrar la sombra de la duda en su mirada.

–¿Estuviste aquí? –me pregunta con seriedad.

–Sí, pero...

–¿Viste sus bocetos?

–No me gusta lo que estás insinuando –replico molesto–. ¡Te digo que ese cabrón me ha jodido la vida! ¿Es que no me crees? ¿No confías en mí?

–Entiende que cuesta creerlo. Es Ellery McGuire.

–¡Cómo si es el jodido presidente de la nación! Te digo que se ha apropiado de mi diseño, ¿me crees o no?

Su silencio me mata. Si confiaba en que alguien se pusiera de mi parte, ese sin duda era él.

–Ián, soy yo.

El moreno parece mantener una lucha en su fuero interior, pero te-mo que no reaccione como espero y deseo.

–No pienso que lo hayas hecho a propósito –dice al fin–. Lo solucionaremos.

Todos los demonios que he sufrido en mi vida regresan para atormentarme: humillación, vejación, opresión... Otra vez, una persona a la que quiero y dice quererme, no cree mis palabras ni mi versión.

*¿Por qué? ¿Qué es lo que tengo de malo?*

Retrocedo un par de pasos y agacho la cabeza, dolido. Incluso noto que pierdo las fuerzas y tiemblo. Hacía tiempo que no me sentía tan solo.

–Vamos a mi despacho.

–No –niego y clavo mis rencorosos ojos en él–. No tengo nada más que hablar contigo. Métete el puesto de diseñador *junior* por donde te quepa.

Dándome la vuelta, me marchó de ahí con la peor de las sensaciones recorriendo mi cuerpo. Aunque, por muy decepcionado que esté con Ián, deseo que venga detrás, me detenga y asegure que confía en mí. Pero no lo hace.

Cuando cierro la puerta de casa a mi espalda, ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí. No puedo borrar de mi cabeza la mirada de Ián, como si no me reconociera, y me estoy quebrando por momentos.

–¿Qué ha pasado? –se interesa Megan, surgiendo de la cocina.

Abro la boca para responder, pero las palabras son sustituidas por un profundo gemido lastimero que me desgarró, liberando todas las emociones que he estado conteniendo desde mi salida de *Across*. Llora como nunca lo había hecho y me cubro el rostro con las manos en un vago intento de ocultarme y protegerme.

–¡Dios mío, Luke!

Mi prima se acerca rauda para consolarme entre sus brazos, pero es demasiado el dolor que llevo dentro como para conseguirlo. Por lo que se dedica a acunarme y aferrarme con fuerza, susurrando palabras de aliento, mientras yo me desbordo sin control.

–¡No me ha creído, Meg! –balbuceo entre sollozos–. ¡Me dijo que me quería y no me ha creído! ¡Me duele el corazón!

–*Shsss...* Tranquilo, cariño –musita entre besos y caricias.

No sé cuánto tiempo pasamos así, ella abrazándome y calmándome y yo convulsionando entre lágrimas y llantos. Cuando parece que lo he soltado todo, me conduce hasta el sofá y se ofrece a prepararme una de sus mágicas infusiones.

La televisión está encendida, aunque no la veo; Megan habla por teléfono, aunque no le presto demasiada atención; y el té de melisa aguarda humeante sobre la mesa, aunque no lo bebo. Continúo tirado en el sofá como un cuerpo sin vida o que está a punto de perderla. Por tal y cómo me siento, eso parece.

–Jerry, ¿es que no me escuchas? Luke está mal y no pienso dejarle solo. ¡Me da igual que se enfaden! Pues, que me despidan.

Me incorporo del sofá y le quito el móvil de la mano.

–Jerry, no le hagas caso. Estará lista para cuando llegues.

Corto la llamada, se lo devuelvo y retomo la postura anterior.

–¿Por qué has hecho eso? ¡No quiero dejarte solo!

–Bastante malo es que yo me haya quedado sin futuro profesional, como para dejar que tú hagas lo mismo. Estoy bien.

–No, no lo estás.

–Lo estaré. Necesito tiempo y soledad para recapacitar.

Mi prima suspira, captando la indirecta, y se marcha a su habitación para prepararse antes de que venga a recogerla su agente. Es en ese momento cuando ojeo mi teléfono móvil para comprobar si tengo al-gún mensaje de Ian. No es así y una nueva oleada lagrimal humedece mis retinas color ceniza. Hoy no solo he perdido mi carrera antes de dar comienzo, también al que creo que es el amor de mi vida.

Cuando la rubia regresa al salón tiempo después, yo sigo en la mis-ma posición.

–¿No piensas tomarte la infusión?

–No tengo ganas.

*No tengo ganas de hacer nada.*

–¿Y pretendes que me vaya así sin más?

–Sí.

–Luke, eres...

El timbre del portero automático la interrumpe y ella se encamina airada para atender.

–Sube –la escucho decir antes de abrir la puerta–. Ah, hola. Pensaba que eras mi agente.

Saber que no se trata de Jerry, acelera mi pulso y me incorporo con nerviosismo.

*¿Será Ian?*

No aparto la atención de la puerta entreabierta, ni pestañeo, y el corazón me retumba en el pecho como si media docena de caballos galoparan por él. Cuando descubro que es Regina, un nuevo golpe de desilusión me sacude con saña y la tristeza vuelve a cubrirme igual que un gélido manto.

–¿Está aquí?

–En el sofá –responde Megan.

Escucho acercarse el taconeo de la morena y me abrazo al cojín, tragándome las lágrimas.

–Hola, Luke. ¿Qué tal estás?

–Bien –musito escueto.

–No, no lo está –le aclara la rubia–. ¿Quieres tomar algo?

–Agua está bien, gracias.

Mi prima se marcha a la cocina y la visitante se acomoda en uno de los sillones individuales. No la miro, pero sé que ella a mí sí y que lo hace con compasión, sentimiento que odio despertar en las personas. Da a entender que soy vulnerable y desde mucho tiempo atrás he luchado por dejar de serlo.

Megan regresa junto a nosotros y, tras entregarle el vaso de agua, se sienta frente a la Jacobs fémina.

–Me alegro de que estés aquí. Has venido en el momento oportuno.

–¿Por qué el momento oportuno?

–Tengo que irme a grabar un *spot* publicitario y no quería dejarlo solo. A menos, que tengas cosas que hacer.

–No, descuida. Me quedaré con él hasta que vuelvas.

–No soy un crío que necesite niñera –espeto molesto.

–Si fuese al revés, ¿tú me dejarías sola?

Gruño en respuesta. Si hay algo que también me repatea es cuando mi prima comienza con sus: “*si fuese al revés*”. Joden mucho. Más que nada,

porque siempre lleva razón.

–Y, ¿qué tipo de anuncio vas a grabar? –se interesa Regina, sacando conversación.

–De una fragancia de *Carolina Herrera*.

–¿De verdad? ¡Qué bien!

Suspiro y me incorporo del sofá para encaminarme hacia mi dormitorio.

–¿Adónde vas? –pregunta Megan.

–A mear –contesto arisco–. ¿Quieres acompañarme?

Continúo el trayecto hasta el baño y lo hago maldiciéndome por pagar mi enfado con una de las personas más importantes de mi vida. Por eso quiero estar solo, porque sé que, de lo contrario, me desquitaré con ella y no se lo merece.

No solo hago mis necesidades, también aprovecho para revisar el corte ya seco de mi pómulo y dar paseos circulares por la pequeña estancia mientras practico ejercicios de respiración y relajación.

Cuando tengo intención de regresar, Megan aparece al otro lado de la puerta de mi cuarto con el puño levantado, a punto de llamar.

–Oh –se sorprende por la coincidencia–. Venía a decirte que ya me voy.

Adelanto un paso y la envuelvo con los brazos.

–Lo siento –me disculpo y beso su rubia cabeza–. Sé que te preocupas por mí, pero voy a estar bien. Vete a trabajar tranquila.

–Vale. Pero, con lo que sea, me llamas.

–Lo haré. ¿Saludarás a Robin de mi parte?

–Claro que sí.

Marchamos al salón agarrados de la mano y sonrío por primera vez en muchas horas al encontrar a Jerry charlando y babeando con la exuberante Regina. No me sorprende.

–Aquí está mi chico favorito –comenta el *sexy* agente, acercándose para abrazarme con el cariño que siempre me ha demostrado–. ¿Estás bien?

–Lo estaré –le aseguro–, solo necesito aclararme las ideas.

–Para cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

–Gracias.

–Ahora tenemos que irnos –añade, girándose hacia mi prima–, pero, ¿cómo parece si mañana cenamos?

Asiento aceptando, igual que la rubia, y los acompaño hasta la salida, deseándoles un buen comienzo de rodaje.

–¿Te apetece algo más fuerte? –le pregunto a Regina, una vez nos quedamos

a solas.

Esta acepta con una sonrisa y yo me adentro en la cocina en busca de una botella de licor y dos vasos. Cuando regreso junto a ella, ya me encuentro con más ganas de hablar y otras irrefrenables de conocer.

—¿Sabe que estás aquí?

No hace falta ni que lo nombre. Jacobs hembra entiende por quién pregunto.

—No —responde e intento disimular la decepción. Una parte de mí deseaba que él la hubiese enviado en su lugar.

*Que idiota soy.*

Bebo de un trago el dedo de licor y me sirvo otro.

—¿Has estado con él? ¿Sabes lo qué ha pasado?

—Sí —susurra, llevándose el vaso a los labios para dar un sorbo.

—¿Desde cuándo contestas con monosílabos? Necesito saber lo qué opinas de todo este embrollo. ¿Tú tampoco me crees?

—Sí que te creo. Y así se lo he dicho a Ian.

Un escalofrío me sacude de arriba abajo, puede que por saber que está de mi parte, o por escuchar su nombre, o por los efectos del licor.

—Verás, Luke, no quiero que te alteres, pero... hay algo que debes saber.

Me yergo en el sofá, nervioso y atento a sus palabras tintadas de seriedad.

—No es la primera vez que Ellery tiene un lío de estos, no eres el primero que le acusa de robar un diseño, pero es Ellery McGuire y se libra por eso mismo.

Me cuesta asimilar sus palabras y cuando lo hago, dejo el vaso sobre la mesa y me levanto para alejarme y pensar con claridad.

—¿Estás diciendo que Ian sabe que roba diseños y aun así lo protege? — verbalizo asqueado—. ¡Me ha dejado de ladrón delante de las revistas más importantes del país!

—No. Te digo que nadie ha podido demostrar su acusación. ¿Crees que Ian no ha sufrido ese tipo de ataques cuando empezó a destacar en la industria? Si quieres tener éxito, más vale que te acostumbres a los juegos sucios.

—¿Y eso de qué me sirve? ¡Ya no podré tenerlo!

—Si luchas, sí.

—No quiero luchar. Solo matarlo.

—Piensa, Luke. Eres un chico listo. Esto no te pasará factura.

—Es fácil decirlo cuando no tienes esta nube negra sobre la cabeza.

—De acuerdo. Te concedo cuatro días, hasta pasar el fin de semana, para

que te reboques en la autocompasión. Salgamos de la ciudad.

–¿Salir a dónde?

–Voy a ir a visitar a mi madre. Ven conmigo, el cambio de aires te sentará genial.

–¿A Miami?

–Sí.

Detengo el paseo nervioso y contemplo pensativo a la morena.

*Quizá tenga razón.*

–¿Cuándo sería?

–En lo que te cueste organizar una pequeña maleta.

El *Jet* privado aguarda en el hangar con las escaleras bajadas cuando llegamos con el taxi. No había creído en sus palabras de que el viaje sería tan inmediato, pero estaba equivocado. Aunque tampoco sé de qué me extraño. Durante el trayecto hacia aquí, he escrito a mi prima para contarle el cambio de planes y he llamado al gimnasio para informar de mi ausencia. En este momento, debería estar pedaleando sobre una bicicleta y no dispuesto a montar en un lujoso avión con destino a Florida.

–¿Has volado alguna vez en *Jet*? –curioseas mi acompañante, según nos acercamos a la aeronave.

–Sí. Mi abuelo los construye. O lo hacía –aclaro al recordar que ha muerto. Regina se detiene a los pies de la escalinata y me observa con asombro.

–¿Este es vuestro? –le pregunto antes de que ella quiera saber más.

–No, solo lo alquilamos para algunos viajes.

Subimos a la cabina y una amable azafata nos recibe en la entrada, recogiendo nuestras pertenencias. Es decir, el bolso de Regina y la mochila que he organizado para pasar cuatro días en Miami.

–¿Tú no llevas más equipaje? –le comento, acomodándome en uno de los amplios y cómodos asientos junto a ventanilla. La hermana de Ian lo hace en el de enfrente.

–En el bolso llevo todo lo que necesito y en casa de mi madre tengo ropa y demás cosas.

Asiento y caigo en la cuenta, aún no lo había hecho, de que voy a alojarme en la casa de Madeleine Jacobs.

–¿Seguro que a tu madre le parecerá bien que vaya?

–Eso ni lo dudes. Le encantan las visitas y más la tuya, estoy convencida –me asegura sonriente.

Es un alivio. La mujer me cayó estupendamente bien cuando la conocí y creo que yo a ella también, pero me relaja saberlo por la hija.

–Buenas tardes, señorita Jacobs. Señor –saluda el comandante con un toque a su gorra de plato azul marina–. Todavía debemos esperar unos minutos hasta que nos den permiso para despegar. No creo que tarden mucho. Mientras tanto, pueden pedir lo que deseen a Jane.

–No se preocupe, esperaremos todo el tiempo que sea necesario –responde ella, mostrándole una preciosa y seductora sonrisa.

Cualquiera podría pensar que se lo quiere follarse, aunque viendo al aviador... *¿Y quién no?*

Una fina camisa blanca deja al descubierto dos fuertes brazos y el pantalón oscuro del uniforme detalla un suculento trasero. Quedo hechizado en su movimiento cuando regresa a la cabina de pilotaje y no soy el único. Regina y yo nos carcajamos divertidos en el momento en que ambos somos conocedores de los perversos pensamientos del otro.

*Este vuelo va a ser una locura. Bueno, el viaje al completo.*

Madeleine me recibe, no solo tan encantadora como la primera vez que nos vimos, sino ilusionada por tenerme en su casa. Incluso ya ha dispuesto una habitación para mí. No sé si será conocedora de lo sucedido, pero, si es así, lo disimula muy bien.

Su residencia es como la imaginaba: grande sin ser ostentosa, elegante sin llegar a ser presuntuosa y tan cálida como el abrazo de un ser querido. Desde la terraza trasera se puede contemplar el océano y cuando me la muestran quedo sumergido en un limbo emocional como cada vez que estoy frente al mar.

Las dos horas y media de vuelo nos ha permitido, además de charlar, de comer y beber hasta casi agotar las existencias del *Jet*. Aun así, la señora Jacobs nos invita a salir a cenar a un restaurante cercano de gastronomía cubana.

*¿Cómo negarse?*

Entre ritmos caribeños disfruto de una de las mejores veladas de mi vida. Regina tenía razón y este *impasse* en mi día a día me va a venir genial para afrontar el futuro inmediato e incierto.

No es hasta que me tumbo en la cama de la habitación que pienso en Ian y se debe a que es sobre este mismo colchón donde él descansa cada vez que visita a su madre. En un principio he estado a punto de negarme a dormir aquí,

pero luego he entendido que, de hacerlo, de-bería dar algún tipo de explicación y eso sí que no me apetece. Ahora, y pensándolo con el órgano que pulsa latente al imaginármelo al lado y bombea sangre por él, lo agradezco. Siento que estoy cerca suya y hundo la nariz en la almohada intentando hallar algún resquicio de su aroma.

Que mis lágrimas humedezcan la funda y que mi móvil siga sin tener ningún tipo de señal por su parte, me hacen comprender que no puedo seguir con esta actitud los días restantes y me prometo a mí mismo no volver a pensar en él. Algo complicado, lo sé, pero cuanto antes asuma que todo ha acabado, mejor.

Será el sol, será la playa, será el mar, será la costa, será todo junto lo que hace que me sienta adolescente de nuevo. Será la libertad que tengo, será la falta de responsabilidades o será la diversión que encuentro en cada esquina de la ciudad. Será la compañía, será la como-didad o será que vuelvo a anteponerme a todo. Será que olvido. Será que empiezo a olvidarlo. Pero ya no soy el mismo de días atrás.

Regina se acomoda a mi lado, en el último peldaño de las escaleras que bajan desde la terraza hasta la arena, y me entrega un botellín de cerveza. Después, fija la atención en lo mismo que yo: la puesta de sol.

–No quiero volver todavía –le digo, dando voz a mis pensamientos–. ¿No podríamos quedarnos unos días más?

Su risa me hace reír.

–Me encantaría, pero no puede ser. Como muy tarde, mañana por la tarde debemos regresar. El lunes tengo cosas que hacer.

Suspiro derrotado y asiento. En el fondo, sé que debo enfrentarme de nuevo a la realidad. Esto ha sido un breve espejismo.

–Entonces, hoy cogeré una buena cogorza de despedida –le hago saber, antes de tragar medio botellín del tirón.

–Hasta puede que te enrolles con alguien –me tienta y yo sonrío con maldad–. De verdad, quiero ver al gran conquistador Luke Meyer en acción. Anoche, la camarera te tiraba los trastos y tú como si nada.

–Me gusta hacerme de rogar.

Es cierto. Como también lo es que soy incapaz de acostarme con otra persona. Al menos, por el momento.

–¿Ocurrió algo más entre Ian y tú que deba saber?

No negaré que su pregunta me incomoda y acelera el corazón, por el contexto y por nombrarlo, pero lo disimulo acabándome la bebida.

–No quiero parecer borde, Regina, pero hay cuestiones que debes hacérselas a tu hermano si quieres saber la respuesta.

–Sí. Lo entiendo. Perdona.

–No te preocupes –respondo y sonrío para quitar hierro al asunto.

–Estos días lo he pasado muy bien contigo.

–Yo también.

–Y... Se me ha ocurrido algo que quería comentarte. Igual te parece una locura.

–¿Qué es? –me intereso.

–¿Qué te parecería...?

–¡Señorita Regina, señorito Luke, la cena está servida!

Ambos nos giramos hacia el comienzo de las escaleras y sonreímos agradecidos a Johanna; latina de mediana edad que ejerce de asistente y cuidadora de Madeleine.

–¡Ya vamos! –le dice mi acompañante–. Luego seguimos hablando.

Como la noche anterior, y la anterior, nos disponemos a disfrutar de la cena en la terraza, bajo un cielo anaranjado y acariciados por la brisa marina de comienzos de julio. Yo me siento de espaldas a la casa para poder contemplar el mar y Regina en el lado opuesto. Entre nosotros, un abanico de entremeses varios y una botella de vino blanco que descorcho y sirvo en nuestras copas. Brindamos con ellas y bebemos, justo cuando Madeleine se une a nosotros.

–Acabo de hablar con Ian –es lo primero que dice al sentarse, consiguiendo que me atragante con el líquido.

–Por qué, mamá –se lamenta Regina–. No le habrás dicho que Luke está aquí, ¿verdad?

–No iba a mentirle. ¿Por qué me habéis ocultado lo sucedido?

–Se lo pedí yo –me entrometo, aunque ella espere la respuesta por parte de su hija, y decido contarle mi versión–: No he copiado ningún diseño a Ellery, señora Jacobs. Usted misma vio cómo hacía el boceto en el aeropuerto. ¿Recuerda?

–¿De qué hablas, querido? ¿Qué tiene que ver eso con que haya cancelado la boda?

*Ups, ¿se refería a eso?*

–Es lo mejor que ha podido hacer, mamá. Esa pantomima no se sostenía por ningún lado.

–Nunca te ha caído bien Heather.

Me mantengo al margen de su conversación porque no estoy seguro de lo

que podría salir por mi boca si me piden opinión. Ya no se nota tanto, pero aún perdura la marca que la inglesita me dejó en la cara.

–Y ahora, tú. ¿Qué es eso de que has copiado a Ellery?

Doy un trago largo a la copa de vino y le cuento lo sucedido con to-do detalle; desde que el famoso diseñador se interesó por mis diseños e intentó aprovecharse sexualmente de mí, hasta cuando Ian ejerció de muro protector entre los dos.

–Recuerdo ese vestido –comenta la mujer–. Era precioso y prometiste enseñármelo cuando lo terminaras.

–Ya no podrá ser, señora Jacobs. Me acusan de haberlo plagiado y no es cierto.

La buena mujer de cabello dorado y mirada verduzca me observa con ternura, como lo haría con un hijo, y no puedo evitar hundirme en la silla, avergonzado.

–Por supuesto que no, querido. Solo hay que verte para saber que serías incapaz de hacer algo así.

–Su hijo no me creyó y ahora, no solo tengo mala reputación, sino que tampoco sé que voy a hacer con mi vida.

–Seguro que encuentras una solución –me asegura, acariciándome el brazo.

–Ya la he encontrado yo –añade la otra, captando nuestra atención.

Es medianoche cuando entro en mi habitación, y la de Ian, con la cabeza cargada por todo el vino ingerido durante la cena y la conversación sobre los pros y contras al plan que ha urdido Regina para mi futuro. Estoy indeciso y decidido, si eso puede ser posible, y temeroso y ansioso por llevarlo a cabo. Quería salir a correrme una última juerga por Miami, pero ahora prefiero tener tiempo para mí. Así pues, tras deshacerme de la camiseta y arrojarla sobre la cama, me acerco al único armario de la estancia y abro sus puertas, cerrando los ojos e inspirando el aroma a naftalina y antihumedad de su interior. Cuando elevo los párpados, me quedo observando las prendas de ropa que Ian conserva en este lugar y trago saliva con dificultad. No puedo evitar coger una de las camisas, estrujarla contra mi pecho y aspirar el olor que apenas conserva de él, recordando nuestras camisas negras que cuelgan detrás de la puerta de mi dormitorio en el Bronx.

*¿Me estaré engañando al creer que podré continuar con mi vida sin más, después de que el huracán Jacobs haya arrasado con ella?*

Unos toques en la puerta me sacan de mis pensamientos y, dejando la

prenda de lino en su lugar, cierro el armario y salto sobre la cama.

–Adelante –invito, fingiendo trastear con el móvil.

Regina surge al otro lado y me sonrío amigable.

–Solo vengo a decirte que mañana saldremos a primera hora para Nueva York.

–¿Y eso? –me sorprendo.

La joven de larga y lustrosa cabellera azabache se adentra en la habitación y bloquea la puerta a su espalda, como si quisiera evitar que su madre pueda escucharla. Sigue vistiendo el escueto *top* que solo cubre su prominente busto y el *short* vaquero que es más corto que mis calzoncillos, e intento no apartar la mirada de la suya.

–He llamado varias veces a Ian, pero no contesta. Temo que esté volando hacia aquí.

Me incorporo nervioso sobre el colchón y la miro patidifuso.

–¿Por qué iba a hacer eso?

–Mi madre me ha dicho que lo ha escuchado mal por teléfono –responde, cortándome el aliento–. Y yo tampoco lo vi bien el otro día, después de que discutierais. De ahí que antes te haya preguntado...

–Vale, ¿a qué hora salimos? –la interrumpo, empezando a sentirme tan incómodo como horas atrás.

–He hablado con el piloto y le he dicho que lo tenga preparado para las ocho.

–De acuerdo.

No vuelvo a tumbarme en la cama hasta que Regina se marcha y cuando lo hago es para pensar en el capullo de su hermano.

*¿Que está mal por haber discutido conmigo? Y, ¿por qué no me ha llamado o enviado algún mensaje? ¿Por qué no confió en mí? ¡Yo soy el que estoy mal! ¿Y mañana podría aparecer aquí? ¿Para qué?*

No sé cómo consigo dormir después de esa revelación. Bueno, sí que lo sé. Abrazado a varias prendas que cojo del armario.

*Estoy enfermo. Enfermo de amor.*

Camino nervioso por el salón de casa; he llegado hace seis horas y todavía Megan no ha aparecido. Y eso que le envié un mensaje nada más aterrizar. Repaso mentalmente lo que voy a decirle en cuanto la vea y rezo a ese Dios en el que creo en contadas ocasiones para que se lo tome bien.

Cuando llega, no lo hace sola. Abraham y Christa la acompañan y lo

agradezco egoístamente. En parte, porque así después no tengo que repetir el proceso con mi buena amiga; y, en otra, porque el *Ranger* me ayudará a contenerlas.

Megan me besa y abraza, y me dice cuánto ha llegado a extrañar-me. Lo que resulta poco adecuado para lo que tengo pensado.

Christa también me besa y abraza, y resalta lo bien que me han sentado estos días en Florida.

Abraham solo me abraza, aunque le pida un beso entre risas, y es otro que se alegra de mi vuelta.

–¿Nos sentamos? –les pido, encaminándome al sofá.

Yo ocupo uno de los extremos, la rubia lo hace a mi lado con su pareja y Christa se acomoda en un sillón.

–¿Va todo bien? Pareces nervioso –deduce acertadamente, mi prima.

–Tengo algo para ti.

–¿Me has traído un regalo?

La emoción infantil de la rubia se queda en un gesto confuso cuando ve lo que saco del bolsillo.

–¿Una tarjeta de crédito?

–He pasado por el banco nacional y he visto lo que nos ha dejado August –le explico y bufó asombrado al recordar–. Es mucho dinero y quiero que, a partir de ahora, utilices esa tarjeta para todo.

Ella no sabe qué responder y puedo entenderla.

–Me voy a París –suelto de golpe, antes de que la bomba me reviente por dentro.

Como había imaginado, Meg me contempla impávida; tanto como lo hacen Christa y Abraham. Parece que estén esperando un “*es bro-ma*” a continuación, que tristemente no va a llegar.

–¿Qué has dicho? –pregunta, a sabiendas de haberme escuchado perfectamente.

–Me voy a París –repito–. Mañana por la mañana, con Regina.

Megan se gira hacia su novio, como esperando que él le explique algo que no llega a entender, y yo miro a Chris que continúa impertérrita en el asiento.

–¿De vacaciones? –consigue pronunciar al rato la morena de ojos azul cielo, con cierta esperanza en su voz.

Niego con pesar y me siento sobre la mesa para poder cogerle de la mano, a la vez que hago lo mismo con Megan.

–A vivir. Regina me ha ofrecido trabajar en la sucursal de *Across* como

diseñador *junior* y yo he aceptado. Aquí no tengo futuro.

–¡No! –espeta mi prima, sorprendiéndome–. ¡No vas a irte a ningún lado!

Veo el sufrimiento y el enfado en su cara cuando se levanta del sofá y, aunque intento detenerla, igual que Abraham, la modelo consigue deshacerse de nuestros agarres y resguardarse en su habitación.

–¿Quieres que vaya a hablar con ella? –me propone el jugador de *hockey*.

–No, debo ser yo. Pero antes quiero pedir el favor de que no la dejéis sola cuando no esté. No quiero que se quede sola en esta casa.

–La llevaré a vivir conmigo.

–¿Estás loco? –se exalta Christa–. ¡Eso es una locura! Megan se vendrá a mi piso.

–Pero, yo soy su novio.

–Y yo su buena amiga. La conozco muy bien y sé que, si vivís juntos, estaréis separados antes de un mes.

Me incorporo de la mesa, medio divertido y medio arrepentido por haber sacado el tema de discusión, y los dejo para que entre ellos se aclaren mientras me dirijo a hablar con la persona que más quiero y más me quiere en el mundo.

*Ian y Abraham son otro tema.*

La encuentro tirada en su cama, llorando a moco tendido, y se me parte el corazón de ser el causante. Me tumbo junto a ella y la abrazo con fuerza, a pesar de que intente rechazarme por el daño que le estoy provocando.

–Te quiero, Meg. Y siempre voy a estar contigo.

–¡Mentiroso! –solloza.

–No es mentira. Ni los miles de kilómetros, ni la diferencia horaria, ni el jodido océano atlántico van a impedir que hablemos cada día, varias veces además, y que haga todo lo posible porque vayas a verme.

–¡No quiero que te vayas!

–Ni yo dejarte aquí, pero no puedo pedirte que renuncies a tu carrera.

–¡Habla con Ian, por favor! ¡Vino a buscarte y lo mandé a la mierda!

Un gélido escalofrío me atraviesa y me incorporo para mirarle a la cara.

–¿Cuándo ha venido?

–¡Al día siguiente de marcharte a Miami! –balbucea llorosa.

Le seco las mejillas, pero en nada vuelven a estar húmedas por las lágrimas que brotan sin control de sus enrojecidos ojos.

–Aunque muera de ganas por hacerlo, no puedo verlo. No después de lo que pasó. Creer a Ellery antes que a mí... Eso no se lo perdonaré nunca.

Mi prima vuelve a convulsionar por el llanto y la abrazo y consuelo, empezando a sentirme un mierda.

Despierto, sorprendido de haberme quedado dormido, y descubro a Megan recostada sobre mi pecho, mirando a la nada.

–¿Cuánto he dormido?

–Media hora o así –musita con apenas un hilo de voz.

–¿En qué piensas?

–En cómo voy a poder levantarme cada mañana, sabiendo que no estás en el cuarto de enfrente.

La rodeo con los brazos y beso su cabeza con afecto. A mí también me mata eso.

–Nos veremos por *Facetime* o alguna cosa de esas.

–¡No tienes pasaporte! –exclama, levantando la cabeza, y puedo apreciar un brillo de alegría en su mirada.

–Me lo he sacado esta mañana, después de dejar el puesto como monitor en el gimnasio. Cuando estemos allí, Regina me ayudará a solicitar un visado de trabajo.

Una mueca de dolor vuelve a reflejarse en su expresión y se deja caer sobre mi pecho.

–La odio.

–No, no la odias –le digo entre risas–. Ella solo quiere ayudarme.

–Podría hacerlo hablando con Ian.

–Olvídate de Ian –le ordeno, como si yo pudiera hacer eso mismo– Y, ahora, salgamos antes de que esos dos se maten.

–¿Matarse por qué?

–Les he pedido que te lleven a vivir con uno de ellos y discuten por decidir cuál será.

–¡No pienso irme de este piso! –exclama, brincando de la cama.

–¡No vas a quedarte aquí sola!

–No lo haré. Le pediré a Robin que se mude.

–¿A Robin? –pregunto perplejo.

Pienso en el guapo modelo con el que he disfrutado de tantas no-ches buenas de sexo y la curiosidad sobre esa decisión me invade.

–Dejó su antiguo piso para mudarse con su novio y ahora han roto. Necesita encontrar un sitio urgentemente.

–Oh, lo siento por él. Me parece bien que ocupe mi habitación.

–Pienso escribirle ahora. Primero debo solucionar lo de ahí fuera.

Megan sale de la habitación y yo me quedo observando la puerta de mi cuarto, al otro lado del pasillo, y sonrío agradecido de que Robin vaya a ser su nuevo compañero. Él será mi perfecto sustituto.

*No hay mejor que Rob.*

El día ha amanecido gris y lluvioso, como si la ciudad de los rasca-cielos llorara mi partida. He pasado cerca de dos años viviendo aquí y, sinceramente, nunca imaginé que la dejaría como hice con Los Ángeles.

Abraham y Christa vienen con nosotros al aeropuerto; él, porque nos lleva en su coche y ella, porque debe estar ahí. No concibo la idea de marcharme y no estar en su compañía hasta el último minuto.

Pasamos el resto de día de ayer juntos, noche en vela incluida, ayudándome a organizar un par de maletas y vaciar el cuarto para la llegada de Robin, guardando las cosas que no me llevo en el taller.

En el JFK nos juntamos con Regina y es en ese momento cuando empiezo a ponerme nervioso. Nervioso por lo que estoy a punto de hacer, por lo que está por venir, por volver a empezar...

Facturamos el equipaje y visitamos una de las cafeterías mientras llega la hora del embarque. Allí, pasamos el rato hablando de cualquier cosa que no suene a despedida, a final.

*¡Esto no es el maldito final!*

*–Pasajeros del vuelo American Airlines 7658 con destino París, pueden comenzar a embarcar por la puerta 86 –suena por megafonía.*

Los tres nos acompañan hasta ella, Megan sin soltarme del brazo y yo sin hacerlo del de Christa, y antes de cruzar el puesto de seguridad, nos despedimos.

–Nos veremos pronto –les digo entre besos y abrazos que me saben a poco, intentando convencerme a mí mismo en lugar de a ellas–. Esto no es un adiós, es un hasta pronto.

Las chicas intentan aguantar las lágrimas, pero es imposible y terminan contagiándome.

–Cuida de ellas o volveré solo para patearte el culo –le digo a Wells sin poder ahogar una risa burlona y nos abrazamos.

–Cuidaré de ellas.

Asiento conforme y dejo que sea ahora él quien las rodee con los brazos y consuele. Sabía que este momento sería difícil, pero siento que abandono una

parte de mí aquí. La más importante y dolorosa.

–¡Luke!

Me tenso al escuchar mi nombre en grito de procedencia conocida y miro nervioso en derredor esperando verlo aparecer.

Ian corre a través de la terminal en mi dirección, sorteando pasaje-ros y maletas, y siento dejar de respirar.

*¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha venido?*

–¿Quién le ha avisado? –pregunto molesto a mis conocidos, los cuales parecen igual de sorprendidos.

–He sido yo –comenta Regina, surgiendo a mi lado.

–¿Por qué lo has hecho?

No tiene tiempo de responder. Ian llega a mi lado, sin detener la carrera, y me arrolla como el huracán que es, alejándome de ellos e impidiendo con su agarre que termine por el suelo.

–No te marches –es lo primero que dice, falto de aliento.

Me quedo callado y miro a Meg en busca de ayuda. No necesito esto ahora. Y ella, que es la que mejor me conoce en el mundo, se acerca para ejercer el papel de prima protectora. Porque, siempre he creído erróneamente que era yo quien la protegía, pero no es así.

–Ian, Luke tiene que coger el vuelo –le dice, intentando despegarlo de mí.

–No puede irse.

–No puedes hacerle esto.

Cierro los ojos y me trago las lágrimas.

–Que me lo diga él.

–¡Ian, se acabó! –finiquita la modelo, sacando carácter.

Hasta yo me sorprendo. Pero dice lo que yo no puedo. Y mi corazón se desgarrar un poco más cuando noto que el abrazo de Jacobs pierde fuerza. Intenta obligarme a que le mire a los ojos, pero lo evito. De hacerlo, tengo claro que conseguiría que me quedara. Y necesito irme.

Megan consigue separarme de él y me conduce hasta el arco de metal donde ella se queda y yo atravieso como un ente sin voluntad.

Desde el otro lado, y mientras recojo mis pertenencias de la bandeja, observo a Ian por última vez. Está siendo abrazado por su hermana y parece tan destruido como yo me siento. Luego, miro a mi prima y vocalizo un último mensaje:

–Cuida de él.

*4 meses después...*

Vigilo con detenimiento a los mensajeros mientras estos se dedican a embalar el vestido de novia de Brenda, que sale hoy mismo hacia Nueva York. Solo quedan tres semanas para su enlace con el simplón de Richard y estoy deseando que lo vea y se lo pruebe. Yo, que odio las bodas, he quedado encantado para ser el primero que confecciono.

–Entonces, me decís que le llegará mañana.

–Sí, señor.

–En buen estado.

Uno de ellos me mira y veo la impaciencia en su rostro.

*Soy meticuloso. ¿Qué pasa?*

–En perfecto estado, señor.

Asiento, más tranquilo y convencido, y dejo que sigan cerrando la primera caja de cartón y, después, una segunda de madera. Una vez etiquetada, se la llevan en un carro.

–¡Con cuidado! –es mi último grito nervioso.

Los hombres me ignoran por completo y continúan recorriendo el pasillo hacia la salida del taller, cruzándose por el camino con Regina. La jefa está hablando por teléfono y me saluda desde la distancia a la par que se acerca.

Llega cuando estoy sentado frente a mi mesa de trabajo, tecleando en el móvil, y hace lo propio sobre esta.

–Algún día te clavarás un alfiler en el culo –le digo, sonriendo al imaginarme la escena.

–Por lo menos se me clavará algo.

Me carcajeo, al igual que ella, y sigo escribiendo el mensaje.

–¿Eso que has enviado era el vestido de tu amiga?

–Sí, por fin lo he terminado. Gracias por permitírmelo.

–No me las des a mí. Ya sabes quién da la orden.

Por mucho tiempo que pase, cualquier referencia a él me trastoca por completo. No hemos mantenido contacto desde que vine a París, no directo al menos, y cuando creo que estoy recuperado, sucede algo que me recuerda que siempre lo llevaré marcado en el corazón. Como una cicatriz, sí, pero en el mismo y puñetero corazón.

–¿Qué estás haciendo? –se interesa.

–Enviarle un mensaje a Brenda para decirle que el vestido le llegará

mañana y que, si necesita algún retoque, en *Across* se lo harán. Gracias por eso también.

–Ya sabes a quién darle las gracias.

La miro de soslayo, exasperado, y ella levanta las manos en son de paz. Pero sé que no lo dejará ahí, llevo meses aguantando estas pullas y comentarios sobre Ian.

Durante el primer mes que pasé instalado en su casa, me recordó cada noche, todas y cada una de las treinta, que la habitación en la que me estaba alojando era la misma en la que su hermano se quedaba cuando visitaba el país. Celebré con una botella del champán más caro el día que me mudé a mi piso propio.

Mi segundo mes en París fue el mes de las noticias. Cada día llegaba con una nueva. La más fuerte, que el poderoso señor Jacobs había despedido a Ellery McGuire y estaba organizando una demanda colectiva con varios diseñadores noveles contra él; diseñadores que, al igual que yo, habían sufrido el robo de su trabajo por parte del reputado modisto. El bombazo retumbó durante varias semanas, incluso aquí. Regina me preguntó en un par de ocasiones si formaría parte en la guerra y al no encontrar respuesta, dejó de hacerlo.

El tercer mes, fue el más triste con diferencia. Se estrenó el *spot* publicitario de Megan, acompañada por Robin, y cada vez que lo veía el mundo se me venía encima. Añoraba a mi prima, por muchas veces que habláramos por teléfono o *Skype* y saber que no compartiría el día de su cumpleaños con ella me mataba. Por otra parte, mi nueva y toca-pelotas jefa, se presentó una de las mañanas con la revista *AFS* donde salía un servidor en portada con una foto de la sesión que no recordaba haber hecho. Verme sonriente, sin camiseta y portando rollos de tela sobre el hombro, así como el titular: “*Luke Meyer, diseñador revelación de Across Fashion and Styles*”, me dejó muy tocado. El recuerdo de un Ian celoso no se me fue de la cabeza en semanas.

Durante este cuarto, he optado por concentrarme exclusivamente en el trabajo. Ahora que he terminado el pedido de mi exvecina, puedo dedicarme en cuerpo y alma a mi propia colección.

Tras enviar el mensaje, me recuesto en la silla y presto atención a mi jefa.

–No he venido solo para picarte –se explica Regina, mostrándome su media sonrisa de *femme fatale*–, también a decirte que tienes carta blanca para tu colección: material, mano de obra... Lo que necesites.

–¿En serio?

–Totalmente en serio.

–Vaya, gracias –musito asombrado y echo una ojeada al resto de *juniors* que trabajan en la planta–. Me van a odiar, lo sabes, ¿no?

–Ya lo hacen –se mofa y ambos reímos–. Y, repito, las gracias se las debes a quien tú y yo conocemos.

No hace falta que lo diga, ni que lo repita, para que tenga muy claro de dónde vienen todas estas... ventajas. Ian no quiere que me olvide de él; no quiere que me olvide de que, aun estando en la distancia, se preocupa por mí y mi bienestar. “*Más que el mío propio*”, me dijo una vez.

–Pues dáselas de mi parte cuando le veas mañana.

Mañana, dieciséis de noviembre, es el cumpleaños de Ian; Regina se ha encargado esta última semana de recordármelo constantemente. Y, aun así, de no haberlo hecho, me acordaría. Fue hace meses, que ya parecen años, cuando él mismo me reveló la fecha. Y es increíble lo que el amor hace, el amar a una persona, que se me quedó grabada.

–Podrías llamarle tú por una vez. Y felicitarlo de paso.

Resoplo y me levanto de la silla para caminar hasta mi mesa de dibujo. Jacobs lo hace conmigo.

–¿Cuándo vas a contarme qué pasó realmente entre vosotros?

–Eso pregúntaselo a él.

–¡Dios mío! –gruñe desesperada–. A veces te mataría.

Me carcajeo y la rodeo para regresar a la mesa de trabajo.

–Vale, no pienso insistir más. Eres imposible. Cambiemos de tema y enséñame algún boceto de tu colección.

–No hasta que esté terminada.

La cara de la mujer es un divertido poema.

–Y, ¿cuándo será eso?

–*Buff*, todavía no he empezado.

La mandíbula de Regina se desencaja y vuelvo a reír.

–¡¿Es que no vas a decirme nada?! ¡Estoy cansada de tanto secretismo!

–Puedo enseñarte el nombre de la colección.

Eso parece entusiasmarla y apaciguarla, y retrocedo hasta el muro enladrillado que tengo a mi espalda. Colgado en él y oculto por una tela oscura, se encuentra el letrero casero que he pintado con un pincel en color azul cielo.

–¿Preparada?

Ella asiente y yo realizo una breve cuenta atrás, desde tres, para, finalmente, retirar la tela y mostrárselo. Solo es una palabra, pero creo que me representa a la perfección:

## **Libertin**

### **EPÍLOGO**

#### **Una Navidad... *Oh lá lá***

Ya ha anochecido en París, las estrechas calles están siendo cubiertas por una fina capa de nieve, hace un frío de cojones y en dos días será Navidad. La primera que paso lejos de Megan porque, a pesar de haberla invitado, ella no puede venir por trabajo y yo aún no estoy pre-parado para ir por el motivo que sabe. No importa. Me he hecho a la idea y esperaba pasar estas semanas de vacaciones en mi casita, pegado a la chimenea que por fin he aprendido a encender sin intoxicarme ni quemarme, corriéndome alguna juerga si me apetece e intentando recomponerme de una vez por todas. Pero mis planes deberán esperar un poco; a Regina le ha dado por querer celebrar las fiestas hoy, antes de que coja un vuelo para reunirse con su familia, y me ha citado en un bar a pocas manzanas de donde vivo y al que acudo andando con precaución para no resbalar y abrirme la cabeza.

Llego tiritando a pesar de llevar plumífero, bufanda, gorro y guantes, y nada más cruzar la puerta del *pub*, una ola calurosa me golpea el rostro y jadeo de gusto. Es lo más cerca que he estado de un orgasmo en meses.

*Adiós a mi mala reputación.*

La veo ocupando uno de los reservados del fondo y voy hacia ella mientras

me desnudo por el camino. Los inviernos en Nueva York son mortales, pero nunca había llevado tanta capa de ropa encima.

–Te odio por obligarme a salir de casa con este puto tiempo –le digo nada más aterrizar en el asiento de enfrente.

Ella se carcajea y agita su melena de forma coqueta. Viste un jersey oscuro de cuello cisne y todavía me cuesta reconocerla sin un buen escote.

–Sabes que me marché en unas horas a Miami y no podía hacerlo sin desearte unas felices fiestas. Seguro que vas a echarme de menos.

–Eso sí.

Es deprimente decirlo, pero todavía no he hecho amistades en la ciudad del amor. Quizá por estar demasiado pegado a Regina. Quizá porque los franceses son demasiado sosos. Quizá sea yo.

–¿Qué te apetece tomar? Yo invito.

–Que generosa –me mofo–. No sé, algo que me arranque este frío de las entrañas.

–Estás de suerte –comenta jocosa y se levanta con el bolso y el abrigo. Después, se acerca y besa mi mejilla–. Felices fiestas, Luke. Esto es para ti.

Desliza un sobre por encima de la mesa y, aunque la mire desconcertado, ella no explica nada más y se pierde entre la gente.

Dudo entre abrirlo o no, pero termino cediendo. Lo que encuentro dentro me deja helado; mucho más que el clima invernal del exterior. Es una carta de Ian. Una carta para mí.

Mi querido Luke;

No sabes cuánto te echo de menos y lo vacío que me siento desde que te marchaste. Te necesito más de lo que puedo expresar y nunca podré perdonarme la forma en que te traté. Nunca debí desconfiar de ti. Ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo para hacer las cosas mejor, pero no puedo. Y solo tengo estas líneas para disculparme e intentar conseguir que me perdones. Perdóname, por favor. Perdóname.

Por Regina sé que te va bien allí, que ya eres casi un parisino de pura cepa. También lo sé por Megan. A menudo quedo con ella, espero que no te moleste. Verla y estar en su compañía me hace sentir más cercano a ti y eso me reconforta. Yo mismo le pedí que no te contara nada, temeroso de que pudieras creer que la estaba utilizando. Me he aficionado a sus cenas bajas en calorías

y a que siempre tenga un té diferente para mis estados de ánimo. No te haces una idea de las veces que, cenando con ella y Abraham, he fantaseado con que salías de tu habitación y venías corriendo hacia mí para abrazarme y besarme. Te quiero tanto, que no tengo vida para poder demostrártelo.

Hace unas semanas llamé a Regina y dio la casualidad de que se encontraba contigo en el taller. Casi me muero al reconocer tu voz de fondo y le rogué que no colgara, que dejara el teléfono encendido cerca de ti. Me tomarás por un psicópata, ella ya lo hace, pero te estuve escuchando durante más de una hora. Estabas tan contento...

No sé si te habrán llegado las noticias de aquí, imagino que así es, y quiero que sepas que sí, que lo hago por ti. Y por ellos. Y por mí. Pero, especialmente, por nosotros.

Necesito hablar contigo. Necesito verte. Necesito tenerte a mi lado. Me ahogo por saber que no puedo hacerlo, que no quieres saber nada de mí. Por eso te pido que me des otra oportunidad, que des otra oportunidad a lo nuestro. Te quiero como nunca he querido a nadie. Te amo como nunca amaré a nadie. Por favor, Luke. Mi amor. Di que sí. Grítalo para que pueda escucharte. Grítalo y mira delante de ti. Ian.

Suelto el aire que he estado conteniendo y levanto mis vidriosos y grisáceos ojos de la carta para mirar alrededor.

*¿Que lo grite? ¿Que mire delante de mí? ¿Qué quiere decir?*

Ni siquiera veo a Regina.

*“Grítalo y mira delante de ti”*, vuelvo a leer.

Mi mirada se clava en el respaldo de madera del reservado, justo donde hace escasos minutos se sentaba Regina, y estiro el cuello para poder comprobar el siguiente.

—Sí —exhalo y trago saliva, nervioso. No ocurre nada y un pinchazo de desilusión me atraviesa el corazón. —¡Sí! —repito con más fuerza.

En esta ocasión, un cabello negro como el carbón aparece de la nada en el reservado contiguo y creo sufrir taquicardia. No puedo apartar la atención de él mientras se desliza por los asientos para salir y quedo petrificado en el mío cuando Ian se pone de pie delante de mí. Me parece tan irreal, que temo hacer algo y que desaparezca.

Han pasado pocos meses desde la última vez que nos vimos, pero puedo apreciar cierto deterioro en él, sobre todo en su cara. No digo que haya perdido su encanto y atractivo, él jamás podría, aunque sí parece agotado,

extenuado. Lleva un abrigo largo de lana en color negro sobre unos vaqueros y un jersey, y una bufanda abierta alrededor del cuello. Su mirada cetrina, esa que me ha perseguido en sueños durante numerosas noches, parece relucir como la llama de una vela, pero unas sombras oscuras en sus párpados le otorgan una expresión de tristeza que me rompe en pedazos.

–Ian –verbalizo, saboreando cada letra.

–Hola.

Mi piel se eriza al escucharle. Ya casi no podía recordar cómo era el tono de su voz y me odiaba por ello.

Me levanto del reservado... y me lanzo a abrazarlo.

Cuando me separo, lo hago lentamente. Como si me costara hacerlo. Como si no quisiera, pero estuviese obligado. En realidad, es exactamente así. Volver a estar pegado a su cuerpo, notar los frenéticos latidos de su corazón, su aroma picante y excitante, sus dedos enterrados entre las greñas rubias de mi nuca, su cálido aliento golpeando en mi oído... Hacen que vuelva a sentirme completo por primera vez en meses y que una punzada dolorosa me atravesase el pecho, como cada vez que Regina lo ha nombrado en este tiempo, recordándome todo lo vivido y, también, todo lo sufrido.

Ian intenta besarme y retiro el rostro, a la vez que regreso al reservado. Uno de los actos más difíciles que he realizado en mi vida.

Jacobs se acomoda al otro lado de la mesa circular, despojándose del abrigo y la bufanda, y soy incapaz de mirarle directamente. Sigo alucinado por el inesperado reencuentro y por la declaración de amor en forma de carta que tengo entre las manos y decido guardar en un bolsillo del plumífero. Él no abre la boca y sé que está esperando a que sea yo el que dé el primer paso. O el segundo, puesto que ha sido él quien ha venido hasta aquí.

En ese momento, tenso momento, una risa ahogada escapa de mi garganta al pensar en Regina y su perversa manera de engañarme.

–Tu hermana no va a volver, ¿verdad? –le pregunto.

Alzo la vista a mi acompañante y veo que la expresión de tristeza todavía continúa en su rostro. Me da ganas de saltar por encima de la mesa, besarlo como si se fuera a acabar el mundo y nunca más dejarlo marchar.

–Está camino del aeropuerto.

–Y, ¿tú no vas a ir a Miami con ella?

–No.

–¿Por qué?

–Porque quiero pasar las navidades contigo.

No negaré que esa respuesta me emociona, me pone nervioso y me excita como hacía tiempo no lo estaba, pero intento que no lo note.

Agradezco la oportuna llegada e interrupción de un camarero para poder serenarme y pensar con claridad, aunque arqueo las cejas al ver que lo hace cargado de una botella de *Moët* dentro de una cubitera y dos elegantes copas de cristal. *Regalo de una preciosa morena*, nos di-ce antes de descorcharla, llenar los dos recipientes y volver a enterrar-la en el hielo.

–*Merci* –le dice Ian, entregándole una propina.

–¿Qué sabe Regina? –me intereso, una vez quedamos solos.

–Todo.

–¿Todo, todo?

–Todo, todo –recalca, acelerándome el pulso.

No me avergüenzo de que sepa que me he acostado con Ian o que además hemos mantenido una relación sentimental, –*breve e intensa sí, pero una relación sentimental*–, solo me sorprendo porque no lo es-peraba. Ya no. También pienso en, si a partir de ahora, la exuberante mujer seguirá insistiendo en que le cuente lo ocurrido entre nosotros o cambiará el *modus operandi* para enterarse de cuándo, cómo y dón-de ocurrió, y si seguimos juntos.

–Y, ¿qué ha dicho? –pregunto, superado por la curiosidad.

–Que ya era hora de que viniera a por ti –responde con media sonri-sa que me perturba y hace suspirar–. Regina no es tonta, Luke, y sabe desde hace mucho tiempo que albergo sentimientos hacia ti. Diría que incluso antes de saberlo yo mismo.

El poco vello de mi cuerpo se electrifica al escucharlo. Quizá por eso Regina lo mentaba a cada rato de cada día, aun conociendo el malestar que me provocaba con ello, para que no me olvidará de él.

Ian estira la mano por encima de la mesa y cuando sus dedos rozan mis nudillos, aparto la mano y cojo la copa para levantarla frente a él.

–Por Regina –le digo.

El neoyorkino no oculta el gesto de dolor que le ha suscitado mi re-chazo, pero calla y se entrega al brindis.

–Necesito que me perdones –susurra tras tragar el burbujeante es-pumoso.

Doy un segundo sorbo a la copa, en realidad varios, hasta vaciarla, y la recargo una vez más.

–Ya te he perdonado, Ian.

–No, eso no es verdad –comenta categórico y le miro con pesar–. Te conozco bien. Sigues distante, es como si continuaras a miles de kilómetros de mí y me está matando.

*A mí también me mata.*

–¿Cómo le va a *Across* después del escándalo? –me intereso, cambiando de tema y ganando tiempo antes de adentrarnos en ese terreno pantanoso.

Mi acompañante se remueve nervioso en el reservado en forma de herradura y se moja los labios con el champán.

–Nos recuperaremos –responde, cuando ya pensaba que no lo haría–. He contratado a un nuevo diseñador emergente y con futuro.

–¿A quién?

–Luke, no he venido hasta aquí para que hablemos de los problemas que tiene *Across* ni del cabrón de Ellery –gruñe rabioso, más por lo que dice que por mí.

–Pero debemos hacerlo –replico a la defensiva y asqueado por volver a escuchar su nombre–. Confiaste en él antes que en mí y, de pronto, lo despides y organizas una macrodemanda en su contra. ¿Qué hizo para que perdieras esa fe ciega?

–Fue Jonah, su sombra, quien me quitó la venda.

Brinco sobre el banco acolchado y le observo con incredulidad, dolor y mucho, mucho enfado. Pienso en el asistente raro del diseñador, con el que tuve un encontronazo en el concurso, y el infierno se desata en mi interior.

–¿Creíste a ese tipo y no a mí?! –exclamo a viva voz. Me da igual que la gente de nuestro alrededor se detenga a vernos y escucharnos.

–Le creí porque fue él quien encontró tu boceto en su carpeta y acudió a mí. –Esa información me deja fuera de combate–. Y también me habló de todas las veces que ese hijo de puta había hecho lo mismo con otros. Deseé matarlo por engañarme durante años, por destrozar-te la vida, por alejarte de mí. Te juro que quise estrangularlo con mis propias manos. Al final me decanté por destruir su bien máspreciado, su ansiada fama.

La furia que detecto en el tono de voz de Jacobs consigue crisparme los nervios y, como tantas veces, ponerme cachondo.

*Igual que en los viejos tiempos.*

–¿Por qué no habló contigo antes?

–Puede que por miedo a Ellery. Pero, ahora, al haber ganado el concurso de jóvenes diseñadores...

–¿Ganó él? –pregunto sorprendido y un escalofrío de desilusión me baja

por la espina dorsal. Desde que fui eliminado injustamente, nunca he querido saber la resolución.

Ian agarra mi mano por encima de la mesa, pero esta vez no la reti-ro. Intuyo que tampoco lo permitiría. Me agrada volver a sentir el tacto de su piel sobre la mía, el calor que desprende y la firmeza con la que me sujeta.

–Debiste ser tú, Luke.

–Ya da igual. Me alegro por él.

Jacobs se desliza por toda la curvatura del asiento hasta llegar a mi lado, sin soltarme la mano, y me rodea con el brazo libre para estrujar-me contra su pecho. Seguidamente, posa su cabeza en la mía y sus la-bios rozan temblorosos mi oreja derecha.

–Jamás volveré a dudar de ti –susurra con firmeza–, y juro que voy a devolverte todo lo que, por derecho, mereces y te pertenece.

–Tú no tienes por qué hacer nada.

–Pero quiero. –Me agarra del mentón, ladeando mi rostro hacia él, y puedo apreciar el brillo de la promesa en su hermosa mirada verdus-ca–. Porque te quiero.

Sucumbo al primer impulso y me adelanto para capturar sus labios con los míos; un beso ansiado y necesitado que Ian no rechaza, al con-trario, y me hace estallar como una fiesta de fuegos artificiales. Nues-tras lenguas vuelven a encontrarse tras meses de tortuosa ausencia y gimo de gozo, al igual que él.

*Lo he echado tanto de menos...*

–¿Quieres que vayamos a mi casa?

–Sí –responde, tan excitado como yo lo estoy.

En el exterior del bar, me cubro con el gorro de lana y sonrío como un colegial enamorado a un pletórico Ian mientras este termina de a-brigarse. La nieve sigue cayendo en lentos y danzarines copos blancos, cubriendo la calle y todo lo que habita en ella, así como el cabello aza-bache de mi acompañante.

–No te preocupes por el frío, vivo cerca –le hago saber.

Jacobs me sujeta por el plumífero acolchado y se arrima para pegar su boca contra la mía en un casto, aunque ardiente, beso.

–Ya no tengo frío –exhala al separarse, emitiendo una bocanada de vaho al gélido ambiente.

*Yo también estoy muy caliente.*

Bajo el fulgor anaranjado de las intermitentes farolas, recorreremos la travesía de *Saint-Exupéry* como una pareja más de enamorados, con las manos entrelazadas y resguardadas en el bolsillo de su elegante a-brigo de marca,

lanzándonos miradas furtivas y sonrisas pecaminosas, y disfrutando del paseo a pesar de morir de ganas por llegar a destino. No intercambiamos palabra alguna, pero es innecesario; con cada cruce visual, con cada mueca, con cada apretón de manos, nos lo decimos todo.

Mi piso se encuentra al final de esta calle y si lo escogí fue por la zona en la que está ubicado. Una completamente residencial, con fachadas coloridas, circundada por pequeñas y diversas tiendas en los bajos, desde panaderías y pastelerías hasta sastrerías y zapaterías, cercana a unos de los mejores mercados de ultramarinos de la ciudad y a una boca de metro con la que tardo cinco minutos en llegar a mi puesto de trabajo en *Across France*. Ahora se debe al clima invernal, pero cuando la visité por primera vez con la agente inmobiliaria, los balcones lucían orgullosos llenos de coloridas flores.

Los besos y caricias regresan cuando subimos al clásico ascensor de polea del edificio y perduran durante el ascenso hasta la última planta.

*Estoy tan duro que temo reventar la cremallera del pantalón.*

Me cuesta encajar la llave en la cerradura del ático y es debido al ardor que abrasa mis entrañas, a la ansiedad por estar dentro y a que Ian se mantiene pegado a mi espalda y saborea mi cuello con una parsimonia y una dedicación que consiguen obnubilarme.

Cuando por fin abro la puerta, lo arrastro al interior y entonces soy yo quien se dedica a devolverle las atenciones recibidas. Nos deshacemos de los abrigo, y demás complementos que me acompañarán a lo largo de todo el invierno, y nos descalzamos. A continuación, le quito el *jersey* casi con frenéticos tirones y dejo que él haga lo mismo con el mío. Cuando mis dedos tocan la hebilla de su cinturón, Ian me detiene:

–Espera –jadea sin aliento.

–¿Qué? ¡No me jodas! –me quejo, desesperado por enredarme en su escultural cuerpo desnudo, enterrarme en él y que él lo haga en mí, y arrancándole una carcajada que hace batir mi corazón.

–Yo también ansío hacer el amor contigo, Luke, pero antes me gustaría oírtelo decir.

Sé lo que anhela y grita en silencio, y, aferrándole por el óvalo de su bello y varonil rostro, le miro fijamente; de corazón a corazón, de alma a alma.

–Te quiero, Ian Jacobs –le digo, arrancándole un gemido que se parece más a un llanto emotivo—. Te amo como nunca he amado a nadie, como nunca amaré a nadie. Eres mi vida.

–Y tú la mía –responde, abrazándome con fuerza.

Sin soltarnos ni despegarnos, nos adentramos más en el ático, tan solo iluminado por la luz de la entrada, y nos dejamos caer sobre el cómodo *chaise longue* entre risas.

Empezamos con besos y caricias delicadas; pasamos a ardientes y húmedos bocados, y roces posesivos; seguimos, desnudándonos y de-leitándonos con nuestros cuerpos; terminamos por entregarnos el uno al otro y fundirnos en un solo ser.

Follar con Ian sigue siendo la mejor experiencia del mundo. Da igual el tiempo que transcurra, la distancia que pongamos entre nosotros o las peleas que surjan, nuestra química es indestructible. De la misma forma en que lo es nuestro amor.

Ian descansa recostado sobre mi pecho y me observa casi sin pestañear mientras mis dedos juegan entre las hebras oscuras de su cogote.

–¿Tienes sueño?

–No. Estoy con *jet lag* –responde sonriente.

–¿Cuándo has llegado a París?

–Esta mañana.

Le preguntaría hasta cuándo piensa quedarse, pero, en verdad, no quiero saberlo. De ser así, solo pensaría en la despedida y no disfrutaría cada minuto de su compañía.

–¿Tienes hambre? Yo podría comerme a un dinosaurio.

El moreno ríe divertido y asiente.

–¿Te apetecen unos sándwiches? Tu hermana me regaló una sand-wichera cuando me mudé y todavía no la he usado.

–¿Viene mucho por aquí? –se interesa.

–Bastante a menudo. ¿Te incomoda?

–No, para nada.

–Bien, porque es la única amiga que tengo aquí.

–¿Eso es cierto? –se sorprende.

–Sí. No sé, no me ha apetecido mucho socializar.

–Entonces, ¿no has estado con nadie en estos meses?

Niego y un nudo angustioso se forma en mi garganta.

–¿Tú sí?

–No. Solo te quiero a ti, solo te deseo a ti.

Siento alivio con la respuesta y le atraigo a mi boca para sellar nuestros labios.

–Voy a hacer los sándwiches –le informo, levantándome del sofá y

cubriéndome con los calzoncillos que encuentro sobre la mesa de té.

–Ya no tienes mi marca.

Me giro hacia Ian y me muerdo el labio al contemplarlo tumbado y completamente desnudo.

–Si quieres, puedo tatuarme tu nombre.

–¿Harías eso?

Me siento a horcajadas sobre él y apoyo las manos a cada lado de su cabeza, acorralándolo.

–Haría cualquier cosa para demostrarte que soy tuyo y que tú eres mío.

Jacobs se incorpora, abrazándome y anclándome a él, y se apodera de mi boca con pasión.

–Eso suena tan bien... –susurra sobre la misma.

Mi piso es una construcción de espacio abierto y el gran salón es el centro neurálgico que conecta el resto de la vivienda: comedor, dormitorios, aseo, terraza y cocina; y, antes de adentrarme en esta última, me acerco hasta la chimenea de leña que preside la estancia principal, abro las puertas protectoras para avivar las brasas con el atizador y añadido un par de troncos de madera más.

Es tras la isleta de mármol nacarado, que separa la cocina del salón y donde preparo los sándwiches, desde donde veo a Ian deambular en calzoncillos por mi piso observándolo todo. Todavía no termino de asimilar que esté aquí, que nos hayamos reconciliado y lo hayamos hecho echando uno de nuestros legendarios polvos.

*El primero de muchos. Espero.*

–¿Quieres una cerveza?

–Vale –acepta y devuelve el libro a la estantería para acercarse.

Abro la nevera y saco dos botellines.

–Es tostada –le explico–, me he aficionado a ella.

–Sin problema.

Brindamos con los cuellos y bebemos sin evitar el contacto visual.

–Me gusta tu casa.

–Gracias. La compré con una pequeña parte de la fortuna que me dejó August.

Ian asiente ensimismado y analiza al detalle la moderna estancia de electrodomésticos ECO de última generación en la que nos encontramos.

En ese momento, la sandwichera pita repetidamente, avisándome de que los dos primeros ya están listos, y los extraigo para poner los siguientes.

Luego, arrastro dos taburetes al interior de la cocina e invito al neoyorkino a sentarse a mi lado para comerlos.

–No te lo he dicho, pero me ha encantado tu carta.

Jacobs mastica y sonrío de medio lado conquistándome más si cabe, como cada vez que lo hace.

–Me ha sorprendido especialmente la parte de Megan –le hago saber–. ¿Cómo conseguiste que te perdonara?

–Supongo que le di pena al ver cómo quedé cuando te marchaste.

Su respuesta provoca un pellizco en mi corazón al recordar aquel día en el aeropuerto y un escalofrío me sacude de arriba abajo.

–Le pedí que cuidara de ti –le confieso, captando su interés.

–Lo mismo pedí yo a Regina.

Sonrío, contagiado por él, y doy un bocado a mi sándwich de jamón y queso.

–Adoro a Megan –añade afectuoso–. Eso sí, a ese amigo tuyo, a Robin, no le caigo nada bien.

Me carcajeo al escucharle y pienso en el modelo, que ahora ocupa mi habitación en Nueva York.

–Robin es muy protector conmigo. A veces, demasiado.

–Está enamorado de ti. Se le nota cada vez te nombramos –musita y percibo cierta incomodidad.

–Solo es un amor platónico.

–¿Nunca pensante en tener algo serio con él? –pregunta, dejando entrever cierto nerviosismo en el fondo de la cuestión.

–Quiero mucho a Robin, pero no de esa forma. No de la forma en que te quiero a ti. Aunque hubiera sido todo más sencillo.

–A ti nunca te ha gustado lo sencillo.

–*Touché* –replico, carcajeándome.

Choco mi cerveza con la suya y bebemos hasta que la nueva tanda de sándwiches nos advierte de que ya están preparados.

Seguimos cenando y bebiendo mientras le cuento a un interesado Ian sobre mi llegada a *Across France* meses atrás, mi adaptación como diseñador *junior*, la celopatía justificada que he desarrollado para mostrar mis bocetos y lo mal que caigo a mis compañeros por el trato de favor que recibo por su parte. Comentario que le hace estallar en profundas risotadas que disfruto causar.

–¿Tienes un taller aquí también? –curioseosa.

–No, no tengo espacio. De todas formas, tampoco quiero enredar a Megan para que me envíe el material de allí y en mi puesto de trabajo tengo todo lo que necesito gracias a ti.

–¿Quieres que le diga a Regina que se acabó el trato de favor para que tus compañeros no te la jueguen?

–¡Que les jodan! Tú eres mi novio.

–¿Tu novio? –repite sonriente.

–¿Ha sonado mal?

Reímos al recordar el momento en el rellano de mi casa en el Bronx, cuando el señor Balder nos encontró comiéndonos a besos.

–Suena genial –musita Ian como yo aquella vez, acercándose a be-sarme.

Empujo la puerta de mi dormitorio con el culo y nos adentramos en la oscuridad de esta sin dejar de devorarnos apasionados y de aferrarnos con la intensidad y la necesidad de no volver a soltarnos nunca.

Cuando mis piernas chocan contra el colchón de la cama, una cama grande, aunque no tanto como la que disponía en Nueva York, subo sobre esta y llevo a Jacobs conmigo.

Exhalo. Ian jadea. Araño el edredón. Él clava los dedos en mis caderas. Atrapo con los dientes sus erguidos pezones. Su lengua recorre mi yugular. Enredo los dedos en su cabello. Riega con ardientes besos mis abdominales. Succiono la tersa piel entre sus omóplatos. Muerde con lasciva maldad mis muslos. Saboreo con deleite la planta de su pie. Pe-lizca mis pectorales. Beso sus glúteos. Arquea la espalda. Me recuesto sobre su pecho. Bambolea su cintura. Me hundo en él. Grita mi nombre. Grito el suyo. Dice que me quiere. Digo que lo amo.

Cuando abro los ojos, la noche se ha hecho día y me encuentro solo en la cama. Situación que me alarma hasta que descubro a Ian junto a la ventana de la habitación, de espaldas a mí y con los brazos cruzados, cubierto únicamente por un oscuro bóxer elástico y con la atención fija en la terraza que ha amanecido con varios centímetros de nieve encima.

–Buenos días.

Jacobs ladea la cabeza y sonríe ampliamente. A parte de eso, aprecio un brillo especial en su mirada esmeraldina y con el pelo revuelto está tremendamente *sexy*. Creo que nunca le había visto tan... feliz.

–Buenos días –responde.

–Si sales puedes ver la Torre Eiffel y los campos Elíseos.

–Prefiero ver lo que estoy mirando ahora.

Sonríó arrebolado y me peino con los dedos en un desesperado intento de acondicionar mi imagen.

En ese momento, el señor rascacielos se gira completamente hacia mí y reparo en el objeto que sujeta entre sus extremidades, abrazado al pecho como si fuera un tesoro. En realidad, sí que es un tesoro; uno muy especial para mí. Se trata de nuestra foto el día de mi cumpleaños en Los Ángeles, que finalmente decidí enmarcar y emplazar en el centro de la mesilla de noche derecha donde iba a ser lo último que viera antes de dormir y lo primero en cada despertar. Mi pequeño y masoquista secreto inconfesable que he escondido cada vez que Regina ha pisado la casa.

Ian se acomoda a mi lado en la cama y baja la vista hasta la imagen en la que salimos sentados uno cerca del otro, sonrientes y con un brillo resplandeciente en la mirada, tostados por el sol californiano y con la tarta de cumpleaños en mis manos. Guapos y enamorados, aunque por ese entonces no nos atrevimos a confesárnoslo.

–Esta foto me trae tantos buenos recuerdos –murmura pensativo y yo asiento de acuerdo con él–. Tienes que volver conmigo.

–¿A Los Ángeles?

–A Nueva York –responde y su expresión refleja una necesidad irrefrenable.

Le acaricio la mejilla, algo rasposa por una incipiente barba, y apoyo el mentón sobre su prominente hombro.

–Lo haré, pero antes quiero terminar mi colección. París me inspira.

–Y, ¿cuánto tiempo te llevará eso?

–No lo sé. ¿Cinco o seis?

–¿Semanas?

–Meses.

–¡¿Meses?! –exclama y se levanta de la cama como si hubiera sufrido una descarga en el culo–. No, no puedo pasar otra vez por eso. Me mata estar separado de ti.

Jacobs se pasea nervioso por mi dormitorio y yo sonrío enternecido y más enamorado si cabe.

Dejo la foto en su sitio y me levanto para calzarme los gayumbos e ir en su busca.

–Ian, detente –le ordeno, sujetándole por los brazos y colocándome delante de él–. Esta vez será diferente, ya no estamos enfadados.

–Pero, la distancia...

–Es una mierda, lo sé. Pero tú y yo podemos con todo.

–Podría cambiar el puesto con Regina y venirme aquí.

–No, esa posibilidad ni te la plantees siquiera –le prohíbo molesto–. Ahora, más que nunca, te necesitan allí. No soportaría ver cómo todo el esfuerzo y todo el trabajo de tu vida se hundan como el *Titanic* por mí. Y nuestra relación tampoco lo aguantaría.

–Está bien –acepta, aunque no parece muy convencido–, diseña la colección. Pero la confeccionas en Nueva York.

–No. La diseño y confecciono aquí.

–¡Joder, pon algo de tu parte! –se queja como un crío consentido al que no le dan lo que quiere y me carcajeo sin remedio.

–Te he dicho que volveré, ¿no te parece suficiente parte?

–Entonces, diré a Regina que te dé a todos los ayudantes y modistas de *Across France*. Así acabarás antes.

–¿Quieres que me maten los demás?

–Quiero que estés conmigo.

Suspiro anonadado y apoyo mi frente en la suya.

–Volveré lo antes posible. Te lo prometo.

–Yo prometo organizarte el mayor evento de la historia de *Across* para la presentación.

–¿Sí? –exclamo emocionado–. Estoy deseando que *Libertin* se haga realidad. Tengo grandes ideas.

–Me encanta el nombre. Es tan... tú.

Sonrío, le beso y me dejo besar. Ian me agarra del mentón y enlaza su mirada con la mía.

–Y, después de la presentación..., nos casaremos.

*¿He escuchado bien?*

–¿Cómo has dicho? –inquiero, apartándome y frunciendo el ceño.

–Que, después, nos casaremos.

–¿Estás hablando en serio?

–En mi vida lo he hecho tan en serio.

–El *jet lag* te ha vuelto loco.

–Tú me has vuelto loco.

Empiezo a sentirme agobiado y retrocedo hasta sentarme a los pies de la cama.

–Ian, tú mismo me dijiste que no creías en el matrimonio.

–Y eso pensaba. Hasta que me enamoré de ti.

–¡Yo no estoy preparado para casarme! –exclamo, alucinando por momentos–. ¡No sé si alguna vez lo estaré!

–¿Me quieres? –pregunta, acucillándose frente a mí y hago un ademán afirmativo–. ¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

–Vas muy rápido. Ni siquiera sé lo que voy a hacer mañana.

–Quiero que te cases conmigo.

Dejándome con la palabra en la boca y la oferta en el pensamiento, Ian se incorpora y sale del dormitorio.

–¿Adónde vas?!

Voy tras él, cruzando el salón hasta la entrada del piso. Ahí, Jacobs se agacha para coger su ropa y yo creo morir.

–¿Te marchas? –me alarmo.

Él no me responde. Ni me mira. Sigue removiendo nuestros ropajes que yacen en el suelo desde anoche y recoge su abrigo para revisarlo. Después, suelta un suspiro de alivio, lo deja caer nuevamente y se gira hacia mí con una pequeña cajita de ante negro en la palma de la mano.

*¿Qué demonios...?*

En cuento clava una rodilla en la tarima, mi mandíbula se descuelga.

*¡No puede ser! ¿Lo tenía premeditado?*

–Luke, sé que esta no es la pedida de mano más romántica de la historia. Que, estando en la ciudad del amor, podría llevarte a lo alto de la Torre Eiffel y declararme allí mismo con flores, champán y un violín. Pero sí es la más sincera, y, con el corazón en la mano, te digo que eres lo mejor que me ha pasado en la vida y que quiero compartir contigo cada minuto que reste de ella. Que te quiero, que te amo con locura y que sería el hombre más feliz del mundo si aceptaras casarte conmigo.

Jacobs abre la pequeña caja y dos relucientes anillos idénticos aparecen en su interior.

–Luke, ¿aceptas casarte conmigo?

Dos lágrimas furtivas resbalan por las mejillas del hombre de mi vida y me quiebro al verlas, dejando que las mías también fluyan sin control.

Me arrodillo delante de él y...

–Sí –acepto con un hilo de voz–. Me casaré contigo, Ian.

Dos risas nerviosas y emotivas, la suya y la mía, persiguen a mis palabras y nos ponemos los anillos mutuamente, sellando el compromiso.

Por último, nos besamos. Y nos abrazamos. Felices, enamorados y con la

convicción de que, en cuestión de meses, seremos uno el resto de nuestras vidas.

**FIN**

### **OTRAS OBRAS DEL AUTOR**

- Romance Extremo.**
- En línea con Amber.**
- Soy mujer y soy Wahari.**
- Un toque de Ambrosía.**
- El pacto de la Sirena.**